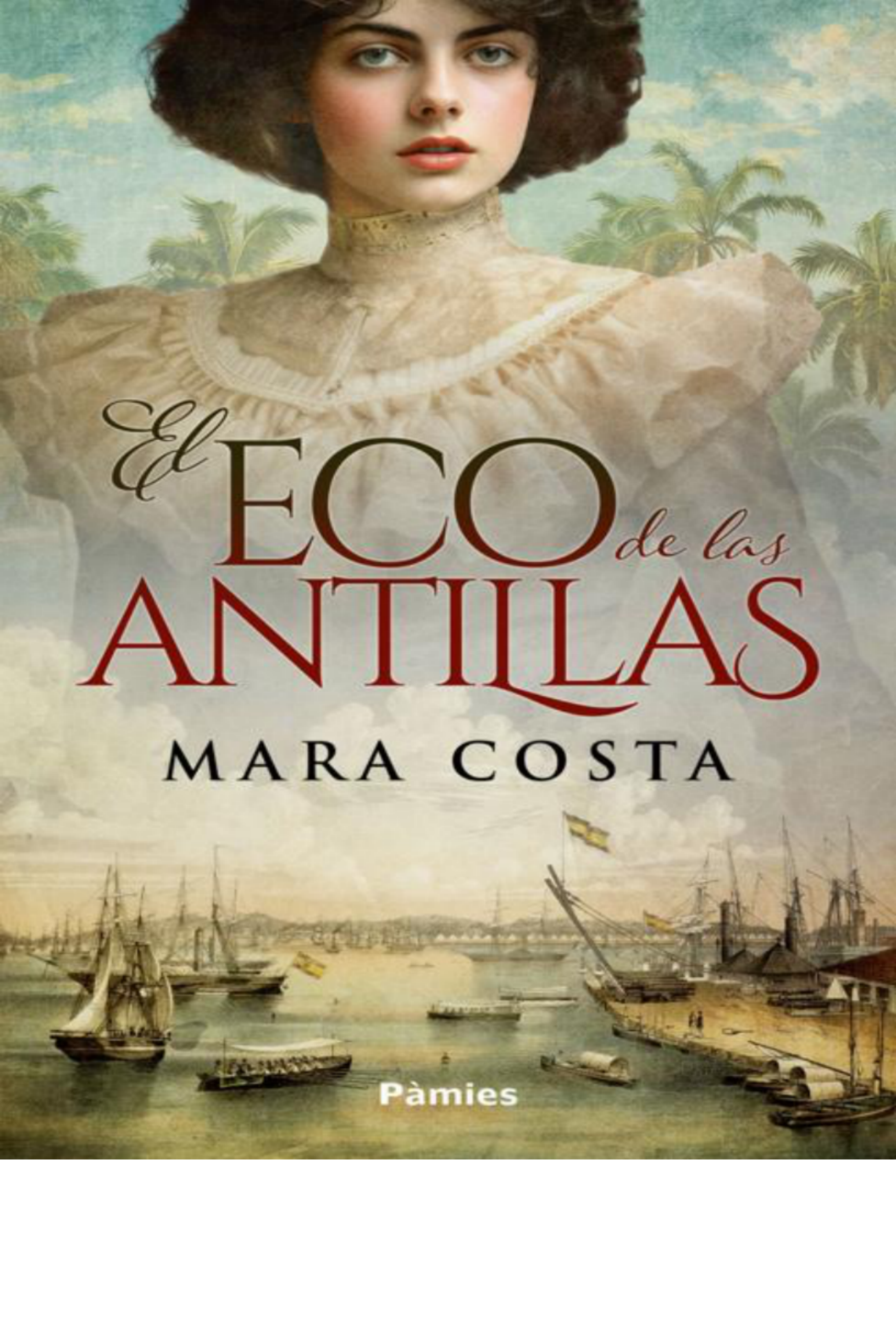

El ECO de las ANTILLAS
MARA COSTA
Pàmies

MARA COSTA





Primera edición: agosto de 2024

C/ Mesena, 18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-10070-27-1
BIC: FV

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®, adaptando la litografía *Vista general de los almacenes de Regla y parte de la bahía de la Habana del Libro de los Ingenios* (Marquier y Laplante, 1855)
Imágenes de cubierta: Loucaski/Freepik

Índice

A Nico, por ser luz y vida.
A Daniel Heredia, por acompañarme y creer.

Prólogo

CÁDIZ, JULIO DE 1898

Macarena regresaba cuatro años después, y no sabía si llegaría a tiempo de reunirse con Milagros. Aguardó en la borda observando la modorra con la que las líneas de la ciudad de Cádiz amanecían brumosas a flor de mar, hasta que el barco se detuvo. Después acercaron una pasarela sobre la que se volcó un enjambre de pasajeros y, una vez en tierra firme, dejó a Lourdes con las valijas y se alejó para buscar un transporte a la estación de tren. En su paso por el puerto —todavía reforzado por miedo a un ataque americano— detuvo la mirada en los grupos formados para recibir a los recién llegados, pero su mente volvió a desembocar en Milagros.

Sentía las moscas pegadas a su piel curtida por el sudor que despertaba el calor reseco del muelle, mientras el desagrado saturaba sus ollares de un olor a pescado rancio y el griterío imperante ensordecía sus pensamientos. El gris plomizo del cielo manchaba la ciudad con una luz triste y acentuaba la capa de desaliento que cubría todo desde que los gringos ganaran la guerra. Alrededor de las dársenas se cuajaban la hambruna, los tullidos harapientos retornados de las Antillas y las prostitutas intentando pescar unos reales mostrando su mercancía con desgana. No detuvo su paso hasta encontrar a un porteador, y, tras cerrar el precio del trayecto, señaló a Lourdes, que esperaba con sus pertenencias.

Partieron hacia la estación para tomar el tren del mediodía en dirección a Sevilla, donde Sebastián estaría aguardando. Durante el recorrido Macarena se sumergió en un sopor acrecentado por el ajetreo de la calesa, permitiéndose descansar los ojos al tiempo que su mente se convencía de que habían regresado a las calles de La Habana. Dirigió entonces la vista a Lourdes, que contemplaba con curiosidad el escenario que tanto le recordaba a la capital antillana, y luego volvió a pensar en Milagros. ¿La vería de nuevo? La idea del reencuentro le roía las entrañas por los nervios. El tiempo que las separaba resultaba insondable al imaginar cómo serían sus primeras palabras, cuando rememoraba el vacío de su mirada la mañana en que se despidieron…

A medida que se acercaban a la estación, permitió que esa angustia

fuera diluyéndose, y, finalmente, sus temores se acallaron.

—Ya hemos llegado.

La voz del calesero hizo que regresara al presente. Asintió y le pagó el precio indicado. Con la ayuda del chófer, bajaron el equipaje. El carruaje se alejó y se quedaron admirando la fachada de la estación. Después de comprar dos billetes en primera clase, pagaron a unos mozos para acarrear sus valijas al vagón correspondiente. La locomotora no tardó en romper a humear preludiando su partida inminente y los viajeros fueron ocupando el vacío de los asientos sin poder evitar que sus miradas recelosas se detuvieran en la extraña pareja. Si alguna vez los indianos habían sido apreciados por esos lugares, dicho sentimiento se tornó en inquina después de tres años de guerra y del desenlace de esta.

El tren arrancó de un tirón seco. El humo y las motas de carbonilla llenaron los paisajes asolados por el calor inclemente del verano. Entre tanto, Lourdes volvía a perder su mirada en la lejanía, dispuesta a captar cada detalle de un entorno tan diferente al que imperaba en la isla, y no despegó los ojos del cristal hasta que el tren llegó a su destino.

Descendieron esperando a Sebastián, que se retrasaba. El reloj de la estación marcaba la sombra del apremio, y con cada instante gastado iban agotándose las esperanzas de ver a Milagros de nuevo. Sus miradas se hundían con impaciencia en los rostros de los viajeros que se escurrían hacia la salida hasta que el semblante arrugado del mayordomo —con su tos perenne— se aproximó por el andén. Cuando fue a su encuentro, el hombre esbozó una sonrisa e, intuyendo que sus ojos se llenaban de lágrimas, desclavó un carraspeo de su garganta, aunque no pudo evitar hablar con voz quebrada.

—Bienvenida a casa, señorita Macarena.

Ella sonrió, echándose a sus brazos, que desprendían un olor familiar a caramelos de menta y tabaco de pipa.

—Me alegro de verte, Sebastián. Dime cómo está la tía Milagros.

—Gracias a Dios, ha llegado a tiempo.

—Pues no nos demoremos más.

Sebastián echó una mirada de soslayo al rostro desconocido de Lourdes, la mulata que acompañaba a Macarena, le sonrió con timidez y después obedeció. Al salir de la estación, Macarena percibió el aroma de las calles resecas de sol y flores de azahar, subieron a una calesa deslucida que conducía el mayordomo y fueron atravesando la maraña de callejas de la judería que iba dibujándose a su paso, dejando atrás las alhóndigas trasnochadas que una vez se vieron colmadas de mercancías exóticas. Las calles se sentían abandonadas, vacías de la gente que rehuía salir de sus casas para evitar contemplar el recuerdo latente de lo que habían perdido en la guerra. A medida

que el carro se deslizaba por el empedrado, Macarena comenzó a hacerse una idea de cómo la pobreza había calado en la ciudad. Los escombros y la suciedad se agolpaban en las aceras, las gentes con las que se cruzaban no vestían más que harapos y los comercios que podían permitirse continuar abiertos lo hacían a pesar de la escasez reinante. Mientras se empapaba de la realidad desoladora, Macarena comenzó a sumergirse en una pena brumosa que enturbiaba el reencuentro con Milagros. Poco después de cruzar la plaza de San Francisco divisó el palacete donde había gastado su infancia. Tampoco este había podido escapar a la miseria que lastraba el país. Finalmente, la calesa se detuvo y percibieron el aire que danzaba impregnado de jazmín y traía consigo el último recuerdo que Macarena poseía de Milagros en la mañana en la que una carta torció su vida.

1

Costas del Caribe, primavera de 1893

El albor había sorprendido a Macarena en cubierta. Se asomó por la borda, descansando la mirada en el azul del horizonte, donde la monotonía de la masa regular del agua no daba opción más que a convivir con su paisaje invariable. Sumergida en la quietud imperante de ese eterno vaivén, rememoraba las palabras de la carta que la había llevado a ese barco con rumbo a La Habana, y se le encogió el estómago al imaginar lo que le deparaba cuando llegara.

Tenía por compañía a un par de marineros bisoños de ojos adormecidos, dedicados a cepillar el piso de madera con desgana, que, de tanto en tanto, la observaban con curiosidad, pues a esas horas de la mañana solo la tripulación acostumbraba a trajinar por allí. El vapor surcaba la piel del océano con ligereza, y, a medida que el sol ascendía, más curiosos comenzaban a rondar por las inmediaciones, llenando el silencio de la mañana con su conversación.

La voz de Teresita sonó a su espalda.

—Te he buscado por todas partes…

Macarena se giró y admiró su rostro de muñeca de porcelana enmarcado por unos bucles del color del carbón y se forzó a sonreír, apartando los pensamientos que la habían estado hostigando hasta ese instante.

—¿Se te han pegado las sábanas? —le preguntó Macarena.

Su amiga echó la vista al cielo con un extraño mohín en la cara.

—Mamá me ha tenido toda la mañana supervisando que Antoñita recogiera mi equipaje…

Teresa bien sabía que, a pesar de su abolengo —era la condesa de Morente—, Macarena viajaba sin una doncella que la asistiera, y buscó a su madre con la intención de pedirle que Antoñita, su doncella, ayudara a su amiga. Sabía que no estaría muy lejos de allí; se sentaba en un pequeño banco de madera con la mirada perdida en el horizonte, angustiada por saber que, a sus años, lo había abandonado todo para cruzar el gran océano en dirección a las Américas.

—Voy a preguntar a mamá si Antoñita puede ayudarte con el tuyo.

—No te molestes, ya lo he hecho yo.

Teresita la estudió durante unos instantes para comprobar en su expresión que no le ocultaba nada, y después desistió. Pensó que, para ser condesa, Macarena había sido criada con pocos remilgos, pero quién era ella para juzgar. Le dedicó una sonrisa, porque así podían estar más tiempo juntas.

—No veo el momento de que nos bajemos de este barco.

Una sonrisa cruzó el rostro de Macarena al recordar las veces que su amiga le había repetido su empeño por buscar a un indiano rico con el que casarse y evitar así el viaje de regreso. Pero, a diferencia de Teresita, si a ella le dieran la oportunidad, no dudaría en tomar el siguiente vapor de vuelta a España. Iba a decir algo al respecto cuando el graznar machacón de unas gaviotas resonó sobre sus cabezas. No era la primera vez que se dejaban ver en los últimos días; sin embargo, como ambas jóvenes desconocían los secretos de la mar, no comprendieron el mensaje implícito que traían las aves cuando una voz, elevándose desde el otro lado de cubierta, avisó de que se divisaba tierra. Un poco después, el capitán hacía sonar la bocina del barco, y los pasajeros empezaron a arremolinarse en la borda. Teresa la tomó del brazo, tirando de ella.

—¡Vamos!

Las dos se apuraron en atravesar la distancia que las separaba de la baranda opuesta, y atrás quedaron las protestas de la madre de Teresita, que las reprendía por salir despavoridas, pero incluso esta aceleró el paso para poder observar esa nueva patria. Se abrieron un hueco entre los cuerpos arracimados y sus ojos surcaron las finas líneas de una tierra que iba cogiendo forma de isla. Allá donde alcanzaba la vista, imperaba una selva de eternos verdes cercada por las aguas mansas de aquel mar. Pronto llegarían a una de las tierras más ricas de las Américas, una de las últimas colonias pertenecientes al ahora maltrecho Imperio español. «La perla del Caribe» la llamaban, la posesión más codiciada de las Antillas. Las extensas plantaciones azucareras habían horadado su paisaje para transformarlo en un vergel de cañaverales que producían el oro dulce del que nadie parecía cansarse. Incluso los americanos habían intentado comprar esta isla en varias ocasiones, pero España se empeñaba en seguir amarrándola, y, a pesar de que los cubanos habían fallado en su primer intento por independizarse, los ecos de sedición todavía resonaban en el aire.

No transcurrió mucho tiempo hasta que La Habana comenzó a asomarse en la distancia. Macarena percibió la mano de Teresita asiendo la suya con fuerza.

—Ya casi estamos.

El barco se encontraba cada vez más cerca de su destino, y

distinguieron la vieja zona portuaria con sus casas pintadas de tonos pastel. Aguardaron con impaciencia mientras el barco pasaba frente al castillo de Los Tres Reyes del Morro con su faro de cal y salitre. Las dos jóvenes admiraron la ciudad extendiéndose frente a ellas, sus edificios de piedra y sus casas que no sobrepasaban la altura de los mástiles apiñados en el puerto hasta que el ambiente bullicioso del muelle fue engullendo la embarcación.

El bergantín viraba con la calma que requería su envergadura, aproximándose al embarcadero para atracar de costado. Tras la maniobra, los marineros se esforzaron por acercar la pasarela a tierra al tiempo que los pasajeros lo contemplaban todo apoyados sobre la barandilla, deseosos de bajar. Macarena se concentraba en el rumor de las voces y sus cantinelas, evitando detenerse en la inquietud que recorría su espinazo al pensar en lo que le deparaba su destino. Un chillido estridente interrumpió sus reflexiones.

—¡Teresita, hija mía, vamos! —dijo doña Inés.

Su padre, con uniforme impoluto, aguardaba para descender, y ella los estaba demorando. Al ser don Carlos un militar de alto rango enviado por el propio Sagasta a la isla, le habían dado preferencia a la hora de desembarcar.

—¿Estás segura de que no quieres acompañarnos? —preguntó Teresita.

Macarena negó con la cabeza; pensó que era mejor despedirse allí.

—Te voy a echar de menos —dijo.

—¡Teresita, por el amor de dios! —insistió la madre.

Macarena sintió sus brazos rodeándola con fuerza, y las dos volvieron a escuchar la voz crispada de doña Inés. Teresa se apresuró a clavar un beso en la mejilla de su amiga antes de marchar para reunirse con su familia. En la dársena esperaba una pequeña comitiva de soldados para darles la bienvenida, y poco después empezaron las presentaciones. Macarena se entretuvo con las gentes que se agolpaban alrededor de los recién llegados. Al cabo de unos instantes, su amiga se había desvanecido en la multitud. Su ausencia le dejó un amargor en la boca, y tuvo que esforzarse en reprimir las lágrimas. Permitió a los demás pasajeros escurrirse frente a ella, dilatando su tiempo en la embarcación, consciente de que su destino quedaría sellado cuando descendiera por la pasarela. Pero no tuvo que esperar demasiado antes de que se le aproximasen dos marineros para cargar sus pertenencias, que colocaron cerca de un murete en las proximidades del bergantín.

Entre tanto, se permitió estudiar a las personas congregadas a su alrededor: los estibadores de pieles cobrizas con sus ternos de algodón deslucidos descargando los barcos; los encargados de las compañías navieras corriendo, gesticulando con aspavientos de los brazos, dando

órdenes a los mozos que despachaban las mercancías en carros con mulas escuálidas en dirección a la ciudad; los familiares reuniéndose con los recién llegados; las damas blancas como lirios y sus doncellas doradas paseando a niños con vestimentas rígidas; las mulatas sonriendo descaradas y despertando el deseo en los caballeros que las miraban de reojo, sin quitarse el sombrero… Incontables pasajeros descendían de barcos procedentes de allende los mares, con coloridas banderas desvelando su origen: Cádiz, Veracruz, Buenos Aires, Nueva York… Gentes de mirada colmada por el ansia de comenzar una nueva vida, de hacer fortuna persiguiendo la quimera de los indianos en la ciudad que asomaba en el horizonte. Ella, sin embargo, lo hubiera dado todo por regresar a su casa en Sevilla.

Inmersa en esos detalles, no se percató de una presencia acechándola hasta que su voz requirió su atención.

—¿Doña Macarena?

Ella no dijo nada; se quedó pasmada estudiando al extraño y su indumentaria estrambótica, que rozaba el ridículo. La cabeza calzada por un sombrero de copa, la levita carmesí con botones y alamares dorados, las calzas de color crema y unas botas de montar de charol negro. A pesar de lo cómico de su atuendo, se percató de lo guapo que resultaba con su piel de bronce y unos ojos del color de las aguas caribeñas. Lo examinó sin tapujos, pero el desconocido parecía estar acostumbrado a ese tipo de miradas y no ocultó la satisfacción de saber que había captado su atención. Su voz sonó suave cuando habló, acompañada por un acento meloso.

—Soy Damián, *sumercé* —indicó con una reverencia.

Ella lo miró con desconfianza, intentando adivinar sus verdaderas intenciones.

—Me envía don Leopoldo. Yo soy su cochero —aclaró con el pecho inflado de orgullo—. Hágame un favor, no se vaya a mover *sumercé;* enseguida vuelvo con él.

El joven no esperó una respuesta, y se escabulló entre la multitud a toda prisa. Al poco tiempo volvió a asomarse una chistera que Macarena creyó reconocer entre la marea de cabezas. Poco a poco surgió el rostro sonriente, del desconocido al tiempo que un hombre que bien pasaba los sesenta se situaba junto a él. Observó a su acompañante con curiosidad. *Es él,* pensó. Después las palabras de la carta retumbaron de nuevo en su memoria, y sintió ganas de romper a llorar. Aguardó escrutando a la pareja que se aproximaba. Si alguna vez Leopoldo Villalba fue bien parecido, el tiempo se había encargado de borrar cualquier rastro de atractivo en él. El hecho de que el cochero estuviese a su lado no hacía más que acentuar su vetustez. Se fijó en su melena deslustrada, en su cara enjuta y arrugada, de la que colgaba una notable papada que cubría de manera parcial con un

pañuelo de seda enrollado al cuello. Llevaba un pequeño bigote con las puntas peinadas hacia arriba, cual reloj marcando las dos menos diez. Su chaqueta no era capaz de abarcar el diámetro de su prominente barriga, mientras que el resto del cuerpo se sostenía por unas piernas demasiado delgadas en comparación con el volumen de su torso que daban la sensación de que se quebrarían en cualquier momento. Fue solo cuando se acercaron que la andaluza se percató de que renqueaba ligeramente de la pierna izquierda, y por lo que se apoyaba en un bastón. Macarena sintió que el agotamiento de todos los días de travesía le pesaba sobre los hombros, aplastándola contra los adoquines del puerto. La ligereza provocada por la felicidad de arribar se había evaporado, y solo quedaba el escozor de la dura realidad. Entonces escuchó una voz cortante con un deje familiar.

—Niña, ¿es que no vas a saludar a tu esposo?

Esas palabras materializaron el destino augurado en la carta que recibiera en Sevilla semanas atrás. Había aguardado algún suceso que evitara la boda, porque la mente siempre juega malas pasadas con todo lo que atañe a la esperanza, pero a partir de ese instante fue consciente de que no había nada que la fuera a librar de su destino. Desvió la mirada hacia donde provenía la voz, para encontrarse con un rostro menudo que casi confundió con el de su tía Milagros. No quedaba lugar a dudas de que se trataba de Aurelia, hermana de Milagros, emigrada décadas atrás a La Habana, donde regentaba una pensión, y la artífice de haber orquestado el enlace que saldaría las grandes deudas que había adquirido Milagros a lo largo de los años. Con ese matrimonio, la familia quedaba libre de deudas y Leopoldo adquiría el título nobiliario de conde de Morente.

Regresó la vista a Leopoldo, tragando saliva para infundirse valor y recuperar la compostura, pero a pesar de sus esfuerzos se sintió incapaz de quebrar el vacío surgido entre ellos. Fueron las palabras de su marido las que se abrieron paso entre la algazara portuaria dándole la bienvenida a su nuevo hogar. Macarena se apresuró a responder, intentando sonar convincente, y Aurelia asintió con aprobación, afianzando su buen criterio en la elección de su sobrina como esposa de don Leopoldo. La tía volvió a hablarle con aquella voz que tanto le recordaba a la de Milagros.

—Ahora ven aquí, niña. Que pueda verte mejor.

Macarena permitió que la besara con sus labios consumidos mientras Leopoldo ordenaba a Damián, el calesero, que se encargara de acomodar las pertenencias de su esposa. Unos mozos del puerto comenzaron a cargar el arcón con la promesa de recibir unas cuantas perras a cambio, y los tres se zambulleron en el gentío, al ritmo de los pasos tranquilos de la anciana hasta llegar al carruaje donde Damián aguardaba con una expresión de orgullo. Leopoldo se apresuró a

explicar la peculiar naturaleza del vehículo de dos ruedas que iba tirado por un magnífico semental.

—Los caminos en la isla son poco accesibles. El quitrín —dijo refiriéndose al carro— se adapta mejor a esas necesidades. En especial, a lo que atañe a que no se vuelque.

Macarena intuyó que el joven mulato viajaría sobre el lomo del animal, pues no encontraba otro lugar para él. Una vez dentro del carro, comprobó que no difería de las calesas andaluzas en las que acostumbraba a pasear por Sevilla. Sin más preámbulo, se adentraron en el entramado laberíntico de la ciudad. Damián conducía al caballo por las calles empedradas de solera. Las avenidas con edificios señoriales se iban postrando ante ella, para suceder a otras más estrechas que invitaban a impregnarse del nuevo mundo que los rodeaba. Por las calzadas veían hileras de carruajes con damas y caballeros elegantes en su interior abanicándose para espantar el calor. Gentes con apariencias más humildes andaban por las aceras. Los varones cubrían sus cabezas con sombreros de *yarey* y las mujeres escondían sus cabellos bajo pañuelos atados con gracia mientras cargaban en un costado a sus hijos y sobre la cabeza cestas repletas de frutas exóticas de gruesa piel. De vez en cuando, el carro se detenía en una calle o esquina, y entonces Macarena podía admirar los puestos callejeros en los que los vendedores locales —en su mayoría antiguos libertos— ofrecían frutas, verduras, pollos vivos o pescado del día. Los tenderos espantaban las moscas posadas en su género con grandes hojas de palma y llamaban la atención de los transeúntes con cánticos almibarados para que adquirieran sus mercancías.

—Las más frescas, las mejores de *Labana.*

El quitrín enfiló una calle de villas señoriales. Aurelia no perdió tiempo en matizar que la propiedad de Leopoldo se hallaba en la zona de la antigua muralla, y se apresuró en aclarar que era uno de los emplazamientos más selectos de la ciudad y que se había construido cuando la muralla se derribó para dejar espacio a la floreciente urbe.

—Compartimos vecindario con las familias más influyentes —añadió Leopoldo—. No muy lejos está el palacio de la marquesa de Balboa.

—Antaño fue la casa más prestigiosa de la isla, aunque hace tiempo que perdió casi toda su fortuna, que quedó en manos de los acreedores —indicó Aurelia con malicia, olvidando adrede la precaria situación en la que su hermana había estado no mucho más atrás.

Macarena se distrajo echando un vistazo al otro lado del fuelle del carruaje, donde unos niños jugaban al tejo con el júbilo propio de su edad. Podía sentir un aroma dulzón y fresco que era como si manara de la tierra misma: a sol y a fruta madura, a hojas de menta, geranio y limón. Poco después percibió que el carruaje se detenía con cierta

brusquedad. Alzó la vista contra la fachada blanquecina de la casa, admirando el palacete que se levantaba frente a ella y que, según su tía, se trataba de uno de los más grandes de la zona. La mansión ocupaba una parte considerable de una de las cuadras situada en la calle Egido, tenía una fachada principal decorada con una arcada en la que unas columnas sostenían los frisos de la parte superior de la casa, que se alzaba tres pisos del suelo, y se accedía a la puerta principal a través de una escalinata. Entraron por un zaguán que desembocaba a un hermoso patio interior que le recordó a Macarena a los que se estilaban en tiempos del califato en su añorada Andalucía, con la excepción de que estos habían incorporado elementos de la jungla circundante y de que las plantas parecían brotar de cualquier rincón de la estancia.

Leopoldo hizo sonar una campanilla hasta que, uno a uno, todos los miembros del servicio desfilaron para dar la bienvenida a la nueva señora de la casa. Leopoldo contaba con veinte sirvientes: ama de llaves, doncellas y lacayos, cocinera y ayudantes, caleseros, palafreneros, jardineros y recaderos, todo un tropel de personas encargadas de los quehaceres de la mansión. Macarena estaba tan abrumada que instantes después era incapaz de recordar ninguno de los nombres a excepción del del ama de llaves, doña Mariana, una mujer de mediana edad con el pelo regado de canas, rostro abotargado, apariencia sobria y un marcado acento gallego que no se le había atenuado a pesar de los años vividos fuera de su tierra. Sus intensos ojos marrones la estudiaron, midiéndola sin tapujos. Su semblante serio no se suavizó un ápice al ser presentada, y la andaluza se dijo que sería mejor estar a bien con ella.

—Lourdes te acompañará a tu habitación para que te refresques —dispuso Leopoldo.

Una joven menuda y larga como una vara se acercó e hizo una reverencia. Llevaba un vestido blanco de algodón que resaltaba el color acaramelado de su piel y el cabello cubierto con un pañuelo igual de blanco, pero de las sienes y la nuca se escapaban unos finos caracolillos de pelo ensortijado y negro. Macarena la siguió por las escaleras. Tras adecentarse, bajó con su tía y su marido para tomar una merienda consistente en chocolate con leche, bizcochitos de limón y buñuelos de yuca. A pesar de la creciente antipatía que su tía le despertaba, agradeció su presencia, pues su conversación superflua y continua ayudó a evitar aquellos incómodos silencios que, de otra manera, hubieran enraizado entre Leopoldo y ella. Aurelia los acompañó hasta el fin de la velada, y cuando se despidió, Macarena suspiró aliviada, al poder retirarse a su habitación con la intención de descansar.

No veía el momento de echarse a dormir, pero al observar la cama

se percató de que todavía había algo pendiente antes de concluir el día. Las tripas se le revolvieron en un manojo de nervios, y permitió a Lourdes hacer a su antojo mientras la preparaba para ello. Cuando la joven terminó, Macarena avistó en el reflejo del espejo el temor en su propia mirada. Súbitamente la tierra pegó una sacudida. Los cristales de las ventanas temblaron, las lámparas del techo bailaron en sus cables y las paredes se estremecieron hasta sus cimientos en tanto que un estruendo recorría las callejas de la ciudad. La condesa profirió un chillido; sus ojos espantados buscaron los de Lourdes, y se percató de que esta permanecía impávida.

—Tranquila, *sumercé*. Está todo bien.

—¡Dios santo! ¿Qué ha sido eso?

—Es solo el cañonazo de las nueve. Lo disparan todas las noches desde la fortaleza de La Cabaña.

Probó a sonreír, sacándose el susto del cuerpo y comprobando que la casa seguía en pie. El ruido de los cascos de los caballos y las voces se colaban de nuevo por los ventanales abiertos.

—¿Todas?

Lourdes, que no tendría más de trece o catorce años, asintió con una sonrisilla en el rostro al ver la expresión de desconcierto de la andaluza.

—Sí, *sumercé*. Pero ya verá como pronto se acostumbra.

—¿Y se puede saber por qué lo hacen?

La chica se encogió de hombros, sin darle mayor importancia.

—Antes avisaban de que las puertas de la muralla se cerraban. Quien no estaba dentro debía esperar hasta el día siguiente.

—Pero si ya no hay muralla…

—Ahora dicen que sirve para ajustar los relojes.

La muchacha sonrió. Macarena le devolvió la sonrisa, al tiempo que el susto se le escurría de las tripas. La idea le resultó tan absurda que de golpe no pudo hacer otra cosa que reír, y les cogió a las dos una risa floja que, durante un rato, alivió el malestar que sentía Macarena. Lourdes se marchó y ella se quedó anclada en un rincón de la estancia, temiendo lo que iba a suceder a continuación. La brisa vespertina y la certidumbre de lo que la aguardaba le habían destemplado las entrañas, e intentó sacudirse aquella sensación de la piel.

Un sonido a su espalda la avisó de que alguien se aproximaba; tragó saliva antes de girarse y encontrar a Leopoldo en medio de la habitación. Su primera reacción fue cubrirse, conteniendo el aliento como si fuera una presa bajo las fauces de un depredador, consciente de que el miedo le impedía moverse. Él se acercó con paso decidido pero torpe, devorando con la mirada las líneas de su cuerpo joven dibujado contra la seda del camisón.

Los años y la soltería habían marcado el carácter de Leopoldo con

un apetito voraz hacia la belleza femenina. Macarena no se equivocaba al suponer que habría conocido otras mujeres, y pensó entristecida que ella jamás gozaría de la cercanía de una piel tersa contra la suya, o de unos labios que no estuvieran consumidos por el tiempo.

Su marido la tomó por la mano, llevándola hacia él, y rozó la curva de su mentón admirando la gracia de su rostro aniñado, de sus ojos redondos del color de la melaza clara, orgulloso de ver su hermosura y saber que a partir de entonces le pertenecía. Se desprendió de la chaqueta y luego se desanudó la corbata. Su voz sonó autoritaria cuando habló.

—Déjame verte.

Ella no supo cómo reaccionar a sus palabras, y se mantuvo en silencio. El vacío denso de la estancia se llenó con el repicar de los carruajes colándose desde la calle. Leopoldo pareció impacientarse, y la instó a quitarse la ropa. Macarena lo miró escandalizada, pues, aunque no poseía conocimiento alguno de la forma en la que se desarrollaría ese acto, tenía una vaga idea de cómo sucedía: en un lecho, cubriendo la desnudez y, desde luego, con las luces apagadas.

—He de suponer que eres virgen.

Sus mejillas se incendiaron al escuchar esas palabras, y asintió con un movimiento casi imperceptible de la cabeza.

—Eso también lo tuvieron en cuenta tus tías —dijo él deteniéndose unos instantes más a observarla, complacido ante su respuesta—. Ayúdame con la ropa.

Macarena comenzó a desabrochar su camisa con dedos temblorosos, y Leopoldo se quitó la prenda. Quedó al descubierto su torso abultado como el vientre de una mujer preñada, plagado de un vello grisáceo. Se aproximó más a la joven, permitiéndole probar sus labios con sabor a su aliento rancio, mezclado con tabaco y licor. Ella no pudo evitar retirar el rostro con suavidad. El gesto de desagrado de Macarena enervó a Leopoldo, que la tomó por el mentón, obligándola a enfrentarse a su mirada.

—Quizás no soy el marido que esperabas, pero será mejor que te acostumbres.

Aquella vez la besó con dureza. Macarena aguantó el envite hasta que él se despegó de sus labios. Los ojos se le humedecieron, las lágrimas se precipitaron contra sus mejillas.

—Échate en la cama y deja de llorar como una chiquilla.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se tendió sobre el colchón. Evitó mirar su desnudez cuando él se desprendió de la ropa que le quedaba y se deslizó con torpeza para colocarse sobre ella. Su mirada estaba inyectada de deseo cuando le subió el camisón y comenzó a abrirle las piernas. Macarena notó la calidez de su vientre,

humedecido con el sudor reconcentrado del día. Apretó los ojos con fuerza, prometiéndose en silencio que todo acabaría rápido, intentando contener la pesadez del llanto, el nudo en la garganta que le impedía respirar. Sintió que Leopoldo empujaba contra sus entrañas, introduciéndose en ella sin sutilezas. El dolor fue lo de menos. Lo peor, sentir las embestidas de sus caderas, la aspereza de su vello frotándose contra su piel, su aliento rancio lamiéndole el cuerpo. Aunque nada más comenzar con el acto, percibió que Leopoldo se tensaba al tiempo que su garganta vomitaba un gemido ronco antes de derrumbarse sobre ella, inerte.

2

La medicina había sido la vocación de Francisco Morales, pues nada encontró más grato que sanar a los demás. De joven, cuando su familia no consiguió mantener su posición burguesa en la empobrecida Castilla la Vieja, se vio forzado a emigrar a Cuba con lo poco que le quedaba al terminar la carrera de Medicina. Tiempo después de llegar a la isla, estableció una pequeña consulta en la zona de intramuros; su buen hacer le hizo ganar una merecida fama que fue extendiéndose por la ciudad, y pronto las personas más pudientes comenzaron a llamar a su puerta.

En aquellos instantes, mientras se dirigía a la casa del difunto Leopoldo Villalba, los recuerdos sobre su amigo le sobrevinieron como lo habían hecho durante los últimos días desde que recibió la noticia de su triste final. Se retiró los anteojos y los limpió con gesto pensativo. De su rostro se escurrió una sonrisa entristecida al observar sus manos temblorosas, ahora incapacitadas para curar, y pensó que ni los dioses podían escapar al destino de las Moiras. A veces, el azar resultaba caprichoso, y este había aguardado a esa primera consumación de Leopoldo con su joven esposa para arrebatarle la vida, aunque el doctor Morales pensó que, puestos a morir, qué mejor manera de hacerlo que entre los muslos de una mujer como Macarena.

El carruaje traqueteaba enredándose en las callejas del casco viejo, hundiéndose en los baches en tantas ocasiones que pensó que, si el calesero no ponía más cuidado, perderían alguna rueda por el camino. Aunque no protestó. El joven azuzaba con brío a la montura, pues así se lo había pedido Morales, y de tanto en tanto echaba la vista atrás para cerciorarse del bienestar de su patrón. Francisco llevaba noticias urgentes que debía compartir con la joven enviudada, por eso el jinete no se atrevió a disminuir la marcha hasta enfilar la calle Egido.

Una doncella un tanto desgarbada salió a recibirlo tras atravesar el zaguán y lo acompañó escaleras arriba pasando por el patio, anegado por el trajín de los criados esmerándose en vestir de luto la casa. Los postigos cerrados y los cuadros con velo anunciaban a los cuatro vientos el duelo de los habitantes de la casa. No se entretuvo el doctor en saludar a doña Mariana, el ama de llaves, y entró en la estancia donde se hallaba Macarena.

—Buenos días, don Francisco.

—¿Cómo está, querida Macarena?

Ella asintió sin pronunciar una palabra.

—He venido porque he recibido un telegrama de Guillermo Villalba, el sobrino de Leopoldo. Tiene previsto partir de París y embarcar de vuelta a La Habana en el siguiente vapor disponible. Será cuestión de pocas semanas que llegue.

Ella volvió a responder con un movimiento de la cabeza, acompañándolo esta vez con un golpe de su abanico. Y el galeno, viendo que no decía palabra alguna, continuó hablando.

—Pero me temo que hay ciertos asuntos imposibles de posponer mucho más. Y Guillermo no llegará a tiempo para encargarse de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Anoche coincidí con el señor Vanderbilt, un americano con el que Leopoldo había comenzado a hacer negocios en los últimos meses. Tras enterarse de las trágicas noticias, tiene planeado visitarla hoy mismo.

—¿Y puedo preguntar la razón?

El calor en la estancia se hacía insoportable, con todas las ventanas atrancadas a cal y canto, pero era lo que el luto mandaba, y Macarena no se atrevía a discutir las tradiciones imperantes en aquel lugar, así que se abanicó con vehemencia.

—Para asegurarse de que su dinero esté en buenas manos.

—¿Y por qué no puede esperar el señor Vanderbilt a que llegue el sobrino de mi marido?

—Dudo que acepte a pesar de la terrible situación. Los gringos que llegan a esta isla solo vienen con una idea entre ceja y ceja: hacer negocios, o *bisnes,* como ellos lo llaman.

Macarena suspiró rogando por una brizna de aire que refrescara el denso ambiente de la estancia donde pasaba los días encerrada, huyendo de las constantes miradas y peticiones de los criados y del ama de llaves.

—¿Y qué sucedería si me niego? —preguntó con ingenuidad antes de volver a abanicarse.

—Desgraciadamente la cantidad adeudada es demasiado cuantiosa. Si Vanderbilt decidiera ejecutar la deuda, se vería de pronto en una situación muy comprometida, Macarena.

Ella guardó silencio, sintiendo la turbación producida por aquellas palabras, y mientras buscaba la forma de evitar aquel encuentro con el americano en cuestión, Mariana llamó a la puerta, sacándola de su ensimismamiento.

—Tiene una visita, doña Macarena.

—¿De quién se trata?

—Es el señor James Vanderbilt —consiguió pronunciar el ama de llaves, a pesar de la dificultad que acarreaba el apellido.

Macarena frunció el ceño y dirigió una mirada al doctor, que cerró los ojos en un gesto afirmativo, dando por válida la información que acababa de compartir.

—Hágale pasar.

—Debería marcharme —dijo Morales haciendo el ademán de levantarse.

—No, por favor. Quédese.

Él asintió con cierta solemnidad, apiadándose de la joven, y le dio unos golpecitos en la mano para consolarla. No tardó en aparecer el caballero en cuestión, vestido con un traje indiano de color crudo. Macarena lo estudió. Resultaba elegante, de porte casi nobiliario, con su pelo rubio y sus ojos claros. Era guapo a pesar del gesto serio que cruzaba su rostro, por el que surcaban algunas arrugas propias de su edad —el hombre rozaría los cuarenta—. James Vanderbilt se detuvo al percatarse de la presencia de una segunda persona en la sala, pues había contado con encontrar sola a la viuda, y antes de avanzar al interior de la estancia analizó la situación, permitiéndose unos instantes para sopesar todas sus posibilidades. Macarena lo saludó.

—Don *Vandarbil,* pase, por favor.

Él se acercó y tomó su mano al tiempo que hacía un marcado gesto con la cabeza a modo de saludo. La joven percibió un ligero aroma a tabaco y sándalo que emanaba de él. Con ese calor que castigaba la estancia llegó a hallarlo desagradable, y quiso alejarse, pero como no podía hacerlo, se abanicó intentando desparramar el perfume de su alrededor. El señor Vanderbilt le expresó sus más sinceras condolencias exhibiendo un español fluido, tras lo cual saludó al galeno por segunda vez en pocas horas y tomó asiento cuando se lo ofrecieron.

—Lamento importunarla, condesa —había algo en la aristocracia que intrigaba y atraía a los americanos adinerados como Vanderbilt—, pero arribé ayer a la isla y me dieron las tristes noticias sobre el *tragic* final de Leopoldo. Quise venir a *prestar* mis *respects*.

—Es muy amable, don *Vandarbil*.

—Por favor, llámeme James.

Macarena no se entretuvo en dar conversación de más al extranjero, decidida a despacharlo cuanto antes, tal y como había hecho con el resto de conocidos de Leopoldo en los días anteriores. Una vez más, se abanicó.

—Entiendo que tenía asuntos pendientes con mi difunto esposo.

Él asintió, dirigiendo una mirada de soslayo a Morales que no le pasó inadvertida a la viuda.

—Tenga por seguro, don James, que aquí puede hablar en confianza. El doctor Morales es un buen amigo de la familia, y no hay persona en esta isla en la que más confíe.

El americano dibujó una sonrisa a pesar de sentirse reticente a creerla. Sin embargo, no dejó entrever sus verdaderas motivaciones, y se centró en lo que lo había llevado aquella mañana a importunar a la tierna mujer de su difunto socio.

—Antes de la triste muerte de su marido, invertí una cuantiosa cantidad de dinero en su plantación. Un pago por adelantado del azúcar de la zafra que está por terminar.

Le tendió un papel con la información. Macarena lo ojeó rápidamente, sin apenas comprenderlo, deseosa por ventilar el asunto con la mayor brevedad. Sin embargo, antes de poder devolverle el documento, el galeno lo tomó de sus manos para comprobar la veracidad de la información y después se lo retornó a Vanderbilt, que lo volvió a colocar a buen recaudo en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Entiendo —respondió Macarena, a pesar de no saber adónde quería llegar el americano con todas esas explicaciones del pago por adelantado.

—Como comprenderá, después del trágico suceso… —James Vanderbilt hizo una pausa; temía incomodar a la viuda con lo que se disponía a decir—, debo asegurarme de que mi inversión sigue en buenas manos, muy a pesar de la tragedia ocurrida.

—¿Y cómo podría ayudarle yo, señor *Vandarbil*?

Se formó un silencio que solo se rompía por el insistente cantar de los pájaros del exterior, hasta que por fin el *gentleman* habló mientras clavaba su mirada fría en Macarena.

—Me gustaría que me acompañara a Matanzas para visitar el ingenio y comprobar el estado de mi inversión.

En aquel momento, fue el doctor quien protestó ante el despropósito planteado por el americano.

—Eso es imposible, inaceptable. Esta mujer acaba de perder a su marido. Por el amor de dios, está de luto, no puede ser.

El caballero parecía comprender la situación. Sabía que pedía demasiado; sin embargo, para él los negocios eran lo primero.

—Lo lamento, pero no me es posible esperar mucho más tiempo. He de comprobarlo antes de partir la semana que viene —dijo Vanderbilt, dando por terminada la conversación—. Me alojo en el hotel Inglaterra, donde aguardaré su decisión. De no ser así, me veré obligado a ejecutar la deuda por la integridad del capital invertido. —Dicho aquello, se puso en pie—. Doña Macarena, muchas gracias por su tiempo. No es necesario que me acompañen.

Salió de la estancia para dejar al doctor Francisco Morales y a la viuda rodeados por un denso silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper. Macarena comprendió que si no accedía a la petición del americano, se vería forzada a desembolsar una cantidad

de dinero que no poseía, pues, aunque en las épocas de zafra los grandes terratenientes pidieran créditos para continuar con su lujosa vida antes de cobrar las ganancias de sus producciones, el caso de Leopoldo —según le explicaba Morales— era diferente, ya que se había visto impelido a pedirlo para afrontar el cuantioso pago de las deudas acumuladas a lo largo de los años por su tía Milagros. Si rompía el acuerdo con Vanderbilt, debería malvender cualquiera de las propiedades heredadas de su marido —si no todas—, y no estaba dispuesta a ello, pues pretendía sacar el mayor beneficio por ellas y regresar de vuelta a España con el dinero conseguido.

—Mucho me temo que no tengo más opción que ir a Matanzas con él.

Morales enrojeció por la inquina hacia Vanderbilt y toda su estirpe de usureros, y maldijo al gringo con improperios más propios de un marinero de un prostíbulo de extramuros que de un galeno de la calle Villegas.

—No, imposible. Es un despropósito, Macarena.

—Lo que es un despropósito es arriesgarme a perder la plantación por no querer acompañarlo. Estoy segura de que si Leopoldo estuviera con vida, tampoco lo querría.

Morales se quedó en silencio, sopesando las palabras de la joven viuda. Era consciente de que su amigo no habría querido perder el ingenio a manos de sus acreedores, y aceptó las intenciones de la condesa.

—Pero tengo un favor que pedirle, Francisco. Venga conmigo —le dijo Macarena—. Yo no conozco allí a nadie, y necesito de una mano amiga para guiarme.

Él contempló sus ojos, que le rogaban su ayuda, y no pudo resistirse, ni por ella ni por su amigo, que lo estaría observando desde el cielo. Asintió.

—Iré esta misma tarde por el Inglaterra y le haré llegar el mensaje a Vanderbilt para confirmarle que iremos con él al ingenio. De paso, conseguiré los billetes para partir hacia allí cuanto antes.

Al día siguiente Macarena llegaba a la estación acompañada por Lourdes y don Francisco. Allí se encontraron con James Vanderbilt para tomar el tren del mediodía con destino a Matanzas. Tras horas masticando la carbonilla y el humo de la locomotora, arribaron a una concurrida estación y descendieron del vagón de primera clase. No tardó en acercárseles un joven de hermosos rasgos. Macarena reparó en el llamativo atuendo, igual de cómico que el de Damián, el cochero de su difunto marido, y comenzó a comprender el gusto de los cubanos por lucir a sus caleseros tanto como a sus caballos. El joven

cochero —llamado Matías— iba acompañado por dos mozos de piel más oscura y atuendo menos elaborado que se encargaron de llevar las pertenencias de Macarena y Morales a los carros.

Fuera de la estación, el sol de la tarde comenzaba a languidecer con lentitud. Entre la comitiva de bienvenida se encontraba Gabriel Ceballos, el capataz de la plantación. De aspecto rudo, a pesar de sus años todavía se le veía fornido, con unos hombros anchos como una carreta. Ceballos se quitó un sombrero indiano deslucido para saludar mientras sostenía entre sus labios abotargados un cigarro puro humeante. Por la asiduidad con la que los debía de fumar, habían teñido de amarillo su maltrecha dentadura. Tras los saludos iniciales y las presentaciones de la nueva patrona, estuvieron listos para partir. La comitiva constaba de un quitrín, conducido por Matías, donde viajarían el americano, el galeno y Macarena; un carro cargado con provisiones y las valijas de los recién llegados y un par de mulas escuálidas que portarían varios fardos. Junto a ellas, un magnífico caballo alazán aguardaba para ser montado por el capataz.

—La negra irá con los baúles —dijo Ceballos señalando a Lourdes.

Macarena salió en defensa de su doncella al escuchar aquellas palabras. En ese momento, todas las miradas se posaron en ella, que habló con la autoridad que le conferían su posición y su abolengo.

—Disculpe, Gabriel, pero Lourdes debe tener un transporte más adecuado.

Notó algunos ojos abriéndose sorprendidos, y los de Ceballos, en particular, empequeñeciéndose para analizar a la nueva doña con minuciosidad. Un gesto de desafío cruzó la cara del capataz, pues todos allí acostumbraban a acatar sus órdenes sin rechistar, y no le gustaban las réplicas, menos aún si estas venían de negros o de mujeres. Cuando respondió, no se molestó en disimular un tono soez.

—Entonces el quitrín no resultaría cómodo para la condesa. En el carro hay espacio de sobra.

Ella dirigió una mirada hacia el galeno, que bien se hubiera ofrecido a viajar en caballo de no haber sido por los años que sumaba a su maltrecha osamenta.

—He de insistir —dijo Macarena.

El capataz dejó escapar algo parecido a un bufido en una muestra de exasperación por la réplica de la mujer, que retrasaba la partida.

—Los negros están hechos para resistir el sol, señora.

—No voy a permitir que mi doncella viaje de cualquier manera.

Gabriel estaba a punto de decir algo más cuando el americano decidió intervenir. Su voz sonó sosegada, pero sus ojos fríos se clavaron en los del capataz. Quizás Ceballos estuviera dispuesto a volver a replicar a Macarena, pero se lo pensaría dos veces antes de hacerlo con aquel gringo delante.

—Ya has escuchado a la señora. La doncella viajará en el quitrín, y yo iré en uno de los caballos.

—Lo lamento, pero no hemos traído más monturas que estas viejas bestias de carga —dijo Ceballos señalando a las mulas.

La mirada de Macarena se dirigió al corcel aguardando junto a ellos. Luego la fijó en el capataz, afilada y cortante como los machetes usados por los jornaleros para cercenar la caña.

—Pues que coja el caballo. Usted vaya en el carro, que hay sitio de sobra.

El rostro de Gabriel se ensombreció durante unos instantes, pero James hendió su mirada en él, dispuesto a fulminarlo si decidía pronunciar una palabra más. El capataz comprendió que aquella batalla estaba perdida y no tuvo más remedio que claudicar, jurando para sus adentros que se lo haría pagar a la negra y la malparida de la patrona. Así que comenzó a dar voces a los trabajadores, desquitándose con ellos. Vanderbilt miró a la condesa de soslayo y le dedicó una escueta sonrisa de complicidad antes de que la comitiva comenzara su viaje, encabezada por el carruaje, escoltado este por el americano. A cierta distancia los seguían, rezagados, carro y mulas pujando por guardar el ritmo del quitrín. Durante el trayecto apenas hablaron, y con la caída del sol el camino acabó desembocando en una arcada de piedra gris y musgosa. Francisco Morales parecía dormitar, pero abrió un ojo y señaló la entrada al ingenio. Se vieron rodeados por las hileras de altas cañas verdes, que contrastaban con el camino polvoriento. Unos minutos más tarde —no supo cuántos con exactitud— el galeno indicó un punto en dirección al este, donde una larga chimenea humeante asomaba en la lejanía, recortada contra el cielo, tiznándolo con un humo denso y lechoso.

—Ahí está —dijo con una mezcla de orgullo y tristeza, recordando a su difunto amigo—. Ahí es donde se produce el oro dulce.

Macarena observó cómo la chimenea se hacía cada vez más grande hasta quedar escondida tras el mar de cañas, a la derecha del camino, y este desembocó en una explanada dominada por una quinta señorial. Las palmeras y los árboles frutales se diseminaban por el parterre circundante a la propiedad y un mullido césped acordonaba sus inmediaciones. La casa se encontraba a cierta distancia del lugar donde se situaban las máquinas para refinar el azúcar, al que llamaban batey, también de los barracones y de las viviendas de los jornaleros y sus familias. En la hacienda aguardaban por ellos unos cuantos sirvientes, que habían dispuesto todo lo necesario para su llegada. Sócrates, el viejo mayordomo, y su mujer, Isabel, que era la cocinera, los recibieron, y cuando terminaron de instalarse, había anochecido, por lo que decidieron posponer todo para el día siguiente.

Macarena despertó temprano y halló al señor Vanderbilt

dialogando con Ceballos al salir a la galería. Cuando los dos hombres se percataron de su presencia, el capataz se despidió sin muchos miramientos, más bien malhumorado. Macarena se aproximó a su invitado al tiempo que un mal presagio la inducía a desconfiar de la escena que acababa de presenciar.

—Espero que Gabriel no le esté importunando.

Vanderbilt negó con la cabeza quitándole importancia, pero no pudo ocultar una mirada esquiva. Macarena lo contempló. El sol incendiaba su cabello hasta volverlo casi blanco, y sus ojos parecían menos fríos y calculadores bajo el calor de la mañana.

—Solo quería saber cómo había sido la cosecha.

Se acercaron a una mesa donde aguardaba una taza de café humeante a la que él le dio un trago. Mientras tanto, Isabel, la vieja cocinera del ingenio, con el rostro marcado con gruesas arrugas, llevaba una taza de chocolate con leche para ella. Entre ellos se posó un frágil silencio que amenazaba con romperse y salpicar todo lo demás, pero en ese momento el doctor Morales irrumpió en la galería y Macarena suspiró aliviada. El americano no tardó en excusarse aduciendo que quería prepararse para ir a visitar el batey. Una vez este se marchó, Macarena puso al corriente de lo sucedido a Morales y le confesó sus sospechas.

—Habrá que estar pendiente y no confiar en ninguno de ellos —afirmó Francisco—. Leopoldo decía que Ceballos es el mejor de todos, pero que sería capaz de vender a su madre por una perra gorda. Hablaré con Casimiro y los demás jornaleros para que lo tengan bien vigilado.

—Gracias, don Francisco.

—No es nada, querida Macarena. Y vete llamándome Francisco a secas, que ya va siendo hora.

Él le dio unas palmaditas en la mano antes de marcharse también en dirección al batey. Isabel regresó entonces.

—¿Puedes avisar al señor Vanderbilt? —le preguntó Macarena.

—El gringo ya se marchó, *sumercé*.

—¿Cuándo? ¿Adónde?

La cocinera se encogió de hombros, pues desconocía las respuestas.

—Creo yo que salió por la puerta de servicio en dirección a los establos…

Macarena pensó que el astuto americano se la había jugado. Se fue en esa dirección y recorrió con apremio la distancia hasta las caballerizas con la intención de sorprenderlo junto al capataz. En el caso de que se hubiera dirigido hacia el batey, confiaba en el galeno para hacer lo mismo. Fue únicamente al aproximarse cuando percibió un sonido impreciso que la puso en alerta. Era sordo y amortiguado, como un gemido atragantado. Su instinto la urgió a acercarse con

sigilo, notando el aire dulzón y viciado del interior de los establos. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra, y caminó cuidándose de no hacer ruido, pendiente de cualquier sonido y acompañada por el atronar de su corazón contra sus oídos. Unos pasos más adelante vio a Lourdes, que tenía los ojos espantados y el rostro crispado, porque Gabriel Ceballos le mantenía la boca tapada con una de sus manos y le introducía la otra bajo la saya. La muchacha gimió al ver a su señora y Macarena le hizo un gesto con la mano para que guardara silencio. A diferencia de Lourdes, el capataz no era consciente todavía de la presencia de Macarena.

—Hoy no está la señora para defenderte…

Macarena buscó algo con lo que poder golpearlo, aunque solo halló una fusta. El sonido de una cigarra solitaria chirriando sus patas bajo el sol quebraba la densa tensión del interior de las cuadras. La andaluza se aproximó con paso decidido y blandió la fusta. En el momento que la tralla descendió, un silbido cortó el aire y descargó un golpe certero sobre la espalda de Ceballos. Confundido, este se giró para mirar con ira a su agresor y descubrir contrariado a su patrona.

—Suéltala de inmediato —dijo esta.

A pesar de las dudas, unos instantes después Gabriel esgrimió una sonrisa cruel.

—Márchese de aquí. Esto no es de su incumbencia —le espetó.

Sin pensárselo dos veces, Macarena volvió a levantar la fusta y lo golpeó con todas sus fuerzas, esta vez acertando en la cara. El impacto abrió una herida en la piel del capataz, curtida por los años faenando bajo el sol. La joven se forzó en sonar más autoritaria, pero no pudo evitar que la voz le temblara.

—He dicho que la sueltes, o haré que te azoten.

La sonrisa del capataz se evaporó de sus labios, y, deshaciéndose de Lourdes de un fuerte empellón, comenzó a acercarse amenazante en dirección a su patrona. La niña cayó al suelo y se quedó sollozando. Macarena retrocedió unos pasos a la par que Ceballos se aproximaba.

—Lourdes, ¡sal de aquí!

La muchacha no obedeció. Estaba demasiado aterrorizada para moverse, y temía dejar sola a su señora con aquel malparido, pues había oído las historias que se contaban sobre él en el ingenio.

—No, *sumercé*.

—¡He dicho que te marches!

La joven obedeció a regañadientes, levantándose para escurrirse entre la pared y el capataz, y salió corriendo hacia el exterior de las cuadras sin que Ceballos pudiera detenerla. Su silueta se perdió de vista en la claridad del día, y el jefe de los jornaleros comenzó a avanzar en dirección a Macarena al tiempo que esta preparaba la fusta por si debía usarla de nuevo.

—Márchate de aquí antes de que avise a las autoridades —lo amenazó ella.

—¿Les vas a contar que me has interrumpido mientras me desahogaba con una buscona? ¿Qué crees que me harán por ponerle la mano encima a una negra?

Ella volvió a blandir la fusta, pero esta vez Ceballos anduvo rápido de reflejos, y la paró con una de sus manos y se la arrebató de un tirón. Al verse Macarena desprovista de la vara y ante la postura aún más intimidante del capataz, la joven retrocedió. Ceballos dio un par de pasos para acortar la distancia, pero en ese instante irrumpió en las cuadras Lourdes acompañada por un titán de piel de color bronce oscuro y cabeza rala que respondía al nombre de Casimiro.

—¿Está bien, *sumercé*? —dijo el coloso clavando sus dedos en el pescuezo del capataz, arrancándole el rebenque de la mano.

—Suéltame, malnacido —protestó Ceballos.

Macarena sintió su cuerpo relajándose y dejó escapar el aire contenido en sus pulmones hasta ese instante. Ceballos se revolvió, pero el jornalero desatendió sus protestas.

—Casimiro, encárgate de que este desgraciado se marche de mi propiedad antes de que termine el día —ordenó Macarena.

—Como guste, *sumercé*.

Dicho esto, la sevillana se dirigió en busca del americano mientras el capataz le lanzaba una mirada de rencor, como un juramento silencioso de que las cosas no quedarían de aquel modo.

3

Macarena llegó al batey con el malestar agarrado a las entrañas y encontró a Morales acompañado del americano en el interior de la nave. La engulló el sonido atronador de la maquinaria al quebrar y exprimir la caña. Vanderbilt revisaba el resultado de la producción con ayuda de dos mozos que le indicaban todos los pormenores, y no se había percatado de la presencia de la recién llegada. Ella, aprovechando su distracción, le hizo un gesto al galeno para que se acercara. Se acomodaron junto a una de las grandes máquinas que expelía un chorro de vapor continuo con la rabia de un titán y a la que, de tanto en tanto, dos chamacos con poco más de una docena de años cada uno alimentaban a través de una portezuela metálica. Cuando la abrían, sus rostros soltaban una ristra de goterones de sudor como si estuvieran abriendo la misma puerta que daba acceso a los fuegos del infierno. La voz de Francisco se perdió entre el estrépito, queriendo averiguar la causa de la aparente agitación de la joven.

—¿Qué ocurre, Macarena?

—Lo he mandado al carajo —respondió desahogándose con el primer improperio que le vino a la mente.

La expresión del anciano no pudo ser por menos que de conmoción al escuchar aquellas palabras salir de tan inocente boca, sin comprender de qué hablaba, y la interrogó, con un ojo clavado en el gringo, que continuaba conversando con los jornaleros.

—¿A quién? ¿A qué te refieres?

—A Ceballos.

Morales no cabía en sí del pasmo, y la arrastró del brazo tras la máquina para así poder hablar sin llamar la atención de Vanderbilt.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

Ella inspiró despacio, haciendo un esfuerzo por sosegarse, y lo puso al corriente de lo sucedido. El doctor echó la vista al cielo y exhaló el aire de sus pulmones con un sonoro estertor.

—Buena nos ha caído, Macarena. Mejor que de esto no se entere el gringo si no quieres que coja su dinero y se marche por donde ha venido. Haz lo que buenamente puedas y distráelo. Yo voy a buscar a Casimiro para asegurarme de que ese truhan no nos dé más problemas.

—¿Y qué le decimos si pregunta? —quiso saber ella, preocupada,

pues nunca se le había dado bien mentir.

—Que se ha marchado a atender unos asuntos urgentes. No digas demasiado, y en cuanto puedas, llévalo a la casa. El resto déjamelo a mí —se apresuró a decir el médico al percatarse de que el americano tenía fijada su mirada en ellos—. Ve con él y sonríe, que no se huela nada.

—Creo que ya es tarde para eso… —dijo a la espalda del médico, que ya se encaminaba a buscar a Casimiro.

La joven recorrió la distancia que los separaba entre el sonido fragoso de las máquinas y el movimiento sinuoso de las faldas de su vestido. El americano le clavaba una mirada suspicaz; parecía sospechar que algo estaban tramando.

—Espero que esté todo *correct*. Veo que el doctor sale muy apresurado.

Macarena se forzó a sonreír pensando en una excusa.

—Una de las muchachas se ha quemado en la cocina…

No se mostró el americano demasiado de acuerdo con la respuesta, pero no tuvo otra que aceptarla, al tiempo que la joven se apresuraba a cambiar de tema.

—Como ve, todo va viento en popa en el batey.

Él la miró extrañado, sin comprender bien la expresión. Sin embargo, había quedado convencido de tener el dinero a buen recaudo, y se escudó en la mejor de sus sonrisas para tantearla, pues creyó que con un poco de suerte podría engatusarla y persuadirla de comprar el resto del azúcar que produciría en aquella zafra. Macarena percibió el sutil cambio y decidió que se trataba de un buen momento para sacarlo de allí.

—Si le parece bien, podemos ir a la casa y probar un poco de cachaza. Tengo entendido que es tradición tomarla durante la zafra.

Se dirigieron al exterior y pasearon disfrutando del sol del mediodía. Se cruzaron con un perro ocioso que mataba su tiempo tumbado al calor y con algunos pollos sueltos picando el suelo reseco.

—¿Puedo preguntarle por qué decidió embarcarse en el negocio azucarero?

—Mi familia posee compañías de ferrocarril, navieras… Un gran imperio. Muchas de las mercancías que llegan hasta allí procedentes desde Cuba son transportadas por nuestros barcos. Como sabe, el azúcar es su bien más preciado, y mis ganancias serían mucho mayores si transportara y vendiera mi propio azúcar.

—Pero tengo entendido que su Gobierno está poniendo trabas para importarlo.

—Eso no es problema siendo yo americano.

Macarena empezaba a formarse una idea de los beneficios que traería una empresa como esa para el *gentleman,* y un pensamiento

comenzó a fraguarse en su mente. Según lo iba meditando, más sentido cobraba, hasta convencerse de que debía llevarlo a cabo antes de que Vanderbilt se marchara de la plantación.

—Como ha visto, las instalaciones del ingenio están en perfectas condiciones, y el azúcar, por lo que tengo entendido, no podría ser de mejor calidad. Don Francisco me ha informado de que es una de las tierras más fértiles de esta parte de la isla.

Dejó caer esa frase, segura como estaba de que Vanderbilt tenía más olfato para los negocios que un perro de caza y que no le costaría mucho persuadirlo para que le comprara la quinta.

El ambiente continuaba siendo caluroso, pero se había levantado una brisa agradable que los iba acompañando en su camino de regreso, y Macarena respiró complacida, porque su intuición le aseguraba que Vanderbilt tenía interés en la finca.

—¿Nunca ha pensado en adquirir su propio ingenio?

Él le echó una sonrisa a modo de respuesta, pero a pesar de que mantuvo una actitud despreocupada, el americano comenzó a percibir las alusiones veladas en las palabras de la joven, intuyendo que tras ellas se ocultaba su disposición a vender la quinta, y decidió averiguar si su instinto lo estaba dirigiendo en la dirección correcta.

—Es algo que ha pasado por mi mente. Si encuentro la plantación adecuada.

Ella sonrió al escuchar sus palabras, porque tuvo la impresión de que, si seguía por aquel camino, podría vendérsela antes de que concluyera el día.

Cuando llegaron a la casa, el galeno los aguardaba en la galería exterior, y con un suave movimiento de cabeza le hizo entender a Macarena que ya había despachado a Ceballos.

—Isabel nos ha preparado un buen plato de ajiaco. No hay cubano al que no le guste.

Después de la comida pasaron a la sala, donde la viuda les ofreció cigarros puros y Sócrates, uno de los sirvientes de la plantación, les preparó unos vasos de cachaza.

—Espero que haya quedado satisfecho con lo visto en el ingenio —le dijo Francisco a James Vanderbilt mientras se refrescaba con un buen trago de la bebida.

El americano asintió al tiempo que daba unas largas chupadas a su puro, que iba prendiendo lentamente, demostrando ser menos habilidoso que el galeno en el ritual de encender los habanos. Luego se decidió a hablar.

—Tengo entendido que, en general, los trabajadores de la isla están descontentos, y que la precariedad de sus condiciones se ha agudizado con la caída de los precios del azúcar.

—No en este ingenio —afirmó Morales con rotundidad—. Los

jornaleros de Montserrat son fieles como una pareja de tórtolas.

El americano se quedó pensativo y soltó una espesa bocanada de humo que se escapó por una de las ventanas abiertas. A diferencia de la casa en La Habana, en la cual se había implantado el luto más riguroso, en Montserrat se habían permitido ser menos rígidos con las tradiciones, por lo que las ventanas se mantuvieron abiertas y los muebles sin cubrir.

—La fidelidad dura poco cuando hay hambre. Y son muchos quienes temen que todo vaya a peor.

—Dudo que eso afecte a Montserrat —intervino Macarena—. Tal vez sea cierto que Europa esté produciendo su propio azúcar de remolacha y eso no ayude. Tampoco los aranceles de su país. Como bien ha dicho, el descontento crece entre los jornaleros, pero de esos problemas solo se aqueja el flanco oriental de la isla, y, por fortuna, este ingenio se encuentra en el lado correcto.

Los dos hombres la miraron con sorpresa. James no pudo evitar sonreír, pensando para sus adentros que tal vez la viuda no estaría dispuesta a deshacerse de su ingenio con tanta facilidad, y solo se le ocurrió una persona capaz de ayudarlo a averiguarlo, y ese era Ceballos.

—Es usted una caja de sorpresas, condesa. Ha terminado de persuadirme.

Ella sonrió con una mezcla de orgullo recordando que las cenas en el Concordia habían servido para algo más que para cuchichear con Teresita. En aquellas semanas sentándose a la mesa con ricos terratenientes y hombres de política, había aprendido los entresijos de la economía cubana, sobre todo lo que atañía a los ingenios azucareros. La conversación no se alargó mucho más hasta que Vanderbilt la dio por terminada.

—Si me disculpan, me gustaría discutir algunos detalles de la producción con Ceballos.

Macarena observó al galeno con gravedad, sin saber muy bien qué contestar. Empezaba a sentir un sudor frío recorriéndole la espalda. Optó por mojar los labios en su copa, por ganar el tiempo suficiente para pensar en algo convincente, aunque no fue necesario, porque Morales se le adelantó.

—Mucho me temo que Gabriel ha tenido que marcharse a atender unos asuntos urgentes esta mañana —respondió el médico con serenidad—. Con suerte estará de vuelta antes de que nos marchemos. Pero me atrevería a decir que Casimiro es tan diestro, o incluso más, que el propio Ceballos. Estoy seguro de que para él será un honor poder responder a todas sus preguntas.

Aquello resultaba un revés a los planes del americano, que pensó que tendría que abordar a cualquier otro jornalero y arriesgarse a que

no fuera tan discreto como el capataz y a que la condesa descubriera sus intenciones antes de tiempo. Así que se resignó a aguardar el regreso de Ceballos.

El resto del día transcurrió sumido en la tranquilidad del ingenio. Fue durante la cena que acordaron volver a La Habana al día siguiente, y tras ello, los hombres se retiraron a tomar una copa de ron jamaicano y a fumar. Macarena se excusó y se marchó a su habitación a cumplir con su luto.

La oscuridad había cubierto el cielo con un manto negruzco, en el que un gajo de luna se asomaba en él, y una suave brisa se colaba a través de la ventana de su dormitorio. Respiró satisfecha, porque estaba segura de que Vanderbilt compraría la plantación; solo era cuestión de proponérselo en el momento adecuado. Aquello significaría que su oportunidad para regresar a Sevilla, que era lo que realmente deseaba, estaba cada vez más cerca.

Con aquel pensamiento apagó el candil y se fue a dormir hasta que una pila de voces descascarilló el silencio de la noche, arrancándola de su sueño. Aguzó el oído, escuchando con atención en un intento de deshacerse del entumecimiento de su cuerpo todavía dormido. Se obligó a levantarse de la cama y se dirigió a la puerta para encontrar a James Vanderbilt en el pasillo a medio vestir. Macarena no tuvo tiempo de escandalizarse, porque la lámpara que llevaba iluminó la urgencia plasmada en el rostro del americano.

—¿Qué sucede? —inquirió.

Antes de que Vanderbilt pudiera contestar, se escuchó la voz de Francisco.

—¡Fuego! El batey está en llamas.

—¡Dios mío! —fue lo único que alcanzó a decir Macarena, pensando en el azúcar almacenado allí.

—Ya están bombeando el agua y tratando de salvar la producción.

—Tenemos que irnos ya —urgió Vanderbilt. El interés del americano no yacía exclusivamente en mitigar los daños, sino en hacerse una idea de la situación, puesto que, si el incendio era grave y la producción se quemaba, perdería una fortuna.

Los pensamientos de Macarena habían seguido el mismo sendero, porque la joven no tardó en convencerse de que tendría que saber a lo que estaba enfrentándose y calcular las repercusiones del incendio si su intención era venderle la plantación al americano.

—Yo también voy.

—¡No! —respondieron los dos hombres a la vez.

—Es peligroso —añadió James.

—No me importa. Es mi ingenio, y no me voy a quedar de brazos cruzados.

—Tu ayuda no serviría de mucho —replicó el doctor—.

Necesitamos brazos fuertes.

—Los míos son tan buenos como los tuyos, Francisco.

La prisa apremiaba, y no había tiempo que perder.

—Hágase con unas calzas y una camisa. Su vestido será un estorbo allá fuera —indicó Vanderbilt.

Macarena no tardó en estar lista, y salieron precipitadamente siguiendo el brillo de las llamas que se veían devorando el edificio desde la distancia. A medida que se acercaban, el calor resultaba tan intenso que dolía en la piel. El humo les irritaba los ojos y la garganta, y un fuerte olor a caramelo llenó sus pulmones vaticinando que el azúcar se estaba quemando. Corrieron en dirección a la refinería hasta sentir las piernas más pesadas que el plomo. El galeno, agotado, se quedó rezagado en la oscuridad. Cuando Macarena y Vanderbilt llegaron, los jornaleros batallaban contra el fuego con cubos de agua, palas de arena y cualquier cosa útil en un intento de apaciguar unas llamas enfurecidas, imposibles de frenar. Macarena corrió hasta ellos dispuesta a unirse a la cadena humana que arrojaba agua, pero sintió la mano de Vanderbilt asiéndola con fuerza. Ella quiso desasirse.

—Suélteme, tengo que ayudarlos. —Se giró con saña hacia el americano y encontró un rostro entristecido que negaba con la cabeza.

—No hay nada que pueda hacer.

En esas apareció Morales casi sin aliento y con el rostro atravesado por gruesas gotas de sudor.

—Recemos a la virgen por que esto pare… Me temo que poco vamos a poder hacer.

Los tres se quedaron contemplando con impotencia cómo el fuego se extendía hasta que un crujido sordo partió el crepitar de las llamas. Observaron cómo el tejado del batey comenzaba a quebrarse y se derrumbaba, lo que avivó el incendio, hasta causar un violento estruendo y una polvareda que les hizo a todos retroceder hasta que se despejó lo suficiente para que pudieran aventurar el alcance de los daños.

Casimiro se acercó a ellos con el rostro ennegrecido y cubierto por una fina pátina de sudor y mugre.

—No hay nada que hacer, *sumercé* —le dijo a Macarena, que pareció quebrarse bajo el peso de esas palabras y las consecuencias acarreadas por el desastre.

El jornalero permaneció inmóvil unos instantes más, reticente a marcharse.

—¿Qué sucede, Casimiro? —inquirió Morales.

—Hay algo más —dijo echando un vistazo de soslayo al gringo y a su patrona, como dudando si decirlo frente a ellos.

—Habla ya —le urgió el médico, perdiendo la paciencia.

—El incendio ha sido provocado, don Francisco.

Al escuchar aquello, Macarena buscó los ojos del galeno, y no les hizo falta palabra alguna para que los dos supieran quién había sido el causante de ese desastre. Una oscura sensación removió las entrañas de la joven, y se juró que algún día, si el destino se lo permitía, se las haría pagar a Gabriel Ceballos. Sin embargo, hasta que ese momento llegara, debía guardar la calma y asegurarse de paliar las repercusiones que pudiera tener en sus negocios con Vanderbilt.

—Más leales que una pareja de tórtolas, *right?* —musitó el americano con acritud, oliendo el dulzor del azúcar al arder—. Lástima que Ceballos no esté aquí.

El aire comenzó a soplar, avivando las llamas, mientras todo seguía teñido por un denso humo negruzco. Nadie osó romper el silencio que cayó sobre todos los presentes, que observaban descorazonados cómo su futuro se consumía hasta tornarse en ascuas y caramelo.

—Es mejor alejarnos —dijo el galeno—. Aquí no es seguro continuar.

Regresaron a la quinta, arrastrando sus pensamientos y esperanzas. Las horas se escurrían lentas en el salón. Macarena se asomó a la ventana y percibió el fulgor anaranjado de las llamas contra la negrura imperante, resquebrajando aquel manto uniforme. El cansancio se iba acumulando con el paso de las horas, y perdieron la noción del tiempo. La vieja Isabel, la cocinera, encorvada y arrugada como la corteza de un árbol, entró con sus andares lentos acarreando una bandeja con chocolate caliente y unos bizcochos que ninguno de los tres se atrevió a probar. En esa ocasión fue el americano quien se asomó a la ventana. El cielo estaba teñido de rojo, y el aire cargado de olor a caramelo se extendía por la estancia, lamiendo las paredes e intoxicando las gargantas.

Cuando en el horizonte comenzó a clarear, alcanzaron a ver las cenizas flotando en el aire y el humo denso y negruzco. El fuego se había convertido en poco más que en un rescoldo humeante, y, al salir, vieron que los primeros rayos de sol herían la noche con tonos dorados. No tardaron en divisar el ahumado esqueleto de lo que hasta hacía unas horas había sido la refinería. Cuanto más se acercaban, más se espesaba el humo. Las partículas de ceniza resultaban tan grandes como siniestras motas de polen flotando a su alrededor. Ante ellos se extendió un paisaje desolado y ennegrecido. La nave había ardido por completo, la zona de las calderas era poco más que un amasijo de metal fundido que seguía candente y allá donde mirasen se extendía un manto negro que todo lo cubría con una capa de hollín oscura como el plumaje de un cuervo. El cansancio comenzó a aparecer en los rostros ante aquel marco desolador.

—Todo se ha perdido —musitó Macarena, que sintió una mano sobre su hombro; los dedos huesudos y torcidos del galeno la

intentaron consolar en vano.

—Encontraremos una solución —dijo Morales.

Los jornaleros continuaban echando agua sobre los restos del incendio, retirando los escombros y poniendo a buen recaudo el poco azúcar que se había conseguido salvar. No había más que hacer que aguardar a que el incendio se extinguiera por completo.

—Deberíamos regresar a casa y tratar de descansar —sugirió el médico, al que el cansancio le pesaba más que al resto.

Vanderbilt secundó el comentario, decidido a hablar con la viuda antes de que pudiera recapacitar sobre la situación que se le avecinaba, y no perdió la ocasión para hacerlo según cruzaban el zaguán de la quinta.

—Condesa, si tuviera un minuto, me gustaría hablar con usted.

Ella echó una mirada de preocupación a Francisco y se dirigieron a la biblioteca, pero antes de que el galeno pudiera entrar, James se interpuso en su camino.

—Comprenderá, don Francisco, que lo que voy a tratar con doña Macarena es un asunto confidencial. Deseo hablar a solas con ella. —Sin dar tiempo a objeciones, cerró la puerta frente a Morales.

—Espero que no le incomode —dijo con el gesto amparado en una sonrisa no carente de encanto cuando se giró en dirección a Macarena.

A ella le hubiera gustado admitir que se habría sentido más cómoda estando acompañada por el doctor, pero sabía que los ojos fríos del americano la tanteaban, y no debía mostrar ninguna flaqueza. Era el momento de descubrir sus intenciones. En el instante en que el batey había ardido, sus esperanzas de venderle la plantación también se habían reducido a cenizas, pero todavía le quedaba la posibilidad de llegar a un acuerdo que fuera beneficioso para los dos, o al menos, que no supusiera restituirle un dinero adeudado del que no disponía. Vanderbilt se acercó a un mueble donde reposaba una botella de ron Bacardí y sin pedir permiso sirvió dos vasos. Se acercó a la viuda, que se había desplomado sobre una de las butacas, y le ofreció uno de ellos. Ella vació su contenido de un trago y esgrimió una sonrisa, aunque teñida de un sabor más amargo que la angostura.

—Lamento lo sucedido —afirmó Vanderbilt.

Ella aceptó sus condolencias en silencio.

—Se puede decir que no he comenzado con buen pie en la isla. —Arrastró una sonrisa cáustica en su rostro y el *gentleman* se la devolvió. No se entretuvo este en adornar con palabras vacías sus pensamientos, y cuando habló lo hizo de manera directa.

—Tras los sucesos de esta noche, me temo que todo lo acordado con su marido ha dejado de ser válido.

Ella clavó en él una mirada cortante. Sabía que tenía derecho a desdecirse de su trato, pero no se lo iba a poner fácil. Se levantó de la

butaca que ocupaba y fue a servirse una nueva copa, aunque esta vez no la vació de un trago, sino que la saboreó al tiempo que meditaba su respuesta y regresaba a su asiento.

—Se ha logrado salvar parte del azúcar —dijo ella.

—No el suficiente. Y mucho me temo que no cubriría siquiera un tercio de lo adeudado.

—¿Y qué es lo que tiene pensado?

—Lamentablemente, aunque pueda concederle algo más de tiempo, en algún punto deberé ejecutar la deuda. Y, después de hoy, no tiene usted muchas opciones.

Las pretensiones del americano de hacerse con el ingenio se iban afianzando a medida que acorralaba a la viuda; en unos pocos minutos más estaría en posición de ofrecerle la condonación de lo adeudado a cambio de unas palabras de consuelo y una suma irrisoria por el resto de la plantación.

—No esté tan seguro. Todavía puedo pagarle la deuda si me concede unos meses. Por supuesto, habría de sumar los intereses que usted considerara.

Él pareció dudar, sin comprender qué pasaba por la cabeza de aquella jovencita que no habría cumplido siquiera la veintena. Y se decidió a desarmar cualquier esperanza que pudiera albergar.

—Necesitará una gran inversión para reconstruir el batey.

—No. Con el azúcar sobrante podría pagar los jornales y parte de la deuda, y todavía queda la caña que está lista para ser cortada en las próximas semanas, y de ahí tendría otra buena parte de producción. En pocos meses habrá otra zafra. La caña sigue valiendo lo suyo, y sería suficiente para pagarle, si usted me da el tiempo necesario, claro.

—Veo que lo tiene todo pensado.

Ella asintió, y en esa ocasión fue él quien apuró la copa de un trago a modo de respuesta.

—Usted no precisa ese dinero con urgencia, y qué menos que honrar la memoria de mi esposo que ayudando a salir adelante a su viuda.

El rostro del americano se transfiguró en una extraña mueca, mientras veía disiparse sus intenciones de adueñarse de la plantación con tanta facilidad. Con esas últimas palabras Macarena lo ponía en una situación incómoda, porque le pedía tiempo para solventar las deudas de su marido, y, si no se lo concedía, estaba convencido de que el rumor se extendería por la isla hasta que las puertas de los habaneros de bien se le cerraran. Al fin y al cabo, él era un gringo y ella una pobre viuda que lo había perdido todo. Debía cavilar rápido antes de que la plantación se le escapara para siempre.

—Lo siento, condesa, pero no soy un prestamista y no puedo extender la deuda sin ningún tipo de ganancia. No se lo tome como

nada personal, pero, como decimos en mi país, *business is business*.

—No le pido el dinero a cambio de nada. Le pagaré intereses.

—Me temo que no sería suficiente.

—Con el tiempo podría incrementar sus beneficios.

Él negó con la cabeza, sabiendo que las palabras que iba a pronunciar a continuación la dejarían a su merced.

—Ahora que el batey se ha quemado, no me supondría los beneficios suficientes. Parte de las ganancias se las llevaría otra plantación que contase con refinería. No es una empresa que me pueda interesar; tendría más beneficios invirtiendo en otro ingenio.

—Dudo que ninguna persona decente acceda a hacer negocios con usted si se llega a conocer en qué posición me ha abandonado.

El rostro del americano se ensombreció el tiempo que tardó en reaccionar a las palabras de la joven. Después volvió a beber de su vaso y clavó una mirada fría en ella.

—Estaría sorprendida de lo que la gente es capaz de hacer por la cantidad adecuada de dinero… —Hizo una breve pausa para darles más peso a sus palabras y se mojó los labios de nuevo con el contenido de la copa—. Lamento decirle que no me queda otra opción que la de ejecutar lo adeudado.

En esta ocasión fue Macarena quien no pudo esconder su sorpresa.

—No puede hablar en serio. Tiene que haber otra solución.

—Me temo que no, a no ser… —Se interrumpió durante unos instantes mientras la estudiaba, constatando su desesperación para aceptar lo que tenía en mente desde hacía un largo rato—. A no ser que considere que nos convirtamos en socios.

4

Los pasajeros descendían del barco formando una algarabía de saludos y abrazos en el amarre, lo que hacía imposible reconocer a Damián entre el gentío. Guillermo Villalba sacó el reloj de su bolsillo y miró la hora, preguntándose cuánto tiempo más se demoraría el calesero en llegar. Llenó sus pulmones de aquel aire dulzón que se percibía en el ambiente, complacido de estar por fin en casa a pesar de los acontecimientos que lo habían forzado a adelantar su viaje. Se alegraba, sin embargo, de saber que tras presentar sus respetos a la viuda de su tío podría recuperar su habitual rutina en la ciudad, justo a tiempo para disfrutar de La Habana en época de zafra, cuando los hombres se marchaban a los ingenios y las damas permanecían solas buscando distracción. Su tío siempre había desaprobado aquel tipo de vida tan común en los habaneros adinerados, que se dedicaban a dar tumbos de baile en baile, derrochando el dinero sin ningún sentido de la mesura.

Leopoldo Villalba había consagrado su vida a amasar una gran fortuna con esfuerzo y sacrificio, únicamente por demostrar al mundo que podía hacerlo mejor que ellos. Por eso, a lo largo de los años había adquirido las más lujosas propiedades en La Habana, El Cerro y Matanzas, y se había rodeado de las más exquisitas posesiones. Guillermo sonrió pensando que su altanería había llegado a ser tal que se hizo con un título nobiliario en Ultramar con esposa incluida, solo por el hecho de demostrar que su abolengo no había sido comprado como acostumbraba a hacer el resto. Aunque pensó que de poco le valió todo aquello más que para convertirse en el hombre más acaudalado del camposanto.

Lejos de esos pensamientos a Guillermo lo aguardaba la dulce Habana, con las charlas en sus cafés a media mañana, las salidas por el paseo del Prado después de la siesta, el circo y la ópera o las discusiones sobre política alrededor de las mesas del Louvre, donde la nueva generación de criollos parecía haber heredado las convicciones políticas de sus abuelos, aquellos que se sublevaron años atrás y soñaban con poner fin al colonialismo de España… Como antaño, e inspirados por el creciente dominio del imperio estadounidense, la palabra «independencia» se iba cincelando en esos lujosos salones entre el humo de los cigarros puros y las copas de ron. No obstante, lo

que más había añorado Guillermo eran los bailes y las mascaradas, las noches interminables donde disfrutaba de la compañía de jóvenes hermosas de la alta sociedad para más tarde continuar con las tigreñas en la zona de extramuros, donde los bailes de dudosa reputación adquirían otro matiz más profundo y las orquestas de libertos no paraban de tocar hasta bien entrada la mañana. Se divertía encandilando los corazones de jóvenes hermosas de alcurnia, robándoles besos furtivos, y gozando de mulatas sensuales que resultaban ser menos mojigatas y estaban dispuestas a experimentar con los placeres del cuerpo. Ese comportamiento le había ocasionado más de una reprimenda por parte de su tío, pero todo aquello le resultaba demasiado tentador como para abstenerse de hacerlo, a pesar de que se estaba fraguando la reputación de libertino en una sociedad que castigaba con el ostracismo a quien no veía con buenos ojos.

La añoranza de aquellas veladas le trajo el recuerdo del último baile al que asistió antes de marcharse. Fue en casa de los O'Farrill, donde conoció a María Dolores, una hermosa criolla que había pasado la mayor parte de su vida en Nueva Orleans y que se rumoreaba que estaba emparentada con el mismísimo capitán general de la isla. Le había reservado el último baile de la noche y después, con el pretexto de sentirse acalorada, lo invitó a acudir a una zona un poco más apartada del resto. Al resguardo de las sombras de la noche, María Dolores acabó pegando su cuerpo voluptuoso contra él y lo besó sin una muestra de sonrojo antes de despedirse. Guillermo rememoró sus labios y maldijo a su tío por haberlo obligado a marchar a París y separarlo de ellos. En todas esas semanas, la joven habría tenido un centenar de pretendientes dispuestos a probar esos labios que debían ser solo para él, y decidió recuperarlos en cuanto le fuera posible. Sumido en aquellas reflexiones, no se percató de la llegada del calesero.

—Bienvenido, don Guillermito.

—Me alegro de verte, Damián. ¿Cómo han estado las cosas por aquí? —le preguntó, dándole un abrazo.

—Ya se puede imaginar… La casa está *entristecía* después de la muerte de su tío.

—Bueno, pues habrá que traer un poco de alegría… ¿Verdad, Damián?

Se zambulleron en la multitud sin perder tiempo, en el familiar trajín del puerto con sus carros y sus mercancías traídas desde Europa o la Cochinchina que aguardaban por ser llevadas a las casas más nobles. Guillermo desprendía una gracia innata que se veía reforzada por sus andares elegantes y su impecable indumentaria de indiano, propiciando que allá por donde pasaba llamara la atención de todos

los presentes. Divisó a varias jóvenes con grandes valijas y arcones que lo contemplaban con ojos esperanzados por si aquel joven bien parecido fuera quien debía recogerlas. Sin embargo, sus rostros volvían a tornarse inexpresivos cuando lo veían pasar de largo. Poco después, el quitrín comenzó a moverse con la maestría propia de la que su jinete solía hacer gala, y en cuestión de instantes dejaban atrás la bullanga del puerto y cruzaban la plaza de Armas en dirección a la calle Egido. Atravesaron las callejas y avenidas en la zona de la antigua muralla, hasta que a lo lejos vio aparecer el palacete donde se había criado bajo la protección de su pariente.

Entró en la casa y encontró a la viuda de su tío descansando en un butacón de mimbre blanco intentando respirar el escaso aire fresco que se colaba por el patio. Se abanicaba con esmero para quitarse el calor pegajoso de encima. De un vistazo rápido, a Guillermo no le costó apreciar que la viuda era más joven de lo que creía y más guapa de lo que imaginaba. *Eligió bien el viejo,* pensó. Ella se percató de su presencia y se acercó para saludarlo.

—Don Guillermo, me alegro de que por fin esté en casa. Bienvenido.

—Gracias, aunque me temo que no por mucho tiempo. Me gustaría ir, en cuanto sea posible, a presentar mis respetos a la tumba de mi tío.

Observó a su alrededor los postigos cerrados, los muebles cubiertos, las lámparas tapadas… Su tío había muerto hacía más de un mes, y consideró que era tiempo de que la casa comenzara a abrirse de nuevo a la vida. En ese instante acudió el ama de llaves, que creyó haber oído su voz desde las cocinas.

—¡Qué alegría tenerle de vuelta, señorito! —Le plantó un beso en la cara.

—Yo también me alegro de haber regresado, Mariana. Espero que hayas estado bien durante mi ausencia.

—¡Ay! Ya sabe usted, rapaz… Desde que su tío se marchó no hay quien levante cabeza en esta casa.

—Pues es hora de empezar. Que se abran las ventanas y se descubran los muebles. La vida debe proseguir, y el duelo va por dentro. ¡Y haz que alguien me traiga una limonada, que vengo seco con este calor de mil demonios!

La mujerona quiso protestar, pero se contuvo y se perdió por el pasillo contrariada al escuchar las últimas palabras del señorito, pues sabía que el joven no había albergado mucho cariño por su tío en los últimos tiempos, pero de ahí a parar de llevar el luto… Se santiguó disgustada y pensó que debería discutirlo con doña Macarena, que, al fin y al cabo, era la señora de la casa.

Macarena estudiaba con curiosidad al recién llegado. La actitud

distante que mostraba hacia ella la incomodaba, pero se esforzó por darle conversación.

—Lamento no haber tenido más tiempo para conocer mejor a su tío. Estoy segura de que usted podrá compartir muchos de sus recuerdos conmigo.

Él soltó una risa que Macarena no supo cómo interpretar y que decidió ignorar. Una de las doncellas trajo una bandeja con un par de limonadas frescas.

—Confío en poder tener unos momentos con usted para tratar ciertos asuntos de los que me urge informarle —siguió la joven.

Él la miró con más fastidio que interés, pues qué podría querer de él aquella muchachita, y creyó que con un poco de suerte se volvería a la península en el siguiente vapor.

—Me temo que con todos los compromisos que tengo soy incapaz de concretar cuándo podré atenderla. Han pasado meses desde la última vez que estuve en la ciudad.

Vació el vaso de un trago, dispuesto a marcharse de allí con rapidez. Ella se mostró contrariada ante su reticencia y se aventuró a insistir.

—Lo entiendo, pero creo que debería escuchar lo que tengo que decirle.

—Tal vez en otra ocasión —dijo el cubano alejándose en dirección a la escalera—. Ha sido un viaje muy largo, y me gustaría descansar antes de retomar quehaceres más urgentes.

Tras ello se marchó, y Macarena no supo nada más de él en los siguientes días. A pesar de sus esfuerzos por coincidir con él en la casa, Guillermo hizo otro tanto de lo mismo por eludirla hasta una mañana plomiza, tras casi una semana de su llegada, que irrumpió en la sala, pidiendo explicaciones por lo sucedido en Montserrat. Ella le dedicó una sonrisa que intentó suavizar la tensión, pero que, lejos de conseguirlo, tuvo el efecto contrario en él, que bufaba con cada estertor que emitía.

—Supongo que ha escuchado las noticias —dijo Macarena.

Macarena se levantó de su asiento y se acercó a un mueble donde había varios escanciadores llenos de líquidos ambarinos. Cogió uno de ellos, sirvió dos vasos y le tendió uno a Guillermo. Él lo rechazó con impertinencia: aguardaba una respuesta que Macarena parecía resistirse a dar. La joven se acomodó de nuevo en el sillón que había ocupado y le dio un vigoroso trago a su vaso de ron, paladeando el intenso y dulce sabor que calentaba su boca y sus entrañas.

—Hubo un incendio en el ingenio…

—Provocado por mera ignorancia —la interrumpió él.

La andaluza lo estudió con frialdad. No estaba dispuesta a tolerar aquel tipo de trato por parte de un desconocido.

—No fue ignorancia, sino mi voluntad. Tal vez usted sea capaz de condonar ciertas conductas, pero yo no. —Tras una ligera pausa que dedicó a calmar su creciente malestar, prosiguió—: Sí, Ceballos prendió fuego al batey y lo perdimos casi todo. Pero si no hubiese sido por su tío, que empeñó incluso sus botas con el señor Vanderbilt, únicamente se habría perdido el azúcar y las máquinas, no la plantación completa.

—Se empeñó en pagar sus deudas —apuntó él con acritud.

Se formó un incómodo silencio entre ellos. Guillermo se levantó y recorrió la estancia de arriba abajo en un intento por calmar sus ánimos. Macarena también quiso sonar más conciliadora cuando habló.

—Tuve que actuar rápido, y sola. Y hube de elegir entre perder el ingenio o asociarme con un prominente caballero americano que en estos momentos está costeando la reconstrucción del batey.

—Ese tipo es una sanguijuela que se ha aprovechado de las desgracias de mi familia para apoderarse de la plantación de mi tío. Y usted se lo ha permitido.

Guillermo volvió a alejarse, esta vez en dirección a uno de los ventanales con los postigos atrancados, y los abrió con apremio. El cielo se mostraba plomizo y anunciaba la tormenta que ya se respiraba en el ambiente. Divisó la calle, el pasar de los viandantes y el sonido de los cascos de los caballos y se obligó a calmarse antes de volver la mirada a Macarena. Cuando lo hizo, se acercó a la mesa donde la viuda había dejado el vaso de licor y se lo bebió de un trago. Después regresó a su asiento.

—Lamento que haya tenido que enterarse por otras personas. Mi intención siempre fue darle a conocer la noticia de inmediato.

—Discúlpeme. No tengo derecho a reaccionar de esa manera. Supongo que no hay mucho que pueda hacer, y de nada sirve lamentarse. Solo le pido que no se fíe de Vanderbilt: es un lobo vestido con piel de cordero.

Tras estas palabras, salió de la estancia y se encerró en la biblioteca, donde se dispuso a dar cuenta de una botella de Bacardí mientras desgranaba las palabras de un artículo del diario sentado en su butaca favorita. De tanto en tanto se distraía con las vistas de la calle y los sonidos que se colaban por la ventana; las risas de los niños jugando en algún parterre cercano; las sirvientas que regresaban del mercado, sus cháchGaras despreocupadas y sus bisbiseos, en los que compartían los últimos chismes de los señores de las casas; los tenderos que paseaban con sus carros cargados de mercancías a medio vender que anunciaban a viva voz por las callejas… Entre tanto, sus ojos saltaban distraídos por las líneas del artículo que intentaba leer, pero sus pensamientos estaban en otro lugar: en aquella noche que el

ingenio había ardido y en el truhan que se aprovechó de ello.

Prosiguió leyendo el artículo. La caída del precio del azúcar continuaba castigando la economía de la isla. *Endemoniada remolacha,* dijo para sus adentros. Los grandes ingenios se veían en una situación comprometida, y no solo los del lado oriental de la isla, con la posición del gobierno de Ultramar, que se negaba a atender las peticiones de los cubanos por bajar los aranceles y facilitar el comercio con Estados Unidos: la economía de la ínsula se hundía sin remisión. Volvió a lanzar algún improperio contra la clase política corrupta e ineficaz que los gobernaba desde España y cerró el diario, malhumorado y deseando no haber regresado. Al menos así se hubiera ahorrado el mal trago de ver cómo el legado de su familia caía en manos de un gringo.

Se levantó de la butaca y recorrió de lado a lado la sala, iluminada por una luz fría y tenue del mediodía tormentoso. Refunfuñó algo ininteligible y dejó caer su cuerpo de nuevo en la butaca. En ese momento entró Macarena, y la estudió con más curiosidad que discordia. A pesar de que todavía seguía llevando el luto con sus vestidos de seda negra, sus cuentas de azabache colgando del cuello y sus cintas negras adornando su pelo, sabía que pequeño podía ser el duelo que sentía por su tío, al que solo había tenido ocasión de tratar unas cuantas horas. La vio acercarse, y ella se apostó contra uno de los sillones enfrentados.

—Hemos empezado con mal pie, Guillermo. Reconozco que tal vez usted hubiese encontrado una solución diferente en mi situación, pero lo cierto es que no estaba usted allí, y yo intentaba salvar la plantación —dijo Macarena.

Él se guardó los improperios que le hubiera gustado soltar al escuchar esas palabras porque, para empezar, nada de eso habría pasado si ella no hubiese echado a Ceballos. Pero decidió no abrir la boca y escuchar lo que deseaba comunicarle.

—Como puede imaginar, ahora que he enviudado, nada me ata en esta isla. Y mi intención es la de vender todas las propiedades que su tío me ha legado y regresar a España cuanto antes.

Él la estudió con frialdad, enardeciéndose en silencio, sabiendo que con cada palabra que la andaluza decía su inquina hacia ella iba creciendo. Se asomó por uno de los ventanales y miró la tormenta que comenzaba a cuajarse en el cielo. En poco tiempo sería hora de salir de paseo, tal vez de visitar a algún amigo, y la presencia de la viuda comenzaba a impacientarlo.

—En un principio consideré vender el ingenio también, pero ahora no valdría ni la mitad de lo que podría haber sacado, y pasará tiempo hasta que el batey esté construido otra vez.

Macarena hizo otra pausa para ordenar sus ideas al tiempo que

miraba a aquel joven elegante y bien parecido que en nada se asemejaba al pariente con el que se había desposado, al menos no en lo que atañía a lo físico. Sintió la brisa fresca colándose por las ventanas portando las notas dulzonas del rumor de las conversaciones de la gente que transitaba por la calle y de la humedad condensada en los muros de las casas.

—Me gustaría saber si estaría dispuesto a ayudarme en esta empresa, a encargarse de llevar el ingenio en mi ausencia. Repartiríamos las ganancias, y sería suyo cuando las cuentas estén saldadas con Vanderbilt.

Él se volvió hacia ella y la observó con desdén, clavándole una mirada cortante que la atravesó hasta el alma.

—¿Pretende que le haga todo el trabajo mientras está en España y cuando la tierra esté baldía y no valga un peso me la quede? —Expelió un bufido similar a una carcajada que estalló en su boca—. No necesito de su limosna para vivir… Y tenga por seguro que desde que se asoció con ese canalla usted ya no es dueña del ingenio, y pronto se dará cuenta de con quién se ha asociado. Si me disculpa, tengo asuntos más importantes que atender. —Se levantó, hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida y se marchó en dirección a la puerta.

Macarena se mantuvo pensativa, sin comprender por qué Guillermo rechazaba su propuesta de manera tan tajante, y lo vio alejarse por el pasillo en dirección a la calle.

Damián lo condujo hasta el café La Victoria, donde estaba convencido de que encontraría a su amigo Federico Borrell, y cuando entró, tardó en localizarlo el tiempo que le costó llegar hasta una de las mesas, donde se hallaba jugando una partida de *baccarat,* entre el humo de los cigarros y el murmullo de las voces que los rodeaban. Guillermo le colocó una mano sobre el hombro, y Federico, pelirrojo de ojos claros y rostro afilado que nada retenía en sus genes de sus orígenes catalanes, pudo predecir que, por el semblante que llevaba su amigo, la viuda le había vuelto a dar otro quebradero de cabeza.

—No me digas más: ya has discutido con la cuerva… —De esa forma llamaban a Macarena.

El rostro de Guillermo se descompuso en una extraña mueca que sumaba frustración, enfado y algo más que su amigo no supo reconocer. Federico no tuvo más opción que prorrumpir en una sonora carcajada; se levantó de su silla, abandonando la partida, y lo arrastró del brazo a otra parte del salón donde podrían hablar con más tranquilidad. Ordenó una botella del mejor *bourbon* importado que el mesero se apresuró en servirles.

—Vamos, Guillermito, que no creo que sea para tanto esa tía tuya.

—No la llames así —respondió Guillermo, molesto.

Vació aquel primer trago de una sola vez y se llenó el vaso de nuevo acompañado por las risas de su amigo. Comenzó a relatarle las noticias sobre el ingenio y su trato con el gringo y la última conversación que había tenido con Macarena. Después, Federico lo miró, incapaz de ocultar la escasez de empatía que sentía por los problemas de su amigo, los cuales consideraba sumamente triviales. Una vez hubo terminado le habló sin molestarse en ocultar la sonrisa de su rostro, preparándose para su reacción tras las palabras que se disponía a pronunciar.

—Si te soy sincero, no pienso que sea tan mala idea. Al fin y al cabo, con el dinero del gringo reconstruiréis el batey, y en el momento que esté libre de deudas de aquí a un par de años, como máximo tres, podrás hacerle una oferta para comprárselo de vuelta. Y en el peor de los casos, le vendes tu mitad y con el dinero obtenido adquieres otro mejor, o un cafetal, o una plantación de tabaco… O te lo juegas todo en una mesa de *baccarat*. Al fin y al cabo, qué más te da a ti el ingenio, si no necesitas el dinero…

Guillermo no esperaba escuchar aquello de la boca de su amigo, y se tragó su frustración con un sorbo de *bourbon*.

—No empieces tú también, Federico.

El pelirrojo se encogió de hombros como queriendo expresar que no podía evitar ser sincero.

—¿Quieres que te compadezca por tu mala suerte y te dé unas palmadas en la espalda? En realidad lo que te ofrece tiene sentido, y te está regalando una plantación que, por muy yerma que sea, te la quitarán de las manos. A caballo *regalao*…

—Entonces ¿sugieres que me conforme con perder el ingenio de mi familia?

Federico negó con la cabeza mientras dejaba escapar otra carcajada.

—La plantación ya es de la viuda. Tu tío no te legó el ingenio por una razón muy sencilla: eres un vividor y nunca has prestado el más mínimo interés por él. En épocas de zafra, en vez de irte con Leopoldo a Matanzas, te quedabas cortejando a las esposas e hijas de los terratenientes de otras plantaciones. Así que si ella decide asociarse con el diablo, es cosa suya, por muy *empingao* que te pongas. —Y percibiendo el semblante serio de su amigo, Federico se apresuró a añadir—: ¿Por qué no alquilamos una volanta que nos lleve hasta el Vedado y buscamos unas mulatas lindas con las que pasar el rato?

Guillermo lo miró con el gesto torcido. Las palabras de su amigo le habían caído como un barreño de agua helada, y tardó un tiempo en reconocer con fastidio que tal vez tenía más razón de la que le hubiera gustado admitir. Quizás le debía una disculpa a Macarena, aunque

desde luego no lo haría aquella tarde, porque, como bien había dicho Federico, la noche iba a comenzar, y prefería pensar en el cuerpo tentador de una mulata.

Los dos amigos se encaminaron entre risas en busca de una volanta mientras las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer.

5

La mañana amaneció anubarrada y con tormenta, y fue acrecentando su rabia a medida que las nubes negras crecían y amenazaban con tocar la costa. Se comentaba que sería uno de esos temporales terribles que sucedían de tanto en tanto, en los que todos se recluían en sus hogares y rezaban a la virgen por que no se llevara la casa por los aires. Al menos eso era lo que le había dicho su tía Aurelia aquella mañana cuando fueron a misa, como cada domingo. Macarena anduvo inquieta, preguntándose si aquello sería verdad, hasta que se decidió a consultarlo con Mariana cuando entró en la habitación.

—La señorita Teresa ha llegado.

La joven aprovechó para resolver sus dudas sobre aquella galerna que se avecinaba.

—Mariana, la tía Aurelia me ha dicho que viene una tormenta tan grande que es capaz de arrancar las casas de sus cimientos. Que lo siente en los huesos.

El ama de llaves la miró con expresión seria al tiempo que se encogía de hombros, sin saber muy bien qué respuesta darle.

—Nunca he visto volar una casa en todos los años que he vivido aquí. Aunque cierto es que tiene pinta de que se aproxima una tromba de las que arrancan los árboles de cuajo y levantan olas que se tragan las barcazas de los pescadores del puerto, y que dejan ese viento del Levante que sopla por el estrecho de tu tierra en una simple brisa de primavera… De eso sí he sido testigo, señora.

Aquella afirmación no hizo más que incrementar los miedos de Macarena, y echó un vistazo al exterior, al cielo cada vez más denso. La lluvia caía, soplaba el aire y el cielo estaba ennegrecido, pero no halló rastro de aquella tormenta que su tía anunciaba. Teresita entró en la sala, cansada de esperar a que alguien la acompañara hasta donde se encontraba su amiga. Al ver a la invitada, el ama de llaves se retiró y Macarena se levantó para recibirla. Las dos se sentaron en un mullido diván de color bermellón.

—¡Mi padre me ha regalado entradas para el circo! Llegará en unos días, y quiero que me acompañes.

—Aceptaría gustosa tu invitación, pero aún debo guardar luto —contestó Macarena.

Teresita hizo un mohín.

—Has estado más tiempo de luto por un marido al que solo conociste unas horas que el que la mitad de las mujeres en esta isla guardan por los suyos de toda la vida.

Macarena pensó en la rigidez del luto en España, y, en comparación, unos meses vistiendo el negro no suponían mucho para ella.

—Además, algo tendrás que disfrutar antes de marcharte, ¿no? Aún no puedo creer que te vayas a ir, ahora que tu vida empieza…

—¡Teresita! —la reprendió Macarena mirando hacia la puerta, confiando en que nadie del servicio la hubiera escuchado.

—¿Acaso no es cierto? Al menos así lo veo yo. Además, no entiendo por qué tienes que marcharte de vuelta a Sevilla, la verdad.

—Pues porque extraño a mi tía.

—¿La que te casó con un desconocido para pagar sus deudas?

—¡Teresa, por dios, que es mi tía Milagros! —Macarena la riñó con la mirada, y Teresa decidió claudicar.

—Lo siento, tienes razón, pero en el fondo sabes que estoy en lo cierto. Tu tía no te trató bien, y tu vida allá no es que fuera muy interesante. Aquí estamos en el ombligo del mundo. Y eres rica y estás soltera.

—Viuda.

—Lo mismo da. —Teresa hizo un ademán con la mano, mostrando su indiferencia—. En cualquier caso, en unos meses tendrás pretendientes haciendo cola a las puertas de tu palacete. Y te quieres volver a España para relegarte a una existencia de soledad con una tía que antepuso unos pocos años de bienestar propio a toda una vida de infelicidad para ti…

Macarena se encontraba a punto de protestar de nuevo cuando la puerta se abrió con discreción y Lourdes entró con unas bebidas y unos buñuelos de yuca que Mariana había pedido que llevara. Las dejó en silencio y se marchó aparentando no prestar atención a la conversación de ambas amigas.

—Y si eso no te convence —añadió—, piensa en el futuro que te espera en un país empobrecido y en guerra.

—¿A qué te refieres? —dijo Macarena ignorando que España hubiera entrado en alguna refriega.

Se acercó a la mesita para ofrecerle a su amiga un vaso de limonada y aprovechar para saciar la gula de dulce que le había entrado al ver aquellos buñuelos de yuca que tanto le gustaban.

—Papá ha dicho que España está metida en otra contienda con algunas tribus bereberes del Marruecos… —Teresa se encogió de hombros y se metió un pequeño buñuelo en la boca—. ¡Vete tú a saber! Pero yo creo que deberías aguardar a que la situación del ingenio mejore; vende las propiedades sin prisa para sacar un buen

pellizco por cada una de ellas y espera a que la guerra escampe, no vaya a ser que de pronto a los moros les dé por reconquistar España y tengas que volverte deprisa y corriendo. —Aquello arrancó una carcajada a su amiga—. Y mientras tanto, quizás descubras que La Habana te gusta más que Sevilla…

—Eso lo dudo.

Sin embargo, Macarena no podía negar que la lógica de su amiga tenía algo de sentido. Pensó que tal vez se estaba apresurando en tomar una decisión y que no perdía nada por permitirse disfrutar de la ciudad un tiempo.

—¿Has sabido algo más del sobrino de Leopoldo? —inquirió Teresa a sabiendas de lo difícil que le estaba resultando a su amiga el trato con él.

Macarena asintió.

—Ayer vino hecho una fiera al enterarse de lo ocurrido en el ingenio y desde entonces no he sabido nada más. —Hizo una mueca, recordando cómo se había comportado Guillermo la tarde anterior.

Luego, en tono confidencial, Teresita aprovechó para informarla de las últimas averiguaciones que había hecho sobre él.

—Según he escuchado, lleva un tiempo cortejando a una joven llamada María Dolores que está emparentada con el capitán general. Al parecer, la familia no ve con buenos ojos la relación, porque Guillermo tiene fama de ser un mujeriego.

—No me extrañaría; desde que ha llegado a la ciudad no ha parado por casa. A saber por dónde anda desde que se marchó ayer…

En ese preciso instante, los postigos chocaron con violencia contra las ventanas. La habitual brisa que recorría las calles de la ciudad empezaba a convertirse en un viento furioso. El día se había oscurecido tanto que, aunque el reloj no pasaba del mediodía, habría podido jurarse que era de noche. La lluvia arremetía colérica contra los cristales y comenzaba a anegar las calles hasta que poco a poco fueron formándose pequeñas riadas, y los escasos transeúntes que osaban salir se veían en grandes dificultades para avanzar.

—Será mejor que me vaya.

—Tal vez deberías quedarte aquí hasta que la tormenta escampe.

—No te preocupes. Es mejor que salga ahora que todavía puedo. Además, Fulgencio es un maestro manejando el quitrín. —Teresa besó su mejilla y se dirigió escaleras abajo a toda prisa—. Te veré en el circo… —Se escuchó su voz desde fuera de la sala.

La tarde avanzaba y el viento fue en aumento hasta convertirse en una ventisca rabiosa, y la inquietud de Macarena también arreció. Con el paso de las horas la tormenta empeoraba, y la joven acabó por escuchar un estruendo en la galería. Se asomó para encontrar el patio sumido en un caos terrible, con algunas plantas volcadas, el suelo

anegado y una de las jaulas de las cotorras caída. Lourdes y otra de las doncellas se encargaban de poner a salvo los pájaros del patio a la vez que Mariana daba órdenes a los mozos para que cargaran con los muebles para llevarlos a una de las plantas superiores. La andaluza observaba la confusión reinante y se dirigió escaleras abajo, recogiendo sus faldas para evitar que se mojaran los bajos.

—Ya tenemos la tormenta encima, señora —afirmó Mariana.

Macarena echó la vista hacia el cielo con aprensión, pues se mostraba a punto de desplomarse sobre las cabezas. A pesar de que le habían hablado de esas tormentas con vientos huracanados, su imaginación no había alcanzado a figurarse que algo así fuese a suceder.

—Debería subir a su habitación —dijo el ama de llaves.

—¿Dónde está Guillermo?

—Supongo que bien resguardado.

Macarena pensó en las palabras de su amiga, y por unos instantes imaginó a Guillermo junto a esa María Dolores y se enervó. Después se sacó esos pensamientos de la cabeza y quiso confiar en que el ama de llaves tuviera la situación bajo control.

—Tal vez deberíamos marcharnos a un lugar más seguro —sugirió dejándose llevar por el miedo.

Mariana negó mirando sobre sus cabezas con recelo.

—La tormenta está encima. Lo mejor es permanecer en casa hasta que escampe. Habrá algún desperfecto, pero pronto pasará. Ya verá cómo hasta a esto se le acostumbra el cuerpo —dijo descansando la mano sobre su antebrazo para transmitirle un poco de tranquilidad, y después regresó a su cometido de impartir órdenes a todo el servicio —. Abel y Damián, poned los caballos a buen recaudo. Juan y Segundo, aseguren esas ventanas. Clara, ve a echar una mano en las cocinas, y, Lourdes, no te quedes parada ahí y haz que preparen un chocolate caliente para la señora. Guárdese de la lluvia, doña Macarena. Haré que Lourdes le sirva el chocolate en un momento.

Macarena asintió dispuesta a buscar cobijo cuanto antes, porque la situación la sobrepasaba, y mientras Lourdes acudía con el chocolate y las noticias, se cambió el vestido mojado. No se demoró mucho en llegar la doncella con el turbante de la cabeza y el vestido empapados. Macarena se acercó a ella y le quitó la bandeja de las manos.

—Ve a cambiarte antes de que te enfermes.

—No, señora. El patio se está llenando de agua y la están achicando con cubos. Ahora voy a ayudar.

—¿Qué vamos a hacer, Lourdes?

Jamás había vivido una situación como aquella, y temía que todos fueran a perecer en esa condenada tormenta que agitaba hasta los cimientos de sus creencias.

—No se preocupe, *sumercé*. Estas tormentas son así: parece que el mundo se acaba, pero luego se pasan y el sol vuelve a salir.

A pesar de las palabras de ánimo de Lourdes, Macarena no consiguió sentirse más segura.

—¿Alguien sabe dónde está Guillermo? —volvió a preguntar, como si con su presencia su ansiedad pudiera sosegarse.

—No, *sumercé*.

—Tal vez Damián debería ir a buscarlo… Aunque no sé si será lo más sensato con el temporal…

—Estoy convencida de que don Guillermo estará bien. Ya está *acostumbrao* a estas cosas.

La joven se retiró. Fuera, la tormenta continuaba arreciando, y daba la impresión de que de un momento a otro arrancaría la casa de sus cimientos. Se asomó por una rendija del postigo para observar el exterior. No se veía un alma por la calle. Los que habían podido se habían marchado de la ciudad, y los que no aguardaban en sus casas. Grandes riadas de agua surcaban las calles anegadas, y la ira de la tormenta continuaba golpeando la ciudad. El cielo se había ennegrecido aún más, si era posible, y el viento rabioso agitaba con tanta fuerza los árboles que había arrancado varios de cuajo, a los que el aluvión de agua de las calles los arrastraba en dirección al mar. Los objetos volaban como llevados por una enardecida mano invisible que los zarandeaba, retorcía y hacía caer o ascender a su voluntad. Macarena tenía la sensación de que el mundo se acababa, y se puso a rezar un padrenuestro, arrodillándose frente a la ventana. Comenzó a entonarlo de carrerilla, sin apenas pensar las palabras que había aprendido de memoria de tanto repetirlas a lo largo de su vida, hasta que se escuchó un tremendo estruendo y sintió como si la casa se desplomara.

—¡Dios mío, sálvanos!

Aguardó durante unos instantes a que el estrépito se desvaneciera y percibió un tumulto en el patio. Se aventuró por la galería y descubrió el frenético caos que se vivía. Una densa nube de polvo nublaba los sentidos. Le tomó un tiempo percatarse de que parte del tejado se había derrumbado en el patio y lo había cubierto todo de cascotes y polvareda. Se asomó por la barandilla horrorizada ante la visión de Segundo y Clara tendidos en el suelo, y entre tanto unos los atendían y los demás intentaban poner orden en la anarquía imperante. Bajó lo más rápido que le permitían las condiciones, para asegurarse de que todos se encontraban bien. Ella había sufrido un golpe en el brazo, y lo más probable era que lo tuviera roto. Segundo, un hombre de avanzada edad que le recordaba ligeramente a Sócrates, había corrido mejor suerte y tan solo parecía tener unas cuantas contusiones y una pequeña brecha en la frente, ya que le había caído una teja sobre la

calva prominente.

—Llevadlos a las estancias de la parte de arriba. Y avisad a Justina para que cure el brazo de Clara hasta que venga don Francisco. Dudo que con este tiempo ningún médico pueda acudir…

Lourdes obedeció. Macarena constató que la tormenta había causado ciertos daños, pero si seguía empeorando, temía que una parte mayor del tejado se viniera abajo.

—No es seguro quedarse aquí. —Buscó la aprobación del ama de llaves con la mirada—. Todos deberían ocupar las estancias de las plantas superiores. Con toda probabilidad vuestras habitaciones de la planta baja estén también anegadas.

—Pero, señora, las de arriba son las estancias de la familia…

—No voy a consentir que nadie más salga lastimado. Dispóngalo como mejor crea, pero quiero que todos los que viven bajo este techo estén bien resguardados y secos.

—Como guste, doña Macarena.

Algo golpeó la puerta. Se percibieron un par de golpes secos; acto seguido una de las contraventanas se abrió y golpeó con fuerza el cristal hasta hacerlo estallar en una lluvia de miles de añicos.

—¡Abel! —exclamó Mariana—. Cierra esa contraventana. Y asegúrate de que la puerta está bien atrancada.

El joven obedeció en tanto que el ama de llaves intentaba poner orden en aquella frenética vorágine. La galerna seguía arreciando con el vigor de un titán enfurecido y tiraba de los presentes con tanta fuerza que no podían mantenerse en el sitio, obligándolos a aferrarse a las paredes y barandas para guardar el equilibrio.

—Segundo, quiero que vayas arriba —le insistió Macarena.

—Subiré cuando lo haga *sumercé*.

—Está bien, vámonos…

Se volvió a escuchar ruido en la entrada, pero Macarena distinguió claramente tres golpes.

—Hay alguien en la puerta —murmuró.

Macarena no dio tiempo a que nadie atendiera la llamada. Atravesó el zaguán encharcado. Escuchó de nuevo los golpes, esta vez con más claridad, y una voz amortiguada al otro lado.

—¡Abran! ¡Abran la puerta! —decía la voz.

Ella se apresuró a obedecer, y allí apareció un semblante descompuesto que nada tenía que ver con el elegante caballero al que estaba acostumbrada.

—¡Guillermo! Por lo que más quiera, pase.

Cuando el joven pasó junto a ella, Macarena notó el olor a licor y a humo adherido a su ropa y cabello, y le molestó pensar que cuando todos en aquella casa se esforzaban por mitigar los daños de la galerna, él se había pasado la noche y gran parte del día en a saber en

qué lugar y con qué compañías. El viento soplaba con rabia y la puerta se zarandeaba con tanta violencia que a Macarena le costaba sostenerla. Guillermo la cerró, no sin esfuerzo, y cruzaron el zaguán. El recién llegado analizó la situación reinante en el patio.

—¿Qué ha pasado?

—El tejado se ha vencido. Segundo y Clara están heridos.

Guillermo estudió la situación y luego se dirigió hacia las escaleras.

—Es mejor que no estemos aquí. Las tejas pueden desprenderse con el viento. Vaya a su habitación y quítese esa ropa antes de que coja una buena pulmonía. Me encargaré de que le suban algo caliente. Yo iré a ver cómo se encuentra el resto de las instalaciones.

El joven comenzó a dar órdenes a todos los presentes. La sevillana se convenció de que allí no había mucho que pudiera hacer y se marchó a cambiarse de ropa de nuevo. Guillermo no tardó en aparecer acompañado de Lourdes, que portaba un par de tazas humeantes y una botella de licor. La viuda agradeció el detalle y sonrió. Miró con curiosidad a Guillermo, que tenía el cabello húmedo y revuelto y se había desprendido de su chaqueta mojada; a pesar de ello, de su ropa emanaba hedor a lupanar. El joven se sentó en una butaca frente a ella. La habitación permanecía a oscuras, salvo por un par de candelabros con velas. Le tendió a Macarena la taza de chocolate, que todavía continuaba humeando, y él se sirvió un vaso de ron.

—Pensábamos que se quedaría donde buenamente pudiera hasta que la tormenta escampara —dijo Macarena.

Él no contestó. Se acercó de nuevo a ella, sonrió y regó con un chorro de licor la bebida de la joven, consciente de que el chocolate no era suficiente para asentar los nervios que la debían de comer por dentro.

—Esto no es una tormenta, es un huracán.

Y se aproximó hacia el ventanal. El viento agitaba las contraventanas con fiereza y aullaba con fuerza. De tanto en tanto, se escuchaba el sonido de las tejas que se desprendían del tejado y se estrellaban contra las paredes, el constante batir de los postigos impactando en los cristales y el viento que se colaba por cada grieta de la casa. A medida que avanzaba el día y la oscuridad se cernía sobre ellos, el temporal fue arreciando, y su violencia aturdía los sentidos. Se consumieron las velas con el pasar de las horas, como consumidas tenía las entrañas Macarena en aquella noche eterna. Bebieron porque no había más que hacer. Apenas hablaron, porque el estruendo de fuera se sentía tan ensordecedor que resultaba inútil levantar la voz. Se sumergieron en sus propios pensamientos, y la joven no pudo evitar pensar en que Guillermo había regresado por ella. Macarena contempló su rostro iluminado a la luz titilante de las velas y tomó otro sorbo de su taza. El licor bajó por su garganta

calentándole el cuerpo y abotargando su mente. Los dos aguardaron hasta que sintieron la llegada del albor con sus primeras luces. El huracán amainaba, y el nuevo día dio paso a una lluvia ligera. Poco tiempo después algunos rayos de sol comenzaron a romper el espeso techo de nubes, y una extraña calma se apoderó de La Habana.

Macarena se desperezó, sintiéndose agotada y dolorida por haber pasado tantas horas en vela en aquella butaca. Caminó por la sala en un intento de aliviar su entumecimiento. Guillermo la observaba.

—Ya ha pasado —dijo Guillermo. La joven echó una ojeada a través de los postigos y sonrió aliviada—. Será mejor que descansemos.

Ella asintió y él se levantó de la butaca en dirección a la puerta.

—Guillermo —se apresuró a decir Macarena, y sus miradas se cruzaron—. Gracias.

Él le dedicó una leve sonrisa antes de salir de la estancia, y, con aquel gesto, dio por terminada su hostilidad hacia ella.

6

Aquel huracán fue el primero de otros tantos que azotaron la isla durante semanas. La Habana quedó intransitable, y se rumoreó que varios de los animales del circo se habían escapado, entre ellos un león al que los soldados del capitán general tuvieron que abatir en una arboleda cercana a la ciudad. Según le contó Teresita, el viento levantó la carpa por los aires, haciéndola desaparecer. La miseria y el hambre se fueron extendiendo a medida que las cosechas se perdían allá por donde los huracanes pasaban, y el bandidaje comenzaba a infestar los caminos y asolar las grandes plantaciones. El descontento por las hambrunas y la inseguridad iban en aumento ante la impasibilidad del capitán general, que no parecía tener interés en solucionar la situación reinante. Sin embargo, La Habana continuaba ajena a las penurias que padecía el resto de la isla, y fue recuperando la tranquilidad con el pasar de las semanas.

Una vez solventados los problemas que requerían atención urgente en el palacete de la calle Egido, Guillermo y Macarena aguardaron las noticias de Montserrat. Como parte de las vías del ferrocarril y líneas de telégrafo habían sido dañadas por las tormentas, se decidió que la manera más rápida de conseguir dichas noticias sería enviando a Damián en un vapor que conectaba ambas ciudades, para asegurarse así de que los planes de reconstrucción del batey no se hubieran visto truncados. Y durante esa espera, Macarena halló por fin la calma necesaria para recuperarse de las horas de desvelo y los largos días de quehaceres que sucedieron a la tempestad.

Cuando aquella mañana, tras una reparadora noche de sueño, la sevillana entró en el despacho donde cada día se reunía con Guillermo, lo encontró en compañía de una dama que la escrutó con indiscreción.

—Usted debe de ser Macarena.

La mujer, que bien pasaba la cincuentena e iba engalanada con un vestido negro, esgrimió una sonrisa que pretendía ser de aprobación hacia Macarena. Guillermo se apresuró en presentar a su acompañante, Ciriaca Cisneros se llamaba, hermana del marqués de Santa Lucía y una de las personalidades más importantes de Puerto Príncipe. La dama había llegado a la capital con la intención de disfrutar de unos días de recreo y ocio, puesto que era amante de la

ópera.

—¿Regresará pronto a casa? —inquirió Macarena más por cortesía que por interés, ya que de nada conocía a la dama en cuestión.

—Cuando la temporada concluya. Todavía tengo bailes a los que asistir y espectáculos que ver —se rio la mujer con cierto aire pomposo y forzado.

—Doña Ciriaca y su hermano Salvador son muy aficionados a la ópera y visitan La Habana todos los años por estas fechas.

—Así es, aunque me temo que la mala salud de mi hermano le ha impedido venir en esta ocasión. —Doña Ciriaca hizo una pausa para sacar un fino pitillo marrón de una cigarrera de plata y lo prendió antes de proseguir—. Estoy convencida de que tendréis mucho de lo que hablar cuando vayas a visitarlo —dijo dirigiéndose a Guillermo. Después de aquello se levantó, dispuesta a marcharse—. Ha sido un placer conocerla, Macarena. Espero verla de nuevo muy pronto, querida. Guillermo, no es necesario que me acompañes. Ya sé dónde queda la salida.

Fue hacia la puerta y, dejándolos solos en la estancia, descendió por la escalera. Macarena observó a Guillermo con cierto desconcierto, pues, según había podido entender de la conversación con la dama, el cubano tenía previsto marcharse a Puerto Príncipe. Pero antes de que pudiera preguntarle, él se le adelantó:

—Sin duda es una familia ejemplar. Durante la guerra de los Diez Años, el marqués de Santa Lucía, el hermano de doña Ciriaca, sacrificó su patrimonio por la causa de la independencia, y al final de la guerra tuvo que exiliarse en los Estados Unidos. La propia Ciriaca y sus hijas terminaron luchando en la manigua.

Al escuchar aquello, Macarena sintió cierta curiosidad hacia la mujer que acababa de conocer y continuó prestando atención a lo que Guillermo tenía que decir mientras se servía una taza de café del juego que descansaba sobre la mesa.

—Se dice que durante más de un año las tres vivieron allí y que vestían con poco más que harapos. Su marido fue apresado y fusilado por traición —aseguró el joven, apurando el café de su taza—. Ciriaca se encontraba entre los presentes que lo vieron morir. Al acabar la guerra, tras la derrota de los sublevados, la familia entera se hallaba en la ruina. Imagine, una viuda con dos hijas a las que criar y sin medios para poder hacerlo.

—¿Perdieron todo?

—Así es. Pero a diferencia de su hermano, que tuvo que huir a los Estados Unidos, al igual que otras grandes familias como los Embil o los Aldama, que murieron pobres y en el exilio, ella se quedó y ayudó a reconstruir Puerto Príncipe, llevando el ferrocarril allí, y en pocos años rehízo su fortuna.

Tras aquellas palabras, ambos guardaron silencio, sumidos en sus propias reflexiones. Al mismo tiempo Macarena tomaba conciencia de los sacrificios que muchos habían hecho por anteponer sus ideales a todo lo demás. Guillermo aspiraba a poder ver el día en que otra oportunidad así se les presentara, persuadido de que las cosas serían muy diferentes. Fue ella quien rompió la quietud en la que se había sumido la estancia.

—¿Es cierto que tiene pensado ir a visitar a su hermano?

Guillermo la observó durante unos instantes, dudoso de confiarle la verdadera naturaleza de su viaje, y se decidió por asentir.

—En cuanto Damián regrese. Me temo que habré de ausentarme un tiempo indefinido.

—Pero… ¿qué pasará con el ingenio? —quiso saber ella viendo que aquello podría resultar un impedimento para sus planes de regresar a España.

—Hasta ahora ha hecho un buen trabajo, Macarena. Estoy convencido de que lo seguirá haciendo durante el tiempo que yo no me encuentre en La Habana y mientras cuente con la financiación de Vanderbilt.

—¿Y no podría retrasar su viaje? Al menos hasta que las cosas se terminen de encauzar en Montserrat.

—Mucho me temo que no. Don Salvador se encuentra en malas condiciones de salud, y le urge tratar ciertos negocios. Tendré que marcharme tan pronto como regrese Damián. Tengo intención de que me acompañe, si no le parece mal.

Ella no puso ninguna objeción, y tan pronto como regresó el calesero de su expedición a Matanzas, Guillermo y él partieron.

Desde su llegada a Puerto Príncipe, se hospedaron en la quinta que la familia de Salvador Cisneros poseía en la región. Durante las siguientes semanas, Guillermo fue invitado a numerosos eventos sociales en los que entre murmullos se comenzaba a decidir el futuro de la isla, y que culminaron con una cena que ofrecieron los Cisneros. Los convidados formaban un pequeño grupo de ilustres personajes entre los que se encontraban Calixto García y Bartolomé Masó, ambos reconocidos líderes insurrectos en la guerra Grande, que, junto con Salvador, habían sobrevivido a muchos de los que lucharon por la independencia de su país décadas atrás. La mesa acogía a cuatro hombres incluyendo a Guillermo, además de Cisneros, Calixto y Masó, y dos mujeres, doña Ciriaca, que había regresado de La Habana de manera temporal para acudir a esa reunión, y Luz Palomares García, antigua mambisa y compañera de la primera en la manigua.

Guillermo estudió los rostros de los presentes en busca de cada

mínima alteración mientras se servía la cena, que discurrió distendida. Después llegó el tiempo del *brandy* y los cigarros puros, y cada cual comenzó con el ritual de encendido del tabaco. El marqués le tendió una carta a Guillermo. Una vez leída, este se la devolvió a su dueño, quien rompió su silencio.

—El resto de los presentes ya conoce el contenido de esta misiva. Lo que en ella pone no ha de repetirse fuera de las paredes de este cuarto, porque todos conocemos los riesgos que conllevan estas palabras. —Los observó uno a uno, escrutando sus rostros con ojos afilados—. Como saben, a pesar de que aceptamos la derrota y firmamos la paz de Zanjón, muchos de nosotros hemos continuado guardando la esperanza de ver cómo Cuba se convierte en un país independiente y libre de la injerencia del Gobierno y la corrupción de la monarquía española.

Todos aguardaron en silencio a que el marqués prosiguiera. Los humos de los cigarros se condensaban en la estancia e impregnaban el aire con su aroma dulzón.

—Durante meses he mantenido correspondencia con el poeta José Martí, uno de los mayores defensores de la causa, que, desde el forzado exilio, lucha por nuestra independencia en diferentes países. En un intento de conseguir más apoyo, ha logrado contactar con Máximo Gómez, quien, como todos ustedes sabrán, luchó conmigo mano a mano en la guerra Grande. Ambos están organizando la insurgencia en el exterior, donde pueden pasar más desapercibidos —indicó—. Nosotros, junto a muchos otros, nos ocuparemos de organizarla desde dentro.

Todos parecieron complacidos al escuchar aquellas noticias, y un revuelo de murmullos recorrió la sala antes de que el marqués reanudara su parlamento.

—Ahora, mi principal interés es entrar en contacto con Maceo, el Titán de Bronce —dijo con orgullo, aguardando que la impresión de aquellas palabras sobrecogiera a los presentes—. Desafortunadamente, no he tenido suerte en establecer contacto con él, por lo que me temo que mis cartas, de alguna manera, hayan sido interceptadas antes de llegar a su destino.

La habitación permanecía en silencio como si todos los presentes estuvieran meditando las palabras de su anfitrión. Este se llevó la copa a los labios y dio un largo trago al licor ambarino. Masó fue el primero en hablar.

—Se podría pedir a Gómez que lo intentase.

Salvador negó con la cabeza.

—Ya lo ha hecho, pero tampoco ha tenido mejor suerte. Me temo que las garras del Gobierno de Ultramar se extienden demasiado lejos de sus fronteras.

—¿Y por qué tanta molestia en localizar a Maceo? —inquirió Calixto—. Al fin y al cabo, somos muchos los que poseemos experiencia militar y más rango.

—La destreza del Titán supera con creces la de cualquier otro. Es, sin lugar a dudas, uno de los militares más capacitados de este continente. Usted mejor que nadie debería saberlo —le recordó Luz Palomares—, ya que en la guerra Maceo se erigió comandante de todo el Oriente mientras él se pudría en la celda de una cárcel española.

—Sí, señora, pero nuestro país tiene otros grandes militares —afirmó el soldado, con el orgullo herido.

—Somos muchos los que luchamos en la manigua durante la guerra Grande —le replicó ella—. Pero ninguno con una trayectoria tan excepcional.

—En eso estoy de acuerdo con Luz —intervino Masó—. No obstante, deberemos andarnos con ojo, no vayan a creer que es una guerra racial y no de independencia…

Calixto continuaba sin estar convencido de las razones por las que Maceo tenía que ser un personaje tan relevante para la causa si ya contaban con Gómez y Martí, pero como los demás parecían creer que su presencia resultaba imprescindible para el triunfo de la insurgencia, decidió engullir sus protestas con el licor de su vaso y mantenerse en silencio cuando el marqués retomaba la palabra.

—De nada nos servirá que sea el más eficiente de los comandantes o el más bravo de los soldados si no logramos contactar con él a tiempo —dijo Cisneros.

—Entonces, ¿qué es lo que sugiere que hagamos? —preguntó Masó.

—Localizarlo.

Guillermo pensó que eso resultaba fácil de decir, pero era lo que habían intentado hacer en los últimos meses sin éxito alguno. Mucho tendrían que cambiar las tornas para que aquella vez fuera diferente.

—¿Y qué es lo que propone? —preguntó Calixto.

—Alguien debe viajar a Costa Rica. —El marqués hizo una pausa durante unos instantes, recorriendo los rostros de los presentes para captar sus impresiones—. Y opino que todos estaremos de acuerdo sobre quién ha de ser esa persona.

Los ojos se volvieron en dirección al hombre que había guardado silencio durante toda la conversación. Guillermo supo que esa era la razón por la que Salvador había insistido en que lo visitara con tanta urgencia. El joven asintió con un gesto de la cabeza.

—Será un honor para mí.

—Tu presencia en Costa Rica no levantará sospechas —dijo Ciriaca.

—Tu tío luchó en la guerra Grande en el bando españolista, y su mujer es una peninsular que pertenece a la nobleza —añadió el marqués—. Tu interés por expandir tus negocios a los cafetales del

país será la excusa perfecta, y, con ella, podrás contactar con Maceo sin ningún problema.

Después de esas palabras se cruzaron miradas cómplices y sonrisas veladas, y se brindó por las buenas nuevas y por la empresa en la que Guillermo estaba a punto de embarcarse.

—¡Por una Cuba libre! —dijeron todos.

—¡Por una Cuba libre! —repitieron.

La conversación prosiguió hasta bien entrada la madrugada, cuando todos los asistentes se retiraron a sus respectivas estancias. Guillermo repasó mentalmente lo que allí se había discutido. Le dio un trago a una botella de ron que se había llevado consigo a su habitación, satisfecho de sí mismo por lo que aquello implicaba. Le hubiera gustado hacer partícipe de todo lo sucedido a su buen amigo Federico, quien compartía las mismas pretensiones que los que se encontraban en la quinta, pero no debía. Tendría que salir del país sin levantar la más mínima sospecha, sin hacérselo saber a nadie, ni siquiera a Federico o a Macarena. Debía pasar inadvertido, y cuanta más gente creyera que aún estaba en Puerto Príncipe, mejor. Alguien llamó a la puerta. Se levantó y halló al calesero al otro lado, quien entró cerrando tras de sí.

—¿Qué tienes, Damián?

—Sé lo que están tramando —murmuró en voz baja para evitar que los oyeran—. En las cocinas no se hablaba de otra cosa.

Guillermo se mantuvo en silencio, sorprendido de que el secretismo hermético de la reunión se hubiera quebrado con tanta facilidad.

—¿Está seguro de querer formar parte de esto? —preguntó Damián.

Guillermo sopesó su respuesta unos instantes antes de responderle.

—Sí. Lo estoy.

Damián lo observó durante un rato en silencio, ponderando las palabras que iba a pronunciar.

—Pues cuente conmigo.

Guillermo escrutó su semblante, clavando la mirada en sus ojos claros, y súbitamente estalló en su pecho una risotada, contento de poder contar con su amigo en esa travesía. Le tendió la mano para celebrar sus palabras, para hermanarse con él, y lo abrazó, golpeando su espalda de manera sonora.

—Así me gusta, Damián. Con un par de cojones.

Los dos rieron, y Guillermo le ofreció un trago de la botella de la que estaba bebiendo.

—Por Cuba.

—Por Cuba, libre.

Siguieron celebrando las buenas nuevas hasta la llegada del albor.

A la mañana siguiente, leía Guillermo el diario mientras se desprendía del sueño y la borrachera con una taza de café cargado y humeante, en la misma estancia donde la noche anterior habían comenzado a forjar un destino diferente para su isla. Salvador se le unió, tomando asiento en la butaca de enfrente. Guillermo apartó el noticiero y lo estudió con curiosidad.

—Me alegra mucho tenerte de nuestro lado. No te imaginas cuánto —afirmó Salvador.

Guillermo hizo un gesto con la cabeza aceptando el cumplido.

—Espero no defraudarles —respondió.

—Estoy convencido de que no lo harás.

El joven se sentía orgulloso de poder ayudar a la insurgencia, de contribuir con su esfuerzo a que el futuro de la isla fuera mejor; que lo hubieran considerado para tal propósito le henchía el pecho con la misma dignidad que la que habían demostrado los que antes de él habían derramado su sangre por la causa. Él también lo haría si era necesario, pues siempre había ansiado que la tierra que lo había visto nacer fuera libre de la opresión de otro estado. Y en aquellos momentos presentía que esa libertad se hallaba más cerca; casi podía sentirla en los dedos de la mano.

—En cuanto a la joven que se desposó con tu tío… —continuó el marqués.

—¿Macarena?

Salvador asintió con un movimiento de la cabeza. Un sirviente entró en la estancia con un copioso desayuno para el anfitrión. Guardaron silencio hasta que el lacayo se marchó y el marqués hubo bebido de su taza de café.

—Mi hermana me ha dicho que Macarena tiene negocios con un gringo.

—Así es. Se asociaron tras la muerte de mi tío, cuando el ingenio se quemó.

El marqués volvió a asentir, como si estuviera recapacitando sobre las palabras del joven e intentara prever las implicaciones que algo así acarrearía. Guillermo observó con cierta sorpresa a Cisneros, sin comprender qué tendría que ver con todo aquello Macarena.

—Me gustaría saber si va a ser una ayuda en la causa o un impedimento. Tal vez podríamos utilizar las conexiones del americano para nuestro propio beneficio.

Guillermo guardó silencio, sopesando lo que Salvador acababa de decir. Respiró con calma a la vez que paseaba su mirada por la estancia, inundada con el sol de la mañana. El trinar de los pájaros se colaba desde el exterior, y a lo lejos se podía escuchar el ladrido machacón de un perro. Sin duda alguna, Vanderbilt estaría interesado en que la isla dejara de pertenecer a España, pues sería algo que

beneficiaría a su país. Pero Guillermo no podía estar seguro de que sus intereses llegaran a tanto como para ser partícipe de su complot.

—Es libre de contactar por su cuenta a Vanderbilt —le sugirió Guillermo.

—¿Y ella?

—Dudo que esté interesada en política —afirmó el joven con determinación no solo porque así lo creyera, sino porque no deseaba atraer la atención hacia ella, en un intento por protegerla de todo aquello—. Según me ha informado, tiene la intención de regresar a España tan pronto como el batey se reconstruya y la plantación comience a funcionar de nuevo.

El marqués pareció complacido con su respuesta, pero decidió recalcar la importancia de aquello por si el joven no lo tenía claro.

—De todas maneras he de insistirte, Guillermo. Nos estamos jugando demasiado con esto. No solo nuestras fortunas o vidas, sino la libertad de esta tierra. Mantenla alejada de todo esto, no le digas nada de lo que hemos hablado aquí ni de tus futuros planes para viajar a Costa Rica. Nadie, absolutamente nadie, debe saberlo nunca.

—Tiene mi palabra de honor.

—Partirás hacia Costa Rica sin demora. El vapor zarpará en dos días. Me he tomado la libertad de adquirir un pasaje para tu calesero. Estoy convencido de que te vendrá bien algo de ayuda.

Después les quedaron pocas palabras más por decir, y Guillermo salió de allí dispuesto a cambiar el destino de Cuba.

7

Cuando el gallo cantó aquella mañana, como en cada albor, ya había alguien despierto en la quinta asomado a los ventanales de la hacienda, desde donde se divisaba la tierra que parecía no tener límite. Antonio Maceo se llevó la taza a los labios, impregnándose del aroma dulzón del café antes de dar un largo trago que acabó por espabilarlo. Sabía que quedaba un arduo camino para lograr que sus anhelos más profundos se materializaran; por el momento se contentaba con conseguir que el proyecto de la Mansión de Nicoya se hiciera realidad. Se sumergió de nuevo en el intenso verdor del paisaje que lo rodeaba. El sol comenzaba a remontar su camino partiendo el cielo con sus rayos mientras el resto del horizonte se cubría con nubes azuladas que se resistían a marchar.

Habrá tormenta, se dijo, sorprendido de que los tucanes todavía no la hubieran anunciado con sus cantos. Luego vació la taza de café de otro trago largo y se preparó para comenzar el día. Trabajar la tierra tenía algo que le resultaba reconfortante. Había humildad en ganarse el pan con el esfuerzo propio, vivir de lo que la naturaleza daba. Tras años de guerras y muerte, aquella vida le placía, y estaba seguro de que sería feliz de esa manera si le permitían vivirla. Unos pasos delicados a su espalda lo devolvieron a la estancia, que se teñía con la luz dorada del nuevo día. Supo que María se había levantado.

—Me pregunto si alguna vez dejarás que te despierte el gallo —dijo con su rostro redondo y sonriente—. ¿Ya estás preparado?

Él asintió, resistiéndose a apartar la mirada del paisaje que se extendía frente a ellos. Finalmente, lo hizo para observar a su mujer.

—Creo que podría llegar a acostumbrarme a esto… —murmuró como si se tratara de un pensamiento que había pronunciado en voz alta para sí mismo—. Olvidar Cuba y vivir aquí, de esta manera, el resto de nuestros días.

Ella sonrió y le rodeó el amplio torso con los brazos mientras su vista se perdía durante unos instantes sobre el verde infinito que resplandecía fuera. Después se aupó sobre las puntas de los pies para besar sus labios.

—Los dos sabemos que, por más que quisieras, no podrías —sonrió, y como si ya no hubiera nada más que decir respecto a eso, echó una nueva ojeada hacia fuera y lo apremió a comenzar el día—. Los demás

se extrañarán si te demoras.

—Tienes razón. —Sonrió y se dirigió a la entrada, tomó su sombrero y al abrir la puerta se topó de frente con tres desconocidos a los que miró con sorpresa, pues cada cual se presentaba más estrafalario: un blanco con la piel del rostro tan colorada que dolía tan solo con mirarlo, un mulato de rasgos delicados cubierto de barro hasta las cejas y un negro más oscuro que un tizón y con una pata de palo.

—¿Puedo ayudarlos, caballeros?

Todos aguardaron en silencio durante unos instantes, como estupefactos ante la presencia de aquel coloso que los estudiaba con rostro serio y mirada serena, hasta que uno se decidió a hablar.

—Venimos buscándolo, don Maceo.

—María —su voz se alzó por el pasillo—, que calienten agua para que estos hombres se den un baño, y manda preparar unos cuartos. Tenemos invitados.

El hombre de la pata de palo, que respondía al nombre de Simón, habló.

—Discúlpeme, señor, yo solo soy el que los ha traído, y no me incumbe nada de lo que vayan a tratar. Le agradezco el baño, pero más le agradeceré un plato caliente de comida y un jergón en el que descansar antes de marcharme por donde he venido.

Maceo estudió al hombre y asintió.

—Vaya por ese camino que ve a su derecha —dijo señalando un punto adelante con un movimiento de su mentón— y pregunte por Celso. Dígale que yo le envío. Él le atenderá. Es bienvenido a quedarse todo el tiempo que desee.

Simón obedeció al dueño de la finca y se fue derecho a buscar a Celso para saciar su hambre de días.

—Y ahora, caballeros, si ninguno de ustedes tiene más reparos, sean bienvenidos a mi hogar.

Guillermo y Damián se miraron de soslayo y entraron en la casa. Se presentaron haciendo gala de sus mejores modales y aceptaron con agrado el baño que les preparaban. Después de asearse, Maceo los invitó a una sala donde habían servido un suculento desayuno para ellos. Cuando habló, fue directo al asunto.

—¿Puedo preguntar el motivo de su visita, caballeros? —dijo mientras se prendía un puro grueso.

—Nos envían don Salvador Cisneros y Calixto García.

Guillermo le tendió una carta que extrajo de su bolsillo.

—Traemos noticias que le interesan.

Luego tomó la pitillera y sacó un cigarro a su vez, que encendió, para dar tiempo de leer la misiva al anfitrión. Maceo le dio una larga bocanada a su puro y dejó escapar el humo con lentitud, saboreando

el aroma dulzón de las hojas secas en su boca.

—Mucho lamento que hayan hecho un viaje que, por lo que puedo imaginar, ha sido largo y tortuoso, para que acabe de manera tan infructífera.

—¿A qué se refiere, general?

—Me temo que su presencia aquí no me hará cambiar de parecer frente a la decisión que ya tomé tiempo atrás.

Los recién llegados se mostraron perplejos, porque no esperaban escuchar algo así de la boca del que era considerado un héroe entre los insurrectos, el guerrero más fiero que había parido Cuba, el general que se resistió a aceptar la derrota tras la firma de la Paz de Zanjón y que fue el azote de los españoles durante los dos años siguientes.

—Entonces me temo que no tenemos mucho más que hablar, don Maceo —respondió Guillermo sin poder ocultar su decepción.

Habían recorrido el país de un extremo al otro para encontrarlo, convencidos de que estaría dispuesto a volver a levantar a la isla contra la tiranía de los españoles, solo para hallar a un hombre que más era ya un campesino que un guerrero.

El general se levantó en toda su envergadura de la butaca y se dirigió hacia los ventanales para contemplar la soledad del paisaje, recogiendo sus manos a su espalda con una postura teñida de un aire marcial. Después se giró de nuevo hacia sus visitantes.

—Sepan que son bienvenidos en este lugar el tiempo que deseen quedarse. Aunque entenderé que, con la respuesta que les he dado, lo que quieran sea partir de regreso a Cuba de inmediato.

—Si esa es su última palabra, mucho me temo que así será —dijo Guillermo.

—Mucho me temo que así es. Aunque, si lo tienen a bien, me gustaría enseñarles lo que hacemos aquí en la Mansión de Nicoya. El nombre se lo dieron las familias que vinieron desde Cuba.

Aceptaron la invitación y se levantaron de sus asientos dispuestos a seguir al general. Salieron a la luz del día. El cielo se había despejado y el sol brillaba con fuerza. En la distancia se recortaba la cima del volcán Arenal y el viento soplaba desde sus laderas una brisa que refrescaba el ambiente. Comenzaron a recorrer el camino por donde «el negro» Simón se había marchado a su llegada, y no tardaron en toparse con una serie de casas en las que vivían el resto de las familias que acogía la quinta. En el porche de una de ellas, disfrutando del calor del sol y un descanso más que merecido, se sentaba Simón. A pesar de tener una pata de palo, los había llevado desde el puerto de Limón a través de caminos enrevesados, cruzando el país de una costa a otra. Los saludó con la mano, estudiando a los tres cubanos, preguntándose lo diferente que resultaba aquella isla de Cuba en

comparación con Costa Rica, en la que un mulato podía ser capaz de hacer que un blanco pasara por las penurias que había sufrido Guillermo, para ir a verlo. Con esos pensamientos, contempló al trío alejarse por el sendero en dirección a los plantíos.

—Este lugar nos pertenece a nosotros y a las familias cubanas que decidieron seguirnos a María y a mí, en contra de las pretensiones del Gobierno de España, que puso el grito en el cielo —explicó Maceo mesándose el bigote—. El presidente de Costa Rica me cedió estas tierras, que poseen una extensión más grande que la ciudad de La Habana, a pesar de que no soy blanco. Y puedo asegurarles que en este país se muestra tan poco aprecio a los negros que les tienen prohibida la entrada.

Los huéspedes observaron, no sin admiración, los frutos del esfuerzo que sus compatriotas habían hecho en aquel lugar, robándole a la selva cada centímetro de tierra que habían arado.

—Aquí sembramos todo lo que necesitamos para vivir: maíz y yuca, frijoles y plátano, piña y cacao, café y, como no podía ser de otra manera, azúcar —explicó el Titán, que a pesar de ser un hombre de pocas palabras, parecía enorgullecerse al contar aquello a sus inesperados invitados.

Después de un largo paseo regresaron a la casa, donde les habían preparado un buen ajiaco, el plato cubano por excelencia. Acompañados por la mujer de Maceo, dieron cuenta del sabroso festín, que les supo a gloria y a patria en cada cucharada. Después de tomar el postre, se retiraron a una sala, donde se acomodaron en unas butacas mientras prendían unos buenos puros y se descorchaba una botella del mejor ron cubano. En aquel ambiente fue cuando Maceo se aventuró a preguntarles por su viaje, y estos comenzaron a relatarle las penurias que habían sufrido para reunirse con él.

Del puerto de Limón emprendieron camino hacia el interior del país. Dejaron sus pocas pertenencias en una posada regentada por una viuda mulata que no les hizo preguntas y se comprometió a no rentar sus habitaciones a cambio de una suma de dinero jugosa que nunca antes había visto ni volvería a ver. A la salida de la pensión contrataron los servicios de un hombre al que todos conocían como «el negro Simón» y que, además de ser oscuro como la pez, tenía la pierna amputada por debajo de la rodilla y cargaba su peso sobre una pata de palo elaborada con tosquedad. A pesar de su evidente falta, les aseguró que los llevaría hasta la provincia de Guanacaste, y desde allí a Nicoya, donde se decía que un mulato, un gran general cubano, había colgado el fusil y se dedicaba a trabajar en una plantación, como si para ese negro las tornas se hubieran vuelto del revés. Alguien importante tenía que ser para que le hubieran permitido entrar en el país a pesar del color de su piel y para que el propio presidente se

hubiera reunido con él. *«Aunque si el presidente quería conocer a un negro, no le hacía falta traerse uno de las Antillas, que allí en Costa Rica sobraban en las plantaciones de las compañías bananeras de los americanos»,* les había dicho con sorna. Decidieron evitar entrar en San José, la capital del país, porque estaba plagada de espías españoles y tendrían más posibilidades de ser descubiertos por ellos, por lo que se aventuraron a viajar por los pueblos, rodeando la capital por el norte y atravesando las sierras y junglas a lomos de dos rocines envejecidos y una mula que adquirieron nada más llegar.

María entró en la sala con una bandeja con unas «vianditas», como dijo ella. Después se marchó preocupada porque sabía lo que significaba la presencia de aquellos dos compatriotas.

Los recién llegados prosiguieron con su relato del viaje, que les costó algo más de siete jornadas. En ellas cruzaron el país de una punta a otra por caminos que los obligaron a atravesar montañas, ríos y selvas. Durmieron a la intemperie, padecieron el abrasador sol durante el día, las lluvias vespertinas y el frío de las noches en la sierra. Habían sido acosados por mosquitos que se atiborraron de sus venas, hormigas de mordiscos rabiosos y cucarachas y escorpiones que reptaban por sus miembros cuando ansiaban descanso durante sus jornadas en la selva, arrullados por los gritos de los monos que les advertían entre las inalcanzables copas de los árboles que aquel era su reino, al tiempo que los cocodrilos los observaban relamiéndose desde las orillas del río.

—Y así es como nos hemos presentado esta mañana frente a su puerta —concluyó Guillermo.

El general se llevó el puro a la boca y aspiró una larga bocanada en silencio. Después dejó salir el humo, que se escurrió por la ventana abierta y se diluyó en la brisa que corría fuera, donde el sol, que se encontraba en su cenit, comenzaba su descenso rápido sobre el horizonte. El Titán se tomó su tiempo en responder, meditando las palabras de su invitado para luego asentir con un golpe de la cabeza.

—Mucho me apena que todo ese esfuerzo haya sido en vano.

Guillermo echó una ojeada a Damián, que parecía sentirse igual de apesadumbrado que él al escuchar esas palabras.

—Si me permite hacerle una pregunta, general —intervino entonces el calesero, y Maceo asintió de nuevo, otorgándole permiso —, cuando hablamos con Cisneros y García, nos dieron a entender que usted estaba más que dispuesto a luchar por esta causa. Que su compromiso resultaba igual o más grande incluso que el de Martí, y que no solo combatiría por ella, sino que daría hasta la última gota de su sangre por lograr que de una vez por todas Cuba consiguiera la independencia que todos ansiamos. Hemos recorrido media América para buscarlo y descubrir, y no se lo tome a mal, a un general que se

contenta con cultivar bananas.

El Titán clavó sus ojos oscuros en los de Damián, sin ocultar una mirada dura en ellos al haber escuchado aquel reproche descarado de un joven que nada sabía de la guerra. Presintiendo las emociones que se fraguaban en Maceo, Damián se justificó.

—No llego a comprender qué es lo que le ha sucedido entre tanto, general.

Antonio, que no había retirado la mirada de él, se tomó su tiempo para responder, pues le gustaba estar seguro de que sus palabras siempre fueran acertadas. Cuando habló, lo hizo con voz serena.

—La razón no es otra que Martí.

Al escuchar aquello, los dos se retorcieron en sus asientos sin comprender los motivos que habían conducido a Antonio a pronunciar tan desafortunadas palabras.

—Ahora voy a ser yo quien le pida, si es posible, que aclare qué es a lo que se refiere —dijo Guillermo, estupefacto ante la declaración de su interlocutor.

Maceo guardó silencio y tomó el vaso que reposaba junto a él; bebió despacio apurando su contenido y después clavó la mirada en su fondo como si las palabras que intentaba formular se encontraran ahí.

—Es bien sabido que Martí y yo compartimos el mismo amor por Cuba y la pretensión de que algún día, antes de morir, podamos verla libre como estas tierras hermanas que hace ya décadas se independizaron de la lejana España. Sin embargo, lo que no compartimos él y yo es la manera de llevar ese sueño a cabo. Pocos años atrás él viajó a Costa Rica para reunirse conmigo —admitió para sorpresa de Guillermo y Damián—. Vino a la Mansión a visitar esta especie de sueño utópico en el que nadie es más importante que el otro. Aquí todos somos hermanos y compartimos lo que ganamos con el esfuerzo de nuestro trabajo. Aprendemos de lo que hacemos con la intención de que en un futuro podamos regresar a Cuba y ayudar a otros a efectuar esto mismo en otras plantaciones.

Se acercó al mueble donde descansaba la botella que habían descorchado. Se rellenó el vaso y lo apuró de un solo trago, para pasar a sumergirse de nuevo en los recuerdos de esos días con Martí.

—Los dos somos proscritos, él por sus palabras y yo por mis actos… —Después de esa reflexión se volvió a hundir en sus pensamientos, que parecían acecharlo como una sombra, arrastrándolo a un tiempo lejano. Cuando habló no se molestó en dirigir la mirada hacia los jóvenes que lo escuchaban con atención—. Martí vino y se interesó por nuestro trabajo, y lo alabó. Durante los escasos días que se quedó entre nosotros compartimos ideas y las visiones que teníamos para esa nueva patria que está por llegar. Los dos coincidimos en que la guerra se hacía necesaria, pero, a diferencia de él, yo no compartía la visión

de que un gobierno popular tuviera que formarse nada más comenzarla. Así lo hicimos en la guerra Grande, y estoy convencido de que fue eso lo que nos perdió. Sin embargo, él se mostraba inflexible en ese punto. Y ahí fue donde surgieron nuestras asperezas, caballeros.

Tanto Guillermo como Damián, que habían escuchado con atención la conversación, comprendieron que la tensión entre ellos tuvo que ser más que latente y que después de esa visita sus diferencias se tornaron irreconciliables. Pero ambos se resistían a pensar que eso pudiera ser cierto, por lo que Guillermo se apresuró a hablar.

—Las asperezas siempre surgen, pero se pueden limar.

El Titán asintió, como si estuviera de acuerdo con ello; sin embargo, por la expresión de su faz intuyeron que había algo más que no contaba, y aguardaron a que prosiguiera con su relato. Sin embargo, Maceo se giró hacia la ventana y miró a través de ella.

—Me parece, caballeros, que es la hora de cenar.

Guillermo y el calesero se contemplaron desconcertados, ansiosos por seguir hablando y averiguar las razones por las que Antonio Maceo se resistía a unirse a la guerra que daría la independencia a la tierra a la que su corazón ansiaba por regresar. Una vez en el comedor vieron la mesa dispuesta para la ocasión. María, la mujer del general, los convidó a tomar asiento, y una vez estuvieron todos dispuestos, la cocinera les sirvió la comida con la ayuda de una doncella: un buen plato de picadillo acompañado de yuca con mojo. De postre, buñuelos y casco de guayaba.

—Todo lo que ven aquí sale de esta tierra. Es difícil no sentirse afortunado frente a algo así, caballeros.

Tras la cena, Maceo los invitó a descansar por aquel día, pues la jornada había sido larga, e imaginó que los recién llegados agradecerían dormir en un buen colchón. Y a pesar de que Guillermo y Damián hubieran preferido continuar con la conversación, desistieron de ello al comprender que las órdenes las dictaba el general, y debían aguardar a que él decidiera proseguir con la historia de la visita de Martí.

Sus cuerpos castigados por la travesía de los días anteriores se rindieron a la suavidad de los colchones, y ni siquiera el gallo logró sacarlos de su letargo hasta que abrieron los ojos bien entrada la mañana. Para aquel entonces, en la casa solo estaba María, que les dijo que Maceo se había marchado bien temprano a los sembradíos a trabajar. Les sirvió una taza de café denso que terminó por despertarlos y les preparó un buen desayuno. Cuando acabaron, ella se sentó a la mesa para acompañarlos y se prendió un cigarro fino que sacó de una pitillera y que impregnó la estancia con su aroma dulzón.

—Han venido buscando a mi marido, ¿verdad?

Guillermo asintió, y ella no pudo más que sonreír con cierta

melancolía sabiendo que, si así era, Antonio acabaría por marcharse de nuevo a batallar. No obstante, se resistió a decir nada de aquellas reflexiones en voz alta, pues a ella no le correspondía anunciarlo.

—Antonio siempre ha soñado con ver una Cuba diferente a la que nos tocó al nacer. En su corazón anida una pena demasiado grande para que hable de ella, pero sé que le duele no poder regresar a su tierra, pensar que su madre y su hermana murieron lejos y están enterradas en otro lugar que no es Cuba. —Hizo una ligera pausa antes de continuar—. Antonio es un hombre orgulloso, pero ante todo es un hombre de palabra, y hace diecisiete años juró que volvería a luchar para liberar a Cuba…

Tras esas palabras, María se levantó de la mesa, para dejar a sus invitados a solas con sus pensamientos. Estos no tardaron en dirigirse hacia donde creían que se hallaría el general. Descendieron por el camino que habían recorrido el día anterior y anduvieron en dirección a los plantíos del sur. No tardaron en divisar a las gentes que trabajaban arduamente, moliéndose la espalda en sembrar y arar su sustento. Entre ellos divisaron a Simón, que los saludó desde la distancia y comenzó a acercarse en su dirección con paso rápido a pesar de la cojera.

—Buenos días, compañeros —dijo con una sonrisa ancha dibujada en el rostro perlado de sudor. Se retiró el sombrero de yarey que llevaba.

—Veo que te has aclimatado bien —dijo Guillermo.

Simón estiró aún más su sonrisa.

—Siempre es mejor estar en un sitio donde uno puede ganarse el pan a permanecer en Limón y mendigar. Yo no soy un maleante, señores. La vida me hizo aprender a buscar opciones, y no siempre honestas, pero si tengo la oportunidad de ganármela con decencia, lo hago, y aquí me quedo. A Maceo le parece bien, así que solo puedo agradecerles que nuestros caminos se cruzaran esa mañana.

—Somos nosotros los que te estamos agradecidos, Simón —respondió el calesero—. Y ya que hablas de Maceo, ¿acaso lo has visto por los alrededores?

—Hace un buen par de horas que se marchó a caballo hacia allá —dijo señalando con la mano en dirección a una colina cercana.

Luego el cojo se despidió de sus acompañantes para regresar a su tarea y los otros prosiguieron con su paseo. Tal vez no hallaran a Maceo en los alrededores, pero aquel lugar era digno de ver y estudiar, y pensaron que al menos podrían aprovechar el tiempo que aún tenían hasta reunirse de nuevo con el general. Fue a la hora del almuerzo que ambos regresaron a la casa, donde María los recibió con una sonrisa y la mesa puesta.

—Antonio no tardará en llegar —aseguró.

Unos instantes después el Titán atravesaba la puerta de entrada. Se desprendió del olor a caballo que traía en las ropas y después de asearse entró en la estancia con su imponente figura, a pesar de que ya sobrepasaba los cincuenta años y su cabello comenzaba a descolorarse por las sienes. Se sentó a la mesa y los demás lo siguieron. Después de la comida, tal y como habían hecho el día anterior, los tres hombres se dirigieron a la otra sala, donde se sentaron a saborear unos puros y un buen vaso de ron.

—Espero que hayan tenido la oportunidad de recuperar las fuerzas —dijo el general.

—No hay nada que una noche de sueño no cure —respondió Damián.

—En eso estoy de acuerdo. Supongo que Simón les ha informado de la decisión que ha tomado. —Guillermo y el calesero asintieron—. No se preocupen por el regreso. Mandaré a alguien con ustedes que los acompañe. ¿Ya saben cuándo tienen planeado volver?

—Pronto —respondió Guillermo, que todavía se resistía a aceptar que tendrían que ser los portadores de tan amarga noticia—. A la vista de tal contratiempo, es mejor darlo a conocer cuanto antes. Pero si me permite la curiosidad, todavía me cuesta entender que solo porque usted y Martí no compartan la misma visión desista de regresar a Cuba y luchar por su independencia.

El general se tomó su tiempo en responder, sopesando las palabras de su invitado, y tal vez las que quería pronunciar, pues sabía que si iba a mandar de vuelta a aquellos hombres con una negativa, lo mínimo que debía hacer era explicarles el motivo. Pero antes se recostó sobre su butaca y comenzó con el ritual de prender un cigarro puro, sopesando lo que les iba a contar.

—Como ya les he dicho, aunque ambos compartamos el deseo por ver una Cuba libre, nuestras visiones son demasiado diferentes.

Se hizo un silencio entre ellos. La luz se colaba a raudales a través de la ventana junto con el zumbar de los insectos y el trinar de algunos pájaros. Aquellas palabras habían sembrado en el ambiente cierta tensión que finalmente Damián se atrevió a romper.

—¿Y acaso, don Maceo, es más válido su orgullo que su libertad?

Maceo reaccionó ante aquella pregunta como cualquier caballero lo hubiera hecho, clavándole una mirada feroz que no dejaba lugar a dudas que su orgullo tenía la misma valía que su albedrío.

—Siempre, si se me acusa de ser un cobarde y no querer perseguir la libertad por la que derramé sangre durante más de diez años. ¿Acaso se olvida Martí de que cuando firmaron esa paz que nos traicionaba a todos yo me contaba entre los que nos sublevamos y luchamos dos años más en la manigua, buscando a la desesperada la emancipación que nos negaron en Zanjón?

Después de sus palabras, estuvo tentado de marcharse de la habitación llevado por la exasperación que le habían causado aquellos recuerdos. Sin embargo, se quedó clavado en su sitio, hierático y meditabundo. Fue Guillermo quien se atrevió a romper el silencio reinante.

—Demuéstrelo. Regrese y luche. Porque sin su presencia esta empresa no acabará bien.

Maceo sabía que aquello era cierto y que si no contaban con él en la isla, la próxima insurgencia sería aplastada por el Gobierno de Ultramar.

—Oriente es suyo y Cuba le necesita, general.

8

Con la llegada del verano, Macarena esperaba con anhelo a que La Habana trajera los recuerdos de los estíos en Sevilla, donde las noches se estiraban hasta bien entrada la madrugada y los días se gastaban a la fresca de los patios. Sin embargo, el calor cubrió las calles de la ciudad con un manto de polvo reseco, y las miasmas de las ciénagas circundantes comenzaron a recorrerlas, amenazando con la calentura y el cólera a quienes osaban a quedarse. La canícula no daba un respiro a los habaneros, forzándolos a encerrarse en sus casas. Los salones clausuraban sus puertas aguardando el otoño, y los más pudientes se escurrían a borbotones de la ciudad para resguardarse en sus mansiones de El Cerro, lugar donde Salvador había construido la más magnífica de sus propiedades y la que ofrecía a Macarena la oportunidad de huir de la ciudad, por lo que unos días más tarde se hallaban de camino a la quinta.

El palacete de la calle Egido se veía deslucido en comparación con la magna posesión que había heredado de su marido. Se trataba de una edificación de un marcado estilo neoclásico que doblaba en tamaño y lujo a la propiedad de La Habana. Las rejas de hierro forjado delimitaban un jardín de plantas exóticas que rodeaban la casa, y contaba con un estanque y con un laberinto de setos hecho a semejanza del de Versalles. Si bien aquel lugar suponía un respiro al calor que agostaba a la maraña de callejas habaneras, pocas distracciones se podían encontrar en aquel lugar, y el asueto dependía de que los demás habitantes extendieran sus invitaciones a las *soirées,* los bailes y las mascaradas que celebraban en sus propiedades.

La primera invitación en llegar la llevó Mariana una mañana. Macarena se apresuró a leer con curiosidad el mensaje escrito con letra elegante. En ella, doña Carlota Miranda, marquesa du Conti, la invitaba a visitar su quinta aquella tarde para tomar juntas el té. Como desconocía de quién se trataba la notable dama, decidió interrogar al ama de llaves, que no tuvo problemas en explicar que, por lo visto, la marquesa estaba considerada como la María Antonieta de Cuba, pues había vivido casi toda su vida en París, y se rumoreaba que había enamorado al propio Napoleón III.

—¿Y qué querrá de mí?

La gallega se encogió de hombros sin saber qué contestar, porque

ella no entendía los entresijos de esos nobles derrochadores que parecían vivir en otro mundo. Pero lo que sí conocía eran los rumores que compartían las doncellas, y, por lo que se decía, convenía estarse a bien con la marquesa si no se quería acabar condenado al más oscuro de los ostracismos.

Así que Macarena se apremió en buscar el mejor de sus vestidos y pedir a Lourdes que se esmerara como nunca para su visita de aquella tarde. La doncella aceitó y maquilló su rostro, recogió su cabello, adornándolo con aljófares y pequeñas flores de jazmín, y engalanó su cuello con una hermosa gargantilla de perlas. Después observó su reflejo en el espejo y se dispuso a marcharse satisfecha con el resultado del trabajo de la doncella.

—¿Sabes si el quitrín está listo?

—Enseguida voy a ver.

Sin embargo, Lourdes aguardó junto a su señora retorciéndose las manos con aprensión en vez de despedirse. Macarena la estudió con la mirada durante unos instantes, sin comprender qué le ocurría.

—¿Qué sucede, Lourdes?

—Yo me preguntaba, si *sumercé*… —Dudó si debía molestarla.

—Sabes que puedes hablar tranquila. —Macarena le echó una sonrisa para que se sintiera más cómoda.

—¿Tiene usted noticias de cuándo regresarán don Guillermo y Damián?

No pudo evitar sonreír al comprender que la jovencita albergaba algún sentimiento por el apuesto calesero, y que se había aventurado a preguntar tras semanas sin tener noticias de él.

—Mucho me temo que no sé nada. Pero te prometo que mañana mismo escribiré a Guillermo para averiguarlo.

La doncella sonrió y, tras hacer una grácil reverencia, se marchó de la habitación para dejar a Macarena a solas con sus cavilaciones, pues de pronto se percató de que Guillermo llevaba en Puerto Príncipe varios meses y todavía no había recibido ninguna noticia de cuándo tenía pensado regresar. Entre tanto, el batey estaba a punto de acabarse, a la espera de que la maquinaria más innovadora viniera desde Nueva Orleans en cuestión de días. Y si todo proseguía según lo previsto, podría regresar a Sevilla para el final del verano. Pero antes de adelantarse a los acontecimientos, decidió no prestar atención a esos pensamientos y salió dispuesta a averiguar qué era lo que quería la marquesa.

Al llegar a la quinta de doña Carlota Miranda, Macarena fue recibida por el mayordomo, un hombre de mediana edad de expresión adusta, silueta elegante y modales exquisitos que la instó a acompañarlo. La

guio a través de diferentes estancias decoradas con ostentación hasta que se pararon frente a unas puertas cerradas. El mayordomo las abrió con ceremonia y cedió el paso a la condesa. El cuarto resultaba amplio y el ambiente se sentía saturado por un humo dulzón y sofocante que no supo identificar. La habitación se iluminaba por la luz vespertina, que golpeaba de lleno las paredes empapeladas. La marquesa no se encontraba sola, como había supuesto Macarena, sino que se rodeaba de su pequeña cohorte, que se sentaban en butacas más bajas, alrededor de una mesa, lo que hacía que ella apareciera elevada ante ellos, como si de una reina se tratara. A su espalda, dos sirvientes la abanicaban con un par de flabelos emplumados de largos mangos dorados. Un trío de mujeres de risas y miradas punzantes murmuraba cerca de uno de los ventanales, donde las cortinas de brocado apenas dejaban entrar la brisa de la tarde. Las tres mujeres, que serían de su misma edad, no se molestaron en ocultar que murmuraban sobre la andaluza. Eso la hizo sentirse intimidada. El mayordomo cerró la puerta y Macarena se encaminó con paso firme y expresión impasible hacia la dama, que charlaba con su corro de admiradores.

—Querida Macarena. Me alegra que haya venido.

—Doña Carlota, es un honor.

La marquesa le ofreció un asiento junto a ella, obligando al joven que lo ocupaba a moverse. Luego se dirigió al hombre sentado a su lado y le susurró algo al oído. Él besó sus labios mustios y se levantó. Se acercó a las jovencitas que reposaban junto al ventanal y les comunicó algo entre murmullos que Macarena no pudo captar. Se escucharon unas risas leves.

—Podéis marcharos. —La marquesa despidió al resto de sus invitados y aguardó a que todos hubieran abandonado la estancia antes de volver a hablar. Cuando lo hizo, su tono se percibió menos cínico y más serio—. Supongo que se pregunta por qué la he mandado llamar.

Macarena asintió.

—Como ha de saber, los rumores de guerra cada vez suenan más cercanos ,y se comenta que Martí y Gómez buscan aliados que se unan a su quimera de independencia.

Macarena la observó con expresión ecuánime, sin entender por qué la marquesa le hablaba de unos temas que a ella le resultaban indiferentes. Aguardó en silencio a que prosiguiera mientras un tucán horadaba el aire desde el otro lado de las ventanas.

—Tengo entendido que es usted de Sevilla.

—Así es.

—Asumo, por lo tanto, que deberá de ser una buena patriota y que no simpatiza con ese tipo de aspiraciones.

El mayordomo de la marquesa abrió la puerta cargando una

bandeja con dos copas y una exquisita botella de cristal de Sèvres. Les sirvió del licor que, por su color ambarino, la andaluza pudo deducir que se trataba de ron, y después se marchó.

—Espero que no le importe que no le ofrezca té…

Macarena respondió con un movimiento de cabeza, convencida de que una copa le sentaría mejor.

—Para ser honesta, la política nunca me ha interesado, y desconozco los entresijos de las aspiraciones de unos y otros. Mi único empeño está en vender las propiedades que mi marido me legó tras su muerte y regresar a España en cuanto me sea posible —dijo retomando su conversación anterior.

—En la última guerra Leopoldo fue un buen patriota, y le supo sacar partido. Esas propiedades que usted ha heredado y tanto ansía vender pertenecieron a otros antes que a él, concretamente a secesionistas traidores que lo perdieron todo. Mucho me temo que una guerra, o la inminente amenaza de una, no la ayudará a venderlas por un buen precio.

Aquella observación no era desconocida para la joven, pero no cambiaba nada. Su determinación continuaba siendo marcharse de la isla en cuanto pudiera. Tomó su copa, dio un sorbo y contestó a doña Carlota:

—No tenía conocimiento de que se avecinase una contienda.

—Me temo que si no se hace nada para evitarla, habrá una, y puedo asegurarle que no será dentro de mucho tiempo.

La anfitriona se entretuvo en encender un cigarro fino y marrón que chupó con fuerza, hundiendo sus mejillas arrugadas hasta marcar los huesos de sus pómulos como una calavera. Después soltó una enorme bocanada de humo que se cuajó sobre sus cabezas.

—¿Puedo preguntarle por qué me cuenta todo esto? —preguntó Macarena.

Doña Carlota asintió con una sonrisa enfriada que se le escapaba de sus labios enjutos, que después arrugó para dar otra chupada a su cigarro.

—Lamentablemente, el sobrino de su difunto marido ha decidido unirse a los secesionistas y se encuentra en Costa Rica buscando el apoyo de un afamado militar para que se una a su causa.

—Eso es imposible. Guillermo está en Puerto Príncipe visitando a los Cisneros.

En la garganta de la marquesa estalló una carcajada al escuchar la afirmación, y se percató de que la joven estaba más tierna de lo que pensaba.

—Mucho me temo que, en este caso, estoy mejor informada que usted. Y lamento decirle que si Guillermo sigue por ese camino, no solo se arriesga a que lo condenen a trabajos forzados o al destierro,

como le sucedió a ese traidor de Martí en su día, sino que lo podrían acusar de alta traición y acabaría frente a un pelotón de fusilamiento.

Al escuchar esas palabras, Macarena, retorciéndose en su asiento, se sintió palidecer. No sabía si las acusaciones que la marquesa vertía contra Guillermo eran ciertas, pero el hecho de imaginar el siniestro destino que su interlocutora exponía la llenó de inquietud.

—Estoy convencida de que se trata de un malentendido. Guillermo no haría algo así.

—Es usted una delicia, Macarena. Créame que lo único que pretendo con esto es ayudarla, de una compatriota a otra. Y es por eso por lo que la he mandado llamar.

Ella observó su rostro con escepticismo.

—No me mire así, querida. Si él es acusado de traición, usted también se verá en apuros —prosiguió doña Carlota sabiendo lo que pasaba por la mente de Macarena en aquellos instantes—, y aunque pueda marcharse de vuelta a España, lo haría sin un peso en el bolsillo y habiendo perdido todas sus propiedades en la isla, como les sucedió la última vez a todos los que osaron traicionar a España y a su rey. Y en ese caso, ¿qué sería de su pobre tía?

La joven enmudeció al chocarse con las dos realidades. La de su tía Milagros, que dependía de los ingresos que cada mes le hacía puntualmente y que perdería si las propiedades le eran incautadas a su sobrina; y la de la marquesa du Conti, que estaba enterada de todos los pormenores de su vida.

—Pero yo no he hecho nada… —se limitó a decir.

Se escucharon unas risillas amortiguadas al otro lado de la puerta por la que los invitados de la marquesa habían abandonado la estancia. El ambiente continuaba resultando asfixiante, cargado de aquel humo rancio y dulzón que lo impregnaba todo a su paso y que se mezclaba con el calor de una tarde en la que no soplaba una brizna de aire.

—No hacer nada es razón suficiente en tiempo de guerra. Como decía Dante, «los confines más oscuros del infierno están reservados para aquellos que eligen mantenerse neutrales en tiempos de crisis moral», y estamos a punto de enfrentarnos a una. Se ha de tomar partido por uno de los bandos, y si no se demuestra que está con uno, entonces habremos de sacar nuestras propias conclusiones.

La joven advirtió la admonición en las palabras de la aristócrata, y a pesar de la tropelía que evidenciaban, comprendió que nada podía hacer para evitar aquel destino salvo escuchar lo que la marquesa tenía que proponerle.

—¿Y qué es lo que quiere que haga para demostrarle que yo no tengo nada que ver con los secesionistas?

Su interlocutora sonrió, sabiendo que sus palabras habían

coaccionado a la joven lo suficiente como para que acatara sus instrucciones a partir de ese momento.

—Algo muy sencillo. Solo tiene que obtener cierta información.

—¿Y cómo quiere que lo haga? Apenas conozco a nadie en esta isla.

—De eso no se preocupe. Yo le diré qué ha de buscar y dónde.

Macarena guardó silencio unos instantes, sopesando esas palabras y lo que implicaban.

—¿Y si me niego?

La marquesa la observó con una expresión de calma contenida que dejaba entrever una sombra de su enojo en esa impertinencia. Tras tomar un largo sorbo de su copa, rompió su silencio y esgrimió una sonrisa.

—No lo hará porque en el fondo no desea que Guillermo sea apresado cuando ponga un pie de nuevo en esta isla. Y usted no quiere arruinarse antes de que acabe el verano.

—¿Por qué hace esto? —Su voz tembló, como consecuencia de la rabia que sentía en aquellos instantes.

—No se lo tome como algo personal, querida. Pero tengo que hacer lo que sea necesario para lograr detener esta guerra y aplastar las aspiraciones secesionistas de unos cuantos.

Tras pensárselo durante un rato, Macarena aceptó la propuesta con un movimiento de cabeza, sabiendo que con ese gesto quedaba a la merced de aquella mujer abyecta. Una vez esclarecido el acuerdo, doña Carlota no perdió el tiempo en comunicarle sus intenciones.

—Tenemos entendido que su socio, el señor James Vanderbilt, visitará la isla en las próximas semanas.

Macarena asintió, pensando que el batey estaba a punto de ser terminado y que el americano tenía previsto viajar con la maquinaria nueva desde Nueva Orleans.

—En esta ocasión lo hará acompañado por un conocido hombre de negocios que se cree que es partidario de ayudar a los revolucionarios de Martí. Sospechamos que lleva información que pretende hacer llegar a alguno de los secesionistas, y queremos saber de qué se trata. Pero no se preocupe, nosotros nos encargaremos de eso.

Al escuchar esas palabras a la andaluza se le heló la sangre, y la angustia le atenazó la garganta. El humo denso que flotaba por la habitación la asfixiaba, y las paredes le dieron la sensación de que se encogían. Macarena no estaba segura de a quién se refería la marquesa con «nosotros» pero de lo que no le cabía duda era de que harían cualquier cosa por conseguir esa información.

—¿Y qué es lo que quiere que haga yo? —inquirió con voz entrecortada.

—Lo que hacemos todos en esta isla, querida. Festejarlo todo y

divertirnos.

Macarena no comprendió qué pretendía doña Carlota con aquella afirmación.

—Organice un baile, una mascarada para ser más precisos, y asegúrese de que asistan tanto Vanderbilt como su acompañante.

Macarena sintió cierto alivio al escuchar sus palabras. Por su cabeza habían pasado decenas de situaciones, y, sin duda, entrañaban más riesgo que aquella. Asintió con un movimiento de cabeza.

—Como ve, lo que le pido no es difícil. Me encargaré de facilitarle una lista de invitados a los que también deberá convidar —dijo la marquesa. Se levantó de la butaca dando por terminada la conversación. Antes de marcharse se dirigió a la joven una última vez —: No tardará en recibir más instrucciones, querida.

Macarena se quedó arrellanada en la silla digiriendo la conversación que acababa de tener. Unos instantes después, Doña Carlota desapareció por la misma puerta que sus acompañantes habían usado unos momentos antes. Y no transcurrió demasiado hasta que el mayordomo acudió para escoltar a Macarena de vuelta a la salida, donde se apresuró a montar en el quitrín y marcharse de allí cuanto antes.

El camino de regreso a casa lo pasó en silencio. Hubiera querido confiarle todo lo ocurrido a alguien, tal vez a Teresita o, incluso, a don Francisco, que en esos meses se había convertido en su más preciado confidente para los asuntos importantes, pero no podía fiarse de nadie, ni siquiera de él. Al fin y al cabo, el galeno había luchado en el bando españolista junto con Leopoldo, y se encontraba demasiado asustada para hablar con él, porque temía que algo malo pudiera sucederle a Guillermo si llegaba a oídos de la marquesa. Aguardó a estar en la seguridad de su habitación para pensar en todo lo que había acaecido, paseándose de arriba abajo en un intento de poner algo de orden en sus ideas hasta que alguien llamó a la puerta.

—Doña Macarena… Ha venido pronto.

—Sí, me encontraba indispuesta…

Mariana la observó con esos ojos que parecían poder percibir cuándo se le mentía y luego asintió de mala gana, pues no tuvo otra que aceptar lo que le decía su señora.

—¿Quiere que le preparen algo?

—No, solo haga el favor de mandar a Lourdes. Necesito quitarme este vestido —se apresuró a contestar, deseando poder deshacerse de ese corsé que apenas le dejaba respirar.

—Como mande, su merced.

Estaba a punto de marcharse de la estancia cuando la asoló un pensamiento, y volvió a llamar al ama de llaves:

—Mariana…

—Dígame, señora.
— Vaya encargándose de los preparativos. Hemos de dar un baile.

9

Tras el encuentro con la marquesa, Macarena decidió enviar un telegrama a su socio con el pretexto de recabar más información sobre la nueva maquinaria que no tardaría en ser recibida en la plantación, aunque el verdadero objetivo era indagar en su inminente llegada y la de su acompañante. No se demoró en recibir la respuesta confirmando que sería cuestión de días que tanto las máquinas como él partieran en dirección a la isla. Y cuando un par de semanas después corrió el rumor de la presencia de Vanderbilt en la ciudad, Macarena se encargó de convidarlo a la mascarada que estaba a punto de celebrar. El resto de invitaciones habían sido enviadas siguiendo la meticulosa lista que doña Carlota le facilitó. Durante los días siguientes, la joven se sumergió en el frenesí de los preparativos de la fiesta en un intento de olvidar que su futuro pendía de un hilo cada vez más fino.

Y cuando llegó el día de la celebración, desde primera hora de la mañana los sirvientes recorrían ajetreados la quinta, ultimando los preparativos para la velada. Desempolvaron las lámparas, adornaron las mesas, colocaron las sillas, abrillantaron la cubertería, pulieron las copas y prepararon las viandas que se degustarían aquella noche. A medida que se acercaba la hora, la tensión resultaba cada vez más evidente, en especial para Macarena, que tenía enganchado a las entrañas un sentimiento agorero, como una voz hueca, que la advertía de que algo horrible iba a suceder. Cerró los ojos concentrándose en su respiración y los abrió en el preciso instante en el que Mariana hacía acto de presencia en la alcoba.

—Sus invitados han comenzado a venir.

—¿Sabe si también lo ha hecho el señor Vanderbilt?

—No le podría decir, señora.

—¿Y la señorita Teresa?

—Ella sí.

—Está bien. ¿Puede pedirle que venga?

Macarena tomó la máscara con cuidado y aguardó a que su amiga llegara. Esta no tardó en entrar, deslumbrante con un vestido de color esmeralda que resaltaba la palidez de su piel y el color negro de su cabello. Ocultó su rostro tras la máscara que sujetaba con un largo palo y sonrió, emocionada ante la idea de participar en aquel baile.

—¿Estás lista?

Macarena asintió, dándose ánimos para llevar a cabo aquella pantomima y terminarla cuanto antes. Se colocó la máscara dorada que iba a juego con el bordado de su vestido y descendió junto con Teresita por la escalera en dirección al salón. La música se escurría por los pasillos y las voces comenzaban a atestar las estancias. Caminaron entre murmullos, cuidándose de no ser escuchadas y tratando de encontrar a algún conocido entre todos aquellos rostros enmascarados. Se acercaron a un grupo que parecía discutir algo demasiado serio, en contraste con el ambiente festivo. La estancia estaba adornada con hermosas cortinas de damasco y oro, las paredes se veían vestidas de espejos, retratos y lámparas y más de medio centenar de sirvientes se encargaban de ofrecer libaciones y viandas. La joven observaba los rostros anónimos, sin poder distinguir entre ellos a Vanderbilt, quien confiaba que hiciera acto de presencia en cualquier momento. Un sirviente se aproximó portando una bandeja con burbujeante cava catalán, y Macarena tomó una copa que vació en el primer sorbo en un intento de insuflarse algo de valor. Continuó recorriendo la sala con su amiga hasta verse abordada por un hombre de silueta encorvada al que reconoció con alegría.

—Qué bien verte, Francisco.

Macarena se colgó de su brazo y comenzaron a caminar por la sala, sin tardar en verse rodeados por un pequeño grupo de convidados. Entre ellos se hallaban el conde y la condesa de Fernandina y los Sarrá, a quien Francisco los presentó sin demora. Él era uno de los empresarios catalanes más importantes de la isla y buen amigo del difunto Leopoldo. Aunque Macarena estaba convencida de que ya los había conocido en el funeral de su marido. Después se dirigieron a otro grupo de invitados donde se discutía acaloradamente sobre temas de política y entre los que pudieron reconocer al marqués de Villalta, un joven muy guapo con fama de mujeriego. La conversación giraba en torno al pillaje y la inseguridad que se vivía en la isla en los últimos tiempos, algo que también preocupaba a Macarena.

—… si Manuel García sigue sembrando el caos en las provincias, difícilmente van a poder hacer algo —dijo el marqués.

Otro de ellos asintió antes de hablar sobre el que se había convertido en el asaltante más famoso de la isla, la pesadilla de los más adinerados y en el héroe de los más pobres, con los que repartía sus botines.

—Tengo entendido que varios hombres de la máxima confianza de Calleja tienen una estrecha relación con él —dijo un enmascarado, al que Macarena no pudo reconocer, refiriéndose al nuevo capitán general que había llegado hacía pocos meses a la isla.

—Por algo lo llaman el rey de los bandidos. Porque se codea hasta con el gobernador de Cuba.

—Lo que está claro es que si Calleja continúa sin tomar cartas en el asunto, la insurgencia se fortalecerá.

Teresita no pudo evitar encogerse de hombros y hacer una mueca a su amiga, como si no comprendiera por qué se daba tanta importancia a todo aquello. Macarena, sin embargo, no se tomó tan a la ligera las palabras que acababa de escuchar, pues las noticias sobre revueltas se extendían por la isla, y todavía recordaba la advertencia de la marquesa du Conti sobre la guerra inminente. La inseguridad se apoderaba de ciudades y pueblos en tanto que Manuel García y sus bandidos asaltaban los caminos, las plantaciones y las casas de los más pudientes. Se disponía a susurrarle algo a su amiga cuando Macarena se percató de que uno de los invitados la miraba con fijeza; creyó que ya lo había visto en varias ocasiones durante el tiempo que habían estado en la sala. A pesar de que veía cierta familiaridad en las facciones de su rostro enmascarado, no estaba segura de quién se podía tratar. Teresita interrumpió el cruce de miradas con un comentario al que Macarena no prestó atención.

—¿El qué? —preguntó girando la vista hacia su amiga.

—Que tengo intención de bailar toda la noche… —repitió Teresa, molesta con ella—. No sé qué te pasa. Parece que no tengas ganas de divertirte, hija.

Macarena le ofreció una sonrisa por respuesta, temiendo volver la vista para constatar quién era el misterioso invitado. Comenzó a pensar que tal vez se tratara de uno de los «amigos» de doña Carlota, y un frío latigazo de temor le recorrió la espalda. Observó con disimulo hacia el lugar donde sus ojos habían sufrido el encontronazo con el supuesto cómplice de la marquesa y respiró aliviada al no hallarlo.

Los músicos comenzaron a entonar un bolero y el marqués de Villalta invitó a Teresita a unirse a él en la pista donde el resto de parejas comenzaba a moverse al ritmo de la melodía. El joven había perdido la cabeza por ella, pero, para desgracia de Teresita, ya estaba casado. A pesar de ello, su amiga aceptó la invitación, tentada por la promesa del primer baile de la velada. Macarena, aprovechando su ausencia y dado que don Francisco charlaba distraído con unos conocidos, se evadió para localizar a Vanderbilt en el alboroto de la estancia. Se dirigió a uno de los rincones, alejándose de la atención de los presentes, y oteó entre los rostros enmascarados, intentando averiguar si su socio estaba entre ellos. No pudo localizarlo, y, por un breve instante, un presentimiento cruzó por su mente despertando el temor de que no fuera a acudir al baile. Su estómago se encogió al pensar en las consecuencias de ese acto y se abanicó para alejar ese pensamiento de mal agüero. Una extraña sensación de estar siendo estudiada le recorrió la piel con un escalofrío pasajero, y, al llevar la vista hacia el lado opuesto de la sala, volvió a ver a aquel desconocido

con sus ojos fijos en ella. Desvió la mirada, cohibida ante su insistencia, y dudó en ir a su encuentro para forzar una explicación, pero una voz a su espalda la detuvo.

—¿Rehuyendo a sus invitados tan pronto?

Por su acento inconfundible Macarena supo quién se escondía detrás de aquel sobrio antifaz. Sintió que la tensión se resbalaba por su piel el tiempo suficiente para dibujar una sonrisa, pero sus preocupaciones la seguían de cerca, y antes de contestar a su socio, buscó con la mirada al sicario de doña Carlota, que se había vuelto a esfumar.

—Señor Vanderbilt, ha venido…

Comenzó a escrutar su alrededor con disimulo preguntándose si lo habría hecho acompañado.

—No me perdería la velada por nada en el mundo. No recordaba lo aburrida que resulta La Habana en esta época del año.

Macarena sonrió distraída. Al no verlo acompañado, temió que hubiera acudido solo, pues, de ser así, no sabía cómo se tomaría esa noticia la marquesa.

—Espero que esté pasando una velada agradable —dijo en un intento por distraerse de esos pensamientos.

—Así es.

—No me diga que ha venido solo…

Él le dedicó una sonrisa taimada que la joven no supo muy bien cómo interpretar.

—No. En esta ocasión he venido acompañado —indicó, y oteando en el remolino de personas, hizo un gesto con la mano para llamar la atención de un hombre robusto, con barba tupida y mirada inteligente, que no tardó en llegar hasta ellos—. Le presento a *mister* Robert Bradley. Al igual que yo, está muy interesado en hacer negocios en la isla.

Macarena lo estudió con detenimiento con la intención de desentrañar si aquel desconocido de apariencia afable se trataba en realidad de alguien dispuesto a ayudar al bando insurgente tal y como había dicho doña Carlota.

—El señor Bradley tiene especial interés en comprender mejor la naturaleza de los ingenios, y ahora que en unos días la maquinaria estará a pleno rendimiento, he pensado que sería una buena ocasión para visitarlo, si no tiene inconveniente.

—Ni mucho menos.

—Estoy seguro de que Montserrat se ha convertido en uno de los ingenios más modernos de Cuba, y le certifico que será uno de los que mayor rendimiento tendrá. Dentro de unos meses, todos en esta isla querrán tener las mismas máquinas —siguió Vanderbilt.

Ella continuó estudiando al señor Bradley, percatándose de que

llevaba un llamativo clavel rojo clavado en la solapa, y decidió que había algo en él que despertaba su desconfianza. Como además su castellano resultaba igual de limitado que el inglés de ella, les fue imposible mantener una conversación decente, por lo que enseguida sus intereses se dirigieron a otros convidados de la recepción. James prosiguió explicando la naturaleza de las máquinas a la joven, quien le prestaba la atención justa mientras observaba cómo el otro americano se alejaba y entablaba conversación con diferentes invitados. Macarena se preguntaba cuál de ellos podría ser el presunto secesionista dispuesto a recibir la información que supuestamente portaba.

—¿Le gustaría bailar?

La pregunta la tomó por sorpresa, y tuvo la sensación de que James jugaba esa carta a sabiendas de que ella no se negaría a hacerlo, así que se vio forzada a aceptar, y se encaminaron hacia la pista. Después de sonar varios boleros más y algunas contradanzas, las cuales Macarena todavía no llegaba a dominar con sus complicados pasos y zapateos, se escucharon por fortuna las notas de un vals, un baile que había ido ganando popularidad en la isla en los últimos años. James la tomó por la cintura y la guio con destreza por la sala. Macarena no pudo evitar percibir el olor de su piel mezclado con tabaco y la brisa antillana que había comenzado a reconocer en él. A medida que se deslizaban por la pista entre giros y pasos, la joven se enfocó en intentar sonsacarle más información sobre su misterioso acompañante.

—Ha sido muy amable por venir…

—He de admitir que me sorprendió su invitación.

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Acaso no somos socios?

—Así es. Sin embargo, y, perdone mi franqueza, me parece que hay un interés velado en mi presencia esta noche.

Macarena sintió cómo la mano del americano la aferraba con firmeza por la cintura y notó el calor de su cuerpo contra el suyo. Siguieron fluyendo con la música, y ella decidió ignorar ese comentario.

—¿Tiene pensado permanecer mucho tiempo en la ciudad?

—Eso depende de Bradley.

La respuesta de Vanderbilt acrecentó las sospechas de Macarena.

—Sin duda su amigo aprovechará para tomar contacto con muchos de mis invitados esta noche —apuntó Macarena.

—De otra manera no lo hubiera traído conmigo.

No daba la impresión de que James tuviera reparo en hablar con franqueza sobre ello, y la andaluza se aventuró más.

—Resulta muy altruista por su parte ayudar a la competencia a hacer negocios…

Al finalizar la primera pieza, los músicos comenzaron a tocar otro

vals, y James se permitió la libertad de seguir bailando.

—Supongo que tiene razón en lo que se refiere a mi altruismo.

—Ambos sabemos que eso no es verdad —afirmó Macarena con una sonrisa.

—Entonces supongo que esta noche deberíamos no hablar de negocios y solo dedicarnos a bailar —sugirió él mientras la hacía girar entre sus brazos con las últimas notas del vals.

Ella no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de sonsacarle más información, e insistió.

—De haber sabido que tenía intención de viajar con el señor Bradley a Montserrat, los hubiera acompañado.

—Para serle del todo sincero, ha sido una decisión un tanto repentina.

—No le tenía por un hombre de carácter espontáneo.

James la miró divertido y continuó guiándola por el salón.

—¿Se dedica el señor Bradley a los transportes? —preguntó Macarena.

La pregunta pareció incomodar a Vanderbilt, y después de clavar sus ojos en ella durante unos instantes decidió guardar silencio y refugiarse en la música. Sin embargo, Macarena no estaba dispuesta a quedarse sin una respuesta.

—No me ha contestado…

—Tal vez en el próximo baile.

—Me temo que rehusando contestar lo único que hace es alimentar mi curiosidad…

El americano clavó su mirada en la joven sin ocultar su contrariedad.

—Se dedica al comercio de armas…

Macarena lo observó durante unos instantes y se mantuvo en silencio. Continuaron recorriendo la pista en silencio, y cuando la pieza acabó James le ofreció su brazo para acompañarla a través del tumulto. Ella estaba a punto de decir algo cuando de entre los rostros enmascarados, sedas y plumas percibió una mirada. Era el desconocido que la había estado acechando, y que se acercaba en su dirección de forma directa y algo amenazante, por lo que su reacción natural fue aferrarse al brazo de Vanderbilt con más fuerza. Estudió su máscara, con forma de *volto* veneciano, sobria y de color blanco. Le cubría la parte superior del rostro y dejaba únicamente al descubierto el mentón y un pequeño bigote que adornaba su labio superior. A medida que recortaba la distancia entre ellos, su rostro se fue haciendo más nítido, y Macarena creyó reconocer ese rastro de familiaridad en él que ya había percibido antes. Cuando el desconocido llegó a su encuentro hizo una ligera reverencia ante ella y le pidió el baile. Sin darles tiempo a reaccionar, la tomó por el brazo,

para consternación de James, que vio cómo se alejaban sin comprender qué estaba sucediendo y sin saber quién era el extraño que le había robado de los brazos a la anfitriona de la fiesta.

El enmascarado llevó a Macarena hasta el extremo opuesto de la sala, la agarró del talle con delicadeza y comenzó a guiarla por la pista, obligándola a moverse casi de manera involuntaria. Absorbida por la intensidad de su mirada negra, la andaluza se forzó a poner orden en sus ideas y ser capaz de hablar.

—¿Qué está haciendo aquí, Guillermo?

—No pronuncie mi nombre.

Esas palabras la arrancaron del hipnótico vaivén en que estaba sumida, y tuvo que tragar saliva para infundirse el ánimo necesario y seguir bailando, porque, sin duda, las palabras de Guillermo venían a corroborar las sospechas que la marquesa había vertido sobre él. Prosiguieron girando en la pista, llevados por el son de la música a pesar de que la desconfianza se acrecentaba en Macarena con cada pensamiento que pasaba por su cabeza. Guillermo le había mentido, y con su imprudencia se encontraba en el punto de mira de una de las personas más peligrosas de la isla.

—¿Por qué no me ha dicho que vendría?

—No he tenido tiempo. Unos asuntos urgentes han reclamado mi atención… —La hizo girar mientras su vestido se enrollaba y después se desplegaba en la amplitud de la circunferencia de su vuelo como una enorme flor, para luego volver a atraerla hacia él y rodear su cintura con más fuerza.

—¿Tal vez su viaje a Costa Rica? —apuntó ella con mordacidad.

Guillermo guardó silencio, pero clavó sus ojos en los de ella, escrutándola con seriedad, preguntándose cómo había sabido de aquello. Sin embargo, decidió ignorar sus palabras y continuaron moviéndose con la cadencia de las notas del vals, a la vez que Macarena estudiaba los rostros enmascarados que tenían a su alrededor buscando la oportunidad de poder confesarle su encuentro con la marquesa, o al menos, lo que podría contarle sin exponerse a ser descubierta.

—Tengo que hablarle de algo —le dijo ella.

Giraron juntos esta vez, atrayendo sus cuerpos y sus rostros a escasa distancia el uno del otro.

—Me temo que no dispongo de mucho tiempo.

—Se trata de algo urgente.

La música engullía los murmullos de la gente alrededor, y Macarena creyó percibir el sonido de las campanadas de un reloj al otro extremo de la estancia. La intensidad del estrépito que los rodeaba abotargaba sus sentidos, causando cierta confusión en su cabeza.

—Hay gente que se encuentra al tanto de lo que está haciendo —insistió Macarena. Aquello pareció perturbar a Guillermo, pero no como para forzarlo a cambiar de idea—. No sabe el peligro que corre, que corremos, si le descubren aquí. Ha de marcharse.

—Lo haré, pero antes he de reunirme con alguien. Un americano que acompaña a Vanderbilt.

Los temores más profundos de la joven se confirmaron. Ella se paró en seco y miró a su alrededor.

—Esta noche es imposible. Hay gente que lo sabe todo, que viene a ver al señor Bradley, y lo estarán vigilando.

—¿Cómo se ha enterado?

—Eso es irrelevante, pero no soy la única que está al tanto.

Él la agarró con fuerza, obligándola a moverse de nuevo en un intento por evitar llamar la atención de los presentes.

—No importa, debo arriesgarme —afirmó—. De ello dependen muchas cosas.

Macarena no llegaba a comprender los motivos por los que él había decidido comprometerse con aquella causa, arriesgando la vida y su fortuna, y al descubrir la frialdad con la que afirmaba estar al corriente de todo y su despreocupación por las consecuencias que le pudieran acarrear, sintió una amargura escalándole por la garganta y no pudo soportar estar cerca de él un instante más.

—No tiene idea de lo que he sufrido estas semanas… Si me disculpa, he de regresar junto a mis invitados.

Se despegó de su abrazo, recordando que se había visto forzada a mentir y colaborar con una persona manipuladora y vil por su causa. Había pasado noches en vela y días aterrorizada por su futuro incierto. Las palabras y las acciones de Guillermo lo único que demostraban era su impasibilidad y su completa indolencia hacia ella. La andaluza se alejó de la pista en dirección al grupo donde el doctor Morales y Teresita conversaban con varios de sus allegados. Sin embargo, antes de que pudiera situarse junto a ellos sintió una mano que asía su brazo y la detuvo en seco.

—Macarena, por favor, nadie debe saber que estoy aquí.

—Entonces será mejor que se marche antes de que le reconozcan. —Se desasió del brazo de Guillermo y se alejó de él por segunda vez.

El baile prosiguió mientras ella se esforzaba en disimular su tribulación y en entretener a sus invitados. Entre el tumulto y las máscaras, fue incapaz de volver a localizar a Guillermo, y deseó que se hubiera marchado, tal y como le había sugerido, pues temía que alguien descubriera que se encontraba allí. Aquello sería su sentencia al paredón. Al mismo tiempo que pensaba en eso, había llegado el momento de que comenzaran los fuegos artificiales. Los invitados se estaban congregando en la terraza y las inmediaciones del jardín con

los rostros todavía cubiertos, aguardando a que empezara el espectáculo para poder quitarse las máscaras. Teresita y Macarena esperaban junto al pretil de la terraza, las dos un poco más calladas de lo habitual, la una aguardando a que el espectáculo diera comienzo y la otra porque los nervios la tenían sumergida en una amarga angustia de la que no sabía cómo escapar. Macarena se acodó en el murete, oteando con disimulo su alrededor, intentando localizar a Guillermo o al señor Bradley, pero no logró dar con ninguno, y comenzó a percibir una congoja en las entrañas como una muda advertencia de que algo malo estaba por pasar.

Teresita continuó hablando de vaguedades, pendiente del comienzo del espectáculo, deseosa por desprenderse de su máscara y por que todos los asistentes la pudieran observar con su hermoso vestido esmeralda. Un silbido agudo rasgó el silencio, le siguió una explosión seca que se clavó en sus oídos y la cúpula sobre sus cabezas se incendió con miles de centellas de colores. Todas las miradas quedaron pendientes del cielo. Entonces Macarena se percató de que alguien se alejaba en la penumbra en dirección a las entrañas del laberinto. Tuvo claro que aquella figura errante se trataba de Guillermo, que con toda seguridad se dirigía a reunirse con *mister* Bradley. Si era descubierto, no solo él se exponía a una condena por traición, sino que también la inculparían a ella. Y no estaba dispuesta a que eso sucediera, así que se cargó de coraje y salió en esa dirección decidida a detenerlo antes de que fuera demasiado tarde.

10

—¿Dónde vas? —quiso saber Teresita.

—Enseguida vuelvo —fue lo único que llegó a decir Macarena antes de alejarse escaleras abajo en dirección al jardín.

En la noche se sucedían una serie de rápidas explosiones que incendiaron el cielo con los colores vívidos de la pólvora. Macarena corrió lo más deprisa que su atavío le permitió, internándose en la oscuridad, y pronto se vio sumergida en la penumbra alumbrada con las explosiones que acechaban desde la altura.

Atravesó el jardín dejando atrás el estanque y divisó la negrura absorbente de los setos del laberinto recortados bajo el horizonte al tiempo que la silueta de Guillermo se perdía en su interior. Recorrió la distancia que los separaba escuchando sus pisadas amortiguadas sobre la hierba mojada y no tardó en adentrarse en la maraña de paredes frondosas que conducían a su centro. Sin embargo, no encontró a nadie allí, salvo una solitaria escultura de mármol que presidía el espacio. Intuyó que Guillermo se habría detenido en otro de los recovecos del dédalo y aguzó el oído en un intento de percibir algún sonido que delatase su presencia, pero las explosiones de los fuegos artificiales resultaban demasiado estrepitosas y continuas como para captar cualquier otro ruido. Se decidió a salir en su busca, afilando sus sentidos para hallarlo antes de que fuera demasiado tarde. Anduvo entre los pasillos sin ninguna suerte y pronto se percató de que le resultaría imposible, y se dio por vencida. Decidió regresar a la fiesta antes de que alguien advirtiera su ausencia y pensara que también estaba implicada en aquel asunto. Giró por los corredores con cuidado de no desorientarse por los pasadizos, dejándose llevar por la zozobra de sus pensamientos; su mente no ayudaba a que pensara con claridad. Enredada en esas preocupaciones, la sobresaltó un ruido a sus espaldas, y se volvió alterada.

—James, ¿qué hace aquí?

—Prevenirla de que no cometa un error. Tiene que regresar conmigo. —Vanderbilt se le acercó con decisión y la cogió con firmeza por el brazo.

Ella lo miró sorprendida mientras otra ráfaga de pólvora quemaba la oscuridad e iluminaba sus rostros. La brisa portaba trazos del olor de los fuegos artificiales y el viento estaba empañado con su humo.

—No puedo creer que usted también se haya metido en este embrollo. —Dejó a un lado sus temores para centrarse en las consecuencias que sufriría la plantación de descubrirse que él también estaba involucrado con los insurgentes—. ¿Cómo ha podido hacer algo así?

El americano la estudió con la mirada enturbiada por la culpabilidad y aguardó unos instantes antes de hablar.

—Perdóneme, Macarena. Pero esto sigue siendo un negocio. Uno que beneficiará a los intereses de mi país.

—*Business is business,* ¿verdad? No importa a quién arruinen para seguir ensanchando su cartera. —Macarena clavó su mirada en los ojos de James, que le parecieron más gélidos que nunca—. Márchese con el señor Bradley y vayan a urdir su guerra. Mañana por la mañana, si está a bien, le venderé mi parte de la plantación. Es suya si la quiere.

Vanderbilt la vio dirigirse hacia la salida sin perder un segundo. Los últimos artificios anunciaban la llegada de la traca final, y entre los sonidos de los cohetes que escalaban el cielo, se coló uno más cercano proveniente de uno de los rincones del laberinto. Macarena se giró en esa dirección, sin saber con certeza qué era aquella deflagración, y James se abalanzó sobre ella. Se escucharon dos detonaciones más.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Macarena.

—Disparos —respondió él observando los alrededores, protegiéndola con su cuerpo.

—¡Dios mío!

—Agáchese y no se mueva. Algo ha debido de salir mal… —El americano prestó atención durante unos instantes a los sonidos de la noche y después se volvió hacia ella—. Escúcheme, Macarena: voy a ir a investigar qué ha sucedido. —Al percatarse de la expresión de horror en el rostro de la joven, se apresuró a añadir—: Le prometo que regresaré, pero he de cerciorarme de que Bradley y Guillermo se encuentran bien.

Macarena supo que Vanderbilt no le daba otra opción, así que se resignó a aceptar su suerte.

—Quédese aquí. No tardaré —aseguró James. Se levantó y, dejándola sola con sus temores, corrió para sumergirse en la oscuridad reinante.

Macarena aguardó agazapada en la negrura con los sentidos exaltados, intentando captar cualquier ruido o sombra amenazante, acompañada por el sonido entrecortado de su aliento y el sordo aporrear de su corazón en el pecho, que parecía estar horadando su esternón con cada golpe, como si su alma quisiera escaparse de allí. A medida que el tiempo transcurría, comenzó a sentir la presión cada

vez más insoportable de tener que tomar la decisión de arriesgarse y esperar a que Vanderbilt regresara o marcharse, exponiéndose a que la vieran allí. Mientras tanto, continuaba agachada.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando se volvió a escuchar otro disparo, esta vez junto con un plañido lastimero que le heló la sangre. Consciente de lo que significaba, no pudo evitar articular un alarido de terror que se dio prisa en acallar con las manos, tratando de devolverlo de nuevo a su garganta. El pavor a ser descubierta se apoderó de ella, y decidió marcharse sin aguardar un instante más. Así que empezó a tantear en la oscuridad en busca de una salida hacia la seguridad del jardín, andando con el miedo que la situación había desatado en su mente y esforzándose por no perder la poca templanza que le quedaba. Con cada explosión que se elevaba en el horizonte, su cuerpo se encogía creyendo que se trataba de un nuevo disparo. Sus pasos retumbaban contra el empedrado, delatando su posición y acercándola con cada uno de ellos a su salvación o su condena. Sin embargo, decidió que cualquiera de esas dos opciones era mejor que la incertidumbre de la espera.

Prosiguió su camino entre los destellos de colores que teñían el cielo, y lejos, en la terraza, sus invitados ignoraban lo que allá sucedía. Anduvo sumergida en el silencio, acompañada únicamente por su respiración entrecortada y sus temores, consciente de que tras unos pocos metros más se encontraría en la seguridad del jardín. Pero sus intenciones de salir ilesa se quebraron cuando de la nada surgieron unas pisadas rápidas que seguían sus pasos. Se apresuró a avanzar por el laberinto, sujetando sus faldas y corriendo lo más rápido que los tacones le permitían, escuchando el eco tembloroso de su respiración y esas zancadas que parecían darle alcance. Se esforzó en ir más aprisa. Echaba la mirada hacia atrás, intentando captar la sombra de quien la acechaba, pero la oscuridad era cerrada y las luces de los artificios arrancaban espectros en los rincones más inesperados. Corrió, y, sin embargo, las pisadas se sentían tan próximas que supo que la persona que le iba a la zaga estaba justo detrás de ella. Luchó por agrandar la distancia que los separaba, a punto de dejar que su garganta se quebrara con un grito de terror. Uno de sus zapatos se coló en una ranura del empedrado, lo que la hizo tropezar y caer contra el suelo frío. La grava rasgó la piel de sus manos, pero se levantó lo más rápido que pudo para echarse a la carrera de nuevo, escuchando las pisadas tan cerca que de un momento a otro la alcanzarían.

—Macarena, *stop* —dijo James a su espalda—. Soy yo.

Ella se giró y lo observó con alivio. Todo su cuerpo temblaba, y creyó que se desmayaría de un instante a otro si no conseguía aflojarse aquel endemoniado corsé. Su pecho se agitaba con violencia

y sus pulmones parecían incapaces de tomar el suficiente oxígeno.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Vanderbilt.

Ella asintió.

—Solo necesito unos instantes para recuperarme.

—De acuerdo, pero hemos de irnos. ¿Sabe dónde se encuentra la salida?

—¿Qué ha sucedido?

—Se lo contaré todo cuando lleguemos a la casa. Ahora no hay tiempo que perder.

Sus palabras despertaron en Macarena un sentimiento de intranquilidad que se agudizaba al pensar en las amenazas de la marquesa y en que alguien, no muy lejos de allí, había disparado un arma, tal vez hiriendo a Guillermo.

—Escúcheme, Macarena. Todo va a estar bien, pero hemos de salir de aquí. Si la relacionan con lo que ha sucedido, será su ruina.

Esa afirmación la devolvió a la realidad. Tragó saliva y respiró hondo, en un intento por infundirse algo del valor del que carecía en ese momento. Se obligó a obedecer y andar, dispuesta a salir airosa de aquella situación y a apresurarse a regresar a la fiesta antes de que alguien se percatara de su ausencia.

La traca final comenzó a crepitar y llenó el aire de colores y estallidos, creando una hipnótica escena que mantuvo los ojos de todos los invitados apartados del jardín. El humo que se formó era tan denso que les sirvió a Macarena y James para escabullirse y pasar desapercibidos cuando recorrieron a grandes zancadas la distancia que los separaba de la terraza. La humareda les imposibilitaba orientarse con exactitud, y, al atravesarla, se descubrieron demasiado cerca de los invitados, expuestos a sus miradas. Para evitar que pudieran relacionarlos con alguno de los sucesos de la noche y para desviar las sospechas, Vanderbilt decidió actuar de la manera que creyó más oportuna: se quitó la máscara, dejando al descubierto su rostro antes de tiempo, y se acercó a Macarena para susurrarle unas palabras a la vez que deshacía la lazada que sujetaba el antifaz de ella y este resbalaba de su rostro.

—Espero que sepa perdonarme.

Sin darle tiempo a reaccionar, la atrajo hacia él y la besó, lo que causó un sonoro revuelo entre los invitados. Se separó de ella para observar su expresión enfurecida.

—¿Cómo se atreve?

Macarena se alejó de él, avergonzada por lo sucedido y convencida de que no pasaría mucho tiempo antes de que aquello fuera la comidilla de todos los presentes. A pesar de ello, se forzó a subir los escalones de la terraza, ignorando las miradas acusadoras. Tenía cosas más importantes que hacer, entre ellas averiguar si Guillermo se

encontraba ileso. Caminó dispuesta a que los murmullos a su alrededor no la intimidaran hasta que sintió que una mano la asía y se giró.

Era Teresita, que había presenciado la escena y fue al encuentro de Macarena para reclamar una explicación. La andaluza sonrió, pero los labios de su amiga no le devolvieron el gesto.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así? —le preguntó Teresita.

—No puedo hablar de ello ahora…

Su amiga la estudió durante unos instantes, sin comprender qué sucedía ni por qué Macarena se había comportado de aquella manera.

—Pero…

—Lo siento, ahora no puedo hablar.

Se dirigió al interior de la casa sintiendo que su malestar crecía. Se esforzaba buscando una solución a la situación a la que se había visto arrastrada, y para ello debía regresar al jardín y asegurarse de que Guillermo estaba bien. Atravesó el salón para alejarse de los invitados que bailaban y charlaban distendidamente, pasando inadvertida. Fue deslizándose entre la gente en una especie de danza de cuerpos, y no tardó en percatarse de una presencia que la flanqueaba. Miró de soslayo y halló el rostro de James con su habitual sonrisa, aunque se veía más forzada, y una expresión de urgencia llenaba sus ojos.

—Cómo se atreve a acercarse después de lo que ha hecho…

Macarena se alejó sin darle tiempo a hablar. Cruzó el salón en dirección al patio, buscando la puerta principal; desde allí daría un rodeo que le permitiera regresar a las inmediaciones del jardín para buscar a Guillermo. James no parecía dispuesto a rendirse, y la siguió. Después el americano alargó una mano y la asió por el brazo con delicadeza, pero con la suficiente firmeza como para retenerla en contra de su voluntad.

—Era la única forma de justificar nuestra ausencia…

—¿Deshonrándome?

—No exagere, Macarena.

—No lo hago. Aquí, siendo mujer, viuda y católica, no sabe el flaco favor que me acaba de hacer. —Se contuvo de seguir hablando, porque se sentía demasiado indignada—. Si me disculpa, he de reunirme con mis invitados.

El americano la estudió durante unos instantes.

—No puede marcharse. Necesito su ayuda.

—Creo que hoy ya he hecho bastante por usted. —Con un movimiento brusco del brazo se deshizo de la mano que la apresaba.

—Los disparos… —Al escuchar aquello, Macarena se detuvo en seco—. Robert está herido, necesita un médico.

Un ciego alivio la invadió al saber que no se trataba de Guillermo. Luego escrutó su alrededor para asegurarse de que no había nadie que

hubiera escuchado aquello. Se sentía reacia a ayudarlos y exponerse a otro peligro por una causa que no le incumbía.

—Es mejor que tomen su volanta y se marchen a la ciudad.

—Imposible… —Vanderbilt se acercó a ella y habló en tono más confidencial—. No sobrevivirá el trayecto.

Macarena estudió la preocupación en su rostro; aun así, no quería verse envuelta en más embrollos. Tenía demasiados problemas.

—Lo lamento, no puedo ayudarle.

Estaba dispuesta a marcharse, sin embargo, James lo impidió. Su semblante se veía fiero y sus ojos habían adquirido un brillo que la amilanó.

—Siento decirle que no es una opción. No voy a dejar morir a un hombre. En estos momentos Guillermo se encuentra con él, y si no me ayuda a salvarle la vida, seré yo mismo quien lo denuncie a las autoridades por haber disparado a mi compatriota.

—Sabe que eso no es cierto.

—Lo sé, pero ellos no.

—Es usted un ser despreciable.

—Llámeme lo que quiera: no voy a cargar con la muerte de un hombre en mi conciencia.

Macarena se obligó a ceder a pesar del coraje que guardaba contra el americano.

—Vaya a buscarlos. Que entren por la puerta del servicio. Guillermo sabrá cómo llegar.

En tanto que Vanderbilt obedecía y se marchaba, Macarena fue a localizar al ama de llaves, que no andaría muy lejos de las cocinas. Fue allí donde la halló, y la llamó desde fuera de la estancia para poder hablar con más privacidad.

—No quiero que haga preguntas, Mariana —le advirtió antes—, pero ha de saber que nada de lo que vea podrá salir de esta casa.

El ama de llaves la escrutó con desconfianza, pues ya había sabido de los rumores de aquel beso traicionero que estaba mancillando la memoria del difunto Leopoldo.

—Envíe sin demora a Damián a por el maletín del doctor Morales. Es un asunto de vida o muerte. Luego venga a la alcoba de Lourdes. Estaré esperando —ordenó la joven.

La gallega obedeció presurosa y no tardó mucho en reunirse de nuevo con Macarena. El ama de llaves continuaba con una expresión seria en el rostro y la mirada cargada de recelo. Aguardó en silencio a que la señora le dijera cómo proceder.

—Vaya a buscar gasas y algo de alcohol.

Macarena salió en dirección a la puerta de servicio y aguardó en la penumbra hasta que vio asomar tres sombras. Vanderbilt y Guillermo cargaban al herido, que a duras penas se podía mantener en pie.

—Dense prisa —advirtió ella, guiándolos a la estancia—. Déjenlo en la cama.

Los hombres obedecieron y el herido cayó sin conocimiento al tocar el colchón. Al observarlo, parecía muerto. Macarena comenzó a sentir que los nervios le encogían el estómago al pensar en lo que sucedería si aquel hombre moría en su casa.

—Necesitamos un doctor —apremió el americano—. Vaya a buscar a Morales.

Macarena lo analizó con preocupación y miró a Guillermo. Él asintió con un movimiento de la cabeza y ella obedeció con diligencia. No tardó en localizar al médico en el salón, cerca de los ventanales, hablando con los Sarrá. Se acercó a él y lo tomó por el brazo.

—Francisco, ¿me permite robarle unos minutos de su tiempo?

El galeno la estudió con rostro serio, pues también él había sido testigo del indecente espectáculo de unos momentos atrás. Se alejaron del resto de los invitados, que no ocultaron sus miradas de reproche al ver a la viuda de su difunto amigo.

—Necesito que me acompañe. —No le dio tiempo a responder. Lo condujo a la habitación donde se hallaban Guillermo y Vanderbilt con el herido, a los que también se les había sumado el ama de llaves, que tenía el rostro descompuesto.

—¿Qué ha ocurrido?

—No hay tiempo para preguntas, Paco —dijo Guillermo con confianza—. Este hombre se muere.

El médico asintió, sabiendo que en algún punto alguien tendría que darle una explicación.

—Presionen esa herida si no quieren que se desangre. Y necesitaré mi maletín, porque habrá que operarlo.

—Ya he mandado a Damián a por él —indicó Macarena.

El galeno comenzó a dar instrucciones al ama de llaves, que llevó compresas y gasas, y una botella de licor. Mientras el americano atendía al herido, Guillermo le indicó a Macarena que saliera de la estancia.

—¿Qué ha sucedido?

—Lo estaban vigilando cuando íbamos a reunirnos y nos emboscaron. Pudimos huir, pero acertaron en el último disparo.

—Tiene que marcharse de aquí, Guillermo. Saben lo que están tramando. Es demasiado peligroso.

—¿Quién está enterado, Macarena?

Se vio tentada de decírselo, pero temió que, si llegaba a conocimiento de la marquesa, esta tomara represalias contra ellos, por lo que negó con un gesto de la cabeza, eludiendo responderle. La música y las risas de los invitados se colaban desde el salón.

—¿Quiénes son? ¿De quién se trata?

—Lo siento, no puedo. Pero tiene que marcharse antes de que descubran que ha estado aquí.

Él la miró contrariado, sin comprender por qué se negaba a decirle lo que sabía, mas se dio por vencido, porque no le quedaba tiempo que derrochar. Hizo un gesto de despedida con la cabeza y se dispuso a marchar.

—Guillermo… —Ella lo tomó de la mano, deteniéndolo durante unos instantes—. Por favor, no te arriesgues más. Regresa a casa y olvídate de toda esa locura —pidió, tuteándolo por primera vez.

—Te enviaré noticias, Macarena —aseguró él, también tuteándola a su vez.

Se despidieron sin palabras. Y ella le dedicó una larga mirada antes de que la negrura lo engullera. Al volverse hacia la puerta de la alcoba, se encontró con el rostro serio de Mariana escrutándola con impertinencia. Macarena se acercó a ella, y a pesar de que no tenía el ánimo dispuesto para aquel mudo reproche, le posó la mano en el brazo y habló con cierta dulzura en la voz.

—Mañana le explicaré todo lo ocurrido. Esta noche prométame que no dirá una palabra a nadie, porque si alguien se llega a enterar, Guillermo… —Se detuvo, pues supo que no hacía falta decir nada más —. Necesito que se encargue de que nadie del servicio entre en esta estancia y que ningún invitado se percate de que no estoy en el baile. Iré en cuanto pueda, pero ahora preciso que me ayude, Mariana.

La gallega asintió con un golpe de cabeza y se marchó a las cocinas con paso diligente y el corazón encogido pensando en que el señorito Guillermo y su señora se habían visto envueltos en tamaño desbarajuste que nada bueno traería a esa familia.

Macarena entró en la estancia donde el doctor se encontraba tomando el pulso al enfermo en tanto que Vanderbilt presionaba la lesión. Francisco la miró en silencio. Por la expresión de su rostro intuyó que Bradley no sobreviviría si Damián no acudía pronto.

—Necesitaré más vendas.

—Iré a avisar a Mariana.

El galeno se quedó a solas con los americanos, viendo cómo al herido se le escapaba la vida con cada borbotón de sangre que chorreaba la herida.

—Espero que sepa en lo que se está metiendo —le dijo a Vanderbilt sin poder ocultar su displicencia hacia aquel gringo vil.

James le sostuvo la mirada, cargada de aversión y hostilidad, durante unos instantes antes de responder.

—No era mi intención involucrarlos en esta situación.

—Entonces no debería haberlo hecho. Por los murmullos que traen los tiempos, puedo imaginar de qué se trata. Quiero que sepa que esa muchacha a la que ha implicado en todo esto no se merece nada de lo

que le ha ocurrido. Así que déjela fuera de sus asuntos si no quiere que le denuncie a las autoridades según me vaya de aquí.

Entre ambos enraizó un silencio que no se destensó hasta que Macarena regresó acompañada del ama de llaves y con varias sábanas que comenzaron a hacer jirones y que entregaron al galeno. Este se acercó a Bradley y comprimió la herida con fuerza. El convaleciente emitió un gemido de dolor, pero, aun así, no despertó.

—Va a ser una noche muy larga. Es mejor que vaya con sus invitados para no levantar más rumores. Cuando pueda, regrese —le dijo Morales a Macarena.

Esta asintió y se dispuso a obedecer al galeno, a pesar de que estaba aterrada y de que hubiera deseado evitar toda aquella situación, pero cuanto más tiempo pasara lejos de sus invitados, más sospechas levantaría. Así pues, se retocó su atuendo alisando los pliegues de su falda y salió en dirección al gran salón, donde la música continuaba sonando, decidida a concluir con la velada sin que nadie descubriera lo que allí había sucedido. Sonrió y dialogó con sus invitados, bebió *champagne* para celebrar la ocasión y fingió con maestría estar disfrutando de la velada.

El amanecer se intuía en el horizonte cuando los últimos invitados abandonaban la casa y Damián llegaba con el maletín del doctor Morales. Mariana se apresuró en llevarlo junto a don Francisco, que no perdió un minuto en preparar los instrumentos necesarios para intervenir al moribundo. El tiempo apremiaba, pues Bradley había perdido demasiada sangre. Aun así, Morales estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en su mano para salvar la vida de aquel pobre desgraciado, ya que Macarena podría verse envuelta en serios problemas si el americano moría en aquella estancia. Con la ayuda de la joven y el gringo causante de todo aquel embrollo, prosiguió con los preparativos, y pronto estuvo listo para comenzar. Se cercioró por última vez de que tenía a mano lo necesario: el láudano para asegurarse de que el paciente no se despertara, los instrumentos esterilizados, las gasas y las suturas dispuestas para cerrar la herida y el aplomo necesario para llevar a buen término aquella operación. Tomó el bisturí, que durante años había manejado con maestría, pero en esos momentos sus dedos envejecidos no lo dotaban de la firmeza necesaria para hacer una fisura limpia. Espiró con fuerza y presionó el filo del bisturí contra la carne hasta hendirlo donde se hallaba el negro orificio de la bala, en la piel del abdomen, que el médico rasgó con facilidad pasmosa, y de ahí comenzaron a brotar unos hilillos rojos de sangre. Los labios del enfermo dejaron escapar un pastoso lamento, enturbiado por la droga que le habían administrado.

—Coja esas pinzas. Necesito que mantenga abierta la herida —ordenó Morales a Vanderbilt, indicándole cómo debía hacerlo, y

comenzó a buscar con cuidado el proyectil que se había quedado enquistado en el abdomen de Bradley. Pero la sangre copiosa manaba por la herida abierta, y le costaba ver dónde se encontraba—. Necesito una gasa —dijo esta vez a Macarena, quien se apresuró a proporcionársela.

Con admirable meticulosidad, fue escudriñando el interior de la herida hasta que por fin dio con lo que buscaba. Sujetó la bala con fuerza, tirando de ella con cuidado.

—Aquí estás —murmuró al sacarla.

Una vez fuera, no le costó demasiado esfuerzo suturar la herida abierta. Cuando acabó la operación se volvió hacia el gringo y la andaluza.

—Bien sabe dios que he hecho lo que he podido. Si la pérdida de sangre o una infección no lo matan, tal vez, con mucha suerte, sobreviva —dijo rascándose la cabeza rala con gesto pensativo—. Aunque me temo que son pocas las esperanzas que le doy.

—Muchas gracias, don Francisco —le dijo Vanderbilt.

—No me agradezca nada, porque no lo he hecho por usted. Ha sido porque no quiero que esta joven —dijo señalando a Macarena con sus dedos cansados— tenga más problemas de los que le está buscando.

El trino de los pájaros se coló por las contraventanas abiertas anunciando la llegada del nuevo día cuando el sol rompía el cielo con sus tonos incandescentes.

—Será mejor que descansemos. Poco más podemos hacer salvo rezar —comentó el médico.

Cada uno se marchó a su dormitorio, y aguardaron por las nuevas sobre el estado de salud del herido. En los días siguientes, tanto James como Francisco se acogieron a la hospitalidad de Macarena, alargando su estancia en El Cerro el tiempo que aguardaban por una resolución que se hizo esperar. El convaleciente no mostraba signos de mejora, aunque tampoco empeoraba. Los nervios consumían a Macarena, que rogaba en silencio que el americano se recuperase.

Tuvieron que pasar tres días antes de que el enfermo recobrara el conocimiento. Cuando el médico salió de la estancia, pudo confirmar que, contra todo pronóstico, el gringo sobreviviría, lo cual fue un alivio y una alegría para los presentes por sus diferentes razones.

—De momento se encuentra demasiado débil. Deberá guardar reposo al menos una semana más.

Se despidió de la viuda de su amigo en la entrada. Pero antes de marcharse quiso darle un consejo.

—En estos tiempos revueltos, es mejor no casarse con nadie, Macarena.

Ella lo observó con una expresión de desamparo en los ojos. Hubiera deseado confesarle todo lo que había sucedido, pedirle

consejo o, al menos, conformarse con vaciar aquella angustia que sentía cada vez que pensaba en todo lo sucedido, pero sabía que la carga que llevaba no podía compartirla con nadie más, así que se conformó con asentir y esgrimir una sonrisa acongojada.

Regresó al interior y vio a James interrogando a su amigo. Ahora que Bradley estaba consciente, existían muchas incógnitas que Vanderbilt quería resolver, comenzando por conocer quién le había disparado.

Como parecía que el convaleciente comenzaba a recobrar la salud y Macarena continuaba dando muestras de hostilidad, James creyó oportuno ausentarse por unos días y marchar a La Habana para tratar unos asuntos pendientes el tiempo suficiente para que Bradley pudiera ser trasladado de vuelta a la ciudad. Sin embargo, la idea de quedarse con aquel gringo extraño en casa no era lo que Macarena hubiera deseado. Estaba convencida de que los cómplices de la marquesa habrían averiguado que Robert Bradley apoyaba la revolución que se venía fraguando desde hacía meses en la isla, y sería cuestión de tiempo que los que le habían disparado comenzasen a sacar conclusiones.

—Por más que me pese, me veo obligada a extender mi invitación al señor Bradley, pero tenga por seguro que no le permitiré permanecer en mi casa ni un día más. Y espero que, para cuando llegue ese momento, usted venga a recogerlo tal y como hemos acordado, porque, de otro modo, esta vez seré yo quien vaya a las autoridades y reporte todo lo sucedido estos días.

La aversión hacia Vanderbilt era tangible, y no se molestaba en ocultarla. Todavía estaba decidida a romper cualquier tipo de lazo con él. Y si para ello tenía que deshacerse de la plantación, lo haría de buena gana.

—Aún está pendiente el asunto del ingenio y la oferta que le hice. Me resisto a tener nada que ver con todo este sinsentido, y desearía que considerara la propuesta. Si usted lo quiere, sigo dispuesta a venderle mi parte de la plantación.

Vanderbilt la observaba con serenidad, estudiando la expresión seria de su rostro. Al tiempo que sus labios pronunciaban aquellas palabras, en lo único que parecía poder pensar era en volver a besarla, pero apartó esos pensamientos. Supo que si le ofrecía una cantidad justa, ella le vendería el ingenio, pero había algo en su interior que se resistía a hacerlo.

—Le prometo que le daré una respuesta cuando vuelva a recoger a Bradley.

Los días pasaban deprisa, y el secretismo con el que se había

manejado la presencia del americano durante las primeras jornadas se fue relajando a medida que su estado de salud mejoraba. Se le trasladó a una de las habitaciones principales, en las que gozaría de mayor comodidad. Aun así, tan solo Macarena, Mariana o Lourdes se encargaban de tratar con él, y como ninguna de las tres hablaba demasiado inglés —el americano hacía poco más que chapurrear algo de español—, las escasas conversaciones que tenían no pasaban de asegurarse de que el invitado se hallaba en buenas condiciones y de que su estado de salud continuaba mejorando. No fue hasta el cuarto día cuando Robert se aventuró a levantarse de la cama y comenzó a recorrer los pasillos con torpeza, y de esta manera comenzó a formar parte de las rutinas diarias de la joven, acompañándola a la mesa y en cortos paseos por el jardín aprovechando las horas frescas de la mañana, o en la sala de estar para la lectura. A pesar de que había una barrera insondable, ambos encontraron cierto agrado en su compañía mutua, y trabaron una peculiar camaradería en los días que a Robert le quedaban allí.

Pero tal y como habían acordado, tras una semana de convalecencia, James regresó a la quinta para encargarse del traslado de Bradley a la ciudad y, desde allí, sacarlo del país de vuelta a los Estados Unidos. El gringo agradeció la hospitalidad de la joven y afirmó que estaba en deuda eterna con ella. James fue parco en palabras. Pero tenían un asunto pendiente que Macarena quería concluir, y lo invitó a la confidencialidad de una de las salas para poder discutir sobre ello. Tras cerrar las puertas, Macarena abordó el tema sin dilatar la conversación.

—Aún no me ha dado una respuesta en referencia a Montserrat.

Él aspiró el aire fresco de la mañana, cargado de notas dulzonas que portaba la brisa desde el jardín. La estancia se hallaba sumida en un suave silencio roto por el trinar de los pájaros y las campanadas de un reloj que marcaba las once de la mañana con su repicar cadente. Se entretuvo mirando el jardín desde la ventana, donde el sol brillaba con fuerza. Luego se volvió hacia ella.

—Lo lamento, no me interesa comprar su parte de la plantación.

Macarena estaba dispuesta a responder, pero él no le dio opción. Se acercó a ella, sacó un sobre de su chaqueta y se lo entregó. Acto seguido se dirigió a la puerta.

—Muchas gracias por todo lo que ha hecho, condesa —murmuró antes de tomar el picaporte y abrir.

Después, dejando a la joven estupefacta, se marchó. Macarena no comprendía muy bien qué había sucedido, y sintió una inquina que comenzaba a corroerle las entrañas al pensar que Vanderbilt le negaba lo único que le pedía. Estuvo a punto de convertir en trizas el sobre, pero se dominó haciendo acopio de su templanza y se sentó en una de

las butacas para abrirlo. Lo rasgó sin miramientos. En él había un par de hojas limpiamente plegadas, y, al desdoblarlas y comenzar a leer, se tuvo que tragar su aversión hacia el americano.

El documento le restituía la propiedad completa de la plantación. James se la había devuelto, tal vez como compensación por todos los problemas causados. Nunca podría saberlo con certeza, como no la tendría de saber si sus caminos se cruzarían de nuevo.

11

El verano languidecía para dar paso a un otoño de brumas tenues y suaves vientos vespertinos. Llegaba el momento de regresar a La Habana y Macarena consideraba que había transcurrido el tiempo suficiente para que los más ofendidos por su comportamiento con Vanderbilt durante el baile hubieran relegado a la desmemoria todo lo sucedido en aquel azaroso baile. A pesar de lo acaecido aquella lejana noche, había logrado salir airosa, evitando que cualquier sospecha recayera sobre ella. Con su retorno, se arriesgaba a que la marquesa volviera a requerir su ayuda, pero decidió que se trataba de algo a lo que debía enfrentarse.

En la calle Egido, empezó a recibir las visitas, cada vez más asiduas, de su tía Aurelia, que había permanecido en la ciudad atendiendo su negocio durante el verano. Si a sus oídos acudieron los rumores de algo de lo sucedido aquellas semanas en El Cerro, se cuidó de no reprochar nada a su sobrina. E incluso Teresita parecía haberlo olvidado. Macarena aprendió entonces la valiosa lección de la sociedad habanera, siempre dispuesta a condonar ciertos comportamientos si se disponía de la cantidad de dinero suficiente.

Uno de esos días de otoño, después de la hora de la siesta, como casi cada tarde, Aurelia decidió acudir a visitarla. En esa época el negocio siempre decaía, y disponía de más tiempo para dedicarlo a su escasa vida social. Como su sobrina era la única familia que tenía en la isla —y la joven disponía de uno de los palacetes más acomodados de la ciudad—, no perdía oportunidad en ir y disfrutar del lujoso estilo de vida de su allegada. De tanto en tanto, soltaba unas cuantas quejas sobre lo duro que resultaba llevar la pensión para una persona de su edad, con la intención de que su joven sobrina se apiadara y decidiera que había llegado la hora de ofrecerle un lugar en la casa. Sin embargo, y a pesar de que poco a poco fue encariñándose de la anciana, los deseos de Macarena no podían estar más alejados de esos intereses. Visto que aquella tarde tampoco harían efecto ninguno de sus ruegos, Aurelia se interesó por algo más material.

—¿Y sabes cuándo venderás las propiedades que heredaste del pobre Leopoldo? —inquirió tras dar un sorbo a su taza de chocolate caliente—. Con los tiempos que corren, tal vez sea más juicioso coger lo que te ofrecen que esperar.

Macarena observó a su tía y asintió, aunque no estaba de acuerdo con ella. Si bien era cierto que los rumores de guerra no ayudaban, estaba convencida de que si actuaba con cautela y aguardaba un poco más, podría sacar mejor dinero. Al fin y al cabo, habían pasado varios meses desde que la marquesa le hablara sobre la inminente guerra y todo continuaba igual. Solo pensar en ella le revolvía las entrañas, pero incluso doña Carlota daba muestras de haberse olvidado de su existencia, y Macarena confiaba en que continuara así.

—Supongo que tiene razón…, aunque me gustaría poder regresar a casa antes de que acabara el año…

—Déjate, hija, que ahora no es buen momento para viajar. Es época de tormentas y el mar está demasiado revuelto. Deberías aguardar hasta principios de año, cuando las aguas se calmen y el viento no esté enrabietado.

Macarena pensó que tal vez su tía tenía razón, pero su destino estaba ligado a su capacidad de poder vender las propiedades heredadas. Porque si la guerra finalmente llegaba, siempre podría liquidarlas por un precio menor y regresar a España.

La brisa soplaba fresca en aquel día plomizo, y parecía que la tarde no daría más de sí cuando Mariana entró con gesto circunspecto en la estancia.

—Señora, hay dos soldados que preguntan por usted.

La joven notó cómo un escalofrío le atravesaba el espinazo, y tragó saliva al tiempo que echaba una mirada de preocupación a su tía. Intuía lo que aquello significaba: la marquesa du Conti la había traicionado y venían a detenerla. Se levantó con calma en un intento por serenarse. Se volvió hacia Aurelia, que estaba igual de exaltada que ella.

—Tía, discúlpeme. Mucho me temo que se trate de algo importante.

—Ay, hija. Espero que no sea nada malo, con los tiempos que corren…

Macarena miró al ama de llaves, sabiendo que era tan cómplice como ella de lo que había sucedido en El Cerro.

—Si no regreso para la hora de la cena, haga el favor de avisar al doctor Morales: él sabrá qué hacer. Ahora acompañe a los soldados al patio; los atenderé allí.

Dos hombres uniformados y de rostros ojerosos se presentaron ante ella. Las manos de la joven temblaban de tal manera que apenas podía disimularlo, por lo que las escondió entre los pliegues de las faldas. Se tragó las ganas de salir huyendo, decidida a enfrentarse a las consecuencias de sus actos y a defender su integridad.

—Buenos días —dijo en un susurro que se le quedó atragantado.

Los hombres se retiraron sus sombreros en señal de respeto.

—Señora condesa —saludó uno de ellos, que tenía aspecto de ser el

de mayor rango—, necesitamos que nos acompañe.

—¿Puedo saber el motivo?

—Lo siento, pero solo traemos órdenes de llevarla con nosotros. Se le informará cuando lleguemos.

Al escuchar aquello la sangre se escapó del rostro de Macarena, y asintió, incapaz de pronunciar una palabra más. En la galería del patio, Mariana y Lourdes observaban la escena con preocupación. El cielo se había vuelto más oscuro, como si reflejara los ánimos de las mujeres de la casa.

—Lourdes, prepara mi sombrilla y mi limosnera.

La doncella trajo sus pertenencias y Macarena cruzó el zaguán escoltada por los agentes. Fuera había un coche de caballos. El soldado con aspecto más veterano le ofreció la mano para ayudarla a entrar y guardó silencio en el interior del vehículo. El más joven, que no había hablado todavía, se colocó frente a ella. La actitud reservada de ambos oficiales la hundió contra el asiento de la volanta, y se sintió aún más cohibida y preocupada mientras su mente le recordaba las peores premoniciones a las que se podría ver expuesta. Macarena contempló por última vez la casa de la calle Egido cuando el carruaje comenzó a moverse. Ninguno de sus dos escoltas parecía dispuesto a mantener una conversación, por lo que viajaron en silencio hasta que ella se percató de que la dirección que tomaban se alejaba del cuartel. Habían atravesado la plaza de Armas, y no tardaron en vislumbrar el palacio del gobernador.

—¿A dónde me llevan?

—Al palacio de la capitanía. La requiere el capitán general.

Después de escuchar aquello, Macarena decidió que lo más sensato sería guardar silencio y esperar. Cuando la volanta cruzó las puertas del recinto y se detuvo en el patio, descendió del vehículo con ayuda de uno de los guardas, y la acompañaron al interior. Cruzaron el patio, dejando atrás los parterres, las palmeras y las esculturas con teces marmóreas ajadas por los siglos, para ascender por una galería. Los agentes la escoltaron hacia las dependencias de don Emilio Calleja, el gobernador, con el eco de sus pasos descascarillando el silencio incómodo hasta presentarse ante dos guardias que custodiaban unas puertas. Le indicaron que entrara en una estancia decorada con profusión donde los suelos, como un tablero de ajedrez pulido, se vestían con alfombras mullidas, muebles de estilo Luis XVI, brocados de oro y tapices. La luz se colaba a raudales por los ventanales a pesar de que el día estaba anubarrado. Al fondo de la estancia, en un escritorio de madera oscura, se hallaba el capitán general sumido en la lectura de unos documentos. Nada indicaba que se hubiera percatado de la presencia de Macarena y sus escoltas. El agente más veterano se aproximó cuadrándose frente a él, pero al ver que seguía sin obtener

respuesta, emitió un ligero carraspeo desde la garganta.

—La condesa de Morente, señor.

El gobernador alzó la mirada y de un vistazo estudió a los presentes durante unos instantes antes de hablar.

—Gracias, pueden retirarse.

Cerraron las puertas tras de sí y el caballero salió al encuentro de la andaluza.

—Doña Macarena —dijo cogiéndole la mano con delicadeza—, diría que es un placer volver a verla si las circunstancias fueran otras. Le ruego que tome asiento.

Ella lo miró con aprensión, obedeciendo de inmediato y dando por sentado que él ya estaría al tanto de todos los pormenores del asunto en cuestión. Recorrió la distancia que los separaba del escritorio y se sentó en la silla que don Emilio le ofreció, esperando a que la informara de lo que el futuro le deparaba. La angustia la torturaba con esos pensamientos, su miedo incrementaba por minutos.

—¿Sabe por qué la he mandado llamar, doña Macarena?

Ella lo miró con seriedad, intentando calmar todas las emociones que pujaban por salir de su garganta.

—He de creer que sí…

Él la estudió con gesto grave antes de retomar la palabra.

—La relación que mantuve con su esposo hace que mis obligaciones para con él no sean únicamente como capitán general, sino como amigo. —Hizo una leve pausa para dotar de cierta solemnidad a sus palabras con aquel silencio—. Ya sabe que la ley siempre ha estado de parte de personas como él frente a otros criminales, y es mi deber velar por que así sea.

Macarena asintió con un movimiento de la cabeza, incapaz de pronunciar ninguna palabra.

—Me hubiera gustado encontrarla en circunstancias diferentes, pero es mi deber personal hacerlo en estas, que son menos afortunadas. Más teniendo en cuenta lo que Leopoldo significaba para mí; no le quepa duda de que aplicaré con dureza las leyes y no descansaré hasta que se escarmiente a todos los culpables, uno por uno.

En aquel instante Macarena no pudo aguantar más y rompió a llorar. Las duras palabras de don Emilio dejaban claras sus intenciones y borraban de un manotazo la esperanza de recibir clemencia por su parte. El capitán general, observando la reacción de la joven, dio por sentado que la pérdida de su esposo todavía le pesaba, y se apresuró a levantarse de su asiento para ofrecerle un pañuelo.

—Entiendo su angustia, doña Macarena —posó una mano en su hombro en un gesto por reconfortarla—, pero ha de mantener la entereza.

Ella volvió a romper a llorar al pensar en lo que le deparaba la vida, pues las evidencias y el testimonio de la marquesa indicaban su culpabilidad. Calleja se retiró en dirección a un mueble y sirvió un vaso de agua para la joven. Después se sirvió una copa de jerez. Se acercó a la mesa de nuevo y le dio el vaso a la viuda.

—Como ya sabe… —Se interrumpió, incomodado por las palabras que iba a decir, aceptando una verdad que no gustaba de pronunciar en voz alta—. Como ya sabe, en los últimos meses hemos tenido «ciertos» problemas con la seguridad en los caminos debido a las fechorías de Manuel García y sus secuaces. Soy consciente de lo que los rumores dicen sobre mí —afirmó con un esbozo de sonrisa probando su copa con un mutismo descorazonado—, pero no podrían estar más errados. Llevo mucho tiempo haciendo todo lo que está en mi mano para atrapar a ese canalla, pero es escurridizo como una sanguijuela y al final siempre acaba escapando. Sin embargo, hace tres días, mandé una partida a la zona de Matanzas porque decían que lo habían avistado por allí. Mis soldados no tardaron demasiado en dar con su escondite y acabaron enzarzándose en una escaramuza con ellos, pero tranquila, que no la abrumaré con los detalles.

Macarena escuchaba con atención, sin llegar a comprender los derroteros a los que se dirigía su interlocutor.

—El caso es que cuando estaban a punto de atraparlo, logró escaparse de nuevo con varios de sus compinches. Sin embargo, no muy lejos de allí, la partida capturó a unos desarrapados acampados en plena maleza que, se cree, están relacionados con Manuel García.

Hizo una pausa y se mojó los labios en el licor. Macarena aprovechó para hablar.

—Disculpe, don Emilio, pero no entiendo en qué me atañe esta historia…

Él asintió esgrimiendo una sonrisa benevolente. Después prosiguió hablando.

—Entre los malhechores que identificamos se encontraba un tal Gabriel Ceballos, que sin duda le sonará.

Al escuchar ese nombre, Macarena presintió que la razón de la inesperada visita tenía una naturaleza muy diferente de lo que se había temido y suspiró aliviada.

—No tardamos en descubrir lo que había hecho y por qué estaba en busca y captura desde la primavera.

—No sabe el consuelo que me traen sus palabras, don Emilio.

—No obstante —dijo él escudriñando su mirada—, me temo que no hemos podido demostrar ni que esté relacionado con la banda de Manuel García ni que fuera el causante del incendio en su ingenio, pues no hay testigos y él se niega a confesarlo.

—Pero eso es una desfachatez —se apresuró a responder Macarena

—. Tanto el doctor Francisco Morales como el señor Vanderbilt estaban allí, y ambos son dos respetados miembros de nuestra sociedad.

Él asintió como dándole a entender que se mostraba de acuerdo con ella y que comprendía su frustración. Se levantó de su asiento y comenzó a pasear por la estancia con los dedos entrelazados en la espalda y un gesto pensativo.

—Si de mí dependiera, doña Macarena, me encargaría de que se le castigara con mano dura. No obstante, mucho me temo que sin pruebas no puedo ajusticiarlo, y deberé dejarlo en libertad.

—Pero usted es el capitán general. Tiene la potestad de hacerlo, si quiere.

Calleja detuvo sus pasos cerca del ventanal y asintió con gesto meditabundo, acariciando su perilla con los dedos índice y pulgar. Durante unos instantes su mirada se perdió en el exterior de la estancia. El sol se había abierto camino entre las nubes y bañaba el concurrido patio al tiempo que el rumor de las voces llegó a él.

—Supongo que tiene razón…

Se volvió hacia ella encogiéndose de hombros levemente y esgrimiendo una sonrisa franca. Macarena se la devolvió agradecida, dispuesta a marcharse. Sin embargo, él parecía tener un propósito oculto, y fue en ese momento cuando decidió revelarlo.

—A cambio, me gustaría pedirle un favor…

Ella lo miró desconcertada. Sus palabras y sus aparentes buenas intenciones la habían engañado. Su gesto se tornó impasible al tiempo que sentía una bocanada de aire caliente que penetraba por las ventanas y recorría la estancia, enervando las emociones de la joven.

—Tengo entendido que unas semanas atrás estuvo en contacto con doña Carlota Miranda, la marquesa du Conti, y con ciertos americanos que han sido considerados partidarios de los secesionistas que confabulan junto a Martí y los suyos tanto en su país como en las entrañas de esta isla —soltó el gobernador mientras tomaba asiento de nuevo en la butaca que ocupaba frente a ella.

Macarena aguardó con la mirada fijada en su interlocutor y los labios enmudecidos al escuchar esa afirmación.

—Tranquila, no se moleste en negarlo. En cuanto a mí respecta, todo este asunto queda en habladurías, las mismas que dicen que García y yo somos amigos —sonrió don Emilio—. Sin embargo, creo que de esa «relación» podría salir algo bueno.

—¿A qué se refiere?

—Tengo la impresión de que tanto usted como yo queremos la misma cosa, y es que no haya una guerra.

Ella asintió a modo de respuesta. Después bebió del vaso, humedeciéndose los labios y tragándose los nervios.

—Mi intención es evitar esta contienda y al mismo tiempo conseguir más autonomía para Cuba. Solo podré lograrlo si no permito las injerencias de los Estados Unidos. Por lo tanto, necesito saber qué es lo que trama su amigo James Vanderbilt y su compinche, el señor Bradley. Espero que esté recuperado de su terrible accidente —musitó el hombre con tranquilidad, hundiendo su mirada en ella.

—Mucho me temo que no me creo capaz de ayudarle en esta empresa —se aventuró a decir Macarena—. El señor Vanderbilt y yo ya no somos socios, y no hay motivo alguno para que mantengamos ningún tipo de contacto.

—Estoy seguro de que encontrará la forma de reavivar esa relación. Según tengo entendido, eran algo más que socios —apuntó el gobernador con cierta sorna.

Ella se contuvo de responder, pero apretaba con tanta fuerza las uñas contra las palmas de sus manos que las articulaciones de sus dedos se veían blancas. Soltó un resuello, y un suspiro recorrió la estancia. Se levantó del asiento al que había estado clavada durante toda la visita y se acercó al ventanal por el que se asomase su anfitrión minutos antes, observando las mismas vistas y el mismo bullicio que él. Tras unos instantes sopesando la propuesta del capitán, se volvió hacia él, decidida a sacar provecho de aquello.

—Si accedo a lo que me propone, me da su palabra de que tanto Guillermo como yo tendremos inmunidad. Que nada nos pasará, suceda lo que suceda.

Había cierta solemnidad en el gesto de él cuando asintió.

—Se lo prometo. Sin embargo, tengo una condición: me gustaría conseguir un acercamiento con Martí, y estoy convencido de que Guillermo me podrá ayudar a ello a través de su amigo Cisneros.

Macarena alzó la mirada, y sus ojos denostaron un aire de sorpresa.

—¿Y cómo pretende que haga eso? Martí ni siquiera está en el país.

—Tienen sus recursos.

Macarena estudió el semblante del gobernador durante unos instantes y sopesó lo que habían discutido hasta entonces. Luego se acercó de nuevo a la mesa y asintió con un gesto de la cabeza.

—Haré todo lo posible para ayudarle, don Emilio.

El capitán general se precipitó a levantarse de su asiento y extendió la mano hacia ella. Los dos las estrecharon para sellar su alianza.

—Me alegra saber que tenemos un acuerdo. —Él se dio por satisfecho y se apresuró a despedirla, acompañándola a la puerta—. No hace falta decir que todo lo que hemos discutido en esta estancia es completamente confidencial. En especial, lo que concierne a la marquesa du Conti.

Aquella afirmación descolocó a Macarena por un momento, pues había sospechado que el gobernador y la marquesa eran aliados.

—Por supuesto.

—Descanse tranquila, que ese canalla de Ceballos sentirá todo el peso de la justicia sobre su lomo —dijo don Emilio al tiempo que abría la puerta de su despacho y le regalaba una sonrisa.

—No me cabe la menor duda —respondió ella con cinismo, imitando el gesto.

—Martínez —dijo el gobernador a uno de los escoltas, que aguardaban en la puerta, quien se cuadró aún más al escuchar su nombre—, acompañe a la condesa y encárguese de que regrese a su casa. Ha sido un placer, doña Macarena —le dijo a ella, cogiendo su mano y llevándosela a los labios.

—Lo mismo digo, don Emilio.

El escolta la acompañó al carruaje, sin embargo, esa vez ningún soldado viajó con ella. Cuando el quitrín comenzó a moverse, Macarena respiró con angustia pensando en cómo demonios iba a lograr todo aquello, a sabiendas de que se había comprometido con el capitán general a ejecutarlo.

Pero no tenía la menor idea de cómo iba a conseguirlo.

12

Lo primero que debía hacer era avisar a Guillermo, porque sin su ayuda no podría llevar a cabo lo planeado. Macarena se apresuró en enviar un telegrama a Puerto Príncipe con la intención de que regresara a la capital; no debían demorarse y despertar las sospechas del capitán general. En tanto que aguardaba la respuesta, comenzó a afinar el plan que debían seguir para que todo saliera tal y como don Emilio había requerido, y que únicamente, en su debido momento, se desvelaría.

Guillermo llegó pocos días más tarde acompañado de Damián y de una ventisca que anunciaba la llegada prematura del invierno. Con la intención de no perder tiempo, y después de dejarle reponerse del viaje, Macarena lo invitó a pasar a la sala que el difunto Leopoldo había usado de despacho para aclararle la situación. El día se veía gris y la estancia se hallaba en una penumbra tibia a pesar de no ser más de media mañana. Las calles bullían ignorando la amenaza de lluvia y el murmullo de la ciudad se colaba a través de las ventanas cerradas. Guillermo se mantenía en silencio clavado en la butaca, expectante. Ella estudió su rostro fatigado tras el largo viaje. Unas manchas oscuras cubrían sus párpados y la sombra de una barba naciente comenzaba a teñir su mentón. Pero incluso en aquel estado mantenía su encanto innato. Macarena no se permitió enredarse en esas reflexiones, y se forzó a regresar a la estancia y buscar el amparo de una sonrisa que ofrecerle. Él hundió los ojos en ella con más impaciencia que curiosidad.

—Te preguntarás por qué te he llamado con tanta urgencia… —Macarena se detuvo unos instantes, intentando ordenar sus ideas. Pronunció con contundencia las siguientes palabras—: Necesito tu ayuda.

Guillermo no hizo ademán de hablar, pero estudiaba con detenimiento el rostro de la viuda, y percibió el sutil cambio en su expresión durante esos últimos meses. Su mirada se había deshecho de la inocencia que la cubría cuando la conoció, y ahora solo percibía determinación. Su rostro también parecía haberse desprendido de la redondez de su adolescencia hasta tornarse más anguloso y atractivo. Se obligó a apartar los ojos de ella y los volvió hacia el ventanal. Una tormenta se había desatado fuera, y la lluvia, que lamía los cristales de

las ventanas, acalló las voces de la calle. Macarena prosiguió.

—Hace unos días, el capitán general me convocó en su palacio.

La joven apreció cómo Guillermo se revolvía en su asiento antes de sentarse de nuevo y cruzar las piernas, aguardando en silencio a que Macarena se explicara. Ella se tomó su tiempo mientras decidía qué contarle sobre la reunión mantenida con el gobernador.

—Don Emilio me informó de que unos días atrás habían atrapado a Ceballos. Por lo visto, se había unido a la banda de Manuel García…

Al pronunciar esas palabras observó con atención como el rostro extenuado de su interlocutor adquiría una extraña mueca de sorpresa, puesto que había asumido que el capataz se había esfumado.

—Espero que le hagan pagar por lo que hizo.

—Eso dependerá de nosotros…

Él aguardó a que Macarena se explicara, sin comprender su vinculación en el hecho de impartir justicia con ese canalla, y pensó que ya estaría colgando de un árbol si de él dependiera.

—¿Y cómo es eso?

—Calleja me dejó bien claro que, si queríamos que se le castigara, tendríamos que colaborar con él.

Guillermo se retorció en la butaca de nuevo, incomodado ante esa afirmación. Descruzó las piernas para entrelazar sus brazos y descansarlos contra su pecho. Le parecía inaudito que algo así hubiera sido planteado por la mayor autoridad de la isla, y comenzó a farfullar en voz baja algunas palabras sobre la corrupción latente de las autoridades, reafirmándose en su creencia de que la cura de aquel mal solo se impartiría con la revolución que se estaba fraguando.

—Antes de que continúes con tus improperios, he de decirte que don Emilio se encontraba al tanto de todo lo sucedido en la mascarada de El Cerro —le advirtió—, incluyendo el incidente con el señor Bradley. También sabe de tus contactos con varios de los líderes de la sublevación que se avecina.

Guillermo se paralizó al escucharla, en cierto modo asombrado de que sus secretos fueran tan obvios para el gobernador de la isla. Luego divagó ante la idea de que tal vez había sido él quien informara a Macarena sobre su viaje a Costa Rica, pero prefirió permanecer en silencio, forzándose a recobrar la compostura antes de hablar. Cuando lo hizo, su rostro había adquirido una pátina de frialdad.

—¿Y puedo preguntar qué es lo que quería?

—Calleja es un hombre comprensivo. Entiende la injusticia que se sufre aquí, y su única pretensión es ayudar. —Guillermo fue incapaz de ocultar una mirada condescendiente cuando Macarena pronunció esas palabras, pero ella prosiguió, haciendo caso omiso al gesto—. Lo que pretende es que lo ayudemos a evitar que los Estados Unidos continúen interfiriendo con su mano invisible en los asuntos entre

España y Cuba, y tal vez así impidamos que la sublevación cuaje y evitemos una guerra.

El pecho de Guillermo se estremeció en una carcajada al escucharla.

Ella lo miró, molesta.

—Esto es muy serio. Aunque don Emilio es un hombre comprensivo, estamos a su merced. Y si no hacemos lo que nos pide, no solo perderemos la oportunidad de conseguir justicia, sino que nos podrá acusar de traición.

La expresión de su interlocutor se tornó más seria.

—¿Y qué tienes en mente?

Ella lo miró, dejando que se formara un silencio entre ellos. En el exterior la lluvia seguía barriendo las fachadas y las calles. Las gentes se apresuraban a recogerse en las casas huyendo de la ventisca y del frío mudo de aquel día de otoño. Un relámpago arañó el cielo plomizo en la distancia. Cuando Guillermo la volvió a mirar, ella detectó un asomo de enfado, y rogó por que él comprendiera la gravedad de la situación en la que se veían envueltos.

—Quiere averiguar las intenciones de Vanderbilt y su gobierno. Está convencido de que de esa manera se podrá detener una lucha entre hermanos.

—Esta guerra es algo inefable, Macarena. No importa lo que Calleja se proponga —sentenció Guillermo sin siquiera ponderar la petición de la sevillana.

—Todavía no ha comenzado, así que se puede parar.

—¿Estás segura?

Ella se levantó y se acercó a él, agachándose hasta quedar encogida como una chiquilla. Tomó una de sus manos entre las suyas y lo miró con una súplica ciega en sus ojos.

—Necesito tu ayuda para ganar tiempo y para que el capitán general libre sus batallas en Madrid.

Guillermo sintió que una ligera irritación le escalaba por la garganta al observar a Macarena en aquella actitud piadosa.

—Eso no será razón suficiente para detener lo que se avecina en esta isla. Don Emilio llega veinte años tarde.

—Pues debemos intentarlo, porque, si no, acabaremos en el paredón. Y no sé tú, pero yo no estoy dispuesta a morir por una revolución que ni me va ni me viene —replicó Macarena recobrando la compostura y alzándose con dignidad.

Aquellas palabras sacudieron algo en el interior de Guillermo, que la contempló con cierto aire de superioridad moral, pero se contuvo de espetarle cualquier bravuconada y se decantó por hacerle una pregunta.

—¿Y qué es lo que pretendes que haga?

—Que colabores con él —afirmó ella sin preámbulos, al tiempo que Guillermo volvía a estallar en una carcajada que no se molestó en disimular.

—Mucho me temo que eso está fuera de toda discusión. No soy un traidor a mi patria. —Giró la cara hacia el otro lado.

Sus palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre Macarena, y la dejaron sin esperanza alguna para lo que se les avecinaría. Lo miró entristecida, cansada de todo aquel juego de poderes en el que se había visto envuelta por designios de la fortuna. Cuando habló, lo hizo con cierta extenuación en su tono.

—Lamento que lo sientas de esa manera, pero me veo en la obligación de recordarte que si estoy metida en este embrollo no es por otra causa que por tu persona. Tal vez para ti la guerra que se avecina sea inevitable, incluso necesaria, como dicen algunos, pero a mí no me interesa lo más mínimo. Y con tu negativa a ayudar a Calleja te estás condenando y también me arrastras a mí. —Se calló durante el tiempo necesario para que Guillermo sintiera el peso de sus palabras—. ¿Qué honor hay en abocar al mismo castigo a una persona inocente? ¿Tan poca estima me tienes que no te importa lo que me pueda suceder? —Hizo una pausa antes de proseguir—. ¿Has pensado en lo que conllevará esta guerra? ¿En los futuros arrebatados de miles de personas que traerá vuestra quimera? No te estoy pidiendo que traiciones tus convicciones, jamás esperaría que hicieras algo así a pesar de lo que vaya a acarrear para los demás, porque los hombres como tú se convencen de que eso es un mal necesario para un bien mayor…

Se retiró de su lado y se marchó hacia su asiento buscando calmar su animosidad. Respiró con impaciencia, sabiéndose demasiado alterada para poder hablar con la frialdad que requería la situación. Se quedó con la vista clavada en la pared, sintiendo cómo la presión en sus sienes se acrecentaba y el nudo que agarrotaba sus entrañas se tensaba hasta tal punto que creyó que se le voltearía el estómago. Se dejó dominar por aquella sensación de ferocidad durante un momento, después exhaló el aire de sus pulmones con fuerza y se volvió hacia Guillermo determinada a salir airosa de aquella situación.

—Solo te pido ayuda para averiguar qué traman Vanderbilt y Bradley. Que ganes tiempo para que Calleja pueda dar con una solución y evitar un derramamiento de sangre. ¿Qué hay de malo en intentar ganar una guerra antes de que comience? ¿Acaso te pesa más el orgullo que las vidas de los inocentes que están destinados a morir por tu causa?

Guillermo la estudió molesto, forzado a sopesar su petición, tratando de no precipitarse en su respuesta. Se levantó de su asiento, incapaz de aguantar la mirada de la joven, y recorrió la estancia para

detenerse en el ventanal más alejado del escritorio, por donde se colaba el aire fresco. Suspiró con pesadez ignorando la presencia de Macarena. A pesar de que se encontraba dispuesto a dar su vida por sus ideales, no estaba seguro de poder cargar con la culpa de saber que con sus acciones la perjudicaba. Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta una pitillera de plata. Cogió un cigarro de tabaco picado y lo prendió, inhalando su humo lechoso antes de expulsarlo otra vez con un profundo estertor. Se quedó allí, en silencio, deslizando sus ojos por las aceras desiertas, y acabó de fumar. Volvió sobre sus pasos y se sentó.

—Me comprometo a ayudarte con Vanderbilt, pues no soy amigo de que los gringos interfieran en esta lucha que es solo nuestra. Mucho me temo que no puedo hacer más.

Fue ella quien suspiró con un estrépito esa vez, sin ser consciente de que había contenido la respiración hasta aquel instante. Entonces asintió aceptando las condiciones del joven. Con aquello ganaba un tiempo vital para poder continuar con lo planeado. Lo demás llegaría en el instante oportuno, pero ahora que tenía a Guillermo de su lado, debían actuar con rapidez si no querían despertar los recelos del capitán general.

—No puedes hacerte una idea de cuánto significa para mí.

Guillermo negó con la cabeza, haciendo un ligero mohín de disconformidad, incomodado por la idea de saber que, de alguna manera, estaba traicionando sus convicciones por ayudar a esa mujer. No obstante, en lo más profundo de los sentimientos que lo invadían, halló cierto bienestar al pensar que mantendría a Macarena a salvo.

—¿Qué es lo que esperas que haga ahora? —terció con tono recio.

Ella respondió con decisión.

—Habla con Vanderbilt y averigua cuanto puedas.

—Estoy inclinado a pensar que tú tendrías más fácil esa tarea —apuntó él con mordacidad, pues a sus oídos habían llegado las historias de aquel infame beso.

Macarena le hizo un reproche con la mirada y él se abstuvo de sostenérsela por miedo a que descubriera en ella una sombra de resentimiento. Aun así, para la joven fue más que evidente que en aquel comentario punzante se ocultaba una doble intención que achacó a la reciente muerte de Leopoldo, por lo que se abstuvo de responder mientras notaba el rubor escalando por su cuello.

—Supongo que lo más sencillo será escribirle un telegrama —indicó Guillermo con cierta desgana ante la idea de tener que negociar de nuevo con el americano.

Macarena iba a añadir algo cuando llamaron a la puerta. Mariana asomó la cabeza por una rendija y después el resto del cuerpo. Llevaba una bandeja en la mano.

—Han traído esto para usted, señora. Creí oportuno traérselo.

Macarena tomó el sobre de la bandeja con poco interés, pero se percató del lacre que lo cerraba. Contempló al ama de llaves con gravedad, que la miraba con muda complicidad. Volvió los ojos a Guillermo, que no parecía entender lo que sucedía.

—Gracias, Mariana. Puede retirarse.

Una vez la gallega se marchó, Macarena no se entretuvo en buscar el abrecartas y rasgó el sobre sin miramientos bajo la mirada vigilante de Guillermo, que continuaba aguardando una explicación. En su interior había dos entradas para la ópera. Dirigió la mirada hacia su acompañante al tiempo que las sacaba y se las tendía.

—Son de parte de la marquesa du Conti…

Guillermo se acercó y tomó las entradas y la carta, como si allí pudiera descifrar el significado de la invitación. Miró el papel rugoso, la letra ornamentada y, al cabo de un instante, desistió. No había motivo aparente por el que la aristócrata hubiera decidido invitar a Macarena, a no ser que se tratara de una invitación encubierta y que en realidad proviniera del capitán general, con quien doña Carlota mantenía una estrecha relación. De ser así, Macarena y Guillermo deberían presentarse y averiguar los motivos de Calleja.

Así que se aproximó a ella, escrutándola con detenimiento, y le devolvió la misiva.

—Espero que te guste la ópera.

13

Macarena apenas podía mantenerse agarrada del brazo de Guillermo, que cada cierto tiempo le recordaba que debía permanecer calmada. Ascendían por las escaleras oteando con disimulo a los asistentes, buscando a su anfitriona, aunque era una tarea imposible, porque el teatro Tacón se encontraba repleto. Guillermo la observó de soslayo y sonrió con sutileza en un intento de transmitirle algo de aplomo a su agitación. Macarena saludaba a sus conocidos desde la cómoda distancia, sin interrumpir su ascenso, impaciente por reunirse con doña Carlota y descubrir qué era lo que les deparaba la noche. Una vez en el rellano, un joven acomodador con un uniforme impecable los acompañó al palco, donde se hallaba la marquesa rodeada del séquito que Macarena había visto la primera vez que se dieron cita en su palacete de El Cerro. Se aproximaron para saludar a la dama, que contrastaba con la turba de pieles lozanas y con sus vestimentas de otra época.

—Querida Macarena, me alegra saber que ha decidido acompañarnos esta velada —dijo la marquesa sin molestarse en encubrir su fingida sorpresa.

—Lo mismo digo, doña Carlota. Permítame presentarle al sobrino de mi difunto esposo, el señor Guillermo Villalba.

La dama pareció satisfecha de ver lo que tenía frente a ella e hizo un ademán con la cabeza a modo de saludo.

—Su fama le precede…

Él no alcanzó a comprender si aquel comentario se trataba de un cumplido, pero se esmeró en regalarle una sonrisa a la vez que estudiaba su rostro marchito. Los ojos de la dama se clavaron en él, fríos, audaces. Guillermo comprendió que, a pesar de estar rodeada de personas insustanciales, ella emanaba un aura versada que, llegado el momento, podría resultar peligrosa.

—Es un honor, marquesa —respondió tomando su mano y llevándosela a los labios.

—Espero que se unan a nosotros en el receso.

—Será un placer.

Se acomodaron en las butacas de la segunda fila del palco, tras la aristócrata, y guardaron un incómodo silencio, conscientes de que en aquel lugar no podrían hablar con libertad. El tumulto del gran salón

los envolvía, por lo que les resultó más fácil aguardar en silencio. Macarena se abanicó con ligereza mientras recorría con la mirada los rostros diminutos en los palcos situados frente a ellos, con sus expresiones alborozadas y sus charlas intrascendentes, maquillados y engalanados con artificio, conscientes de que la representación de aquella velada no solo se escenificaba en el proscenio. La sala no tardó en comenzar a oscurecerse, y las voces se apagaron gradualmente. Los primeros acordes de la orquesta sonaban alegres y rápidos, mientras los susurros esquivaban los abanicos para llegar a los oídos de sus destinatarios. Macarena observó a Guillermo con inquietud y este le devolvió una sonrisa leve con efecto apaciguador, en tanto que los coros de voces ascendían para reventarse contra la bóveda del teatro. Los dos dirigían miradas furtivas a sus acompañantes, que parecían no prestar más atención que ellos mismos a la representación, preocupados de sus propios parloteos. Así pasó el tiempo hasta que concluyó el primer acto y varios mozos uniformados entraron en la sala con viandas y el imprescindible *champagne* francés. Algunos invitados de la marquesa hicieron acto de presencia llenando el espacio que separaba a Guillermo y Macarena de la marquesa. Un camarero paseaba una bandeja repleta de sugerentes copas espumosas, y Macarena lo detuvo el tiempo suficiente para vaciar el contenido de una de ellas en el acto. Logró hacerse con una segunda antes de que el sirviente se marchara.

—Intenta que no se te suba a la cabeza —le advirtió Guillermo.

No transcurrió mucho hasta que se les adosó el trío de jóvenes chismosas que siempre acompañaba a la marquesa. Macarena tenía clavadas sus risas estridentes en algún rincón de la memoria. Pero ese día, menos intimidada por la presencia de Guillermo junto a ella, no le resultaron tan amenazadoras y decidió ignorarlas al tiempo que ellas comenzaban a hostigar con preguntas insignificantes y coquetería a su acompañante. Aprovechando la situación, Macarena se alejó del tumulto del grupo hasta encajonarse contra la pared, cerca de la entrada al palco, donde unos cortinajes de terciopelo hacían las veces de puertas, protegiéndolos de las miradas ajenas. Desde la distancia, se permitió estudiar sin tapujos a la marquesa, que en aquel momento parecía sumergida en una conversación con varios de sus invitados. La andaluza continuaba sin comprender el objeto de su presencia en aquel lugar. En un principio había supuesto que doña Carlota querría comunicarse con ella, pero viendo que intencionadamente no le prestaba atención, pensó que debía de tratarse de algún otro motivo. Se resignó a que la marquesa volviera a jugar con ella. Estudiaba a los presentes, tanteando las conversaciones, las miradas y los gestos, con la intención de descubrir un indicio que apuntara a las razones que la marquesa tenía para haberlos llamado, y acabó topándose con unos

ojos que la escrutaban manifiestamente. El rostro alargado y cetrino se ornamentaba con un bigote descompuesto, tan fino como un hilillo despuntado sobre su labio superior. Poseía una expresión neutra aunque cruel. Su mirada astuta la atravesaba con ferocidad, como si aquel desconocido fuera capaz de leer sus pensamientos con mayor facilidad que la propia marquesa. Macarena quiso alejarse de él y retrocedió justo en el punto que el cortinaje se apartaba para abrir paso a un nuevo invitado con el que casi tropezó y al que no esperaba hallar en aquel lugar. Siguiendo su instinto, su mirada voló hacia el desconocido, que todavía la acosaba con ojos arteros, y de allí viajó a los de doña Carlota, que esgrimió una ligera sonrisa de victoria al observar la sorpresa incrustada en las facciones de la joven. Para evitar que leyera con tanta facilidad las emociones que la asolaban en esos momentos, se giró de nuevo hacia el recién llegado, al que habló con un tono más tenso de lo que pretendía.

—No sabía que estuviera en la ciudad…

James Vanderbilt posó sus ojos en ella el tiempo justo para reparar en el hermoso conjunto que formaba su cara enmarcada por sus bucles y su vestido elegante de tafetán. Después estudió el espacio contemplando los rostros ajenos y analizando la situación en la que se había visto envuelto.

—Llegué hace unos días, y doña Carlota ha tenido la amabilidad de invitarme…

Sus palabras llenaron de incertidumbre a Macarena. ¿Cuál era la relación del americano con la marquesa? Intentó pensar con agilidad, pues sabía que su anfitriona y el desconocido de rostro alargado estarían pendientes de lo que fuera a suceder a continuación, y en esos instantes lo que quería confirmar era si podía confiar en Vanderbilt. Tuvo claro que no debía hacer nada mientras no estuviera convencida de los vínculos que lo ataban a la aristócrata. Las palabras del capitán general ordenándole que no involucrara a la dama todavía repicaban en sus oídos.

—¿La conoce desde hace mucho?

—Hemos coincidido en diferentes ocasiones en los últimos años —admitió el americano con indolencia y sin que Macarena pudiera determinar si aquello lo implicaba o exoneraba de una posible alianza con ella.

La joven sabía que nada de lo que hacía Carlota Miranda estaba carente de propósito, y se preguntaba si esa reunión tenía el fin de facilitar un encuentro entre Vanderbilt y ella. Eso sin duda habría beneficiado los intereses del capitán general, pero sabía que don Emilio quería mantenerla al margen de todo aquello, por lo que supuso que la marquesa seguía su propia agenda. Desvió la mirada hacia Guillermo, quien todavía se encontraba acechado por el trío de

hienas. Sus ojos se cruzaron un instante, y no les hicieron falta palabras para comprender que él también creía que James Vanderbilt se trataba del verdadero motivo por el que la marquesa los había invitado. Y aunque no estuvieran en lo cierto, Macarena sabía que en ese lugar todos los oídos estarían pendientes de su conversación con James. Si tenía que hablar con el americano, debía hacerlo en un sitio apartado. Aprovechando que en aquel momento todos los presentes estaban entretenidos en diferentes conversaciones, Macarena tomó la iniciativa a sabiendas de las habladurías que despertaría.

—Me preguntaba si podría acompañarme a un lugar más discreto.

El americano comprendió que su antigua socia necesitaba decirle algo y apartó con sigilo el cortinaje de terciopelo, para poder escabullirse juntos del palco. Caminaron por los pasillos en silencio hasta que estuvieron seguros de que nadie los seguía y que podían hablar con libertad.

—¿Es consciente de que volverá a ser la comidilla de todas esas cotorras? —preguntó él sin evitar esgrimir una sonrisa burlona.

Bien lo sabía Macarena, que no gustaba de comprometer de nuevo su virtud en aras de salvar la patria, pero no tenía más remedio que hacerlo si quería que se ajusticiara al despreciable de Ceballos y podía asegurarse de que Guillermo y ella no fueran condenados por traición.

—No crea que lo hago con gusto.

Guardó silencio, reticente a confesarle la verdad. Los pasillos eran un enjambre de personas, y resultaba una tarea imposible dar con un pedazo de intimidad en el que dialogar. Pero al menos allí nadie mostraba tener el menor interés en su conversación.

—Entonces, ¿cuál es el motivo? —Sonrió, divertido por la charada en la que se veía envuelto, intrigado a su vez por las razones que habían llevado a la condesa du Conti a hacerlo, aunque se preguntaba si Macarena era partícipe de ella o tan solo un peón más en manos de doña Carlota.

La andaluza se paró en seco, agazapándose contra la pared que reflejaban las sombras de las siluetas que manchaban su nívea superficie.

—¿Qué sucede? —preguntó Vanderbilt.

—Ese hombre… —dijo Macarena en poco más que un susurro, señalando en la dirección por la que habían pasado unos instantes antes, donde se encontraba un hombre de rostro y cuerpo alargados y cabello ralo y negro.

Él miró con disimulo.

—Se encontraba en el palco de la marquesa. Creo que nos está siguiendo.

Él asintió a la vez que sonreía y la tomó del brazo invitándola a continuar su paseo con la intención de despistar al desconocido. Se

cruzaron con varios asistentes, que los estudiaron durante unos instantes, antes de regresar a lo que los atañía. Resultaba difícil hallar un lugar donde poder avanzar con su conversación sin ser interrumpidos, pero al menos les sería más fácil despistar a su persecutor. Se cruzaron con una marabunta de gente que parecía dirigirse a otro lugar y, aprovechando el desconcierto creado por los recién llegados, se apresuraron a una de las escalinatas que conducía a los pisos superiores, donde vieron un rincón aislado que aprovecharon para cerciorarse de que habían despistado al invitado de la marquesa.

—Es usted un imán para el peligro.

—No estoy segura de que yo sea el objeto de sus pesquisas. —La joven pensó en la última vez que se vieron y alguien había intentado acabar con la vida del americano—. Espero que el señor Bradley se haya recuperado.

—Robert se encuentra como nuevo, deseoso de poder regresar.

—Debe de estar de broma…

Él negó con la cabeza al tiempo que desviaba la mirada unos instantes para confirmar que todavía estaban solos.

—Ya debería saber que nosotros los americanos somos muy persistentes. Siempre conseguimos lo que nos proponemos.

—¿Es por eso que su gobierno se dedica a interferir en los asuntos de esta isla?

James dejó escapar una carcajada.

—No se anda por las ramas, Macarena.

—A estas alturas sería absurdo. Al fin y al cabo los dos conocemos de qué pie cojeamos cada uno, y no veo por qué no podemos esclarecerlo.

—¿Admite que trabaja para la marquesa? —quiso saber él.

—Solo velo por los intereses de mi país.

Macarena guardó silencio unos instantes al escuchar aproximarse a alguien. Esperaron, manteniendo la compostura bajo la tenue iluminación de los farolillos encastrados en la pared, expectantes por saber si entre las personas que se acercaban encontrarían al extraño que los acechaba. Los desconocidos, una pareja de madre e hija y tal vez el prometido de esta, pasaron de largo tras saludar con cortesía.

—No la tenía por una patriota…

—¿A diferencia de usted?

El americano moduló una sonrisa.

—Ya sabe que mi única patria es el *business*.

Ella captó el cinismo en sus palabras y su intención por ocultar los verdaderos motivos. Macarena sabía mejor que nadie que no solo lo movían los negocios, pues pocas semanas atrás había renunciado a Monserrat sin reclamar ningún tipo de compensación.

—Creo que se esfuerza demasiado por convencerme de eso.

Él la estudió unos instantes, recordando aquel momento en el que le entregó el documento con su renuncia a la propiedad del ingenio y se despidió de ella, persuadido de que no volvería a verla. No podía negar que se alegraba de haber coincidido con ella esa noche. Su expresión se desprendió de la pátina de cinismo que solía velarla y no pronunció palabra. Se sintió vulnerable y por un instante deseó besarla de nuevo, pero se abstuvo al recordar su reacción.

—¿Y qué es lo que la mueve a usted, Macarena? ¿Qué gana con esto?

«Libertad y justicia», quiso decir, pero se mantuvo en silencio. Unos pasos cercanos anunciaban la proximidad de alguien. Se miraron y, antes de que Macarena pudiera reaccionar, James tiró de ella en dirección opuesta. Después de asegurarse de que estaban a salvo de miradas ajenas, Macarena decidió proseguir con la farsa y ocultarle los verdaderos motivos por los que se había visto envuelta en esa situación.

—Solo pretendo ayudar a mi país.

Él sonrió ante su respuesta, y el muro de cinismo del que se había desprendido se volvió a consolidar. Macarena se acercó a él y lo tomó del brazo, invitándolo a continuar recorriendo el pasillo y alejándose un poco más del tumulto.

—¿Y cómo pretende hacerlo usted sola?

—¿Quién le ha dicho que lo esté?

Aquella respuesta lo descolocó.

—Entonces, debe de tener amigos muy importantes… Más incluso que la marquesa.

—No sabría qué decirle…

Siguieron por el corredor hasta llegar a las escaleras principales con intención de regresar al palco de la marquesa, puesto que el receso estaba a punto de concluir. El sonido atronador de las conversaciones se elevaba por las paredes. Con su aparición en escena, muchas de las miradas volaron hacia ellos, y de entre la multitud sobresalió la frialdad de un rostro alargado y un cabello ralo y negro que Macarena reconoció sin problemas.

—James… —murmuró atenazando con la mano su antebrazo.

Vanderbilt también había reconocido al indeseable que se empeñaba en seguirlos, y estuvo tentado de encararse con él, pero observó la culata de un revólver asomando bajo su chaqueta y supo que no dudaría en usarla a pesar de la muchedumbre que los rodeaba.

—No se preocupe.

Siguieron paseando entre los presentes, vigilantes de los movimientos del intruso, cerciorándose de que se mantenía a una distancia prudente.

—Esos amigos, los conocidos a los que me he referido antes,

desearían que su país parase de interferir en sus asuntos —musitó Macarena con tono confidencial.

—Eso son acusaciones muy graves. —A pesar de la seriedad en sus palabras, James mostraba su habitual sonrisa.

—No por ello dejan de ser menos ciertas. No es la primera vez que intentan comprar la isla. Ante la negativa estáis dispuestos a sumir a Cuba en una guerra con tal de saliros con la vuestra —dijo Macarena, que no se había dado cuenta del tratamiento que empleaba.

—Una guerra no beneficia a nadie…

—Su país siempre encuentra la forma de sacar provecho a los males de los demás.

—Eso es una afirmación muy cruel. —El americano fingió sentirse ofendido.

El sonido de la campana anunció el comienzo del segundo acto, y todos los asistentes comenzaron a retornar a sus asientos. Sabían que, en cuanto la gente se disipara, estarían a la merced del desconocido, por lo que debían llegar a la protección del palco antes de que el resto de los presentes se marchase.

—Venga conmigo —dijo Vanderbilt tirando de ella.

Se apresuraron a cruzar la riada de gente apelotonada y alcanzaron la escalera principal. No tardaron en ver aparecer al esbirro de doña Carlota, abriéndose paso a trompicones. Se apuraron en descender lo más deprisa que a Macarena se lo permitían las enaguas y los tacones. Al cruzarse con uno de los botones que se encargaba de acomodar a los invitados, James se dirigió hacia él.

—¿Ve a ese caballero? —dijo señalando al secuaz de la marquesa, que se encontraba bajando los primeros escalones, apartando con brusquedad a unos invitados—. Estoy convencido de que se ha colado aquí.

El jovencito, que había observado el comportamiento hostil del desconocido con varios de los asistentes que en ese momento protestaban por su rudeza, fue en su dirección.

—Eso nos dará algo más de tiempo para llegar al palco.

La pareja arribó al piso inferior y se encaminó a su destino con premura. Vanderbilt giró la cabeza para asegurarse de que habían logrado despistar al desconocido y Macarena aprovechó para retomar la conversación. Sabía que cuanta más información pudiera aportar al capitán general, más cerca estaría de la salvación. Por el momento, nada de lo que le había dicho James parecía suficiente, aunque, desde luego, el hecho de que un acompañante de doña Carlota los estuviera persiguiendo era algo que podría comentar al capitán general.

—Y si a su país no le interesa una guerra, ¿por qué coquetea con la idea y hace creer a los secesionistas que les brindará su apoyo?

James, concentrado en vigilar sus espaldas, respondió distraído, sin

sopesar demasiado sus palabras.

—Seguro que mi país estaría dispuesto a hacer otra oferta a España para comprar la isla y así evitar una guerra. Hay mucho dinero invertido aquí.

Macarena lo escrutó con asombro. Los americanos solo pretendían crispar la situación para forzar a la reina regente a vender la isla.

—¿Y qué le hace pensar que Cuba quiere ser un estado más de su país?

—¿Qué le hace pensar que los cubanos quieren ser una colonia más del suyo?

Se miraron durante unos instantes. Ella había conseguido una información que complacería al capitán general y él se sintió tentado de besarla de nuevo. Macarena notó que se ruborizaba al percibir sus intenciones. Estuvo a punto de decir algo, pero de pronto oyeron unos pasos que se apresuraban en su dirección. La expresión de su rostro se transfiguró y la huella de pudor se borró para mostrar un creciente temor.

—James…

Los pasos se acercaban y estaban a punto de darles alcance. Las voces se habían acallado en el interior de los palcos y la música comenzaba a flotar por el ambiente. Si aquel desconocido se trataba de la misma persona que había disparado al señor Bradley, estarían en un grave aprieto del que tal vez no salieran airosos.

—No se preocupe. Manténgase oculta detrás de mí.

Se interpuso entre los pasos y la joven para brindarle cierta protección. Una silueta apareció en la curva que hacía el pasillo y, después, el cuerpo de un hombre.

—Macarena… —La voz de Guillermo les arrancó un jadeo de sus gargantas.

—Guillermo, por dios. Cómo me alegro de verte —dijo ella.

El recién llegado se quedó observando la escena durante unos instantes con expresión sombría, pero cuando habló su voz sonaba apaciguada.

—La función ha comenzado. Es mejor que regresemos.

Ella asintió y dirigió la mirada hacia el americano. Se despidieron con palabras parcas y un gesto forzado. Guillermo y Macarena se alejaron en dirección al palco de la marquesa. Ella, con el corazón acongojado, temiendo que en cualquier momento fueran sorprendidos por el siniestro hombre, pues dudaba que se hubieran librado de él. Se paró en seco. Los temores la hostigaban cual ennegrecida sombra; intentaba aclararse, pensar en cómo actuar a partir de ese momento. Había conseguido lo que necesitaba. Podía compartir esa información con el capitán general. Estaba segura de que aquello le compraría un tiempo antes de que pudiera ejecutar su otra parte del plan y

convencer a Guillermo de colaborar con ella para organizar una reunión entre Martí y el gobernador.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que es mejor que nos marchemos.

Él la miró extrañado, aguardando una explicación e intuyendo que la conversación de Macarena con el gringo había sido más fructífera de lo que él había esperado.

—¿Y qué sucede con la marquesa?

—Le pueden dar morcilla. Tengo que ir a ver al capitán general e informarlo de lo ocurrido esta noche. Te lo contaré todo de camino a casa.

Era temprano cuando el quitrín cruzaba la plaza de Armas en dirección al palacio del capitán general. El día amanecía frío y un tanto sombrío, pero no parecía influir en el ánimo de Macarena, que por primera vez en mucho tiempo guardaba la expectativa de que su situación pudiera mejorar. Confiaba en que Calleja se diera por satisfecho con la información recabada y que, si no la liberaba de su petición, al menos aceptara que no tenía nada que ver con los secesionistas con los que se había aliado Guillermo.

El quitrín se detuvo en el amplio zaguán y Macarena descendió del vehículo para dirigirse hacia las escaleras que conducían al despacho de don Emilio. Un guardia salió a su encuentro interrumpiendo su paso.

—¿Puedo ayudarla, señora?

—Me espera el capitán general.

Él la estudió durante unos instantes antes de decidirse a creer aquella afirmación, pero no quiso arriesgarse a soliviantar a la dama y le pidió con amabilidad que aguardara a su regreso. Macarena esperó a que corroborara la información. Desde la penumbra de las arcadas de piedra podía vislumbrar el ajetreo propio del lugar. Se frotó las manos y se las colmó con el aliento cálido de sus pulmones, arrepintiéndose de no haberse puesto los guantes aquella mañana. Abajo, en el patio cubierto por una fría pátina de agua enturbiada, varios soldados se paseaban por el recinto sin demasiados ánimos, más preocupados por matar el tiempo que por hacer su labor de salvaguardar el lugar. Unos pasos anunciaron el regreso del oficial, que la acompañó hasta la dependencia donde aguardaba el capitán general, y Macarena se adentró en ella con la certeza de que a su salida sería una persona libre.

14

Situada sobre un terreno fragoso y seco en el oriente de la isla, junto al riachuelo del que heredó su nombre, se hallaba Baire, una pequeña aldea conocida por sus plantaciones de tabaco. Saturnino Lora había pasado toda la mañana sentado a la mesa, enredado en sus pensamientos y observando el telegrama recibido esa misma mañana. Resultaba curioso cómo una simple lámina de papel con unas letras garabateadas de forma apresurada podía cambiar el curso de la historia. Imaginó cuántos como aquel habían alterado de manera irremediable el devenir de la humanidad. En estas reflexiones estaba sumergido cuando su mujer le volvió a llenar la taza de café y descansó la mano sobre su hombro. No rompió el silencio enraizado en la mañana. Si estaba de acuerdo con el mensaje, ella no se lo hizo saber. Al fin y al cabo, aquello solo lo inmiscuía a él.

Saturnino retiró la mirada de la carta unos instantes, como si la mano en el hombro lo hubiera devuelto a la realidad momentáneamente. Se preguntó cuántos hombres se encontrarían en su misma situación esa mañana, cuántos de ellos arroparían el deber hasta llegar a entregar su vida si era necesario y cuántos arrojarían aquel mismo papel a la lumbre del hogar. Se levantó de la mesa y besó en la cara a su mujer. Ella lo acompañó con la mirada hasta que estuvo ante la puerta, descolgó el sombrero de yarey del gancho que colgaba de la pared encalada y se encaminó al exterior, en dirección a la plaza del pueblo. A pesar de ser invierno, el sol rezongaba en las calles y en las pieles de las gentes que, ajenas a lo que sucedía, dejaban discurrir sus vidas como otro día cualquiera. Y, sin embargo, aquel 24 de febrero de 1895 no tenía nada de ordinario. Saturnino volvió a pensar en aquellos que, como en tantas otras ocasiones, nunca habían sabido nada hasta que la realidad los abofeteaba y los sacaba de aquel extraño ensueño que llamaban vida y se topaban —sorprendidos— con la crudeza de la verdad.

Saturnino iba tan absorto en aquellos pensamientos que no se había dado cuenta de los *«Buenos días»* ni de la presencia de sus vecinos, que lo miraron durante unos instantes sin comprender qué le sucedía ese día ni por qué llevaba una pistola. Sus ojos se quedaban clavados en él, y hubo algunos que no se contentaron con seguirlo con la mirada y fueron tras sus pasos, recorriendo las callejas de gravilla crujiente en

dirección a la plaza donde se alzaba la torre de la iglesia del pueblo.

Las campanas repicaron al aire marcando la hora, pero nadie se detuvo a escucharlas, pues el extraño comportamiento de Saturnino Lora era suficiente razón para permitirse ignorar, por un rato, el transcurso del tiempo. Los ojos curiosos que lo vigilaban no podían negar el deleite de que esa anomalía en el comportamiento de un vecino estaba creando una interesante distracción en la monotonía de sus vidas. Saturnino comenzó a ser consciente de que todas las miradas se clavaban en él, y cuando llegó a la plaza del pueblo, aguardó a que los curiosos se arremolinaran en las inmediaciones mientras se formaba un silencio expectante alrededor de su figura.

—¡Qué carajo! —murmuró entre dientes.

Después alzó su revólver y pegó seis tiros al aire proclamando que desde aquel momento Baire se unía al levantamiento para librar a Cuba, de una vez para siempre, del yugo opresor de los españoles.

—¡Que viva Cuba libre, cojones!

La isla se convulsionaba contra la opresión de Ultramar, y Antonio Maceo, desde Costa Rica, intentaba hallar la forma de unirse a la lucha que había dado comienzo. Dieciocho años después del juramento de Mangos de Baraguá, seguía decidido a verter la última gota de su sangre para que la patria fuera libre. Todavía achacoso de la última bala que atentó contra su vida unas semanas antes en San José, y que aún continuaba clavada tan cerca de su columna que a veces sentía su frío metal rozándole el espinazo, había emprendido otra nueva hazaña con la intención de que fuera la definitiva.

Fue a finales de marzo cuando lograron partir, y desde la baranda de estribor contemplaba cómo el vapor con bandera inglesa llamado Adirondack dejaba atrás el puerto de Limón y la tierra que había sido su hogar durante tantos años. *No habrá más guerras para mí,* se dijo cuando el sol raspaba con sus rayos el gris de la madrugada, convencido de que aquella vez su causa saldría victoriosa. Junto a él, otros veintidós hombres al mando de Flor Crombet —su jurado enemigo, que años atrás había insultado su honor de tal modo que no tuvo más remedio que retarlo a un duelo a muerte— se encontraban surcando el Caribe con la intención de «saltar» a la mar cuando pasaran entre Cuba y Haití. José Martí, tal vez en otro gesto de desprecio por el general, había designado a Crombet para encargarse de aquella misión. Primero viajarían a Jamaica y de allí, antes de llegar a Las Bahamas y aprovechando que debían pasar frente a las costas de Cuba, el vapor se detendría el tiempo suficiente para echar unos botes al agua y que ellos pudieran alcanzar sus costas.

El Titán estaba acompañado por su hermano José —al que se

conocía por el apodo de «el León de Oriente»— y por Francisco Agramonte cuando Crombet entró en el camarote con gesto serio. Maceo lo estudió en silencio a sabiendas de que algún día debería arrebatarle la vida.

—Samson —dijo Crombet refiriéndose al capitán del vapor— se niega a detener el barco.

Antonio lo observó durante unos instantes, analizando a su enemigo y pensando cuáles eran las opciones que tenían.

—Pues si el barco no se detiene, lo detenemos.

—Si es necesario, lo hundimos —añadió José, conocido por su temperamento tempestuoso.

Crombet escrutó a los dos hermanos, persuadido de que serían capaces de hundir el vapor con todos sus pasajeros dentro si con ello llegaban a Cuba. Sacó la pitillera y prendió un cigarro con calma, sopesando lo que iba a pronunciar al tiempo que el camarote se llenaba de un humo empalagoso que velaba la luz del sol que se colaba por las ventanas.

—He dado mi palabra al capitán, como caballero y masón, de que no se usaría la violencia. Y pienso cumplirla.

—Entonces, ¿qué otras opciones tenemos? —quiso saber Agramonte, que exhibía una actitud neutral.

—Viajar a Bahamas. Una vez allí, Samson me ha prometido que nos ayudará a conseguir una embarcación que nos lleve a Cuba.

Maceo arrugó el ceño y se mesó el bigote, como si aquel gesto lo ayudara a concentrarse mejor.

—Ya estamos en Cuba —dijo señalando con el mentón la costa que se dibujaba desde su camarote de primera clase—. ¿Por qué arriesgarnos a alargar el viaje y que nos apresen?

—Porque no tenemos opción.

—Siempre hay otra opción —intervino José—. ¿Acaso no sabes que hay un crucero de guerra español comiéndonos el culo?

—El capitán está convencido de que no serán capaces de alcanzarnos, y se ha comprometido a ayudarnos una vez estemos en la Fortuna —dijo Crombet refiriéndose a la isla destino final del Adirondack.

—No podemos perder más tiempo —le recriminó el Titán—. ¿Qué crees que pasará cuando descubran que hemos abandonado Costa Rica con intención de llegar a Cuba? Cada minuto que este barco nos aleja de esa orilla es tiempo regalado a los españoles, que se estarán preparando para detenernos en cuanto pongamos un pie en la isla. Hemos de marchar ahora, y si hay que hacerlo por la fuerza, se hace con un par de cojones.

Crombet se cuadró; su opción era la mejor, y valiéndose de la autoridad que le había concedido Martí, les recordó que el responsable

de aquella misión continuaba siendo él y que se procedería según su parecer.

—Si tienen algún problema con ello, son libres de saltar por la borda y marcharse nadando a Cuba. Agramonte, venga conmigo.

El joven se levantó como accionado por un resorte de su asiento y los dos se marcharon en busca del capitán.

J. W. Samson esperaba a los cubanos en su camarote, una amplia dependencia que hacía las veces de estudio y dormitorio. Los atendió en su escritorio, donde en esos instantes redactaba unos papeles. Miró de soslayo a los recién llegados y los convidó a sentarse.

—Sé de buena tinta que *mister* Farrington, el vicecónsul de los Estados Unidos, está dispuesto a ayudarlos. Ahora estoy redactando las cartas que él debe firmar atestiguando que ustedes se dirigen en una partida de caza a la isla de Inagua. Y yo me comprometo a encontrarles un transporte y una tripulación que los lleve de regreso a Cuba.

—¿Está seguro de que no puede detener el barco?

El capitán negó con la cabeza.

—Mucho me temo que en el Adirondack viajan ciertos pasajeros con destino a Nueva York que si decidieran protestar podrían hacer que perdiera mi trabajo.

—¿Usted sabe que los españoles nos pisan los talones, y que si nos cogen seremos fusilados?

El capitán asintió a modo de respuesta recostándose en el respaldo de la silla. Miraba directamente a los ojos de Crombet.

—Estoy poniendo las vidas de veintidós hombres, y la mía, en sus manos.

—Le prometo que no las perderán.

—Entonces llévenos a buen puerto, y recemos por que su idea dé resultado.

Salió de allí decidido a hacer funcionar aquel plan, con la certeza de que la sublevación no triunfaría si no conseguían llegar a la isla. Pues, por más que le pesara, si Maceo no arribaba a Cuba, Oriente no acabaría de sublevarse. Y si debía dar su vida por ello, estaba dispuesto a hacerlo. Al fin y al cabo, ya se había despedido de ella el día que Maceo lo retó al duelo que debieron aletargar hasta que cumplieran con una obligación mayor para con la patria: su liberación. Solamente confiaba en vivir para ver ese momento.

Agramonte lo observaba absorto en sus propias cavilaciones, aguardando instrucciones concretas.

—Ve y diles lo acordado. Y estate pendiente de que no hundan el barco. —Le echó una sonrisa antes de dirigirse a su camarote, donde anotaría lo sucedido en su diario.

Tuvieron que pasar dos días más para arribar a la isla Fortuna, en

los que la pericia y destreza del capitán Samson los libró de que el ejército español les diera alcance. Una vez allí, tal y como les había prometido, los esperaba el vicecónsul Farrington, quien ayudó a validar las cartas escritas y los invitó a descansar en su mansión antes de emprender el viaje hacia su destino final. Aquella noche comieron hasta saciarse y durmieron como no lo volverían a hacer hasta que acabara la guerra.

Al día siguiente, Farrington les cedió su goleta personal para que atravesaran el mar del Caribe, pagando de su bolsillo a la tripulación que los conduciría a Cuba. Salomon Key habría de ser el patrón de la embarcación, y aceptó el encargo porque el dinero que le ofreció el americano se sentía demasiado tentador, a pesar de no molestarse en ocultar los recelos que guardaba por los cubanos a los que iba a llevar de vuelta a la isla. El resto de la dotación se componía de dos hombres de origen inglés que respondían a los nombres de Ramsley y Kinsey y que, al igual que el capitán, habían encontrado un aliciente en la jugosa cuantía de oro.

Zarparon sin demora en dirección a la isla Inagua. Acompañándolos iba una tormenta que a medida que se adentraban en el mar fue empeorando hasta convertirse en una galerna que agitaba el barco de tal manera que todos temieron que se fuera a pique. Pero la pericia de Salomon Key los salvó de ser pasto para tiburones, y una vez en la isla de Inagua tuvieron que aguardar a que el tiempo fuera más propicio. Con la tormenta debilitada, aunque todavía con la suficiente saña para hundirlos en un descuido, apremiaron al patrón a zarpar sin demora. Este solo se ablandó al ver que le ofrecían otros trescientos pesos de oro. Pese a unas condiciones desfavorables, con la mar picada, se embarcaron de nuevo al caer el sol, iluminados tan solo por las estrellas y en sepulcral silencio por miedo a que alguno de los cruceros españoles que aún estaban por la zona diera con ellos.

Con las primeras notas de gris que rompieron el negro nocturno, divisaron el horizonte brumoso de la isla. La luna continuaba rasgando la superficie encrespada del agua cuando distinguieron el faro de Punta Maisí, pero a pesar de la habilidad del capitán, la mar les hizo imposible alcanzar el destino acordado. Se decidieron a tocar tierra donde buenamente pudieran antes de ser descubiertos por los españoles.

—Ancle frente a la costa. Tomaremos los botes —decretó Maceo, que a partir de ese instante daría las órdenes.

Se echaron al mar en las gabarras, pero pronto se percataron de que sería imposible alcanzar la orilla, y tuvieron que retroceder.

—No hay forma de llegar —confirmaron a su regreso—. Solo nos queda la opción de echar la goleta sobre la costa y nadar.

Aunque Salomon Key no entendía español, comprendió lo

suficiente de la conversación como para saber lo que tramaban aquellos cubanos y comenzó a discutir con Crombet y algunos de los que habían estado a punto de perecer ahogados bogando en la oscuridad. Unos pretendían que se dirigiera hacia el faro, los otros que se echara a la costa, mientras el capitán se proponía esperar, porque no estaba dispuesto a perder su barco. Se armó en cubierta un jaleo que a punto estuvo de llegar a oídos de los españoles, y tuvo que ser Maceo quien impusiera orden, y resolvió sacrificar la goleta.

José repartió las armas —insuficientes—, y solo los mejores tiradores fueron abastecidos con rifles; el resto tuvo que conformarse con revólveres o machetes. Todos a bordo se prepararon para saltar cuando chocaran contra la costa. Salomon condujo la embarcación en dirección a la silueta de la isla, ennegrecida frente a la claridad del cielo. Las olas los zarandeaban con furia, el agua les calaba y el viento frío de la madrugada despejaba sus cuerpos adormilados. La tensión se acrecentó al recortar las distancias con la costa. El aullido del viento, el repicar de las olas y el aporrear de sus corazones se percibían en el ambiente. Poco tardaron en tocar fondo, y la embarcación viró hasta hundirse rápidamente entre sombríos lamentos que llenaron la noche. Los ocupantes se lanzaron al agua embravecida en silencio y nadaron hasta alcanzar la orilla. Atrás dejaban la embarcación quebrada por el oleaje. Desorientados y calados, se reagruparon mientras se sostenían la mirada con intensidad y una extraña energía se esparcía por sus espinazos. Tras siete días de periplo, habían alcanzado por fin Cuba. José se acercó a su hermano Antonio y rodeó sus hombros con un brazo.

—Este es el comienzo, carajo. Recuperemos nuestra patria.

—Hasta la última gota de nuestra sangre.

Reemprendieron la marcha con diligencia porque el ejército español no tardaría en descubrir los restos de la embarcación y hallar la posición exacta por donde habían arribado a la isla. Caminaron por la playa hasta adentrarse en la selva, orientándose tan solo con la luz de la luna y una brújula que llevaba Maceo. El frío de la madrugada se pegaba a sus ropas mojadas y sus cuerpos agotados comenzaban a sentir la larga travesía. Anduvieron hasta que el día empezó a iluminarse con las primeras luces y avistaron tierra habitada. Vieron un pequeño rancho de paredes encaladas que se dibujaba contra el verdor eterno de la selva, y se dirigieron hacia allí con cautela. Cuando llegaron, los hermanos Maceo se aproximaron mientras los demás aguardaban entre la maleza colindante. Un hombre de rostro curtido de sol y campo salió a su encuentro, receloso.

—Buenos días. ¿Qué los trae por aquí?

—Buenos días, *compay*. ¿Tendría a bien decirnos dónde estamos? —preguntó Antonio Maceo.

El dueño de la casa, que había escuchado los rumores del levantamiento, comprendió que aquellos extraños eran insurgentes.

—Están ustedes en la desembocadura del río Duaba. No muy lejos queda la ciudad de Baracoa.

Maceo se ubicó en silencio, confirmando que se habían desviado demasiado del punto donde querían desembarcar. Viajar a la zona acordada les llevaría varios días. Aun así, después de la ardua travesía, poco importaba la demora. Estaba convencido de que pronto llegarían a su destino, y por el camino se encargaría de hacer saber a todos que el Titán de Bronce estaba en la isla y que, a partir de entonces, el Oriente era suyo.

—¿Ha escuchado usted hablar de Maceo?

El guajiro lo miró sin estar seguro de qué responder. Echó un vistazo de soslayo a su mujer, que colaba el café en el interior de la casa, y se decidió por contestar con cautela.

—Yo conozco lo que contaron de la guerra Grande, pero no sé nada más. Por aquí no se le ha visto.

Una sonrisa abrió los labios de Maceo.

—Pues se encuentra usted ante él. Y le aceptaría de buen grado un café de ese que está preparando su mujer, si tienen a bien convidarme.

El jornalero no pudo ocultar la sorpresa que impregnaba su rostro, y después sonrió.

—Pasen ustedes, que los convido a un desayuno y a descansar, si lo necesitan.

Tras la larga noche que todos habían vivido, los estómagos les rugían y los cuerpos les imploraban un descanso. Los hermanos se miraron de soslayo.

—No querríamos abusar de su confianza, pero nuestros hombres están cansados y hambrientos.

Y aceptaron la hospitalidad del matrimonio de buena gana. Con el buche lleno y el cuerpo reposado, Maceo dio después instrucciones a la tripulación del barco hundido.

—Ustedes tendrán que viajar a la ciudad de Baracoa: desde allá no les será difícil regresar a casa. Debemos proseguir. La costa todavía está demasiado cerca, y para estas horas ya habrán descubierto los restos del barco. —Observó los rostros cansados de sus hombres, que apenas habían dormido unas cuantas horas en la última semana, pero todos ellos confiaban ciegamente en él. Incluso Crombet no se atrevió a contradecir sus palabras—. No muy lejos de aquí queda una colina en la que podremos montar campamento. Allí descansaremos antes de seguir con nuestro viaje.

Durante gran parte de la mañana se enredaron en una larga travesía, cruzando plantaciones, evitando los caminos e internándose aún más en la manigua. El suelo despedía un olor húmedo y dulzón

bajo sus pies, sus pasos sonaban amortiguados por la densa vegetación que los enlentecía. Horas más tarde divisaron la colina de Alto del Pino —un terreno que el general ya conocía de la Guerra Grande— y ocuparon una casucha donde se permitieron descansar. Con los cuerpos más descansados y con algo de provisiones, divisaron una compañía de infantería con más de setenta soldados.

—¡José! Prepara a los hombres. Busca los que tengan más experiencia y que cojan los rifles. Los demás que estén atentos. Que nadie pegue un solo tiro mientras que no estén a nuestro alcance.

En pocos minutos todos estaban pertrechados en sus posiciones, preparados para hostigar a los soldados, que nada tenían que sospechar. Sin embargo, la tensión que precede a la batalla enturbiaba el ambiente y desencajaba sus rostros. A pesar de la ventaja que les ofrecía la posición, solo la mitad de los hombres disponía de rifles, y el ejército contrario los triplicaba en número. Si los españoles descubrían que nada más eran veinte hombres con once fusiles y algunos revólveres, no cabía duda de que aguardarían refuerzos, y ese sería su fin. No obstante, contaban con la pericia de Maceo, que valía más que un regimiento, y no le costó demostrarlo. Cuando se aseguró de que los soldados estaban a suficiente distancia, dispararon hasta abatir a varios de ellos. Los españoles se pusieron a cubierto y comenzaron a responder al fuego, pero pronto vieron que los mambises estaban mejor posicionados, y cuando les arengaron al grito de *«¡Aquí está Maceo!»,* ninguno se atrevió a asomarse, y se marcharon en retirada.

Aquella victoria fue la primera de muchas durante los días siguientes. La noticia de la llegada de Maceo iba extendiéndose por la isla, por lo que el número de hombres que comenzaron a unirse a la revuelta aumentaba con los días. Sin embargo, el territorio al que habían arribado se hallaba controlado por los españoles, que no tardaron en hostigarlos. Esta situación dio comienzo a una carrera en la que tuvieron que esforzarse en alcanzar al grueso del ejército sublevado antes de que los atraparan. No se jugaban sus vidas, sino el futuro de Cuba.

Los españoles fueron cercando a Maceo y a sus hombres con el transcurso de los días, empujándolos al interior de la sierra, donde sufrieron las penalidades propias de la selva, la lluvia, el cansancio y el hambre. Durante algo más de una semana malvivieron por aquel territorio desconocido en el que no contaban con el apoyo de ningún guajiro, pues en su gran mayoría eran indios —como llamaban a los pocos oriundos que quedaban en la isla— y estaban emparentados con los indios de Yateras, unos guerrilleros que ayudaban al ejército español en la encarnizada persecución contra los recién llegados.

—A este paso nos cogerán antes de que nos reunamos con Periquito

—comentó Agramonte con cierto desaliento, fruto de las penurias padecidas desde que arribaran a la isla.

Las órdenes eran claras: tras desembarcar, debían reunirse con Pedro Agustín Pérez —Periquito—, que era el mayor general de los revolucionarios de Oriente. Pero nadie había calculado la saña con la que el ejército español, y en especial los indios, los acechaba. El resto de los presentes asintió con desánimo, fruto inequívoco del hambre y del cansancio. Crombet, que se veía relegado a un papel secundario desde que habían mandado a Salomon Key a estrellar la goleta contra la costa, asintió dándole la razón a su compañero. Como el resto de hombres, se encontraba demacrado tras haber comenzado aquel periplo dos semanas atrás en el puerto de Limón, en Costa Rica. Se preguntaba si aquella persecución sin cuartel se debía al hecho de que Maceo formara parte del grupo. Pero se guardó de compartir ese pensamiento porque, por el momento, y a pesar de las penurias, todos seguían con vida. Maceo se las había apañado para salir airoso de cualquier encerrona.

—Es cuestión de días que lleguemos junto a Perico. Sería una cabronada que, a estas alturas, esos indios malnacidos nos atraparan.

Se llevó un grueso puro a los labios, que él mismo había enrollado con unas hojas de tabaco seco, y no tardó en expulsar una bocanada de humo que le supo demasiado amarga. Sabía que gran parte de aquel berenjenal estaba causado por el acuerdo que alcanzó con el capitán Samson, y que, de haber seguido las indicaciones de los Maceo, con toda seguridad ya habrían llegado al campamento.

—Pero no se preocupen, que no tardaremos —añadió, forzándose a sonreír.

En esa ocasión fue Fustiel quien respondió. Era seco como un tocón de madera y casi tan empecinado como José Maceo. Hasta aquel instante se había contentado con escuchar los lamentos de los demás, pero sabía que debían dar con una solución antes de que sus números continuaran menguando y los acabaran apresando uno por uno.

—Pues algo habrá que hacer para librarnos de ellos.

—Eso depende de lo que diga el general —replicó Flor Crombet, refiriéndose a Antonio.

Todos los rostros se giraron hacia el de José, que se entretenía afilando una vara de árbol con un cuchillo mientras sostenía entre sus labios un habano igual de grueso que el de Flor.

—A mí no me miren —farfulló sin molestarse en retirar el puro de su boca—. El que manda es el general.

Los otros se mantuvieron en silencio echándose miradas de soslayo, buscando al valiente que se atreviera a replicar. Entre todos ellos lo hizo Fustiel, que conocía a ambos hermanos porque había vivido años en la Mansión de Nicoya y no tenía reparo en expresar su opinión.

—Si hay alguien a quien escuchará, es a ti.

El menor de los hermanos Maceo levantó la mirada de la vara y dio una larga chupada a su puro, permitiendo que el humo se diluyera en el aire fresco de la tarde.

—¿Y por qué cojones piensas que va a hacerme más caso a mí? —preguntó cansado de que los hombres acudieran a él con la intención de que influyera en las decisiones de su hermano.

—Porque eres tan buen estratega como él.

José soltó una risotada, levantándose del tronco donde descansaba. Se acercó a Fustiel y le dio una palmada en la espalda.

—En eso tienes razón —dijo.

Después se alejó en busca de Antonio. Lo encontró no muy lejos de allí. Dormitaba apoyado contra el tronco de un árbol. Un sombrero le cubría el rostro, y cruzaba los brazos sobre el plano abdomen. José sabía que en esos momentos su hermano no dormía y que su mente intentaba hallar una manera de salir airoso de aquella situación y conducir a sus hombres al campamento de Perico Pérez antes de que fuera demasiado tarde.

—Sabes que la única solución es plantarles cara.

Maceo se descubrió el rostro con lentitud y echó una mirada sesgada a su hermano. De todos ellos, era el que más le recordaba a sí mismo en el físico y el que menos se le parecía en lo demás, pues el general se creía templado y juicioso; por el contrario, José se dejaba llevar por sus pasiones en todos los ámbitos de la vida, desde las mujeres a la batalla. Y así le iba…

—Eso sería una imprudencia, y lo sabes tan bien como yo. —Volvió a apoyar el sombrero en su rostro, pero esta vez solo lo cubrió parcialmente—. Por la forma en la que nos hostigan han debido de averiguar nuestros números y las armas de que disponemos. Se valdrían de su superioridad numérica para atraparnos.

—Pues ya me dirás, pero algo hay que hacer; no podemos continuar huyendo. Nos están dando caza, y más pronto que tarde acabarán por atraparnos a todos.

—Nuestros números no nos favorecen, y no tenemos suficientes armas ni munición para emboscarlos. Además, no conocemos el terreno.

—Eso no fue un problema el día que llegamos.

Antonio lo miró con firmeza durante unos instantes. Después escurrió la vista hacia la espesa maleza que los rodeaba, una intrínseca y desconocida sierra que se les interponía a cada paso de la marcha y los debilitaba porque no les proveía con alimentos, salvo los pájaros o alimañas que muy de vez en cuando se apañaban para apresar. Tenían las tripas tan retorcidas que seguro que no pasaría mucho más antes de que alguno de ellos cayera enfermo.

Antonio regresó de sus divagaciones y respondió a su hermano.

—Ese día los tomamos por sorpresa, y yo conocía el terreno. Esta vez sería diferente. —Sintió un mosquito posarse en su brazo y con un ágil golpe lo aplastó contra su piel. La humedad, el calor y los insectos no les daban tregua—. Son casi igual de molestos que los españoles…

José soltó una carcajada.

—Haz lo que creas oportuno, Antonio. Pero ten por seguro que estos hombres prefieren morir defendiendo sus vidas aquí que perderlas contra un paredón.

Antonio percibió determinación en sus ojos. Bien sabía que su hermano daba voz a sus propios temores, pero aquello no alteraba la realidad a la que se enfrentaban, y no estaba dispuesto a consentir que pasara ni una cosa ni la otra. Volvió a cubrirse el rostro y recuperó su postura. José supo que era el momento de dejarlo con sus elucubraciones, y se marchó. De regreso a su tocón, el resto de los hombres lo miró con expectación.

—Él es el que manda. —Se encogió de hombros.

Y cada uno ahondó en sus pensamientos aguardando una decisión que no tardó en llegar, pues poco rato después el general se aproximó donde se sentaban sus compañeros y esperó en silencio retorciéndose el bigote y escrutando los rostros cansados de los presentes.

—Sé lo que sienten todos ustedes, pero no es prudente emboscar a los españoles. Estamos en territorio indio, y esos traidores conocen esta sierra como la palma de su mano. Sería una imprudencia por mi parte pedirles que se enfrenten a nuestro enemigo, porque nos superan en número y son mejores rastreadores. No tardarían en darse cuenta de los planes que tenemos. —Volvió a pasear su mirada firme entre los presentes. Solo Crombet y José se la sostuvieron; el resto no tenía las fuerzas suficientes para aguantar la pesada carga que desprendían sus astutos ojos negros—. Debemos evitarlos mientras no tengamos los recursos suficientes, porque de otra manera arriesgaríamos nuestras vidas, en vano. Créanme si les digo que no nos van a faltar oportunidades para pelear y emboscar a soldados españoles. Pero ahora Garrido y sus hombres nos pisan los talones. Por los números y las habladurías que hemos oído, son más de seiscientos, y no les podemos dar batalla con diez winchesters y unos pocos machetes. Hay que saber cuándo plantar cara y cuándo retirarse.

Ninguno se atrevió a decir nada, ni siquiera José, porque todos sabían que el general estaba en lo cierto.

—Me he prometido llevarlos a salvo al campamento de Periquito Pérez —continuó Maceo—, y no voy a arriesgar la vida de nadie. Lucharemos si nos vemos obligados, pero ahora tenemos que avanzar. Es tiempo de levantar el campamento y continuar.

Tras este discurso, el grupo prosiguió su camino hasta que la noche

trajo una oscuridad tan densa que se vieron forzados a parar. Los rodeaban los sonidos nocturnos de los animales y los insectos a los que se habían acostumbrado tras las largas jornadas en la sierra. Sus cuerpos se habituaban a deambular entre un terreno situado a medio camino del sueño y la vigilia hasta la llegada del albor. Cuando el alba partía el cielo, se pusieron en marcha, y no tardaron en situarse a la orilla de un río donde encontraron un pequeño bohío abandonado al que se acercaron con precaución. Al no ver nada sospechoso, decidieron ocupar el lugar y buscar algo con lo que calmar su hambre.

—Hay un cerdo bien hermoso en una porqueriza en la parte de atrás —dijo Fustiel, que empezaba a afilar el machete sintiendo que la boca se le aguaba pensando en las carnes magras del animal.

—No tardes en darle machete, que a este paso, si no nos mata una bala, nos morimos de hambre —dijo José.

Maceo permanecía vigilante, desconfiando de que el lugar estuviera vacío y sus dueños no se hubieran llevado al chancho al que despachaba Fustiel. Se aproximó a su hermano.

—Diles que se anden con ojo, porque esto tiene pinta de encerrona.

José lo miró porque nunca erraba en su criterio, y comenzó a otear su alrededor, aunque no halló nada sospechoso. Aun así advirtió a los demás que estuvieran atentos. El hambre apretaba, sin embargo, y enseguida se olvidaron de las palabras de su general, confiados en que todo andaba bien por aquellos parajes. Incluso se permitieron amodorrarse sin percatarse de que estaban siendo emboscados de nuevo por los indios de Yateras y los españoles comandados por Garrido. Cuando quisieron darse cuenta de lo que ocurría, fue demasiado tarde. Tuvieron que salir a la carrera con lo puesto y sin probar bocado. Los sublevados se dispersaron en diferentes grupos, por lo que sus números se vieron aún más menguados. José acabó con Crombet y Fustiel, entre otros, hasta ser un total de cinco. Maceo se vio con varios de los soldados más inexpertos. Nada se supo del resto del grupo del que se había separado, por lo que continuaron andando hasta que la noche cayó sobre la manigua.

Durante días anduvieron por la sierra sin poder dar los unos con los otros, alejándose de su destino en un intento de despistar a Garrido, que había dividido a sus hombres en varios contingentes que les seguían la pista, cercándolos en los terrenos más abruptos de las montañas. Fue el grupo de José y Crombet el que, cuando caminaba por un trillo que se usaba para subir los sacos cargados de café de una plantación cercana, se volvió a topar con los indios, y, a pesar de que no eran más de cinco y superaban sus números en decenas, presentaron fiera batalla. Los tiros llenaban un aire cargado con

pólvora y sangre de ambos bandos.

—Ese es Crombet, que se enfrenta a Garrido —murmuró Maceo al escuchar los disparos en la distancia.

Una expresión de preocupación cruzó su ceño; presentía que algo funesto iba a pasar. Sin embargo, se hallaban demasiado lejos para acudir en su ayuda, y, de haberlo podido hacer, solo habrían conseguido que los mataran a ellos también. Esforzándose por ignorar los sentimientos que lo empujaban a retomar sus pasos y dirigirse al auxilio de sus compañeros, continuó por el sendero que recorrían, apremiando a los demás. Poco más tarde, en la reyerta, Fustiel caía y una bala certera destrozaba las costillas de Crombet al intentar auxiliarlo. Este se protegió tras un árbol, con el costado atenazado por tirantes punzadas de dolor, con Fustiel muerto y con el resto de los hombres huyendo. José, acechado por varios indios y con su revólver descargado, se vio en la tesitura de tener que elegir entre acabar preso o muerto. Optó por la segunda opción y, sin pensarlo dos veces, se precipitó por un barranco ante los ojos incrédulos de sus perseguidores. El resto de su grupo fue apresado al tiempo que una bala lanzada con saña y buen tino alcanzaba el hermoso rostro de Crombet, que se desplomaba, muerto al instante. Así, el grupo que había dejado Costa Rica unos días atrás se vio reducido a la mitad, y los pocos que quedaban se esforzaban por sobrevivir el tiempo suficiente para entrar en territorio sublevado.

Cuando días más tarde, y tras casi un mes de viaje, Maceo y los suyos llegaron finalmente al campamento de Periquito Pérez. Se veían en un estado tan demacrado que nadie reconocía en él al titán que había sido. Sus ropas trasnochadas eran poco más que harapos que su cuerpo enflaquecido no lograba rellenar. El general se paseó por las inmediaciones del campamento contemplando a las tropas, sintiendo el peso de la carga que había llevado todas aquellas jornadas aflojándose en su espalda maltrecha y su cansancio de semanas, que parecía de años. Ahora que se reunía con su ejército podía respirar aliviado. Contaba con hombres fieros que habían luchado con él durante más de diez años y jóvenes vigorosos que habían crecido al cobijo de la leyenda que se había forjado con su nombre. Sabía que todos ellos darían su vida por la libertad de la isla si él se lo pedía. Los ojos curiosos lo observaban a medida que avanzaba por el campamento hasta que se paró donde todos pudieran escucharlo y elevó su vozarrón profundo.

—¿Tan viejo estoy que no me reconocen?

Si bien las apariencias de aquel cuerpo demacrado pudieron engañarlos, el timbre de su voz resultó inconfundible, y un rumor comenzó a extenderse por el campamento mientras los vítores con su nombre se levantaban a su alrededor. Los recibieron con abrazos y la

certeza de que a partir de aquel momento la guerra iba a dar comienzo.



15

Durante las semanas que sucedieron al alzamiento, La Habana se plagó de noticias que se vivían con escepticismo. La gente continuaba convencida de que la guerra se libraría en Oriente como sucedió treinta años atrás, por lo que nada perturbaría sus ociosas vidas. En los periódicos y las gacetas afines a la insurgencia se alababa las acciones de Gómez, Maceo y Martí. Por su parte, los contrarios al levantamiento criticaban al capitán general, pues no había hecho lo suficiente por apaciguarlo a pesar de que contrabandistas y filibusteros llevaban introduciendo armas por las costas desde el mes de enero. Las lenguas más mordaces lo tildaban de secesionista, y en los salones se rumoreaba que permitía a Maceo y sus expedicionarios adueñarse de Oriente porque esa parte estaba en pie de guerra desde que el Titán entrara en la isla unas semanas atrás. Con la consiguiente llegada de Gómez y Martí y la publicación del *Manifiesto de Montecristi* —donde se hacía un llamamiento a las armas contra el ejército español—, los ánimos secesionistas cuajaron en el resto de la isla, y la sublevación, para sorpresa de los habaneros, se sentía en el umbral de la ciudad. El capitán general comenzó a desplazar a los soldados hacia la zona sublevada con la intención de parar el progreso de los insurgentes. Entre los oficiales que tuvieron que marchar con sus tropas se encontraba Carlos Bermúdez, general del ejército y padre de Teresita.

El día que partió a lomos de su caballo en dirección a Camagüey, mujer e hija acudieron a despedirlo con el pecho agarrotado de pena. Doña Inés no tardó en recluirse en su cuarto y echar las persianas para que no entrara la luz porque la aquejaba una jaqueca terrible, y se dedicó a rezar por su marido hasta el día siguiente. Por primera vez en más de una década se separaba de su lado, y temía que la guerra le arrebatara su futuro y a su compañero de vida.

Teresita apareció sin previo aviso en la puerta de casa de Macarena. Venía con el ánimo inquieto, y cruzó el zaguán a grandes zancadas hasta dejarse caer en el sofá de mimbre del patio. Antes de preguntar por lo que le sucedía, Macarena pidió que le sirvieran un chocolate caliente para que reconfortase su ánimo, y después echó una mirada de soslayo en dirección a la biblioteca, que permanecía cerrada. Allí Guillermo y su inseparable Federico Borrell estarían

repasando la prensa recién traída y celebrando como cada mañana, con ron y cigarros puros, las noticias de los avances del ejército insurgente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Macarena.

—Se han llevado a papá al Oriente.

—Supongo que es normal. El levantamiento es más fuerte en esa zona de la isla.

—¡Ay, Macarena! No quiero imaginar qué sería de nosotras si algo le pasara… —dijo Teresita tras reconfortarse con un trago denso a la taza de cacao que acababan de llevarle.

—Estoy segura de que estará bien. Por lo que se rumorea, los mambises se camuflan en la manigua y el ejército no tardará en apresarlos, por mucho que se hable de ese Titán —dijo la andaluza haciendo referencia a las noticias que llegaban desde Oriente sobre Maceo y su ejército.

Teresita pareció sentir cierto consuelo en las palabras de ánimo de su amiga, aunque todavía había otro motivo que la angustiaba.

—No es solo eso, ¿verdad? —intuyó la andaluza.

Su amiga asintió.

—Si mi padre resultara herido, o algo peor, jamás podré aspirar a casarme bien. —Se interrumpió, incapaz de continuar al percibir la opresión tensándole el nudo de la garganta—. ¿Quién va a quererme si solo nos quedamos con una mísera pensión de viudedad? —Teresita apretó los labios y retuvo las lágrimas con esfuerzo.

—No digas eso, mujer. La mitad de los hombres de esta isla darían su brazo derecho por casarse contigo.

Teresita hizo un mohín a modo de respuesta, pues no halló alivio en esas palabras.

—Además —prosiguió Macarena—, no es la primera contienda en la que tu padre lucha. Sabrá cómo cuidarse de un puñado de desarrapados que se esconden en la selva.

Teresita la reprendió con la mirada antes de estallar.

—Válgame dios, Macarena. Parece que has nacido ayer. Si esos desarrapados, como tú los llamas, siguen ganando batallas al ritmo que lo hacen, estamos todos condenados. Será el fin.

Esa respuesta tomó a Macarena por sorpresa, y, a modo de disculpa, esbozó una sonrisa taimada.

—Los insurgentes se aprovechan de la incompetencia del capitán general y están llenando la isla de expedicionarios, de armas y de bandidos… —La irritación que sentía forzaba a Teresa a hablar trastabillándose y a exagerar—. ¿Acaso no sabes que esos despreciables de Gómez y Martí ya están en la isla y han hecho un llamamiento a las armas a todos los cubanos?

Macarena no dijo nada, porque Teresita se encontraba muy

alterada, pero recordaba cómo las noticias de la llegada de ambos insurgentes se habían hecho eco en toda la isla, alimentando los clamores de revuelta, pues Martí, más que ningún otro, encarnaba la causa en sí de esta nueva oleada insurgente. Llevó la mirada al cielo que se colaba por el lucernario del patio y vio una bandada de pájaros atravesarlo. La voz de su amiga la llevó de vuelta al interior de la vivienda, y al volver la mirada hacia ella, detectó en su rostro almendrado que su enfado iba en aumento.

—Ese majadero no ha hecho nada para detenerlos. Ni siquiera toma represalias contra los clubes revolucionarios ni los periódicos que arengan a la gente a alzarse en armas. Estoy convencida de que, como nada cambie, de aquí a unas semanas nos tendremos que marchar de vuelta a España, ¡con lo que odio los barcos! Seremos el hazmerreír de la nación y yo me convertiré en una solterona…

Teresita se echó la mano a los labios para ahogar un gemido y sus ojos se humedecieron por las lágrimas que era incapaz de contener, aunque la reacción se le antojó a Macarena harto desproporcionada. Era cierto que buena parte de los españoles se sentían desencantados con don Emilio, a pesar de que ella no veía culpa en su intento por apaciguar los ánimos y tratar de dar con una solución que no implicara sumir a la isla en otra sangrienta guerra. Y aunque Oriente se había alzado en armas, resultaba poco probable que los sublevados estuvieran a punto de ganar. No obstante, si llegaba a suceder tal y como predecía su amiga, tampoco veía tan grave el desenlace, porque, al fin y al cabo, sus planes no habían variado y estaba decidida a vender sus propiedades y marcharse de allí. La guerra se antojaba como otro suceso más que convergía hacia el mismo fin, que no resultaba ser otro que regresar a Sevilla cuanto antes. Únicamente debía asegurarse de que don Emilio cumpliera con lo acordado en su última reunión y le permitiera marcharse de la isla sin ningún impedimento.

—Creo que te lo estás tomando a la tremenda, amiga mía. —Le dio unos golpecitos suaves en la mano para confortarla—. Ya verás como dentro de poco ves las cosas de manera diferente. Tu padre no tardará en escribir y daros buenas noticias.

—Ojalá dios te escuche —dijo Teresita más sosegada.

—Estoy segura de que en unos días los hombres se aburrirán de hablar de guerra y volverán a llenar los salones.

Macarena le dirigió una mirada divertida y después la abrazó. Teresita sonrió.

—Gracias, amiga mía. Ahora tengo que regresar con mi madre. No quiero dejarla sola, porque está muy alterada con la ausencia de papá.

La joven se levantó en el preciso momento en el que los hombres irrumpieron en la galería entre risotadas. Teresita se giró hacia ellos.

—No sabía que tuvieras visita —siseó al tiempo que escrutaba al desconocido que acompañaba a Guillermo, que, si bien no resultaba tan atractivo como el apuesto sobrino del difunto marido de Macarena, halló algo en su semblante que la cautivó.

—Es Federico Borrell, un buen amigo de Guillermo, y mejor partido —aclaró Macarena en un susurro imperceptible para ellos—. Su tío abuelo hizo una de las mayores fortunas de la isla con la trata de esclavos, y todavía viven de las rentas.

Macarena apreció cómo su amiga estudiaba con interés el rostro aniñado de Federico bajo el flameante pelo rojizo a medida que descendían por las escaleras con aire distinguido pero vital. La belleza castiza de la amiga de Macarena no pasó desapercibida para el cubano, que se adelantó a saludarlas con cortesía.

—No sabía que estuviera acompañada, Macarena. De haber sido así, no nos habríamos entretenido con los asuntos de la guerra y hubiéramos venido a hacerles compañía —dijo Federico.

—¿Y de qué otra cosa se puede hablar estos días? —se jactó Guillermo.

—Eso mismo discutíamos nosotras —respondió la invitada en un intento por llamar el interés del taheño.

Este sonrió con cierta indulgencia, pues de sobra sabía que los asuntos que afectaban a la guerra eran cosa de hombres, y que por mucho que las damas intentaran mantenerse informadas, no lograrían comprender la magnitud de tal evento ni las consecuencias que conllevaría para la isla.

—No llego a imaginar qué podrían estar discutiendo —dijo, tratando encubrir la sorna que lo embargaba, pues no quería ofenderlas, y echó con disimulo una mirada cómplice a su amigo.

—La ineptitud del gobernador. De seguir así, España no tiene posibilidades de ganar la guerra —soltó Teresita.

El pecho de Federico comenzó a estremecerse, y estalló con una jovial carcajada, pues compartía análoga opinión, a la que sumaba la dicha de saber que por aquella misma razón el ejército sublevado parecía continuar dominando la situación en el oriente de la isla.

—No podría estar más de acuerdo con ustedes entonces.

Teresita sonrió, creyendo que compartían la misma animadversión por el capitán general, y aunque no erraba por completo, las razones que los conducían a ello no podrían ser más antagónicas.

—Y si es así, pronto lo celebraremos —añadió Guillermo en referencia a la agorada derrota de Ultramar.

Al escuchar el comentario, el rostro de Teresita se veló con una expresión de aflicción, solo perceptible para su amiga. A pesar de estar disfrutando de la agradable compañía de Federico Borrell y su querida Macarena, se vio obligada a marcharse.

—Mi madre aguarda por mí —dijo despidiéndose de forma abrupta —. Don Federico, espero tener la oportunidad de hablar sobre la guerra en otra ocasión.

—Será un placer —respondió él tomando su mano y llevándosela hasta los labios a modo de despedida.

Media hora más tarde, y tras una exhaustiva indagación sobre la bella Teresa, Federico también se marchó. Macarena aprovechó para reprochar a Guillermo su anterior comportamiento.

—Creo que deberías guardarte de expresar tus opiniones tan a la ligera. Más, frente a Teresita.

—La guerra ha estallado, Macarena, y todos hemos de escoger un bando.

—Hay algunos que no se pueden permitir ese lujo. —La joven pensó en las opciones que tenía su amiga con un padre militar en el bloque españolista—. Y discúlpame si la idea de que la guerra se avecine no me alegra tanto como a vosotros. En las contiendas muere gente. Y los que más sufren son los que menos la quieren. —Su perplejidad daba paso a una irritación que rozaba la indignación, y que apenas podía contener—. Mientras, la gente como vosotros continúa brindando por la revolución en salones repletos de *champagne* francés y cigarros puros, ajenos al dolor que causáis con vuestras decisiones. —Hizo una pausa antes de proseguir, deteniéndose en observar a las aves que saltaban de una barra a otra dentro de las jaulas del patio—. Por lo que tengo entendido, y tal vez tú me lo puedas confirmar, las guerras en esta isla comienzan con un grito y siempre se pagan con la sangre del pueblo. Así que no te alegres por ello.

Guillermo guardó silencio, sopesando las duras palabras que acababa de recibir. Pero les quitó importancia, encendiéndose un cigarrillo para luego dejarse caer sobre el sofá de mimbre con procacidad.

—No es cuestión de si nos alegra que haya una guerra. Es una realidad inevitable, Macarena, y, a estas alturas, está peor visto ser del bando español que del insurgente. —Soltó el humo de su cigarro al tiempo que clavaba sus ojos vivos en ella—. Si la situación avanza de esta manera, no pasará mucho antes de que Gómez y Maceo se hagan con el control de la isla.

—Creo que eres demasiado optimista.

—Muy al contrario. Estoy siendo muy cauto con mis pensamientos, pero lo cierto es que el ejército cubano está ganando la guerra y, de seguir así, la independencia será una realidad tangible en poco tiempo.

—Si con eso se salvan vidas, espero que Dios te oiga.

Estaba dispuesta a marcharse cuando la campana de la puerta

anunció la presencia de un recién llegado. Como ninguno de los dos esperaba más visitas, aguardaron a que la doncella la anunciara. Lourdes hizo una ligera reverencia al volver a entrar en el patio y le entregó un sobre a la señora de la casa. Macarena observó el lacre de cera rojo y reconoció a su destinatario.

—Es de don Emilio.

«Estimada condesa:

Es con gran pesar que le escribo mis últimas líneas como gobernador de la isla. Cuando las lea, estaré en un vapor de camino a Madrid. En Ultramar han decidido liberarme de mi responsabilidad para con Cuba y me envían de nuevo a España.

Mucho me temo que no pueda hacer valer la palabra que le había dado y ajusticiar al canalla de Ceballos antes de marcharme. Aunque albergo la esperanza de que mi sucesor, don Arsenio Martínez-Campos, escuche mis recomendaciones a este respecto. No obstante, confío en que, aunque le haya fallado en eso, agradezca el quedar libre de cualquier compromiso que la uniese a mi persona y mi cargo en la isla.

Le doy las gracias por el empeño y valor mostrados en hacer de mi causa (el evitar la guerra) algo certero, a sabiendas de que era una batalla perdida de antemano.

Solo puedo desearle suerte, y, como amigo, le hago una última recomendación: manténgase alejada de nuestra "amiga" común.

Atentamente

Emilio Calleja Isasi».

Cuando levantó los ojos del papel, la cara de Macarena se había ensombrecido, y una extraña preocupación restalló en su estómago. Aquella actitud pasmada y silenciosa no contribuyó a mitigar la curiosidad de Guillermo, que la observaba apurando su cigarro.

—¿Y bien? —dijo al apagarlo contra un cenicero.

Ella negó con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra y haciendo un esfuerzo por pensar en las repercusiones que conllevaría aquello. Tal vez Guillermo se hallaba en lo cierto y la guerra estaba perdida.

—Don Emilio ha sido relegado como capitán general de la isla.

Él se levantó al escuchar sus palabras y le arrebató la nota de entre los dedos. Leyó con avidez, y algo se desencajó en su interior al leer el nombre del sucesor de don Emilio. Arsenio Martínez-Campos no era otro que el capitán general que había ganado la paz en la guerra de los Diez Años, el artífice del Pacto de Zanjón. Con aquel cambio de dirección, quedaba claro que se pretendía apaciguar los ánimos insurgentes desde Ultramar, pero también mostraba que temían perder la guerra. Debía notificar a Salvador Cisneros que hiciera llegar aquella información al frente, donde estaba seguro de que tanto Gómez como Maceo —que ya se habían visto las caras con Martínez-

Campos— harían todo lo posible para evitar firmar otra paz infame como la de Zanjón. Las tornas habían cambiado y aquellos dos hombres ahora estaban al mando de la sublevación, y no se conformarían con términos medios. Llegaba el tiempo de lanzar un órdago y ganar la guerra antes de que ambos bandos se desgastaran batallando durante largos años, como sucediera la vez anterior.

—Sin duda es una mala noticia para Teresita —señaló Guillermo con una gota de sorna.

Macarena le reprendió con la mirada.

Sin embargo, fue cierta alusión del depuesto capitán general a aquella *«amiga común»* lo que levantó las sospechas de Guillermo, que decidió que a partir de ese momento debería extremar la precaución y averiguar quién era esa desconocida.

16

El campamento se adentraba en la manigua hasta donde la voluptuosa vegetación arraigaba cubriendo el cielo con una maraña de ramas. Las pocas tiendas de campaña con las que se contaba se diseminaban por esa pequeña extensión de terreno colonizado, en donde cientos de mambises arrebozados compartían el calor de la hoguera, el puchero baldío y, con suerte, una manta raída para descansar los huesos. Dentro de los límites intangibles de aquel lugar, el aire se sentía espeso y enturbiado con el olor a sudor, a animal y a deposiciones. Las moscas los atormentaban por el día, y con la caída de la tarde el aire se llenaba de mosquitos ennegrecidos que martirizaban a sus víctimas con una comezón perenne en la piel. Entre todo aquel desbarajuste, contrastaba la presencia férrea del general Maceo, que cuando no velaba por el bienestar de sus hombres, se recluía bajo una de las lonas usadas como despacho para estudiar los movimientos de las guarniciones del ejército enemigo. Desde el momento que tomara el control de su milicia, se había convertido en el azote de los españoles, descargando su machete con saña para atacar en un rápido batir y desaparecer antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. A pesar de no quedarse en lugar alguno el tiempo suficiente para reclamarlo, su presencia en todo el Oriente continuaba perpetrando un daño latente en las filas enemigas, hasta el punto de que el capitán general se vio obligado a desplazar a la mayoría del grueso del ejército a esa remota zona de la isla. Maceo se sentía ganador de aquella guerra y confiaba en que, con la reciente llegada de Máximo Gómez y José Martí, la moral de los insurgentes se revitalizase y cada vez más hombres se sumaran a su causa. Porque, a pesar de las aplastantes victorias, sus números eran inferiores en comparación con los que engrosaban las filas de los españoles, y, de alargarse la guerra, sería difícil poder soportar el embate del desgaste del tiempo en la manigua.

En aquellas entró Gómez en la tienda y contempló en silencio al que había sido su discípulo y compañero desde hacía años. Durante mucho tiempo juntos recorrieron las Américas en busca de los apoyos necesarios para organizar otra sublevación. Al estudiar el aspecto de Maceo se percató de los años pasados, que le habían opacado la piel con la pátina de la madurez y le habían clareado de plata el cabello. Pero Antonio, a pesar de ello, seguía conservando la fortaleza de

cuerpo y de espíritu que había conocido tres décadas atrás. Pensó que su apelativo de «el Titán de Bronce» no podía ser más acertado, porque incluso habiendo pasado ya la cincuentena, y llevando en su piel y entrañas más de veintiséis balazos, su estampa aún eclipsaba al resto de los mortales. Maceo levantó la mirada en su dirección y se cuadró frente al general en jefe del ejército mambí, tras lo que regresó a su mapa con la intención de planificar el siguiente movimiento contra las tropas españolas. Máximo se sumó a la tarea.

—Los hombres del coronel Ximénez de Sandoval no andan lejos. Hemos contado cerca de ochocientos, pero no sería difícil emboscarlos y caer sobre ellos desde esta loma, cerrándoles el paso por el oeste —dijo el Titán mientras señalaba una pequeña área en el mapa.

El recién llegado asintió y después paseó la vista por el plano. Sabía que su mente estratega no tardaría en darles nuevas victorias que llenarían las páginas de los periódicos y hundirían la frágil moral del ejército españolista. Su certeza le aseguraba que Maceo acabaría por conquistar todo el Oriente en cuestión de semanas. Pero era otra la razón por la que había ido a visitarlo.

—Hemos recibido noticias desde La Habana. Han nombrado capitán general al viejo zorro de Martínez-Campos.

Maceo no respondió y guardó un silencio reposado, sopesando las consecuencias de aquel movimiento desde Ultramar.

—En estos instantes se encuentra de camino a la isla —añadió Gómez.

Se alejó al rincón donde se ubicaba una pequeña mesilla desvencijada en la que descansaba una vela desgastada y en la que guardaba sus pocas pertenencias: papel y pluma para escribir a su mujer, un reloj, su tabaco y un revólver del treinta y ocho. Sacó un cigarro puro y antes de prenderlo ofreció uno a su superior. Este lo rechazó con un movimiento de la mano.

—Tienen miedo —dijo Maceo expulsando una ancha bocanada de humo negro—. No habrían mandado a ese bribón si no fuera así.

Gómez asintió, recordando con inquina la última vez que se vio las caras con el español artífice de la paz que puso fin a la guerra Grande casi veinte años atrás. Después aguardó en silencio.

—¿Lo sabe Martí?

Le dio una negativa con la cabeza por respuesta.

—He creído más conveniente informarte a ti primero. Al fin y al cabo, los dos conocemos de sobra las tretas de ese rufián.

Maceo intuyó que en aquella acción subyacía otra razón diferente por la que Gómez había mostrado la deferencia de informarlo primero: la de limar las asperezas surgidas días antes, en su primer encuentro en la isla, en una finca llamada La Mejorana. Los choques entre Martí y él se habían acrecentado de tal modo que Antonio se

marchó a su campamento desalentado y furioso, en medio de la noche, y sin invitar a los otros dos a unirse a él. Sus diferencias parecían insondables cuando se discutía cómo organizar la lucha. Y no se lograba acercar posiciones, porque Martí se mostraba inflexible al hecho de que un gobierno militar fuera el encargado de retener la última palabra en las decisiones, pues no confiaba en ellos y temía que tras la guerra se instaurara un régimen militar, como había sucedido en muchos lugares de América tras independizarse de Ultramar. Por su lado, el Titán —que había sufrido las dificultades de aquella situación en la guerra anterior— se negaba rotundamente a que no fueran los militares quienes tomaran las decisiones sobre los asuntos bélicos. Y con los recuerdos de la última guerra todavía enquistados en su memoria, se resistía a regalarles de nuevo la victoria a los españoles por la misma causa.

No fue hasta el día siguiente cuando los hombres de Maceo los escoltaron al campamento, donde el Titán había sellado la bienvenida de los otros dos líderes con un abrazo frente a todo el regimiento, que vitoreó sus nombres al tiempo que se preparaban para ganarse su libertad.

—Debemos atacarlos aprovechando el vacío de poder —afirmó Maceo—. Así, cuando ese rufián ponga otra vez un pie en la isla, quizás todo esté perdido para él. Lo hostigaremos hasta mandarlo de vuelta por donde ha venido.

Gómez sonrió ante la muestra de impetuosidad.

—Eso lo dejo en tus manos. Y en las de tu hermano, que ha regresado de entre los muertos para seguir dando guerra a esos condenados españoles. —Esbozó una sonrisa con cierta complicidad—. Os bastáis de sobra para librar esa batalla.

Antonio aceptó el cumplido, alegrándose de que su hermano hubiera regresado con vida después de haber pasado desaparecido en la sierra varias semanas. A sus oídos llegaron los rumores que hablaban de su sacrificio, puesto que había preferido despeñarse por un barranco antes de verse cautivo de los españoles, y sintió un profundo vacío en el corazón al creer que su hermano había perecido antes de ver concluida aquella guerra. La fortuna, sin embargo, quiso que sobreviviera a la tremenda caída, y estuvo agazapado en la maleza durante días mientras su cuerpo incapacitado y malherido se reponía del desplome. Cuando pudo moverse, lo hizo arrastrándose por la sierra entre delirios y dolores, cada vez más debilitado por las fiebres y la inanición. Cuando él mismo se creía muerto, se puso en su camino una jugosa paloma a la que tuvo la maña de dar caza, y se alimentó con su carne cruda, calmando su sed con la sangre tibia del desdichado animal. Con ello pudo recuperar suficientes fuerzas para retomar el camino y encontrar a una pequeña avanzadilla mambisa

que lo rescató y a la que se unió en una cruenta batalla contra los españoles solo dos días más tarde. El revuelo de su resurrección llenó los rincones de la manigua y llegaron a Antonio, quien hizo todo lo posible por volver a reunirse con su hermano.

—Partiremos al alba.

Gómez asintió con tranquilidad y dibujó en sus labios una leve sonrisa que apenas se apreció tras su poblado bigote. Tenía el rostro consumido por el tiempo, y la impronta de su vejez, marcada en cada arruga del pellejo. A pesar de que su semblante albergaba cierta candidez, otorgada por la fragilidad de la ancianidad, todavía tenía una mirada astuta, casi feroz, que descubría la impoluta rectitud de su carácter.

—Yo me haré cargo de trasladar a Martí a puerto seguro, desde donde partirá en dirección a Jamaica.

La decisión había sido unánime en contra de las intenciones de Martí, que estaba dispuesto a luchar hasta la muerte junto a los generales. Pero aquella noche en La Mejorana se decidió su partida al extranjero para ayudar a la insurgencia como mejor sabía hacer: convenciendo a las gentes de la causa cubana. La guerra era cosa de Gómez y Maceo, por mucho que él se empeñara en formar parte activa de ella. Finalmente, el más joven de los líderes de la insurgencia se tuvo que conformar con vivir en la manigua durante unas jornadas antes de abandonar la isla de nuevo y saber que eran otros los que batallaban su guerra.

Maceo y Gómez se despidieron, y, tal como habían decidido, partirían en direcciones opuestas para llevar a cabo sus empresas.

Fue una mañana canalla de finales de mayo la que marcaría el día que se alojaría en la memoria colectiva de las siguientes generaciones. Pues cuando un guajiro con el que se hospedaba Martí salió a buscar aprovisionamientos para él y el resto de los doce hombres que, como apóstoles, lo acompañaban allá donde fuera, tuvo la mala suerte de ser sorprendido por una avanzadilla del ejército español. Tras varios golpes y muchas amenazas, lograron descorcharle las palabras necesarias para comprender que Martí, Gómez y Masó —este último se les había unido la noche anterior con su caballería— andaban cerca de allí. Al llegar las noticias a oídos del coronel Ximénez de Sandoval, que era perro viejo, decidió parapetarse no muy lejos aguardando a emboscar a los sublevados con su columna de más de ochocientos hombres. No tardaron en divisar a un pequeño grupo de insurgentes y abrieron fuego, pero de la trifulca consiguieron escapar un puñado de mambises que fueron a avisar a Gómez, y la noticia se extendió por el campamento a la velocidad a la que se quema la pólvora.

—Yo voy con ustedes —dijo Martí, entrando en la tienda del general en jefe, al enterarse de las noticias.

—Eso ni pensarlo. Deja la guerra en manos de los que sabemos batallar —fue la respuesta tajante de Gómez—. Se quedará acá con sus hombres el mismo tiempo que los españoles permanezcan en la zona.

El poeta lo observó contrariado. Había escuchado demasiadas veces aquellas palabras, y se sentía harto de ver cómo hombres con la piel curtida de batallas le negaban la oportunidad de hacer lo mismo por su patria, como si aquel derecho solo perteneciese a los soldados.

—Doce hombres no me mantendrán a salvo de ochocientos. Y si he de morir por Cuba, que así sea. Pero yo me voy con ustedes, lo quieran o no.

Gómez percibió la determinación en su rostro afilado, iluminado de refilón por el sol de la mañana. Sintió en sus entrañas la urgencia de parar de discutir y marchar en pos del enemigo, por lo que acabó accediendo a que Martí los acompañara.

—Irá en la retaguardia y no se separará de sus hombres.

Martí asintió satisfecho y se marchó sin decir más. Tras de sí se sintió un vacío mudo en la tienda de campaña. Gómez no tuvo tiempo de preparar defensa ni ataque, y partió espoleando a su montura en busca de los españoles, convencido de que aquel día haría historia. Mandó una avanzadilla con la intención de socorrer a los que aguantaban en combate mientras él dirigía el grueso de la milicia y Martí se unía en la retaguardia. Recorrieron al galope parte del camino hasta toparse con el río Contramaestre, que llevaba crecidas las aguas tras las fértiles lluvias de los días anteriores, lo que hacía imposible el paso al otro lado, o así fue al menos para la avanzadilla que habían mandado y que pronto se vio rebasada por el cuerpo del ejército liderado por Gómez y seguido de cerca por Martí.

—No nos vamos a amedrentar por una corriente. Echen los caballos al agua y que naden —ordenó Gómez, obligando al suyo a entrar en el cauce a punta de espuela.

Los soldados siguieron al general en jefe y comenzaron a vadear el río, luchando contra el caudal bravío. Varios de los animales fueron arrastrados con sus jinetes corriente abajo, lo que causó el pánico de muchos de los soldados y de sus monturas, que se resistían a entrar en el agua. Cuando llegaron a la otra orilla, lo hicieron dispersos, desordenados y agotados, convertidos en presa fácil para un enemigo bien parapetado. No tardaron en ser emboscados por los españoles, que, pese a no capturar a Gómez, ganaron la reyerta e hirieron el germen de la revolución de tal manera que creyeron haber dado fin a la guerra. Pues fue durante la confusión del combate que dos mambises desorientados cabalgaron hacia los yerbazales que bordeaban el camino, donde un pequeño grupo de soldados españoles los aguardaban agazapados. No les costó reconocer a Martí —con su levita negra y sus borceguíes de maestro—, y no vacilaron en abrir

fuego contra él. Dos balas desleales rompieron carne y hueso del poeta: la primera hendió su cuello, desgarrando sus músculos y destrozando su mandíbula en su trayectoria, y la segunda dio en la pierna. Una tercera impactó contra Baconao, el bravío caballo blanco con el que Maceo le agasajó unos días atrás. La bestia, herida de muerte, tiró a su jinete al suelo. Martí cayó incapaz de pronunciar palabra alguna y perdió la consciencia antes de que a Ángel de la Guarda —su único acompañante— le diera tiempo de bajar de su caballo. En un intento desesperado por socorrer a Martí se tiró al suelo, empeñado por arrastrarlo hasta donde aguardaba su montura, pero las balas continuaban cayendo furiosas contra él y se vio obligado a huir en busca de refuerzos y a abandonar, por tanto, a merced del enemigo a un Martí moribundo.

Cuando los soldados españoles creyeron que resultaba seguro salir de su escondrijo, se acercaron al cuerpo tendido en el suelo sobre un charco de su sangre para observar al que con sus ideas revolucionarias los había arrastrado a aquel infierno de cólera, calentura y muerte.

—¿Está vivo?

—No lo sé. Pero si no está muerto, pronto lo estará.

La voz del soldado sacó al herido del extraño delirio en el que lo había sumido su horrible padecimiento. Percibió el agudo dolor de su rostro como una intensa llamarada de calor que le agarrotó los músculos del cuerpo. De haber podido, hubiera dejado escapar un alarido. Abrió los ojos al tiempo que de un ronco estertor expulsaba la sangre que encharcaba su garganta abierta y ahogaba sus pulmones. Contempló a sus enemigos y se encontró rodeado por ellos. Unos rostros bisoños y demacrados, con la mirada empapada en el ansia de la victoria, porque habían condenado a muerte al futuro presidente de la república en armas. Quiso pronunciar una palabra, decirles que con gusto daba su vida por su amada Cuba, pero la herida de la mandíbula se lo impedía, con una dolorosa tirantez punzante. Supo que allí acababa su tiempo. Uno de los jóvenes se situó frente a él, con la piedad prendida en su expresión y la determinación de liberar de su sufrimiento al moribundo. Desenfundó el revólver encañonándolo hacia su pecho. Martí pronunció sus adioses en silencio, con la alegría de saber que estaba entregando su vida por una causa más grande que él y con la pena de no poder vivir para verla hecha realidad.

—En apóstol me conviertes. —Arañó aquellas palabras de su garganta con un ronco murmullo.

Un último disparo mutiló su carne y le arrancó la vida. Se hizo un pesado silencio entre todos hasta que alguien a espaldas del corrillo elevó la voz.

—Muerto el perro, se acabó la rabia. —Los demás miraron sorprendidos en aquella dirección para encontrar al alférez Palomares

sacando una petaca de su bolsillo a la que dio un largo trago para celebrar la muerte del mambí—. ¿Qué os pasa, rapaces? ¿No os dais cuenta de lo que habéis hecho? Bendita sea la bala que ha acabado con este desgraciado. Os tendrían que dar una medalla a todos y mandaros de vuelta a casa como héroes.

Los soldados, incapaces de desprenderse del extraño sentimiento de vértigo que les revolvía el estómago, no entendían por qué el alférez parecía tan dichoso. Y este, percatándose de que esos pimpollos no comprendían los motivos de su dicha, les explicó:

—Esto es el final de la guerra. Martí ha muerto. ¡Venga a celebrarlo, *carallo*! Dadle un trago a este orujo traído desde mi tierra. Esto es un buen caldo, no como esa mierda de ron que tienen estos cubanos.

El alférez dio un trago a la petaca y después se la ofreció al soldado que le pillaba más cerca. Unos y otros comenzaron a mirarse con incredulidad mientras los rostros se les iluminaban ante la posibilidad de que las palabras de Palomares fueran ciertas. Y sin poder evitarlo, comenzaron a jalearse y abrazarse entre ellos creyendo que pronto regresarían a casa y dejarían en el vacío de la desmemoria aquel purgatorio al que los habían mandado por no poder pagarse las dos mil pesetas que costaban las quintas y que te libraban de ir a la guerra. En aquellas circunstancias, llegó el coronel Sandoval y no tardó en desmontar de su caballo, que estaba herido en el costado y que expulsaba espumarajos sanguinolentos por la boca y los ollares.

—¿Qué sucede aquí?

Estaba a punto de buscar al responsable de todo aquel follón cuando se percató de la presencia de un cuerpo tendido en el suelo. Se acercó para comprobar de quién se trataba, y, a pesar de las heridas, no le costó reconocer el rostro anguloso y ligeramente enfermizo de José Martí. Como buen hombre de armas, no sintió el aguijonazo de la alegría al principio, sino que sopesó las consecuencias de lo ocurrido y solamente pudo constatar que aquello resultaba muy favorable para el desarrollo de la contienda, porque de pronto la insurgencia se había quedado huérfana de uno de sus padres. Y se convenció de que si lograban abatir a Gómez, la guerra bien podía darse por acabada. Le sobrevino entonces el urgente deseo de reprocharle a Martí que ese había sido su destino desde el momento que se alzó en armas contra la madre patria y que bien merecido tenía aquel final. Después llevó la mirada hacia sus soldados, a los que habló con heladora seriedad.

—¿Han sido ustedes los autores de esta muerte?

Solo uno de los muchachos entre todos ellos se atrevió a hablar: el que había acabado con la agonía del poeta. Se cuadró y respondió afirmativamente a la pregunta.

—¡Muy bien! ¡Con oficiales y soldados así, se va a todas partes! —

Sandoval soltó una risotada y le dio unas palmadas en la espalda al muchacho.

Como los tiros continuaban escuchándose a lo lejos, volvió a escalar a la montura de su caballo, con la idea de marcharse a acabar con Gómez antes de que los insurgentes se batieran en retirada, pero primero dio nuevas órdenes al joven héroe.

—Coja a un compañero y encárguense de esconder el cuerpo. Pónganlo en una carreta y háganse cargo de cargar con él allá donde vayamos. Por la madre que os parió, que esos cabrones de los insurgentes no lo vean así, y que no se enteren de que está tieso. Y ustedes —se dirigió al resto— líense a tiros con el enemigo y, de paso, hagan correr la voz de que nos llevamos a Martí herido. Y si alguno osa seguirnos, le damos matarile.

17

La mañana fresca recibió a Macarena. El eco de los cascos de los caballos resonaba contra el empedrado en tanto que las calles se iban vistiendo con los puestos de venta ambulante y los andares parsimoniosos de las libertas regresando del mercado. El trinar de los pájaros la acompañaba en su camino hacia el paseo del Prado, donde varias gaviotas sobrevolaban las costas espumosas orilladas contra la avenida. El quitrín se detuvo al final del paseo, junto al castillo de San Salvador y el monumento a los ocho estudiantes de medicina. Observó la distancia, allí donde el mar comenzaba a extenderse en la magnitud de aguas celestes más allá del horizonte hasta su añorada España. La ciudad despertaba y el barullo del puerto se asomaba entre los pasajeros recién llegados, las chimeneas humeantes y los barcos mercantes. Resultaría fácil tomar uno de ellos y regresar con su tía. Sería posible escapar de aquella guerra de no ser porque Máximo Gómez había implantado la infame campaña de la tea y los ingenios se estaban arruinando. Montserrat no era una excepción. Los periódicos lo anunciaron semanas atrás, después de ocupar portadas sobre la trágica muerte de Martí, que conmocionó y exacerbó los ánimos de todos los habitantes de la isla. Después, Gómez lanzó su amenaza contra los propietarios de los ingenios y la prohibición de comerciar con la zona de Occidente bajo pena de ser fusilado y de reducir las haciendas a cenizas. Aquella situación estaba asfixiando a las familias, que veían cómo sus ingresos iban menguando sin poder hacer nada para evitarlo.

Durante unos instantes más, Macarena se permitió regresar a la tranquilidad del patio de la tía Milagros con sus limoneros y jazmines brillando bajo el sol estival, las sombras haraganas de la hora de la siesta y los cantos de los jilgueros escondidos en las higueras. Miró por última vez el mar y respiró reflexivamente. Todo aparecía más claro ante ella, y su conciencia enardecida se rebeló contra la aceptación de aquel incierto futuro y la insipidez de pensar que solo había una forma de remediar su desatino.

—Llévame al Louvre, Damián.

El quitrín se puso en marcha, y cuando estuvieron en el célebre café, el *maître* la acompañó a una de las mesas en el interior del salón, donde el ambiente resultaba más tranquilo, pues a aquellas horas la

terraza bullía con la gente comentando las noticias sobre la guerra. Agradeció que en el interior hubiera menos ojos curiosos, porque quería evitar despabilar las habladurías del pasado. No tardó en divisar a su acompañante aguardándola con actitud sosegada frente a una taza de café y el diario de la mañana que en ese instante ojeaba. Algo le advirtió de la presencia de Macarena, porque bajó el periódico en ese instante y esbozó una sonrisa sincera que hizo que se le encogiera el estómago a la recién llegada. Él se levantó de su asiento para recibirla, llenando el aire con su aroma de hombre de ciudad.

—Le agradezco que haya aceptado mi invitación, señor Vanderbilt.

Su mandíbula se tensó al pronunciar aquellas palabras, porque aborrecía verse en esa situación y saber que el americano suponía su única esperanza. Sin embargo, al observar sus ojos claros, tuvo la sensación de haber estado separados por una montaña de tiempo, y algo en sus entrañas percibió el aguijonazo del extraño vacío causado por esa ausencia y el alivio de volverlo a ver. Aguardaron a que el camarero tomara su comanda, un café para ella, y entonces Vanderbilt habló.

—No puedo negar estar intrigado…

Ella se revolvió en su asiento ante las perspectivas de la conversación, pero estaba dispuesta a hacer uso de toda su persuasión para lograr su propósito. Sin embargo, en el momento de hablar, se le escapó el valor y desvió la mirada en un fallido intento por evitar esos ojos azules que parecían intuir de manera tan clara sus intenciones. Reparó en el noticiero descansando sobre la mesa y se entretuvo en leer el titular de aquella mañana. Era difícil encontrar mención a algo ajeno a la guerra. Dependiendo del día y del diario, podía variar el ángulo de la opinión vertida, aunque desde hacía unos días las páginas de todos los periódicos, sin excepción, estaban impregnadas por las mareas de tinta y palabras dedicadas a la batalla de Peralejo.

—Una hazaña impresionante —comentó el americano, reparando en dónde se posaba la mirada ambarina de la andaluza.

Ella asintió agradecida de encontrar un pretexto momentáneo para retrasar lo inevitable. El camarero trajo su café, y se dejó embargar por el olor dulzón del brebaje.

—Según me han contado, ha sido toda una hazaña por parte del ejército insurgente.

James se mostró de acuerdo con ella.

—Otra victoria para Maceo…

—Desde el inicio de la guerra, no se escuchan otras noticias que las del avance del Titán. —Esto último lo dijo Macarena con cierta sorna.

—Si no me equivoco, el mismo capitán general dirigía la ofensiva.

Macarena recordó las habituales conversaciones entre Guillermo y Federico, que no se cansaban de destacar la capacidad estratega y la

valentía del héroe mambí. Según contaban, Maceo descubrió a los españoles aproximándose a Bayamo y los rodeó. A pesar de ser traicionados por varios infiltrados que informaron de sus planes al enemigo, los mambises volvieron a salir victoriosos, y el capitán general huyó del campo de batalla.

—No destaca por su valentía —dijo ella con cierta malicia—. Al parecer, se escapó envuelto en una manta y un pelotón lo escoltó de regreso a Bayamo. Maceo lo hostigó durante más de una semana, y el capitán general no osó hacerle frente hasta recibir un refuerzo de casi seis mil hombres.

—*Impressive*… Los insurgentes no superaban los quinientos, *right?*

Macarena asintió, y después se formó un silencio entre ellos, solo alterado por las conversaciones del exterior y el vaivén de los quitrines.

—Aunque si Maceo y Gómez continúan ganando terreno, dentro de poco La Habana no será un lugar seguro.

—Lo sé.

—¿Y está dispuesta a quedarse?

Ella, sintiéndose inquieta por encauzar la conversación hacia donde yacían sus intereses, se mostró reticente a hablar.

—No si puedo evitarlo. Pero para eso necesito su ayuda.

James volvió a reír de manera sonora y franca. Macarena encontraba algo magnético en aquella naturalidad que desprendía cuando reía, y se distrajo en esos detalles por un instante.

—Nunca se anda por las ramas…

—En lo referente a los negocios, con usted, he aprendido que es mejor ser directa.

Los labios de Vanderbilt acogieron una sonrisa incipiente, y se aventuró a averiguar las pretensiones de la viuda de su antiguo socio.

—¿Cómo puedo ayudarla?

Ella bebió del café para conferirse un poco de valor.

—Como debe de saber, Gómez amenaza con quemar hasta los cimientos cualquier ingenio que se aventure a hacer la zafra.

—Algo he oído… —La sonrisa se había borrado del rostro del americano, que escuchaba a Macarena con toda su atención.

Aunque pareciera difícil de creer, aquella táctica no tenía como objetivo herir a los grandes terratenientes, pero sí destrozar la economía de la isla, que sustentaba en gran medida a la península. De ese modo, no solo hacían la guerra a los ejércitos españoles, sino a la economía del país allende el Atlántico.

—Mis intenciones no han variado un ápice, y pretendo regresar a España en cuanto la situación lo permita. Pero en estos momentos no me es posible vender mis propiedades. Como puede imaginar, el precio de la caña está cada día más bajo. Todos los jornaleros se han

marchado a la manigua, y los pocos que se han quedado están tan asustados por las amenazas de Gómez que se niegan a comenzar con la zafra.

—Es una situación complicada.

Ella asintió, impaciente por descubrir si el americano se prestaría a ayudarla.

—Nadie en su sano juicio me comprará ninguna de mis propiedades. Me hallo imposibilitada de regresar a España a no ser que lo haga sin un real. —Hizo una pausa evitando mirar a su interlocutor, porque en ese instante la vergüenza le pesaba más que el orgullo.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Ayúdeme a buscar un comprador para Montserrat.

Él la analizó mientras su rostro se volvía más taciturno. Macarena no le dejó hablar, en un angustiado intento de convencerlo.

—Se la ofrecería a usted, pero como buen hombre de negocios, no se arriesgará a meterse en una empresa tan complicada. Aunque estoy segura de que conocerá a gente muy importante en su país con el dinero suficiente para comprar mi ingenio.

Él se llevó de nuevo la taza de café a los labios, tomándose tiempo en sopesar la propuesta de la andaluza. Su mirada nublada se perdió en las luces tamizadas del salón y las hojas de las plantas que lo decoraban, zanganeando bajo la brisa de los ventiladores colgados del techo. Sumergido en la opulencia de aquella sala, resultaba fácil olvidar la cruenta guerra que se acercaba cada vez más, porque por muy protegida que se creyera La Habana, no siempre sería así, y aunque quisiera ayudar a Macarena a marcharse de la isla, la joven se encontraba metida en una situación con escasas salidas.

—Lamentablemente, mi influencia no es suficiente como para persuadir a alguien de invertir en la isla en estos momentos —adujo el americano, arrastrando la pesadumbre que le causaba pronunciar esas palabras.

Macarena sabía que su cruzada estaba perdida de antemano, pero no le quedaba otra opción, y se dispuso a insistir para convencer a James de lo contrario.

—Sería cuestión de ser paciente —dijo ella—. La insurgencia continúa avanzando. Y su país está presionando al mío para vender la isla. Si no lo hace, no tardarán en tomar partido en la contienda. De ser así, la guerra terminará antes de comenzar. Y no debe olvidar que, gracias a usted, Montserrat es uno de los ingenios azucareros más modernos de la isla.

—Está basándose en conjeturas, Macarena.

—Puede que lo sean, pero tarde o temprano su país comprará esta isla o declarará la guerra a España. Los ingenios volverán a renacer y

el azúcar valdrá su peso en oro.

Vanderbilt la contemplaba con una expresión extraña en el rostro, fascinado y sorprendido en partes iguales.

—Siempre tiene respuesta para todo —dijo divertido.

—Eso me gustaría…

Él asintió en silencio y rebuscó en el bolsillo de su chaqueta una pitillera de plata que abrió con gesto descuidado. Sacó un cigarrillo y lo prendió.

—Mi influencia no es suficiente para persuadir a alguien de algo así. Aunque si es dinero lo que necesita, yo estaría dispuesto a ayudarla. —Se detuvo al observar la pétrea expresión cincelada en el rostro de la joven.

—Le agradezco su ofrecimiento, pero no he venido en busca de limosna. —Macarena, molesta, se dispuso a despedirse del norteamericano—. No le robo más tiempo entonces, señor Vanderbilt.

—No se marche todavía, por favor. No así. Permítame al menos invitarla a comer.

—Muchas gracias. Tal vez en otra ocasión.

—Lamento no poder ser de más ayuda, Macarena. —Se levantó y le tendió la mano a modo de despedida, y ella la aceptó con una sonrisa ensombrecida; la joven agradecía no prolongar aquella situación, y deseaba poder marcharse de allí cuanto antes.

—Espero verla de nuevo en circunstancias más alegres.

—Confío en ello. Ya sabe que en La Habana siempre encontramos la excusa para poder continuar acudiendo a fiestas.

Cuando estuvo fuera se tomó un momento para recuperarse del revés. Sus esperanzas se desvanecían de manera irremisible con la negativa de Vanderbilt. Sintió frío a pesar de que el sol bañaba las fachadas de los edificios y el calor bochornoso amenazaba con cubrir la ciudad con su pesada pátina densa y arenosa. El habitual bullicio del paseo comenzaba a engullirla cuando de repente todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Divisó a Damián aguardando bajo un árbol frondoso que regalaba su sombra y se dirigió hacia él con cautela. Sin embargo, antes de llegar, se aproximó a ella un hombre de aspecto desaliñado con terno blanco de algodón y rasgos carcomidos por los años. Lo estudió convencida de haberlo visto en algún otro lugar pese a las humildes vestimentas. La detuvo el tiempo suficiente para entregarle un papel lacrado. Macarena miró confundida la misiva, y cuando quiso preguntar al extraño quién la enviaba, el hombre había desaparecido, y fue incapaz de localizarlo. Unos instantes más tarde, en la privacidad del quitrín, halló el bienestar que necesitaba para sosegarse y rasgar la carta. Era un mensaje de la marquesa du Conti, instándola a reunirse con ella en su palacete de extramuros. Fue ahí cuando cayó en la cuenta: el recadero se trataba del extraño secuaz de

la marquesa que los había perseguido a ella y a Vanderbilt en la ópera. Sintió un escalofrío al pensar en él y se forzó a calmarse y releer la carta, sin embargo, no se sentía con ánimo para enfrentarse con la marquesa, y antes de decidir si aceptaba su invitación, necesitaba el consejo de la única persona en la que podía confiar.

—Damián, llévame a ver a don Francisco.

El calesero azuzó al caballo y la condujo entre el denso tráfico de peatones y carruajes hasta la casa del galeno, en una distinguida calle. Macarena se adentró en la regia edificación, donde aguardó en el patio. Una voz retumbó desde la galería superior.

—Querida Macarena. Qué sorpresa verte.

La joven estudió el rostro afilado del galeno como si en el tiempo transcurrido las arrugas se le hubieran clavado en la tez un poco más. Se aproximó a las escaleras para ir a su encuentro.

—Venga, pasa —dijo Morales invitándola a una de las salas colindantes—, que me acaba de llegar una manzanilla de Sanlúcar que quita todos los males.

Entraron en una estancia ordenada y pulcra con una mesita sobre la que caía el sol del mediodía. Un criado de piel oscura aguardaba junto a uno de los butacones, y ayudó a sentarse al médico porque la artrosis le seguía machacando las articulaciones. El lacayo se alejó para servir las bebidas y, tras unos instantes, se aproximó con una bandeja. Después se marchó.

—Y ahora cuéntame, querida Macarena… ¿Qué te trae por aquí?

Ella no se molestó en ocultar su malestar, pero antes de hablar dio un sorbo de su vaso.

—La guerra es lo que me pasa, Francisco.

Él la estudió con una sonrisa benevolente, enarcando las cejas a la espera de que continuara.

—La guerra está a las puertas de La Habana, y en cuanto pasen por Matanzas quemarán el ingenio. Y lo mismo da si no lo hacen, porque en el fondo es un pozo de deudas que no tengo manera de afrontar. Yo me quiero volver a casa, Francisco, e irme lejos de esta guerra. Pero tiene que cambiar mucho mi suerte, porque, si no, lo voy a hacer sin un triste real.

Estaba a punto de echarse a llorar, y no tuvo valor de mirarlo a la cara porque temía no poder contener las lágrimas. El galeno asintió comprensivo, sonrió y reposó su huesuda mano en la de Macarena.

—Si algo hay seguro en la vida es la guerra y la muerte. La primera me instruyó en aceptar sus designios y que allí donde acude el hombre acaba llegando ella. La muerte me ha enseñado a tener paciencia para vivir la vida y saber que el tiempo lo pone todo en su sitio. No te apures, niña, porque nada puedes hacer para evitar ninguna de las dos.

—Entonces, ¿solo aguardo?

—Si los rumores son ciertos, los americanos se están planteando llevar sus buques de guerra a España e invadirla.

—¿Y si no es así? —inquirió Macarena con la voz atragantada por la desesperanza.

—Eso no lo podemos saber hasta que haya pasado. Para coger un vapor a España siempre tienes tiempo. Lo único que debes considerar es si lo quieres hacer con una fortuna bajo el brazo o sin una peseta.

—¿Qué harías tú?

Él se encogió levemente de hombros mientras sus labios se ensanchaban con una sonrisa tierna.

—Yo ya soy viejo y he vivido mi vida, no importa lo que te diga. Al final acabarás haciendo lo que es correcto para ti. Pero si te quedas, hallarás la manera de salvar el legado de mi amigo. —El doctor Morales aguardó unos instantes en silencio, dándole tiempo a Macarena para procesar esas palabras—. Ahora vamos a comer, que nos han preparado unas habitas con jamón que te van a quitar todos los males.

Tras despedirse del galeno y con el estómago todavía rebosante por el banquete, la andaluza se sintió con ánimos suficientes para averiguar qué había empujado a doña Carlota a volver a ponerse en contacto con ella, e indicó a Damián su siguiente destino.

—Espérame, no tardaré en regresar —dijo al bajarse del quitrín.

Llamó a la puerta de la regia mansión y aguardó a que el lacayo le dejara entrar en el interior, donde la exuberancia de la tarde veraniega decaía en el frescor del patio. Doña Carlota la hizo esperar durante más tiempo del deseado.

—Me alegra que haya venido, querida —dijo la marquesa al entrar en el patio con una vitalidad que parecía haberle arrebatado veinte años.

Macarena no disimuló su hastío, y se impacientó cuando la marquesa dilató su verborrea sin explicar la razón por la que la había convocado con tanto secretismo. Como tenía demasiadas preocupaciones y carecía de la paciencia necesaria para tratarla, se permitió interrumpir el monólogo de forma impertinente. La marquesa le dirigió una mirada que se le clavó como un aguijón.

—No se anda por las ramas, querida…

—Tengo algo de prisa —respondió Macarena con procacidad.

—Está bien. —Doña Carlota se encogió de hombros, despachando la irritación que sentía hacia la joven en aquellos instantes—. Como ha de saber, la situación en el frente es más desfavorable de lo previsto. El capitán general ha recorrido la isla con la falsa creencia de enfrentarse a un grupo de desarrapados, pero se ha topado con un ejército bien organizado que va ganando la contienda.

Macarena aguardó por una explicación. Un silencio tenso echaba poso entre ellas.

—Sería de gran ayuda que Martínez-Campos pudiera utilizar la influencia de las buenas relaciones de Guillermo con el nuevo presidente en armas de esos insurgentes —dijo la marquesa refiriéndose a don Salvador Cisneros, que tras la muerte de Martí había sido nombrado con ese cargo—. Cualquier información sería…

—No sé cómo tiene el descaro de volver a pedirme algo así —la interrumpió la joven—. Como bien ha dicho, la guerra ha estallado y los insurgentes van ganando. Y si todo sale según lo previsto, Maceo llegará en pocas semanas a La Habana y las sabandijas como usted estarán a su merced. A partir de ahora no quiero que vuelva a ponerse en contacto conmigo o me encargaré de informar a Guillermo de todo lo ocurrido.

Macarena dio la vuelta y se marchó con la certeza de que se había ganado una peligrosa enemiga y que la marquesa no dejaría las cosas así.

Cuando el reloj rozaba el umbral de un nuevo día, Guillermo y Damián se reunían en la biblioteca en torno a una botella de ron. Tras sospechar de los posibles enredos que la viuda de su tío se traía entre manos, Guillermo decidió que no había nadie mejor que el calesero para enterarse de quién era la persona a la que el depuesto capitán general aludió como *«amiga común»*. Guillermo sirvió dos vasos del licor ambarino y le preguntó a Damián, como cada noche, si había averiguado algo, con la esperanza de escuchar, como cada noche, la misma respuesta negativa.

—Ya sé de quién se trata —aseguró el calesero.

—¿Estás seguro?

Damián asintió. Guillermo se quedó abatido, porque había aguardado que sus sospechas nunca se confirmaran y pudiera exonerar a Macarena de aquella desconfianza que albergaba hacia ella.

—¿De quién se trata?

—De la marquesa du Conti.

Comenzó el laborioso ritual de encenderse un cigarro puro con parsimonia mientras en su cabeza restallaban los pensamientos acumulados en torno a aquella información. Se culpaba por haber obviado algo tan evidente al recordar la velada en la que doña Carlota los había convidado a la ópera. Se mantuvo en silencio con gesto taciturno intentando reconocer la extraña sensación agarrada a sus entrañas, porque no le pesaba tanto saber a Macarena aliada de una reconocida enemiga de la insurgencia como la quemazón de la traición hacia él. Eso resultaba lo realmente lacerante.

—Hay algo más…

Guillermo fijó sus ojos en Damián y aguardó a que hablara.

—Esta mañana estuvo en el Louvre. Allá se reunió con el americano, *mister* Vanderbilt.

Guillermo aspiró el humo de su puro con lentitud al tiempo que reconocía que la joven Macarena resultaba ser una caja llena de sorpresas, y se prometió que a partir de aquel instante no volvería a permitir que la embaucaran, porque en aquellos momentos la estima hacia ella, que había ido germinando con el paso de los meses, se acababa de descascarillar.

—Entonces habrá que averiguar qué es lo que están tramando.

18

El ambiente del Louvre estaba cargado con un barullo de voces imprecisas y la música de la banda de libertos, que se mezclaban con la humedad pegajosa de la noche y el humo de los habanos. Guillermo se abrió paso a través de la estela creada por el < >maître, que los guiaba a su mesa. Tras él, en parsimoniosa fila de a uno, lo seguían Macarena, Teresita y Federico. A pesar de las pretensiones inocentes de aquella reunión, la realidad distaba de serlo, porque Guillermo continuaba empeñado en descubrir la verdadera naturaleza de la relación entre Macarena y la marquesa. Pocos días atrás, Damián lo informó de que esa tarde la agriada dama estaría presente en el célebre café, por lo que se encargó de orquestar aquella velada con la única intención de confrontar a la viuda de su tío.

No tardaron en tomar asiento, e imitaron al resto de comensales, que regaban los mármoles de sus mesas con licores importados. Federico, animado por las perspectivas de la velada, empezó a relatar una de sus historias, que a veces resultaban tan enrevesadas e hilarantes que habría podido jurarse que eran más bien fruto de su imaginación que paridas de una situación real. La primera botella de *champagne* fue recibida entre risas y no se tardó en vaciar. Al rato, otra nueva ocupó su lugar. Los ánimos se fueron templando por el espumoso, las lenguas se aflojaban y el jolgorio se acumulaba en los cuerpos al ritmo dulzón de la música. Guillermo no perdía detalle del comportamiento de Macarena, confiando en que con un poco de paciencia cometería una equivocación y delataría algún resquicio de su felonía. Pero ella, ajena a esas sospechas, seguía riendo con las historias de Federico.

El entusiasmo con el que se impregnaba el ambiente alentó a varios de los comensales a apartar algunas de las mesas del salón para formar una improvisada pista de baile, en donde comenzaron a arremolinarse multitud de parejas deseosas de alargar la velada.

—Hoy tenemos la diversión asegurada —dijo Federico excitado ante la perspectiva de una larga noche de fiesta.

El grupo se animó a bailar en un salón cada vez más atestado. Después de varias contradanzas, tomaron un descanso. Los hombres salieron a la terraza al fresco mientras que Macarena y Teresita recorrieron el salón compartiendo impresiones de la velada. La música

continuaba sonando en cada rincón de la sala, los cuerpos se enredaban en el frufrú de las enaguas rozando los armazones de sus miriñaques y polisones, con el pausado movimiento de las damas recorriendo los salones, y algunos hombres se escabullían escaleras arriba a jugar a las cartas o al billar.

—Tu romance con Federico huele a boda —musitó Macarena.

Su amiga no ocultó la sonrisa, y por primera vez desde que llegase a la isla, se imaginó vestida de blanco.

—Ojalá se decida pronto a hablar con papá. No puedo esperar eternamente —dijo Teresita abanicándose con ahínco. De no haber sido por la molesta guerra, Federico ya le habría pedido permiso a su padre para desposarla.

—Ya verás que no te hará esperar mucho más.

Las amigas prosiguieron recorriendo el salón, observando a los invitados, y la madrileña descorchaba los jugosos chismes de los últimos días.

—La guerra no solo trae desgracias, también trae los mejores enredos —se jactó—. Por cierto, ¿no es aquel el señor Vanderbilt? —Señaló en dirección a un hombre de áurea melena no muy lejos de donde se encontraban.

—No sabría decir… —respondió Macarena, incomodada porque los recuerdos de su última reunión la azoraban. Tenía la pretensión de esquivarlo de cualquier manera.

—Vayamos a buscar a Guillermo y Federico.

—De eso nada. Es él, sin lugar a dudas. Vamos a saludarlo —insistió Teresita tirando de ella a pesar de su reticencia.

Macarena se detuvo.

—Preferiría no hacerlo, y, a ser posible, querría evitarlo el resto de la noche —afirmó en tono confidencial.

Su amiga la miró extrañada. Macarena nunca le había confirmado la existencia de un romance entre ellos, si bien había sido testigo del beso que se habían dado meses atrás, y aunque él no visitaba la isla con mucha asiduidad, lo cierto era que, cuando lo hacía, siempre buscaba la manera de verla, y estaba convencida de que, por mucho que lo negara, la sevillana sentía algo por él. Su negativa a reencontrase solo la impulsó a desear con más ganas que se reunieran, y agitó la mano a modo de saludo en dirección al americano, que también se percató de su presencia y se dirigía hacia ellas.

—Dudo que puedas escaparte —confirmó Teresita con una sonrisa triunfal.

El americano apareció acompañado de un par de jóvenes lampiños de piel lechosa. Uno de ellos, de cabello rojizo, las estudiaba con interés. A pesar de su juventud, su mirada astuta y aguada resaltaba del resto de su rostro junto a su nariz bulbosa y su mentón

prominente.

—Me alegra verlas. Sabía que estarían aquí. —Vanderbilt posó la mirada en su antigua socia y le dedicó una sonrisa.

—Si continúa viniendo más gente, podrá ver a toda La Habana… —murmuró Macarena.

—¿Cómo está, señor Vanderbilt? ¿Y quiénes son sus amigos? —quiso saber Teresita—. Estoy segura de haberlos visto antes.

—Me temo que eso es imposible, pues han venido recientemente desde Inglaterra. Son periodistas, ¿sabe? Corresponsales de guerra para el *Daily Graphic*.

—Son muy jóvenes, ¿no?

Vanderbilt se encogió de hombros.

—Viajarán con el ejército español, y están deseando participar en alguna escaramuza contra los mambises.

—¡Qué interesante! —exclamó Teresita abanicándose con coquetería.

—Permítanme presentarles a mis amigos Winston Churchill y Reginald Barnes.

Tras ello, Teresita comenzó a interrogar a los recién llegados sobre sus andanzas por la isla mientras James ejercía de intérprete. Churchill y Barnes parecían encantados con la atención de las dos hermosas damas, y respondieron con agrado a todas sus preguntas.

—¿Y qué le gusta de Cuba, señor Churchill? —quiso saber Macarena.

Una sonrisa se extendió en los finos labios aristocráticos del joven, y se aventuró a responder en español, revelando un fuerte acento inglés.

—*The* siesta, los bailes y los puros.

—Has captado la esencia de esta isla, *my friend* —murmuró Vanderbilt entre risas, que contagió al resto.

La conversación avanzó hasta que James se aproximó a Macarena con el propósito de pedirle un baile cuando la acidez de las trompetas y el clamor de unos tambores rompieron el murmullo de las voces con una nueva melodía. Ella intuyó sus intenciones y se apresuró a abrir más distancia entre ambos colgándose del brazo de su amiga.

—Ha sido un placer conocer a los intrépidos señores Churchill y Barnes. Deberíamos regresar con nuestros acompañantes.

Teresita estuvo a punto de protestar, pero Macarena le clavó el codo en las costillas y se dedicó a sonreír, instando a su amiga a alejarse en dirección opuesta. Cuando se hallaron a una distancia prudente, la madrileña se volvió para reprender a Macarena.

—¿Por qué nos hemos tenido que marchar?

—Guillermo y Federico nos estarán buscando, y dudo que a este le agrade verte hablando con un pelirrojo que no sea él. —La andaluza le

guiñó un ojo.

—Pamplinas. A ti te ha sucedido algo con el señor *Vandarbil*. Además, el joven *Charchil* era muy divertido. Estoy segura de que papá estará encantado de conocerlos. Espero poder presentárselos antes de que regresen a Inglaterra.

—Tal vez coincidan en el frente.

Teresita respondió con una negación de cabeza.

—No. Papá regresó ayer a La Habana con el capitán general. —Y acercándose a Macarena de manera confidencial le hizo una inquietante revelación—. Según le ha contado a mamá, después del desastre de Peralejo y las otras campañas, Martínez-Campos empieza a sospechar que no van a pacificar a los insurrectos. Ha pedido al presidente poder marcharse y que lo reemplace un tal Weyler, que creo que aplicará medidas más duras. Al parecer, el capitán general es un hombre muy piadoso y no tiene corazón para hacer algo así. Después se apresuró a explicarle las terribles consecuencias que acarrearían unas medidas más duras. Entre ellas, su padre había nombrado la temida reconcentración, un infame precepto que condenaría a los habitantes de la isla a desplazarse a las ciudades más grandes con la intención de aislar a los mambises.

—De llevarse a cabo, la gente de las poblaciones será obligada a vivir en la ciudad, y carecerán de los recursos necesarios para alimentarse. Se desatarán las hambrunas y las enfermedades. Tal vez incluso entre nosotros.

—Eso es horrible —respondió Macarena consternada.

—Lo sé. Debemos rezar por que los insurrectos pierdan la guerra y Weyler no venga.

Pero Macarena se dio cuenta de que, tal y como se desarrollaba el conflicto, aquello se antojaba imposible. Sería más fácil que los insurrectos se alzaran con la victoria a que el capitán general la lograse.

—¡Estáis aquí! Os estábamos buscando. Venid, hemos encontrado otra mesa.

Federico las guio entre el tumulto de cuerpos sudorosos hasta llegar a una pequeña mesa donde aguardaba un Guillermo taciturno frente a una botella de ron. Se sentaron y el joven derramó el licor en unos vasos robustos, y los alzaron para brindar. Después de vaciarlos por completo, Federico y Teresita se alejaron en dirección a la atestada pista de baile. Guillermo se sirvió otra copa y le ofreció una a Macarena, quien la rechazó con educación, porque el alcohol comenzaba a enturbiar sus sentidos. Mas él insistió hasta que la andaluza se vio forzada a aceptarla. Guillermo se esforzó por darle conversación, aguardando el momento de la aparición de la marquesa. Sin embargo, Macarena seguía el hilo de la conversación a duras

penas porque se sentía demasiado absorta pensando en las palabras que le había confiado su amiga. Si nombraban capitán general a ese Weyler, la guerra se alargaría, y se enfrentarían a una situación insostenible para las gentes de la isla. Debía hacer algo.

—Hay algo que debo contarte…

La joven, de pronto, dudó si confiar en él. Al fin y al cabo, si le contaba aquello, estaría ayudando a los insurgentes y traicionando la confianza de su amiga. Se vio atrapada en una encrucijada porque sentía el peso de la responsabilidad para con las vidas de muchas personas, que podrían pender de un hilo de aparecer Weyler en la isla. Percibió los ojos profundos de Guillermo escrutándola con intensidad. El cubano se llevó un puro a medio fumar a los labios y aspiró de él, hasta formar una envoltura de humo denso y dulzón que le otorgaba cierta aura mística.

—¿De qué se trata?

Ella miró a su alrededor, consciente de la muchedumbre que los rodeaba. Se acercó más para poder hablarle con confianza.

—Al parecer, Martínez-Campos está planeando marcharse.

—Eso es imposible. Acaba de llegar.

—Lo sé —respondió Macarena con tono confidencial—. Pero, tras Peralejo, se ha convencido de su incapacidad para pacificar la revuelta, y ha sugerido que pongan a un tal Weyler en su lugar para implantar medidas más drásticas.

Guillermo frunció el ceño, pues no esperaba escuchar tal confidencia, y se despertó en él un pesado recelo hacia la veracidad de la información. Porque aunque no había divisado a la marquesa en toda la noche, sí se percató de la conversación mantenida entre Macarena y Vanderbilt unos instantes atrás, y sus sospechas sobre quién de los dos podía ser un traidor comenzaron a recaer en el gringo.

—¿Quién te ha dicho todo eso?

—No importa quién haya sido. Pero, si está en lo cierto, muchas personas podrían morir, Guillermo.

A él toda la situación le resultaba sobradamente sospechosa. Se vio inmerso en una dificultosa tesitura, porque, de creer a Macarena, debería informar a Cisneros. Pero si todo provenía de algún enrevesado plan de los enemigos de la insurgencia, tal vez orquestado por la marquesa o Vanderbilt, podría poner en peligro la revolución. Debía decidir si arriesgarse a la inacción ignorando la advertencia de la joven o escucharla. Pero un oscuro sentimiento de tribulación recorría su espinazo al saber que, por mucho que quisiera confiar en sus palabras, le resultaba imposible. Sus ojos negros se mantuvieron anclados en la melaza de los de Macarena.

—Me gustaría creer que esto es cierto, pero me resulta

inconcebible. —Tomó su vaso y lo apuró, y después se levantó de su asiento—. Si Federico pregunta por mí, estaré fuera.

Se alejó sin dar más explicaciones y Macarena se quedó observando la estela de su huida a través de los cuerpos que apartaba en su camino, sin comprender la razón de aquel extraño comportamiento. Estaba a punto de ir tras él para insistir sobre la importancia de la información cuando James se sentó en la silla contigua.

—La estaba buscando.

Ella lo miró ofuscada, sin muchas ganas de hablar y con la disposición de seguir a Guillermo cogida en el ánimo.

—Discúlpeme, James. Ahora no es buen momento.

—Lleva toda la velada evitándome —dijo él esgrimiendo una sonrisa.

—¿Cómo puede decir eso?

—Antes sabía de mis intenciones de invitarla a bailar y se marchó. Y en estos instantes está buscando la forma de evadirse de nuevo.

Macarena se rindió a la evidencia. Porque todavía le incomodaba saber que, aunque se vio obligada a rogarle ayuda, no había servido para solventar sus problemas, y no podía ocultar el sentimiento de vergüenza que hervía bajo su piel cuando lo veía.

—Lamento haber sido tan torpe en la forma que he actuado con usted.

Él sonrió con condescendencia.

—Tengo que hacerle una propuesta, Macarena.

La joven notó sobre ella la densa insistencia de Vanderbilt en su mirada, y fue incapaz de negarse. Asintió a modo de respuesta.

—¿De qué se trata?

—Me temo que lo que tengo que decir debe ser en privado. Si no le importa, me gustaría poder ir a visitarla mañana a su casa.

Macarena se abanicó espantando al bochorno. El ambiente en el salón era sofocante y la humedad se escurría bajo su ropa, lamiendo la piel. A la molestia del calor se le sumaban el estruendo de las voces y el fragor de los instrumentos, por lo que se despertaba en su interior una incipiente sensación de incomodidad.

—Por supuesto. Si le parece bien, venga por la mañana.

—Estaré allí antes del mediodía. —James asintió con expresión complacida y después dirigió la vista al grupo que se acercaba hacia ellos—. Sus amigos la buscan. Me despediré por ahora.

Guillermo se aproximaba acompañado por Federico y Teresita. Les dedicó a Macarena y Vanderbilt una mirada recelosa, y sus sospechas hacia la andaluza se acrecentaron. Tras una breve conversación, porque no sentía demasiada simpatía por Vanderbilt, Guillermo se acomodó en una de las sillas y se sirvió otro vaso de ron. El americano se despidió del grupo y se marchó. No fue hasta que la noche concluyó

y Macarena regresaba en el quitrín junto a Guillermo que la joven se aventuró a retomar la conversación que habían tenido en el café.

—Guillermo, ¿advertirás a Cisneros?

El interés de ella solo despertó más dudas en él, y se limitó a guardar un silencio contemplativo. Si anteriormente se había dejado llevar por sus sentimientos hacia ella, a partir de ese momento haría lo posible para evitarlo, al menos mientras no pudiera confrontarla con la verdad y averiguar en qué había colaborado con la marquesa y el americano. Cuando silenciaron sus voces, el traqueteo del vehículo y el trotar del caballo llenaron el vacío que había quedado, como vacías se veían las calles, que no tardarían en animarse con el bullicio de los transeúntes al despuntar el día. Tras una larga pausa meditando sobre ello, Guillermo se decidió a responderle.

—Es algo demasiado delicado como para tomar una decisión a la ligera. Lamento no poder decir más.

El resto del viaje lo hicieron sumergidos en sus propias cavilaciones, con un hermético silencio que pesaba sobre los dos. Cuando estuvieron en la casa, Macarena se despidió de él con cierta amargura, puesto que no había anticipado la aparente indiferencia de Guillermo hacia su revelación.

El día comenzó a entrar por los postigos y encontró a Macarena despierta a pesar de que la noche anterior habían llegado a casa arañando la mañana. Le fue imposible conciliar el sueño pensando en la confesión que le había hecho su amiga, a lo que se le sumaba la incertidumbre por saber los motivos de James para acordar el encuentro que le había propuesto. Tomó un café bien cargado en un intento de desprenderse del sueño, y recorría la estancia de arriba abajo cuando el ama de llaves anunció a Vanderbilt. Se alisó las faldas del vestido y se cuadró frente a la puerta para dar la bienvenida al americano. Se acomodaron en sus asientos, y les sirvieron unas viandas. Tras una pequeña conversación inicial, James se decidió a explicar el motivo que lo había conducido aquella mañana a casa de la joven.

—He estado pensando mucho en sus problemas —admitió para sorpresa de ella— y creo haber dado con una solución. —Sintió la mirada sorprendida de la joven al tiempo que su cuerpo se contraía, como si la promesa de una solución a sus males fuera una noticia del todo inesperada.

—¿Lo dice en serio?

Asintió con un movimiento de su cabeza incendiada en oro.

—Aunque debo advertirle que no será fácil ni seguro.

—¿Qué tiene pensado?

—¿Le importa si fumo?

Macarena negó con la cabeza con delicadeza. Vanderbilt sacó su pitillera de plata y prendió un cigarrillo con elegancia. Después dejó la pitillera sobre la mesilla de café que se interponía entre ellos, se recostó en el respaldo del sofá y cruzó las piernas.

—¿Cree que Guillermo podría comunicarse con el presidente de la república en armas? —preguntó Vanderbilt.

—¿Se refiere usted a Cisneros?

Él asintió, exhalando una gruesa bocanada de humo lechoso.

—He de suponer que sí —replicó Macarena.

—Deberá escribir una carta y hacérsela llegar. En ella le propondrá un trato, que estoy seguro de que será incapaz de rechazar ahora que la isla está sumida en una guerra y la producción de azúcar se encuentra paralizada. Los precios están por las nubes. —El hombre no pudo evitar esgrimir una sonrisa triunfal pensando en el plan ideado. Macarena lo miraba intrigada sin comprender aún sus intenciones—. En la carta, le pedirá permiso para poner en marcha el ingenio y realizar la zafra. Sin embargo, en vez de enviarla a España, la sacará de la isla en dirección a mi país.

El americano volvió a sonreír y se llevó la mano a los labios para inhalar del humo de su cigarro. Pero Macarena no parecía estar tan convencida de la viabilidad de su idea. Se levantó en dirección a los ventanales y sus ojos se perdieron en el cielo anubarrado que caía sobre la ciudad, sopesando las palabras de James.

—A pesar de la buena relación que lo une con Guillermo —dijo girándose hacia él—, dudo que Cisneros acceda a algo así.

—Lo hará si con ello saca provecho.

—Yo no puedo darle nada.

—Siempre se puede ofrecer algo, Macarena. Y ahí es donde entro yo, o, en este caso, mi compañía.

—¿Y qué hará?

—Compraré su azúcar a un precio que le permita obtener rentabilidad. Y yo me encargaré de transportarlo y venderlo en mi país por un coste bastante más jugoso —sonrió Vanderbilt con cierta sagacidad.

Pese a la confianza mostrada por el americano, Macarena no se fiaba de la solidez de su propósito.

—Si me disculpa, sigo sin comprender cómo ese trato beneficiaría a los insurgentes.

Vanderbilt no pudo evitar volver a mostrar una sonrisa prendida en su boca aquella mañana. Apagó su cigarro, consumido entre sus dedos, y se inclinó hacia ella estudiando su rostro aniñado, pendiente de algún síntoma de sorpresa.

—A cambio de comercializar con azúcar, ellos también recibirían

una parte de los beneficios para invertirlos en la compra de algo que necesitan con urgencia.

Macarena lo observó todavía más confundida. Con cada explicación que desgranaba, su proyecto se complicaba y parecía depender únicamente de la providencia.

James tenía clavadas sus pupilas en ella, e intuyó la confusión de la sevillana, pero no se mostraba dispuesto a desvelar la respuesta aún.

—Ha de tener más fe en mí, Macarena.

Ella lo miró con una mueca de fastidio ante su arrogancia.

—Perdóneme si no muestro tanta confianza, pero por experiencia propia sé que cuando uno se fía de los designios de la ventura, esta acaba siendo mala. Tiene usted que atar muchos cabos para que su plan funcione.

—Al contrario, su sencillez es lo que lo hace viable.

—Pues entonces ha de ser más preciso y explicarme qué es lo que los mambises pueden necesitar con tanta ansia como para que accedan a nuestras pretensiones.

—Algo muy sencillo: armas. Esas que tanto necesitan en el frente y que mis barcos podrían traer hasta sus costas.

Macarena lo estudió sorprendida, si bien al desvelar el plan había comprendido la sencillez de este: supondría que pasaría de una posición neutral a apoyar a la insurgencia, y no estaba segura de querer hacer eso. Al fin y al cabo, ella era española y no creía que Cuba debiera separar su destino del de España. Sin embargo, antes de pensar en todo aquello, quedaba una cuestión: ella sería la productora de la materia prima, James el que la comerciaría, pero ¿quién sería el proveedor del armamento?

—¿De dónde piensa sacar las armas? Tengo entendido que su gobierno ha prohibido cualquier tipo de comercio de armas a los sublevados.

El americano rio.

—Una cosa es lo que digan de cara a la diplomacia y otra muy diferente, a la realidad. De todas maneras, aunque así fuera, conozco a alguien que estaría dispuesto a arriesgarse a hacerlo.

—No puedo pedir a nadie que asuma ese riesgo por ayudarme…

—Pero ahí reside la cuestión… Usted también tomó un riesgo por ayudar a esta persona, y él se considera en una deuda eterna con usted.

Macarena lo contempló sorprendida.

—¿Se refiere a Bradley?

Él asintió.

—Si Robert está vivo es gracias a usted. Lo mínimo que puede hacer es ayudarla en una situación difícil… Y al fin y al cabo, no se trata de una acción altruista; él estará haciendo *business*…

Una vez desvelado todo su plan, estudió a Macarena mostrando una expresión de satisfacción. Ella se quedó pensativa, sopesando su propuesta durante un largo lapso de tiempo. A pesar de sus intentos, no pudo encontrar pega alguna al plan.

—Una vez que todo esté en funcionamiento, podrá vender la plantación si así lo desea, y yo la ayudaré a ello —añadió.

Macarena se permitió sonreír con timidez, notando que la pesada carga que sentía sobre sus hombros se aligeraba, al tiempo que calculaba las consecuencias del plan tramado por James.

—Supongo que no tenemos nada que perder.

—Entonces, hablemos con Guillermo.

Ella asintió. Sin embargo, una sensación en su interior le advertía que no resultaría tan fácil como aparentaba.

19

El recelo asaltó a Guillermo al entrar en la estancia y constatar que Macarena se encontraba acompañada por el americano. Se resistió a tomar asiento y se paseó por la habitación visiblemente incomodado hasta detenerse frente a uno de los ventanales. En el exterior el cielo continuaba amenazando con ventisca, y su ánimo se contagió de aquella misma sensación sombría. Se entretuvo contemplando la vida fuera de la habitación. Macarena y su invitado lo estudiaban en silencio, intercambiándose miradas intranquilas porque no comprendían su errático comportamiento. James se prendió un pitillo y Macarena se forzó en desgarrar el silencio áspero que sofocaba la estancia.

—Como bien sabes, no es la primera vez que el señor Vanderbilt socorre a esta familia. Hace unos días acudí a él en busca de ayuda.

Guillermo permanecía callado como si tuviera las palabras enquistadas en la garganta y se volvió enervado, a punto de decir algo, pero se contuvo al mirar la expresión inocua de Macarena. Dejó de resistirse a aquella encerrona y se sentó al otro extremo del sofá.

—No son buenos tiempos para los ingenios azucareros, y las deudas de Montserrat se acumulan… —indicó Macarena.

—¿Y el señor Vanderbilt se ha ofrecido a hacerte un préstamo? —le interrumpió el joven, henchido de sarcasmo.

Macarena lo abroncó con la mirada y después la deslizó hacia su invitado, que, lejos de ofenderse, observaba entretenido la escena mientras continuaba consumiendo su cigarrillo recostado contra el sofá.

—Como sabes, mis intenciones de regresar a Sevilla no han variado, por lo que pedí ayuda a James para buscar un comprador para el ingenio. Alguien que pudiera ofrecerme el dinero suficiente para poder marcharme.

Guillermo escrutó con sorpresa la serenidad de su rostro. Había dado por sentado que Macarena se quedaría en la isla, así que aquello le revelaba una nueva dimensión en la relación que los unía y en el devenir de esta. Sus ojos negros se clavaron en los de ella y su expresión se aborrascó el tiempo suficiente para que Vanderbilt se percatara de ese detalle.

—Aunque no será posible si no logro vender ninguna de las

propiedades que tu tío me legó. Pero James fue incapaz de ofrecerme su ayuda por razones más que evidentes para todos. No obstante, cree haber encontrado una solución.

Macarena desvió la mirada hacia Vanderbilt y Guillermo la imitó. La postura relajada y la actitud rebosante de seguridad del americano le enervaron los ánimos. Una ácida bilis escaló por su garganta.

—Y dime, Macarena, ¿qué solución te ha propuesto el señor Vanderbilt? —inquirió Guillermo sin desclavar los ojos del americano.

La andaluza dudó unos instantes, porque era evidente la acritud que despertaba en Guillermo la presencia de James.

—Se trata de pedir permiso a la insurgencia para realizar la zafra… —Sus palabras se interrumpieron cuando el pecho de Guillermo alumbró una sonora convulsión que se transformó en una súbita carcajada. Macarena lo contempló desazonada—. Tal vez sea mejor que James te lo explique —dijo buscando la asistencia del americano con la mirada.

Este no cambió su postura un ápice, escrutando con aspereza al recién llegado. Después, como si despertara de su ensimismamiento, despachurró el cigarro que colgaba de sus dedos contra el cenicero y su cuerpo recobró cierta tensión.

—La idea es simple, y, por muy sorprendido que esté, factible. Como todo, es un intercambio de necesidades. Macarena necesita liquidez, no solo para solventar las deudas del ingenio generadas por la guerra, sino para demostrar la solvencia de una plantación que quiere vender, y los insurgentes necesitan armas. Así que son cálculos simples. Yo transportaré el azúcar del ingenio y lo venderé en mi país. A cambio, los cubanos recibirán el armamento que yo mismo traeré con los barcos que regresen por más azúcar. Y lo único que necesitamos de usted es que le haga llegar esta propuesta a Cisneros por carta.

La mirada de Guillermo expelía una furia que se hundió en la profundidad de los ojos del americano, que no se aplacó ante aquella agresividad pasiva, y como Vanderbilt se había percatado de que el joven Villalba albergaba ciertos sentimientos hacia Macarena, decidió aprovecharse de ello antes de que Guillermo pudiera negarse.

—Estoy convencido de que comprende la importancia de esta petición. Sin su ayuda, Macarena no podrá hacer frente a lo que se avecina en la isla —indicó Vanderbilt.

—Parece muy seguro de lo que va a ocurrir… —apuntó el cubano.

—Siempre se ha de ser previsor…

Los ánimos de Guillermo se enervaban con cada una de las contestaciones de James. Se levantó y se dirigió al rincón más alejado de la estancia, donde descansaba una camarera metálica con varias botellas de licor. El tintineo al coger una de ellas impactó contra sus

tímpanos. Unos segundos más tarde derramaba el contenido en dos vasos. Se acercó al americano y le tendió uno, que Vanderbilt rechazó con un educado movimiento de la mano. Se lo ofreció entonces a Macarena, que tampoco lo aceptó. Guillermo lo vació de un solo trago, lo dejó en una mesita cercana y se volvió a sentar para beberse el segundo vaso con más comedimiento.

—Aunque estuviera dispuesto a hacerlo, es un cometido imposible. Las comunicaciones están cortadas, la isla aislada por la trocha y Cisneros incomunicado. Al menos para mí. Nadie podría garantizarles que le llegará el mensaje. Y de caer en manos de uno de los cientos de espías que los españoles tienen en la isla, supondría el final, porque seríamos acusados de colaborar con la revuelta y nos fusilarían sin miramientos.

Guillermo bebió otro poco de su vaso mientras los otros dos sopesaban sus palabras. Un trueno descascarilló el silencio con su tremor en la lejanía. El seco golpeteo de las gotas de lluvia comenzó a lamer los cristales, y el repicar de las agujas del reloj que descansaba contra la pared se clavaba en los ánimos de los presentes.

—Podría haber una posibilidad… —Todos los ojos se posaron en el americano—. Mi barco posee bandera estadounidense, y todavía tengo negocios por cerrar. No sería difícil fondear en algún lugar pasada la trocha que divide la isla y, desde allí, dirigirse a Puerto Príncipe haciendo el resto del camino a caballo.

Guillermo meditó la idea. No estaba exenta de riesgo, pero sería más fiable que enviar una carta en la que se firmaba una confesión de traición. Después comenzó a estudiar las posibilidades y a predecir lo que sería necesario, porque tendría que ser él quien se adentrase en el frente para comunicar la noticia a Cisneros. Aquello significaría estar ausente de La Habana una larga temporada, además del riesgo que implicaba el viaje en sí: los españoles podrían descubrirlos y fusilarlos en cualquier momento. Miró de soslayo a Macarena y supo que no sería capaz de negarse a ello por mucho que le pesara. Vanderbilt se había aprovechado de su flaqueza, pero se dijo que no habría de quedar de esa manera.

—Está bien. Pero Cisneros solo me creerá si es usted quien le asegura que el acuerdo se llevará a cabo.

Guillermo hundió la mirada en Vanderbilt como un machete mambí y sonrió para sus adentros. Sería la manera de probar su genuina preocupación por Macarena y que la idea no resultaba ser únicamente fruto de la codicia. James sonrió, comprendiendo la argucia del cubano.

—Ya sabe que en mi país adoramos una buena aventura. Sin duda hablaré de ella a mis nietos —dijo con un derroche de confianza.

Fue ahí cuando Macarena se pronunció, porque aquella idea le

parecía descabellada y no estaba dispuesta a que ninguno de los dos arriesgase su vida por solventar sus problemas.

—Lo lamento, pero no voy a permitir que cometan una locura así. Guillermo ha dejado claro que no es factible. No puedo pretender que se expongan de esa manera para ayudarme. No podría cargar con la culpa si algo sucediera…

Los dos hombres la observaron en silencio. En aquellos instantes se jugaban más que sus vidas: se jugaban su orgullo, y ninguno de los dos estaba dispuesto a recular a esas alturas.

James vislumbró la determinación en el rostro de su adversario.

—Puedo asegurarle, Macarena, que no existe peligro alguno. De otra forma, no nos arriesgaríamos a hacerlo.

—Eso lo dudo.

—Coincido con la opinión de Vanderbilt —mintió Guillermo—. No arriesgaríamos nuestras vidas por algo así. Sería más fácil conseguir un crédito…

—Estaremos bien en todo momento —insistió el americano.

Macarena sabía que los dos estaban ocultando la verdadera naturaleza del suceso, así que se obligó a pronunciar unas palabras de las que no tardaría mucho en arrepentirse.

—Entonces, yo también voy.

La sorpresa les torció el gesto, ya que no habrían esperado escuchar esas palabras en un eón de tiempo. Guillermo se forzó a escupir lo que opinaba porque la sorpresa le había agarrotado la garganta.

—Ni pensarlo.

—*It's impossible! Madness…*

El americano continuó soltando lo que Macarena asumió que eran improperios en inglés, al tiempo que se enfrentaba a la mirada furibunda de Guillermo. James se había levantado, y comenzó a recorrer la estancia en silencio en un intento de pensar con claridad.

—Si tan fiable es, no entiendo por qué no puedo acompañaros —replicó la andaluza.

Vanderbilt se acercó a la camarera y, sin pedir permiso, tomó la primera botella de alcohol que encontró y se sirvió un largo trago.

—Es demasiado arriesgado para que siquiera lo plantees, Macarena —contestó Vanderbilt.

—Lo único que sé es que, si es seguro para vosotros, también lo será para mí. Y si no lo es para mí, no debería serlo para nadie.

—Es diferente. Nosotros somos hombres —dijo Guillermo.

James todavía enterraba el rostro en el vaso de licor, y previendo la reacción de la joven, mantuvo silencio.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber ella.

—Estamos acostumbrados a cabalgar largas horas, a dormir bajo ningún techo, al fragor de la batalla…

—¿En cuántas batallas has estado tú? Supongo que en las mismas que yo…

El ambiente se vio enrarecido por el silencio que cuajó en la habitación tras aquellas palabras. James se aventuró a abrir uno de los ventanales y una corriente fresca del exterior barrió los ánimos de los presentes, trayendo consigo cierta calma.

—Macarena es una mujer adulta, y yo no me opondré a que se una a nosotros si es lo que desea.

Guillermo lo atravesó con la mirada, pero, aparte de eso, poco podía hacer para intentar convencerla de que se proponía a cometer un despropósito.

—Yo no puedo impedírtelo. Pero recuerda que, una vez subas a ese barco, no habrá forma de regresar. Así que te aconsejo que recapacites antes. —Se giró hacia Vanderbilt—. Confío en que tenga todo listo en la mayor brevedad. Mandaré a Damián para que le ayude con los preparativos.

Después salió de la estancia. James se acercó entonces a Macarena.

—Espero que no esté haciendo esto por las razones equivocadas. Guillermo está en lo cierto: una vez suba a ese barco, no podrá cambiar de opinión.

—Lo sé.

—La veré en un par de días. Aproveche para tomar fuerzas, todos las necesitaremos.

Las horas se escurrieron hasta que llegó la mañana de partir. El grupo, compuesto por lo que a primera vista parecían cuatro hombres, subió a la cubierta del Medusa, un antiguo barco mercante fondeado en el puerto de La Habana. No tardaron en pasar a un camarote perteneciente a Vanderbilt. El lugar era amplio en comparación con el resto de habitaciones, y, a pesar de la parquedad con la que estaba amueblado, tenía lo necesario para resultar cómodo. James se lo ofreció a Macarena hasta que llegasen a su destino, porque de otra forma tendría que compartir dormitorio con Guillermo y Damián.

—Están terminando de acomodar a los caballos y las mulas. Luego podremos zarpar —informó el americano.

Guillermo se asomó al exterior por uno de los ojos de buey del camarote y vio cómo los marineros se esforzaban por hacer subir por una estrecha pasarela de madera a una de las mulas que los acompañarían en su periplo. Una vez en las costas de la zona de San Fernando de Nuevitas, harían el resto del viaje a caballo. Aunque el plan parecía sencillo, Guillermo albergaba dudas, más aún cuando recordaba que Macarena formaba parte de los integrantes de tan descabellada travesía. Desvió la mirada al interior de la embarcación y estudió con cierta inquina al gringo, que no se había plantado con él cuando ella se empeñó en unirse a la expedición. Cualquiera sabía que

se trataba de una propuesta insensata, que la joven se expondría a un grave peligro, sin tener en cuenta que su presencia los retrasaría. Pero sería inútil intentar hacerla desistir. Se quedó mirando al extraño trío que lo acompañaba y que trazaba los últimos esbozos del plan y se unió a ellos.

Zarparon cuando la marea lo permitió, y no transcurrió mucho hasta que el estómago de Macarena se descompuso con los movimientos del mar agitado, por lo que se recluyó en el camarote el resto de la jornada. Su estado se vio agravado por el temporal que aquellos días azotaba las costas, retorciendo las aguas que hacían que el mercante arfara con violencia. El tercer día tocaba a su fin y el tejido del cielo se incendiaba con un sol agonizante. Llamaron a la puerta del camarote. Macarena se topó con Guillermo frente a ella. Los ojos de él se saturaron con una mirada de preocupación al percatarse del mal estado de la joven.

—Es hora de marchar.

Ella asintió, percibiendo un alivio grato expandiéndose por su estómago agarrotado. Se dispuso a salir con él a pesar de que sus piernas se tambaleaban por la debilidad que sentía en aquellos instantes. Pero Guillermo se puso frente a ella.

—No tienes que hacer esto, Macarena. Vanderbilt no tendrá problema alguno en mandarte de vuelta a La Habana.

Ella negó con un movimiento testarudo de la cabeza.

—En cuanto salga de este endemoniado barco estaré bien. —Se esforzó por estirar los labios en un jirón de sonrisa.

Se encaminaron a cubierta, donde el viento insistía en soplar con fuerza. No muy lejos, se divisaba la ciudad con su pequeño puerto y, más allá, la incipiente selva incendiada por el ocaso a la que se dirigirían sin perder tiempo. James y Damián observaron a los recién llegados fijándose en el maltrecho aspecto de la joven, sin embargo, se mantuvieron en silencio.

—Deben partir antes de que baje la marea o no tendremos forma de salir —advirtió el capitán.

La tripulación se agolpaba alrededor de una gabarra que comenzaban a arriar. Habían decidido desembarcar en una playa cercana, pues no querían llamar la atención de las autoridades españolas. Vanderbilt asintió, consciente de las implicaciones que aquello tendría, y se apresuraron a descender por una escala descolgada por el vientre de la embarcación. Como no disponían de otra forma más eficaz, echaron al agua a los caballos y las mulas, y se ataron a un extremo de la gabarra para guiarlos. Sin embargo, una de las monturas tuvo una mala caída, y se partió una pata al quedar enredada en las cuerdas que la descolgaban; no pudieron evitar ver cómo se ahogaba entre lastimeros relinchos de auxilio. La mar picada

y la escena agónica terminaron por destrozar las entrañas de Macarena, que descargó el contenido de bilis de su estómago por la borda. El resto continuó remando en dirección a la costa.

Tocaron tierra cuando la oscuridad entintaba el firmamento y las primeras estrellas irradiaban su luz tenue en el horizonte. La gabarra se encalló a unos metros de la orilla y descendieron aprisa, tomando las monturas para alejarlas del agua. Macarena comenzó a recuperarse en cuanto posó un pie en la arena y se quedó con los animales mientras los hombres bajaban las provisiones, que cargaron en dos de las mulas; la tercera libre la dejaron para que Damián pudiera montarla. Poco más tarde comenzaron a adentrarse en la manigua para así evitar ser descubiertos por las patrullas españolas que vigilaban las costas y el puerto de la ciudad. El aire se sentía fresco y las ropas húmedas se engrudaban con la piel. Los dientes comenzaron a castañetear y los ánimos a desfallecer. Decidieron pasar el resto de la noche en la destemplanza de la selva, para lo que hicieron un fuego con el que caldear sus pieles y secar las ropas. Calentaron algo de comida y el cansancio les pesó en el cuerpo hasta que se entregaron al sueño.

El repicar machacón de las chicharras y el cantar de los pájaros anunciando el alba los despertaron. El fuego extinguido fue hogar baldío para calentar un puchero de café, y se conformaron con un mendrugo de pan y un poco de vino aguado. Reanudaron la marcha y no tardaron en cruzar la selva. El día comenzaba a clarear, rompiendo la monótona oscuridad del cielo con los primeros tonos rojizos que anunciaban el día. La mañana se había despertado fresca y el ambiente se sentía extrañamente otoñal. Macarena se frotó las manos y se encogió en la fina chaqueta de paño que vestía, levantándose las solapas para resguardarse. Se alegró de llevar alrededor del cuello el pañuelo que escondía su cabello y su verdadera identidad. Marchaban en silencio, en dirección a Puerto Príncipe. El viaje duraría algo más de dos jornadas, y esperaban poder encontrar a Cisneros allí. El suave doblar de los cascos de las monturas los acompañaba. Cuando el hambre se hizo insoportable, se dirigieron a un pequeño plantío para comer y divisaron a unos guajiros labrando las tierras con la ayuda de una mula demacrada. Guillermo y Damián se acercaron a los lugareños para intentar averiguar si alguna partida mambí se hallaba cerca.

—Buenos días —dijo Damián.

Los campesinos dejaron a un lado sus labores al percatarse de la presencia de los extraños y respondieron al saludo con cortesía, pero con cierto recelo. La mula esquelética pareció agradecer el respiro que le daban sus amos y relajó una de sus patas traseras para distribuir el peso de su cuerpo en las otras tres al tiempo que comenzaba a

espantar las moscas que se arremolinaban en su grupa con golpes de su deslucida cola.

—Buenos días, señores —dijo el mayor de los campesinos—. ¿Qué se les ofrece?

—Viajamos hacia Camagüey —respondió Damián haciendo referencia al nombre por el que se conocía a Puerto Príncipe en aquella zona—. Buscamos a Maceo y sus hombres.

Los campesinos contemplaron con recelo a Guillermo y echaron su vista hacia Macarena y Vanderbilt.

—¿Van a alistarse? —inquirió el más joven.

Guillermo se apresuró en contestar, consciente de la desconfianza que parecía despertar la presencia del grupo.

—Así es.

Los aldeanos se miraron entre ellos, decidiendo si se fiaban o no de los recién llegados. Aguardaron unos instantes en silencio y el ambiente se tensó. El más joven no apartaba la vista de los viajeros, pero el mayor negó con la cabeza.

—No sabemos dónde pueden estar. Lo lamento.

—Entiendo… —dijo Guillermo dándose por vencido, y rebuscó en su bolsillo, de donde sacó varios reales—. Esto es por las molestias.

El joven continuaba analizando con desconfianza a Guillermo, y dedicó la misma mirada de desconfianza a aquellas monedas, pero el hambre pesó más que el orgullo y las aceptó con un gesto de la cabeza como agradecimiento. Se despidieron y los campesinos marcharon a retomar su trabajo. Guillermo y Damián regresaron junto con el resto y llenaron sus estómagos con pan blando y queso. Después reemprendieron el paso hasta encontrar una pequeña laguna donde permitieron abrevar a las monturas. Poco más tarde regresaron al camino. Guillermo los guiaba a buen paso, evitando los accesos principales, convencido de que a aquel ritmo estarían cerca de la mitad del trayecto antes de que anocheciera. Fue poco después de vadear un riachuelo que divisaron una pequeña avanzadilla del ejército español compuesta por algo más de diez hombres. Guillermo se volvió hacia el resto.

—No habléis —musitó entre dientes.

Macarena asintió, consciente de que si descubrían su verdadera identidad, crearía aún más sospechas. Comprobó que su trenza estuviese bien cubierta y bajó ligeramente el ala de su sombrero para cubrirse el rostro. La milicia se aproximó, espoleando a los caballos, y el soldado al mando, que portaba el rango de alférez, fue el primero en hablar tras el saludo, con un tono de voz que no ocultaba una nota autoritaria a pesar de ser respetuoso. Los estudió con detenimiento y pareció reparar en las mulas cargadas de provisiones.

—¿Puedo preguntarles qué hacen por aquí? ¿No saben que esto no

es seguro? Los insurgentes andan por la zona.

—Nos dirigíamos a Puerto Príncipe —respondió Guillermo con naturalidad.

El soldado asintió mientras su gesto daba muestras de relajarse.

—¿No se habrán cruzado con un grupo de unos seis o siete hombres?

Guillermo intentó mantener la calma.

—No, señor. ¿Los están buscando? ¿Acaso son forajidos?

—Mucho peor: son traidores mambises.

—Me temo que no hemos visto a nadie.

El soldado los miró en silencio antes de volver a hablar.

—¿Y qué es lo que los trae por aquí?

—Venimos de La Loma —mintió Guillermo, porque le resultó más convincente no dar la ubicación real por si alguien había divisado el barco mercante.

—¿Y a razón de qué van a Puerto Príncipe?

—Traemos a un gringo con nosotros —Guillermo hizo un gesto con la cabeza en dirección a Vanderbilt— que está interesado en comprar un cargamento de tabaco antes de regresar a su país. Tiene buena plata y nos ha pagado por ayudarlo.

El soldado sopesó la respuesta sin dejar de estudiar a los presentes. Pareció satisfecho y sonrió con amabilidad.

—Si se sienten más seguros, podríamos acompañarlos en parte del camino.

—Se lo agradezco, pero no creo que sea necesario. Conocemos bien el terreno.

—De acuerdo, pues. Vayan con Dios —dijo el soldado a modo de despedida.

—Tengan un buen día —respondió Guillermo, sintiendo que la tensión se iba mitigando.

Estaba a punto de azuzar a su montura cuando el alférez empujó su caballo más cerca de él.

—Ha dicho que venían de La Loma, ¿verdad? —musitó el soldado al tiempo que Guillermo lo observaba con recelo.

—Así es.

La expresión de las facciones del soldado se tornó algo siniestra, y una pérfida sonrisa se dibujó en su rostro.

—Si no me equivoco, La Loma queda más al sur, y si conoce bien el terreno, como ha dicho, sabrá que está alejándose de Puerto Príncipe.

Guillermo se tensó, pues sabía que serían apresados dependiendo de lo que dijera.

—Preferimos alejarnos de los caminos principales, y hemos debido de despistarnos…

—Ahórrese la palabrería —respondió el alférez—. Ustedes se



vienen con nosotros.

20

No tuvieron un instante para descansar el cuerpo castigado por los vaivenes de los caballos y continuaron por el camino abrupto. En cierto momento, comenzaron a percibir los sonidos típicos de un campamento con el tumulto de las voces, el batir de los pucheros y el crepitar de la lumbre amalgamándose con el zumbar de los mosquitos. Tenían abotargados los sentidos después de haber hecho el viaje maniatados. Sus estómagos se retorcieron con el olor de la carne asándose sobre la leña, con un recuerdo punzante de su largo ayuno. En la oscuridad creciente de la selva, solo iluminada por los escasos fuegos que usaban para cocinar y sacarse el frío del cuerpo, se arracimaba una muchedumbre de hombres alrededor de las hogueras. La máscara de la fatiga y la desconfianza cubría sus rostros, dejando entrever la dureza de la vida en la manigua en las sombras que nublaban sus ojos, exhibiendo el desgaste de la batalla en sus pieles. Todos aguardaban con paciencia a llenarse el vacío de las tripas al que se habían visto forzados a acostumbrarse debido a la escasez de comida. Lejos de desmotivarlos, aquello suponía un aliciente para luchar con más fiereza, como si la selva surtiera ese efecto en ellos y los endureciera hasta tornarlos igual que piedra. Aceptaban las privaciones como otra parte más de la vida en la insurgencia: poco importaban las carencias, la lluvia, las picaduras de mosquitos, las heridas de la batalla y el cansancio acumulado en los huesos. Sumergidos en aquel escenario, alejados de los fortines y el orden impecable de un regimiento castellano, no les costó constatar que sus captores eran mambises haciéndose pasar por soldados españoles, pero, a pesar de explicar la verdadera naturaleza de su viaje, hicieron oídos sordos repitiendo: *«Ya decidirá el capitán cuando lleguemos»*. Detuvieron las monturas y unas manos los aferraron y tiraron de ellos con rudeza, sin molestarse por que cayeran en pie desde los caballos, y sus cuerpos chocaron a plomo contra el suelo. El golpe inclemente cortó la respiración de Macarena y molió sus delicados huesos, pero se negó a emitir lamento alguno, aguantando el latigazo del sordo dolor recorriendo su flanco izquierdo con el temple estoico que mostraban el resto de sus acompañantes. El alférez comenzó a lanzar órdenes para tenerlos bien vigilados, y unos soldados se acercaron y los levantaron con brusquedad.

—¡Venga, que no tenemos todo el día, carajo!

Uno de ellos golpeó a la joven con la punta de su bota y tiró con tanta saña de sus brazos maniatados a la espalda que se percibió un crujido punzante en los hombros. La colocaron junto a Guillermo, y la joven buscó la proximidad de su cuerpo por aliviar la desprotección que arreciaba en ella y el mudo temor arraigando en la boca de su estómago esparciéndose por sus entrañas. Guillermo rozó su mano unos segundos. La cercanía de la piel de él le ofreció a Macarena un ligero consuelo. Él la observó sin poder ocultar la preocupación que velaba sus ojos. El rostro de Guillermo reflejaba crispación, pero su mano respondió a su contacto, aferrándola con fuerza en un intento de transmitirle valor. Macarena creyó entrever una sonrisa volátil en la boca de Guillermo y un leve asentimiento de su cabeza con la muda promesa de que todo iba a salir bien. La joven sintió la calidez de aquel gesto expandiéndose en su interior y, de pronto, pareció que aquella situación tendría una solución y podrían explicar el malentendido al capitán. En aquella intimidad se atrevió a elevar un susurro para preguntar a Guillermo por lo que pasaría después. Sus palabras se vieron interrumpidas por la orden seca de uno de los mambises.

—¡Silencio, carajo!

De dos zancadas se acercó amenazante y le asestó a Macarena un golpe tremendo en el abdomen que la dobló por la mitad y la hizo caer de rodillas contra el suelo. Notó en su rostro el frescor gredoso de la tierra escalando por las comisuras de sus labios. Boqueaba como un pez en un intento por tomar una brizna de aire, tosiendo con compulsión hasta llenar sus pulmones. La reacción de sus acompañantes no se hizo esperar, y, a pesar de estar maniatados y desarmados, se revolvieron contra sus captores cargando a empellones, mordiscos y cabezazos. Solo lograron apaciguarlos cuando el alférez soltó un par de tiros al aire.

—¡Al primero que vuelva a moverse lo mando *pal* otro barrio con un balazo entre ceja y ceja!

Los hombres se vieron forzados a desistir de defender a Macarena mientras unas manos la volvieron a levantar con hosquedad y el suelo crujía anunciando la llegada de alguien frente al que se cuadraban los soldados.

—Rodríguez, ¿qué pasa aquí y quiénes son estos?

Se descubrió un hombre de rostro cansado y barba descuidada. A pesar de ello, poseía un porte aristocrático y un talante, en apariencia, sosegado que contrastaba con la actitud soez del alférez. Sus ojos cautelosos estudiaron la situación aguardando por la explicación de su subordinado. Este relajó su postura.

—Estaban interrogando a unos guajiros de la zona.

El otro asintió en silencio; parecía estar comenzando a formar su propia idea de los hechos. De una pasada rápida miró a los presentes, que a su vez lo escrutaban con cierta curiosidad y algo de alivio, pues debía de tratarse del capitán, y por fin podrían aclarar todo aquel desaguisado y continuar con su camino.

—¿Y qué querían?

—Preguntaban por el campamento de Maceo. Me atrevería a afirmar que son españolistas con pretensiones de infiltrarse en nuestras filas…

—¿Estás seguro, Rodríguez?

—Me juego el pescuezo, señor. Este es su jefe —dijo señalando a Guillermo con un golpe del mentón.

El del porte aristocrático se acercó y lo escudriñó de un vistazo rápido. Guillermo tenía el gesto tenso y las mandíbulas contraídas, pero no se amedrentó con su presencia. El capitán respondió con decisión a su mirada recelosa.

—¿Es cierto lo que dice?

La mente de Guillermo comenzó a estudiar la situación en la que se hallaban enredados, buscando una manera de salir ilesos de aquel embrollo. El joven se mantuvo en silencio sopesando la mejor respuesta, pero antes de tener tiempo a decir algo, el alférez Rodríguez le arreó un culatazo con el fusil que le hizo abarquillarse y le robó la última gota de su aliento.

—Contesta cuando te pregunten, cojones.

Después de arrojar al suelo el poco aire que tenía en su pecho, Guillermo se irguió de nuevo empujado por su orgullo, aunque a duras penas lograba respirar y los pulmones le ardían por el esfuerzo. Tosió con violencia una vez más y después el capitán prosiguió con el interrogatorio como si nada.

—¿Son ustedes españolistas?

El alférez preparó su fusil para volver a atizarle, pero su superior lo detuvo antes de que pudiera hacerlo, desviando la autoridad hacia él con una mirada.

—Es suficiente, Rodríguez.

El soldado se contuvo y Guillermo aprovechó para responder.

—No, señor.

—¿Qué hacen entonces aquí?

—Vamos a Puerto Príncipe acompañando al gringo. —Señaló a Vanderbilt con un gesto de la cabeza, y James fijó su mirada plomiza en ellos—. Tenemos un buen trato para comerciar con la insurgencia y vamos a reunirnos con don Salvador Cisneros.

Pronunció aquel nombre como un último recurso para dotar de veracidad a sus palabras, pues sabía que se lo pensarían dos veces antes de molestar a alguien relacionado con el presidente en armas. El

oficial se giró hacia el alférez aguardando una explicación, pues, a pesar de la humildad de sus vestiduras, a la legua saltaba que se trataba de un señorito criollo que podría estar relacionado con Cisneros. La réplica no se hizo esperar, y volvió Rodríguez a atizarle con la culata, pero de manera más comedida, pues quería evitar otra reprimenda del capitán. Guillermo lo observó con una llama de rabia avivada en sus ojos y actitud desafiante.

—No mientas, carajo. Los encontramos en el camino de Nuevitas, pero nos dijeron que se dirigían de Las Lomas a Camagüey.

Aquella respuesta pareció ser suficiente para el capitán, apurado por asuntos más urgentes que tratar. Al fin y al cabo, estaba en medio de una guerra. Si bien antes de la contienda se había considerado un hombre piadoso, de carácter inclinado a la compasión, desde que se unió a la insurgencia se había visto obligado a endurecerse a fuerza del pragmatismo que conllevaban consigo el poder y la responsabilidad de tener que velar por el bienestar y la seguridad de sus hombres. Respondía con un tono inconmovible intentando encubrir la desazón producida por las palabras que pronunciaba a continuación:

—Líbrense de ellos.

Después dio media vuelta y se marchó.

—¡No! —protestó Guillermo. El capitán se alejaba haciendo caso omiso a sus quejas—. Venimos a ver a Salvador Cisneros, soy un buen amigo suyo.

Los mambises estallaron en carcajadas.

—Si fuera verdad lo que dices, sabrías que Cisneros no se encuentra en Camagüey.

Guillermo insistía, y Rodríguez lo golpeó con saña hasta borrarle las palabras de los labios y plantarle un doloroso silencio en la boca. Damián y James se unieron a las protestas y sufrieron una suerte similar a manos de los otros soldados. Macarena, sobrecogida por el terror despertado por esas palabras, regresó al mediodía anubarrado en el que se empeñó en ser partícipe de aquella sandez y deseó poder dar marcha atrás en el tiempo y volver a cobijarse en la templada seguridad de aquella habitación.

—Vosotros, venid conmigo —dijo Rodríguez a sus soldados—. Los fusilaremos allá. —Señaló unos árboles no muy lejos de las hogueras.

—Alférez, escúcheme —ordenó Guillermo con el sabor metálico de la sangre llenando su boca—. Está cometiendo un error, y cuando esto llegue a oídos de Cisneros y del general Maceo recordará mis palabras. Lleven mensaje a uno de los dos y podrán confirmar que me conocen.

El pecho del soldado estalló en otra carcajada.

—Si vuelves a hablar, te arreo un golpe que te dejo mudo. ¡Venga, carajo! Que no tengo toda la noche.

Los arrastraron hacia la negrura de la manigua, alejándose del campamento, guiados por la luz de un par de teas humeantes que espantaban a los mosquitos a su paso. Los hombres se debatían a la desesperada por librarse de aquel destino, intentando razonar inútilmente con sus captores. Macarena, entre tanto, enmudecida por el terror de la sombra de la muerte acechando, comenzó a rezar un padrenuestro. Se detuvieron junto a unos troncos desnudados de sus ramas y procedieron a atarlos contra ellos. Ella era la única que no ofrecía resistencia; los demás, sin embargo, se retorcían y proferían protestas, pero el revoltijo de explicaciones fue ignorado por los mambises, que parecían tener prisa por regresar al campamento y llenarse el buche. Su destino estaba sellado, o eso creyeron, porque la voz grave de James se alzó entre el tumulto.

—¡Aguarden! Hay una mujer.

A pesar de las reticencias por creerlo, los soldados se echaron unas miradas de soslayo y, finalmente, se vieron obligados a comprobar aquella revelación.

—Es ella —dijo Guillermo con un gesto de la cabeza en su dirección.

Macarena, saliendo de su letargo, observó al joven, sin saber si sentirse agradecida por librarse de la muerte o traicionada por que no le permitieran morir junto a ellos. El alférez Rodríguez se acercó a ella, la despojó del sombrero y escrutó su rostro en busca de algún rasgo afeminado. Después tomó con una mano la trenza ocultada hasta ese momento bajo el pañuelo y su cabello empezó a desparramarse por los hombros. A pesar de poder distinguirse que era una mujer, el alférez abrió su levita sin miramientos y le rasgó la camisa; su pecho vendado quedó al descubierto.

—*You, bastard!* —exclamó Vanderbilt.

—¡Déjala, malnacido! —gritó Guillermo.

Rodríguez les dirigió una mirada fría. El capitán se había marchado y ahora no tendría problemas en darles una buena lección. Sin embargo, el olor dulzón que se escurría por la negrura de la noche le recordaba que el asado estaba medio listo y que, si no se daban prisa, no les quedaría un mal bocado con que llenarse el buche, por lo que no quiso perder el tiempo.

—¿Te has traído a tu novia? —Rodríguez esbozó una sonrisa de regocijo y luego miró a sus hombres—. No me importa que sea una mujer. Es una traidora de la insurgencia y va a morir como tal.

El silencio se desparramó entre los presentes, que dudaron en ejecutar las órdenes del alférez. Hacía tiempo que habían adquirido la templanza necesaria para que no les temblara la mano cuando se trataba de fusilar a un felón, pero la cosa cambiaba al enfrentarse a una mujer, por muy desleal que fuera. Las dudas se entrevieron en sus

miradas, y el rumor de la noticia comenzó a propagarse por las inmediaciones, atrayendo al lugar a algunos ojos curiosos. Entre todos ellos, se hallaba un mambí que sobresalía en medio de la multitud lo menos una cabeza, y resultaba tan corpulento que tenía el pecho más ancho que el de un buey. Fue apartando a los fisgones para zambullirse en la creciente algarabía.

—¿Acaso no me habéis oído? Fusiladlos a todos. —El alférez Rodríguez sintió el calor de la ira subiéndole por el cuello, enrojeciéndole las facciones y alterándole el temple al ver que sus hombres no lo obedecían y que cada vez más curiosos se arremolinaban a ver la escena. El rumor de los cuchicheos empezaba a llenar la oscuridad en aquel punto del campamento, y no pasaría mucho hasta que las noticias llegaran al capitán.

—¡Por el amor de dios, que alguien pare este despropósito! —clamó Guillermo viendo que cada vez había más hombres reunidos—. ¡Es una mujer inocente!

—Tú, cierra la boca. ¡Y vosotros, apuntad! ¡He dicho que apuntéis, cojones!

La voz del alférez escaló entre el rumor de los presentes, pero los soldados no terminaban por obedecer, porque ninguno quería ser el encargado de disparar a la mujer. Rodríguez se acercó a uno de ellos y le arrancó el fusil de las manos, dispuesto a matarla él mismo. En esas, el mambí de ancho pecho dio unos pasos hacia los detenidos y elevó su profundo vozarrón, que ahogó las palabras de los otros hasta los límites del campamento.

—Detengan este espectáculo de inmediato. Y desaten a estas personas.

El alférez Rodríguez conocía bien aquella voz, y no tuvo que revolverse para saber que se trataba de Casimiro, un negro sin abolengo que antes de teniente había sido jornalero de un ingenio en Matanzas. Fue en ese momento cuando Macarena reconoció al antiguo jornalero que había detenido a Ceballos de que la atacara. El recién llegado se aproximó a Rodríguez y le arrebató el arma de las manos sin dificultad.

—Son órdenes directas del capitán —protestó Rodríguez con la mirada incendiada de subversión y la bilis trepando desde el estómago.

El silencio de la noche caía sobre ellos con dureza, asentando la tensión existente. Ninguno de los soldados quería obedecer al capitán, pero también se resistían a llevar a cabo las órdenes que acababa de dar el teniente. Casimiro se acercó hacia el poste donde se encontraba su antigua patrona y la desató con el filo de su machete. Después se sacó la levita, que de tan remendada parecía estar hecha de retazos, y cubrió el cuerpo de la señora.

—Escúchenme todos. Estas personas no son enemigas de la insurgencia. Rodríguez, hágase cargo de que desaten a los hombres y les den algo de comer. Yo respondo por ellos.

El alférez se vio obligado a obedecer entre rezongos y ejecutó las órdenes con desgana.

—No se preocupe, doña Macarena. Yo le explicaré todo al capitán. —Casimiro se dirigió con vastas zancadas en busca de su superior.

Liberaron a los demás y fueron a comprobar el estado de Macarena, que, a excepción de algunas magulladuras y el susto, estaba perfectamente. No tan bien parado había acabado Guillermo, que después de la somanta de palos recibida tenía el rostro hinchado y ensangrentado, el cuerpo dolorido y el orgullo resentido.

Un soldado los guio por la oscuridad de vuelta al campamento. El crujido de las hojas y las ramas secas bajo sus pies representaba el único sonido que se extendía a su alrededor, porque ninguno se atrevió a hablar. La luz fue ganando terreno a la oscuridad a medida que se adentraban en el campamento. Allí se les ofreció el amparo de una lumbre y algo de comer. La frugal vitualla sirvió para engañar el hambre, pues la poca carne que royeron de los huesos no sació sus estómagos famélicos. Templaron sus pieles al calor de las brasas y aguardaron por Casimiro sin aventurarse a quebrar el repentino sosiego que les sobrevino. Cuando el antiguo jornalero regresó, aprovechó para explicar cómo había llegado hasta allí.

—Pocas semanas después del inicio de la contienda algunos soldados vinieron a reclutarnos —relató—. Gran parte de los trabajadores del ingenio se marchó con ellos, y yo también. Es cierto que me han tratado de forma justa durante muchos años, pero es tiempo para mí de luchar por una causa más grande y justa, señora.

Macarena lo observó sin decir nada a pesar de que estaba en una deuda con él de por vida. Guillermo, por el contrario, asintió con cierto orgullo ante su explicación.

Se posó un silencio sobre ellos hasta que de entre las sombras surgió la silueta de un hombre uniformado. Casimiro se cuadró al verlo aparecer. Se trataba del capitán que un rato antes los había condenado a aquel funesto final.

—Les presento mis más sinceras disculpas —dijo este mesando su barba astrosa con la mano.

A pesar de todo lo ocurrido, Guillermo decidió ser pragmático y no hacer un alboroto con lo sucedido, porque no estaba seguro de tenerlas todas consigo. Lo que en principio se había tornado en una situación favorable podría desvanecerse con facilidad. Aceptó las disculpas del capitán, quitó hierro al asunto con alguna palabra y se decidió a aprovechar la situación para salir cuanto antes de aquel lugar.

—Necesitamos proseguir nuestro camino y reunirnos con el señor Cisneros.

El hombre asintió. Ofrecerles su ayuda resultaba lo mínimo que podía hacer después de haber estado a punto de fusilarlos.

—Haremos todo lo posible por ayudarlos a alcanzar su destino sin demora. Cisneros no se encuentra muy lejos de aquí.

—No estaba enterado de que no se hallara en Camagüey.

El capitán negó con la cabeza, comprensivo.

—Resultaría demasiado peligroso. Podría suceder lo mismo que en la primera guerra, cuando los españoles intentaron apresarlos, a él y a su familia. Se encuentra a salvo, no muy lejos de aquí, en una pequeña plantación cerca de Manantiales. Si salen al alba estarán allí al anochecer. Yo me encargaré de que alguien los lleve.

—No será necesario —dijo Guillermo—. Conozco el lugar. Es una pequeña villa que pertenece a su hermana Ciriaca. No muchos saben de su existencia.

El capitán asintió.

—Entonces solo me queda desearles suerte. ¡Alférez! Encárguese de proveerlos con un lugar para dormir y de que sus monturas descansen y sean abrevadas. A usted, señora —se dirigió a Macarena—, le pido que tenga a bien aceptar mi tienda para su uso personal. Mis hombres le prepararán un baño si así lo desea.

Comprendiendo ella que aquello supondría un terrible derroche para los escasos recursos a disposición del campamento, lo rechazó. Poco tiempo después se retiraron a descansar, aunque ninguno de ellos pudo pegar ojo. Sus cuerpos se sentían extraños entre la algazara propia de la selva, con el zumbar de los insectos, el reptar de las culebras y las pisadas de algún que otro hurón o alquimí, y agitados por los últimos recuerdos. El alba espabilaba las últimas sombras del cielo cuando se despidieron de Casimiro.

—Vuelvo a estar en deuda contigo —dijo Macarena, que tomó sus ásperas y duras manos entre las suyas—. No tengo palabras para agradecértelo.

—No tiene por qué, doña Macarena.

—Por favor, mantente a salvo mientras dure la guerra.

El antiguo jornalero sonrió.

—Estoy seguro de que nuestros caminos se volverán a cruzar.

—Eso espero, Casimiro.

La mañana se fue tornando calurosa y las veredas solitarias, lo cual era de agradecer tras el susto que todavía les pesaba en el cuerpo. Tal y como auguró el capitán, llegaron a la hacienda cuando la noche caía, y se encaminaron a la residencia de Cisneros con discreción, pues debían ser precavidos por si la casa estaba siendo vigilada. Antes de llamar, se cercioraron de que no había nadie en las cercanías. Después

desmontaron de sus caballos y recorrieron a pie la distancia que los separaba de la casa principal. Tocaron a la puerta y les abrió un hombretón con cara de pocos amigos que los escrutó de arriba abajo. Guillermo preguntó por Cisneros, pero el otro desconfiaba de la visita, que no había sido anunciada, y estuvo a punto de cerrarles la puerta en las narices. Guillermo se lo quitó del medio de un empellón y comenzó a llamar a Salvador, hasta que este, extrañado del alboroto montado en el patio, se asomó desde el piso superior y, fijándose en su rostro amoratado, se echó escaleras abajo.

—Santo dios, Guillermo. ¿Qué haces aquí y qué te ha pasado?

Guillermo dibujó una sonrisa ancha por respuesta a pesar del dolor que le producían las heridas, y rompió a reír para sorpresa del presidente en armas.

—No sabes cómo me alegro de verte, Salvador.

Se echó a sus brazos y palmeó su espalda con emoción.

—Yo también, pero debes explicarme qué haces aquí.

—Todo a su tiempo, Salvador.

—No es sensato presentarse de esta manera, Guillermo. Confío en que hayas tenido una buena razón…

Guillermo no esperó para responder e hizo un gesto con la cabeza a sus acompañantes, que atravesaron el zaguán y se presentaron ante Salvador Cisneros, que estudió al dispar grupo sin ocultar su recelo y su asombro. No entendía cómo habían podido acabar en aquel lugar el calesero de Guillermo, la viuda de su tío y un gringo al que, por lo que sabía, solo lo movían intereses económicos en la isla.

—Debe de ser importante si has traído séquito.

—Más de lo que puedas creer, amigo. Te alegrará escuchar lo que venimos a proponerte.

—Está bien, pero antes déjenme ofrecerles un buen baño y una cena en condiciones. Después ya habrá tiempo para hablar.

Descansaron en un remanso de aguas calientes y perfumadas, toallas de algodón y almohadas de plumones hasta la hora de la cena, cuando se sentaron alrededor de una mesa dispuesta con grandes formalidades y rodeada de lacayos que servirían la comida. El ambiente estaba tintado con una ligera tensión que se fue disipando a medida que la conversación se desarrollaba. No se pudo pasar por alto las últimas noticias referentes a la guerra, pero se evitó intencionadamente tratar los motivos que los habían llevado allí. Eso sería tema para la discusión de la sobremesa, acompañada de cigarros puros y licor. Sin embargo, de tanto en tanto el anfitrión estudiaba con minuciosidad a quien más desentonaba de todos los que componían aquella escena y que desataba sus sospechas. Observaba su rostro menudo y delicado, sin esconder la crudeza de su mirada, encerrando sus verdaderos pensamientos en el hermetismo de su

expresión. Sopesó las pocas palabras que Macarena se atrevió a pronunciar y analizó el comportamiento de los tres caballeros con ella. Cuanto más parecía darle vueltas, más crispada se tornaba esa sensación de desconfianza que lo invadía. Pero con los años Salvador Cisneros había aprendido a saber cuándo era el momento correcto para actuar. Por el momento decidió acallar aquel recelo y aguardar a la oportunidad apropiada para proceder según dictara su parecer. La llegada de la comida interrumpió aquellas reflexiones, y aceptó los cumplidos y comentarios de los comensales por el banquete ofrecido, que les supo a gloria tras las privaciones de los días anteriores.

Dándose por saciados, se retiraron a la biblioteca, pues, al fin y al cabo, Salvador Cisneros no podía negar que, para aquel entonces, sentía una tremenda curiosidad. Uno de los lacayos sirvió los vasos de licor y ofreció puros a todos los asistentes. Solo Macarena rechazó el habano, porque no lograba controlar su tos cuando fumaba. El resto comenzó a prenderlos en un esmerado ritual que los tuvo ocupados un largo rato. Tan pronto como el sirviente se retiró, Cisneros soltó una bocanada apelmazada de humo grisáceo y se dispuso a hablar.

—Puedo imaginar la clase de vicisitudes que han debido de pasar para llegar hasta aquí —dijo. La isla estaba dividida en dos por una trocha fuertemente vigilada, y resultaba imposible pasar a la otra mitad por tierra—. Pero no me puedo figurar los motivos por los que han venido. En especial usted. —Posó sus ojos oscuros en los de Macarena. A pesar de que su voz había sonado amable, podía sentir el reproche en esa mirada.

—Venimos a hacer negocios con usted —respondió James, repantigado en su butaca.

La actitud natural y desbordada de confianza del americano molestó a su interlocutor, que enfocó su atención en él. Lo observó con cierto recelo, sin esconder el escepticismo en su semblante. Después buscó con la mirada a Guillermo, inquiriendo una explicación a todo aquel asunto, porque no se esperaba una respuesta así y no tenía tiempo para tomaduras de pelo de un gringo.

—Es cierto, Salvador. *Mister* Vanderbilt y doña Macarena tienen una propuesta que hacerle, y, de no haber creído que merecía la pena el riesgo, no los habría traído.

—¿De qué se trata, pues?

Una brisa agobiante empujaba un bochorno pegajoso a través de la ventana de la casa, rodeada de caña y manigua, por la que se colaban los cantos de los grillos. Cisneros se recostó contra su sillón de piel y chupó con fuerza de su habano, levantando una humareda densa a su alrededor. De su posición emanaba la seguridad otorgada por la experiencia, aunque también poseía algo de la soberbia que concedían una suntuosa fortuna y aquella sensación de amasar poder.

—De un intercambio sencillo —retomó la palabra el americano, sonriendo con una mueca que podía interpretarse como arrogancia. No se dejaría amedrentar por la actitud de su interlocutor. Estaba acostumbrado a tratar con aquel tipo de hombres impenetrables y desconfiados. Llevó el puro recién encendido a sus labios e inhaló una buena bocanada de humo antes de exhalarlo y volver a hablar—. Yo quiero su azúcar, y, a cambio, les daré armas.

Las palabras pronunciadas por el gringo captaron la atención de Salvador, y el hermetismo de su rostro se resquebrajó el tiempo suficiente para indicar a James que esa noche llegarían a un acuerdo a pesar de las reticencias del presidente. Y con esa certeza dio una calada triunfal a su habano y expelió el humo, que sabía a victoria y fortuna.

—Cuénteme qué tienen en mente, porque si es azúcar lo que busca, aquí tenemos a puñados. Y puede imaginar que luchando en una guerra como esta necesitamos muchas armas. —Cisneros se forzó a esgrimir una sonrisa conciliadora.

—Sé de buena tinta que aquí les sobra azúcar cuando sus ejércitos no se dedican a quemarla, y es por eso que hemos venido, porque necesitamos su protección argumentó James.

—Cualquiera que nos consiga armas será considerado un aliado de la insurgencia y le garantizo personalmente inmunidad. Y queda por descontado que aquí, en Oriente, tenemos cientos de ingenios.

James se permitió sonreír antes de hablar.

—Me tranquiliza saber que sería así, pero solo hay un ingenio específico con el que me interesa comerciar, y es el de Montserrat.

El marqués fue pasando su mirada del gringo a la joven durante unos instantes; comenzaba a liberar las crecientes sospechas albergadas hacia aquella mujer de aspecto mojigato y mirada cándida. Tenía la certeza de que no podía confiar en ella, y pretendió echarla de aquel acuerdo sin demora, pues estaba convencido de que el gringo se dejaría tentar por un trato que a todas luces le resultaría más rentable.

—No se lo tome a mal, doña Macarena, pero estoy seguro de poder ofrecer al señor Vanderbilt una tajada más jugosa con el precio que le darían muchos de los ingenios de esta parte de la isla. Sin contar con el hecho de la garantía de gozar de nuestra total protección.

James esbozó una sonrisa y se llevó el puro a los labios; lo sujetó entre los dientes antes de aspirar una vez más de él. Aprovechaba para clavar la mirada en Salvador Cisneros, pues aquel quiebro no lo había esperado. Expelió una bocanada de humo con tortuosa tranquilidad, sumiendo el ambiente en la ceguera de la niebla de su cigarro y la incómoda incertidumbre de aquella larga pausa. Fuera, las campanadas de un reloj indicaron que la madrugada empezaba a

rondar las sombras de la casa. En la sala, Guillermo tenía sus ojos fijos en él, y Macarena se retorcía con disimulo los dedos entre las capas de sus sayas, pues por un instante había creído reconocer en los ojos de acero de su socio un brillo de codicia que la dejó helada.

—Es una propuesta tentadora… —dijo Vanderbilt, y volvió a fumar, consciente de la expectación que creaba con su actitud pausada —, pero doña Macarena y yo somos socios en esto, y si no comercio con su azúcar, despídase de las armas.

Aquella no fue una respuesta que a Salvador Cisneros le gustara escuchar, pero identificó la determinación de un hombre enamorado, y conocía demasiado bien aquella emoción. Supo de inmediato que el gringo no daría su brazo a torcer y que si quería las armas para su guerra debería tragar con la condición de mantener a Macarena en el trato, al menos por el momento.

—Explíqueme entonces los pormenores de este acuerdo y dígame cuándo podrá entregarnos la primera remesa de armas —pidió Cisneros.

James sonrió al tiempo que Macarena respiraba aliviada, porque por un instante la joven había creído que el americano la haría a un lado para aceptar la propuesta de Cisneros, y la andaluza aprovechó en dar un largo trago a su vaso. El licor le sacudió las entrañas antes de acostumbrarse al ardor dulzón de la bebida. Entre Vanderbilt y Guillermo explicaron los detalles del acuerdo: el azúcar saldría en los barcos del americano hacia los Estados Unidos. Desde allí se cargarían las bodegas de los mismos buques con las remesas de armas para entregarlas en un puerto seguro del oriente de la isla. Después tomarían, de nuevo, rumbo hacia Matanzas, donde el barco volvería a recoger más azúcar.

Cuando todos los pormenores estuvieron aclarados, Salvador Cisneros se levantó de su butaca y, tomando una botella, rellenó los vasos de los allí presentes y alzó el suyo para sellar aquel tratado de la única manera que se podía hacer en la isla: con un buen trago de ron.

La madrugada se colaba por las ventanas cuando decidieron retirarse, y cogieron la cama con tanto gusto que sus cuerpos se sumergieron en un profundo sueño que no se sacudieron hasta bien entrado el día. El primero en aparecer fue Guillermo, que se dirigió al encuentro de su viejo amigo para aprovechar el tiempo a solas y discutir los pormenores de la guerra. Aguardaba a poder hablar con él desde su reciente nombramiento como presidente, pero al entrar en el despacho de su amigo, lo encontró con el ceño estriado y un semblante inquietante que no relajó cuando levantó la vista en su dirección. Cisneros abandonó su escritorio para sentarse junto a Guillermo en unas butacas apostadas cerca de la ventana. El día había despuntado corriente y caluroso, y desde fuera se percibía la quietud

de aquel páramo alejado de la civilización y alguna voz melosa de los ocupantes de la villa, que de vez en cuando pasaban cerca de las ventanas mientras se encargaban de sus quehaceres.

—Son buenas noticias las que has traído, Guillermo. —La voz de Cisneros sonaba pausada y suave, como de costumbre, a pesar de que la preocupación no se le había borrado del rostro—. No podrías haber venido en mejor momento.

Guillermo aguardó en silencio, expectante por que su interlocutor le explicara a qué se refería.

—Maceo se propone cruzar la trocha en pocos días y si todo funciona según lo previsto, necesitaremos esas armas como el agua de mayo.

Guillermo lo miró con desconcierto, pues cruzar la trocha sería una acción demasiado temerosa, y si Maceo resultaba herido, apresado o, Dios no lo quisiera, muerto, la insurgencia sufriría un golpe devastador. A duras penas se estaban recuperado del batacazo que había supuesto la muerte de Martí, y ahora Maceo iba a intentar cruzar la trocha con un ejército.

—Eso es una insensatez —respondió Guillermo ofuscado—. La trocha es impenetrable y está vigilada por cientos de soldados, alambradas y fortines. Por el amor de Dios, pero si hasta tienen un tren que la recorre de un extremo al otro…

Cisneros asintió sin restarle razón.

—Pero la única manera de conquistar Occidente es cruzando esa maldita trocha, y déjame que te diga, yo voy con Maceo.

Al escuchar aquello Guillermo se revolvió en el asiento, pues su amigo contaba casi con setenta años.

—¿Es que habéis perdido todos la cabeza en esta parte de la isla?

Sin aguardar a la respuesta, Guillermo se levantó de la butaca y se dirigió a un mueble donde descansaban unas cuantas botellas de licor. Tomó una cualquiera y vertió su contenido en un vaso. Se giró a Cisneros ofreciéndole un trago, pero este lo rechazó con una negativa de la cabeza. Guillermo bebió parte de su contenido y volvió a llenarse el vaso. Paseó su mirada por la estancia, amueblada con parquedad, sopesando lo que le había dicho Cisneros. Después, un poco más calmado, regresó a su asiento.

—La independencia me ha costado demasiado para resguardarme detrás de un escritorio y esperar a que otros hagan mi trabajo —sentenció Cisneros.

Negó con la cabeza, y su semblante se tiznó con la sombra del pasado; recordaba con amargura la primera vez que se marchó de Camagüey al encuentro con Céspedes para luchar por la independencia. De aquello hacía treinta años, pero lo recordaba como si fuera ayer. El retumbar de su corazón en el pecho, el orgullo de

formar parte de ello, el miedo por dejar atrás a sus seres queridos… Pronto se dio cuenta del precio que debía pagar. Perdió sus posesiones, tuvo que enviar al exilio a sus hijos por miedo a que los apresaran. Su mujer y su hija menor vivieron con ellos en la manigua durante meses entre la lluvia, la escasez y la enfermedad hasta que la muerte se las llevó. Cuando se firmó el infame Pacto de Zanjón, tuvo que huir a Nueva York con unos pocos reales y lo puesto. Allí perdió dos hijos más y se vio obligado a sobrevivir durante mucho tiempo vendiendo tabaco en un pequeño quiosco aguardando para regresar a la isla. Si su vida era el precio que debía pagar por ver a Cuba libre, la daba con gusto, tal y como lo había hecho Martí. Sintió una ligera humedad en los ojos y regresó a la habitación, donde Guillermo lo observaba con una nota de compasión, porque bien conocía la historia. Se aclaró la garganta y sonrió con ligereza durante unos segundos.

—Creo que te aceptaré ese trago. —Cisneros se levantó y se sirvió un vaso de licor—. Todo este asunto con la viuda de tu tío y el gringo… —hizo una pausa, tanteando la expresión de su amigo— no nos estallará en las narices, ¿verdad?

Guillermo estudió su rostro inaccesible, intentando descifrar los pensamientos que cruzaban su cabeza. Tras unos instantes sopesando en silencio sus propias sospechas acerca de la relación con la marquesa, se aventuró a negarlo con decisión, a pesar de que sabía que no estaba siendo completamente sincero con él.

—No los hubiera traído de otra manera.

Asintió Cisneros, complacido con la respuesta.

—Aun así, lo mejor será mandarla de vuelta a España cuanto antes.

—Sus intenciones no han variado en ese sentido —aseguró Guillermo.

Se formó un silencio reseco entre ellos, agravado por la calma que se colaba desde el exterior, donde se respiraba la brisa suave de la mañana, y que traía el sonido de unos perros ladrando en la lejanía. Guillermo escrutó el verdor del campo, las hojas siseando mecidas por el viento, unas gallinas picoteando la tierra colmada de lombrices tras las recientes lluvias, el zumbar de unas abejas… A pesar de que la guerra había estallado, en aquel rincón de la isla no se hacían notar sus estragos. Volvió la mirada a su interlocutor, que se hallaba estudiándolo en silencio.

—Tengo entendido que Macarena mantiene una estrecha relación con la marquesa du Conti… —Salvador clavó sus ojos audaces en él, y Guillermo no supo cómo ocultar su visible desconcierto; sus propios miedos quedaron al descubierto ante su amigo.

—Todos en La Habana se relacionan con doña Carlota. —Guillermo intentó salir al paso al tiempo que se encogía de hombros—. Tu propia

hermana, Ciriaca, se codea con ella.

Salvador Cisneros asintió, sin dejar entrever lo que alimentaba sus motivaciones. Si bien Guillermo estaba en lo cierto, los rumores decían que Macarena había ayudado a la marquesa e incluso al capitán general a recabar información para minar las fuerzas de la insurgencia.

—Esa vieja entrometida tiene demasiado poder y sabe tanto como para hacer temblar los cimientos mismos de la isla… No me gustaría que este trato peligrara o llegara a oídos indebidos.

—No veo por qué habría de hacerlo.

—Eso espero, Guillermo. Porque nosotros necesitamos armas a cualquier precio, y si Macarena pone en peligro este trato, no tendré más remedio que tomar cartas en el asunto.

La amenaza implícita en aquellas palabras helaron a Guillermo. Creía conocer lo suficiente a Salvador como para saber que la llevaría a cabo. Su mirada impenetrable lo sacó de aquellas divagaciones, y se apresuró a responder.

—Macarena no dará problemas. Pero te advierto que, si algo le sucediese, Vanderbilt cortará el riego de las armas.

Su interlocutor hizo una mueca parecida a una sonrisa, pero habló con suavidad.

—Todos los gringos tienen un precio, y este no es diferente al resto, eso te lo puedo garantizar. —La frialdad con la que Cisneros pronunció esas palabras le traspasaron la piel a Guillermo; después su semblante se relajó y dibujó una sonrisa—. Estoy seguro de que nada llegará a oídos de esa pajarraca, así que no hay de qué preocuparse. Ahora vamos a comer, que debes de estar hambriento.

Se levantó de su asiento e invitó a Guillermo a hacer lo mismo con un movimiento de la mano. El joven se forzó a sonreír, sintiendo cómo una bruma oscura asfixiaba el ambiente. Un sentimiento de fatalidad comenzó a rondarle las entrañas con el presagio de que Cisneros haría cumplir su amenaza, y se dijo que debía poner distancia entre él y Macarena cuanto antes.

21

Se marcharon sin dar tiempo a sus cuerpos para reponerse de los estragos del viaje porque Guillermo se empeñó en regresar a La Habana sin demora. Cisneros les cedió su quitrín, y no tardaron en despedirse de su anfitrión y dirigirse a Júcaro, lugar donde la trocha nacía, al sur de la isla. A poca distancia de allí se encontraba una villa de libertos que se dedicaban a malvivir de la pesca. Según les dijo Cisneros, sus habitantes vivían en la más profunda de las pobrezas, pero tenían corazones leales a la insurgencia y los podrían llevar en sus barcazas al otro lado de la trocha por unos pocos reales. Los aguardaba un largo viaje hasta regresar a La Habana, pero era la única forma de conseguirlo sin arriesgarse a ser detenidos por los españoles. Una vez al otro lado de la trocha, no tardarían en llegar a una villa en la que podrían hacerse con unas mulas que los transportasen a Ciegos de Ávila, donde se asentaba la estación de ferrocarril más cercana. A bordo de un tren alcanzarían Santa Clara y, desde allí, se dirigirían a Matanzas, donde organizarían lo necesario para comenzar con la zafra y cumplir con lo acordado. Los barcos de Vanderbilt arribarían con la primera entrega de armas y munición en pocas semanas. Después pondrían rumbo a Montserrat para recoger el azúcar. Todos los pasos que seguir habían sido definidos y repasados a conciencia durante las últimas horas que permanecieron con Cisneros. A pesar de que el final de aquel peregrinaje se percibía más cercano, el riesgo aún resultaba latente, y, como si de un pacto implícito se tratase, todos evitaron rememorar los acontecimientos del campamento mambí, porque sus pellejos sentían todavía el mudo escalofrío al recordar lo cerca que habían estado de ser fusilados.

La negra noche se cernía sobre la costa cuando llegaron a la aldea. El viento traía el olor dulzón de la tierra húmeda y el acre de la marea. Unos nubarrones densos como carbón atezaban la superficie del cielo y anunciaban tormenta. El eco monótono del oleaje del mar engullía todos los sonidos a su alrededor, incluso los precarios susurros con los que los cuatro viajeros se comunicaban. Antes de marcharse, el calesero de Cisneros les indicó un camino, pero se había tornado en barro con la lluvia caída ese día y sus botas se hundían en la blandura arcillosa, dificultando el avance e impidiendo despegarse de ella. A medida que se adentraban en la villa los recibían las puertas

cerradas a cal y canto, con la timidez de la luz de los candiles titilando en un intento vano por espantar la oscuridad del interior de las casas. Continuaron andando con la esperanza de encontrar un lugar donde pudieran recabar información y se vieron en las cercanías de un establecimiento con un raquítico letrero apuntalado en el que solo se leía *«Bar»*.

Se encaminaron hacia allí con paso tortuoso porque el barrizal del camino se tornaba más denso y viscoso cuanto más se acercaban a la playa. Un relámpago quedó suspendido en el horizonte y quebró por un momento la penumbra que los envolvía, anunciando que la tormenta se aproximaba y que pronto empezaría a llover. Se asomaron a la entrada del lugar, escudriñando el destartalado interior de una chabola reconvertida en taberna que daba la impresión de haber sobrevivido a un naufragio. Detrás de la barra, un hombre con la piel oscura como el tizón, con gesto adusto y ojos adormilados, descansaba con los brazos cruzados sobre el pecho y la espalda apoyada contra una de las paredes, que, por su endeblez, parecía vencerse bajo el peso del hombretón. Entraron con la timidez propia de los forasteros, despertando a su paso el brillo de la curiosidad en los ojos embriagados de los pocos clientes que permanecían en el interior a aquellas horas de la noche. El tabernero se despegó de la pared y la cabaña pareció tambalearse como si le faltara un pilar para sustentarla, amenazando con desmoronarse sobre sus cabezas.

—¿Qué se les ofrece, señores?

—Queremos vino y, si tiene, algo de comer.

El tabernero asintió sin detenerse a estudiar a los visitantes, porque consideraba que no eran de su incumbencia los motivos que los habían llevado a su venta, y no tenía más interés en ellos que el dinero que llenara sus bolsillos.

—Pueden sentarse allí y les sirvo. —Señaló un rincón donde había una mesa desocupada y triste, iluminada con el último aliento de una vela—. Les puedo ofrecer pescado frito y yuca que ha sobrado de la cena.

—Eso será suficiente —contestó Guillermo.

Se sentaron. El mesero llevó una botella medio vacía y cuatro vasos que llenó hasta el borde con un vino agrio y peleón. Dejó a los recién llegados en un silencio del que se empaparon las paredes aledañas. Fuera comenzaba a llover. Las gotas se sentían igual que piedras contra los cristales de las ventanas y el tejado de madera, por el que se filtraban algunas gotas desde el exterior y humedecían la mesa. El augurio de una buena chupa de agua animó a varios de los clientes a marcharse antes de acabar calados hasta los huesos. Los cuatro viajeros aguardaron en silencio a que se les sirviera la fritanga, que vino acompañada de unos tomates que la cocinera había cortado para

hacer más llevadera la tristeza del plato. Apenas probaron la comida, porque no les movía el hambre, sino la necesidad de encontrar a un pescador llamado Segundo Cortina.

—¿Sabrá dónde está? —inquirió Macarena cuidándose de no alzar la voz.

Después de lo acaecido en los días anteriores, su único anhelo residía en cruzar la trocha y regresar al amparo de su hogar en La Habana.

—Eso seguro. Otra cosa es que nos lo quiera decir —siseó Guillermo entre dientes.

Un destello blanco volvió a partir el cielo, alumbrando la creciente negrura que se cernía fuera, y después se sintió el restallar del eco de un trueno en la lejanía. La galerna se acercaba, y Macarena empezó a sentirse inquieta pensando en el viaje que los esperaría al día siguiente, de arreciar la tormenta.

—Siempre se le puede ofrecer dinero… —sugirió James.

Guillermo echó una mirada impaciente hacia el gringo, que, como todos los de su país, creía que con dinero se podía comprar cualquier cosa, y el cubano no desaprovechó la ocasión para aleccionarlo sobre las costumbres de la isla.

—No, Vanderbilt. Tal vez esta gente no tenga nada, pero antes que pobres fueron esclavos, y saben mejor que nadie el precio que pagar por la libertad. Su dignidad no se compra. —Hizo una pausa para recorrer la estancia y observar a los pocos clientes que quedaban, con los ojos apagados sobre sus vasos, pues hacía rato que habían perdido el interés por los recién llegados. Después de asegurarse de que nadie de alrededor prestaba atención a sus palabras, prosiguió—. Si apoyan a la insurgencia es por Maceo, que ha luchado por los derechos de los negros desde la primera vez que cayó un arma en sus manos. Esta guerra para ellos no es por decidir quién se queda con la riqueza de la isla, sino por recuperar la dignidad que les arrebataron siglos atrás, cuando fueron esclavizados, y no la van a vender por un puñado de monedas.

El americano se quedó en silencio con el orgullo herido tras escuchar la réplica del criollo, y aparentó hundirse en sus propios pensamientos, esforzándose por enmudecer el coraje acumulado en la boca del estómago. Bebió un trago de vino rancio que le quemó la lengua y calmó su malestar, y echó la mirada al exterior, aguardando a que se diera el momento de preguntar al mesero por Segundo Cortina.

—Siempre podemos esperar a que se haga de día y buscarlo nosotros —dijo Damián, que rompió su silencio por primera vez.

Guillermo asintió, decidido a no marcharse de aquel lugar si no era para pasar al otro lado de la isla. Dejaron consumirse el tiempo y

pidieron otra botella de vino para matar el rato, esperando que el lugar se quedara sin un alma. Entonces, se atrevió a preguntar por el hombre que Cisneros les había indicado, confiando en que el tabernero los ayudara, pero este los miró con suspicacia al escuchar el nombre de Segundo Cortina. No sería la primera vez que acudían allí soldados españoles haciéndose pasar por simpatizantes de la insurgencia. Recorrió sus rostros con detenimiento y estuvo a punto de negarles la información, pero se percató de la presencia de una mujer pobremente encubierta como un muchacho y aquello le infundió la confianza suficiente para sentarse con ellos y hablar. Alargó el brazo para tomar una silla cercana y la arrastró por el suelo áspero hasta colocarla bajo sus piernas. Después se sentó.

—¿Qué es lo que quieren con Segundo? —Estudió sus rostros con ojos astutos.

—Lo mismo que todos los demás que lo buscan —respondió Guillermo.

La mirada sagaz del tabernero se posó en él. De un solo vistazo podía adivinarse que, pese a las pintas, era un señorito de ciudad, tal vez dueño de su propia plantación. Pero en aquellos tiempos revueltos muchos de esos criollos llegaban a esa triste aldea de la que nadie había escuchado hablar antes de que la guerra comenzara, buscando lo mismo que ellos.

—¿Traen dinero?

—Pagaremos lo que se nos pida —añadió Vanderbilt.

El tabernero guardó silencio, como si estuviera sopesando las palabras que habían cruzado. La tormenta empeoraba fuera, y el ruido de los goterones cayendo con rabia quebraba el silencio de la estancia. Distraído en sus pensamientos, el tabernero empujó uno de los vasos hasta colocarlo bajo el chorro continuo de una gotera proveniente del techo. Luego paseó sus ojos negros por los rostros de los presentes.

—¿Y ella? —inquirió señalando con un golpe de su mentón hacia Macarena—. ¿También van a llevarla? Sería mejor que no se arriesgara a cruzar. La travesía es *demasiao* peligrosa para una mujer.

Guillermo recapacitó sobre la advertencia del tabernero: él mismo tenía sus reticencias a que Macarena los acompañara después de lo sucedido en el campamento mambí, porque nadie les aseguraba que no fuera a pasar lo mismo. En cualquier otra situación, habría confiado su protección a Salvador Cisneros, para que aguardaran uno de los navíos de Vanderbilt que la llevase de regreso a casa, pero después de la conversación que habían mantenido, sabía que Macarena no estaría más a salvo en Camagüey de lo que lo estaría en una gabarra de pescador en medio del mar.

—Ella viene con nosotros. Debemos llegar cuanto antes a La Habana.

El tabernero los miró con la expresión pasmada, pensando que aquellos cuatro viajeros habían perdido la chaveta si pretendían atravesar media isla tal y como estaba la situación. Pero, al fin y al cabo, aquello no era de su incumbencia. Hizo un leve gesto encogiéndose de hombros y se dispuso a darles la información.

—Tomen el camino en dirección a la playa y vayan a las casas que quedan pegadas a la costa. No hay pérdida. Allí buscan una que en la puerta tiene *claveteá* un ancla *adorná* con siete conchas. Ahí encontrarán a Segundo Cortina. Llamen tres veces y luego le dicen que los envía Bernabé.

Pagaron la cuenta y se encaminaron en la dirección indicada. El aguacero arreciaba y el lodazal del camino se deslizaba como una pequeña riada de barro y les hacía perder el equilibrio constantemente. El sonido de la lluvia cayendo y el oleaje lamiendo la orilla enmudecían los demás ruidos de la noche, y no se atrevieron a hablar por miedo a despertar los recelos de los habitantes de aquel lugar. Anduvieron a tientas porque el cielo estaba cubierto de tormenta y habían dejado atrás las pocas luces que quebraban la tosca oscuridad. Su camino se alargaba, y tuvieron la sensación de que si proseguían por allí, se irían derechos al agua. Cuando estaban a punto de tocar la playa, descubrieron un grupúsculo de casuchas en uno de los laterales de la desembocadura de la calle contra la arena, y observaron con dificultad las puertas en busca del ancla que les había indicado el tabernero. La lluvia entorpecía la tarea: las gotas se escurrían por sus rostros, calaban sus ropas y lamían su pelo contra su piel. A medida que pasaba el tiempo y no daban con la casa, una desagradable sensación de incomodidad se les iba extendiendo por el pellejo, y la impaciencia les comenzaba a picar en las entrañas.

Tras buscar la señal en todas las puertas, finalmente llegaron hasta una cabaña humilde de uno de los flancos, en la que hallaron una pequeña ancla apuntalada a la madera. Siguiendo las indicaciones del tabernero, golpearon la puerta tres veces y aguardaron bajo el aguacero a que alguien les abriera. Sin embargo, como transcurrían los minutos y nadie aparecía en la puerta, empezaron a lanzarse miradas inquietas entre ellos.

—¿Creéis que deberíamos volver a llamar? —preguntó Macarena en un susurro.

—Esperemos un poco más —respondió Guillermo.

Tenían las ropas empapadas y el frío clavado a los huesos. Sus ojos mostraban la desesperanza del momento, y sus rostros, ojerosos y grisáceos, acusaban el cansancio de los días acumulados desde que habían dejado La Habana. Volvieron a llamar, esta vez golpeando con más saña, e intentaron captar algún sonido al otro lado de la puerta. Unos instantes después, desde el interior, se escapó una luz a través de

la ventana y asomó el rostro partido de Salvador Cortina por una rendija abierta de la puerta. Sus ojos, negros, pequeños y adormilados, los escrutaron con rotundidad.

—¿Qué carajo quieren? —gruñó Salvador Cortina con voz cascada y seca.

—Nos manda Bernabé, el tabernero. —Guillermo lo dijo como si tuviera que especificarlo, a pesar de que el pescador sabía de quién se trataba.

El hombre los estudió durante unos instantes, receloso de su presencia y sin importarle que el aguacero de fuera los estuviera empapando.

—Necesitamos cruzar… —añadió Damián.

—Es suficiente. Guarden silencio y entren. —Salvador lo interrumpió tajante y les abrió la puerta, oteando la oscuridad como si fuera capaz de ver algo más allá de la negrura.

La casa hedía a humedad y tabaco. Entre las cuatro paredes que formaban la única estancia del hogar se veía una cocina en una esquina donde las ascuas de la lumbre agonizaban en la oscuridad. Había una mesa carcomida que renqueaba de una pata con cuatro sillas de asientos hundidos por el uso, una estufa escoltada por una mecedora de madera y una cortina reseca para separar el camastro del resto del espacio. No hacía mucho más calor que fuera, pero los visitantes agradecieron que no lloviera. Permanecían callados, lanzándose entre ellos miradas inquietas, aguardando a que Segundo Cortina les dijera qué hacer. El hombre, ataviado con unos calzones largos y una camisa de cama, se retiró tras el visillo para adecentarse.

—Siéntense y aguarden —ordenó desde el otro lado de la tela.

Obedecieron con la docilidad que otorgaba la incertidumbre, pero prefirieron quedarse de pie y pegarse al calor de las brasas para templarse el pellejo. El agua se escurría por sus ropas y empapaba el suelo. Apareció Segundo Cortina más adecentado y desperezándose con un bostezo de su boca sembrada de huecos. Rondaría los cincuenta y tenía la piel cuarteada de salitre y sol. Sus ojos estaban surcados por unas arrugas ásperas que le daban una expresión severa a su gesto. Su cabeza, coronada por una calva prominente, se mostraba igual de cuarteada. Poseía una complexión fuerte a pesar de resultar demasiado delgado a primera vista, y en la mano derecha le faltaban dos dedos —el meñique y el anular—, tal vez producto de algún accidente relacionado con su trabajo. Observó en silencio a los recién llegados y sin pronunciar una palabra se acercó a la estufa y se agachó. Echó en el interior de su oscura panza un par de leños y unas cuantas astillas.

—Será mejor que se quiten esas ropas o cogerán una buena pulmonía.

—Estaremos bien al calor de la lumbre —respondió Guillermo.

—Como quieran.

Se encogió de hombros, indiferente a su decisión. Después echó una cerilla a la leña y comenzó a salir un humo blanquecino hasta que se formó una llama que lamió las astillas y se extendió con rapidez. No cerró del todo la portezuela de la estufa porque no quería ahogar el fuego, y se sentó en la mecedora para liarse un puro veguero con una larga hoja de tabaco que se prendió con un fósforo.

—Tomen asiento o acérquense a la lumbre. En un rato pegará fuerte.

La neblina de su cigarro envolvió la estancia con un olor rancio. El ambiente se iba tornando más agradable a medida que se caldeaba con el calor de la estufa, y los cuatro se acercaron a Segundo Cortina para sacar provecho de la calidez reinante.

—¿Quieren pasar al otro lado?

—Así es. Necesitamos regresar a La Habana —respondió Guillermo.

El pescador alzó las cejas con una expresión de perplejidad.

—Está bien, me vale con saber que me pagarán el precio del trayecto. —Se acercó el puro a los labios y aspiró de él con fuerza—. ¿Están convencidos de que quieren llevarla? —dijo señalando a Macarena con un gesto de la barbilla—. Los tiempos que corren no son seguros para una mujer.

Era la segunda vez que escuchaban la misma pregunta en pocas horas, y temieron que la travesía resultara más peligrosa de lo que esperaban. Habían confiado en que una vez traspasada la trocha y fuera de la zona de guerra no tuvieran ningún incidente, pero las palabras del tabernero y del pescador comenzaron a preocuparles.

En el exterior la ventisca continuaba apretando, y un rayo volvió a rasgar la piel de la noche enraizando en ella hasta hundirse en las mismas entrañas de la tierra; luego se desvaneció en el lapso de un parpadeo y volvió a sembrar el cielo de oscuridad al tiempo que el trueno que lo escoltaba rompía contra el mar.

—Vamos todos —respondió Guillermo sin mostrar un resquicio de duda en su determinación.

—Está bien. Seremos muchos para manejar la gabarra con facilidad… —meditó en voz alta Segundo, como si estuviera solo en la estancia, mientras daba unas chupadas a su puro y dejaba a su alrededor una densa bruma—. Tú tendrás que ayudarme a remar —dijo mirando a Damián—. Si algún barco español nos parase, no sospecharán de ti porque tu piel es morena. Los demás iréis escondidos bajo las redes.

A Macarena se le revolvió el estómago tan solo con pensarlo, pero sabía que era su única opción para cruzar al otro lado de la isla sin arriesgarse a ser apresados por los españoles. Segundo Cortina no tuvo

nada más que decir después de aquello y se mantuvo en silencio un buen rato. Se balanceó en la mecedora con la actitud de un rey en su castillo al tiempo que expulsaba el humo de su puro grueso y mostraba un gesto satisfecho.

Guillermo miró su reloj. En la oscuridad que los rodeaba había perdido la noción del tiempo. Las agujas marcaban más de la una de la mañana, y sentía que el cansancio le pesaba en los huesos, pero aguardó en silencio, como el resto, templándose la piel al calor de la estufa. Cuando Segundo Cortina se sació de humo, se levantó de su asiento, tiró el final del veguero a la lumbre, echó un par de troncos más para mantener el fuego y se dispuso a retirarse.

—Aprovechen y descansen. Todavía queda un rato hasta que llegue la hora de partir. Les ofrecería algo más cómodo, pero solo tengo mi jergón y estas sillas… —Hizo un gesto con la cabeza en su dirección y sin decir nada más desapareció tras la tela que hacía de pared.

Los demás aguardaron en silencio, entre las sombras de la estancia y el rojizo resplandor de la leña ardiendo. No había mucho que hacer hasta que se echaran a la mar, y lo mejor sería intentar recuperar algo de sueño.

—Deberías descansar —sugirió James a Macarena.

A ella le hubiera gustado ser igual de generosa con los demás, pero sentía el cuerpo tan machacado que le costaba tenerse en pie, y aceptó la oferta sin rechistar. Ocupó la mecedora que instantes antes había alojado al pescador y se escurrió sobre ella. El calor de la lumbre la amodorró de inmediato, y no pudo evitar que sus ojos se cerrasen, hasta que cayó en un profundo sueño del que la sacaron con demasiada rapidez. El poco tiempo restante de noche que quedaba se había gastado y las primeras notas de claridad marcaban el cielo. Le costó ubicarse, y durante unos instantes no supo dónde se encontraba. Solo cuando vio la humilde cabaña y al pescador recordó todo lo acaecido el día anterior desde que habían dejado la quinta de Cisneros hasta llegar a la villa. Se desperezó en un intento por sacarse el entumecimiento del cuerpo y se frotó los ojos con fuerza. La claridad del nuevo día se colaba por las rendijas de la casa, pero por la penumbra que todavía invadía el interior calculó que serían poco más de las cinco de la mañana. La estancia estaba impregnada con el olor dulzón de café calentándose en un puchero y que Segundo Cortina repartió entre todos. Lo tomaron tal y como salió de la olla, sin azúcar o leche que alterara su gusto amargo, solo con la densidad oscura que había adquirido y unos cuantos posos. El fuerte sabor los espabiló de inmediato.

—Es tiempo de marchar —indicó el pescador.

Macarena se levantó de su asiento. A pesar de que notaba su cuerpo destemplado por la vigilia acumulada y las ropas todavía

humedecidas, no se animó a probar el café, pues evocó el viaje que la esperaba en unos momentos, y supo que sería un desperdicio llenar su estómago.

Salieron de la cabaña cuando el sol comenzaba a quemar con sus rayos el manto ondulado del océano. La tormenta había pasado y el mar andaba calmado, augurando un viaje tranquilo. Arrastraron la barcaza a lo largo de la arena, formando un surco húmedo que se borraba con el vaivén de la marea. Montaron en la gabarra y Segundo Cortina y Damián se pusieron a remar con fuerza, ganando terreno al suave oleaje que se empeñaba en empujarlos de vuelta a la orilla y que levantaba la proa de la embarcación, lo que revolvía el estómago de Macarena. Minutos después habían puesto rumbo a la trocha, y, mientras Segundo Cortina y Damián se esforzaban por mantener el rumbo y no separarse de la costa, los otros tres se mantenían recostados sobre la sentina de la embarcación, enredados bajo las fileras remendadas que hedían a mar y pescado y descomponían el delicado estómago de la joven con su tufo intenso. En tanto que ella se esforzaba por no echar a las redes la poca bilis de sus entrañas, el día se iba escurriendo, y, a media mañana, tras varias horas remando, habían dejado atrás Júcaro. Se aseguraron de que dejaban una distancia suficiente para no ser divisados desde la trocha y después empezaron a remar en dirección a la costa.

Desembarcaron en una playa desierta de arenas blancas y suaves, palmeras enroscadas y aguas cristalinas. El tacto del sol templaba sus cuerpos y adormecía sus ojos cansados. Desearon poder quedarse en aquel plácido refugio el tiempo suficiente para recuperarse del cansancio que les pesaba en el alma.

—Anden con cuidado y no se vayan a perder —advirtió Segundo Cortina—. Continúen por el norte cuando haya bosque; después saldrán al monte, y allí verán una vereda que los llevará de vuelta a la civilización.

Sonrió por primera vez desde que lo habían conocido, mostrando los pocos dientes que le quedaban en la boca; aun así, se trataba de una sonrisa sincera, y Macarena la encontró agradable. Pagaron el doble del precio que les pidió, porque la cantidad era pequeña y el riesgo tan alto que sintieron que debían compensarlo de alguna manera. Segundo les agradeció el gesto con unas cuantas palabras y luego se marchó con la calma de la marea que arrastraba la barca mar adentro. Observaron cómo su silueta se empequeñecía a medida que se lo tragaba el océano. Sentían la huella de su presencia prendida en el ambiente a pesar de que ya había desaparecido en el horizonte, y la sensación los acompañó aun cuando abandonaron la playa y comenzaron a recorrer la manigua en busca de su siguiente destino.

El resto del camino hasta Ciegos de Ávila discurrió sin ningún

percance salvo por el hecho de que el cansancio se acumulaba en sus huesos y en su ánimo. Llegaron a la ciudad al final de dos días, después de haber recorrido un largo trecho a lomos de unas mulas escuálidas por las que pagaron un precio demasiado abultado. Una vez en la ciudad buscaron un lugar donde hospedarse y conseguir ropa limpia. Después se permitieron descansar por primera vez desde que habían iniciado el viaje. Tras un par de días tomaron el tren en dirección a Santa Clara que los llevaría de vuelta a Matanzas. Su retorno al ingenio hubiera transcurrido con normalidad de no ser porque durante el trayecto entre Santa Clara y Matanzas a Macarena le entró una calentura que no auguraba nada bueno.

22

El sol tamizaba la oscuridad creciente del cielo con las últimas notas cálidas del día. Los pájaros, animados por el frescor de la tarde, arañaban el silencio con una frenética sinfonía de trinos entrecortados y vuelos vertiginosos. El dolor y la fiebre fueron arreciando en Macarena, que cuando llegó a Matanzas mostraba un estado preocupante, por lo que quisieron hacer noche en la ciudad. Ella insistió en que estaría mejor en Montserrat que en un hotel, convencida de que pronto se le pasaría la fiebre, pero durante el trayecto a la plantación cayó en un letargo pegajoso del que solo salió al notar que el vehículo detenía el movimiento que la había acunado durante las últimas horas. Cuando abrió los ojos, observó los rostros de sus acompañantes marcados con la sombra de la preocupación. Se forzó a levantarse y lo consiguió con la ayuda de James. Guillermo y Damián esperaban en el suelo atentos. La joven hizo acopio de todas sus fuerzas y bajó de manera torpe y costosa. Quiso hablar, pero su mente, en aquel estado de confusión, no encontraba las palabras correctas, y sintió que todo a su alrededor enmudecía unos instantes antes de comenzar a escuchar un intenso zumbido en sus oídos. Las piernas se quedaron como de algodón, una fina neblina anegó sus ojos y un mudo hormigueo recorrió su piel hasta que solo percibió oscuridad a su alrededor.

La vieja Isabel terminó de preparar una cocción de hoja de guayaba y la dejó enfriar mientras removía el caldo de pollo para la niña Macarena, pues a sus ojos nonagenarios no era más que eso. La cocinera se hallaba absorta en el pequeño remolino que se había formado al revolver la sopa, al tiempo que sus pensamientos divagaban por otros lugares que parecían demasiado remotos para dibujarlos con claridad en su ajada memoria. En su larga vida había visto muchas calenturas, y sabía que un caldo de pollo siempre sentaba bien al cuerpo. El olor le trajo a su memoria los días de su niñez en el ingenio en el que se crio, recuerdos que quedaban velados por la desmemoria del paso del tiempo, donde las imágenes atesoradas en su mente se entremezclaban con los sueños, imposibles de distinguir las unas de los otros. Había nacido en una plantación, y allí vivió los primeros años de su vida como esclava. Sus esperanzas y oportunidades le fueron arrebatadas antes de nacer. Fue allá donde

recordaba haber conocido la calentura en sus propias carnes. No le quedaban muchos recuerdos de aquellos días, pero sabía que su abuela la estuvo cuidando. Si algún esclavo enfermaba de calentura, poco se podía hacer por él, salvo ofrecerle la hoja de guayaba y un buen caldo de pollo. Aunque si había uno, era preferible ofrendarlo en sacrificio a *Babalú Ayé,* pues ganarse su favor haría más por el convaleciente que un caldo. La gente acudía a su anciana abuela, encorvada y menuda, como ahora se veía ella, quien tomaba al animal entre sus manos huesudas y lo examinaba antes de iniciar el ritual. Debía ser un buen pollo para que los *orishas* estuvieran contentos o de nada serviría. Una vez la anciana daba el visto bueno al ave, lo llevaba al altar, donde lo degollaba entre cánticos, danzas y rituales mágicos bajo la atenta mirada de los presentes. Esa fue la magia que había pasado de generación en generación entre las mujeres de su familia y que se remontaba a los tiempos en los que los negros eran libres en una tierra muy lejana adonde el hombre blanco no había llegado aún, antes de despojarlos de su alma y convertirlos en bestias de trabajo.

Su abuela le enseñó los secretos del vudú, y le contaba las leyendas de los *orishas,* asegurándose así de que sus conocimientos no se perderían cuando muriera. Sin embargo, la paz de la infancia de Isabel duró poco, pues se la llevaron del ingenio al tener edad suficiente para ser vendida.

—En unos meses ya la habrás olvidado —había dicho el amo a su abuela.

Como si las entrañas de una mujer pudieran olvidar la carne que les había sío arrebatá*,* pensó sin rastro de tristeza, porque aquel sentimiento se lo habían borrado los años vividos. Isabel nunca más regresó, nunca más volvió a ver a su abuela ni a sus hermanos. Vivió los años trabajando en las cocinas de la nueva plantación, lejos de Bayamo. Aquel ingenio sería su hogar, y después de muchos años siendo esclava pasó a ser propiedad de don Leopoldo tras la guerra. Durante su larga vida estuvo segura de muchas cosas, pero que una vieja como ella fuera a ser libre nunca se le habría pasado por la cabeza. Sabía que el perro viejo no podía hacer otra cosa que quedarse con su amo después de tantos años de hábito. *Qué significa la libertad cuando se ha* sío *presa toda una vida…,* se decía para sí cuando le daba por pensar en esas cosas. *Qué podría haber hecho una vieja como yo, que* l'único *que ha hecho en su vida ha* sío *cocinar y servir, que no ha* tenío *un mal real que ahorrar… No… En esta vida me tocó ser esclava, y así se acabará.*

Regresó a su caldero y lo removió, dejando que cociera unos minutos más pensando en cuán diferente podría haber sido su vida de no haber nacido con el color de piel equivocado, pero sabía que de

nada servía lamentarse. Volvió a revolver la sopa y el olor le llenó su ancha nariz.

—*Ya'stá*.

Tomó unos paños para retirar la olla del fuego y dejó que se enfriara. Sus brazos enflaquecidos temblaron bajo el peso del caldero, y lo apoyó alejado del fogón incandescente. Movió la cabeza como intentando renegar de la realidad, pues aún no comprendía quién podría haberle echado esa mala calentura a la señora. Al fin y al cabo, *Babalú Ayé* mandaba las fiebres a los soldados y marineros que vivían cerca de los manglares y las miasmas del río y a los que querían hacer algún daño. Se encogió de hombros y se resignó. Entonces sacó el caldo con un cazo y lo vertió en un cuenco de delicada porcelana. Volvió a meterlo, esta vez removiendo el fondo del perol para coger sustancia, y lo echó en el cuenco. Después lo dejó sobre la repisa y, mientras se enfriaba, se dirigió al otro extremo de la estancia con pasos quebradizos hasta llegar a un pequeño altar dispuesto en un rincón. Observó las figuras que ella misma había hecho muchos años atrás, cuando sus manos eran hábiles y sus dedos no estaban aquejados por aquella horrible artritis. Agachó su espalda encorvada y sacó una caja de fósforos. Frotó una cerilla y prendió una vela donde se postraban las pequeñas estatuillas de madera y arcilla pintadas con vivos colores y vestidas con los atuendos de unos coloridos guajiros. Era la hora de poner a trabajar su magia.

—*Jekúa Jey Yansá*.

Tras ello continuó con una serie de suaves oraciones ininteligibles, moviendo los labios con rapidez. Prendió unas plumas blancas con la llama de la vela y estas comenzaron a chisporrotear para, acto seguido, arder. Dejó que se consumieran en un platillo de cobre con grabados geométricos. Luego colocó una yuca sobre el altar, un cuenco de arroz y las flores de unos geranios que había encargado recoger a una de las doncellas esa misma mañana. Levantó los brazos y sacudió las manos por encima de la cabeza, como si quisiera espantar algún insecto invisible que sobrevolaba sobre ella, repitiendo un monótono cántico. *Yansá* debía de estar contenta para mantener las puertas del cementerio cerradas para esa niña.

—*Jekúa Babalú Ayé*.

La anciana depositó una mazorca de maíz tostado y un manojo de albahaca fresca frente a otra de las deidades, siseó algunas oraciones y prendió un pegote de incienso sobre el mismo platillo donde se terminaban de consumir las plumas. Después tomó un cuenco de arcilla con agua para humedecerse las puntas de los dedos, dejó caer unas gotas sobre el suelo y, finalmente, se besó la mano para espantar la enfermedad de aquella casa. *Babalú Ayé* debía estar contento para que la joven no enfermara más e *Ikú* no debía encontrarla.

Terminado aquel pequeño ritual, se dispuso a llevar las libaciones a Macarena, que seguía convaleciente y febril en esa alcoba que tenía prendido el hedor a enfermedad y muerte. La joven se encontraba despierta y se irguió con dificultad. La cocinera le acercó el vaso con la infusión de guayaba y ella tomó un par de sorbos antes de rendirse al cansancio. Luego le ofreció el cuenco con el caldo de pollo.

—Ha de comer algo —dijo Isabel con voz quebrada.

—No tengo apetito.

Macarena retiró la cara para evitar ver la comida y sentir de nuevo otra náusea. La fiebre parecía quebrarle cada hueso, y los dolores de cabeza eran tan fuertes que apenas soportaba escuchar el sonido de sus propios pensamientos. Pero la anciana persistía en su idea, con sus arrugados ojos negros observándola con intensidad, aguardando que la niña obedeciera. Macarena escudriñó su rostro delgado; su piel se descolgaba sobre sus huesos formando profundos surcos que se asemejaban a la corteza de un árbol, pero a diferencia de esta, que era reseca y áspera, la de la anciana resultaba suave y frágil. Su pelo blanco y ensortijado estaba cubierto con un paño crudo que entonaba con el atuendo sencillo que cubría su cuerpo encorvado. La cocinera se acercó con asombrosa lentitud y se tomó la confianza de sentarse en el borde de la cama.

—Ande, coma algo. No quiera verle la cara a *Ikú*.

—¿Quién es *Ikú*?

Macarena atisbó un brillo en sus ojos pequeños y hundidos; luego Isabel comenzó a hablar.

—*Ikú* es quien se lleva todo. Es la oscuridad, y reclama las vidas de aquellos que *yan terminao* su tiempo aquí. Él es la muerte, niña —musitó con aparente despreocupación mientras le acercaba el cuenco a los labios y Macarena bebía un poco del caldo—. Atiende a *Olofín* para que vaya por aquellos que ya no han de estar aquí. Pero usted tiene que quedarse; no ha *llegao* su hora.

—¿*Ikú* es su dios?

Isabel negó con la cabeza y volvió a acercar el cuenco para que Macarena diera un trago. Después prosiguió con su historia.

—*Ikú* viste de negro porque perdió su duelo con *Orunla* y dejó de ser *Orisha*. *Ikú* fue arrogante y lo castigaron a mandar a los *Ajogún*. A *Ikú* no se le hacen ofrendas.

Isabel extendió una mano para tocarle la frente a la enferma, pero no dijo nada: la curiosidad de la joven ardía, al igual que su piel. Macarena aceptó otro trago a cambio de una historia más acerca de sus dioses. Cuando hubo terminado con el contenido del cuenco, se sentía tan agotada que sus ojos no se sostenían, y cayó en una especie de letargo del que no despertó hasta la llegada del doctor. El médico le tomaba el pulso. Su rostro no podía ocultar una expresión de

preocupación. La enfermedad la tenía extenuada. Macarena volvió a cerrar los ojos.

Al despertar había oscurecido y el doctor ya no se encontraba allí. Le pareció distinguir a la anciana frente a ella. No podía vislumbrar el rostro con claridad, pero sabía que había alguien más en la estancia. El frío atería su cuerpo, y percibió una mano gélida contra la piel. Todo a su alrededor sucedía de manera distante, como si su cuerpo ya no fuera parte de ella y sus sentidos no la obedecieran. Alguien rozaba de nuevo su piel, enfriaba su frente… Sentía voces murmurando cerca, y creyó ver rostros que no lograba distinguir en la penumbra del cuarto. Tal vez se tratara de *Ikú* y aquellos *orishas* de los que le había hablado la vieja Isabel. Las sombras que se extendían por la estancia susurraban en un idioma que no comprendía, y los rostros se veían borrosos como tamizados por un velo. Lo único a lo que se aferraba su consciencia era al intenso frío que la atería y a los espasmos que crispaban cada parte de su cuerpo adolorido. Alguien la incorporó y un líquido caliente fue bajando por su garganta, calentándola por dentro a medida que entraba hasta que le despertó una tos violenta. Abrió los ojos espantados sin poder ver nada más que aquellas extrañas sombras que la rodeaban y notó que la volvían a dejar yacer.

La voz de Guillermo sonó entre la bruma.

—Tenemos que mandar un telegrama a Morales; él sabrá qué hacer.

—Iré yo —se ofreció James.

Las puertas chocaron contra la pared con un sonoro estrépito cuando Vanderbilt cruzó el zaguán de la casa. Recorrió el patio a grandes zancadas sin reparar en los presentes, que, con mirada estupefacta, se apartaban de su camino por miedo de ser arrollados a su paso. Tenía un aspecto demacrado, su rostro lucía ojeroso y cansado, su pelo se veía alborotado. Subió los peldaños de las escaleras de dos en dos y estuvo a punto de caer de bruces contra los duros escalones de mármol, pero en el último momento logró aferrarse a la baranda y apoyó la otra mano en el suelo justo a tiempo para evitarlo. Se detuvo ante la puerta del dormitorio y la abrió sin molestarse en llamar. Una vez en el interior, hizo un intento por recobrar el aliento. Su pecho se agitaba con violencia, y respiró con pesadez, haciendo un esfuerzo por serenarse. En el interior de la alcoba el ambiente se sentía lóbrego y el aire, denso. Las contraventanas bloqueaban los rayos oblicuos del sol de la última hora de la tarde. Macarena yacía en la cama, y desde una discreta distancia Vanderbilt observó su cuerpo consumido envuelto en un camisón. Tenía tan mal aspecto que la congoja que sentía en sus entrañas se arrastró hasta clavársele en el espinazo, confirmando sus temores.

—¿Dónde está Morales? —preguntó Guillermo.

James se percató de que el cubano se encontraba en un rincón, pero no se molestó en volverse hacia él.

—De camino —respondió el americano.

Vanderbilt había aguardado en Matanzas para confirmar con sus propios ojos que el doctor llegaba en el tren de la tarde. Se aseguró de que partía hacia el ingenio con urgencia en la volanta que él mismo había alquilado en la estación, pero el americano se adelantó con su montura, cabalgando hasta la extenuación.

—Morales y el doctor Finlay no tardarán en venir —añadió tras un largo silencio.

Guillermo se había colocado junto a él, y James bajó la mirada para observarlo, pues era ligeramente más alto. El criollo le hizo un gesto con la cabeza y salieron fuera, donde hablaron con más tranquilidad. A la luz de la galería, el americano observó el rostro demacrado de Guillermo. La barba de varios días cubría su mentón y una sombra oscura había velado su mirada con profundas ojeras.

—¿Quién es el doctor Finlay?

—Al parecer, es una eminencia en este tipo de afecciones —dijo Vanderbilt con voz pausada y una mueca de fastidio en su rostro, pues se sentía demasiado intranquilo para dar explicaciones. Aun así hizo un esfuerzo y se tomó el tiempo necesario en relatar a Guillermo lo que había sucedido—. El doctor Finlay es una de las personas que mejor conoce la fiebre amarilla en la isla. Lleva años estudiando la enfermedad. Ha creado un suero para combatirla. Tal y como me ha dicho Morales, si existe alguna esperanza de que Macarena la supere, está en manos de Finlay.

Guillermo asintió, y se mantuvieron en silencio hasta que llegaran los galenos.

Había anochecido, y aguardaban en la estancia de Macarena cuando alguien llamó a la puerta. Francisco Morales entró acompañado de un hombre de apariencia amable y aspecto cansado. Su rostro redondo estaba dominado por una frente ancha que se unía a una prominente calva y por dos gruesas patillas que se unían a su abultado bigote. Sobre su nariz redonda y bulbosa se apoyaban unas pequeñas gafas, redondas también, que acentuaban el halo intelectual que lo rodeaba. En su mano derecha cargaba un maletín de piel oscura donde guardaba los utensilios que necesitaba para tratar a sus pacientes.

—Paco. Doctor Finlay —musitó Guillermo levantándose como accionado por un resorte—. Díganos en qué podemos ayudarle.

El galeno observó su alrededor con tranquilidad, como si estuviera analizando la situación.

—Necesitaré más luz. Después salgan de la estancia. Uno tiene que hacer su trabajo, y me considero más eficiente cuando no estoy rodeado por personas que me distraen. Tan pronto como haya examinado a la paciente los avisaré y podrán volver a pasar.

Solo permitió a su homólogo permanecer en la estancia. Fuera, en la galería, los minutos transcurrían tan lentos como horas. Vanderbilt la recorría por enésima vez, deteniéndose de tanto en tanto frente a la puerta, con una actitud que denotaba su disposición a entrar en la habitación si el doctor no salía pronto con un diagnóstico. Luego desechaba aquel impulso y seguía caminando. Abstraído en sus propios pensamientos, lo único que lo mantenía cuerdo en esos instantes era el hecho de aguardar a que la puerta se abriera. Guillermo, por su parte, se encontraba en una silla, envuelto en un silencio sepulcral, atravesado por la agrura de los acontecimientos y conteniendo las ansias que lo incitaban a echar a aquel gringo del ingenio de su tío y perderlo de vista de una vez para siempre. Todo resultaba ser un disparate desde el principio, y culpaba a Vanderbilt por haber sido el artífice de tal enredo y por haber convencido a Macarena de llevarlo a cabo. A medida que los minutos pasaban y no tenían noticias, la ira iba creciendo en su interior de manera irremisible.

La puerta se abrió. James se detuvo en seco y se acercó. El semblante del doctor Finlay no dejaba interpretar sus pensamientos, aunque Guillermo tuvo el presentimiento de que estaba por confirmar sus peores temores. Escrutó la expresión de Francisco, pues la conocía lo suficiente como para interpretar sus emociones de una manera más clara. Sin embargo, su expresión se veía seria y neutra.

—¿Y bien, doctor Finlay? —inquirió Guillermo.

Aguardaron a que respondiera. El galeno tardó unos instantes, como si estuviera escogiendo las palabras que iba a pronunciar.

—Los síntomas son claros. Lamentablemente, se han manifestado demasiado rápido… Me temo que ha contraído la enfermedad en su faceta más virulenta.

—¿Qué se puede hacer al respecto? —se apresuró a preguntar el americano.

Finlay negó con la cabeza. Su expresión se tornó más seria, y una sombra de amargura la anegó.

—Con la atención adecuada y los últimos conocimientos a los que he tenido acceso recientemente… —se detuvo, pensativo, antes de negar con la cabeza—, tal vez la enfermedad se hubiera podido frenar unos días atrás. —Se retiró las gafas de la nariz y las limpió con un pañuelo que sacó del bolsillo de su pantalón—. Pero ahora lo único que nos queda por hacer es esperar.

Al escuchar esas palabras, Guillermo sintió un mudo temor

recorriendo su espina dorsal para instalarse en la parte posterior de su cabeza, como si una mano invisible atenazase su cráneo y estuviera a punto de hacerlo reventar en añicos.

—Es mejor que se preparen para lo peor —añadió Finlay al colocarse los anteojos de vuelta en la nariz.

—¿Está seguro? —inquirió Guillermo buscando la mirada de Morales, sin dar crédito a lo que le estaba diciendo.

Francisco asintió con el rostro empalidecido y cansado. Era como si de repente hubiera envejecido diez años.

—La situación es demasiado grave —confirmó apenado.

—No me gustaría alimentar ningún tipo de esperanza. Lo lamento —añadió el otro doctor.

Después se retiró. Vanderbilt, que se había mantenido en silencio desde que el doctor les diera la noticia, pareció salir de su letargo cuando se quedaron solos.

—*That's impossible*…

Guillermo lo atravesó con la negrura de sus ojos.

—Espero que estés contento por lo que has conseguido con tus sandeces.

Los separó un denso silencio y algo más pesado, un sentimiento de ira que le recorría las entrañas y rezumaba por cada poro de su piel. Le hubiera gustado golpearle el rostro al americano, y apretó el puño hasta que sus nudillos se tornaron blancos, haciendo acopio de todas sus fuerzas para contenerse. Después se marchó para encerrarse en la biblioteca con un fuerte portazo y acallar su malestar con una botella de licor. A medianoche, con el ánimo anestesiado, se dirigió a la alcoba de Macarena y encontró al doctor Finlay acompañado de Morales. Vanderbilt se apostaba en silencio en un rincón en la negrura. El primero sostenía una jeringuilla, y la alargada aguja penetraba la piel de la enferma. A pesar de la presencia de su amigo Francisco, Guillermo se sintió inquieto al ver el desarrollo de aquella escena.

—¿Qué sucede aquí?

Francisco se acercó a él para tranquilizarlo.

—Se trata de un reciente descubrimiento hecho por un francés con el que Finlay mantiene contacto desde hace varios años. Inoculando ciertos hongos en el torrente sanguíneo, a veces logran curar enfermedades.

Guillermo lo observó con mayor preocupación, pues aquello le resultaba cosa de santería más que de medicina, pero la desesperación hacía tomar decisiones arriesgadas, y decidió confiar en el juicio de ambos doctores.

—¿Y si no logra curarla?

Su amigo negó con la cabeza, dando a entender que no tendría

solución. Macarena continuaba dormida, y Finlay había concluido. En ese momento le tomaba el pulso, y Guillermo aguardó paciente a que el médico terminase hasta que les indicó a él y a James, con talante serio, que lo acompañasen fuera de la estancia.

—Su estado ha empeorado. Su torso, piernas y brazos tienen hematomas, lo que confirma que está empezando a padecer hemorragias internas.

—Dígame qué podemos hacer, doctor —solicitó Guillermo.

—Lo siento, pero dudo que funcione el remedio de Duchesne, mi colega francés —dijo Finlay—. Cuando la fiebre llega a su fase hemorrágica, no tiene cura… Las probabilidades de que alguien se recupere en ese estadio de la enfermedad son casi inexistentes. Solo podemos paliar el sufrimiento en la medida de lo posible. Las infusiones de hoja de guayaba bajarán la fiebre. Si tiene dolor, servirán el láudano o la morfina. Y si creen en Dios, recen.

El galeno se dirigió a la puerta, y Guillermo estuvo a punto de impedir que se marchara, pero sabía que había hecho todo lo que estaba a su alcance. Tenían una larga noche por delante, y el médico debía descansar. Guillermo se acercó a la cama anegada por la penumbra, el aire a su alrededor se sentía denso y despedía un olor acre. Una luz mortecina proveniente de un candil iluminaba a Macarena. El cubano observó su rostro ambarino y pasó el dorso de su mano por la tez de su mejilla. Era la primera vez que tocaba su piel, y notó el calor que emanaba de ella, su frágil suavidad. Aguardó a su lado, dejando que el tiempo pasara en silencio, hundido en sus pensamientos y en los reproches que podría hacer a Vanderbilt, pero se negó a abandonarla.

El doctor entró en la habitación cuando las lentas campanadas de un reloj fuera de la estancia anunciaban la medianoche. Se acercó a la cama y colocó un candil en la mesilla, estudiando con detenimiento las constantes de la joven. Volvió a inocular el remedio en su sangre. Macarena continuaba inconsciente. En algunas ocasiones la fiebre le arrancaba algún murmullo inconexo o un gemido que rompía el silencio cuando el dolor resultaba demasiado intenso, y después regresaba a su mudo delirio. Tras revisar su pulso, Finlay escuchó su respiración y colocó una mano sobre su frente. Miró con preocupación a Guillermo.

—Debería mandar llamar a un cura si no lo ha hecho todavía.

Guillermo lo observó con estupefacción. Finlay tenía el semblante serio y los ojos marcados por unas profundas ojeras. El cubano paseó sus ojos cansados por la estancia cerrada, donde se percibía una atmósfera ponzoñosa. La luz mortecina de las velas no lograba desterrar las sombras que anegaban los rincones y se extendían por las paredes, y el joven se resistió a separarse de su lado cuando el doctor

le hizo un gesto para que lo acompañara fuera, a la galería, donde se encontraban Morales y el americano, aguardando las noticias sobre el estado de la enferma.

—Mucho me temo que no verá un nuevo día. Deberían avisar a un cura cuanto antes.

James sintió que sus piernas se doblaban bajo el peso de las palabras del doctor; se acercó a una de las butacas y se dejó caer sobre ella, consternado. La culpabilidad devoraba su conciencia al recordar las recriminaciones de Guillermo. Sabía que el criollo tenía razón, y eso resultaba lo peor de todo. Llevado por su inconsciencia, por el vértigo de la excitación producida por la aventura, había permitido que Macarena arriesgara su vida.

—Tiene que haber alguna forma…

—Solo podemos esperar —dijo Morales.

—Si supera esta noche, tendrá alguna posibilidad. Pero no quiero engañarlos: no albergo esperanzas en que lo haga —añadió Finlay.

El doctor les quiso dar privacidad; bajó las escaleras y se sentó en uno de los bancos del patio. Sacó un cigarro de una pitillera que guardaba en el bolsillo de su chaqueta, lo prendió, aspiró el humo y dejó que se escapara por su boca con lentitud, sumido en sus propias divagaciones sobre aquella terrible enfermedad que había combatido a lo largo de su vida y que continuaba ganándole la guerra. Con cada enfermo al que aquel endemoniado mosquito infectaba, con cada muerto que sumaba a sus filas… Si lograra desarrollar un suero más efectivo que no solo proporcionara cierta inmunidad pero que fuera capaz de curar la enfermedad… Tal vez algún día lo lograra, pero esa noche había vuelto a perder una batalla.

La vieja Isabel, que estuvo pendiente de la conversación entre los hombres, salió de un rincón, lenta y encorvada, portando en sus brazos una bandeja con un café de puchero bien cargado, pues ese doctor con cara de alfaquí lo necesitaría. Dejó la taza sobre la mesa con pasmosa lentitud y después clavó sus ojos en los de él.

—No permita que *Ikú* se lleve a la niña Macarena…

El doctor observó a la anciana encorvada, ofreciéndole una sonrisa tamizada por su bigote como único remedio para sus palabras.

—Vaya a rezar por ella; quizás sus dioses le hagan más caso. El mío en raras ocasiones entiende de compasión.

A medida que la negrura se adensaba, no muy lejos del batey, los pocos trabajadores que quedaban en el ingenio alimentaban un fuego. El dulzón e intenso aroma del incienso se mezclaba con el humo de la hoguera y un olor acre, imposible de identificar, formando una densa nube que se retorcía sobre sí misma antes de alzarse hacia el cielo y deshilacharse con la suave brisa que refrescaba el ambiente. Los asistentes fueron formando un corro alrededor de la pira, y

observaban en silencio a la vieja Isabel, moviéndose con lentitud, mientras se aproximaba al improvisado altar con un hermoso gallo blanco de cresta colorada entre sus brazos. El ave no parecía ofrecer resistencia al abrazo de la anciana, por el contrario, observaba a los presentes con ojos cristalinos y confiados. Únicamente cuando la vieja lo acercó al altar y percibió el calor de las llamas y el peligro del cuchillo que descansaba sobre la piedra, el animal comenzó a patalear con fuerza y a debatirse entre sus brazos.

—Shhh —musitó la anciana levantando la mano.

Todos los presentes aguardaron en silencio, incluido el pollo, que volvió a sentirse seguro en los brazos de la vieja cocinera. Esta deslizó una mano con lentitud, agarrando la daga y cortando la cabeza del animal con un movimiento certero y ágil. Sobre un cuenco dejó caer la sangre que manaba del corte al tiempo que movía los labios en una suave cantinela que ninguno de los presentes llegaba a percibir. Solo cuando el cuerpo del animal dejó de patalear, la anciana lo colocó sobre el altar y empezó a canturrear en una lengua incomprensible. Se revolvió con energía y bailó dibujando con sus frágiles extremidades extrañas formas en el aire que invocaban a sus dioses y les pedían clemencia para la niña Macarena. A medida que su voz se hizo más rítmica y sus movimientos más acompasados, el resto de los presentes acompañaron a la anciana en sus cánticos y bailes. Unos compases rápidos y profundos de los *djembés* se elevaron en la oscuridad y otros instrumentos improvisados marcaron el ritmo de la danza junto al batir de las palmas hasta quebrar la tranquilidad de la noche.

Las pequeñas figuras de los *orishas* descansaban sobre una inmaculada tela blanca que se había empapado de la sangre del animal. La anciana prosiguió con la cantinela, sin embargo, dejó de hacer aspavientos con los brazos para hablar a las deidades, envuelta por los monótonos ritmos de los presentes. Isabel echó la cabeza hacia atrás y alzó los brazos; su cuerpo comenzó a convulsionarse con pasmosa rapidez a medida que el sonido de los tambores se aceleraba y los cantos se elevaban. Uno de los jornaleros tomó un largo trago de una botella y escupió su contenido sobre las llamas: estas rugieron y se intensificaron por un instante. El resto de los congregados se sumergieron en una danza a medida que rodeaban la hoguera. Entonces, la anciana se detuvo, agachó la cabeza y dejó caer los brazos. Los demás a su alrededor continuaban con el ritual, danzando y cantando, dando palmas y aguardando por ella.

Isabel tomó el cuenco que contenía la sangre del sacrificio, hundió los dedos en él y dibujó unas finas líneas en el rostro de cada uno de los *orishas,* tiñéndolos con la linfa rojiza. Elevó una oración a los dioses y luego se acercó una botella de alcohol y dio un trago; el líquido resbaló por su barbilla, y después escupió sobre el cuenco,

mezclando el licor con la sangre. Se llevó el recipiente a los labios y llenó su boca con el fluido para luego escupirlo en las llamas. Por su rostro chorreaban finos hilillos rojizos. Prendió una cerilla, la dejó caer y el interior del cuenco estalló frente a sus ojos. Lo levantó, enseñándoselo a los presentes, que alzaron sus voces hasta tornarse casi en alaridos, y, finalmente, la llama se extinguió. El ritual había concluido, pero los cantos y la música prosiguieron. Solo quedaba confiar en que *Babalú Ayé* estuviera complacido con el sacrificio.

Desde la sala de estar, el doctor Finlay escuchaba aquel espeluznante batir de tambores. No se atrevió a acercarse al batey por miedo a perturbarlos, pero aguzó el oído mientras el repetitivo ritmo de aquellas voces se extendía por la atmósfera. Finlay se acercó con lentitud a los grandes ventanales y los abrió para escuchar aquel ritmo ancestral, vislumbrando el fulgor de la hoguera en la oscuridad. Pensó en aquellas lejanas creencias, en esas personas ancladas en antiguos ritos del pasado de los que se servían para curar a los enfermos. Ignorantes y supersticiosos. No podía culparlos: nacían esclavos, se les había negado una educación y lo único que tuvieron la oportunidad de aprender eran esas hechicerías y viejas leyendas. No pudo evitar regodearse en cierto sentimiento de preeminencia por los conocimientos atesorados a lo largo de su vida que le permitían entender el mundo de una manera mucho más compleja que ellos. Se alejó de la ventana y decidió sentarse en una de las butacas e intentar descansar. Sabía que la noche iba a ser larga, y necesitaba conservar las fuerzas. Los himnos continuaron, y el ritmo hipnótico de las voces y las palmas hizo que su mente se fuera adentrando en una especie de trance que terminó por amodorrarlo contra los cojines. Su cuerpo achacoso no estaba acostumbrado a trasnochar, y sus ojos empezaron a pesarle tanto que le costaba mantenerlos abiertos. En aquel estado de semiinconsciencia su mente empezó a repetir monótona e involuntariamente el canto que escuchaba desde la lejanía. Una y otra vez, igual que un bucle, se dibujaban aquellas extrañas palabras que repetía hasta que cayó en un profundo sueño.

No supo cuánto había dormido cuando lo despertó la claridad. El día amaneció nublado y el sol perezoso quedaba oculto tras unas gruesas nubes que presagiaban tormenta. Un viento fuerte hacía chocar las contraventanas, que se tambaleaban en un monótono vaivén. Las finas cortinas de blanco inmaculado que vestían los portillos se lanzaban despavoridas con cada ráfaga que penetraba en el interior de la estancia para luego regresar a una fugaz quietud. El ambiente se notaba cargado de un regusto dulzón proveniente del batey, y la humedad que acompañaba a la sensación de tensión que había en el aire que precede a una tormenta se podía notar en la superficie de la piel. La escasa luz que a duras penas penetraba a

través de las ventanas era insuficiente para iluminar la habitación, sumida en el silencio, como si se hubiera impregnado del ambiente reinante en el resto de la casa. Las contraventanas volvieron a chocar para formar un gran estrépito que quebró la serena tranquilidad de la estancia una vez más.

Finlay oyó la voz de Guillermo a través de las puertas cerradas de la alcoba. El joven gritaba su nombre con insistencia, y se forzó a levantarse a pesar de su espalda maltrecha, que crujió como una nuez al incorporarse.

—¡Doctor Finlay!

Se acercó a las puertas justo en el momento en el que Guillermo se precipitaba al interior de la sala y lo agarraba por los hombros con tanta fuerza que sintió sus dedos como garras contra su piel. El rostro del joven se veía desencajado, y sus ojos estaban a punto de salírsele de las órbitas.

—¡Doctor Finlay! Es Macarena…

23

Winston deseaba tener su bautismo de fuego para poder apreciar la emoción de la batalla, hasta entonces desconocida. Ahora que el momento se acercaba, sentía cómo su corazón chocaba con tanta fuerza contra la piel de su pecho que podía verla retumbar a simple vista. No se trataba de miedo, sino de un torrente de emoción condensado barriendo sus venas y que contenía bajo una apariencia de artificiosa tranquilidad, forzándose por esconder los nervios, porque consideraba estar por encima de ese tipo de sentimientos. Los años en el internado y en la escuela militar le habían enseñado a domar sus emociones, pues era lo esperado en las personas que ostentaban su posición social. Si bien, al amparo de su tienda de campaña, no podía negar que sentía una gran expectación al imaginarse luchando contra esos mambises tan temidos por los españoles. Mientras se ajustaba el tahalí de su uniforme de oficial del IV Regimiento de Húsares, echó una mirada de complicidad a su amigo Reggie, quien parecía igual de emocionado que él. Ninguno pudo esconder una incipiente sonrisa rasgando sus labios, y pronto se vieron soltando algunas risas impregnadas del entusiasmo contagioso propio de la juventud. Tenían la certeza de que aquella simbolizaría la primera de muchas aventuras que habrían de vivir juntos a lo largo de los años, una de tantas otras batallas que tenían por luchar y de las muchas victorias por saborear.

Echando la vista atrás, concluyó que el arduo viaje había merecido la pena. Llegar no fue tarea fácil, y se vieron obligados a salvar innumerables impedimentos y a manipular muchos hilos para conseguirlo, comenzando por convencer a su madre para poder visitar Cuba. Una vez que estuvo dispuesta a dejarle marchar, ella misma se encargó de ponerse en contacto con el embajador inglés en Madrid, *sir* Henry Drummond Wolff, y exponerle la idea de su hijo, calificándola de una chiquillada, una divertida excentricidad antes de cruzar el umbral de la madurez. A pesar de que la petición no convenía para los intereses del país, como Wolff mantenía una estrecha amistad con la familia Spencer Churchill, *sir* Henry aceptó interceder por ella y garantizar que no habría problemas a tal respecto. Si convencer a Henry no supuso demasiada dificultad, Winston y Reggie debían enfrentarse a *lord* Wolseley, el comandante en jefe del ejército británico, y obtener el permiso necesario para participar en una guerra

que no era la suya, en un país que no era aliado y de una causa que el Gobierno inglés no apoyaba abiertamente. Contra todo pronóstico y tras sermonearles durante más de cuarenta minutos, Wolseley accedió con dos condiciones.

—No quiero enterarme de que pegan un tiro —dijo.

—Solo dispararemos si necesitamos defender nuestras vidas —juraron con una arrastrada solemnidad británica.

—Y, de paso, echen un vistazo a esos nuevos fusiles del bando español —ordenó el *lord*.

Tras la reunión con Wolseley, se marcharon con el gusto de la victoria endulzándoles los labios, pues ya no había ningún impedimento para partir en pos de la aventura. Sin embargo, *mrs.* Churchill se fue contagiando por el entusiasmo de la hazaña que su hijo se disponía a emprender, y se permitió contactar con Carmichael Thomas, heredero del *Daily Graphic,* periódico en el que el padre de Winston había escrito durante sus años de juventud. Haciendo uso de un poco de persuasión y bastante de su antiguo encanto, a *mrs.* Churchill no le costó convencer a Carmichael de las ventajas de enviar a Winston como reportero de guerra, pues temía que de otro modo su hijo se alistara de voluntario en el ejército español. Carmichael, quien había tenido una gran amistad con el padre de Churchill hasta su muerte, no pudo negarse, no solo por guardar la memoria que lo unía a su amigo, sino también porque la propuesta abría un terreno poco explorado y monopolizado por los buitres de la prensa sensacionalista estadounidense de Pulitzer y Hearst, que eran las figuras más importantes de la prensa del país vecino.

Unas semanas más tarde se embarcaron con las comodidades necesarias en un buque con dirección a Nueva York. Después viajaron a Tampa, Florida, desde donde cruzaron el mar del Caribe para llegar a la capital de la isla. Tras una breve estancia disfrutando las diversiones de La Habana, tomaron un tren que los sumergió en un largo viaje y que tenía como primera parada Santa Clara, lugar que acogía a la cúpula del ejército español comandada por el capitán general. Fueron recibidos por un demacrado y ojeroso Martínez-Campos, al que los años y la guerra le iban pasando factura. Había arribado a la isla unos meses atrás, e iba acumulando en el pellejo el escozor de las continuas derrotas contra el ejército insurgente. Pese a la preocupante situación en la que se hallaban envueltos, el gobernador se mostró considerado y amable con esos dos ingleses con gusto por la aventura y sin idea alguna del significado real de esa guerra para un país hermano como España. No obstante, siendo Churchill hijo de un político inglés relacionado con la aristocracia y de la heredera de una de las fortunas más prominentes de los Estados Unidos, no dudó en sacar provecho de la situación y mandó con ellos

un mensaje para el general Suárez Valdés, que estaba enzarzado con la insurgencia cubana en el Oriente. Seguidamente pasó a informarlos de que las batallas se libraban en Las Villas, en las inmediaciones de una población llamada Arroyo Blanco.

—No habrían podido elegir mejor momento para llegar —les dijo aprovechando una pausa para encenderse un habano—. En los últimos días andan merodeando muchos mambises por la zona. Se cree que el propio general en jefe de los insurgentes, Máximo Gómez, se encuentra con ellos. Esas sabandijas han logrado romper la trocha y colarse a este lado de la isla, pero no será por mucho tiempo —aseguró dejando escapar una larga bocanada de humo denso y grisáceo—. Pronto los echaremos, y me alegra que estén aquí para poder presenciarlo.

Después de un largo monólogo que un traductor se esforzaba por transmitir a los dos estupefactos recién llegados, Martínez-Campos les sugirió dar un rodeo, pues de otra forma el viaje podría resultar peligroso. El trayecto se dilató durante tres días más por esta razón, y se vieron forzados a desplazarse en trenes de segunda, envueltos en carbonilla y en asientos desgastados hasta Cienfuegos. Después de horas de viaje alcanzaron el pequeño puerto de Tunas de Zaza en un barco que bien podría haber sido testigo de las pericias de Odiseo allá por la Hélade. Y tras varios trenes y muchas horas gastadas, alcanzarían por fin su destino final.

Para sus ojos primerizos, acostumbrados a los privilegios y comodidades propios de la oligarquía inglesa, la ciudad de Sancti Spíritus —puesta patas arriba por los trajines de la guerra y las últimas semanas de fuertes lluvias— les parecía un lugar infestado del hedor de la muerte donde cientos de soldados agonizaban de viruela y fiebre amarilla. Cuando lograron dar con el general Suárez Valdés, entregaron el mensaje de Martínez-Campos; este, después de leerlo, les prometió que podrían unirse a ellos al día siguiente. Una vez acordados los detalles, decidieron hospedarse fuera de la ciudad por miedo a contraer cualquiera de las pestes que flotaban en el ambiente. Fue cerca del río Yayabo, en su transitar manso a su paso por la aldea homónima, donde los dos jóvenes aguardaron al día siguiente, cuando finalmente les permitieron unirse al ejército español y colmar su hambre de aventura. Suárez Valdés, comandante de esa columna, había recibido órdenes directas del capitán general de llevar con él a esos dos muchachos al frente. *«Encárguese de que peguen un par de tiros»,* había escrito Martínez-Campos en su misiva, *«que luego nosotros nos haremos cargo de decir que los ingleses apoyan nuestra causa».* Con esas premisas, el comandante Suárez Valdés tomó a los bisoños soldados en su batallón, alentándolos a engalanarse con sus uniformes rojos de húsar y haciéndose cargo de que allá por donde pasaran todos

se percataran de la notoria presencia de dos jovencitos ingleses dispuestos a combatir junto al ejército español.

En los días que duró el trayecto a Arroyo Blanco, los recién llegados se sumergieron en la belleza de los paisajes de los campos cubanos, del verdor de sus horizontes, la tupida exuberancia de sus selvas y los sonidos de la manigua aledaña, tan ajenos a la gran ciudad de Londres. El vivo brillo del sol antillano templaba sus corazones y doraba sus pieles. Como si se tratara de una lenta procesión de Semana Santa, aquella columna de soldados, ondulante y con vida propia, recorrió las veredas embarradas sin detener su ritmo enlentecido hasta las inmediaciones de Siguaney, donde hicieron campamento antes de dirigirse en dirección a Iguará para proteger de los insurgentes un transporte de alimentos.

Había querido el destino que el día del bautismo de fuego de Churchill fuese también el de su vigesimoprimer cumpleaños, simbolizando el presagio del sino que aventuraba una vida unida a la guerra. Hicieron campamento antes de que la noche traicionera cayera sobre ellos, y después de saciar sus estómagos con el entusiasmo que otorga una larga jornada de monte y ayuno, se unieron al general Suárez Valdés a pasar revista. Este no tuvo reparo en mostrarles un ejemplar del nuevo fusil máuser, objeto de tanto interés en ambos húsares. No los podía culpar, porque cualquier hombre de guerra hubiera deseado sostener entre sus manos el esbelto cuerpo de aquel prodigio de la ingeniería alemana.

—¡Miren qué maravilla! Va como la seda y se recarga con mucha facilidad. Miren, miren. No sean tímidos, cójanlo —dijo mientras les mostraba las características del fusil y se lo ofrecía para que pudieran apreciar su calidad al tiempo que uno de sus soldados se esforzaba por traducirlo de manera rudimentaria al inglés—. Estoy seguro de que no han visto algo así en Inglaterra. ¡Y fabricado en Oviedo! —Alzó las cejas al puntualizar aquella información, sin poder evitar un deje de orgullo al decirlo.

Los ingleses, aprovechando aquel ataque de soberbia por parte del general, tomaron detalle del arma en cuestión, dispuestos a reportar aquellos adelantos a su regreso a casa.

Pasada la medianoche, con la luna llena ocultándose entre unos densos nubarrones que daban un aspecto plomizo al cielo nocturno, volvieron a su tienda de campaña con la disposición de reclamar su merecido descanso antes de la batalla. Intercambiaron las anécdotas del día y algún que otro comentario mordaz sobre la disposición de Suárez Valdés por desvelar los secretos de su arma más codiciada y se embutieron en los incómodos catres, dispuestos a dormir. Luego se escuchó un disparo naciente de la maleza que los circundaba y, como guiada por una mano invisible, la bala perdida dio alcance a uno de

los soldados españoles que descansaba en la tienda contigua a la suya, y pareció partírsele el alma con un grito desgarrador. Al primer tiro lo siguió una terrible descarga de balazos enrabietados, y al otro lado de la lona se escuchó un grito quebrantando el tenso silencio agarrotado en las gargantas de los presentes.

—¡Los mambises! ¡Nos atacan! ¡Venga a las armas!

Los jóvenes cruzaron una mirada temblorosa que contenía adrenalina y temor a partes iguales. Los insurgentes atacaban el campamento y ellos se iban a encontrar con aquello tan ansiado durante las últimas semanas: su bautismo de fuego. Los quejidos lastimeros del soldado herido se habían acallado, no supieron si a causa de una muerte prematura o porque alguien lo estaba socorriendo, pero no se detendrían en averiguarlo. Tomaron sus revólveres y salieron al encuentro de la aventura sin perder tiempo de vestirse su uniforme.

La oscuridad los recibió con un caótico descontrol en el que se sumía todo el campamento. En la luz agrisada de la noche, los reclutas corrían despavoridos huyendo de las balas o buscando un arma con la que plantarse ante los insurgentes. Los heridos gemían solitarios, arrastrándose por el suelo, encomendándose a la piedad de dios para salir con vida de esa encrucijada. Varios caballos habían logrado soltarse de sus amarres y corrían despavoridos entre las tiendas de campaña, dispuestos a arrollar a quien se les pusiera por delante. Los soldados de mayor rango lanzaban alaridos desesperados en un intento por ordenar al resto de los hombres y organizar la defensa en un frente común, y, todo aquello, atrapados bajo una balacera de mil demonios lanzada desde los recovecos infinitos que albergaba la espesura nocturna. Cuando quisieron organizarse, los mambises habían desaparecido en la negrura inhóspita que los rodeaba, y los ánimos estaban tan quebrados que no fueron demasiados los que pegaron ojo después de lo sucedido. Los pocos en tener el temple de hacerlo no lo consiguieron por mucho tiempo, porque aquel ataque no fue el último que recibirían a lo largo de la madrugada.

Partirían con desaliento al amanecer, obligados por sus superiores a atacar el campamento mambí tras la hiriente velada de hostigamiento sublevado. Entre ellos no había un alma que hubiera sido capaz de descansar con tanto tiro. Aun así, los dos británicos estaban invadidos por una euforia que los hacía sentirse invencibles, y continuaban convencidos de que los mambises no eran más que unos campesinos acobardados que no presentarían demasiada batalla, pues, a juzgar por lo vivido esa noche, solo se atrevían a guerrear escondidos en el amparo de la oscuridad. Con toda seguridad, en una batalla en igualdad de fuerzas, serían vapuleados. No podrían, sin embargo, haber errado más en su criterio, pues no solo los insurgentes

presentaron resistencia en la batalla por llegar, sino que también los españoles se verían forzados a huir, desconociendo entonces que, días atrás, Antonio Maceo había logrado su propósito de cruzar la trocha a poca distancia del destino de Churchill. Reunido con Máximo Gómez, un contingente de casi cuatro mil cubanos enardecidos se dirigía hacia ellos dispuestos a hacer temblar occidente.

El día había despertado velado por una niebla acorazada que impregnaba los campos con un manto de humedad. La brisa haragana dotaba de un movimiento fantasmal a las nubes pegadas contra el lecho terroso del campo en su ascenso hacia la loma y se dejaba sentir fresca en el rostro, cargada con el aroma del rocío. A lomos de Martinete —el caballo que el capitán general había abandonado al verse obligado a huir de la batalla de Peralejo—, Maceo observaba sereno la columna española que apenas se intuía en el horizonte. Haciendo caso a su instinto de soldado viejo, habían abandonado su campamento de La Reforma horas antes del alba, después de encargar a Quintín Banderas y su columna de infantería el asedio a los españoles durante una larga noche. En aquellos momentos aguardaban para emboscarlos desde la retaguardia de la columna que serpenteaba con lentitud parsimoniosa entre la luz grisácea de la mañana. Apostado en la cima de suaves curvas y densa maleza, sus pensamientos se entremezclaban con los recuerdos de las semanas pasadas, cuando dejaron Mangos de Baraguá con la determinación de cruzar al otro lado de la trocha infame que partía la isla en dos, como una cicatriz horadada en sus entrañas. Allá en Baraguá, en el lugar donde diecisiete años atrás había jurado dar la última gota de su sangre por ver hecho realidad el sueño de independencia de la isla, renovó su juramento solemne y se dispuso a marchar. Dio así comienzo un doloroso camino que, como una penitencia, hubieron de recorrer a destajo, para cubrir las más de setenta leguas que los separaban de su destino, a tiempo de reunirse con el ejército de Gómez.

Durante el largo mes que les tomó llegar a allí, se vieron obligados a sufrir un infierno de mosquitos y jejenes, de humedad asfixiante, de trombas de agua y de marismas inhóspitas donde el barro los cubría hasta la cintura y las sanguijuelas se cebaban con ellos y sus caballos. No se permitían descansar más que a ratos para evitar ser hostigados por los españoles e indios de la zona, y se desplazaban a cada momento, sin detener el paso durante más de unas pocas horas seguidas para echar cortas cabezadas y poder recuperar la claridad de pensamiento que el agotamiento les robaba. El resto del tiempo lo pasaban caminando y rompiendo monte con sus machetes. No

comieron más de una vez al día cuando hallaron la suerte de su lado, sin tener más remedio que alimentarse de ranas crudas y naranjas amargas si las encontraban. El hambre había sido tan intensa que se dejaba sentir en los rostros descarnados, resignados a padecer la exigüidad de la manigua. Los soldados recortaban la distancia con la firmeza y disciplina de un batallón espartano, y, a pesar de las penurias sufridas, cuando llegaron a la trocha, sus números se habían duplicado, y lograron cruzar el cerco ayudados por los guajiros fieles a la insurgencia y por el insistente asedio del ejército de Gómez, que, desde el otro lado, con sus fieros ataques alejaba con astucia a los españoles de la zona.

En aquella mañana tibia y bisoña de diciembre de 1895, Maceo se hallaba al otro lado de la isla, a un paso más cerca de conquistar occidente. Miró los rostros de los hombres que lo habían acompañado durante las postreras semanas, recorriendo esas setenta leguas con el corazón puesto en aquel crucial instante. Leía determinación en los ojos de todos ellos sin excepción, y su pecho se henchía de orgullo por contar a su lado con esos hombres valerosos.

La columna española avanzaba hacia ellos, y sus contornos se dibujaban como sombras tamizadas tras un velo opaco. A su paso marcial iban enturbiando la bruma con un polvorín denso que se desprendía del suelo con olor a rocío, barro y hierba aplastada. Dejaron que rebasaran su posición: debían de ser pacientes y esperar un poco más. Aunque aquella vez superaban en número a los españoles, no disponían de munición suficiente para hacerles frente en un combate abierto. Con algo de suerte contaban con diez balas por barba, y, en algún momento, se verían obligados a desenvainar el machete y enfrentarse cuerpo a cuerpo contra ellos. Mientras se desplazaban en su dirección, la tensión contenida en el aire se iba adensando hasta hacerse sentir contra sus pescuezos, como un aliento gélido que erizaba la piel y encogía las entrañas. En esos momentos siempre resultaba más fácil cometer un error, y uno debía obligarse a mantener la calma a pesar de notar el pulso bravo pujando por acudir a la contienda.

Maceo desvió sus ojos negros hacia Máximo Gómez, reflejando en la mirada la gélida determinación que precede a la batalla. El general en jefe se apostaba a su lado con el sosiego colgado de su semblante, sin perder detalle en la procesión de soldados que desfilaba frente a ellos. A escasa distancia se encontraba Salvador Cisneros, empequeñecido por la edad y el cansancio. El presidente se había encargado de informarlos sobre el trato con Vanderbilt, y todos rogaban al cielo por que esas armas fueran llevadas pronto a la isla. Cisneros había insistido en acompañar a Maceo desde Camagüey, y se disponía a formar parte de la batalla si se daba la ocasión. Cuando las

miradas de Gómez y Maceo se cruzaron, el primero asintió con un golpe de cabeza, y el Titán supo que había llegado la hora. Se despidieron con un fraternal saludo, agarrando sus antebrazos con fuerza, y se clavaron una mirada que no necesitaba de palabras para desearse que la fortuna estuviera de su parte una vez más. Maceo acarició con los talones los costados de su semental y partió en un bravo trote al tiempo que desenvainaba su machete y hacía la señal acordada al resto de los jinetes, que rompieron en un trepidante galope colina abajo.

El sonoro retumbar de los cascos de los caballos los anunció antes de que sus cuerpos rompieran la niebla. Los mambises surgieron de la nada golpeando la retaguardia de la columna con su invencible caballería de doscientos hombres, que cayeron sin remordimiento sobre los indefensos españoles. El grueso del pelotón intentó resguardarse del aguacero de proyectiles que caía desde la distancia de la loma, por lo que se vieron obligados a dispersarse y buscar refugio entre el inesperado caos surgido de la nada. Las balas silbaban sobre sus cabezas, los machetes se blandían contra sus cuerpos y el miedo y el desorden comenzaban a apoderarse de las tropas hispanas. Los heridos y muertos se iban acumulando en las orillas de la vereda, y con su sangre regaban esa tierra que tan lejos les quedaba de su hogar. El aire se llenó con el hedor de la muerte, que no era más que la siniestra mezcla de la sangre coagulada, las deyecciones de los fallecidos y el dulzón aroma de la pólvora. La niebla se alimentaba con el humo de cada disparo, y, desde la seguridad de la distancia de vanguardia, Winston y Reggie solo podían percibir los alaridos quejumbrosos de los soldados moribundos. A pesar del horrible espectáculo, no pudieron evitar esgrimir una sonrisa cómplice, porque la aventura había llegado a su encuentro de manera inesperada, y tendrían otra anécdota para contar a su regreso a Inglaterra. Sin embargo, pasaron pronto al desconcierto al atestiguar el arrojo desplegado por los aguerridos insurgentes. En medio de la bruma, apareció la silueta de un imponente mulato a lomos de un caballo lobuno que descargaba su machete a discreción con su uniforme blanco rociado con la sangre de sus víctimas.

—Miren a ese traidor de Maceo —siseó el general Suárez echando mano a su máuser.

Los jóvenes contuvieron el aliento, pues habían escuchado las historias que envolvían la leyenda de su nombre. Antes de que el general tuviera oportunidad de dispararle, y como si de una extraña aparición se tratara, el Titán de Bronce se esfumó engullido por la niebla azulada del monte. Suárez espoleó a su montura y salió tras él, porque su orgullo no le perdonaría haber dejado escapar a Maceo de tal manera.

—¡Disparen a esos cobardes! —gritaba a los soldados al pasar ante ellos al galope.

Winston y Reggie no dudaron un segundo en ir tras el general, y pronto percibieron que, a pesar del desorden de la batalla, el ataque no resultó tan grave como lo habían imaginado en un primer momento. Se vieron envueltos por el ardor de la reyerta que parecía comenzar a decaer. A pesar de poder contar cuantiosos heridos, los números no se abultaban en el bando de los muertos, y aunque se decía que para matar un soldado eran necesarias doscientas balas, visto el resultado de la refriega, en el caso de españoles y cubanos, Churchill diría más tarde que precisarían de unas doscientas mil.

Cuando finalmente pudieron organizarse y abrir fuego contra el ejército mambí, estos se batían en retirada, satisfechos por haber causado el desorden entre las filas de los españoles y haber detenido su avance. Lograron abatir a siete insurgentes antes de verlos desvanecerse en el amparo de la bruma cerúlea, y, dando por perdido a Maceo, Suárez Valdés regresó a la vanguardia con el desaliento como máscara. Contrario a las expectaciones de los ingleses, que de buen gusto hubieran partido tras los cubanos, el general no se atrevió a seguirlos y buscar un enfrentamiento abierto con ellos. Decidió marchar en retirada a Sancti Spíritus.

—Que se traslade a los muertos y heridos —murmuró apesadumbrado.

En el camino de vuelta, el general estuvo taciturno y sumido en sus propias cavilaciones como si el golpe asestado por los mambises lo hubiera expuesto a una realidad desconocida hasta ese instante. Si los números no los engañaban, en La Reforma estaban reunidos más de cuatro mil mambises, casi todos a caballo. Para su asombro, habían logrado atravesar la trocha sin despertar las alarmas. Eso solo podía significar una cosa: la guerra, a partir de ese momento, se extendería por el occidente de la isla. Dios los cogiera confesados, porque con la saña con la que esos desgraciados luchaban, y las tretas que llevaban a cabo para diezmar sus filas, pronto entrarían en La Habana guiados por Maceo a lomos del caballo del capitán general. Debía dar la voz de aviso a Martínez-Campos, no había tiempo que perder. Si La Habana caía, poco se podría hacer por salvar la isla, y era ese el motivo por el que decidió evitar un enfrentamiento abierto con un ejército claramente superior al suyo. No estaba dispuesto a perder más hombres sin antes reorganizarse y pedir refuerzos.

Levantó la mirada y observó a aquellos muchachos lampiños de rostros lechosos enrojecidos por el sol y decidió aprovechar, siguiendo las directrices del capitán general, la oportunidad para utilizarlos en beneficio de la causa española. Se dirigió a uno de los soldados que chapurreaba algo de inglés para que tradujera el mensaje que quería

decirles a sus jóvenes invitados.

—Han sido muy valientes, amigos míos. Voy a proponer al capitán general que les otorgue la cruz roja por su valor mostrado en batalla.

Al escuchar esas palabras, los dos ingleses sonrieron y aceptaron encantados sin saber que aquello les conllevaría grandes críticas por parte de la opinión estadounidense y la inglesa. Pero en esos momentos, conscientes del peligro que habían vivido, colmadas sus ansias de aventura, les pareció el colofón perfecto para aquella expedición.

Winston y Reggie emprendieron su camino de regreso a La Habana a los pocos días, pues el ansia de guerra había ido desapareciendo, y nada más les quedaba que hacer en aquella parte de la isla. Preferían, sin duda, pasar sus últimos días cubanos en la dulce Habana, acompañados de sus compatriotas y disfrutando de los entretenimientos que ofrecía la perla del Caribe. Rehicieron sus pasos y, finalmente, tres días más tarde, arribaron a La Habana cansados, sucios y con ganas de festejar su vuelta. Su barco con destino a Tampa saldría pocos días más tarde, y no tenían intención de desaprovechar las últimas horas en la ciudad. Sin embargo, un pensamiento continuaría rondando en la mente de Churchill durante mucho tiempo después de haber abandonado la isla, y es que en aquella guerra no resultaría tan fácil encontrar un bando ganador, y algo en su interior le decía que lo peor aún estaba por comenzar.

24

Los ecos de la guerra no tardaron en intuirse en el occidente de la isla. Comenzaron como un suave murmullo apenas perceptible en la morralla de voces que relataban las historias de las batallas y se alzaban por los rincones más recónditos de la mayor de las Antillas hasta devenir en un alarido atronador, impregnados de los rumores de las hazañas del ejército mambí que arañaba terreno a los españoles en cada batalla. Tras la victoria de Arroyo Blanco, en los días posteriores, siguieron las de Iguará, Casa de Tejas, Manicaragua, El Quirro, Manacal, Siguanea… Gómez y Maceo se presentaban imbatibles, aspirando a hacerse con el control de la isla con un ahínco eufórico, sabiéndose más fuertes y mejor preparados que sus enemigos. Lo que desconocían por ese entonces era que el camino que los acercaba a conquistar la isla los aproximaba al abismo de su propia condena, ya que cada nueva derrota infligida a las filas hispanas empequeñecía la maltrecha moral de un capitán general desesperanzado, y Martínez-Campos se convencía de que la victoria solo se conseguiría con mano dura. Pero la determinación por dimitir continuaba calando en sus huesos. No se trataba de la primera vez que, sabiéndose incapaz de implantar las medidas draconianas que encauzasen la situación de la isla, había alzado su voz con la petición de ser sustituido por el general Weyler. *«Tengo la certeza de que la mano firme de Weyler será capaz de hacerse con el control de la situación y logrará la victoria en poco tiempo»,* había escrito al presidente Cánovas con el deseo de hacerlo entrar en razón y de que aceptase su renuncia. Sin embargo, cada uno de sus intentos recibió la misma respuesta negativa desde Madrid, y a esas alturas Martínez-Campos, sabiéndose perdedor de la guerra, ansiaba que los insurgentes no tardasen en tomar el resto de la isla y poder regresar a España para enterrar el sinsabor de la derrota y la deshonra en las tinieblas de su desmemoria.

Entre tanto, su empeño se encallaba en silenciar los rumores de los periódicos que hablaban de la pronta entrada del ejército insurgente en La Habana, tratando, por su parte, con machacón empecinamiento, de pregonar en el país norteamericano e Inglaterra las noticias de los dos jóvenes ingleses que habían participado en varias de las escaramuzas contra los mambises. Aunque en una situación diferente una intervención tan insignificante no merecería tal distinción, Suárez

Valdés había tenido ojo al proponer que se les otorgase la cruz roja al mérito. El capitán general, persuadido de que para ganar la guerra debían conseguir el apoyo de las dos grandes potencias, aplaudió la estratagema a pesar de tratarse de un intento desesperado de ganar la batalla en el ámbito político. Si bien todavía quedaba lejos conseguir lo que se habían propuesto y la noticia había convulsionado a la opinión en el extranjero, especialmente en los Estados Unidos —pues no vieron con buenos ojos la interferencia de los ingleses en la contienda—, poco le importaba la opinión de la prensa sensacionalista de aquel país si con ello conseguía que tanto americanos como ingleses apoyasen la soberanía de España frente a las ambiciones independentistas de los cubanos. *La mecha ya está prendida, ahora solo hay que esperar,* se dijo.

Cuando el rumor de que dos jóvenes ingleses habían recibido la cruz roja por el valor cayó en oídos de Teresita, no tuvo duda que se trataba del joven Churchill y su amigo Reginald Barnes. Después de los perturbadores rumores que anunciaban que los insurgentes habían logrado cruzar la trocha y pronto llegarían a La Habana, encontró una excusa para celebrar algo, así que gastó toda la mañana en averiguar si se hallaban en la ciudad hasta descubrir que se alojaban en el Telégrafo. Y sabedora de su amistad con Vanderbilt, quien también llevaba hospedado varias semanas en el mismo hotel, se dispuso a pedirle que organizase una reunión antes de que los héroes partiesen. Estaba segura de que rodearse de su compañía haría bien para endulzar los ánimos a todos después de lo sucedido a la pobre Macarena. Sin poder evitarlo, sintió un escalofrío recorriendo su espalda al pensar en su querida amiga. No perdió un instante para ir a hacer correr la noticia.

Cuando el quitrín se detuvo frente a la casa de Macarena en la calle Egido, una de las doncellas la recibió en el zaguán y lo atravesó como un vórtice sin detenerse a ser anunciada. Subió las escaleras recogiéndose las sayas y pisando el mármol de vetas aguadas con las puntas de los pies. Fue en dirección a la sala de estar, donde a esa hora de la mañana el sol templaría la estancia. Se detuvo frente a la puerta y recobró el aliento antes de llamar con dos toques rápidos de los nudillos, y, sin aguardar a que le respondieran, se coló en el cálido interior. Guillermo la observó con sorpresa cuando entró sin ser anunciada, pero se estaba acostumbrando a la familiaridad con la que Teresita se comportaba en la casa, y se sentía agradecido por su asidua presencia y la ternura con la que había inundado cada rincón desde que se enteró de lo que había padecido su amiga. La recibió con una sonrisa sincera.

—¡Qué grata sorpresa, señorita Teresa!

—Guillermo…

Se adentró en la sala con zancadas cargadas de decisión y fue a parar al diván donde Macarena reposaba bajo el sol del mediodía.

—Veo que hoy tienes mejor aspecto.

A pesar de que la fiebre amarilla estuvo a punto de acabar con su vida, en el último momento, cuando todos se temían lo peor, se había recuperado. Teresita aún no comprendía qué motivos habían llevado a su amiga a desplazarse a Matanzas en medio de una guerra, pero poco importaba si se encontraba fuera de peligro. Los estragos de la enfermedad fueron quedando difuminados en el tiempo, gracias a los cuidados dispensados por el doctor Morales. En pocos días su rostro recobró el brillo lozano de antes de la enfermedad. Todavía se veía más delgada de lo que acostumbraba a estar, pero la juventud le permitía recuperarse a pasos agigantados, y Teresita tuvo la certeza de que pronto se vería igual de bonita que siempre.

—Confío en que hoy te encuentres con fuerzas, porque tengo una sorpresa para ti.

Macarena la escrutó con el ceño fruncido y una expresión de desconfianza que Teresita decidió ignorar antes de proseguir.

—No adivinarás quién está en la ciudad.

—No sabría decir…

—Nunca lo adivinarás —aseguró Teresita, y sin poder contenerse procedió a desvelar el misterio—. ¿Recuerdas al joven *Charchill* y a su amigo *Reginál*?

Macarena dudó durante unos segundos, tratando de ubicar los nombres en las tinieblas de su mente hasta recordar una noche no muy lejana en el café del Louvre.

—Han vuelto del frente hace unos días y acaban de recibir la cruz roja al mérito por la valentía mostrada contra los insurgentes. Se dice que se enfrentaron con el mismo Maceo y que este acabó huyendo…

Al escuchar esas palabras, Guillermo, que no había perdido detalle de la conversación, rompió en una estruendosa carcajada. Las dos amigas lo miraron sorprendidas.

—Si tuviéramos que creer todo lo que se dice, ahora mismo pensaríamos que los españoles van ganando la guerra y que Maceo está a punto de abandonar la isla, Teresita.

El rostro de la joven se frunció con un mohín de desagrado al escuchar la intervención de Guillermo, que siempre parecía empeñado en justificar a los odiosos mambises.

—¿Estás sugiriendo que miento?

—Jamás me atrevería. Lo que afirmo es que las noticias se acaban manipulando, y que esos dos jovencitos hayan recibido una medalla se trata más de una estratagema del capitán general que fruto de su propia valentía.

—¿Acaso estabas tú allí para saberlo?

Las palabras malintencionadas de la joven molestaron a Guillermo, pero no estaba por la labor de enfangarse en una conversación de política con Teresita. Lo único que hizo fue sonreír con su encanto habitual antes de darle réplica y dirigirse a la puerta.

—Será mejor que os deje con vuestros asuntos… Espero que comas con nosotros.

Teresita sonrió y dejó la mordacidad a un lado, porque ella tampoco tenía el ánimo para hablar de guerra cuando a lo que había ido era a informar a su amiga de una fiesta. Sacó el abanico y con un golpe de la muñeca lo abrió para deshacerse del calor pegajoso que se acomodaba en la estancia.

—Gracias por la invitación, pero no podré quedarme mucho si quiero estar presentable para esta tarde.

—¿Qué ocurre esta tarde? —quiso saber Macarena.

—Que nos vamos a un sarao, y de los buenos.

Ella desvió la mirada hacia Guillermo, al que la curiosidad había forzado a detenerse y reengancharse en la conversación.

—Ya está todo organizado —apuntó la madrileña—. El señor Vanderbilt ha tenido la amabilidad de invitarnos a la embajada británica, donde se celebra una recepción en honor del joven Churchill y Reginald.

—No suena a mucho sarao —terció Guillermo.

Teresita le hizo un reproche con la mirada antes de contestar.

—Eso ya lo juzgaremos cuando llegue el momento.

Tras algo más de conversación, la madrileña se marchó. El sol se escurría por las ventanas y lamía las paredes vestidas con la extensa colección de libros que Leopoldo había poseído y que llenaban el aire con un olor a papel empolvado y a piel reseca.

—¿Crees que es buena idea que vayamos? —preguntó Macarena, que desde que regresasen se había atrincherado en ese diván y apenas se movía.

Guillermo pensó que algo de diversión no le podría hacer mal y que nunca se sabía lo que se rumorearía por los pasillos del consulado inglés, así que se convenció de que sería una buena idea.

—Te hará bien salir.

Sonrió sin ocultar un atisbo de ternura que no pasó desapercibido para Macarena. Desde que había enfermado, Guillermo se mostraba más atento que nunca con ella, y apenas se apartaba de su lado para salir un rato a la hora de la siesta a los cafés de la ciudad a enterarse de las últimas nuevas sobre la contienda.

—Tendré que buscar un vestido que me valga… —murmuró ella, porque su cuerpo no había recuperado sus formas, y le costaría llenar los contornos de alguno de ellos.

—Entonces te dejo con ello. No te canses demasiado, que ya has

escuchado a Teresita: esta noche va a haber jarana —se jactó de las palabras de su amiga con una expresión de sorna.

—No seas malo…

—Está bien. Le diré a Lourdes que venga a ayudarte con los preparativos.

La doncella apareció en la puerta instantes después. Pasaron el resto de la tarde arreglando uno de los vestidos para que Macarena estuviera presentable para la recepción. Y cuando llegó el momento, salieron en dirección a la embajada inglesa.

Las calles se sentían silenciosas y se veían más despejadas de lo acostumbrado a aquellas horas. Al pasar por la plaza de armas de camino a la embajada, Guillermo —bien peinado y con la piel desprendiendo aroma a jabón y perfume— también apreció el detalle y frunció ligeramente el ceño. Parecía que los rumores de la llegada de Maceo y Gómez estaban calando en muchos habaneros, y por primera vez desde que los ingleses invadiesen la capital casi dos siglos atrás, habían decidido recluirse en sus casas. Después, queriendo quitarle importancia, se volvió hacia ella y sonrió. Incluso el paseo del Prado se veía más tranquilo de lo habitual. Aun así se mostraba concurrido, y los arropó con su bullicio apocado y sus quitrines compuestos con damas tan maravillosamente arregladas que parecía que fueran a recibir a la mismísima reina regente. El aire cálido cargaba la brisa salada del mar, enredándose en el aura que flotaba contra sus pieles de garzas adornadas con ostentosas joyas, y los murmullos de los transeúntes escalaban las paredes del quitrín llenándolo con los cantos melosos de sus acentos.

A medida que fueron acercándose a la embajada, los carruajes y los transeúntes se hicieron cada vez menos frecuentes hasta que su coche se quedó envuelto en la insólita tranquilidad de esa noche habanera. No tardaron en estar ante la embajada. Una elegante casa señorial de finales del siglo pasado donde las columnas, arcos y balcones proliferaban en su fachada rejuvenecida con un suave color azul empolvado. Dos soldados aguardaban a la entrada con sus uniformes rojos de húsares. Cubría sus pieles un manto reluciente fruto de la cálida temperatura vespertina, que parecía querer mortificarlos con una insólita exigüidad de la brisa que acostumbraba a recorrer las calles. No pusieron impedimentos para dejarlos pasar, y pronto se encontraron en el interior del edificio. Un lacayo los escoltó al lugar donde se oficiaba la recepción. No fue difícil reconocer a algunos de los personajes más ilustres de la isla, tal vez llevados por la curiosidad de acercarse a los grandes héroes. Los Colomé, Sotolongo y Pulido hacían corrillo, expectantes por ver a los jóvenes ingleses que habían plantado cara a los insurgentes y defendían sus esperanzas de permanecer bajo la protección del Gobierno español.

—Qué grata sorpresa veros por aquí —sonó una voz a sus espaldas. Era James Vanderbilt, envuelto en un traje elegante y con su habitual sonrisa—. Tienes muy buen aspecto, Macarena.

Antes de decir nada más, el americano se forzó a saludar con cordialidad a Guillermo, el cual no se molestó en disimular la antipatía que sentía hacia él.

—Iré a localizar a Federico —se apresuró a indicar Guillermo antes de alejarse en dirección opuesta y adentrarse en el gentío del salón.

—Creo que todavía sigue molesto conmigo por haberte puesto al borde de la muerte.

Macarena lo observó sorprendida por el comentario.

—No digas eso, James. No fue tu culpa.

—No debería haber alimentado tus intenciones de unirte a nosotros, y eso no me lo perdonaré nunca. Si te hubiese ocurrido algo… —Vanderbilt se forzó a detenerse.

Un murmullo creciente en la sala anunció a los dos paladines que recibían las alabanzas con sonrisas zalameras y saludos denodados.

—Aquí están los héroes —dijo ella.

James le ofreció su brazo para escoltarla a la proximidad de los bravos húsares. Entre los presentes que se arremolinaban con la esperanza de captar la atención de los recién llegados se hallaba Teresita, acompañada de Federico Borrell y Guillermo. Pasados unos minutos, los asistentes comenzaron a desparramarse por la estancia y James, escoltado por los cubanos y las españolas, aprovechó para saludar a sus amigos, enfundados en sus elegantes uniformes. No tardaron en entablar conversación, que giró en torno a las aventuras vividas durante los días pasados junto al ejército español. Dejándose llevar por el aura de la gesta que los alumbraba mientras James hacía de intérprete para todos.

—Es una pena que tengan que marcharse tan pronto —dijo Teresita, a quien le costaba controlar la emoción de estar cerca de tan afamados ingleses.

—Mucho me temo que nos aguardan en nuestro país, pero si la guerra prosigue, tal vez tengamos tiempo de volver a celebrar juntos nuestras victorias —afirmó Churchill estirando sus labios enjutos en una sonrisa, al tiempo que James se esforzaba por traducir sus palabras.

—Si bien tengo entendido, tuvieron la oportunidad de medirse con Maceo —comentó Federico en un inglés fluido, enardecido por la respuesta que le había dado el inglés a Teresita.

—Así es… —respondió Churchill.

Guillermo mostró una sonrisa maliciosa, convencido de que ninguno de esos dos pimpollos podría hacerle sombra al general Maceo.

—En realidad, se marchó antes de que tuviéramos la oportunidad —aclaró Churchill—. No pudimos darle alcance.

—¿No es cierto que en esa batalla el ejército español se vio obligado a retirarse? —intervino Guillermo, dejando en evidencia la falta de consistencia en su relato.

—No antes de que lo hicieran los cubanos —replicó Winston.

Los ingleses aguardaron en silencio durante unos instantes, sosteniendo las miradas de los dos cubanos con una sombra de animosidad.

—No les hagan caso —intervino Teresita, esperando a que Vanderbilt tradujera sus palabras—, que al fin y al cabo ellos no estaban allí. Se marchan ustedes de Cuba como héroes.

Las hordas de curiosos no les permitieron un instante de tranquilidad, deseosas de escuchar las hazañas, de estrechar sus manos o palmear sus espaldas. Ambos ingleses se despidieron de sus amigos esperanzados por poder reunirse de nuevo antes de que la velada concluyera. Buscaron algo con lo que refrescar sus gargantas mientras aguardaban a que la reunión fuera amenizada por el concierto, en el que se interpretarían varias piezas de Henry Purcell en honor de los dos jóvenes. Fue durante ese inciso cuando Macarena se dio de bruces con la última persona que esperaba encontrarse allí, y su rostro mostró la sorpresa y desagrado que escalaban desde sus entrañas, avivados por el calor sofocante de la estancia.

—Querida condesa… No la daba por una admiradora de nuestros particulares adalides… —dijo la marquesa du Conti con cierta sorna esbozando una sonrisa.

—Por fortuna sus opiniones me traen sin cuidado, marquesa.

Macarena se dispuso a dar media vuelta y marcharse desandando sus pasos, pero una carcajada contenida de la aristócrata la puso en alerta.

—No entiendo cómo me guarda tanto rencor, querida. Si lo que siempre he intentado es velar por usted…

—Puede ahorrarse su palabrería para quien la crea, doña Carlota.

—No me diga eso, Macarena. Que yo la estimo casi como una hija, me atrevería a decir. Imagínese mi disgusto al descubrir lo que se llevan entre manos ese americano y usted. —Meneó la cabeza en un reproche hacia la joven—. Casi se me rompe el corazón al saberlo, y, sin embargo, aquí estoy, advirtiéndola de que no se busque problemas, querida. Que los vientos van a soplar pronto en otra dirección y le conviene estar a bien con la causa…

—No sé de qué está hablando…

La marquesa sonrió con crueldad, amparada por la repentina soledad que las rodeaba. Los presentes se habían retirado para ocupar las sillas frente al improvisado proscenio donde los músicos

comenzaban a reproducir las partituras de Purcell. Los invitados habían enmudecido y solo se percibía el rumor de las primeras notas. Las ventanas entreabiertas permitieron que se colaran las campanadas de una iglesia cercana, anunciando una hora tardía que ninguna de las dos quiso recordar. Sus ojos se estudiaban mutuamente, midiendo las flaquezas de su adversaria y la crudeza de sus expresiones.

—Lamento que desoiga mis palabras. Puede que ahora esté tranquila y piense que podrá irse de rositas, pero tenga por seguro que las cosas cambiarán pronto, y cuando así sea, deseará no haber desdeñado mi ayuda, querida.

Sin decir nada más, doña Carlota se alejó siguiendo la melodía almibarada de la sinfonía. Macarena se sentía perturbada por el enfrentamiento sostenido y se resistió a unirse al resto de los invitados. Ansiaba la tranquilidad que solo la suave noche podría ofrecer, y buscó entre las estancias un balcón al que poder asomarse. Sin embargo, no se había percatado de que otros ojos habían sido testigos de la conversación y se disponían a seguirla en su escapada.

La joven se acodó en el pretil de piedra haciendo un esfuerzo titánico por controlar sus tribulaciones, sumida en las emociones que corroían sus entrañas, y no se percató de la presencia ajena que rondaba sus espaldas.

—¿Qué sucede, Macarena? ¿Qué quería la marquesa?

Ella se volvió para ver a Guillermo, al que miró con una expresión descompuesta.

—Dios mío. ¿Qué vamos a hacer? Doña Carlota está enterada de todo…

—¿A qué te refieres?

—A nuestro viaje, al trato con Cisneros…

Él la miró preocupado; en sus oídos restallaron las amenazas del presidente de los insurgentes. Dejó escapar un sonoro suspiro y comenzó a pasearse por el balcón en un intento por aclarar sus ideas y descubrir de una vez por todas si realmente los rumores eran ciertos. Buscó su pitillera en el bolsillo y sacó un cigarro que prendió con el fogonazo de una cerilla. Aspiró la primera bocanada de humo como si le fuese la vida en ello y después de expeler la niebla lechosa del pitillo clavó sus ojos en los de Macarena.

—¿Has sido tú?

Ella lo miró desconcertada.

—¿Cómo que si he sido yo?

La agarró por el brazo sin miramientos. Necesitaba conocer la verdad, y había llegado el momento de confrontarla.

—¿Se puede saber qué te sucede, Guillermo? —Se desasió de su mano con delicadeza.

—¿Has sido tú? ¿Se lo has contado a la marquesa?

Ella lo miró extrañada, casi ultrajada al recibir ese tipo de acusación.

—¿Cómo puedes decirme eso?

—Venga, Macarena, no te hagas la inocente conmigo. Estoy al tanto de lo que te traes entre manos con doña Carlota.

Al escuchar esa recriminación la joven pensó que le iba a dar un vahído, y le faltó la respiración. Guillermo se desprendió de toda cortesía y se apoyó contra la pared, cruzando los brazos sobre el pecho, contemplándola con una indolencia que rozaba la crueldad. Macarena aguardó en silencio esforzándose por recuperar el aliento y calmar los latidos acelerados de su corazón. Cuando encontró la entereza necesaria, se decidió a responder a las acusaciones.

—No. Jamás.

—Entonces, ¿cómo se ha enterado?

Ella se encogió de hombros.

—De la misma manera que sabía que tú te habías ido a Costa Rica en busca de Maceo. Esa mujer es el diablo personificado… Desde ese día que me amenazó con denunciarte a las autoridades he vivido acongojada. —La voz le tembló—. Con el miedo de saber que en cualquier momento podría arrebatármelo todo. Mandarnos directos al paredón.

Guillermo no respondió. Sopesaba sus palabras en un intento por encajar todas las piezas en su cabeza. La noche parecía absorberlos en su negrura, incluso la melodía que se desprendía del interior de los muros de la embajada se diluía en ella.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque tenía miedo de que se enterase… Esa mujer parece saberlo todo. Pero te prometo que yo nunca le diría nada. Lo único que hice fue organizar la mascarada, por eso te advertí que debías marcharte. Después de mi acuerdo con el capitán general, con don Emilio, y tras conseguir su palabra de que no nos pasaría nada, la mandé a freír espárragos tal y como he hecho hace un rato. Pero he de decir que estoy asustada, porque me ha dicho que las cosas iban pronto a cambiar y que entonces tendría problemas.

Él la estudió en silencio, con una expresión neutra dominando su rostro y sin poder discernir si lo que le había dicho Macarena era cierto.

—Por favor, Guillermo. Dime que me crees.

Le echó las manos a su brazo con la mirada temblorosa y el rostro empalidecido.

—Me gustaría hacerlo, pero me resulta difícil.

Por mucho que le pesara la idea de que Macarena podría haberlo traicionado, no estaba dispuesto a que nada malo le sucediese, y debía asegurarse de que Cisneros no se enteraba de que la marquesa conocía

sus pactos comerciales.

—Será mejor que regresemos a la fiesta.

Macarena aceptó su frialdad, aunque no podía esconder su decepción, y no se resignó a concluir la conversación de esa manera.

—Guillermo, puede que resulte difícil de creer, pero todo lo que he hecho ha sido para protegernos de esa mujer.

Él la estudió durante unos instantes más, empujado a confiar en sus palabras. Después se alejó en dirección a la sala donde se continuaba representando el concierto. Macarena no se encontraba con ánimos de marcharse aún, y se enredó en la calma sofocante de la noche. Bastante insoportable le resultaba la idea de que la marquesa la hubiera vuelto a amenazar como para pensar en el hecho de que Guillermo la consideraba una traidora.

Aguardó en silencio. Se había levantado una brisa suave que portaba las notas dulzonas de las buganvillas que escalaban las paredes de la casa. Tenía un nudo en la garganta que le impedía respirar, y supo que si no se contenía, de un momento a otro rompería a llorar. Un sonido la distrajo lo suficiente como para que calmase el llanto y se girara en esa dirección.

—¿Qué haces aquí, James?

—No he podido percatarme de que Guillermo y tú hablabais… acaloradamente. ¿Te encuentras bien?

Ella asintió.

—No es nada…

—*Right*…

Comprendió que no era su lugar ahondar más en esos pensamientos y se dispuso a decirle lo que había estado aguardando a hacer desde la noche que se recuperó como por obra de un milagro.

—En Matanzas… —Se detuvo, porque por primera vez en su vida sentía que perdía el aplomo bajo esa mirada inocente que lo observaba con curiosidad. Tragó saliva para infundirse algo de valor antes de volver a hablar—. En Matanzas nos temimos lo peor. Me alegra saber que te has recuperado.

—Gracias, James. Sé que lo dices de corazón.

—Me gustaría preguntarte algo.

—¿De qué se trata?

—¿Me darías permiso para besarte?

La pregunta la quebró, pues no esperaba escuchar algo así, y permaneció en silencio, sopesando cada una de las palabras de Vanderbilt mientras recorría con sus ojos de melaza la expresión nerviosa, casi asustada, del americano. No podía negar que se sentía atraída hacia él desde hacía un tiempo inexacto, pero jamás había imaginado que le declarara con tanta facilidad sus intenciones. Sin decir nada, ella se aproximó y, poniéndose de puntillas, acercó su

rostro hasta que sus labios se tocaron. Lo besó con timidez, con su inexperiencia haciendo que se sonrojara y dejando que el beso creciera a medida que el calor de sus cuerpos se enredaba y sus manos se rozaban. Sin embargo, la música continuaba sonando, y Macarena sabía que no podría quedarse perdida en sus labios mucho más. Abrió los ojos. Después se separó de él y lo miró. Su mirada estaba prendida en los recuerdos de ese beso, en la suavidad carnosa de su boca. Él sonrió y ella escondió la vista con el pudor cortándole las palabras y encendiendo sus mejillas.

—Deberíamos regresar.

Él asintió, pero antes de entrar en la sala aprovechó para besarla una última vez.

Al otro lado de las cristaleras, Guillermo contemplaba la escena con el pecho consumido por los celos. Se dirigió a la salida decidido a deshacerse de aquellos sentimientos y se perdió en la oscuridad. Encontró una volanta de alquiler que fue alejándolo de las calles del centro. Las avenidas fueron dando paso a las estrecheces de las callejas extramuros donde las casas de una sola planta mostraban sus fachadas deslucidas. El carruaje enfiló la calle de la Bomba, renombrada por ser el lupanar de La Habana donde hombres de todas clases gozaban de los tiernos cuerpos de mujeres y muchachos que no tenían nada más con lo que comerciar, a los que el desengaño del sueño indiano los había golpeado sin piedad.

Descendió del carro y sus pasos lo guiaron a un burdel cualquiera. La luz era tenue en el interior y las paredes apestaban a un olor rancio a tabaco y licor. Respiró hastiado, embebiéndose de la deprimente atmósfera del lugar. Apenas transcurrió un instante cuando una bonita joven mulata de piel suave y ojos envejecidos rodeó su cuello con unos brazos delicados. Guillermo la observó con el interés de un mercader y la joven —acostumbrada al ritual— le sonrió sin pudor. Bonita sonrisa, labios sensuales, largas piernas y pechos colmados. Él asintió con un ligero movimiento de cabeza y ella le susurró algo al oído. Quiso conducirlo a la sala donde los demás clientes tomaban licor, pero Guillermo se resistió. Agarró a la mulata por la cintura, apremiándola para que lo llevara al cuarto. Ella había aceptado con cierta reticencia porque la *madame* la reprendería por no hacerlo pasar antes por el bar.

—Trae una botella de ron —musitó él.

Entonces la muchacha obedeció y después lo condujo escaleras arriba hasta un pequeño cuarto que hedía a un perfume rancio que saturaba el aire y tapaba las miasmas que se escondían entre las sábanas del lecho. Un pequeño aguamanil se apostaba en una de las esquinas y la cama ocupaba la mayor parte de la estancia.

Guillermo abrió la botella sin detenerse a verter su contenido en un

vaso y dio un largo trago mientras la joven comenzaba a desabrochar el cuello de su camisa y besar su piel con sus suaves labios. Dejó a un lado la botella, que cayó sobre el suelo, y tomó a la joven con ansia. La docilidad con la que ella reaccionaba lo enervó más aún. La desvistió con ferocidad, no quería sus besos ni sus caricias, la tendió en el lecho sin miramientos, sintiendo la urgencia de desprenderse de los sentimientos que lo atormentaban, y se precipitó en la calidez de la mulata hasta empañar su mente de todo recuerdo de Macarena.

25

La confusión acechaba tras las aplastantes victorias mambisas hasta llegar a sacudir los cimientos mismos de la isla. Los diarios alababan las conquistas de los sublevados y la alarma cundía entre quienes se mantenían fieles al bando españolista al ver cómo se empequeñecían sus pretensiones por ganar una guerra que parecía condenada a la derrota. El ejército sublevado continuaba su imparable avance hacia la capital y los españoles salían a su encuentro allá por donde pasaban, forzados a malgastar sangre y aliento. Los cubanos arrasaban con todo lo que encontraban a su paso desde que Gómez —decidido a socavar la economía de ultramar— había dado orden de dar tea a todos los ingenios que se pusieran a tiro.

Con su llegada a Las Cruces, en la provincia de Cienfuegos, la devastación se había acrecentado, hasta lograr que decenas de plantaciones se viesen reducidas a poco más que ascuas y cimientos. Los jornaleros, entonces, acababan por unirse al ejército sublevado y engrosar sus filas a pesar de que la escasez de munición, armas y comida imperaba en las milicias. Poco después de la aparición de los insurrectos en un ingenio llamado Santa Ifigenia, el lugar se convirtió en una pira descomunal que delataba su presencia a la legua. Los sublevados liderados por Gómez y Maceo estaban dispuestos a proseguir con su viaje cuando uno de los jornaleros, arrugado y encogido por los años, les sopló que no muy lejos quedaba una vasta plantación conocida como Mal Tiempo, donde se rumoreaba que descansaba buena parte del ejército español, parapetados para confrontarlos.

—Ándense con ojo —dijo el viejo—, que si no erran las lenguas, se dice que hay más de diez mil de ellos por allá.

—No hay ninguno que valga lo que vale nuestro ejército —respondió Gómez. Luego echó una mirada astuta a Maceo y este lo siguió al interior de la casa, que todavía no había sido consumida por el fuego. Recorrieron las estancias desvencijadas por el saqueo que llevaban a cabo sus hombres en busca de algo que les pudiera ser de utilidad: comida, armas, ropa, botas, medicinas; se toparon con una mesa alumbrada por varios candiles y Gómez extendió su mapa cuarteado sobre ella. Acto seguido, comenzaron a estudiar sus posibilidades de salir airosos con la nueva información de la que

disponían.

—De ser cierto lo que dice el viejo, tenemos la oportunidad de pertrecharnos a costa de los españoles —apuntó Maceo.

Gómez asintió dando la razón a su discípulo.

—Pero si no se ha equivocado en los números, nos superan en cinco a uno. Es un riesgo grande.

—Bien lo vale si con ello podemos conseguir armas y munición.

Máximo Gómez se pasó los dedos por la barba con gesto pensativo y sopesó las palabras de su lugarteniente, analizando las posibilidades que tenían de salir victoriosos en aquella acción. Escrutó con detenimiento el mapa frente a él, en silencio, en un intento por localizar Mal Tiempo. Si tal y como les había dicho el jornalero se trataba de una plantación, sería una amplia explanada que, sin duda, aventajaría a su caballería frente a la infantería del bando contrario. El sonido de un reloj en la estancia contigua marcó el primer cuarto de alguna hora inexacta en el inicio de la mañana. Maceo aguardaba paciente una respuesta, pero, visto que Gómez guardaba silencio, decidió hablar tratando de tornar la balanza hacia donde apuntaban sus intenciones.

—Si es cierto que están aguardando por nosotros, tarde o temprano deberemos enfrentarnos a ellos. Mejor hacerlo cuando todavía no se lo esperan.

El general en jefe posó su mirada aguada durante unos instantes en el Titán. Después sacó un par de puros del bolsillo de su chaqueta, se llevó uno a la boca y ofreció el otro a Maceo, que lo rechazó. Tras prenderlo con cierta parsimonia, aspiró con ímpetu, inundando su boca con el humo del cigarro.

—Tienes razón. Si la vanguardia se enfrenta a ellos en esta zona —puso un dedo en un punto exacto del mapa—, les ganaremos la posición. El centro de la formación podrá romper las filas con facilidad.

—Y si la retaguardia prende los cañaverales de esta zona, estaremos protegidos —dijo Maceo señalando un área del mapa—. En la confusión no les será posible ver desde dónde les llega el hierro.

El generalísimo le dio la razón de nuevo.

—Entonces tú dirigirás la vanguardia, amigo. Informa a Feria, que vaya en la retaguardia, y organizaos para salir de inmediato.

Maceo asintió con un golpe de cabeza y se despidió de él. Tras organizarse, partieron al encuentro de las tropas enemigas. El Titán iba en la avanzadilla, seguido por Gómez y sus hombres, en un contingente de algo más de dos mil soldados dispuestos a sumar una nueva victoria para su causa.

La funesta llanura de Mal Tiempo se perdía allá donde los ojos cansados de Carlos Bermúdez podían alcanzar. Los últimos días, a duras penas, había sido capaz de pegar ojo, porque se rumoreaba que los rebeldes se acercaban desde el este, y no pasaría mucho hasta tener que enfrentarse a ellos. Su estado de ánimo fluctuaba entre el agotamiento y la desesperanza, aunque de piel para fuera no lo dejase entrever a los demás. Él debía mantener elevada la moral de sus soldados, contagiados por el pesimismo reinante en el campamento. A pesar de la situación que imperaba, el resto de comandantes se habían convencido de que aunando a diez mil almas en ese paraje lograrían quebrar la racha de victorias de los insurgentes y dar una estocada mortal a la rebelión. Carlos Bermúdez había expresado sus diferencias confiando en que fueran atendidas, pero de nada sirvió aludir al hecho de que la infantería poco tendría que hacer si a los mambises les daba por cargar a caballo contra ellos.

—Esos cubanos, más que hombres, parecen centauros.

—No los endioses, Bermúdez, que no es para tanto. Han tenido suerte, nada más.

Pero Bermúdez estaba seguro de que era cosa de ingenio y no de fortuna. Y es que los cubanos les llevaban dos pasos de ventaja en la contienda. Percibió en su pellejo el gélido escalofrío liberado por los recuerdos de las cruentas escenas que había presenciado desde el inicio de la guerra, meses atrás. Bien era cierto que las armas y municiones escaseaban en el otro bando, pero no estaba seguro de que eso actuase en su beneficio, porque a los mambises solo les quedaba la opción de dar uso a su temible machete. Sus ojos se habían colmado con las horribles visiones de los cuerpos mutilados por el filo de esa arma o aplastados bajo los cascos de caballos. Esos eran los pensamientos que lo mantenían ocupado mientras se preguntaba por dónde saldrían aquellos condenados cubanos. Pegado a su máuser, agazapado junto a sus hombres, esperaba las primeras señales de la presencia enemiga en el horizonte para tirar fuego a mansalva y acribillarlos a todos. A diferencia de otros, él se enorgullecía de haberse ganado el respeto de sus soldados de la misma manera ejemplar que Napoleón lo hiciera en su tiempo: luchando cada batalla a su lado. Y es que Carlos Bermúdez creía que el arrojo de un soldado se equiparaba al valor mostrado por su comandante. No podía pedirles que se jugasen la vida si él no impartía ejemplo.

Los primeros rayos de sol cuarteaban la piel del cielo con un baño de luz ocre, y los tonos verdosos de la maleza —plagada de pulgas y mosquitos— despertaban a medida que la mañana rayaba la lejanía. El olor a hierba mojada se prendía en la brisa que agitaba los tallos del forraje y las cañas que los camuflaban en la plantación baldía que habían ocupado. Los minutos se alargaban hasta la extenuación y el

silencio solo era roto por el zumbar de alguna mosca extraviada. Al clarear la mañana, el horizonte se tiznó de una humareda negra que anunciaba problemas.

—Ya están cerca… —siseó entre dientes.

Bermúdez escrutó el rostro de sus hombres, que, sabiéndose próximos a la batalla, se habían tensado y lucían pálidos al pensar en enfrentarse al despiadado machete mambí.

—No se preocupen, caballeros, que esta noche celebraremos la victoria en el campo de batalla con unas botellas de mi mejor anís.

Algunas sonrisas partidas se escurrieron en los labios de varios de sus soldados, que con fe deslumbrada querían convencerse de las arengas de su general.

Las atrocidades de la guerra les costaban jornadas de desvelo por las memorias de las barbaries vividas. En los pocos meses que llevaban en aquella isla, habían sido testigos de tantos horrores que podrían llenar varias vidas. Y, para ser francos, las condiciones en las que se hallaba el ejército español no eran mucho mejores que las del mambí. Tal vez no escaseaban la munición o las armas, pero sus botas estaban igual de desgastadas y en los ratos libres debían remendarse el uniforme si no querían que se cayese a jirones. La fiebre amarilla y la malaria habían causado más muertes que el enemigo, y sabían que al Gobierno de la península poco le importaba si vivían o morían con tal de que Cuba continuase atada a España.

De pronto, la tensa calma del paraje se vio interrumpida por un sordo atronar de cascos de caballos. Los pájaros de las cercanías rompieron en un vuelo agitado y los corazones en Mal Tiempo se encogieron con el mal fario que presagiaba el sonido de la estampida.

El reloj rondaba las diez de la mañana cuando las siluetas de los primeros jinetes rompieron el horizonte. Carlos Bermúdez se dispuso a encararlos con templanza y ordenó a los hombres que se aferrasen a sus posiciones, que cargasen los fusiles y que estuviesen listos para disparar.

—¡Pero que nadie pegue un tiro antes de que yo lo diga!

Contempló el rostro tenso de aquellos soldados primerizos que se habían curtido a base de pólvora y machete hasta tornarse en hombres. Sin embargo, podía leer el espanto en sus ojos y en sus labios apretados, conteniendo el miedo en la madeja retorcidas que eran sus tripas. Los pulsos se aceleraron a medida que el enemigo se acercaba, costándoles la serenidad necesaria para apuntar con el fusil. Aun así, ninguno retrocedió ni se amedrentó, encarando sus destinos con resignación y valentía.

Cada poco tiempo Carlos Bermúdez podía escuchar una plegaria que se escapaba del aliento entrecortado de alguno de los hombres que lo flanqueaban y, en silencio, le pedía a Dios que atendiera esas

letanías. Sus ojos no se separaban del avance mambí, aguardando a dar la señal para abrir fuego. Con cada palmo que arañaba la caballería cubana, la tensión se enardecía en sus entrañas, las mandíbulas se tensaban un poco más hasta hacerles rechinar los dientes y las tripas se soltaban. Todos aguardaron con estoicismo la señal acordada con los dedos contra los gatillos, el frío sudor cayendo por las sienes y los ojos fijos sobre el enemigo. Cuando los mambises estuvieron a tiro, el general Bermúdez dio la señal.

—¡Fuego!

Restalló en sus oídos una ráfaga que levantó una densa humareda y arrancó los relinchos quejumbrosos de alguna montura mambisa herida en la acción. Sin embargo, no resultó suficiente para detener al enemigo.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritaba el general sin dar descanso a su fusil.

Las descargas se sucedían, pero los esfuerzos resultaban inútiles, y a Bermúdez no le llevó demasiado tiempo percatarse de ese hecho. De un momento a otro romperían su línea de fuego y comenzaría la masacre. Debía actuar rápido si no quería ver a sus soldados morir de la misma manera que lo habían hecho tantos otros.

—¡Calen las bayonetas!

Obedecieron sus instrucciones como si se tratase de un credo, aferrando las armas con fuerza en los instantes previos a que las bestias se les echasen encima y arrollasen todo lo que encontraran en su camino. Quien no caía presa de los cascos de los caballos lo hacía bajo el machete blandido sobre sus cabezas. El enemigo rompió la línea por uno de los costados, como una corriente de agua que vence un dique incapaz de contener la fuerza del torrente que no se detiene a su paso. El daño estaba hecho, pero los cubanos no se detuvieron en rematar a los heridos y presentar batalla, sino que continuaron acometiendo al resto de la columna, esparciendo el desorden y la anarquía entre las tropas españolas. Bermúdez comprendió que se trataba de una avanzadilla y que pronto la vanguardia cargaría contra ellos. Debían prepararse antes de que fuese demasiado tarde.

—¡Formación en cuadro! —ordenó a los supervivientes de la primera acometida.

Los soldados se levantaron, dejando heridos y muertos resguardados por sus espaldas al tiempo que se organizaban y se situaban en el campo de batalla formando un cuadrado. Con los cuatro flancos cubiertos, el enemigo no podría sorprenderlos con tanta facilidad, y su defensa sería más difícil de doblegar. El miedo los había abandonado cuando los primeros mambises cargaron contra ellos, e imperaba un crudo instinto de supervivencia: quien se rindiese moriría. El tiempo parecía seguir su propio ritmo en el descontrol de la batalla. La niebla formada por las descargas de los fusiles ahogaba

sus gargantas, y el olor de la sangre escalaba a sus fosas nasales, adhiriéndose con un sabor metálico a sus paladares. En la lejanía de la llanura divisaron las llamas acorralar a la retaguardia de la columna mientras caían bajo el ataque del ejército cubano. Las formaciones se rompían, y sin la protección de la superioridad numérica estaban condenados.

—¡Estén atentos!

Entre el humo de la pólvora y los cuerpos caídos se dibujó la figura de Maceo liderando la vanguardia. Se prepararon para otra embestida despiadada por su parte. Los lamentos de los heridos se acallaron con el tañer escabroso de la nueva carga. Rodeados por la caballería enemiga, que pronto arremetería contra sus flancos, se les agotaban las opciones, y su única victoria sería la de llevarse por delante a unos cuantos enemigos.

—Que Dios nos pille confesados —musitó Carlos Bermúdez.

Por primera vez en su vida le tembló el pulso al observar a Maceo acercándose a su posición. Se aferró a su máuser, que nunca le había fallado, y apuntó. Con cada paso que su enemigo recortaba la valentía le flaqueaba y la templanza se le escapaba, comprometiendo así la firmeza de su pulso. La condena de la muerte pesaba sobre su cabeza, y presintió un gélido temor al pensar en la suerte de su mujer y su hija de morir él aquel día. En su mente se agolparon las imágenes de ambas, y las sombras de un funesto destino comenzaron a asediarlo. Sin embargo, se obligó a regresar al campo de batalla e hizo acopio de la entereza que le quedaba, hasta lograr dominarla justo cuando el general mambí se le echaba encima machete en mano y con gesto fiero. Se concentró en la mirilla de su arma. Casi estaba a su alcance.

—Un poco más… —siseó sin pestañear.

Echó el dedo al gatillo, sintiendo cómo este cedía ligeramente a la presión que ejercía, consciente de que debía aguardar unos momentos más para asegurarse de que Maceo no se le escapaba a pesar del peligro que conllevaba, porque, de errar, con toda seguridad el antiguo caballo del capitán general lo arrollaría sin remedio. Era un riesgo que merecía la pena afrontar si con ello le robaba la vida al Azote de Oriente. Maceo recortaba distancia, y Bermúdez supo que lo tenía a tiro, sabía que no fallaría, y con ese disparo esperaba sentenciar también la revuelta. Jaló con fuerza el gatillo y sus ojos se llenaron de sorpresa al no percibir la deflagración ni el olor a pólvora que seguían al disparo. Le costó unos segundos comprender que algo no marchaba como debía y que el gatillo no cedía bajo la presión de su dedo.

—Ahora no, cabrón —siseó entre dientes, apretando con fuerza el percusor una vez más, rezando por que su arma no se hubiese encasquillado.

La confusión dominó su expresión durante unos instantes antes de que sus ojos se topasen con los de Maceo, que ya blandía el machete sobre su cabeza y lo descargaba con un cruel movimiento hasta partir el rostro y el pecho del general Carlos Bermúdez.

Pocos minutos pasaban desde el inicio de la batalla cuando el ejército cubano se daba por vencedor y los españoles, dejando a los muertos en el campo consumirse en las llamas, se escapaban en una nueva retirada. Al resguardo de un platanero cercano a las inmediaciones de la refriega, atravesado esporádicamente por los soldados desperdigados que huían en un intento desesperado por salvar sus vidas, se agazapaban dos soldados españoles y un herido que se habían resistido a abandonar.

—Vaya a buscar a un galeno, Marcial —dijo uno de los soldados, un sargento primerizo con un acento canario que bien se podría confundir con el de la isla.

—¿Y de dónde quiere que saque a un médico en este berenjenal, Cañizares? Aquí ha salido por patas hasta el menos *espabilao*.

El sargento lo miró desesperanzado y luego buscó a su alrededor una solución que se resistía a llegar.

—Pues echa mano a tu botiquín y vamos a rezar por que suceda un milagro. No voy a permitir que el general se nos muera aquí.

Las telas que cubrían la cara y el torso de Carlos Bermúdez se ahogaban en sangre. Su rostro deshecho se veía tan pálido que solo podían intuir que el general estaba vivo por los sonoros estertores que se escapaban de su garganta. Los dos soldados sabían que a su comandante se le escurría la vida por aquellas hendiduras, pero ninguno se había atrevido a pronunciarlo en voz alta.

—Dudo que sobreviva si no encontramos un doctor pronto —expuso Marcial, apesadumbrado.

—Hagamos lo que buenamente podamos. Ahora acércame ese condenado botiquín y mira a ver qué tenemos para cerrarle las heridas y que no se desangre.

Marcial comenzó a rebuscar en el botiquín, si bien halló poco más que apósitos. Lo apartó de un manotazo, desesperado. En esos momentos se abrió el único ojo que le quedaba a Carlos Bermúdez y estudió los semblantes de los dos soldados fieles que tenía frente a él. Quiso sonreír, pero el dolor lacerante que le atravesaba el rostro y el pecho se lo impidió.

—No se preocupe, general. Vamos a sacarle de aquí.

La respuesta de Bermúdez se ciñó a un pestañeo de su ojo, que luego cerró durante unos instantes, y a sus dedos, que, como garras, aferraron la mano del sargento. Transcurrió un largo lapso de tiempo en que el general acopió todas sus fuerzas para abrir el ojo de nuevo. Su mirada se detuvo en el azul del cielo que los velaba y en el verdor

del platanero que los cobijaba. Se forzó por respirar una vez más, por continuar con vida el tiempo suficiente para darle las últimas instrucciones al sargento Cañizares. Buscó la mirada de este y volvió a apretar su mano.

—En mi chaqueta hay una carta… Llévala a mi familia —rezongó con dificultad, como si cada palabra arrancada de sus cuerdas vocales supusiesen un suplicio para él—. Dile a mi Inés que la esperaré con Dios y que no tenga prisa por reunirse conmigo. Y a mi Teresita, que la quiero y que sea feliz.

26

La mirada del sargento Cañizares se iba alternando entre los rostros descompuestos de madre e hija sin saber dónde posar los ojos y así evitar la incomodidad que le suponía tener que estar dándoles la terrible noticia. La sala estaba sumida en la bruma matinal de un día anubarrado y frío de mediados de diciembre que engullía la poca luz que los rodeaba y acentuaba la pesadumbre respirada en el ambiente. Cuando terminó de pronunciar el discurso —cuidadosamente preparado durante el tiempo que le tomó llegar a La Habana—, Cañizares se quedó en silencio, contrariado. De pronto sintió un vacío succionándole las entrañas al percatarse de que era el primero en transmitirles la noticia del deceso del general. Su expresión se cinceló en una extraña mueca y observó a la que había sido la esposa de Carlos Bermúdez. La mujer rompió en una llantina imposible de controlar mientras que la hija permanecía impasible, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Incomodado por verse envuelto en aquella situación, escudó su mirada en la taza que tenía frente a él y comenzó a remover el espeso chocolate. Después, viéndose incapaz de probar la bebida, devolvió la taza a la mesa y colocó las manos sobre sus piernas, aguardando en el silencio entrecortado por los sollozos de la mujer. Sus ojos se paseaban de la hierática hija del general, de mirada ausente, a los muebles de la estancia.

—Lo lamento mucho. Su marido era el mejor de los hombres.

Por respuesta obtuvo otra oleada de lloros. El teniente se retorció en su asiento, pensando en que buena le había caído al aceptar cumplir con los últimos deseos de su general. Tras aguardar unos minutos en silencio y dar el tiempo suficiente para que la mujer hallase la contención necesaria y acallara su aflicción, se aclaró la garganta, dispuesto a anunciar sus intenciones, romper el penoso silencio y dar por cumplido su compromiso con el general.

—Será mejor que me vaya.

—Muchas gracias, sargento —respondió doña Inés con voz intermitente.

—Le agradecemos que se haya tomado la molestia de venir a informarnos —añadió Teresita sin que se le quebrase la voz.

El soldado se levantó de la silla con la intención de marcharse, pero se echó la mano al bolsillo recordando algo y sacó un trozo de papel

manchado y arrugado, y se lo tendió a la muchacha.

—Casi lo olvido. Su padre me pidió que les diera esto.

Teresita aceptó la carta doblada e hizo un gesto de agradecimiento al sargento. Luego la guardó en uno de los bolsillos de su falda.

—Le acompañaré a la salida.

Recorrieron el trayecto hacia el zaguán en silencio. El joven se volvió con la intención de despedirse y se encontró con unos ojos entristecidos que lo estudiaban con detenimiento.

—Sargento, ¿cómo murió mi padre?

El joven la miró contrariado porque no se esperaba esa pregunta. Se mantuvo unos instantes en silencio, buscando las palabras que pudieran ayudar a sanar una herida que, sin duda, la hija del general escondía bajo la aparente pátina de frialdad que mostraba.

—Murió como un héroe en la batalla. —Había hecho esa frase suya, convencido de que traería cierto consuelo a las mujeres que el general dejaba atrás.

Teresita lo escudriñó.

—Sabe que no es eso a lo que me refiero. ¿Qué es lo que pasó?

El soldado dudó unos instantes.

—No creo que deba…

Ella extendió la mano para tomar la suya y la apretó con fuerza.

—Necesito saber qué pasó o la muerte de mi padre me atormentará el resto de mi vida. ¿Cómo fue? ¿Sufrió?

El sargento Cañizares resopló, dándose por vencido ante la petición de la joven, y comenzó a relatarle lo sucedido en la batalla, las horas previas a ella y cómo el general había liderado a sus hombres desde la primera línea de fuego.

—Tuvo la actitud de un héroe. En la segunda carga, la de la vanguardia dirigida por Maceo, su padre se negó a moverse, aguardando el momento justo para arrebatarle la vida a ese bandido y poner fin a la guerra. Sin embargo, quiso el destino que su fusil se encasquillara, y, cuando pudo reaccionar…, fue demasiado tarde. Lo sacamos de allí entre otro soldado y yo, pero estaba malherido y no pudimos hacer nada para salvar su vida. Lo lamento mucho, señorita Bermúdez.

Ella sonrió, su labio inferior temblaba por la emoción y la pena. Volvió a tomar la mano del soldado entre las suyas.

—Muchas gracias, sargento Cañizares.

Después se despidieron, y Teresita lo vio alejarse derrotado por el empedrado húmedo y gris de la calle. Antes de regresar a la sala, leyó las últimas palabras que les dedicaba su padre con la emoción agarrada a la garganta y el corazón encogido. Notó las lágrimas escurriéndose por sus mejillas y con un pañuelo que sacó del bolsillo, se las secó y se sonó la nariz. No quería mostrar ninguna flaqueza

frente a su madre, porque sabía que si se desmoronaba ante ella, nunca se recuperaría de ese varapalo. A diferencia de muchas mujeres que se casaban por conveniencia, el amor entre sus progenitores había sido genuino, e Inés había seguido a su marido allá donde había ido porque la sola idea de estar separada de él le resultaba impensable.

Teresita entró en la habitación y halló a su madre mirando la nada a través de la ventana. Tenía los dedos entrelazados sobre el regazo y una actitud serena que dolía, porque Teresita sabía que las tribulaciones iban por dentro. Se acercó sin decir nada, apoyando las manos sobre uno de sus hombros.

—¿Cómo voy a vivir yo sin él?

La joven se agachó frente a Inés y la rodeó con los brazos en un intento de consolar el vacío de sus entrañas.

—¿Qué va a ser ahora de nosotras, hija mía?

Teresita la contempló, comprendiendo en ese instante que no solo había perdido a su padre, sino su futuro. Su situación pasaba a verse ensombrecida por una repentina precariedad. Quedaba en sus manos encontrar la solución que les permitiera mantener su posición en la sociedad.

—No se preocupe por nada, madre. Que yo daré con la forma de solventarlo todo.

Su mente se puso a maquinar la manera de verse libres del peso que se les venía encima, y para cuando llegó el día del funeral de su padre, Teresita había concebido la forma de poner fin a sus problemas, que no era otra que casándose con Federico.

El día del entierro, las más hidalgas familias de la isla se acercaron a la casa de los Bermúdez a presentar sus respetos a la viuda y la hija del difunto. Se congregaron los más variopintos personajes en los corredores y habitaciones de la casa. Como todo lo que sucedía en La Habana, cualquier ocasión estaba expuesta a convertirse en una celebración, y el funeral de un valeroso general no iba a ser menos.

Mientras tanto, en una de las salas Macarena acompañaba a doña Inés y a Teresita saludando a los invitados hasta que no hubo nadie más al que dar la bienvenida. Ese instante fue el que la joven madrileña aprovechó para salir de la estancia y dejar a su madre con su amiga. Necesitaba un momento de paz después de la marejada de pésames recibidos. Deseaba evadirse en la calidez de Federico, que no andaría muy lejos. En los últimos días se había convertido en un gran apoyo emocional para ella y su madre, mostrándose más atento que nunca, ocupándose de muchos de los menesteres más dolorosos. Las había acompañado a cada hora, encargándose de que no les faltase nada, y, a pesar de las tristes circunstancias, Teresita estaba convencida de que no tardaría mucho en pedirle matrimonio. Antes de ir a buscarlo, se dirigió al balcón para despejarse con el aire fresco y

se mantuvo allí observando la bruma de la tarde nublando el ocaso del cielo. Los recuerdos de su padre se agolparon en su cabeza, y sintió una leve humedad en la comisura de sus ojos. Pensó que hubiese estado satisfecho de la cantidad de gente que había ido a mostrar sus respetos. Fuera, en la ciudad, la noche se presentaba tranquila y fresca en comparación con el murmullo de voces que se escapaba desde el interior de la casa. Teresita suspiró acodada en la barandilla. Una brisa helada sopló contra su piel, y sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Ah, querida… La había estado buscando.

La joven se volvió intrigada y descubrió a la marquesa du Conti frente a ella, por lo que se apresuró a recuperar la compostura.

—Doña Carlota…

A pesar de que había coincidido en ciertas ocasiones con la renombrada aristócrata, era la primera vez que la marquesa se dirigía a ella personalmente, e intuyó que, de alguna manera, se debía al hecho de que su padre hubiese muerto en batalla.

—¿En qué puedo ayudarla?

Doña Carlota sonrió, esforzándose por aparentar simpatía hacia la joven.

—Creo, querida, que sería más bien al contrario: ¿cómo puedo ayudarla yo? He de suponer que su situación no ha de haberse visto muy favorecida tras la trágica muerte de su padre, y me dolería terriblemente verlas partir o algo peor… Quiero que sepa que me encuentro a su disposición para cualquier cosa, cualquiera…

—No sabe cuánto se lo agradezco, doña Carlota. Pero quiero creer que sabremos salir adelante. No es que nos falten el apoyo y la simpatía de nuestros amigos.

—Sí. He visto que su padre era muy apreciado en la isla. Son afortunadas. Pero recuerde, querida, que la mayoría de estas personas se olvidarán de su existencia una vez salgan por la puerta. La *société* habanera suele ser despiadada.

—Supongo que tiene razón. Sin embargo, también tengo buenos amigos que no se han separado de mí desde que esta tragedia ha sacudido mi vida.

—¿Por amigos se refiere a esos que apoyan a los mismos que han arrancado a su padre de su lado?

Teresita la estudió con expectación, sin saber a quién se refería, y sintió una negra bilis trepándole por la garganta al pensar en esos asesinos.

—Tenga por seguro que en esta casa no es bien recibido nadie que albergue simpatía por esos criminales.

La marquesa no pudo evitar soltar una leve risa.

—Querida, tiene a esos mambises metidos hasta en la alcoba.

Al escuchar esa respuesta, Teresita se sintió aún más contrariada. Estudió con detenimiento el rostro de la aristócrata intentando desentrañar los secretos que albergaban los ojos opacos de la anciana. No estaba segura de qué se trataba con exactitud, pero había algo en su actitud y en su mirada que la hacía desconfiar de sus intenciones.

—¿No cree que si hubiese algún mambí en mi entorno yo estaría al tanto?

La marquesa se jactó de nuevo.

—Están en lo cierto cuando dicen que el amor es ciego…

—Me parece que se equivoca usted —respondió Teresita, ofendida al ver que la mujer difamaba el buen nombre de Federico.

—Hay muchas cosas en la vida que son ciertas, pero que me equivoque en algo que concierne a esta guerra no es una de ellas. Y si me lo permite, le diría que Federico Borrell no es el único que se encuentra entre los simpatizantes del bando insurrecto.

La joven no pudo evitar mostrar un atisbo de sorpresa cuando la marquesa pronunció esas palabras.

—Es más —prosiguió doña Carlota—, le podría decir que también estoy al tanto de que Guillermo y su querida amiga Macarena han encarrilado su mala ventura por medio del comercio de azúcar con el beneplácito de Gómez y Cisneros. A cambio, les llevarán armas desde los Estados Unidos, las mismas armas que han acabado con la vida de su padre. Y la persona en orquestarlo todo ha sido ese americano amigo suyo.

Teresita no cabía en sí de estupor. No daba crédito a las confesiones de la dama.

—Es imposible. Macarena nunca haría algo así.

La aristócrata sonrió con crueldad.

—¿Qué cree que hacía en Matanzas cuando enfermó?

Algo restalló en el interior de la joven, y en su cabeza comenzaron a agolparse los comentarios mordaces de Guillermo sobre los insurgentes que tanto le habían molestado, y su falta de preocupación ante el avance del enemigo… Las palabras de doña Carlota empezaron a hacer mella en la confianza que albergaba la madrileña hacia sus amigos. Analizó a la aristócrata con su semblante altivo y su sonrisa envenenada y no supo qué pensar. Se escucharon unas voces provenientes del interior y la dama se giró hacia ellas, como si estuviese incómoda ante la idea de ser descubierta en ese lugar en compañía de Teresita.

—Será mejor que me marche… —dijo la madrileña.

—¿No se pregunta qué hace su querido Borrell en el Louvre todas las mañanas? Celebra las nuevas del avance mambí. ¿Acaso no está al tanto de que su familia ha invertido una gran parte de su fortuna apoyando la sublevación?

El aguijonazo de desconfianza que recorría las entrañas de Teresita fue mermando para transformarse en una sensación angustiosa, casi de horror, al dejarse engatusar por las palabras de la marquesa.

—Si no me cree, le puedo ofrecer una forma de corroborar lo que le digo.

A esas alturas, Teresita ya había sido embaucada por las explicaciones de doña Carlota, y sentía la necesidad de probar las acusaciones.

—¿De qué se trata?

—Dispongo de cierta información. Si la comparte con ellos, habrá una reacción que confirmará sus sospechas. De no suceder nada, entonces podrá regresar a su vida con tranquilidad.

Teresita asintió con un movimiento de la cabeza y doña Carlota compartió con ella la información prometida. Después la aristócrata se dispuso a marchar.

—Me gustaría decir que estoy equivocada, pero mucho lamento saber de antemano lo que sucederá. Quiero que sepa que, cuando así sea, las puertas de mi casa estarán abiertas para usted y su familia.

Se dirigió al interior de la vivienda y desapareció. Teresita aguardó allí en un intento por recomponerse tras la perturbadora conversación, sintiendo que se agrandaba la desavenencia entre los sentimientos que albergaba por los que había considerado como sus amigos y las confesiones de la aristócrata. Supo entonces que ante esa situación no tenía más remedio que compartir la información que la marquesa du Conti le había dado para comprobar si las acusaciones eran ciertas. Se dirigió de nuevo a la sala donde aguardaban su madre y Macarena, y se sentó en una silla frente a su amiga.

—Tienes mala cara. ¿Te encuentras bien? —quiso saber Macarena.

—Sí, no es nada.

Por más que se esforzaba por verla como la persona que conocía, le resultaba imposible despejar la sombra de la duda, y se convencía de que la única manera de averiguar la verdad era siguiendo el plan de la marquesa, aunque temía que al hacerlo descubriese una realidad demasiado dura de soportar. No estaba dispuesta a dejar marchar de un manotazo a Federico ni a Macarena, ni siquiera a Guillermo.

—De verdad que tienes mala cara, Teresita.

La madrileña clavó sus ojos negros en los de su amiga, buscando el valor para pronunciar las siguientes palabras.

—He escuchado algo y no sé si creerlo…

Tanto Macarena como doña Inés prestaron atención. Después Teresita volvió a mirar a su amiga y dudó unos instantes más. Pero vaciló, reprendiéndose por confiar más en una desconocida que en Macarena, que siempre había estado a su lado y que nunca sería capaz de hacer algo así. En esos pensamientos estaba cuando la puerta se

abrió y entró Federico, que había aguardado por un momento de paz para poder regresar junto a la joven. Fue doña Inés quien lo recibió con una sonrisa y se levantó de la silla para darle la bienvenida. Le tomó con cariño una de sus manos y la palmeó con levedad.

—Qué bien que hayas llegado, Federico.

Él sonrió con afecto. Después dirigió la mirada hacia su amada y se percató de su expresión circunspecta. Frunció el ceño preocupado y se reprendió por no haber ido antes a comprobar cómo se hallaba.

—¿Te encuentras bien, Teresa?

Ella lo observó de refilón, intentando evitar su mirada garza. Asintió con un monosílabo y llevó la vista hacia la ventana. El día comenzaba a oscurecer con unos nubarrones lejanos y las últimas puntadas de luz difuminaban el velo nocturno.

—Teresita ha escuchado un rumor y estaba por contárnoslo…

Pero con la presencia del joven la voluntad de la madrileña se había empequeñecido, y empezó a creer que la marquesa debía de estar confundida o tal vez chalada. Eran bien sabidos sus excentricidades y sus romances con jovencitos mulatos de su servicio, a los que los agasajaba con regalos que costaban grandes fortunas.

—No es nada… —dijo la madrileña, un tanto abochornada por haberse dejado embaucar.

—¿De qué se trata, hija mía? —insistió doña Inés con curiosidad.

La joven desvió entonces los ojos al rostro apagado de su madre. Parecía haberse consumido de repente, como si se le hubieran echado encima veinte años de un golpe, y sus pensamientos se dirigieron a su padre, que ya no estaba porque se lo había arrebatado esa condenada guerra. Y sin quererlo, las palabras comenzaron a fluir por sus labios.

—Andaba en la terraza cuando he escuchado una conversación de refilón. Se trataba de la marquesa du Conti. Hablaba con otra persona a la que no he sabido reconocer, aunque era un militar. Le contaba que Martínez-Campos está aguardando a que llegue el envío de más tropas. Por lo que comentaban, serían cerca de cincuenta mil. Están preparando una ofensiva para retomar de nuevo la isla.

Los presentes se quedaron en silencio durante unos instantes. Macarena evitó mirar a Federico en aquel momento, consciente de que sus ojos delatarían su repentina preocupación.

—¡Ay, hija! Pero eso no son noticias para estar con esa cara. Ojalá apresen a esos miserables y los cuelguen a todos de un pino.

La mirada se le humedeció a la madre y sacó un pañuelo para secarse las lágrimas, que esos días tenían voluntad propia. La madrileña posó los ojos entonces en su amiga, estudiando su reacción. Se mostraba un tanto inquieta por la confesión, y aguardó a escuchar su opinión al respecto.

—¿Estás segura de que se trataba de doña Carlota?

Teresita asintió, y Macarena se incomodó un poco más.

—No podría estar más segura… —apuntilló la madrileña al tiempo que las sospechas arreciaban en ella.

—Entonces espero que sea señal de que la guerra acaba pronto y que apresan a los responsables de la muerte de tu padre.

A pesar de las palabras de Macarena, a Teresita el recelo no le permitía creerla, y se levantó de la silla para echar una mirada a la calle concurrida. Las voces se colaban por las rendijas de las contraventanas cerradas. En algún rincón de la ciudad un campanario marcó la hora de la cena.

—Será mejor que me marche —dijo Macarena.

Teresita se giró hacia ella y la estudió con la mirada, preguntándose si esa era la reacción de la que la marquesa le había hablado. Supuso que querría marcharse para informar a Guillermo, que no mostró la decencia de dejarse ver ese día para compartir su duelo.

—Hija, ¿por qué no te quedas a cenar con nosotras? Tú también, Federico. La casa se siente tan vacía desde que sé que Carlos no va a volver…

Macarena no se pudo resistir a esas palabras y aceptó. Federico sonrió complaciente, dispuesto a no contradecir a la que ya consideraba como su suegra. Y pasaron al salón, donde el servicio comenzaba a servir la comida. Después del frugal sustento, Macarena y Federico se excusaron, y no tardaron en marcharse. Una vez fuera, él se ofreció a acompañarla al quitrín, y Macarena aprovechó para tantear sus pensamientos respecto a la información que su amiga había compartido con ellos. En cualquier otra situación, habría aguardado a estar en casa para informar a Guillermo, pero desde la confrontación que habían tenido días atrás, él la había evitado hasta el punto de no aparecer por casa durante varios días seguidos, lo que devolvía a la memoria de la joven los recuerdos de las primeras jornadas que convivieron juntos.

—¿Crees que la marquesa estaba diciendo la verdad?

Él se encogió de hombros ligeramente.

—No entiendo por qué debería mentir.

La brisa soplaba con olor a sal y tormenta, y el cielo empezaba a ennegrecerse en la lejanía, tapando cualquier resquicio de estrellas. Las calles tenebrosas serpenteaban en diferentes direcciones, y, de tanto en cuanto, les llegaban los ecos de los carros rodando por las inmediaciones. Macarena meditó durante unos instantes sobre qué hacer.

—Debes buscar a Guillermo y contárselo. Yo misma lo haría, pero no estoy segura de cuándo lo volveré a ver. —La joven evitó posar la mirada en Federico al pronunciar esas palabras, consciente de que

habría informado a Guillermo sobre el incidente de la embajada—. Estoy segura de que tú lo verás antes.

Él asintió, comprensivo.

—Guillermo tiene un pronto muy fuerte, pero se le acabará pasando. En realidad te aprecia más de lo que se permite mostrar.

Macarena sonrió sin creer sus palabras por completo, después se subió al quitrín con ayuda de Federico y, tras una breve despedida, Damián espoleó al caballo, poniendo rumbo a la calle Egido.

Federico observó cómo se alejaban y no perdió tiempo en marcharse él mismo, mandando a su cochero dirigirse en dirección a la calle de la Bomba, seguro de que era allí donde Guillermo se habría dejado enredar. Entre todos los burdeles de la afamada calle había uno que era el predilecto de los criollos de la ciudad, regentado por una liberta cincuentona que había invertido los ahorros de una vida —dedicada a las artes amatorias— para hacerse con una casa de huéspedes donde se alquilaban las habitaciones y a las mujeres por horas. Aunque algo deslucido por fuera, el interior del edificio exhibía toda clase de comodidades y los lujos más refinados, solo al alcance de unos pocos afortunados, al igual que sus chicas, que eran la envidia del resto de burdeles de la ciudad.

El caballo se detuvo frente a la puerta y Federico entró en el cálido ambiente de aromas exóticos y música dulzona. Fue recibido con honores por Consuelo, la *madame* del local, quien, a pesar de los años, guardaba todavía resquicios de su antigua belleza y la misma labia con la que engatusaba a los criollos más adinerados de la isla en sus tiempos mozos, además de una férrea devoción por Yemayá y por sus cigarros, los cuales nunca se despegaban de sus labios.

—Don Federico, cómo me alegra verle de nuevo. Hacía tanto tiempo que no me visitaba que pensaba que se había ido a la competencia…

Federico sonrió.

—Me temo que es mucho peor, Consuelo. Desde hace unos meses soy hombre de una sola mujer.

Ella soltó una sonora carcajada que se deshizo en el son de la música que tocaban unos mulatos desde el rincón más alejado de la sala.

—Todos dicen lo mismo hasta que se les pasa el encaprichamiento. Luego regresan *desesperaícos* por los abrazos de mis muchachas. —Se llevó el cigarro a la boca—. Entonces, si no ha venido a ver a mis chicas, lo habrá hecho en busca de él. —Señaló con un golpe del mentón en dirección a una mesa del salón donde se encontraba Guillermo con una mano de cartas ganadora y un par de muchachas a cada lado.

Federico se dirigió en busca de su amigo y se puso frente a él. Una

de las mulatas descansaba en una de sus piernas y la otra se apoyaba en el respaldo de la silla y le enredaba los dedos en el cabello con una sensualidad provocadora.

—No has venido al funeral.

Guillermo lo observó sin mediar palabra y volvió al juego.

—Estás ebrio —le reprochó Federico.

—Entre otras cosas —sonrió, y besó el busto carnoso de la joven sobre sus rodillas. La muchacha soltó una suave carcajada mientras Federico le reprendía con la mirada. Guillermo se percató del gesto de su amigo—. ¿No tienes sentido del humor esta noche? Siéntate y juega una mano…

—Necesitamos hablar.

—¿No puede esperar? Ahora estoy algo ocupado.

—No.

Guillermo le dedicó una mirada contrariada, pero accedió a su petición porque atisbó la urgencia en su semblante. Abandonó las cartas sobre el tapete y se deshizo de las jovencitas, levantándose a trompicones de su asiento.

—No os vayáis muy lejos —balbució.

Los dos amigos se retiraron a una mesa alejada del bullicio del salón, iluminada por una vela y manchada por marcas de bebida derramada. Guillermo se derrumbó en una de las butacas. Tenía un aspecto penoso, despeinado y descamisado. Sus ropas apestaban a humo y de su piel emanaban efluvios de licor y sudor.

—¿Qué diablos estás haciendo, Guillermo?

—Divertirme. ¿Te acuerdas de qué es eso?

Federico lo reprendió con la mirada por su actitud, todavía molesto por que no se hubiese dignado en aparecer por el funeral del padre de Teresa.

—¿Qué te pasa? Entiendo que tus sentimientos por Macarena hayan trastocado tus planes, pero en eso Vanderbilt ha estado más espabilado que tú… Ahora tienes que apechugar y decidir si le confiesas lo que sientes hacia ella o le permites que rehaga su vida con ese gringo. Y, desde luego, encerrado en un burdel, no la vas a conquistar.

Guillermo enseñó una sonrisa torcida. Sirvió una buena copa de licor a su amigo e hizo un gesto con la mano para llamar a las muchachas.

—Ya sabes qué se dice: no hay mal de amores que no quiten el buen ron y la mala mujer.

Le echó una sonrisa soez al tiempo que vaciaba su copa y recibía en su regazo el cuerpo voluptuoso de una de las mujeronas. Sin embargo, Federico no se encontraba con el ánimo de seguirle la juerga y despachó a la muchachita que intentaba engatusarlo.

—No seas aguafiestas, hombre —le reprochó Guillermo.

—Hay algo más…

Guillermo lo estudió con rostro taciturno. Aquella conversación comenzaba a aburrirlo. Pensaba en la mano ganadora que había dejado sobre la mesa.

—¿Qué sucede?

Federico hizo un gesto a la hetaira para que se volviera a marchar y aguardó a que se distanciase antes de hablar. Después le resumió a su amigo lo que Teresita les había confiado.

—¿Estás seguro de que es cierto? —quiso saber Guillermo.

—No veo por qué debería mentir.

Sin embargo, algo le rechinaba a Guillermo en esa historia, y las dudas se acrecentaron en él.

—Esa vieja zorra de doña Carlota es demasiado lista como para que la sorprendan en una conversación así. Si lo ha hecho ha sido porque sabía que Teresita estaba escuchando o bien porque tu novia está ayudando a la marquesa. Y si esto último es cierto, debemos andarnos con ojo, en especial tú… Y ahora, amigo mío, si no tienes inconveniente, me marcho a seguir con mi partida…

27

El año comenzó con el ejército rebelde entrando en la provincia de La Habana. Los ánimos de los habitantes de la ciudad se vieron alterados debido a la incertidumbre que se vivía por el temor a que los mambises llegasen a la capital. De ser tomada, la isla caería irremediablemente bajo el dominio de la insurgencia, y la guerra podría darse por perdida. La tensión se inflamaba por la división existente entre los que ansiaban que eso sucediese y los que aguardaban a que Martínez-Campos saliese al encuentro de los ejércitos sublevados. Mientras, los habaneros se preparaban para una posible invasión, haciendo acopio de víveres y de armas. El revuelo de la guerra acallaba el resto de rumores, los sentimientos se hallaban a flor de piel y cualquiera parecía susceptible de ser acusado de apoyar a cubanos o a españoles, lo que acrecentaba la desconfianza entre los que hasta entonces habían convivido en paz.

Ese ambiente caldeado fue con el que se topó James Vanderbilt cuando pisó La Habana después de pocas semanas desde su partida. El cálido aire del mediodía le dio la bienvenida con el aroma dulzón tan característico que se respiraba en la isla. A pesar de la atmósfera que ensombrecía la capital, se sentía liviano de saberse por fin en aquel lugar, pues se tuvo que marchar a desgana. Durante su ausencia, lo único que ansiaba era reencontrarse con Macarena. Sus pensamientos solo habían vagado en torno a ella. La urgencia por verla era tal que estuvo a punto de presentarse en la casa de la calle Egido sin invitación, pero en el último momento optó por mandar una nota informándola de su reciente llegada a la isla. Una vez en el hotel, se encargó de hacerle saber que ya estaba de vuelta y aprovechó para ir al Louvre y ponerse al día con las últimas novedades sobre la guerra.

Entre tanto, Teresita se acercó a visitar a Macarena. Aunque la sombra de la duda había anidado en ella durante unos días, la reacción prometida por la marquesa no ocurrió, y la madrileña aparcó aquel evento en un rincón de su memoria, achacándolo a la excéntrica personalidad de la aristócrata. Mariana anunció la visita y Macarena se atusó la falda antes de ir a recibirla. Teresita entró en la sala. El negro que vestía acentuaba la palidez de su rostro y el cansancio que le robaba la vivacidad de su semblante. Se acomodaron en un sofá y Macarena se dispuso a escuchar el relato de Teresita, que hablaba con

voz apagada.

—Todavía me parece inconcebible que Martínez-Campos se vaya a marchar y no se haya dignado a resolver nuestra situación.

Dependía del capitán general el saber si podrían quedarse en la isla o deberían partir, y si se les concedía la pensión de viudedad que doña Inés había solicitado. Aquel contratiempo retrasaría cualquier decisión y aumentaba la zozobra que viuda e hija sentían en esos instantes. A pesar de la injusta situación, Macarena comprendía que en medio de una guerra que iban perdiendo, la última de las preocupaciones del gobernador de la isla debía de ser la de ocuparse de la situación de una viuda y su hija.

—¿Estás segura de que se va a marchar?

Teresita asintió a modo de respuesta.

—No creo que en estos momentos otro cambio sea bueno. Dará una ventaja a los insurgentes que sabrán aprovechar. Más cuando están a las puertas de La Habana…

El anhelo de Macarena se centraba en que la guerra concluyera cuanto antes, pero a pesar de los enredos en los que se había visto envuelta, no deseaba que Cuba lograse la independencia de España.

—Ellos sabrán… Al parecer, el presidente Cánovas ha encomendado a Weyler la tarea de recuperar la isla —afirmó la madrileña.

Macarena recordó entonces el temible nombre que su amiga acababa de pronunciar, reviviendo las palabras que le había confiado meses atrás. Un hombre con mano dura, la suficiente como para imponer las medidas necesarias y detener la guerra, es decir, lo que Martínez-Campos no se atrevió a llevar a cabo.

—Pero eso es horrible, Teresita.

Su amiga la observó ofendida. Su tono traslucía la tensión.

—¿Y por qué?

—Porque no hace mucho me dijiste que, si Weyler venía, nada bueno traería. Que impondría la reconcentración de las gentes y que eso significaría la ruina de muchas de las personas más humildes de esta isla, que miles de ellas perecerían de hambre.

—Ellos se lo han buscado.

Macarena le echó una mirada cargada de reproche.

—Ya me dirás qué crimen ha cometido esa pobre gente.

—Apoyar a los sublevados, alimentarlos, esconderlos, informarlos… Son tan cómplices como los propios mambises de las muertes de miles de soldados españoles. De la muerte de mi padre.

La voz de Teresita sonó envenenada por el odio, y sus ojos no mostraron un ápice de misericordia.

—Entiendo tu dolor, pero ellos no son culpables de la muerte de tu padre, Teresa. Y deberías tenerlo en cuenta antes de desear el mal a

tanta gente.

Un silencio las envolvió. Enredadas en sus propias reflexiones, comenzaban a marcar entre ellas una distancia tangible. Aunque Macarena comprendía el sufrimiento de su amiga, no podía alegrarse de que por ello pagasen todos los habitantes de la isla. Y sabía que no debía guardarse la información que había compartido con ella, por mucho que le doliera sentir que la estaba traicionando. Supo que debía buscar a Guillermo cuanto antes, porque si el ejército de Gómez se encontraba a las puertas de La Habana, él sabría qué hacer con esas novedades.

Los rayos de sol rompieron el aire al colarse a través de las cristaleras, y los trinos alocados de una bandada de cotorras cruzando el cielo se quedaron prendidos de las paredes de la sala. Ninguna de las dos parecía tener nada más que decir, y eran conscientes de ese hecho. La madrileña fue la primera en romper el silencio con el repiqueteo de sus tacones contra el suelo y el crujido de su vestido de *chintz* al levantarse de su asiento.

—Será mejor que me vaya.

Macarena la miró durante unos segundos antes de asentir. Deseaba decir algo que pudiese consolar la pena que Teresita sentía en esos momentos y arrancase de cuajo ese odio enquistado en su corazón, pero no sabía las palabras necesarias. Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos, porque sabía que estaba a punto de traicionar su confianza. Pero eso era algo con lo que tendría que vivir si evitaba cientos de muertes. Instantes después de que su amiga se marchase, bajó las escaleras y cruzó el patio dispuesta a poner rumbo al café del Louvre. Mariana salió a su encuentro con una nota para ella.

—Llegó cuando la señorita Teresa estaba con usted, pero creí conveniente no interrumpirlas.

—Has hecho bien, Mariana.

Macarena cogió el papel, cuidadosamente doblado, y observó el remitente. De inmediato, sintió un pellizco en el estómago al leer aquel nombre garabateado con elegancia. Mientras preparaban el quitrín, Macarena se sentó en uno de los butacones de mimbre del patio y leyó el mensaje. Su antiguo socio se hallaba en la isla y quería verla. Sintió un leve cosquilleo recorriéndole la espalda y anidando en su nuca, porque durante las semanas que había estado ausente, los pensamientos que giraban en torno a Vanderbilt habían ido ahondando en ella, pero en esos instantes tenía cosas más urgentes que hacer. Todo lo concerniente a James debía aguardar.

Partieron Damián y ella hacia el Louvre, porque estaba convencida de que Guillermo estaría allí a esas horas. No tardaron en enfilar el paseo del Prado. El calesero detuvo el quitrín cuando llegaron a la esquina con San Rafael y saltó al suelo con agilidad para ayudar a

descender a Macarena.

—Haz el favor de esperarme, Damián. No tardaré mucho.

El joven asintió con la mirada ensombrecida. Hubiera dado cualquier cosa por acompañar a Macarena al interior y enterarse de lo que se rumoreaba entre esas paredes, pero a pesar de haber vivido con ella y Guillermo diferentes periplos, en La Habana solo lo consideraban un simple calesero, y eso le agriaba la sangre. Estaba convencido de que, con la victoria de la insurgencia, nacerían nuevos tiempos para todos los negros de la isla. Observó cómo Macarena cruzaba las puertas del café entre miradas de admiración y después se perdía en el interior.

Había tantas personas que costaba moverse a través de la marea de cuerpos y el griterío reinante. A pesar de su menudo tamaño, el volumen de sus faldas le impedía avanzar con agilidad. Los cuerpos la engullían hasta encerrarla, y se vio obligada a empujarlos para abrirse paso. La mezcla de perfume, tabaco y sudor hacía irrespirable la atmósfera de la sala, y el corsé la oprimía tanto que por un instante creyó que se desvanecería. Las conversaciones se elevaban por los muros, algunos hombres alzaban las voces, discutían y se increpaban. Percibió la tensión desatada por la cercanía del ejército insurgente. Se vio tentada de salir en busca de Damián para pedirle ayuda, pero al mirar hacia atrás, el pasillo que había utilizado para llegar había sido tragado por la marabunta de personas aglomeradas en el salón, y supo que solo podía seguir avanzando sin dejarse amedrentar por unos pocos habaneros exaltados. Continuó recorriendo la sala, deteniéndose cada instante porque alguien pisaba su falda o una espalda se interponía en su camino. Estaba decidida a localizar a Guillermo, y, sin embargo, fue una mano quien la encontró a ella. Al girarse vio el rostro de Federico, que no escondía su sorpresa al verla zozobrando entre la multitud.

—¿Qué haces aquí, Macarena?

Ella sonrió aliviada, porque por un instante había creído que se quedaría atrapada en el enjambre de torsos que ocupaban la sala. Se vio forzada a alzar la voz para hacerse escuchar entre el barullo.

—Tengo que ver a Guillermo.

Federico la tomó del brazo y comenzó a guiarla a través de la masa de gente, abriéndose espacio a empellones y codazos, al grito de «*¡Abran paso!*». No tardaron en llegar a una mesa donde varios caballeros discutían acaloradamente con Guillermo. Al ver que se les aproximaba una mujer, sus ánimos parecieron calmarse, y Guillermo no tardó en despedirse de ellos. El joven no dijo una palabra, y condujo a Macarena escaleras arriba, donde el ambiente era más sosegado, porque todos los presentes querían formar parte de la bullanga que se cocía en la planta inferior. Por las mesas se

desperdigaban algunos corrillos de hombres que echaron miradas de reproche a Macarena a su paso, pues no consideraban que aquel fuera un lugar decente para una dama. Al fondo de la sala había una mesa, en un rincón, pegada a la ventana, que en ese momento estaba desocupada, y se dirigieron hacia allí. Tras sentarse, Guillermo estudió a la joven durante unos instantes antes de hablar. Hacía días que la evitaba, y no sabía cómo romper el hielo. No obstante, Macarena se le adelantó.

—Tengo algo que contarte.

Él continuó analizándola en silencio, percibiendo los cambios exiguos en el tono de su voz, en la expresión de su ceño, en el frunce de sus labios. Se percató de que Macarena esperaba una reacción.

—¿Qué sucede?

Ella observó su alrededor, asegurándose de que ningún oído ajeno se empapase en su conversación. Habló en susurros.

—Se trata de una información importante sobre Martínez-Campos. Al parecer, Cánovas por fin ha aceptado su dimisión y se marcha de Cuba.

Guillermo no pudo evitar mostrar una sonrisa en sus labios, que fue ensanchándose a medida que su mente tomaba conciencia de las consecuencias de esa acción, puesto que dejaba la isla a merced de Gómez y Maceo. Macarena le concedió unos segundos antes de seguir hablando. El sol comenzaba a marcar su camino hacia el final del día y la brisa salada se colaba por la ventana, mezclándose con el humo de los cigarros. De no haber sido por el barullo ensordecedor, estaba convencida de que se habría podido escuchar el oleaje de la costa.

—Según me ha contado Teresita, en su puesto mandarán a Weyler, que todavía tardará unas semanas en venir.

El resquicio de sonrisa que aún se trazaba en los labios de Guillermo se borró, y clavó sus ojos en ella como si le hubiese asestado un golpe en la boca del estómago.

—¿Estás segura de eso?

Macarena asintió.

—Lo ha escuchado esta mañana del propio Martínez-Campos. Si Weyler llega a la isla y la guerra no está ganada, esta se recrudecerá e impondrá la reconcentración de la mayoría de la población. Será un desastre, Guillermo.

Él asintió y dio por veraz la información, porque desde la noche anterior se rumoreaba lo mismo por algunos círculos.

—Mucho me temo que el tiempo corre en nuestra contra… —dijo en referencia del bando mambí—. Si no nos hemos hecho con toda la isla ni hemos vencido al enemigo para cuando el nuevo capitán general venga, a Cuba le aguardan tiempos oscuros.

Ninguno de los dos se atrevió a pronunciar una sola palabra

después de aquello. Fue Guillermo quien finalmente expuso sus pensamientos.

—De llegar Weyler a la isla, sería un buen momento para que te planteases regresar a España.

Ella fijó su mirada en la de él, dolida porque Guillermo pronunciase esas palabras con tanto desapego. Sin embargo, evitó que sus emociones trasluciesen en la expresión de su rostro.

—No deberías perder el tiempo. Hay que contarle estas noticias a Maceo.

Él asintió.

—Partiré de inmediato.

—¡No pensarás ir tú mismo! —le soltó consternada.

—Si la información proviene de mí, no la cuestionarán. Al menos Maceo.

—Lo entiendo, pero es demasiado peligroso. El ejército español está alertado, y no te será tan fácil escabullirte hasta allí. Y si te apresan… —Macarena se detuvo. Sintió un escalofrío recorriéndole la espalda al recordar lo cerca que habían estado de ser fusilados—. No vayas, por favor. Se están matando a tiros a las puertas de La Habana. Es demasiado arriesgado. Manda a otra persona en tu lugar…

—Estaré a salvo. Aquí mi nombre es bien conocido, y se lo pensarán dos veces antes de ponerme un dedo encima.

Guillermo se atrevió a colocar una mano sobre la de ella para dar más credibilidad a sus palabras. Macarena buscó su mirada a pesar de que tenía en los ojos el brillo que precede el llanto.

—Prométemelo. Porque si algo te pasase… —Se detuvo.

La reacción no le pasó desapercibida a Guillermo, que de pronto se vio sorprendido por el torrente de emociones que los había invadido, y, recordando el consejo de su amigo Federico, se armó de valor para confesarle lo que tan bien había sabido esconder en los últimos meses.

—Macarena, hay algo que debo decirte…

Pero antes de poder concluir, se interrumpió y desvió la mirada hacia una presencia que los acechaba. Al advertir de quién se trataba, su rostro se volvió opaco y su expresión taciturna. Antes de que ella pudiese reaccionar, Guillermo ya se levantaba de la mesa, despidiéndose precipitadamente.

—Es mejor que parta sin perder tiempo —dijo a modo de despedida.

Ella, que no se había percatado de que alguien se acercaba, no comprendió su reacción y quiso protestar, pero era demasiado tarde. Guillermo se alejaba a grandes zancadas después de saludar a Vanderbilt con un gesto frío. Al descubrir que el americano estaba allí, la andaluza sintió una oleada de calor subiéndole por el cuello en dirección a sus mejillas y un fuerte pellizco en el estómago que se

desparramó por sus entrañas con un intenso cosquilleo. Se apresuró a levantarse, alisándose con delicadeza las arrugas de su vestido.

—James, qué sorpresa verte por aquí.

—Llegué esta mañana. —El americano la observó con detenimiento, intentando reconocer cualquier nuevo cambio que se hubiese marcado en su rostro en los días que había estado separado de ella—. Envié un mensaje a tu casa…

—Sí, lo recibí. Pero debía pasar antes por aquí, tenía noticias importantes… —Macarena no terminó su frase: no quería hablar de política ni de guerra—. Me alegro de verte.

Él sonrió como si se le hubiese escurrido un peso de encima.

—Yo también.

Macarena quiso poder quedarse, pero ese día el Louvre no era lugar apropiado para una mujer, y sintió que debía marcharse a desgana. Él se ofreció a acompañarla al quitrín, y una vez en el exterior del café, se aventuró a invitarla a extender la velada.

—Estaba pensando en cenar en el Noble Habana. —Era uno de los restaurantes más selectos de la capital—. Tal vez te gustaría acompañarme.

—Me encantaría.

Los dos montaron en el quitrín y poco después entraban en el local, donde cenaban los más distinguidos comensales de la ciudad. El *maître* saludó con cordialidad a los recién llegados y los acompañó hasta una de las mesas.

—¿Lo de siempre, *mister* Vanderbilt?

Poco después, un camarero llevó una botella de *champagne,* la descorchó y llenó sus copas. Le siguió una ensalada de camarones y un guiso de langosta y ostras frescas, acompañado por buñuelos de yuca, boniatos y plátanos fritos. La conversación fue relajándose a medida que el espumoso ejercía su influencia sobre ellos, y Macarena se fue desprendiendo de la preocupación que la había acechado desde que Guillermo se había marchado en busca de Gómez y Maceo. Cuando quisieron darse cuenta, eran los últimos comensales en el salón.

—Creo que deberíamos marcharnos —sugirió ella.

Al incorporarse del asiento, se percató de que estaba más embriagada de lo que pensaba. James pareció percatarse y le ofreció su brazo sin poder ocultar una sonrisa. Al salir al exterior, la brisa mitigó la sensación de mareo. La calle se encontraba vacía a excepción de algún carruaje esporádico recorriendo el paseo en la lejanía.

—Hace una noche estupenda. ¿Sería muy imprudente aventurarnos a caminar por la ciudad? —sugirió el americano.

A pesar de los prejuicios existentes en la isla sobre la clase pudiente desplazándose a pie, Macarena aceptó, encantada de poder alargar la velada.

—Damián, no hace falta que nos esperes. Iremos andando.

El calesero la miró contrariado y estuvo a punto de protestar, porque si alguien los veía caminando por la calle, se armaría un revuelo.

—No te preocupes, Damián.

El cochero asintió y, tras subirse a lomos de la montura, se adentró en la oscuridad. Macarena y James comenzaron a andar por las calles viejas de La Habana. La brisa fresca traía aromas de mar y buganvillas húmedas, y la luna iluminaba los pasos que retumbaban contra los adoquines. Las mismas calles que por el día rebosaban de vida y color en esos momentos se veían teñidas de una densa penumbra solamente rota por la suave luz de las rayas de las farolas que de tanto en tanto iluminaban la calle. Permitieron que fuesen las calles las que guiaran su rumbo y, sumergidos en la conversación, pronto se percataron de que habían extraviado su camino en la oscuridad. Al amparo de las sombras, James se detuvo y se atrevió a robar un beso de los labios de Macarena. Ella respondió impetuosa, dejándose llevar por la sensación de calor que crepitaba en su cuerpo.

—Quiero pasar esta noche contigo —dijo él.

Ella lo miró, sorprendida ante la declaración que James acababa de hacer, y porque en su interior le quemaba un deseo que la empujó a aceptar la propuesta con un nuevo beso. Él sonrió cuando ella asintió con un leve gesto de la cabeza, y no tardaron en dirigir sus pasos hacia el hotel del americano.

El primer soplo del día los sorprendió con los cuerpos enredados entre las sábanas. Apenas habían empezado a despertar sus pieles cuando alguien empezó a llamar a la puerta con machacona insistencia. James se resistió a responder, convencido de que tarde o temprano desistirían, pero se vio obligado a atender la llamada ante la insistencia. Se colocó un batín de seda, salió del dormitorio y recorrió la sala de estar de su opulenta *suite*. Entreabrió la puerta hasta dejar solo una rendija para ver de quién se trataba, y Macarena, desde la cama, intentó percibir algo de la conversación. James tomó un sobre del desconocido y después cerró la puerta. Regresó de nuevo a la alcoba.

—¿Está todo bien? —quiso saber ella.

Él asintió sin convencimiento, y Macarena se percató de que la preocupación ensombrecía su semblante.

—Ha habido un incidente con uno de los barcos…

La joven supo que se refería a los que transportaban las armas desde los Estados Unidos a la isla. Le observó rasgar el sobre sin miramientos y leer el mensaje. Ella aguardó en silencio, estudiando la

expresión cada vez más tensa de su amante. Cuando concluyó la lectura, dobló la hoja con un gesto distraído y se quedó en silencio, con la mirada perdida en dirección a la ventana.

—James… —La voz de Macarena lo forzó a regresar a la habitación—. ¿Qué ha ocurrido?

Él dio unos pasos más en su dirección y se desplomó sobre el borde de la cama.

—Me temo que no son buenas noticias. —Ella se acercó, cubriéndose la desnudez con la sábana—. Uno de los barcos ha sido interceptado por una fragata de guerra española. El cargamento requisado y la tripulación apresada.

Macarena aguardó a que le explicase las consecuencias de aquel incidente, pues no llegaba a comprender la magnitud del problema.

—La situación es grave —afirmó James tras un largo silencio—. Es cuestión de tiempo que la tripulación hable, si no lo ha hecho ya, y que se descubra a quién pertenecen la embarcación y el cargamento.

Macarena comenzó a sentir que la preocupación de James también se le contagiaba.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que marcharme antes de que sea tarde —dijo buscando su mirada—. Deberé aguardar un tiempo en mi país hasta que se aclare todo este embrollo.

Ella aceptó su explicación, pero no pudo esconder la decepción que le despertaron esas palabras.

—¿Cuándo te marcharás?

—Mucho me temo que tendré que partir sin demora. A ser posible, hoy mismo. Como más tardar, mañana.

—Me vale con saber que regresarás.

Él la besó con ternura, resignado a tener que volver a separarse de ella.

—Te pediría que vinieras conmigo, pero el trayecto puede resultar peligroso si hay barcos de guerra españoles patrullando las costas.

Ella negó con la cabeza.

—Mi lugar está aquí.

James debía organizar su viaje de regreso, por lo que se vieron obligados a despedirse. Macarena salió del hotel y consiguió una volanta de alquiler que la llevó a casa. En el camino de regreso las sombras de la preocupación de aquellos eventos empezaron a acecharla, y presintió que esa sería la última vez que vería a James durante mucho tiempo. Cuando atravesó el zaguán de su casa arrastrando aquel sentimiento agorero, se encontró con la expresión de reproche del ama de llaves, que la esperaba con una nota en la mano.

—¿Qué es eso, Mariana?

—La dejó el señorito antes de marcharse —dijo refiriéndose a Guillermo.

Macarena tomó la nota y, después de pedir a Lourdes que le preparase un baño, se retiró a la tranquilidad de su habitación para leerla con calma. En ella, con escasas palabras, Guillermo la informaba de sus intenciones de permanecer en el frente junto a Maceo. La carta se le escurrió sobre el regazo y miró hacia un punto indeterminado de la pared durante un largo rato, consciente de que hasta ese instante su única preocupación había sido conseguir que el imperio que había heredado de su marido se mantuviese a flote el tiempo suficiente para poder venderlo y regresar a España. Sin embargo, a partir de ese momento, se hallaba desprovista de la protección de las dos personas que habían velado por su bienestar en la isla. Y mucho se temía que su futuro se vería ensombrecido por la guerra, que estaba a punto de irrumpir en La Habana.

28

El día que Martínez-Campos abandonaba Cuba fue despedido en el puerto por el séquito que quedaba en la isla. Un silencio sombrío dominaba el ambiente, como un funesto presagio de lo que estaba por acontecer en la colonia. El depuesto capitán general los había informado de que con él se llevaba la bandera de España. Se marchaba con el alma afligida, aunque con la conciencia tranquila al saber que había hecho todo lo posible para terminar la guerra.

En tanto que él se despedía de la isla, Guillermo lograba alertar a Gómez y Maceo sobre la inminente llegada del nuevo general. Ante la gravedad de la situación, se lanzaron en un avance a la desesperada con la intención de ganar la guerra antes de que Weyler arribara. Guillermo acompañó a Maceo en su conquista de Pinar del Río, donde después de arañar varias victorias ocuparon con sus tropas la solitaria Mantua, el rincón más occidental de la isla. No obstante, su último intento por reducir al ejército español y forzar su rendición antes de que el nuevo gobernador pusiera un pie en Cuba fracasó, y tuvieron que hacerse a la idea de que, a partir de entonces, con el nuevo capitán general, habrían de combatir en una guerra muy diferente y debían prepararse para ello.

Valeriano Weyler había sido despedido del puerto de Barcelona entre vítores de miles de personas que lo veían como un salvador. Su recibimiento en la isla fue más austero, pero los partidarios de mantener los lazos con el Gobierno de Ultramar vieron con buenos ojos las rápidas acciones que comenzó a tomar para frenar a las fuerzas sublevadas. Se construyeron nuevas trochas con las que dividir la isla y aislar a los ejércitos cubanos, y duplicó la vigilancia en el mar, cortando el intermitente flujo de armas que llovía desde los Estados Unidos, con lo que ahogó las esperanzas cubanas de recibir el ansiado armamento.

Pocas semanas después no le tembló el pulso al firmar la orden para implantar la temida reconcentración en varias ciudades de Oriente. La medida no tardó en llenar las portadas de los periódicos estadounidenses, otorgando alas a las maliciosas plumas de la prensa sensacionalista impulsada por Pulitzer y Hearst, que relataban la crueldad del sanguinario gobernador que había llegado a la ínsula, criticando tan inhumana medida y clamando por una intervención de

su gobierno. Pero Weyler no se iba a amedrentar por unas cuantas portadas de prensa amarilla. Se había comprometido con el presidente Cánovas a retomar el control de la colonia en menos de dos años, y no estaba dispuesto a faltar a su palabra, aunque para ello tuviera que acabar con el último de los sublevados.

En pocos meses la contienda dio un vuelco imprevisto, y los mambises cada vez se vieron más asfixiados. La moral insurgente se iba agotando a fuerza de penurias, y recibió el golpe de gracia al difundirse la noticia que confirmaba la muerte de José Maceo —hermano del Titán— y al saberse que el mismo Antonio estaba arrinconado en algún punto cercano a la nueva trocha de Mariel. Los habitantes de la isla comenzaron a murmurar que Weyler acabaría por alzarse vencedor, e incluso él mismo se convenció de aquella posibilidad al comprender que la esencia de la victoria de esa guerra se hallaba en el tiempo, algo que a ambos bandos se les agotaba, aunque a diferente compás. Los cubanos empezaban a sentir la dureza de las condiciones impuestas, y no tardaría en llegar el día en que ya no tuvieran armas con las que luchar ni comida con la que alimentarse.

Eliminado José, Weyler había puesto su afán en acabar con Antonio Maceo, confiado en que, si este caía, a la insurgencia no le quedaría arrojo para plantar cara a su ejército. Sin embargo, el Titán de Bronce había logrado esquivar todas sus artimañas, y, a pesar de las privaciones que sufría con sus huestes, y por muy acorralado que se viera, no dejaba de ser temible.

Fue en el mes de octubre cuando la reconcentración se extendió a La Habana, por lo que en cuestión de días sus calles se llenaron de campesinos empobrecidos por la guerra que venían cargados de hambruna. La gente de bien comenzó a sufrir las terribles condiciones de escasez. La ciudad no era capaz de alimentar a toda su población a pesar de que un flujo continuo de barcos entraba en el puerto con mercancías. Cuando los desplazados terminaron con los animales que habían llevado con ellos, ya no hubo nada para comer, y se pusieron a mendigar. Con los cuerpos debilitados, la inanición, el paludismo y la malaria se encargaron del resto. Los cubanos morían a puñados, y los muertos se encontraban tirados en las calles, aguardando a que alguien los recogiera y los echara en una fosa común, donde se iban amontonando. El hedor que despedían los cadáveres cubrió la ciudad con un manto de pestilencia pastosa, y con la época de lluvias la situación se agravó. A medida que los vendavales otoñales arreciaban, los campesinos iban viéndose expuestos a una indefensión completa, abandonados por el Gobierno de la península. Su única esperanza se centraba en sobrevivir de las limosnas de la gente.

Entre toda esa atrocidad, Macarena se esforzó en paliar la situación

de los más desfavorecidos. Insistió en que Aurelia se mudara con ella y destinaron la vieja pensión para la acogida de mujeres y niños. A través de una intrincada red de contrabando organizada por Mariana, lograban hacerse con comida suficiente para alimentarlos a todos. Gastaba los días ayudando a los que llamaban a su puerta buscando avío o asistiendo al doctor Morales en sus asiduas visitas a los más desfavorecidos. Cualquier pretexto era bueno para mantenerse ocupada y no sentir la sombra de su soledad merodeando por la casa. Desde aquella tarde en el Louvre en que Guillermo decidió unirse al ejército mambí, no lo había vuelto a ver, y parecía que el destino se hubiera conjurado para arrebatarle a las personas que más le importaban. Porque dos días más tarde de la marcha de Guillermo, James se vio obligado a huir de la isla debido a una orden de captura por contrabando en la que Macarena intuyó la sombra de la mano de doña Carlota. La situación empeoró aún más cuando Teresita descubrió que Guillermo se había unido a la insurgencia y decidió ir a la casa de su amiga a pedirle explicaciones.

El ama de llaves la anunció y Teresita entró en la sala. Macarena se sorprendió al verla allí y observar la dureza de su semblante. La sonrisa que tenía plantada en el rostro se le borró.

—¿Qué ocurre, Teresita? —Macarena la escrutó con preocupación —. Pasa, siéntate.

—No, no voy a quedarme mucho —respondió su amiga con sequedad.

—¿Qué es lo que sucede?

—He venido porque quería escucharlo de tus labios, a pesar de que ya sé la verdad.

—No entiendo a qué te refieres…

La frialdad de la madrileña caló en el ambiente de la sala.

—Vengo a que me digas que Guillermo se ha unido a la insurgencia con el traidor de Maceo.

Al escuchar esas palabras, Macarena sintió que enmudecía. Poco podía decir que excusara el comportamiento de Guillermo.

—Es verdad.

—¿Y James? —inquirió Teresita—. ¿También es cierto que ha dejado La Habana acusado de armar a la insurgencia?

La andaluza asintió con un movimiento de la cabeza, avergonzada.

—Mírame a los ojos y dime que no lo sabías, Macarena. Que no has sido cómplice de los dos…

La andaluza miró a su amiga sorprendida y clavó su mirada en ella antes de hablar.

—No puedo hacer eso… —admitió.

Teresita la observó con indolencia durante unos instantes, después dio media vuelta y salió de la estancia. De aquello habían pasado

varias semanas, y todos los intentos de arreglar la situación cayeron en saco roto. En los días en que la melancolía le laceraba con pensamientos de soledad, anhelaba tomar un barco de regreso a Sevilla para volver con tía Milagros —a quien la salud comenzaba a fallarle—, pero el horror que se vivía en la capital se lo impedía, porque se sentía responsable del destino de demasiadas personas.

Una mañana de principios de noviembre alguien llamó a la puerta preguntando por la señora de la casa. Una de las doncellas entró en el despacho donde Macarena y Lourdes trabajaban en la contabilidad y la informó de que tenía visitantes. La andaluza dio por sentado que se trataría de alguien que necesitaba ayuda y mandó hacerlos pasar. Para sorpresa de las mujeres, quienes se presentaron frente a ellas fueron dos hombres uniformados y maltrechos. Sus pieles habían adquirido el tono grisáceo que reflejaban las penurias servidas a diario, y sus ojos, una fría determinación carente de escrúpulos. Macarena sabía que las condiciones en las que se veían los miles de soldados arrastrados desde España no resultaban mucho mejores que las del resto debido a la falta de abastecimiento desde Ultramar, pero no imaginaba que fuera tan deplorable como para forzarlos a presentarse en su casa mendigando, y algo le hizo sospechar de sus intenciones. Al estudiar con más detenimiento sus rostros, se quedaron mudas al reconocer los rasgos de la última persona a la que esperaban ver.

—¿Sorprendida de verme, condesa? —dijo uno de los soldados al tiempo que una sonrisa ancha se dibujaba en su rostro.

Macarena desvió unos instantes la vista hacia Lourdes. El semblante de la doncella se había ensombrecido, y podía percibir la tensión en cada músculo de su cuerpo.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió la andaluza con frialdad.

Unas nubes grisáceas cubrieron la claridad de la mañana, oscureciendo la expresión siniestra que había adquirido el recién llegado, y una sonrisa desfiguró la mueca cargada de crueldad del rostro de Gabriel Ceballos, el antiguo capataz de la plantación. A pesar de que se veía demacrado por los estragos que la reconcentración había causado en todos, continuaba poseyendo ese semblante desalmado que dominaba su apariencia. La piel cuarteada de su rostro se escurría sobre los huesos, los dientes se percibían más fieros y los ojos mortecinos se le habían empequeñecido. No obstante, cuando estaba a punto de responder, un brillo aciago resplandeció en ellos durante unos segundos.

—Nos han informado de que en esta casa se aloja a insurgentes, y es nuestro deber comprobarlo.

Macarena sopesó su respuesta durante unos instantes.

—Lamento decirles que la información que les han facilitado es incorrecta. Aquí solo nos dedicamos a ayudar a mujeres, niños y

ancianos…

—Ya nos encargaremos nosotros de verificar eso. Ahora, si no es mucho pedir, dígale a su criada que nos sirva algo de beber, que tenemos el gaznate más seco que la mojama.

Lourdes la miró en busca de la aprobación de la señora, y esta asintió de mala gana. La doncella se levantó entonces en dirección a las cocinas, pero al ver que se disponía a salir del despacho, Ceballos se apresuró a hablar.

—Estoy seguro de que en esta sala es donde se guarda el buen licor. ¿O me equivoco, condesa?

Macarena, que no deseaba tener problemas, sabía que debía tragar con las peticiones del antiguo capataz y contentarlos hasta que se marcharan. Lourdes les sirvió dos vasos de ron. Al alejarse de ellos con cautela, el acompañante de Ceballos, un soldado de aspecto famélico, piel acerada y mirada grasienta, le echó la mano al trasero y se lo agarró con fuerza. La muchacha, sin decir una palabra, se retiró de un salto, y Macarena se levantó de la silla dispuesta a poner el grito en el cielo. Sin embargo, consciente de la delicada situación, supo que debía actuar con frialdad y no seguirles el juego.

—Eso será todo, Lourdes. Puedes retirarte.

La doncella la observó, reacia a abandonarla, aunque pensó que podría avisar a Damián y los otros trabajadores si salía de allí. Ceballos pareció leer las intenciones de la sirvienta, porque le hizo un gesto con la cabeza a su compañero y este se interpuso entre ella y la puerta. Después soltó una sonrisa socarrona.

—Será mejor que te quedes. No vaya a ser que busques ayuda y tengamos que liarnos a tiros —soltó, poniendo la mano sobre el revólver que colgaba de su cinturón.

—Eso no será necesario. Al fin y al cabo, ustedes solo han venido a comprobar que en mi casa no escondemos a insurgentes. Y una vez que se hayan convencido de eso, no tendrán inconveniente en marcharse.

Antes de que Ceballos pudiera protestar, ella volvió a hablar, esta vez dirigiéndose a la doncella.

—Lourdes, todo indica que a nuestros invitados les ha agradado el ron, y estoy segura de que les gustará llevarse un par de botellas. Acepten este obsequio de mi parte, caballeros.

Macarena aguardó con inquietud, esperando que sus palabras surtieran el efecto deseado y que esos dos truhanes se marcharan contentados por lo que les ofrecía. De no ser así, las dos se hallarían a su merced, y no habría nada que pudieran hacer para detenerlos. La brisa empujó hacia el interior de la sala el sonido de las campanas de una iglesia cercana, y Macarena percibió una nota de impaciencia en el rostro del capataz. El soldado que lo acompañaba parecía satisfecho

con la propuesta, y al percibir Ceballos que le flaqueaba la determinación y se le dibujaba una sonrisilla estúpida en los labios, decidió que iba siendo hora de retirarse por aquel día, jurándose que no sería la última vez que les harían una visita. Antes de marcharse, se acercó a Macarena con actitud hostil y semblante altanero hasta que sus cuerpos estuvieron separados por escasos centímetros. Ella era capaz de sentir el hedor que rezumaba su piel.

—Hace tiempo le dije que se las haría pagar —susurró—, y ha llegado el momento. Ándese con ojo, condesita.

Después tomó del escritorio una bolsa de cuero que guardaba unos buenos reales, se la echó al bolsillo y se alejó hacia la puerta arrastrando su soberbia. Macarena se quedó inmóvil, como si su presencia todavía se encontrara junto a ella, y no se atrevió a respirar hasta que cruzaron las puertas, y se derrumbó en una de las sillas. Dejó escapar un resuello entrecortado, y Lourdes, tras asegurarse de que los hombres atravesaran el zaguán, se aproximó a ella y la tomó por las manos en un intento por aplacar la angustia que la devoraba por dentro.

—¿Qué vamos a hacer, señora?

—No te preocupes, Lourdes. Daremos con una solución.

—¿Cómo es posible que ese rufián no haya acabado en el cadalso y ande por ahí apabullando a la gente?

No hizo falta responder a su pregunta, porque las dos conocían la respuesta. En épocas de guerra, las cárceles se vaciaban de presos a los que se les conmutaba la pena a cambio de servir en el ejército.

—Tal vez si va a hablar con el capitán general…

Macarena hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Bastante suerte tengo de que no me hayan despojado de mis pertenencias desde que Guillermo se unió a los mambises. Si no ha sucedido todavía, es porque el buen nombre de mi difunto marido continúa resonando en los pasillos del palacio del capitán general. Pero no hay que tentar a la suerte en estos tiempos revueltos.

Macarena miró por la ventana. La mañana se anubarraba y el mudo trasiego de los ruidos del día repicaba en el exterior, pero, a diferencia de los cantos de los vendedores ambulantes, las risas de los niños y los coches de caballos que habían sonado meses atrás, se escuchaban las conversaciones crispadas de los habitantes y los plañidos de los enfermos.

—Roguemos para que estos dos truhanes no vuelvan en mucho tiempo. O para que estemos preparadas cuando lo hagan.

Los días siguientes se escurrieron con el temor de que Ceballos regresara, pero al cabo de una semana Macarena comenzó a confiar en que el antiguo capataz estuviera demasiado ocupado con otros asuntos. Lo que no sabía era cuán equivocada estaba al pensar

aquello, y es que Ceballos acechaba la casa de la calle Egido con el mismo ensañamiento con el que lo hace un gato callejero que tiene entre sus zarpas a un ratón: disfrutando del encarnizado juego, permitiendo que la condesa se confiara hasta asestar, finalmente, el zarpazo de gracia. Cuando las ocupaciones de Macarena borraron de su memoria la presencia de tan vil personaje, Ceballos —como llevado por su intuición— decidió regresar para atormentarla de nuevo.

El día languidecía entre una bruma fría y las notas doradas de los últimos rayos de sol. La humedad se prendía de los huesos y no había trapo que hiciera al cuerpo calentarse. El olor del guiso que preparaban en la cocina se colaba por el patio impregnando con un aroma dulzón todos los rincones de la casa. Los estómagos se encogían bajo el influjo de la promesa de un plato caliente con el que saciarse después del último almuerzo frugal del día. Desde hacía meses no se diferenciaba la comida que se consumía en la casa, y todos los habitantes de ella la compartían. Macarena, el doctor Morales y tía Aurelia aguardaban a que se sirviera la cena en el comedor. La anciana, a quien las penurias de la guerra le habían pasado especial factura, se arrellanaba en su, silla que parecía engullirla, frotándose las manos en el vano intento de hacerlas entrar en calor. Muy al contrario de Aurelia, el galeno se había quitado de encima quince años al saberse útil otra vez y verse envuelto en el ajetreo diario de atender a los más necesitados. La conversación era parca, porque después del largo día cada cual estaba sumido en sus propios pensamientos. Al abrirse la puerta, lo último que esperaban era encontrarse con el gesto fiero de Ceballos y su fiel secuaz. Estos se adentraron en la sala, estudiando la escena con ojos despiadados y los rostros consumidos de hambruna y frío. El doctor Morales se levantó de su asiento, dispuesto a reclamar una explicación, cuando reconoció las facciones de los que lo observaban con desprecio, pero Macarena insistió en que tomara asiento de nuevo y se encargó de lidiar con los recién llegados.

—No aguardábamos otra de sus visitas, caballeros.

Ceballos esbozó una sonrisa ladina y arrastró una de las sillas sin pedir permiso para sentarse a la mesa en la cabecera opuesta a Macarena. El compañero lo imitó.

—Pues mucho me temo que nos han vuelto a informar de lo mismo que la última vez, y teníamos que asegurarnos de que no estuvieran ayudando a los insurgentes…

—Esto es un despropósito —protestó Morales.

—Usted estese callado si no quiere que nos lo llevemos al cuartel, que nos han llegado habladurías de que va curando a los mambises heridos.

Morales cerró la boca y apretó la mandíbula con rabia contenida.

—Estoy segura de que, si me acompañan, se podrán convencer de que aquí no hay nadie más —indicó la andaluza.

—En realidad —dijo Ceballos repantigándose en la silla— eso que se cuece en la cocina huele de muerte. Estoy seguro de que no le importará alimentar a un par de bocas más.

Macarena miró de reojo al galeno, que parecía estar a punto de estallar, pero en esa ocasión fue su tía quien habló.

—Aquí es bienvenido todo el que busque alimento. Confío en que sepan respetar el techo que les está dando cobijo.

—Descuide, señora, que aquí somos casi como familia —dijo Ceballos con sorna.

El antiguo capataz rebuscó en el bolsillo de su chaqueta raída y sacó un puro que prendió con distracción. Llenó su boca con el humo azulado del habano y expelió una bocanada lechosa con parsimonia, deteniéndose en formar anillos de humo que se desgranaban en la tensión que apelmazaba el ambiente de la sala, mientras mataba el tiempo a la espera de llenarse el buche. No pasó mucho antes de que dos doncellas entraran y sirvieran la cena, a la vez que echaban miradas de recelo a los visitantes. Los presentes comieron sin retirar la vista de los platos. El silencio solo era roto por el tintineo de los cubiertos contra la porcelana y algún comentario soez de los soldados, que se atiborraron a comer y a beber y mostraron unos modales más propios de una piara de chanchos que de dos militares. Cuando arrasaron con todo lo que había en la mesa, se relajaron contra los respaldos mullidos de las sillas y comenzaron a hurgarse los dientes en busca de algún resto de manjar con el que continuar llenándose el buche. El acompañante de Ceballos se permitió la libertad de soltar un sonoro eructo y los dos empezaron a carcajearse hasta que Macarena decidió interrumpirles la chanza y despedirlos cuanto antes.

—Ahora, si me lo permiten, le pediré a Lourdes que les busque un par de buenas botellas de licor de la bodega…

—La última vez nos despachó con una botella de ron. En esta ocasión, la visita le va a salir más cara.

—Ya es suficiente, caballeros.

La silla del doctor Morales crujió al arrastrarse por el suelo, y el anciano se encaró con los soldados al no estar dispuesto a permitir ese tipo de atropello en casa de su viejo amigo. El esbirro de Ceballos se acercó con agilidad donde se sentaba el galeno, y sin mediar palabra, sacó la pistola que colgaba de su cinturón y le arreó un culatazo en la sien. La piel del rostro se le abrió bajo el impacto, y Morales se desplomó, inconsciente. Macarena se echó al suelo para atenderlo, rodeada por los gritos de tía Aurelia, que alertaban al resto de los habitantes del palacete. La puerta no tardó en abrirse. Damián apareció acompañado de cinco de los trabajadores de la casa, todos

forrados de armas. Ceballos, al verse en inferioridad numérica, y persuadido de que su compañero había dejado seco al viejo galeno, decidió abrirse camino entre los presentes, y se marcharon con rapidez.

—Esto no quedará así, condesa —dijo antes de desaparecer tras los cuerpos robustos de los trabajadores.

Entre varios de los hombres cargaron con el médico y lo tendieron en una cama. La herida sangraba en abundancia, y tuvieron que coserla, pero Morales pronto abrió los ojos. Le pusieron al tanto de lo sucedido.

—Esos degenerados le dieron un buen golpe —gruñó Aurelia.

El doctor se llevó la mano a la frente y notó un agudo pinchazo al pasar los dedos sobre la herida. Tenía una buena contusión, pero estaba convencido de que no era nada grave. Lo más preocupante era que Ceballos se había presentado en la casa impunemente y que continuaría haciéndolo mientras no se le pararan los pies.

—¿Por qué no me dijiste lo de Ceballos? —quiso saber el médico.

—Bastante tienes ya como para preocuparte por mí.

—Tonterías —replicó el doctor. Intentó erguirse, pero ambas mujeres se lo impidieron, insistiendo en que debía reposar. Fuera había roto a llover, y el cañonazo de la cabaña indicó a los habitantes de la ciudad que eran las nueve—. Lo que tengo que hacer es salir a cazar a ese desgraciado.

—¿Para que te dejen tirado en una cuneta? Ni hablar, ya nos has pegado un buen susto por hoy.

—Sabes que, si no haces nada, esos malnacidos volverán.

—Lo sé. Solo espero que tarden en regresar después del susto que se han llevado hoy. Ahora descansa.

Esa noche Macarena no pudo pegar ojo por los sucesos acontecidos y la preocupación que le despertaba el hecho de saber que Ceballos podría volver a presentarse en cualquier momento. Era consciente de que tenía que pararle los pies. Debía encontrar una solución, y solo cuando el día comenzaba a romper en el cielo, logró dormirse, con la sensación de que el plan que había trazado podría dar resultado a pesar de los riesgos que acarrearía.

29

Ese pensamiento se enraizó en la mente de Macarena, que se levantó con la determinación de deshacerse de una vez para siempre de la presencia de Gabriel Ceballos. Cuando tuvo claro lo que hacer, solo debía ingeniárselas para dar con el antiguo capataz y lograr que regresara a la casa. Así que se dirigió al comedor, donde vio a Morales sentado en una butaca leyendo el periódico. El día había amanecido apagado como los ánimos que se respiraban en la casa, y una sombra grisácea se colaba a través de los ventanales engullendo la luz de la habitación. En el exterior los pájaros revoloteaban nerviosos, presintiendo el acecho de una tormenta. Desde la ventana, las nubes cruzaban sobre sus cabezas con celeridad y las ramas de los árboles se estremecían bajo su fuerza. El frío asolaba la estancia con una mano invisible que atería el cuerpo y se quedaba prendida de los huesos. De no haber sido por las carencias sufridas en aquellos últimos meses, los braseros habrían estado encendidos. La joven estudió el rostro magullado del galeno y comenzó a sentir que una sensación de ira le crispaba las entrañas con el recuerdo de lo ocurrido la noche anterior. Su amigo levantó la vista hacia ella. A pesar de las circunstancias, se le veía de buen humor, y sonrió a la joven con ternura.

—Confío en que hayas podido conciliar el sueño.

Ella negó con un movimiento de la cabeza.

—Apenas he pegado ojo.

—Ya somos dos. Me he estado revolviendo en la cama toda la madrugada, pensando en esos dos truhanes y en cómo librarnos de ellos.

Macarena se sentó a la mesa y aguardó a que le sirvieran una taza de café que despejase su mente adormecida. El aroma intenso de la bebida se escurrió por la habitación. Después de echarse unas cucharadas de azúcar y removerlo, le dio un sorbo.

—Aunque el desvelo me ha sido muy útil. Creo haber dado con la forma de librarme de Ceballos para siempre.

El médico la miró intrigado y dejó el periódico a un lado, aguardando a que se explicara.

—Aunque, de no dar resultado, seguramente tendré mayores problemas que la molesta presencia de Ceballos.

—¿De qué se trata? ¿Cómo puedo ayudarte?

—De momento hay que esperar. Pero sería buena idea que fueras buscando algo de láudano, porque lo voy a necesitar.

Morales la observó sorprendido cuando confesó que la solución a su problema se hallaba en una medicina tan común. Aunque con las carencias surgidas desde la reconcentración, el láudano, como todo lo demás, escaseaba, y no sería tarea fácil encontrarlo.

—Necesitaré unos días.

—Ya contaba con ello. No te preocupes. Pero hasta que no tenga una buena cantidad de láudano no podré llevar a cabo el resto del plan.

—¿Y se puede saber qué es lo que has pensado?

Macarena hizo un gesto afirmativo con la cabeza y empezó a explicarle su idea. Era sencilla, pero eficaz, y, cuando concluyó, Morales tenía grabada en el rostro la misma sonrisa victoriosa que se veía en el de ella.

—Creo que funcionará. Tienes una mente astuta, Macarena.

La joven le regaló una sonrisa a cambio del cumplido.

—Por eso todo depende de que puedas hacerte con el láudano con rapidez.

—Entonces me voy, porque no quiero ser el causante de más demora. Cuanto antes podamos librarnos de ese malnacido, mejor.

Sin perder más tiempo se levantó de la butaca y se dirigió a la puerta, pero antes de marcharse se volvió hacia la mujer del que había sido su mejor amigo, como si un funesto presagio le hubiera cruzado la cabeza.

—Espero que hayas calculado las consecuencias si fallamos. Porque Ceballos es más peligroso de lo que piensas, y a nosotros hace tiempo que se nos han agotado las posibilidades de pedir favores.

Después se marchó dejando a Macarena con esa advertencia prendida en sus oídos. Ella sabía del riesgo existente, pero también que la inacción llevaría a Ceballos a actuar cada vez con más desfachatez, y no pasaría mucho tiempo antes de que tuvieran un problema incontrolable. En su mente todavía retumbaban las advertencias del antiguo capataz, y se disiparon todas las dudas en referencia a la viabilidad de su estrategia. Se convenció de que deberían hacerla funcionar a cualquier coste y que no existía más opción que esa. Apuró el café de su taza y se fue al despacho, donde Lourdes repasaba las cuentas. Había sido muy aplicada, y en poco tiempo, después de aprender las nociones básicas de aritmética como sumar y restar, mostraba casi mayor soltura que la propia Macarena. La andaluza se sentó junto a ella en la silla pareja y suspiró, cubriéndose los ojos y parte de la frente con la mano. Se sentía agotada a pesar del café.

—Tiene mala cara, Macarena.

—No he podido pegar ojo.

Lourdes asintió comprensiva. A ella le había sucedido lo mismo, y estaba segura de que la noche anterior habría resultado muy larga para más de uno en la casa.

—Hay que encontrar la manera de librarse de ese maleante. Estoy convencida de que Damián y los demás no tendrían problema…

Se detuvo al percatarse de la expresión de Macarena tras su sugerencia.

—Creo haber dado con la solución para nuestro molesto problema. Hazme el favor y ve a buscar a Mariana y a la tía Aurelia y os lo contaré.

Unos momentos después entraron en el despacho las tres mujeres. Tomaron asiento alrededor de la mesa y Macarena compartió con ellas la idea que había tenido para deshacerse de la presencia de Gabriel Ceballos. Luego estudió los rostros de sus compañeras, pues de ellas dependería que todo saliera bien.

—¿Puedo contar con vosotras?

Asintieron a la vez.

—¿Piensa que podremos conseguir el láudano? —quiso saber Mariana.

—Morales ya está en ello. Se demorará unos días, pero eso nos dará tiempo a poder planificarnos mejor y así evitar cometer un error. —Se detuvo un instante para observarlas—. ¿Sois conscientes de que, si algo sale mal, es probable que la culpa también os salpique a vosotras?

—Valdrá la pena si le damos una lección a ese hijo de Satanás —opinó Aurelia.

Las otras dos asintieron en silencio.

—Entonces preparémonos y no perdamos más tiempo.

Durante los días siguientes, las cuatro mujeres fueron ocupándose de su cometido, intentando no levantar sospechas siquiera en el resto de habitantes de la casa, esforzándose por continuar con sus rutinas habituales. No obstante, en cada acción que efectuaban iban tejiendo la trama en la que esperaban atrapar a Ceballos. Al principio solo se trataba de pequeños actos como dejar caer algún comentario en el lugar y el momento adecuados, frente a las personas pertinentes. En otras ocasiones pidieron a las mujeres y los niños que vivían en la pensión de la tía Aurelia que las ayudasen a esparcir el rumor. La intención era sencilla. Aquellos cuchicheos debían llegar a oídos del capataz desde diferentes entornos para que este no pusiera en duda la información y se sintiese tentado de hacer otra visita a Macarena. Por otro lado, tía y sobrina se encargaron de invitar a sus amistades con diversas excusas, y en algún punto de cada reunión les relataban cómo el truhan del capataz que había incendiado Monserrat años atrás se

había alistado en las filas del ejército español y no había perdido ocasión de visitar la casa y agredir al doctor Morales.

Tuvo que pasar más de una semana para que el galeno lograra dar con el láudano necesario. Ahora solo necesitaban que Ceballos se presentara en la casa. Por eso se aseguraron de hacer creer que Macarena se llevaría una fortuna de regreso a España. A partir de ese instante, las cuatro mujeres debían estar preparadas, porque en cualquier momento el antiguo capataz podría aparecer. Serían ellas las que se encargarían de todo lo concerniente a Ceballos, sin involucrar a nadie más, porque si las cosas se torcían y las descubrían, Macarena estaba dispuesta a cargar con la culpa de todo.

La tarde languidecía en un horizonte brumoso y las primeras gotas de lluvia comenzaban a regar las calles cuando unos golpes sonaron en la puerta. Lourdes se asomó por una rendija con expresión descompuesta. A Macarena no le hizo falta preguntar para saber que el capataz había llegado. Inspiró hondo en un intento de insuflarse el valor necesario y ejecutar el resto del plan, rezando para sus adentros por que nada saliera mal. El soldado entró en la estancia con aire de autoridad. Esa vez estaba solo, tal como Macarena había supuesto, por lo que se convenció de que resultaría más fácil engañarlo.

—¿Qué hace aquí?

—Tengo entendido que planea marcharse a España y he venido a despedirme.

El rostro de la joven adquirió un semblante sombrío, y observó al antiguo capataz merodear por la habitación.

—¿Acaso creía que iba a largarse sin que me enterara? ¿No sabe que tengo oídos en toda la ciudad?

Ceballos hablaba con la soberbia que alimentaba su ignorancia, en un alarde de mostrar a la joven que era poco más que el dueño de La Habana, cuando en realidad lo único que había hecho era tragarse el anzuelo que Macarena le había lanzado. Fuera, la lluvia empezó a golpear los cristales con más insistencia.

—¿Qué es lo que quiere?

—Dicen que se marcha de aquí.

—Así es. En dos días sale mi vapor —afirmó ella.

—También dicen que se lleva una buena fortuna consigo…

Macarena escondió el rostro tratando de evitar que Ceballos pudiera adivinar sus pensamientos, porque nunca se le había dado bien mentir. El antiguo capataz se detuvo en medio de la habitación, consumida por las sombras de la noche. Algo parecido a una sonrisa se cinceló en su gesto hosco, y cuando habló, el tono de su voz sonó triunfal.

—Es sencillo. Si quiere coger ese barco en dos días, ha de pagar un precio.

—¿Y por qué debería acceder a ello?

—Porque, si no lo hace, la meteré entre rejas hoy mismo.

Al escuchar aquella respuesta, Macarena confirmó que no se había equivocado al predecir lo que haría el capataz. Solo debía aguardar al momento que considerara oportuno para levantarse y servir un par de vasos de ron, que había sido previamente cargado con una dosis de láudano capaz de tumbar a un regimiento. Aguardó sentada unos instantes más, porque tenía la impresión de que cualquier movimiento que hiciera despertaría las sospechas en el soldado. Después de estar sumergida en un profundo silencio, se atrevió a dar el paso necesario. Podía sentir el pulso de su corazón chocando contra su piel. Cuando se levantó, percibió que sus piernas se habían quedado sin fuerza, y estuvieron a punto de doblarse bajo el peso de su cuerpo. Tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse erguida, y recorrió la distancia que la separaba del mueble donde descansaba la botella de licor. Se sirvió un vaso y después, fingiendo que solo lo hacía por la obligación, dirigió una mirada hacia el capataz al tiempo que le ofrecía la botella.

—Le aceptaré el trago, pero eso no la va a salvar de que me lleve el dinero.

Macarena llenó el vaso casi hasta el filo. Su mano temblaba presa del nerviosismo, y derramó parte del líquido sobre el mueble. Se acercó a él y le tendió el vaso. Después se alejó manteniendo cierta distancia y le dio a su bebida un trago tímido para evitar despertar en ese truhan cualquier sombra de sospecha. De haberse llenado la boca con el licor, tal y como hizo Ceballos, habría notado el amargor del láudano que alteraba el sabor de la bebida, y cuando el capataz engulló la mitad del contenido del vaso de un trago, se giró hacia Macarena con ojos desorbitados y una mirada ahogada por la rabia.

—¿Qué ha hecho, mujer?

Dejó caer el vaso, que se rompió contra el suelo en una lluvia de añicos que se desparramaron por el mármol impoluto. Se precipitó hacia ella, y de tres zancadas había cubierto la distancia que los separaba. Sin más miramientos la agarró por el cuello.

—¿Qué ha hecho? ¿Con qué me ha querido envenenar?

La presión de esas manos toscas sobre su garganta impedía a Macarena emitir sonido alguno salvo el del gorjeo que expulsaba al esforzarse por tomar aire. Trató de deshacerse de esos dedos que la aprisionaban sin éxito alguno, y supo que si nadie entraba en la sala para detenerlo, Ceballos iba a acabar con ella. Se debatió con todas sus fuerzas por librarse de aquellas garras que se adherían a su piel, arañándolo, golpeándolo y blasfemando, pero nada parecía disuadir al antiguo capataz, que, henchido de ira, continuaba ahogándola. Sin embargo, Gabriel Ceballos no buscaba matarla de esa forma. No, no se lo iba a poner tan fácil. Así que paró de hacer presión y retiró las

manos de su garganta. Permitió que la ira penetrara hasta en el último poro de su cuerpo. Macarena comenzó a boquear como un pez en un intento por llenar sus pulmones, aunque aún sentía la presencia de las manos del capataz contra su piel. Él alzó el brazo y le golpeó el rostro. El tremendo golpe le hizo perder el equilibrio y cayó al suelo, donde Ceballos aprovechó para arrearle un puntapié en las costillas. Los cristales desparramados por el piso se le clavaron en la piel; a pesar del dolor, su mente se esforzaba por encontrar la manera de evitar que ese marrullero acabara con ella. Él volvió a atizarle otro puntapié en las costillas que le arrancó un gemido lastimero y un espasmo que la dejó sin aire en los pulmones. El dolor punzante y candente se le clavó en las entrañas, y con un gesto despertado por el instinto se ovilló en el suelo y el soldado se dispuso a sacudirle otra patada. En ese instante, la puerta se abrió y en el umbral se perfiló la silueta de Lourdes. Gabriel Ceballos se giró hacia ella dispuesto a descargar su ira contra quien osara defender a la condesa, pero al ver que se trataba de la sirvienta se relajó.

—¿Y tú qué quieres?

Ella no dijo nada. Contempló la escena y luego miró el reloj que adornaba la pared, como si estuviera aguardando por algo.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —Ceballos le arreó un puntapié a Macarena.

El rostro de la joven doncella se contrajo, dejando entrever una furia ciega en su expresión, pero luego llevó la vista hacia la pared un instante más y con lentitud fue esgrimiendo una sonrisa. El antiguo capataz, que había parado de golpear a Macarena, estudiaba la extraña actitud de la recién llegada, y, perdiendo la poca paciencia que aún tenía, se dirigió hacia ella con la intención de golpearla. Lo que no se esperaba era que la joven alzara el brazo y que de su extremo pendiera un revólver que no dudó en usar en el mismo instante que el sonoro estertor del cañonazo de las nueve retumbaba por las calles de la ciudad. El capataz solo percibió el sonido de la deflagración y el olor a pólvora dispersándose por el aire antes de que la bala le atravesara el corazón y se desplomara en el suelo. El cañonazo se quedó suspendido entre las paredes de la estancia, y después se formó un silencio ahogado por el horror de la escena. Lourdes, entonces, se acercó a Macarena. Pasó por encima del cuerpo sin vida de Ceballos aplastando los cristales contra el mármol, y al llegar donde se acurrucaba la joven se agachó para ayudarla a recomponerse.

—¿Se encuentra bien?

Los primeros curiosos comenzaban a arremolinarse alrededor de la escena. Fue Aurelia quien, al entrar en la estancia y ver el cuerpo sin vida del capataz, se atrevió a preguntar por lo que había sucedido.

—No hay tiempo para explicaciones. Hemos de deshacernos de este malnacido antes de que lleguen los soldados. Porque puede que hayan escuchado el disparo, y empezarán a registrar las casas —dijo Macarena recuperándose de la paliza.

Echó un vistazo rápido a los congregados y sin perder el temple empezó a impartir órdenes.

—Damián, bajadlo a las cocheras. Vendrás conmigo.

—No —intervino Lourdes—, iré yo.

Macarena la contempló durante unos instantes, pero no tenían tiempo que perder, por lo que acabó por aceptar y continuó organizando al resto de habitantes de la casa.

—Mariana, encárguese de que se limpie todo este desastre —dijo refiriéndose a la sangre que seguía manando del cuerpo sin vida de Ceballos—. El resto regresad a vuestras tareas por si vienen los soldados.

El cuerpo fue cargado entre varios hombres, que lo llevaron por la puerta de servicio a las cocheras. Allí había una carreta, y lo depositaron en su interior, donde lo cubrieron con unas lonas raídas. Macarena y Lourdes partieron con sigilo, dejando atrás las entrañas de la ciudad en dirección al Carmelo, donde las refriegas entre los habitantes más empobrecidos de la isla eran habituales y donde nadie sospecharía de la muerte de un soldado más. La lluvia continuaba cayendo con fuerza, y les caló las ropas con rapidez. En su trayecto evitaron las zonas donde la presencia de soldados españoles podría ser más habitual, porque si las descubrían rondando por las callejas algo sospecharían, y se toparían con problemas.

Ninguna de las dos se atrevió a entablar conversación, atentas a cualquier sonido que desvelara la presencia de soldados en los alrededores. Eran pocas las personas que se aventuraban a salir a esas horas de la noche, y las calles se veían desiertas a excepción de algún gato callejero que aminoraba su paso para estudiarlas mientras se cruzaban en su camino. Un campanario en la distancia esparció el sonido de diez campanadas por el silencio nocturno. La quietud callejera solamente se veía rota por el repicar de los cascos de la mula que empujaba el carro. Sabían que las prisas llamarían la atención con más facilidad, por lo que se obligaron a actuar con una calma contenida, como su respiración. Cuando se aseguraron de que nadie se hallaba cerca y no había ojos curiosos observando sus movimientos, detuvieron la carreta con la intención de deshacerse del cadáver de Ceballos, pero el sonido acompasado de unas pisadas les advirtió de que un grupo de personas se acercaba hacia ellas. Por el ritmo que llevaban, dedujeron que se trataba de soldados. Se dirigieron una mirada rápida, no les hizo falta pronunciar palabra para entenderse, y Lourdes descansó su mano en la pistola que había dado muerte al

capataz. Macarena tomó las riendas de la carreta, dispuesta a azuzar a la mula al primer indicio de problemas.

Las pisadas se aproximaban a ellas, enmudecidas por el sonido del aguacero que caía. Un relámpago partió el firmamento proyectando las sombras de los militares que se avecinaban desde el callejón. La tensión en el rostro de las dos jóvenes se hacía más evidente, aguardando no ser descubiertas por los españoles. Cada vez se intuían más cerca, y de un momento a otro rebasarían la esquina del callejón y los descubrirían. Lourdes colocó el pulgar en el martillo de su arma y la cargó. Macarena sujetaba las riendas con firmeza en un intento de que la mula no emitiera sonido alguno, sin embargo, el animal, cansado de encontrarse bajo la lluvia, pareció impacientarse y dio un par de pasos que retumbaron por la oquedad de la calle. No tardaron en percibirse los murmullos de los soldados, que habían sentido el sonido, y, justo cuando creyeron que todo estaba perdido, se escucharon los alaridos lastimeros de un hombre a un par de cuadras de distancia. Aquello desvió la atención de los soldados, y cuando los aullidos volvieron a resonar contra el manto de agua, los españoles se plantearon indagar de qué se trataba. Unos instantes después, a los quejidos del hombre se les sumaron los berridos de otro, y los ladridos de un perro. La gente comenzó a pedir auxilio para detener la trifulca ante el jaleo de golpes y cristales rotos, y una nueva oleada de alaridos crispó la quietud de la noche. Los soldados se alejaron a toda prisa por el callejón en dirección a la reyerta, y Macarena y Lourdes no perdieron un instante en bajar el cuerpo de la carreta. Lo echaron en una zanja cercana sin remordimiento alguno y, sin detenerse, se subieron al carro y se alejaron en dirección opuesta callejeando entre las sombras de la vieja Habana hasta regresar unas horas más tarde a la calle Egido.

El resto aguardaban por ellas con los nervios agarrotándoles el estómago. Había pasado demasiado tiempo y se temían que alguna patrulla nocturna las hubiera apresado. Sin embargo, al verlas aparecer por la puerta, sintieron que se les aflojaba el nudo de las entrañas y se permitieron sonreír con timidez.

—Quitaos esa ropa antes de que cojáis una pulmonía —ordenó Aurelia.

Mariana salió a buscar unas toallas para que se secaran, y les trajeron ropa seca. Luego aguardaron a que les dieran una explicación, pero Macarena se contentó con afirmar que se habían encargado del asunto. En esas un guajiro andrajoso asomó por la puerta. Al principio le costó reconocerlo, y solo cuando los demás se apartaron unos pasos en señal de respeto, Macarena lo reconoció.

—¿Qué haces aquí, Guillermo?

Él la estudió con la mirada curtida y le hizo un gesto leve con la

cabeza. Ella comprendió que buscaba compartir alguna confidencia.

—Será mejor que vayamos a la biblioteca.

Entraron, y él se sirvió un vaso de ron y se sentó en una de las butacas. El tacto mullido y suave se le antojó extraño al cuerpo que se había acostumbrado a la dureza de la manigua. Se bebió gran parte del contenido de un trago y contempló el fondo del vaso como si allí se encontraran las respuestas a todos sus problemas. Macarena lo estudiaba con acuciante intriga, escrutando los cambios en las arrugas de su piel, en la sombra de su barba y en las líneas de su rostro devorado.

—¿Por qué has venido? ¿No sabes que si te encuentran te van a fusilar?

Él movió la cabeza con gesto afirmativo con una mezcla de cansancio y tristeza.

—Me dijeron que regresabas a España…

La joven se sorprendió de que los rumores que ellas mismas se habían encargado de extender hubieran llegado hasta el frente.

—Muchos de esos chiquillos a los que vistes y alimentas son los pajaritos que nos traen noticias desde La Habana… —Esbozó una sonrisa cansada que nada tenía que ver con la de antaño—. ¿Es cierto?

Macarena lo observó consternada, porque no había sido su intención que se enterara del rumor.

Hizo una negación con la cabeza.

—No. Solo pretendíamos tender una trampa a Ceballos…

Sintió un escalofrío al recordar ese nombre y saberlo muerto. A pesar de todo el resentimiento agolpado que sentía hacia él, no hubiera deseado un desenlace así. Le costaba olvidar la escena en la que el cuerpo sin vida del antiguo capataz se desplomó contra el suelo y el mármol comenzó a teñirse de sangre, y sabía que no podría deshacerse de ese recuerdo. Sería un lastre que la acompañaría siempre.

—Ceballos llevaba semanas atormentándonos, y sabía que continuaría haciéndolo mientras campara a sus anchas con un uniforme, así que decidimos deshacernos de él. Hicimos correr el rumor de que me marchaba de la isla y que portaba conmigo un buen dinero; nada de eso era verdad. Pero resultaba lo suficientemente creíble como para engañarlo. La idea era sencilla: una vez que viniera a casa me las apañaría para darle el suficiente láudano como para tumbarlo, y, cuando eso sucediera, lo meteríamos en un burdel de la calle Bomba. No me preguntes cómo Morales tiene tan buena relación con la *madame* en cuestión… —Esbozó una sonrisa ladina que se esfumó tal y como había llegado, y Guillermo asintió, porque bien sabía de quién se trataba—. La señora se encargaría de llamar a las autoridades, diciendo que en el auge de su melopea había confesado a

una de sus muchachas todo lo referente al robo del dinero. —Se detuvo unos segundos—. Aquello sería suficiente para volver a meterlo en la cárcel por una buena temporada. Sin embargo, no calculé bien las consecuencias de que mi plan pudiera salir mal.

Guillermo la estudiaba en silencio. Su semblante ingenuo había desaparecido, y tenía frente a él a una mujer muy diferente a la que dejó unos meses atrás.

—Deberías marcharte de aquí —sentenció con frialdad cuando habló.

Macarena lo observó contrariada, sintiendo un pellizco de tristeza en sus entrañas.

—Este es mi sitio.

Guillermo hizo un gesto de negación. Luego se llevó el vaso a los labios y bebió de nuevo, permitiendo que el calor del licor caldeara su cuerpo. Ella lo miraba con curiosidad, intentando reconocer al hombre que se había marchado del Louvre meses atrás, pero se intuía tan diferente que le resultó imposible. Solo en su mirada percibía Macarena un atisbo del antiguo Guillermo; sin embargo, presintió que se hallaba tan enterrado en el interior de su espíritu que se había diluido en lo vivido en los últimos meses.

—Tu sitio está en Sevilla junto a tu tía. Aquí solo hay guerra y miseria. Y no es algo que vaya a cambiar de momento —le espetó él.

—Hay mucha gente que me necesita aquí.

—Macarena, no lo entiendes. La guerra se recrudece, y volverá a alcanzar La Habana.

Él recordó las veces que había discutido la situación con Maceo; sabía que la guerra pronto se agravaría. A pesar de la escasez de alimentos y de la falta de armas, se las ingeniaban para evitar a los españoles —que ya sumaban más de doscientos mil soldados traídos desde España—, y Gómez había convocado a Maceo al otro lado de la trocha de Mariel, convencido de que pronto comenzarían un nuevo avance hacia La Habana. Debía regresar al frente cuanto antes, porque Maceo le había dado la autorización de partir con la promesa de retornar en menos de una semana. Y así lo haría, pero antes quería asegurarse de que Macarena cogía un vapor de regreso a España. Sabía que en La Habana no estaba segura y que, llegado el caso, las autoridades podrían utilizarla para chantajearlo.

—No me importa, Guillermo. Hace tiempo que hice mía esta guerra. Tú luchas por liberarla y yo, por apaciguar el sufrimiento de las personas que la viven. Mientras haya algo que pueda hacer por ellos, mi lugar se encuentra aquí.

Guillermo se mostró contrariado con su respuesta, pero hacía tiempo que se había acostumbrado a que Macarena desoyera sus palabras y actuara con independencia. Asintió con un gesto leve de la

cabeza y después apuró el contenido del vaso. La tormenta parecía haber escampado, y una muda calma invadía las calles desoladas.

—He de marcharme.

Ella lo escrutó con sorpresa, porque dio por supuesto que se quedaría más tiempo.

—¿Tan pronto?

Él asintió, consciente de que su presencia allí los ponía en riesgo a los dos.

—He de regresar con Maceo. Se dispone a cruzar la trocha, y debo reunirme con él en el momento que lo haga.

Macarena permaneció callada. Hubiera deseado saber cuándo lo vería de nuevo, pedirle que le enviara noticias, pero era consciente de que nada de eso sucedería, porque hasta que esa guerra no acabara, no volvería a verlo. Guillermo se levantó del sofá y Macarena lo imitó.

—Prométeme que si estás en peligro regresarás a casa.

—Lo mismo digo —respondió él.

Ella sintió el impulso de abrazarlo para sellar su despedida de una manera menos fría, pero dudó, porque ya no reconocía al Guillermo con el que había convivido desde que llegara a la isla. Sin decir una palabra más, él dio media vuelta y se dirigió a la puerta. No miró hacia atrás antes de marcharse. Macarena se quedó sola en la estancia, con un hueco que ahondaba en su interior al presentir que aquella podía ser la última vez que viera a Guillermo.

30

Maceo perdía la mirada cansada en la lejanía brumosa que desdibujaba el horizonte. Los últimos meses de campaña en Pinar del Río habían destacado por su dureza, pero no fue hasta pocos días atrás cuando comenzó a sentir los estragos del hambre y la enfermedad en su cuerpo debilitado. Descansaba en su silla —poco más que un tocón de madera al que había dejado un respaldo en el que talló sus iniciales junto a una estrella—, sumergido en sus reflexiones. Los escasos instantes en los que no ocupaba su mente con nuevas estrategias con las que reactivar la ofensiva contra las tropas de Weyler los dedicaba a escribir en su diario o a su mujer. Pero aquellos días la fiebre le impedía pensar con claridad, y, en esos instantes, los recuerdos de María se entremezclaban con los de su difunto hermano José y las estratagemas militares. Aguardó a que sus pensamientos se organizaran en el desorden de su mente febril mientras contemplaba descorazonado a sus hombres desfallecidos por la escasez de comida y el cansancio. La noche iba dando paso a un sol de fuego que incendiaba la manigua, y el viento soplaba trayendo prendidos retazos de hierba fresca y humo de lumbre.

—Deberíamos ir saliendo, Panchito —le dijo al hijo de Máximo Gómez, que hacía unas semanas que había llegado al campamento con un cargamento de fusiles. El chico lo observaba en silencio y con el ceño fruncido, preocupado por el general, que desde hacía días no lograba desprenderse de esa fiebre enrabietada.

—Los hombres todavía no están listos, señor —se limitó a decir.

A pesar de los pensamientos funestos del joven, el estado de salud del general no parecía doblegar su voluntad, y, aun cuando habían tenido que frustrar varios intentos, Maceo mantenía su empeño en cruzar la trocha de Mariel con la intención de reunirse lo antes posible con Gómez. Según le contaba en una misiva el general en jefe del ejército mambí, se disponía a renunciar a su posición y salir del país después de que el recién creado gobierno insurgente pusiera en duda su implicación en la guerra y se le acusara de falta de patriotismo.

«Se me parte el corazón al pensar que algunos cuestionen mi lealtad. Yo, que dejé mi patria y mi tranquilidad por vivir una vida en la manigua cubana para luchar por una causa que adopté como mía más de treinta años atrás…».

Maceo no estaba dispuesto a permitir que su mentor se marchara, porque consideraba que, si perdían a Gómez, tendrían que despedirse de la idea de alzarse victoriosos en la contienda. En ese punto, sería él quien impondría sensatez en la crispación reinante entre gobierno y ejército. Y esa era la razón por la que no cejaba en su afán por atravesar la trocha.

—Si no nos marchamos, tu padre acabará por desistir de este empeño que nos ha gastado la vida y saldrá de la isla sin mirar atrás.

Panchito, que rozaba la veintena y todavía ostentaba la dulzura de un carácter ingenuo, lo miró consternado. A pesar de las malas noticias que hablaban de la decisión de su padre de renunciar a su cargo, no compartía el parecer del general. Pensaba que debían aguardar a que los ánimos se relajaran, convencido de que su progenitor, tarde o temprano, entraría en razón. Lo que le preocupaba en realidad era el estado de salud de Maceo: creía que si se arriesgaban a cruzar la trocha y lo lograban, este no sería capaz de aguantar el fragor de una nueva batalla.

—Los hombres están agotados, general. Y no les vendría mal un descanso. Además, no hay rincón de la trocha que se pueda atravesar. Llevamos días intentándolo, y todo indica que la suerte no está de nuestro lado.

—No digas sandeces, Panchito. Que no es momento de andarse con remilgos. Hemos de pensar en la victoria.

El joven asintió silencioso, sabiendo que la guerra no entendía de enfermedades y que Maceo tenía razón. Cierto era también que las tácticas de menoscabo de Weyler estaban pasando factura a todos en el campamento. La moral de los hombres se veía cada vez más debilitada, y la fe en su general iba menguando a medida que empeoraba su estado de salud. Se formó un silencio incómodo entre los dos, y Maceo desvió la vista hacia el exterior de la tienda, donde la selva empezaba a vibrar de vida. Los hombres se arremolinaban al calor de la lumbre masticando alguna caña de azúcar con la que engañar al estómago mientras aguardaban las órdenes de su comandante. De tanto en tanto, miraban en dirección a la tienda, donde la silueta del Titán se intuía entre las sombras. Él sabía que conseguir una victoria resultaba indispensable para alzar la moral de sus soldados y recuperar su confianza. Si lograban quebrar la trocha y se enfrentaban a los españoles al otro lado, la llama mambisa —ahora casi extinta— resurgiría.

Antonio regresó al presente. Otra vez había perdido el hilo de sus pensamientos a causa de la fiebre. Le ocurría con demasiada facilidad en los últimos días. Percibió los rayos del sol quemando el horizonte rasgado por el vuelo de una bandada de garzas y sintió la brisa fresca contra su piel. Supo que era tiempo de partir.

—Pide que ensillen a mi caballo.

El muchacho continuaba observándolo sin obedecer sus órdenes, y como Maceo no estaba acostumbrado a que lo desoyeran, le dio un toque de atención.

—Panchito, carajo. Obedece ya.

Pero este siguió dudando en obedecer a riesgo de que el general le montara un consejo de guerra. Finalmente, se decidió a hablar.

—Si me permite, sería más prudente esperar unos días a que le bajase la fiebre. Porque si nos sorprenden los españoles, usted no se encuentra en condiciones de presentarles batalla, mi general.

—Vete al carajo, Panchito. Que a mí esta calentura se me pasa en un par de horas. ¿O es que no sabes que en peores condiciones he luchado y aun así he salido victorioso? Así que no perdamos más tiempo y que me ensillen el caballo.

Después del rapapolvo, el joven no se encontró con ánimos de volver a protestar, y obedeció de inmediato. Así salió fuera de la tienda y pidió que prepararan el caballo. Crecía la tarde cuando Maceo partió del campamento acompañado por Panchito y ciento cincuenta hombres más en dirección a la trocha de Mariel. Cabalgaron hasta que la noche cayó sobre la manigua. El viento invernal soplaba rabioso y el sonido del follaje de la selva encubría el ruido de los pasos de sus monturas. Se hallaban a una distancia prudente de la trocha para evitar ser descubiertos, pero por cautela aguardaban en silencio. Cada tanto, podían escuchar los «quién va» de los soldados españoles, atentos a cualquier movimiento. Varios de los hombres del general se habían adelantado para inspeccionar las inmediaciones. Entre tanto, los ojos desgastados de Antonio estudiaban las líneas de la trocha en busca de una forma de quebrantarla, consciente de que el tiempo se les agotaba y que necesitaba reunirse con Gómez.

—General, hemos inspeccionado los alrededores… Resulta imposible atravesarla —aseguró Moncada—. El enemigo está parapetado y atento a cualquier movimiento.

El Titán frunció el ceño e inspiró hondo. Había confiado en que su suerte cambiara esa noche, pero parecía que deberían desistir de su intento de pasar al otro lado de la trocha, al menos por tierra.

—¿Y la costa?

—Estará menos vigilada, pero no será posible que vayamos todos.

El general se dio un momento para recapacitar sobre sus opciones, y cuando hubo tomado una decisión, clavó su mirada en Moncada.

—Si no podemos atravesar la trocha, entonces lo intentaremos por mar. Haremos lo que sea necesario para llegar a nuestro destino. No podemos permitirnos más demoras.

Los soldados asintieron con determinación y Maceo los miró con orgullo.

—Entonces no perdamos tiempo.

Azuzó a su montura, abriendo el camino que los demás siguieron, y se alejó de la trocha hacia la profundidad de la selva. Sin embargo, no habían puesto demasiada distancia entre ellos y el enemigo cuando el Titán sintió cómo un peso insoportable le caía sobre los hombros al tiempo que la oscuridad comenzaba a girar a su alrededor. Todo se tornó negro, anegando sus sentidos, y perdió el conocimiento. Cuando abrió los ojos, se encontraba tendido en el suelo. No le costó ubicarse, aunque sí comprender qué había sucedido. Sentía la piel perlada de sudor y decenas de ojos clavados en su semblante. Pudo leer el pánico en ellos. Se esforzó en levantarse sin esperar a que lo ayudaran, apresurándose en dar las explicaciones necesarias para eliminar cualquier rastro de desconfianza en sus hombres.

—No ha sido nada. Con esta humedad insoportable y la falta de sueño me ha dado un vahído… —Su voz sonaba serena, pero veía el escepticismo cincelado en los rostros de sus soldados—. No hay que demorarse. —Regresó a su caballo—. Aún nos aguarda un buen trecho por recorrer.

Sin embargo, al propio Maceo se le quedó prendido un presentimiento funesto, porque tenía clavada en su mente una imagen que había vislumbrado cuando estuvo ausente. Se trataba de una visión de María, su mujer. En ella aparecía frente a él cubierta por un velo negro, como si estuviera en un funeral. Y se preguntó si su fin estaba cerca.

Partieron en silencio, porque después de lo sucedido nadie tenía ánimos para conversar. Fueron atravesando la manigua con la luna esbozando sus pasos en la negrura de la selva. El viento agitaba las copas de los árboles y las ramas tiritaban extendiendo su murmullo en la distancia. Muy de vez en cuando, el silencio se quebraba con el ulular de un búho solitario o el zumbido de algún insecto nocturno. La humedad y el frío les lamían la ropa con un delgado manto que calaba hasta los huesos, que atería sus cuerpos agotados y desfallecidos. La selva resultaba un laberinto oscuro a pesar de que estaban curtidos de ella, y en los momentos en que la luna se escondía sobre las espesas copas de los árboles parecía que solo el coraje y la determinación del general seguían empujando al grupo a continuar avanzando. Aun así, Maceo notaba los ojos preocupados de alguno de sus hombres contra su nuca y se sentía mortificado por haberse desvanecido frente a ellos. Finalmente, tras horas de un viaje agotador y cuando el día nacía en un nuevo albor, percibieron el sonido del oleaje rompiendo contra la costa.

—Descansaremos hasta que anochezca —indicó Maceo—. Moncada y Rabí, encargaos de organizar las guardias, y que alguien se ocupe de peinar las inmediaciones. Y que se atienda a los caballos.

Después de aquello se extendió una tensa calma por el improvisado campamento. A falta de comida con la que aliviar sus estómagos, los soldados se dedicaron a dormitar, y pronto cayeron en un profundo sopor. Sin embargo, no todos se dedicaban a recuperar fuerzas. Panchito había salido a inspeccionar los alrededores con varios hombres, y no tardaron en regresar. Maceo yacía en su hamaca, febril y consumido, pero abrió un ojo al percibir la presencia de alguien acercándose. Observó al joven, que era la viva estampa de su padre.

—Hemos hablado con unos pescadores no muy lejos de nuestra posición.

—¿Están dispuestos a ayudarnos?

El joven hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Aunque dudo que podamos cruzar más de quince, veinte a lo sumo, de nosotros…

Antonio asintió. Había contado con que sus filas se mermaran, pero no hasta tal extremo. Con veinte hombres sería más fácil pasar desapercibidos; sin embargo, los pondría en una peligrosa inferioridad que podría resultar fatal. No obstante, debían correr el riesgo.

—Vendrán Moncada, Marcos, Vicente y Rabí. El resto, que los elija Moncada —musitó Maceo antes de volver a cerrar los ojos y dar la conversación por concluida. Después se adentró en un profundo sopor causado por las fiebres y despertó cuando el crepúsculo caía y debían levantar el campamento.

La oscuridad había arraigado en la ciudad en el momento que salieron en dirección a la playa. Las nubes arrancaron a llover y el viento continuaba soplando con saña desde la noche anterior. Conscientes del peligro que implicaba para todos, guardaron silencio, y solo cuando vieron aparecer a los pescadores salieron a su encuentro desde las sombras. Los marineros les dieron instrucciones y arrastraron la barcaza por la arena crujiente que se desmigaba a su paso. Un grupo pequeño, en el que se encontraba Maceo, montó en la barca, y comenzaron a remar en contra del fuerte oleaje de la orilla frente a la oscuridad y la tormenta que se cernían sobre ellos. El agua salpicaba sus rostros, y el viento picaba las corrientes de la bahía de Mariel y hacía que el bote se balanceara con rabia. El olor a pescado y mar enredado en las redes de la embarcación se adentraba por sus gargantas y se aferraba a sus ropas caladas de lluvia y salitre. Un relámpago crispó el cielo anubarrado, iluminando el camino de la gabarra y descubriendo su posición frente a uno de los fortines de la trocha que vigilaba la costa. Aguantaron la respiración, dispuestos a buscar cobijo tras las paredes de la embarcación si empezaban a escuchar disparos. Nada se percibió salvo el sonido sordo de los remos rompiendo el agua, las olas chocando contra la embarcación y el crujir de la barcaza, que daba la impresión de que se partiría en medio de la

galerna. Los soldados, acostumbrados a la manigua, estaban nerviosos dentro de la gabarra y se aferraban con fuerza a los bordes de esta y a los cabos ásperos para evitar precipitarse por la borda. A medida que se acercaban a la otra orilla, la incertidumbre aumentaba, conscientes de que podían ser descubiertos en cualquier momento. No obstante, la pericia de los marineros los llevó al otro lado de la trocha sin ningún altercado.

Fueron necesarios cuatro viajes con la lluvia y el viento hostigándolos para transportarlos a todos. Una vez en la playa, recorrieron en silencio la distancia que los separaba de la seguridad de la selva. La tensión reinaba en el ambiente, y el único sonido que se escuchaba era el crujir de la arena y su respiración entrecortada. La trocha todavía estaba demasiado cerca, y la menor equivocación podría significar entrar en un enfrentamiento abierto con el enemigo, por lo que llevaban prestos los rifles por si tenían que responder a un ataque inesperado de los españoles. Una vez en la seguridad de la manigua, se permitieron descansar unos instantes. Maceo sentía el agotamiento clavado en su cuerpo y la calentura de la fiebre quemando su piel. Sus fuerzas disminuían a cada paso, pero su determinación no se resentía.

El viaje duró varios días. El hambre apretaba, y la enfermedad de Maceo lo había debilitado tanto que en algunos tramos del viaje los soldados tuvieron que cargar con él en una improvisada camilla. Llegaron a la finca de San Pedro de Punta Brava una mañana de principios de diciembre. El campamento se hallaba en calma, y allí se reunieron con quinientos habaneros que aguardaban al general. Recibieron a Maceo con sorpresa, pues no esperaban encontrarlo en tan lamentable estado, y se apresuraron en ofrecer comida y descanso a los recién llegados. El Titán, débil y con la fiebre prendida del pellejo, comenzó a explicar un plan que había trazado durante las jornadas de viaje. Estaba convencido de que debían sembrar el caos por la zona, por lo que su intención era la de atacar Marianao y otros suburbios de la capital.

Sin embargo, lo que Maceo ignoraba por ese entonces era que el comandante Francisco Cirujeda y su batallón de San Quintín sabían de su presencia en la zona y se pertrechaban para atacar la finca ese mismo día.

Antonio dormitaba en su hamaca cuando un grito de alarma detuvo el trajín del campamento. Cirujeda arremetía contra ellos y el caos empezaba a desperdigarse por la finca. Maceo reaccionó de inmediato llamando al orden e instigando a los soldados a luchar, pero a pesar de sus intentos por repeler el ataque, el desorden se había impuesto entre sus filas. El enemigo, además, era más numeroso, por lo que tuvieron que retirarse envueltos en la anarquía. Una vez que se halló a

resguardo del fuego, analizó la situación reinante y, decidido a contraatacar, buscó a Moncada y Panchito, que se habían extraviado en el revuelo del ataque, así que se dispuso a salir al encuentro de los españoles con alguno de sus hombres y un grupo de habaneros que se le habían unido.

—Se han atrincherado tras unos muros de piedra —lo informaron, señalando el lugar.

Desde allí los aventajaban, y sería complicado ganarles la posición. Sin embargo, la mente estratega de Maceo no le falló a pesar de las fiebres, y encontró la forma de cambiar las tornas.

—Los rodearemos —afirmó, y comenzó a esbozar su plan en la tierra—. Ejecutaremos una maniobra desde los flancos. Ustedes irán por este lado. Nosotros por aquí. Para cuando quieran darse cuenta, será demasiado tarde y les daremos machete desde nuestros caballos.

El plan resultaba sencillo pero eficaz, aunque no estaba carente de riesgo, porque pronto descubrieron que entre ellos y los españoles se interponía una cerca que debían retirar para poder pasar con los caballos. No perdieron tiempo en ponerse a cortar el alambre, pero su posición se hallaba al descubierto, y el enemigo los descubrió y empezaron a dispararles una lluvia de balas.

—Ándense con ojo, y que los que tengan mejor puntería cubran nuestras posiciones mientras abrimos paso —ordenó Maceo.

No se detuvieron a pesar del riesgo, decididos a llevar a cabo esa emboscada. Maceo insistía en alzarse con una victoria que hiciera resurgir la llama mambisa. Las balas les rozaban el pellejo, pero no minaban su intención de retirar la verja. El sol inclemente del mediodía y el esfuerzo arrancaron a Maceo de su tarea, que, sintiendo un mareo, se vio forzado a detenerse y descansar. Se repitió que no era momento para flaquezas, pero tuvo que buscar apoyo en su caballo para mantener el equilibrio hasta que la niebla de su cabeza empezó a disiparse. Se disponía a continuar cortando la alambrada cuando sintió una bala traicionera atravesando su carne. Un borbotón de sangre manó de la herida, en su cuello. Sus ojos confundidos observaron a sus compañeros, que aún no se habían percatado de lo sucedido. Su inseparable machete se escurrió de sus dedos como lo hacía la vida. Fue el sonido metálico que golpeaba contra el suelo lo que advirtió a sus soldados de lo sucedido.

—¿Qué le ocurre, general?

No hubo respuesta.

El Titán se derrumbó en el suelo. La sangre brotaba de su herida, y empezaba a desmayarse. El galeno, que se hallaba a pocos pasos, se arrodilló a su lado en un intento de frenar la hemorragia. Todos los ojos estaban clavados en él, pero negó con la cabeza. Nada se podía hacer por salvarle la vida: la bala certera había sesgado su carótida. El

frío abrazó su piel y los sonidos de la batalla se fueron apagando para convertirse en un murmullo lejano. En ese instante final, un profundo sentimiento de tristeza lo invadió al pensar que su sacrificio no traería la libertad a su patria. La sensación de que la vida se escapaba era cada vez más inminente, y Maceo cerró los ojos, aceptando su ventura, rindiéndose a la muerte, y con su último pensamiento rogó por la libertad de su patria.

La confusión se adueñó de los que rodeaban el cuerpo caído del general. Después sería pánico. Muchos de los soldados que contemplaron a Maceo abatido empezaron a desertar de su posición. El galeno también corrió por su vida —y tres días más tarde se acogería a un indulto español—. Pocos fueron los que inútilmente siguieron la lucha, porque se resistían a abandonar el cadáver del general. Pero a medida que la noticia de la muerte de Maceo se extendía por las filas mambisas, más soldados desertaban y los españoles atacaban con más saña.

Panchito no se encontraba muy lejos del lugar del terrible acontecimiento cuando le llegaron las devastadoras noticias y le dijeron que solo unos pocos resistían el embate de los españoles, que se empecinaban en hacerse con el cuerpo de Maceo. El joven, herido en el brazo y en el alma, se dirigió a su caballo a unirse a los que resistían. Moncada, que veía cómo el chico se alejaba, se interpuso en su camino.

—¿Dónde vas, Panchito?

—A morir al lado del general.

Espoleó a su caballo sin dar más explicaciones y fue hasta donde se encontraban los pocos que respondían al fuego enemigo. Llegó cuando el último de los mambises huía, abandonando el cuerpo del Titán a su suerte.

—¿Qué hacéis? —los increpó.

—Todos se retiran. Nuestra responsabilidad aquí ha terminado…

Él no se dignó a responder las palabras de un cobarde y se parapetó junto al cuerpo de su general, dispuesto a defenderlo hasta la muerte.

Cuando los españoles vieron que los mambises se retiraban abandonando el cuerpo de Maceo, se aventuraron a acercarse. Sin embargo, el hijo de Máximo Gómez comenzó a disparar contra ellos. Los españoles respondieron al fuego y Panchito recibió varios balazos, pero a pesar de que estaba malherido continuó resistiendo el ataque español, haciendo un último esfuerzo por proteger al que había sido el más grande guerrero de Cuba. No obstante, unos segundos después, los españoles, que superaban en número y fuerza al joven, lograron recortar distancia y hallaron a un mozuelo bañado en su propia sangre y al general Maceo que yacía muerto a su lado. El chico agonizaba y los españoles lo ajusticiaron a golpe de machete.

El sol rompía el celeste del cielo con sus rayos y la tarde caía cuando Guillermo llegaba a la zona de la refriega y se enteraba de la noticia. Lleno de rabia, fue en busca de Juan Delgado —un joven habanero que se había convertido en teniente coronel—, a quien Guillermo conocía desde que se unió a la insurgencia. No tardó en localizarlo, y se echó a los brazos de su amigo buscando consuelo por la pérdida tan profunda que sentía en el alma.

—Debemos hacer algo por recuperar el cuerpo del general.

Delgado, invadido por el dolor, arengó a los presentes.

—Es deshonroso para cualquier cubano permitir que los españoles le lleven al malnacido de Weyler el cuerpo de nuestro general Maceo. El que tenga un mínimo de coraje que me siga.

No fueron más de veinte los hombres que atendieron a las arengas y se sumaron a Delgado y Guillermo. Aunque sus números estaban en clara desventaja, estaban decididos a recuperar los cadáveres de sus compañeros, y se dispusieron a atacar machete en mano y a lomos de sus caballos. Rompieron al galope hacia su encuentro, y no tardaron en divisarlos. Cuando estuvieron a una distancia suficiente, azuzaron a sus monturas picando espuelas y se lanzaron contra ellos con tanta saña que cuando los españoles vieron a los mambises romper el horizonte blandiendo sus machetes embravecidos por la pérdida del que fue el azote de Oriente, no se atrevieron a presentarles batalla. Abandonaron los cuerpos y se batieron en retirada.

Al caer el día y con los cadáveres limpios y amortajados, se decidieron a esconderlos en un lugar seguro donde ningún español los pudiera localizar.

—Mi tío posee una finca, y allí nadie los buscará —dijo Delgado.

—Iré contigo —respondió Guillermo.

Juan y Guillermo habían visto la muerte de cerca en demasiadas ocasiones como para aprender a vivir con su presencia. Sin embargo, lo que se disponían a hacer ahí superaba todo lo experimentado con anterioridad. El pesar era tan profundo y la pérdida tan grande que no se atrevían a hablar. La noche oscura solo daba tregua a los sonidos que los acompañaban durante el camino, y la luna se dejaba entrever como un hilo en una bóveda plagada de estrellas. El acceso hacia la finca del tío de Juan resultaba largo y tortuoso, por lo que se vieron obligados a atravesar cañaverales, ríos y manigua con sus monturas y el par de mulas que cargaban los cuerpos. La brisa movía a los árboles, que se agitaban a su paso con quejumbrosos plañidos que velaban a los muertos, a los que se sumaban los gemidos lastimeros de algún animal salvaje en la lejanía. Nada podía interrumpir su paso, puesto que debían esconder los cuerpos hasta que acabara la guerra y así evitar que cayeran en manos enemigas. No se detuvieron a tomar aliento, y solo después de transcurridas varias horas una casa humilde

se intuyó en la distancia. La pequeña edificación se hallaba rodeada de campos de cultivo y árboles frutales, en una finca situada en el último confín de la isla, demasiado remoto y aislado como para que alguien sospechara que los cuerpos se hallaban allí.

El silencio de la madrugada se resquebrajó con el ladrido profundo de un perro que anunciaba su presencia. El tío de Juan se asomó por una rendija cuando llamaron a la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Traemos a Antonio Maceo y al hijo de Máximo Gómez, tío.

Por un momento, al escuchar esos nombres, el hombre no comprendió a Juan, pero luego escrutó los dos bultos tendidos sobre la hierba y asintió con solemnidad.

—¿Y qué quieres que haga con ellos?

—Hay que enterrarlos y no decir dónde se encuentran hasta que sea seguro.

El tío asintió, conmovido por las noticias que le llevaban los dos soldados.

—Si gana Cuba, dígaselo al Gobierno de la república. Si pierde, hágaselo saber a Máximo Gómez —dijo Juan.

Después tomaron las palas y los picos y comenzaron a cavar las fosas cerca de un árbol solitario. Antes del alba depositaron los cadáveres en el interior de las tumbas, ambos cubiertos con sábanas limpias. Observaron los bultos yaciendo a varios metros dentro de la tierra en una silenciosa despedida. El tío de Juan pronunció un par de rezos por sus almas y después empezaron a cubrirlos. Cuando terminaron, el día rompía por el horizonte y se sentían agotados; aun así, no se detuvieron para aceptar el café que les ofreció el pariente de Juan. Continuaban demasiado compungidos por el dolor, y lo único que deseaban era alejarse del lugar que les recordaba la pérdida tremenda que habían sufrido.

Se marcharon de la finca en silencio, escoltados por los ladridos del mismo perro que los sintió llegar. Guillermo era consciente de que, a pesar de todas las cicatrices que la guerra les había dejado, la pérdida de Maceo les había arrebatado el corazón de la insurgencia, y a partir de aquel instante tuvo la certeza de que la guerra se podía dar por perdida si no sucedía un milagro.

31

GUIPÚZCOA, 8 DE AGOSTO DE 1897

Tres disparos fueron los que crisparon el silencio en Santa Águeda. Uno impactó en la cabeza, otro en el cuello y el último en el flanco. El cuarto no llegó a realizarse porque uno de los escoltas del presidente se abalanzó contra el asesino y lo detuvo. En el momento de confusión que prosiguió a la escena atroz, nadie alcanzaba a comprender los motivos por los que el joven Ennio Rinaldi, el amable periodista del *Popolo d'Italia*, que durante varios días entrevistó a las gentes del balneario y encandiló corazones con su aspecto apuesto y su mirada reflexiva, había cometido tan aberrante acción.

Un reguero de sangre se iba acumulando en el suelo junto al cuerpo sin vida de Antonio Cánovas, que, hasta unos instantes atrás, leía el periódico con tranquilidad. Cuando su mujer llegó a la escena, alarmada por el sonido de los disparos, se le escapó un chillido desgarrador y se abalanzó sobre su marido, sin comprender lo sucedido. Se había despedido de él unos minutos atrás, justo después de regresar de la misa del domingo. Su marido decidió salir sin su escolta porque buscaba un poco de la tranquilidad que ofrecía el balneario, y nada le hacía sospechar que su vida estuviera amenazada en ese lugar. Al levantar la mirada, la mujer de Antonio Cánovas observó al joven periodista que había rondado a su marido en los últimos días y comprendió que se trataba del responsable.

—Canalla, asesino —le increpó ella con los ojos crispados de lágrimas.

Michele Angiolillo, el verdadero nombre del verdugo, la miró con compasión, y cuando habló, lo hizo con voz serena.

—Señora, yo no soy un asesino. Por respeto a una mujer tan digna como usted, no lo he matado antes. Para evitarle a usted el espectáculo, busqué la ocasión de encontrarlo solo. Yo he venido a cumplir con mi deber, he venido a vengar a mis hermanos de Montjuic.

Angiolillo mostraba una entereza glacial a pesar de ser consciente del final que le aguardaba. Daba su vida por la que quitaba, y se enfrentaría con valentía al garrote vil. Él no se consideraba un

criminal, porque impartía la justicia que les habían negado a sus hermanos anarquistas tras la dura represión sufrida después del atentado que provocó varios muertos y decenas de heridos en Barcelona el año anterior. Con gusto aceptaba las consecuencias de sus actos, por los que sería ajusticiado pocos días después.

La Habana, 9 de agosto de 1897

Nada hacía prever que un suceso acaecido a tantas leguas de Cuba pudiera tener unas repercusiones tan grandes para la isla. Esa misma jornada, unas horas más tarde, cuando el día sobrevenía en las Antillas, Valeriano Weyler leía las últimas noticias sobre el estado de la contienda. Confiaba en alzarse victorioso antes de la primavera del año siguiente, y así se lo había hecho saber al presidente. Desde hacía tiempo se congratulaba de que La Habana, Matanzas, Santa Clara y Puerto Príncipe hubieran pasado meses pacificados, y, a su forma de ver, era cuestión de tiempo que el resto de provincias también cayeran. Si bien los insurgentes, liderados por Máximo Gómez y Calixto García, continuaban guerreando, con el final de la época de lluvias volverían a retomar el fragor de la contienda y las tornas virarían a su favor.

Sin embargo, el capitán general no contaba con que algo parecido al suceso de Santa Águeda aconteciera, y nada le hacía sospechar que estaba a punto de descubrir el terrible magnicidio. Rompía el mediodía en un sol ardiente que anunciaba la canícula propia del verano cuando un soldado de rostro lampiño que se esforzaba por aparentar frente al gobernador más porte del que calzaba le llevó un telegrama al despacho. Weyler lo despidió y abrió la misiva sin sospechar. Al comenzar a leerla tuvo que sentarse en una silla al flojearle las piernas. No al enterarse de la muerte de un hombre al que había admirado, sino porque a partir de ese instante se sabía fuera de la capitanía general de Cuba y todos los esfuerzos y los sacrificios hechos por reducir a los insurgentes caerían en saco roto.

Era consciente de que las semanas que sobrevendrían al asesinato serían demasiado convulsas. La reina regente se vería forzada a elegir a un nuevo presidente que tendría la misión de enderezar un país sumido en la ruina, estancado en una guerra a miles de leguas y que lo iba acercando inexorablemente a una contienda con los Estados Unidos desde que nombraran a McKinley como nuevo presidente. España se precipitaba sin remedio hacia el final de una era, y no había a quién recurrir para solucionarlo o, al menos, eso pensaba él. En ese momento, más que nunca, debía esforzarse por encontrar una opción

que le permitiera ganar la contienda.

Paseó la mirada por las paredes como si entre los tapices y cuadros que las adornaban pudiera hallar una solución, pero pronto se percató de que, por mucho que intentara hacer, el tiempo se le agotaba con demasiada rapidez. Aunque aún no estaba todo perdido, y, si bien no podría ganar la guerra antes de que lo destituyeran, sería capaz de reactivar la campaña y arrancar a los mambises de Pinar del Río y Oriente. Si lograba pacificar esas provincias, se hallaba convencido de que le permitirían concluir la guerra, y nadie se atrevería a pedir su regreso a Madrid. Ni siquiera Sagasta, al que tarde o temprano la reina acudiría con toda seguridad. No obstante, el problema que debía sumar a la falta de tiempo era el estado de las tropas. Y eso sí supondría una dificultad. Tras los meses de estancamiento producidos por la época de lluvias y con gran parte del grueso del ejército afectado por la fiebre amarilla y la malaria, era consciente de que ejecutar una arremetida a una escala como la que planeaba conllevaría la pérdida de muchas vidas. Pero estaba dispuesto a hacer ese sacrificio si con ello sentenciaba a la insurgencia.

San Sebastián, 13 de septiembre de 1897

El nuevo embajador de los Estados Unidos, Stewart Woodford, abandonaba la residencia real con premura después de haber presentado sus cartas credenciales a la reina regente. Se disponía a regresar a su hotel, desde donde informaría al presidente McKinley de la conversación mantenida con ella. Tras salir del palacio, infestado de un olor apolillado —allí, según Woodford, se paladeaba la decadencia de un régimen obsoleto—, inspiró con alivio el aire fresco de la calle, que venía cargado de olor a mar. Los soldados que escoltaban la entrada lo observaron con cierto recelo y no le quitaron ojo hasta que se alejó en dirección a su carruaje. A nadie se le escapaba la tensión que existía entre ambos países, por lo que los americanos no eran bien vistos en esos tiempos.

Woodford se montó en su vehículo de mala gana; le hubiera gustado poder pasear por las pintorescas calles de la ciudad y llegar a su hospedaje a pie, pero debía transmitir la información al presidente, y sabía que las retransmisiones por cable tomaban su tiempo. El carruaje comenzó a desplazarse, alejándose del palacio en dirección a la ciudad. Durante el trayecto, el embajador rememoró la conversación que había mantenido con la regente. Había anotado en una libreta algún detalle importante que no quería olvidar, y no pudo evitar resoplar ante la testarudez de la soberana. No comprendía por

qué los españoles se empeñaban en mantener una disputa que sabían que no ganarían. Ni por qué se negaban una vez más a vender la isla cuando sabían con certeza que las arcas del Estado se encontraban vacías, ni por qué se empeñaban en corromper las relaciones con una potencia que los había superado en todos los ámbitos tiempo atrás, arriesgándose así a la amenaza de una guerra contra ellos. Una guerra que cada vez más voces pedían en su país. A pesar de la obstinación exhibida por la reina, él se había mostrado cortés pero tajante. Estados Unidos no iba a permitir que otra guerra interminable desestabilizara sus intereses en el Caribe. La situación debía controlarse de inmediato si España no deseaba que los Estados Unidos tomaran parte en el conflicto. E hizo hincapié en que tendrían que asegurar la paz en las siguientes semanas. No obstante, sus palabras no parecieron amedrentar a la regente, que tuvo la osadía de recordarle que España era un país soberano y que los Estados Unidos no debían inmiscuirse en sus asuntos internos. *«Si verdaderamente quieren colaborar, y el buen presidente McKinley es mi amigo, como afirmaba serlo, sería una buena idea que prohibiera a sus ciudadanos proveer con armas a los insurrectos. Sin lugar a dudas, ese gesto ayudaría a pacificar el conflicto con más rapidez»,* había dicho ella. Después se permitió observar el paisaje de las callejuelas adoquinadas que se enredaban en el entramado de la ciudad, recortada contra el monte Urgull. Y regresó a su libreta para escribir sus pareceres sobre los rumores que se escuchaban en el país y que clamaban por el pronto retorno del liberal Sagasta al poder:

> *«Con la llegada de los liberales al Gobierno, estoy convencido de que se buscará el consenso con los insurgentes. Con toda seguridad se concederá a Cuba la autonomía, tal y como hemos sugerido, y se acabará destituyendo a Weyler».*

Woodford se mostraba persuadido de que el presidente leería esas noticias con interés. Cada vez más senadores y congresistas clamaban por entrar en la contienda, y la información que había recabado esos días podría calmar los ánimos. Al menos por el momento.

MADRID, FINALES DE SEPTIEMBRE DE 1897

Sagasta recorría el pasillo algo encorvado. Hacía tiempo que se fatigaba, y en esos instantes le costaba mantener el paso firme del mayordomo que lo acompañaba. El sol de primera hora de la mañana se colaba por las ventanas de manera oblicua para descubrir un manto de motas brillantes flotando en el aire espeso. La alfombra, algo

desgastada pero bien mullida, amortiguaba sus pasos, y de ella se desprendía una estela de polvo que se elevaba a medida que avanzaban. Anduvieron en silencio, recorriendo el largo corredor decorado de manera ostentosa, envueltos por las más estrictas normas protocolarias. Finalmente, el sirviente se detuvo frente a una puerta de doble hoja y abrió una de ellas. Después anunció su presencia y le dejó paso para entrar en la sala. La reina regente, María Cristina de Habsburgo-Lorena, lo aguardaba sentada en un sofá de brocado con la mirada perdida en aquella mañana castiza. La luz iluminaba la estancia con la calidez de unos tonos dorados. La monarca tenía el rostro ojeroso y llevaba el pelo recogido en un moño alto del que se derramaban pequeños rizos. Sus ojos, levemente caídos, le daban una expresión de eterna melancolía. Nada más entrar, ella le devolvió la mirada. Después le ofreció sentarse. Él hizo una reverencia formal antes de tomar asiento en el sofá frente a ella. Sagasta la estudió en silencio. Se adentraba en la boca del lobo, y lo podía percibir en su pellejo.

—Muchas gracias por atender mi llamada con tanta prontitud, Práxedes.

—No podría ser de otra manera, majestad.

—Déjate de formalismo, querido Práxedes. Que hoy estás aquí para que yo te pida un favor a ti.

El político inspiró con pesadez y después le sonrió, porque sabía lo que la regente iba a plantearle, algo que, con mucho pesar, se vería forzado a aceptar. Sin embargo, antes de aventurarse a preguntarle por el favor que le debería conceder, intentó retener la sensación de esos instantes de ligereza que lo habían acompañado en los últimos años, desde que Cánovas tomara la presidencia del Gobierno. Durante unos instantes perdió la mirada en el exterior. El horizonte de bruma azulada se abría sobre el Campo del Moro, y, en la distancia, se divisaba la Casa de Campo. La brisa mecía con fuerza la vegetación, y se quedó contemplativo, disfrutando de aquella visión. Después, consciente de que se había sumergido en un silencio demasiado largo, se volvió hacia María Cristina, que lo observaba con fijeza.

—¿Qué es lo que puedo hacer por usted, majestad?

Ella buscó las palabras adecuadas.

—Lamentablemente, Marcelo Azcárraga no está tan familiarizado con los problemas que pesan sobre nuestro país como para hacerles frente. Soy consciente de que ha hecho todo lo que se encontraba en su mano en un intento de solventar la situación, pero tras la tragedia que vivimos en Santa Águeda unas semanas atrás, cuando ese anarquista arrebató la vida de Cánovas, la única persona en la que puedo confiar para encauzar la situación y sacar a España de esta crisis que vive eres tú, Práxedes. Por eso te pido que regreses al frente

del Gobierno y hagas lo que sea necesario para poner fin a esta guerra, acallar las protestas de los americanos y sacar de la ruina a España.

Después de pronunciar estas palabras, aguardó a que el antiguo presidente aceptara; le sostuvo la mirada durante el tiempo que el anciano guardó silencio. Sus ojos cansados y envejecidos no la engañaban, sabía que con gusto habría declinado su petición, pero Práxedes se debía al país: era su obligación como político y patriota aceptar la encomienda de la reina regente. Así que antes de hablar accedió con un movimiento de la cabeza.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para aliviar la crisis en la que nuestro país se ve sumergido. Espero no fallarle.

La Habana, principios de octubre de 1897

Valeriano Weyler saboreaba una copa de ron —al que había ido cogiendo afición desde su llegada a la isla— mientras releía de nuevo el telegrama. Tragaba el licor dulzón con regusto amargo como la angostura porque no había pasado una semana desde la toma de poder de Sagasta antes de que este decidiera relevarlo de su cargo. El general Ramón Blanco ocuparía su posición en unas semanas. A Weyler se le removieron las entrañas al pensar que aquel que no había logrado pacificar Manila sería enviado a librar una guerra que superaba con creces la revuelta en las Filipinas. Eso no eran más que sandeces, y entendía que a él lo habían convertido en un chivo expiatorio. Con su sacrificio, Sagasta esperaba encontrar consenso en una situación en la que era imposible hallarlo. Los insurgentes no cederían en su empeño de independencia. No habría paz con la prometida autonomía. Y el pusilánime de Sagasta era un necio si así lo creía. Estaba claro que el nuevo presidente estaba cediendo a las exigencias de los Estados Unidos, pero en eso se diferenciaban los liberales de los patriotas de verdad, de los conservadores como él, como el difunto Cánovas, que estaban dispuestos a sacrificar lo que hiciera falta por mantener la honra, por defender la patria. Si debían enfrentarse en una guerra contra los americanos, que así fuera. Cualquier cosa resultaba mejor que afrontar el deshonor de la cobardía. Sin embargo, aquella decisión no lo incumbía a él, y su única opción a partir de ese momento sería regresar a Madrid y poder convencer a la reina regente del grave error que estaba cometiendo.

Unos días más tarde abandonaba La Habana acompañado por una acalorada muchedumbre que lo vitoreó y despidió como un héroe, o al menos eso fue lo que dijo la prensa en España. Una bienvenida similar tuvo al llegar a La Coruña y más tarde en Barcelona y Mallorca, donde

lo recibieron como un glorioso paladín de guerra que había logrado acabar con Maceo y pacificar la isla. Hasta le dedicaron un himno.

Sin embargo, en tanto que la sociedad en España se dejaba cegar por las odas a sus adalides, en las Antillas se fraguaba la desgracia.

32

La Habana, finales de enero de 1898

El sol brillaba con fuerza y el ambiente de la ciudad parecía impregnado de esa misma intensidad cuando Damián condujo el quitrín en dirección al puerto. Varias bandadas de pájaros rasgaban el cielo con su vaivén y llenaban de cantos esa mañana memorable. Las avenidas que atravesaban la ciudad se mostraban relucientes, engalanadas con guirnaldas y banderas rojigualdas, recorridas por un murmullo como de enjambre que recorría el puerto, donde la gente comenzaba a aglomerarse a la espera de la llegada del Maine, el buque que los Estados Unidos habían mandado para consolidar la amistad entre ambos países. Sin embargo, Macarena, que observaba la algarabía montada, se mostraba reticente a creer que una amistad se apuntalase con un acorazado de guerra.

Un mes atrás, en un acto de conciliación, *La Gaceta de La Habana* publicó que España concedía la autonomía a la isla, petición que los insurgentes habían clamado durante décadas. No obstante, Máximo Gómez y sus rebeldes se negaron a aceptar la medida —que se presentaba demasiado tarde—, y cuando España anunció un indulto a los secesionistas arrepentidos, el general en jefe de las fuerzas insurrectas amenazó con paredón y machete a los traidores. Para desgracia del Gobierno peninsular, la isla continuaba sumergida en una guerra de desgaste sin que se intuyera un final. La llegada del Maine a las costas cubanas parecía una seria admonición de la advertencia que el embajador Woodford transmitiera meses atrás a la reina María Cristina. Pero el punto de inflexión por el que McKinley decidió mandar el acorazado había detonado pocos días atrás en La Habana, cuando estalló una revuelta a raíz de la publicación de una noticia de *El Reconcentrado*. El diario, de tintes insurgentes, criticó a un alto cargo militar español, y algunos oficiales, sin atender a las instrucciones de sus superiores, prendieron fuego a la sede. La respuesta popular no se hizo esperar, y tuvo que ser sofocada con contundencia. El hecho terminó de quebrantar la poca confianza que los americanos habían depositado en el gobierno liberal de Sagasta, y su respuesta resultó igual de contundente.

Al mismo tiempo que el Maine se aventuraba a cruzar la fortaleza del Morro, el acorazado Vizcaya navegaba rumbo a Nueva York en un acto recíproco de «amistad». La tensión entre ambos países iba repuntando mientras un agotado Sagasta se esforzaba en pacificar la situación de la isla y cumplir con las expectativas impuestas por el presidente estadounidense.

Macarena iba observando a las gentes habaneras arremolinándose en los alrededores portuarios. La brisa fresca de finales de enero empujaba el rumor de las voces que se agolpaban a la entrada del muelle. Damián sorteaba con agilidad a los viandantes que se interponían en el camino del vehículo, increpándolos con su gracia caribeña o avisándolos con algún que otro silbido. La tía Aurelia iba sentada al lado de su sobrina, encogida en el asiento, y aprovechó uno de los altos del quitrín para murmurar algo al doctor Morales. El galeno también se había animado a acompañarlas y presenciar ese histórico momento que, más que cualquier otro en los últimos años, había despertado la simpatía y la curiosidad de las gentes de La Habana, que hallaron el pretexto perfecto para echarse a la calle con sus mejores galas y reunirse en los cafés y bares de la ciudad.

El acorazado se dibujaba contra el horizonte, deslumbrando bajo el sol. La bandera de las barras y estrellas se veía ondear al viento. Entre tanto, la comitiva en tierra se preparaba para recibirlo con las salvas y los honores protocolarios. Macarena pudo divisar en la lejanía al nuevo capitán general, Ramón Blanco, con su porte elegante y su semblante circunspecto. El rumor del gentío se acalló con el sonido de las salvas disparadas. La muchedumbre rompió en aplausos cuando los primeros oficiales norteamericanos, encabezados por el capitán Charles D. Sigsbee, desembarcaron del Maine. El general Blanco se acercó para recibirlos, saludando con aire marcial y la seriedad propia de las circunstancias. Poco después se alejaron en dirección a los carruajes que los conducirían a la recepción oficial en el palacio de los capitanes generales. Y una vez se hubieron marchado, los asistentes comenzaron a dispersarse, permitiendo que el puerto recuperase su habitual ajetreo como si nada hubiera sucedido.

—Por mucho que se mantengan las apariencias, a mí no me da buena espina que los americanos hayan enviado un barco de guerra —murmuró Macarena.

Morales asintió un par de veces secundando sus pensamientos.

—El capitán general no parecía muy contento con la visita.

Ella se quedó pensativa unos instantes hasta percatarse de que aún se hallaban parados en las inmediaciones del muelle. En el ajetreo del puerto, se detuvo a observar el navío recién llegado, con su pintura reluciente y sus enormes chimeneas recortadas contra el cielo cristalino. Estaba convencida de que eran otros los motivos por los que

el Maine había arribado a la isla, y se disponía a averiguarlo.

—Vayamos al Louvre. Seguro que Federico está allí y tendrá algo más que contarnos.

—¡Ay, hija! Yo no tengo el cuerpo para tanto trote —se quejó Aurelia, a quien los estragos de los años y la guerra le empezaban a pesar en los huesos.

—No te preocupes, tía. Damián os llevará de regreso a casa. Yo me volveré en una volanta.

—No creo que eso sea seguro, hija. Los tiempos están muy agitados —dijo la anciana rememorando la revuelta que había sacudido las calles unos días atrás.

—Tranquila. Me haré cargo de que Federico me acompañe de vuelta.

El quitrín cruzó las calles con la zozobra de la intranquilidad prendida en sus ocupantes. Macarena podía sentir la sombra acechante del Maine contra sus espaldas, y se temía que no transcurriría mucho tiempo antes de que los americanos entraran en la guerra. En ese estado de inquietud, los pensamientos se deslizaban en su cabeza sin control ni orden, y fue en ese instante que Macarena deseó poder escribir a James para preguntarle por lo que estaba sucediendo, pues él estaría al tanto de todo. La razón que la detenía era albergar la certeza de que el largo mutismo de su antiguo socio no se veía empujado por la contienda que se vivía en la isla, y sintió que algo en sus entrañas se removía al pensar en su ausencia y en los meses que habían pasado desde la última vez que hablaran. Sin embargo, se acercaban al final de su trayecto, y no era momento de enredarse en aquello, así que desechó ese pensamiento.

La esquina del Louvre se recortaba en la orilla de la ciudad, atravesada por las gentes que inundaban el paseo del Prado. Desde la distancia ya se intuía que el café se encontraba abarrotado, y cuando Damián detuvo el carruaje, la joven creyó más oportuno que fuera el calesero quien se adentrara en el café en busca de Federico.

—Estate atento de lo que se comenta.

Él asintió, y no tardó en penetrar entre el gentío en esa dirección. Los tres ocupantes del quitrín aguardaron bajo la calidez del sol invernal en un tenso silencio que ninguno se atrevió a romper. Macarena se perdió en un pensamiento en concreto que empañaba el resto: James Vanderbilt. Durante semanas había esperado con ansias su regreso; más tarde, aguardó sus noticias durante meses antes de convencerse de que ninguna de las dos posibilidades iba a suceder. El heredero de uno de los imperios más grandes del continente americano se había desvanecido en la bruma de la distancia, y Macarena aceptó que James salió de su vida y que jamás lo vería de nuevo. El paso del tiempo borró el abatimiento sentido al percatarse

de aquel hecho, y se prometió respetar la decisión del americano y no volver a tener contacto con él hasta esa mañana en la que sintió cómo su firmeza se tambaleaba bajo el acecho de la presencia del Maine.

Tuvo que pasar un buen rato antes de que percibieran la silueta del joven calesero de regreso.

—Me ha sido imposible localizarlo, doña Macarena. Pero es evidente que entre la gente hay una opinión reinante. Todos desconfían de los motivos de la visita de los gringos, y no los quieren entrometidos en su disputa.

—Desde luego pinta que así será. Nadie en su sano juicio manda un navío de guerra como muestra de amistad —murmuró Francisco.

—Vámonos a casa. Enviaré una nota a Federico cuando lleguemos —dijo Macarena.

El silencio proyectó su espectro en el camino de regreso. Ninguno hallaba los ánimos suficientes para hablar. Macarena observaba las calles adornadas, la gente engalanada que se recogía en sus casas y se cruzaba con los pobres que seguían anegando la capital. Una vez en la calle Egido, Mariana los recibió con la noticia de que Federico aguardaba a Macarena. La tía Aurelia se sentía demasiado agotada para atender visitas y se retiró a descansar. Macarena y Francisco encontraron a Federico en la sala de estar, acomodado en uno de los sofás mientras leía el diario. El sol penetraba por las ventanas acompañado del trinar de los pájaros, y la andaluza pensó que podría haber sido una mañana deliciosa de no haber sido por el mal augurio que ensombrecía la isla. Al percatarse de su presencia, Federico se levantó para saludarlos.

—Me alegra que hayas venido. Espero no haberme demorado demasiado —dijo ella.

Su semblante serio denotaba la preocupación que lo reconcomía, y, tras unas palabras de cortesía que exigía el protocolo, se sentaron. Como siempre que veía a Federico, Macarena no perdió la oportunidad de preguntarle por Guillermo. Hacía varias semanas que no le habían llegado noticias, y confiaba en que su amigo estuviera a salvo.

—Me temo que no sé nada desde la última vez —dijo Federico, e intuyendo la sombra de preocupación en el rostro de la joven, se apresuró a añadir—: Estará bien; le sobra picaresca como para dejarse matar.

Macarena guardó silencio unos instantes, obligándose a creer las palabras de su amigo, y después abordaron el asunto del Maine.

—Esto es más serio de lo que esos ciegos ignorantes se creen —apuntó el pelirrojo refiriéndose al gentío que esa mañana se había echado a las calles para recibir a los americanos entre vítores y vivas —. No podrían ver el peligro aunque estuvieran rodeados por una

jauría de lobos…

—No todos comparten esa opinión —apuntó el galeno—. En el Louvre hay muchas voces que se han alzado en contra de su presencia. Al menos eso es lo que nos ha dicho Damián.

Federico asintió. Después se levantó, incapaz de contener sus nervios, y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, de donde sacó una pitillera, y, tras ofrecer un delgado cigarro a Francisco, cogió uno para él, se lo puso entre los labios y lo prendió.

—Sea como sea, esto no pinta bien. Si los Estados Unidos entran en la contienda, no será en ayuda de los insurgentes, sino para guerrear contra España. —Se paseó irritado por la estancia exhalando el humo.

—Nada de esto hubiera sucedido si esos sublevados no se hubieran levantado contra el legítimo gobierno de España —le espetó Morales.

—No se habrían rebelado si estuviéramos gobernados por gente decente, no por un atajo de corruptos ignorantes… Sagasta y Cánovas, y de vuelta Sagasta, y así durante años, como si no fuera evidente que todo está amañado. Y lo peor es que nadie ha ofrecido una solución a nuestros problemas en los cien últimos años… —respondió Federico.

—Ya está bien, caballeros —intervino la anfitriona—. No es momento de comenzar a discutir quién tiene razón.

El galeno miró con escozor a Federico y se revolvió en su asiento. Macarena observaba la escena, y pensó que estarían condenados a perder el conflicto con Estados Unidos si tan siquiera unos amigos eran incapaces de dejar de lado sus diferencias para enfrentarse a un enemigo común. En ese preciso instante, una doncella entró en la estancia llevando unas viandas y una jarra de limonada.

—Será mejor que traigas una botella de ron —pidió Macarena.

La joven no tardó en regresar con el licor y llenar tres vasos. Cuando se marchó, la conversación retomó su curso.

—Dejando nuestras diferencias de lado —dijo Federico en tono conciliador—, lo que está claro es que si los gringos se suman a la guerra, ninguno de los bandos actuales tiene alguna posibilidad contra ellos. Al menos, esa es mi opinión.

Tanto Francisco como Macarena estuvieron de acuerdo en aquella apreciación. Los recursos de los insurgentes eran limitados y provenían del país vecino. Y si entraban en contienda con ellos, esa ayuda se cortaría de inmediato. Al mismo tiempo, España estaba arruinada, sus habitantes se veían agobiados por los impuestos para mantener aquella contienda y se carecía de los recursos necesarios para costear un conflicto con los americanos.

—Estoy convencido de que en las próximas semanas tantearán el terreno y explorarán futuras alianzas con los cubanos —afirmó Federico—. Al fin y al cabo, el problema lo tienen con España, no con Cuba. —Hizo una pausa para dar un trago de su vaso.

—¿Y qué es lo que pretendes que hagamos? —inquirió la andaluza.

Federico negó con la cabeza.

—No hay mucho que podamos hacer salvo recabar información. Tal vez ayude a evitar que los Estados Unidos se entrometan en esta guerra.

—Lo dudo —respondió ella.

—Yo también, pero no tenemos otra opción que intentarlo.

Después dieron por concluida la reunión, acordando que durante las siguientes semanas harían todo lo posible por conseguir información de utilidad que sirviera para frenar las pretensiones de los Estados Unidos o, al menos, que revelaran sus intenciones reales. Macarena se encargó de poner al corriente de su reunión a la tía Aurelia, Damián y Mariana. Cualquier enredo, rumor o comentario, llegado el momento, podía resultar útil. Mientras, el personal de servicio incrementó su presencia en los mercados y las calles donde los soldados se aprovisionaban, así como en los alrededores portuarios, donde el Maine continuaba amarrado; Federico, Francisco y Macarena se esforzaron por acudir a los cafés, restaurantes salones y hoteles que los oficiales frecuentaban. Pronto sus *soirées* se vieron amenizadas con la presencia de algunos de ellos y, en menos ocasiones, por la del capitán Charles D. Sigsbee. Y no transcurrió mucho hasta que Federico Borrell —conocido simpatizante de la insurgencia— comenzó a visitar sus mesas.

Pasadas poco más de dos semanas Federico se presentó de nuevo en la calle Egido. La tarde caía y el sol se escondía sobre un cielo inflamado con las últimas notas anaranjadas del día. Macarena se hallaba en su dormitorio, dando los últimos retoques a su atuendo con la ayuda de Lourdes, cuando Mariana llamó a la puerta.

—Don Federico la espera en la biblioteca, señora.

La andaluza asintió y despidió a ambas sirvientas sin molestarse en dejar que Lourdes terminara su trabajo. Se dirigió a la sala y encontró a Federico fumando cerca de la ventana. Una suave brisa se colaba desde el exterior y el humo azulado de su cigarro se erguía, en un baile sinuoso, sobre su semblante. Macarena se percató de que estaba engalanado para una ocasión especial y presintió que algo estaba por ocurrir.

—¿Qué sucede, Federico?

Él se giró en su dirección. La observó de arriba abajo antes de hablar.

—¿Ibas a salir?

Ella asintió.

—Confío en que no fuera importante. Necesito que me acompañes.

—¿A dónde? ¿Está todo bien?

Federico no se molestó en responder más que con un movimiento de cabeza. Después aspiró el humo de su cigarro y lo expulsó tras un incómodo silencio que duró escasos segundos.

—Al palacio de los capitanes generales. Esta tarde, en la corrida de toros, había un par de oficiales americanos, y me han confirmado que Sigsbee estará en la recepción de esta noche. Creo que algo se cuece, y me gustaría tener un par de ojos y oídos adicionales, ¿y qué mejores que los tuyos? —Sonrió.

—¿Y cómo crees que nos van a dejar entrar?

Federico la estudió con cierta deferencia.

—Es increíble que no sepas sacarle más provecho a tu alcurnia…

—¿Qué quieres decir?

—Que tu apellido y tu abolengo abren puertas, y esta vez nos han abierto las de la capitanía general.

Macarena lo miró sorprendida de que hubiera utilizado su nombre para invitarse a la recepción, pero no era momento de ofenderse por ese detalle.

—Tendré que cambiarme.

—Te espero. Aunque, si no es mucho pedir, date prisa.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

Se retiró y convocó a Lourdes. No tardaron en elegir el vestido más adecuado para la ocasión, al igual que los complementos, joyas y peinado que debería llevar. En menos de una hora se encontraba dispuesta para marcharse, y abandonaron la calle Egido en dirección al palacio de los capitanes.

Fuera, la noche era plácida y el cielo se veía cuajado de estrellas. Nada parecía alterar la calma nocturna, y Macarena suspiró pensando que tal vez se estaban precipitando al sospechar de los americanos. Al fin y al cabo, desde su llegada no habían logrado recabar ningún tipo de información sospechosa a pesar de que Federico se aseguró de tener oídos en todos los lugares que frecuentaban, desde los lujosos salones donde acostumbraba a jugar con ellos al póquer hasta los prostíbulos de las inmediaciones del puerto. Nadie, de momento, había logrado entrever las intenciones bélicas de los visitantes porque, tal vez, no existían.

El carruaje atravesó la entrada del palacio y se detuvo en el patio, junto a las escaleras, donde otros quitrines descargaban a sus pasajeros. La algarada de la gente se percibía desde allí, y se dirigieron escaleras arriba en dirección al salón donde se celebraba la recepción, siguiendo un largo reguero de gente. Entraron en una sala descomunal en la que una opulencia indecorosa recibía a los invitados que se iban aglomerando en pequeños grupos. Federico no perdió tiempo y comenzó a mirar a los asistentes intentando localizar a

Sigsbee o a cualquiera de sus oficiales, pero no tuvo suerte.

—Tal vez sería buena idea que nos separásemos —sugirió Macarena.

Él la observó contrariado. No era correcto dejarla sin acompañante.

—Por el amor de dios, Federico. Después de todos los periplos que he vivido desde que llegué a Cuba, ¿vas a tener remilgos en que me pasee por un salón sin compañía?

Él le respondió con una sonrisa tímida y asintió.

—Está bien. Nos reuniremos aquí en media hora.

Ella estuvo de acuerdo, y lo vio alejarse. Macarena no tardó en escurrirse entre la gente que se agolpaba en el salón, estudiando los rostros de los habituales a esos tipos de saraos. En el interior de aquella estancia poco indicaba que la isla estuviera sumida en una guerra desde hacía varios años. Se detuvo el tiempo necesario para saludar a sus conocidos y responder a las preguntas de cortesía y luego prosiguió con la búsqueda de los americanos, sin embargo, no estaba resultando fructífera. Entre el mar de rostros que la rodeaban podía distinguir la llameante cabellera de Federico en la lejanía, quien, al igual que ella, no parecía tener mucha suerte. Miró el reloj que se encontraba al otro lado de la sala; le costaba distinguir las manecillas desde la distancia, pero habría jurado que solo habían transcurrido diez minutos. Suspiró pensando que todavía le quedaban algo más de veinte para deambular por la sala cuando escuchó una voz tan familiar que un escalofrío le sacudió el cuerpo entero. Se giró en la dirección de donde provenía y vio con perplejidad a la persona que tenía frente a ella, porque había creído que sus caminos jamás volverían a juntarse. Pero, como en muchas creencias, en esta Macarena también se había equivocado.

—Me preguntaba si nos encontraríamos hoy. Veo que mi vieja intuición continúa acertando de vez en cuando.

Al escuchar la fingida calidez con la que la trataba doña Carlota Miranda, Macarena no pudo evitar esgrimir un gesto de desagrado.

—Marquesa du Conti, no puedo imaginarme qué la trae por aquí esta noche… —dijo con ironía.

La anciana esbozó una sonrisa artera como respuesta a sus palabras.

—Lo mismo que nos ha juntado a casi todos. Lo mismo que la ha traído a usted, querida.

—Eso lo dudo —respondió la joven con aspereza. Estaba dispuesta a marcharse en dirección opuesta cuando la anciana la asió por el antebrazo con delicadeza.

—Macarena, espere. No se vaya.

Su voz se había desprendido del cinismo que normalmente la impregnaba, y Macarena pudo percibir un ligero tremor en ella. La

andaluza se vio obligada a detenerse y escucharla.

—Sé que nuestros intereses han sido dispares. En ocasiones nos hemos visto en bandos opuestos —la marquesa dejó escapar una sonrisa vaporosa que se esfumó un instante después—, pero por muchas diferencias que hayamos tenido en el pasado, los acontecimientos actuales nos fuerzan a ser aliadas. Y lo sabe.

Macarena no cabía en sí de asombro al escuchar escurrirse de esos labios macilentos tales palabras, y estuvo tentada de desquitarse y soltarle cualquier improperio que le diera a entender que jamás, bajo ninguna circunstancia, podría considerarse coligada a una sanguijuela como ella. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciar palabra, la marquesa prosiguió.

—Ahora tenemos un enemigo común. Cuando esos americanos codiciosos ganen la guerra y se hagan con el control de Cuba, ¿a quién cree que beneficiarán? Pues a sus compatriotas, a los gringos que han invertido en la isla y a los españoles, que nos lo robarán todo.

Macarena se limitó a estudiarla en silencio. Esa mujer era la culpable de la ausencia de las personas que más le importaban, entre ellas Teresita y James. Por mucho que buscara reconciliarse con ella, albergaba la certeza de que no sería capaz de perdonarla.

—Con toda sinceridad, me trae sin cuidado lo que hagan con su isla. Mis intenciones no han cambiado desde el día que mi marido falleció. En cuanto esta guerra acabe, me marcharé a España. Y me da igual si mis posesiones las compra un español, un cubano o un americano —contestó la andaluza.

La marquesa sonrió, encajando sus palabras.

—Debería replantearse sus opciones… —La marquesa observó a Macarena, y entendió que la joven no parecía comprenderla—. ¿Qué cree que va a encontrar en España cuando llegue? Yo se lo diré: miseria y atraso. Su añorada tierra está arruinada. No bromeaban al decir que se gastarían hasta la última peseta… Y cuando los Estados Unidos entren en la contienda, y tenga la certeza de que lo harán, darán la estocada final a un país que hace tiempo que agoniza. Al menos aquí posee tierras y propiedades…, y con esa cara no le faltarán pretendientes. Los americanos se la rifarán como lo hacen con la isla. Y si juega bien sus cartas, tendrá una vida más que acomodada. No la eche por la borda empecinándose en regresar a España, querida.

Macarena la escrutó durante unos instantes permitiendo que sus palabras le calaran la piel. Presentía que su conversación había concluido. Sin embargo, doña Carlota no estaba dispuesta a permitir que se marchara de buenas.

—Supongo que ya habrá visto a su amigo Vanderbilt. Tengo entendido que lleva unas semanas en la isla…

Macarena la miró extrañada, y la marquesa no pudo ocultar la

satisfacción que le daba al percatarse de ser la primera en desvelar esa información.

—No debe de andar muy lejos… —indicó.

Después dio media vuelta y se alejó con paso decidido y lento. La andaluza sintió en las entrañas el resquemor que le habían dejado esas palabras, y por unos instantes se negó a darles credibilidad, pero tenía la certeza de que la marquesa no mentía. Inconscientemente, sus ojos comenzaron a escrutar cada recoveco de la sala en busca de los rasgos inconfundibles de James. Si estaba allí, sabía que lo localizaría, pero no estaba segura de si su propósito sería confrontarlo o evitarlo. Su corazón se sintió desbocado en esos instantes, y sus pensamientos se veían enturbiados por la inesperada presencia. De pronto percibió un intenso rechazo a la idea de verlo de nuevo. Su cuerpo y su mente se resistían, y se deslizó por la sala dispuesta a salir de allí sin aguardar siquiera a Federico. Pero de la nada la estancia se colapsó con un atronador sonido que apagó la música y las voces de los presentes. Los cristales de los ventanales estallaron en incontables trizas de destellos punzantes que alcanzaron a los invitados apostados en las cercanías. Los rostros ensangrentados, los ojos espantados y el terror desbocado recorrieron la sala. Macarena miró a su alrededor, con el corazón en un puño, intentando comprender qué estaba sucediendo, pero antes de que pudiera hacerse una idea, una nueva explosión quebrantó la creciente turbación de los presentes. Se volvió a percibir otra deflagración y los invitados empezaron a entrar en pánico cuando el murmullo de que se trataba del Maine recorrió la sala.

—¡Nos atacan! —gritó alguien, y en la confusión reinante aquellas palabras fueron el desencadenante para que el pánico se apoderara aún más de todos los presentes y comenzara una estampida por salir de aquel lugar.

Macarena buscó entre la masa de cuerpos el cabello rojizo de Federico, pero no pudo dar con él. En el desorden reinante, la gente huía despavorida en busca de un refugio, mientras las deflagraciones se sucedían y el cielo del puerto se iluminaba a sus espaldas. En la confusión que imperaba, Macarena se vio arrastrada por la marea de cuerpos que pugnaba por escapar de aquel lugar, temiendo que si el Maine continuaba atacando la isla, pronto lo haría contra la residencia del gobernador. La joven se encontraba con los rostros intranquilos de las personas que la rodeaban, sus semblantes deformados y sus ojos desorbitados, y después proseguían su camino en medio de la confusión. Los invitados se arracimaban peligrosamente en las puertas.

Volvió a escucharse otra explosión, lo cual compelió al gentío a empujar los cuerpos contra la salida. Las voces comenzaban a crisparse y las composturas a extinguirse, la escapatoria se ganaba a fuerza de empellones e incivismo, y Macarena se vio envuelta en

aquella anarquía, arrastrada por la peligrosa marabunta. Sentía su cuerpo apresado, forzado a seguir hacia delante a pesar de la amenaza que implicaba acercarse a las puertas, donde la gente apenas podía moverse. Algunas voces, las más sensatas, se alzaron para pedir orden, pero fueron ahogadas por gritos de terror y de angustia. A pesar de su reticencia a continuar por aquel camino, a Macarena le resultaba imposible hacerse a un lado, porque los cuerpos que la rodeaban la apresaban y la obligaban a avanzar entre chillidos, codazos y empujones. En el interior de aquella riada apenas podía respirar, y sabía que si no veía pronto una forma de salir, acabaría arrollada o tal vez pisoteada. El pánico a que algo así sucediera la forzó a resistirse, a luchar por salir de aquel atolladero, pero todos sus esfuerzos resultaron infructuosos. Se sintió aterrada, incapaz de reaccionar y a punto de perder la poca calma que le quedaba cuando percibió un brazo rodeando su cintura y la presión de la muchedumbre contra su cuerpo suavizándose, como si un dique la estuviera conteniendo, y en la confusión, antes de que su mente se percatase de qué había cambiado, un aroma denso e inconfundible la abordó.

No le hizo falta girarse. Sabía que se trataba de James. Se sentía demasiado turbada como para reaccionar y se dejó guiar fuera de la marabunta de gente que unos instantes atrás la arrastraba sin compasión. No transcurrió mucho tiempo antes de que Macarena pudiera moverse con libertad y alejarse de allí. Las explosiones se habían detenido, y en esos momentos supo que debía enfrentarse a la realidad. Inspiró con lentitud, llenando la envergadura de su corsé hasta que sus costillas no tuvieron más espacio para expandirse. Deseó poder desprenderse de esa prenda que torturaba su torso, pero tendría que esperar a llegar a casa. Habría muchas cosas que deberían aguardar. Sin embargo, no podía continuar obviando el tener que enfrentarse a la presencia que la acechaba. Era consciente de que la mirada de él estaba clavada en ella, podía sentirla contra su piel, pero se resistía a levantar los ojos y enfrentarse a la frialdad garza del semblante de James. Tragó saliva e inspiró una vez más, y después buscó la presencia de su acompañante y se topó con el atractivo rostro del americano.

La sala parecía haber enmudecido, y los dos se miraban sin romper el frágil silencio. Macarena estudiaba su rostro, que nada tenía que ver con el del hombre que la abandonó unos años atrás en La Habana con la promesa de regresar. La distancia y el tiempo lo habían convertido en un desconocido. Los pequeños cambios que ese tiempo de ausencia habían marcado en su piel se hicieron más evidentes a sus ojos, al igual que el matiz plateado que bruñía el dorado de su cabello. La confusión y el temor le impedían hablar, y tuvo que ser él quien rompiera el silencio entre ellos.

—Será mejor que salgamos de aquí.

Ella reaccionó, asintiendo sin mostrar resistencia, dejándose guiar, todavía trastocada. La gente continuaba escapando al exterior de la sala, escurriéndose por las escaleras hasta agolparse en el patio. Los murmullos comenzaban a contrastar la información, y algunas voces surgieron indicando que el Maine estaba en llamas. Macarena salió del salón y aguardó en la galería, donde podía observar lo que sucedía en el patio mientras se resguardaba de las miradas indiscretas. James la siguió.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió, un poco más calmada. Tras el sobresalto empezaba a recuperar el control de sí misma, y el rechazo inicial a reencontrarse con James empezó a fortalecerse. Se percató de que él la estudiaba y creyó reconocer una nota de anhelo opaco en sus ojos fríos. Macarena confrontó su mirada, y fue James quien la rehuyó, sorprendido por su intensidad. Quiso hallar un mudo reproche en ella, pero comprobó decepcionado que no era así y que había sido sentenciado al olvido, algo mucho peor que el odio. Si bien la distancia y el tiempo habían logrado acallar los sentimientos que albergaba por ella, en ese momento corrían desatados al sentirla tan cerca.

—¿Los americanos nos atacan? —inquirió ella.

Él negó con la cabeza, defraudado por su aparente indiferencia hacia él.

—Estoy convencido de que sucede algo más. Te llevaré a casa e iré a averiguarlo.

—No es necesario. He venido acompañada.

Él se sintió molesto por la respuesta, celoso por saber quién lo había reemplazado.

—No es seguro quedarse aquí. Y no voy a permitir que vuelvas sola a casa.

Macarena no tenía intención alguna de oponer más resistencia. Se sentía agotada, aturdida y levemente entristecida.

—Dios mío, Macarena. Por fin te encuentro.

La voz de Federico resonó a sus espaldas. Ella sonrió, aliviada de saber que no tendría que pasar más tiempo con James.

—¿Qué ha sucedido?

—Al parecer, el Maine ha explotado. Está ardiendo en la bahía. No se sabe si es debido a una mina o a algún incendio en su interior, pero el capitán general ha movilizado a los bomberos y los cuerpos del orden para organizar la ayuda necesaria… Se ha dado alerta a todos los hospitales. Se habla de cientos de muertos…

—Dios mío, eso es horrible.

Sin poder evitarlo, Macarena volvió los ojos hacia James como si él albergara alguna respuesta que calmara su inquietud.

—Eso es una noticia terrible. Esperemos que se trate de un accidente, porque McKinley no perdonaría un ataque así —comentó el americano.

Federico asintió.

—Todo se esclarecerá. Por el momento, es más seguro que te acompañe a casa.

—Ha sido un placer volver a verte, Macarena —dijo James.

—Gracias… —se limitó a decir ella.

Después Macarena y Federico se dirigieron a las escaleras, y pronto el quitrín marchaba en dirección opuesta al desastre del Maine. Mientras los cascos de los caballos retumbaban en las calles desiertas y el sonido de las campanas quedaba amortiguado por la distancia, el cielo todavía teñido del fulgor del incendio del buque auguraba un funesto destino.

Macarena tuvo la certeza de que aquella explosión lo cambiaría todo.

33

WASHINGTON, 17 DE MARZO DE 1898

El senador Redfield Proctor repasaba el *speech* que estaba a punto de dar en el Senado. Había regresado de La Habana con una idea fija en la mente, y haría todo lo que estuviera en su mano para que, al final de esa sesión, los indecisos se hubieran convencido de que su país debía plantar cara a los españoles y echarlos de Cuba.

El senador Fryer, líder de la vieja guardia conservadora, terminaba su discurso en aquel instante, aprovechando para darle paso.

—Señor presidente, el senador Proctor —su voz sonaba enfática— acaba de regresar de Cuba, y muchos de los presentes consideramos que es del interés de esta institución que comparta sus vivencias.

McKinley accedió con un golpe de cabeza. Redfield se aclaró la garganta, dispuesto a comenzar su discurso. Tomó sus apuntes y se dirigió al estrado con paso calmado pero seguro. Se situó frente a la audiencia y colocó sus anotaciones en el púlpito, repasó en su cabeza las palabras que quería decir y después paseó la mirada por los rostros de los presentes, aguardando a que las voces se fueran apagando lentamente antes de dirigirla al presidente McKinley. Se permitió dejarla durante unos instantes más de lo que se consideraba correcto porque pretendía incomodarlo, y después se dispuso a hablar.

—Señor presidente, antes de nada me gustaría aclarar que mi viaje fue de carácter extraoficial y con el único interés de conocer de primera mano la situación de las inversiones de nuestros compatriotas en la isla.

Un pequeño rumor llenó la sala con palabras de aprobación al tiempo que Redfield proseguía con su ponencia. El senador sabía que la gran mayoría de sus compañeros aguardaba ese momento con ansia, y podía percibirlo en sus miradas. Tras una breve explicación sobre los estadounidenses a los que había visitado en la isla, abordó el tema más candente de aquel entonces: el hundimiento del Maine. La prensa del país convirtió en mártires a los fallecidos en el accidente y en verdugos a los españoles, a los que habían acusado sin tapujos de ser los causantes de la explosión del acorazado, y clamaban venganza por los muertos, exigiendo la entrada del país en la contienda.

—Muchos afirman que el Maine fue atacado desde el exterior, y a pesar de que esa es la impresión general de nuestros conciudadanos residentes en la isla, solo sé que por ahora no se trata más que de conjeturas y que habremos de esperar el informe…

Sus palabras volvieron a levantar un murmullo entre los asistentes, pero esta vez no de aprobación. Se tuvo que llamar al orden a los senadores, y se lograron acallar las protestas y discusiones tras varios intentos.

—Mientras en La Habana la tranquilidad prevalece gracias a las fuerzas del orden, fuera de la capital únicamente existe desolación y miseria. Las mujeres y los niños han sido obligados a reconcentrarse, y solo disfrutan de la libertad que les ofrece el alcance del rifle de sus carceleros. Allí donde las columnas españolas han llegado, imponen la reconcentración y la miseria que ello conlleva. ¿A eso lo llaman «pacificación»? Más de cuatrocientos mil campesinos viven en esa situación forzosa, en condiciones inhumanas. Entre miasmas, sin comida ni agua. ¿Hay alguien a quien le extrañe que más de la mitad de esas personas hayan muerto? ¿Que la otra mitad esté enferma, y que también morirá? Esta situación solo tocará a su fin cuando haya paz. Hasta entonces tenemos una responsabilidad para con el pueblo cubano.

Los integrantes del Senado comenzaron a condenar abiertamente al Gobierno español y a clamar por el fin de aquella situación. Redfield tuvo que hacer una pausa para que la audiencia guardara silencio y se preparó para pronunciar sus últimas palabras. Con ellas pretendía avivar los ánimos belicistas y forzar a McKinley a aprobar una guerra que se llevaba fraguando desde hacía meses.

—Hoy les pido que olviden el terrible suceso del Maine, incluso la barbarie practicada por el carnicero de Weyler. Piensen en nuestros hermanos cubanos que luchan por la libertad y ayudémoslos. Ayudémoslos a liberarse del yugo español.

La sala rompió en una ovación unánime mientras el senador abandonaba el púlpito y se dirigía a su asiento. Sus compañeros se acercaron para felicitarlo, convencidos de que en breve al presidente McKinley no le quedaría otra opción que declarar la guerra al Gobierno de España.

LA HABANA, 20 DE MARZO DE 1898

Macarena recorría el pasillo de la sala del hospital donde los supervivientes de la explosión del Maine continuaban recuperándose. Como muchas otras mujeres, había decidido ayudar en lo que fuera

posible en aquella tragedia, y todas las mañanas se dirigía allí con los periódicos del día y buñuelos y otros dulces que repartía entre los convalecientes. A pesar de la barrera del idioma, los soldados agradecían la compañía de las voluntarias que acudían a diario a preocuparse por su bienestar.

Tras las primeras horas de agonía que sobrevinieron a la explosión del Maine, donde la mayoría de su tripulación pereció calcinada o ahogada, los supervivientes habían sido trasladados a los hospitales de la ciudad. Muchos de ellos fueron rescatados por los barcos pesqueros que se aproximaron al percibir la explosión. De una tripulación cercana a los trescientos hombres solo sesenta y nueve lograron salir con vida, y habían pasado semanas recuperándose de sus heridas a la espera de poder regresar a su país. La población se volcó en el cuidado de los supervivientes, mostrando su solidaridad con sus vecinos del norte. Jamás La Habana había vivido una tragedia similar, y sus habitantes aún se estremecían con los rumores del horror. Si bien nadie se explicaba lo sucedido, de lo que no cabía duda alguna era de que se trataba de un accidente, y aguardaban a que tanto los peritos americanos como los españoles hicieran públicas sus conclusiones.

La andaluza había dedicado toda la mañana a atender a varios de los soldados en el hospital. Acudía como cada mañana a visitarlos, y se encargaba de que no les faltara de nada. Les leía novelas y poesía, se encargaba de que estuvieran bien aseados y les llevaba buñuelos. Cada mañana, al dejar el hospital, se despedía de ellos con la esperanza de que pronto pudieran recuperarse y regresar a sus hogares. A su paso se fijó en las hileras de camas escoltadas por las jóvenes de alta sociedad que dedicaban su tiempo libre a esas labores. El sol penetraba por las ventanas alumbrando las motas de polvo que resplandecían en el ambiente. Un aroma quirúrgico había quedado impregnado en las paredes, y las bacinillas y otros utensilios metálicos expelían sus reflejos contra su níveo color. La mañana era calmada, y solo unos pocos desafortunados seguían padeciendo los terribles dolores de las quemaduras que nada más podían tratarse con morfina. Los menos afortunados hacía tiempo que habían muerto.

Fue al acercarse a la puerta de salida cuando Macarena observó la silueta de Teresita a escasa distancia, consolando a un soldado herido que tenía parte del rostro y el torso quemados de gravedad. Las vendas ocultaban algo del horror que se escondía tras ellas, pero era evidente que, a pesar de la compañía y de las buenas intenciones de la joven, el dolor le resultaba insoportable, aunque el soldado se esforzaba por disimularlo. Pese al temor al rechazo, Macarena se decidió por ir a saludarla.

—Buenos días, Teresita.

La madrileña se giró hacia ella y la contempló con una mezcla de

sorpresa y vergüenza. Era fácil adivinar que la reconcentración había pasado una factura muy alta a su amiga, y la escasez ensombrecía su atuendo y su semblante.

—¿Qué haces aquí, Macarena?

—Lo mismo que todas las demás. Consolar la enfermedad y la soledad de estos pobres desdichados.

Teresita miró al soldado, y tras susurrarle unas palabras, se aproximó a la andaluza.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo se encuentra tu madre? —se interesó Macarena.

—Hemos estado bien.

—No te imaginas cuánto me alegra volver a verte…

Se quedaron en silencio, sin saber qué decir. Tal vez, si la situación hubiera sido diferente, si el encuentro se hubiera dado en otro lugar más propicio para el asueto y la conversación, sus reacciones habrían sido diferentes, pero en aquella sala atestada de enfermos poco se podía hablar.

—Será mejor que no te entretenga más —dijo Macarena. Se dispuso a marcharse, pero algo en su interior se resistía hacerlo sin despedirse de su amiga de manera adecuada, así que la abrazó—. Te he extrañado mucho. Espero de todo corazón que estéis bien.

Se dio la vuelta. Entonces, fue Teresita quien la detuvo.

—Aguarda, Macarena. Yo también te he echado de menos.

La andaluza no pudo evitar responderle con una sonrisa prudente al escuchar su confesión.

—Me haría muy feliz si tu madre y tú quisierais pasar un día por casa a tomar un chocolatito con bizcochos y unos buñuelos de esos que tanto te gustaban.

Teresita asintió.

—Se lo diré a mamá. Estoy convencida de que le dará mucha alegría verte.

Las dos amigas se sonrieron, y Teresita regresó con su convaleciente.

Al salir fuera, el aire fresco y limpio le brindó a Macarena un soplo de entereza. La brisa arrastraba el aroma de la bahía, el día se había levantado brillante y demasiado caluroso para aquella mañana de principios de abril. Damián la aguardaba bajo una sombra, y cuando vio que se acercaba, se desperezó con disimulo y se apresuró a ayudarla a subir al quitrín.

—Vamos al Floridita, Damián —indicó la joven.

Aquella mañana tenía una cita con *miss* Barton, una acaudalada americana que se había encargado de los más desfavorecidos durante la reconcentración. Al parecer, *miss* Barton había mostrado un extraño interés en conocerla personalmente, y le había enviado una invitación

para verse esa mañana en el renombrado café.

No tardaron mucho en llegar, y Macarena entró en la sala, donde el *maître* la guio hasta la mesa que ocupaba la dama. A pesar de ser reconocida en la capital, nunca habían tenido la oportunidad de coincidir en persona, y no podía ocultar que aquella entrevista la llenaba de curiosidad. Macarena estudió con interés a la dama, de aspecto austero —acentuado por el moño recogido tras la nuca—, que la recibió con una sonrisa cauta y la invitó a sentarse a la mesa con un español perfecto, a pesar del fuerte acento con el que pronunciaba las palabras.

—Así que es usted la famosa Macarena.

La andaluza asintió percibiendo la mirada curiosa e inquisitiva de la americana, que no se esforzaba por ocultar que en esos momentos la estudiaba con minuciosidad.

—Es un placer conocerla, señorita Barton.

—Puede dejarse de formalidades y llamarme Clara —sonrió, y al hacerlo la expresión de su rostro adquirió un matiz menos severo.

—He escuchado hablar de todo lo bueno que ha hecho por los más desfavorecidos en la ciudad. Me siento honrada de poder conocerla, aunque, si le soy sincera, no entiendo muy bien a qué se debe este interés hacia mí…

—Ya me habían dicho que no le gusta andarse por las ramas. —*Miss* Barton hizo un amago de sonrisa y se llevó una taza de té a los labios para darle un largo trago sin apartar los ojos de la andaluza—. En realidad, no ha de quitarse mérito. Durante los peores meses de la reconcentración escuché hablar de sus buenas acciones con las mujeres y niños más necesitados. Me consta que cedió la pensión de su tía para poder acogerlos y que organizó una red de contrabando de alimentos para darles de comer. —Esa vez sí se permitió sonreír con una mezcla de admiración, y algo divertida por aquel dato tan singular.

Macarena la observó un tanto desconcertada al escuchar esa confesión.

—No tenía conocimiento de que mis «hazañas» hubieran traspasado los muros de mi casa…

—Se sorprendería de lo que una se entera en esta isla… Sin embargo, no ha de preocuparse. En su caso, se trata de cumplidos. —La señorita Barton volvió a estudiarla hasta que el reloj de una iglesia cercana indicó la llegada del mediodía—. En otra ocasión me encantaría poder disfrutar de esta historia —añadió—, pero me temo que mis quehaceres son tantos y mi tiempo tan limitado que son raras las veces que me permito salir y abandonar a mis enfermos. Y ha de perdonarme, porque esta vez, y a pesar de que me encantaría conocerla mejor, no la he convocado aquí con ese fin, sino para hacer

un favor a alguien que me lo ha pedido.

Al escuchar tal revelación, Macarena se sintió amedrentada.

—¿De quién se trata?

Miss Barton se encontraba a punto de confesarle la verdad cuando Macarena apreció el semblante de James cruzando el umbral. La andaluza le dedicó una mirada acusadora a su anfitriona al tiempo que esta la rehuía y, sin perder un instante, se levantaba de la mesa para ceder su asiento a James. La americana se despidió de los dos con un gesto de la cabeza y salió del local con paso rápido, pero sin remordimientos.

Macarena aguardó, con la mirada clavada en el blanco inmaculado del mantel, esperando una explicación a todo aquel engaño. El silencio caló entre ellos hasta que el americano se animó a hablar.

—Supongo que es inútil disculparse…

Ella levantó la mirada y lo miró atónita. Hubo un tiempo en el que a Macarena le hubiera gustado conocer las razones que lo habían llevado a no darle nunca más una noticia sobre su paradero o una explicación, pero esa necesidad se había desvanecido mucho tiempo atrás. Tenía frente a ella a un hombre al que creyó amar y al que en esos instantes sentía como un extraño.

—¿Por qué querías verme, James?

Él comprendió que no había posibilidad de poder ganarse la redención que ansiaba. Asintió con levedad, apenado, y después se forzó a informarla de lo que tenía pendiente.

—Un rumor de guerra recorre los pasillos del Senado en mi país —afirmó—. Mucho más desde que el informe del Maine reafirmó que la explosión se debió a una mina. La prensa clama venganza por las muertes causadas al grito de «Recuerden el Maine».

—Eso es un despropósito. Tanto el Gobierno como los informes del señor Peral han puesto de manifiesto que no se trató de un ataque perpetrado por España… De hecho, si los Estados Unidos no se hubieran negado a permitir una inspección del interior del buque, con toda seguridad se habrían podido presentar pruebas aún más contundentes…

—Eso es indiferente. Mi Gobierno lleva movilizándose desde hace meses para esta ocasión. Sus flotas están extendidas desde Hong Kong a Guam, pasando por Florida… Han comenzado a reclutar voluntarios para unirse a la contienda, y, ahora que han encontrado una causa, créeme que no van a dejarla pasar.

—¿Me estás diciendo que pretenden entrar en la guerra?

Él asintió.

—De una manera u otra, están convencidos de que España tiene que marcharse de la isla porque no es bueno para sus intereses.

—*Business is business*…

Macarena sopesó las palabras del americano y tras una larga pausa volvió a mirarlo con cierto escepticismo.

—¿Y por qué me cuentas todo esto, James?

—Si alguna vez has pensado en marcharte de la isla, esta sería una buena ocasión… Me temo que cuando mi país entre en el conflicto en pocos días, Cuba no resultará segura para ningún ciudadano español.

Ella lo miró sorprendida, sin molestarse por esconder su enfado.

—¿Desde cuándo te importa lo que me suceda?

—Siempre me ha importado.

Ella dibujó una sonrisa sardónica.

—¿Acaso crees que algo de lo que ocurra va a ser peor de lo que ya he vivido? —Clavó la mirada en él para remarcar la vergüenza que sentía el americano en aquellos instantes—. Si tu país quiere invadir la isla, por mí son bienvenidos. A estas alturas, un grupo de gringos no me va a amedrentar.

Después de pronunciar esta frase, se levantó de la silla con altivez, dispuesta a marcharse.

—Macarena, aguarda, por favor. Quiero que sepas que si alguna vez necesitas mi ayuda, estaré aquí para lo que precises.

—Ese momento pasó hace mucho tiempo, James.

La joven se encaminó en dirección a la puerta, salió y se subió al carruaje, sin aguardar a que Damián la ayudara.

—Vamos a casa de Federico.

Macarena, consciente de que la importancia de la información que Vanderbilt le acababa de confiar, deseaba compartirla con su amigo. Durante el trayecto entre las callejas de la ciudad vieja dejó que los repentinos sentimientos de temor que la habían atrapado se fueran diluyendo, empujados por la brisa suave y la fortaleza de saberse capaz de afrontar cualquier situación que esa guerra pudiera traer.

34

El quitrín de Macarena no tardó en llegar a la casa de Federico. Tras ser anunciada, él mismo salió a recibirla al patio, y juntos fueron escaleras arriba hasta una de las estancias de la casa. La habitación se iluminaba con el sol del mediodía y la brisa que penetraba por los ventanales abiertos jugaba con las cortinas, enredándose en ellas antes de recorrer el resto de la estancia. Los dos tomaron asiento en unos sofás parejos de damasco que dominaban la habitación y aguardaron por las viandas que el anfitrión había mandado traer. Cuando se quedaron a solas, él no perdió el tiempo en averiguar la razón que llevaba a Macarena allí.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Traigo noticias, Federico. No sé si a estas alturas servirán de algo, pero tal vez tú sepas qué hacer.

Él se mostró intrigado, pues no imaginaba de qué podría tratarse.

—Es una catástrofe… —La joven aguardó en silencio unos instantes en un intento de ordenar sus ideas—. Sé de buena mano que es cuestión de días que el Gobierno de los Estados Unidos declare la guerra a España e invadan Cuba.

—¿Pero qué estás diciendo, mujer? Eso es imposible. —Federico pensó que, a pesar de que los Estados Unidos habían responsabilizado de lo sucedido a los españoles, nada parecía indicar que fueran a declarar la guerra, pues McKinley continuaba oponiéndose a ello—. Estoy convencido de que antes de que eso suceda Sagasta y la reina regente darán a los americanos lo que quieran.

—No, Federico, te equivocas… Vengo directa del Floridita, donde James Vanderbilt me lo ha confirmado.

Él la observó preocupado, estudiando su rostro como si en él pudiera hallar respuesta a sus crecientes inquietudes. Se levantó del sofá y se acercó al ventanal para contemplar el exterior y aclarar sus ideas antes de volver a hablar. Los peatones y carruajes llenaban la calle sin sospechar que, tal vez en pocos días, todo fuera a cambiar. El joven sacó de su pitillera un cigarro y el seco raspar de la cerilla lo devolvió al interior de la sala. Macarena no había apartado los ojos de él, y aguardaba en silencio. Comenzó a presentir que si los americanos entraban en la contienda, el sueño de independencia de los insurgentes se vería amenazado de nuevo. Federico aspiró el humo de

su cigarro y lo paladeó durante un buen rato hasta que se vio obligado a soltarlo y tomar aire de nuevo. Después se giró hacia ella.

—Entonces, a estas alturas, los españoles no tienen otra opción que entrar en guerra, pero tal vez podamos avisar a Guillermo. Si hace entrar en razón a Gómez, si España y Cuba se alían, seguro que Estados Unidos no tendrá fácil esta contienda…

—Dudo que Gómez acepte una tregua con España —interrumpió Macarena, que a pesar de no conocer tan de cerca los motivos de la lucha, había comprendido lo suficiente como para intuirlos—. Al fin y al cabo, los cubanos serían los únicos beneficiados con esta situación. La intención de los Estados Unidos es poner fin al desgobierno de los españoles y a la guerra que asola el país. ¿Quién te dice que Gómez no decidirá aliarse con ellos?

Él la miró contrariado antes de dar una última calada a su cigarro y aplastarlo contra un cenicero de cristal, nervioso.

—Si estuvieras en lo cierto, significaría la ruina para esta isla. Los Estados Unidos han tenido la intención de anexionarse Cuba desde hace años, y si Gómez se alía con ellos, si ganan su guerra, que no te quepa duda alguna de que será justo lo que hagan. Simplemente estaremos cambiando de yugo. Y si algo tengo claro es que el estadounidense no resultará mejor que el español.

Volvió a sentarse en el sofá de enfrente, apoyando los codos sobre las rodillas y entrelazando los dedos de las manos, donde descansó su mentón. Permaneció en un silencio contemplativo del que Macarena no se molestó en sacarlo. Intuía que necesitaba tiempo para procesar la información que había compartido con él, y estaba segura de que no tardaría mucho en llegar a similares conclusiones a las que ella misma había llegado. Desde el momento en que los americanos entraran en guerra, la situación daría un giro drástico cuyas consecuencias no se sabrían hasta que fuera demasiado tarde.

La joven se levantó del sofá y se acercó a uno de los ventanales, tal como había hecho Federico unos minutos atrás. Divisó la calle cuajada de gente con sus comercios abiertos, sus viviendas con fachadas de color pastel, sus persianas a medio bajar y sus balcones abarrotados de plantas. Existía cierta normalidad a pesar de la miseria, y tuvo la certeza de que aquello cambiaría cuando los americanos entraran en la contienda. Aun así le consolaba saber que, por muy mal que se pusiera la situación, por muchas vicisitudes que se encontrase en el futuro, tarde o temprano ella regresaría a casa. No obstante, aquellas gentes que paseaban por la calle seguirían enfrentándose a la terrible realidad de la guerra en los años venideros.

Alguien llamó a la puerta, sacándolos de sus reflexiones. El mayordomo de la casa, con aspecto circunspecto, observó con gravedad a Federico y aguardó en la puerta.

—¿Qué sucede?

El recién llegado parecía tener cierta reticencia a hablar con el dueño de la casa frente a su invitada, pues la miró de soslayo unos instantes antes de responder.

—Me temo que ha de acompañarme, señor.

A Federico no le costó comprender las intenciones de su sirviente, y se aproximó a él. Este susurró unas palabras, y Macarena contempló el rostro de su amigo empalidecer. Luego Federico respondió algo ininteligible para la joven y el criado se retiró sin cerrar la puerta. Federico se quedó unos instantes pensativo, dudando en salir de la estancia. Después, recordando que su amiga estaba allí todavía, se giró hacia ella.

—¿Está todo bien? —preguntó Macarena.

Él la escrutó con gravedad y se tomó unos instantes para reflexionar.

—Será mejor que vengas.

—¿Qué sucede?

Ella se acercó a la puerta.

—Es Guillermo. Está malherido.

Al escuchar aquellas palabras, Macarena sintió que palidecía de la misma manera que su amigo había hecho un instante atrás. En unos instantes el suelo se tambaleaba bajo sus tacones.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Lo acaban de traer.

—Hay que mandar a buscar a Francisco…

Él descansó una mano en su brazo en un intento de transmitirle calma.

—He mandado llamar al mejor cirujano que hay en la ciudad. Es un buen amigo mío. Por desgracia, Francisco no está en condiciones de operar una herida así… —Guardó silencio durante unos instantes y después clavó en ella sus ojos aguados—. Macarena, al parecer su herida es muy grave…

La joven comprendió que las palabras de Federico la estaban preparando para lo peor, pero se negaba a aceptar que Guillermo pudiera morir. Federico mismo lo había dicho unas semanas atrás: Guillermo era demasiado inteligente para dejarse matar.

—Estoy segura de que todo saldrá bien. Ahora no perdamos más el tiempo y vayamos a verlo, por favor.

Cuando descendieron al patio los recibió un revuelo de sirvientes que se esforzaban por retornar la casa a la normalidad, puesto que las patrullas de soldados continuaban buscando a los insurrectos con asiduidad, y, si habían reconocido a Guillermo, se podrían presentar de un momento a otro. Una joven mulata se esforzaba por limpiar un rastro de sangre en el mármol. Un escalofrío recorrió la espalda de

Macarena al contemplar el agua sanguinolenta del barreño y el tremendo reguero de sangre que todavía podía apreciarse derramado sobre el suelo. Sin poder evitarlo, se echó la mano a la frente y se santiguó. A continuación entró en una habitación contigua al despacho que Federico usaba para tratar de negocios. La sala no era demasiado amplia, pero tenía buena luz y una cama decente. En cuanto entraron, observaron a Guillermo, inconsciente, acompañado de un joven harapiento que sostenía contra el pecho del herido un paño empapado en sangre. Al contemplar tal escena, un *«Dios mío»* se escapó de los labios de Macarena. La sangre había calado las sábanas, y la piel de Guillermo se mostraba tan mortecina y grisácea que Macarena habría jurado que no quedaba un poso de vida en él. Sin poder evitarlo, agarró la mano a Federico para infundirse algo de fortaleza y no derrumbarse contra el lecho. Su amigo le devolvió el gesto, apretando ligeramente su mano, y la miró durante unos instantes. En su rostro podía leerse la misma preocupación que ella sentía, pero le consoló no encontrarse sola.

—El cirujano ya está de camino —informó al joven que acompañaba al herido—. ¿Conoces a Guillermo?

El mambí, que rozaría la veintena a pesar de la barba rala que cubría su rostro en un intento fallido por disimular su mocedad, asintió y después volvió los ojos hacia el convaleciente. En esos momentos entró una doncella con unas sábanas que comenzó a hacer jirones frente a ellos. Macarena la ayudó y después tomó varios de los nuevos trapos, acercándose a Guillermo.

—Ya me encargo yo —le dijo al joven.

El mambí cedió su sitio y ella se sentó junto al herido. Percibía su respiración débil bajo el peso de su mano. La sangre tibia empezó a traspasar las telas recién cortadas, y sintió la calidez del humor contra las palmas. Oprimió con un poco más de fuerza para tratar de contener la hemorragia, y entonces Guillermo dejó escapar un gemido. *Si hay dolor, es que todavía tiene fuerzas,* se dijo, y siguió oprimiendo la herida.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Federico al muchacho.

—Juancho —respondió este con cierto recelo.

—¿Qué ha sucedido, Juancho?

—El general —dijo refiriéndose a Calixto García, heredero del ejército de Oriente tras la muerte de Maceo— nos mandó a recabar información. Se rumorea que pronto los Estados Unidos entrarán en la contienda y que ya están reclutando voluntarios para mandarlos a la isla.

Federico asintió.

—Una patrulla nos sorprendió a la entrada de la ciudad. Nos hacíamos pasar por guajiros; sin embargo, los soldados sospecharon y

nos dieron el alto. Guillermo me dijo que mantuviera la calma, pero yo estaba convencido de que los españoles planeaban aproximarse para rodearnos y llevarnos presos —confesó Juancho, y después se quedó en silencio durante unos instantes, como reviviendo la escena que relataba—. En cierto momento la cosa se puso tensa y un soldado nos apuntó con el fusil. Guillermo logró distraerlos el tiempo suficiente para podernos escabullir por una de las callejas. Pero yo no conozco la ciudad tan bien como él y me extravié. Guillermo, por miedo a que me pasara algo, regresó a por mí, y ahí fue cuando lo alcanzaron con un disparo.

El soldado apartó la vista, mortificado, y se mantuvo en silencio.

—Entonces será mejor que no permanezcas aquí. Estarán patrullando la zona y podrían encontrarte —dispuso Federico.

El chico asintió. Macarena, que había estado pendiente de Guillermo, se giró hacia ellos.

—Habrá que darte ropa limpia, y será mejor que te afeites. Así resultará más difícil que te reconozcan. Luego vete y busca la pensión La Giraldilla —el lugar que había regentado su tía Aurelia durante más de cuatro décadas—, cerca del convento de San Agustín. Allí pregunta por Benita y dile que te manda Macarena. Ella sabrá qué hacer.

—Por ahora no regreses por aquí —ordenó Federico—. Te mantendremos informado de lo que le suceda a Guillermo, pero es mejor que no te relacionen con esta casa.

El chico volvió a asentir, agradecido, y se marchó de la habitación siguiendo a la doncella después de mirar una última vez a su compañero malherido.

—Dios mío, dime que llega ya el doctor, Federico, porque Guillermo se desangra —dijo ella con preocupación.

El joven se acercó a ella y tomó más trapos, que apretó contra las manos de Macarena para ayudar a taponar la úlcera.

—Tiene que estar a punto de venir… —musitó con impaciencia.

Si el galeno no acudía pronto, no habría oportunidad de salvarlo. La vida parecía escurrírsele a borbotones por la herida. Los trapos y la presión que ejercían sus manos no resultaban suficientes. Al cabo de lo que a ellos se les antojó una eternidad, se presentó el mayordomo escoltando al médico con su maletín y a una joven enfermera. El recién llegado observó la situación y comenzó a susurrar órdenes a su ayudante. A pesar de la escena que se encontró, no se mostraba sorprendido. Y cuando hablaba, lo hacía con pasmosa tranquilidad.

—Les pediría que no se movieran de donde se encuentran y que no rebajen la presión de la herida hasta que yo les diga lo contrario. —Después, dirigiéndose al sirviente, continuó hablando—. Haga que traigan agua hervida y más sábanas. Necesitaré luz, así que también

consíganme lámparas.

La joven enfermera tomó el maletín de las manos del doctor y lo depositó en el escritorio que descansaba contra la pared. Después lo abrió y empezó a sacar diferentes utensilios metálicos y frascos. Mientras tanto, el galeno se acercó al herido y tomó su muñeca para tomarle el pulso.

—Es débil e irregular —murmuró.

El médico siguió estudiando al enfermo. Después se giró hacia su ayudante cerciorándose de que todo estaba dispuesto con corrección.

—En cuanto nos traigan lo necesario, comenzaremos. Prepara la morfina, Mercedes. Será mejor que no sienta dolor cuando comencemos a operar.

La enfermera obedeció. De entre los instrumentos tomó una jeringuilla metálica y la llenó con el contenido de uno de los frascos. Después la dejó lista, para cuando el doctor iniciara la cirugía. Una vez que llevaron las lámparas, el galeno las colocó en diferentes puntos de la estancia y se preparó a operar. Buscó una vena del brazo e inyectó el contenido de la jeringa. Tras ello, se dispuso a dar órdenes.

—Cuando yo les diga, deberán rebajar la presión. Primero tú, Federico, y luego usted, señorita —dijo a Macarena—. Mercedes se encargará de todo a partir de ese momento, y deberán salir de la estancia.

Los dos asintieron y obedecieron.

—Ahora pueden irse —indicó el doctor.

Los dos se resistieron ante la idea de abandonar a Guillermo, pero terminaron por ceder. Una vez fuera, Federico se acercó a Macarena con la intención de consolarla.

—No puede estar en mejores manos, créeme. Valentín es el cirujano más importante de la isla.

Ella sonrió, intentando convencerse de que todo saldría bien.

—Deberías cambiarte de ropa —comentó él observándola—. Mandaré a una de mis doncellas con Damián a por ropa limpia, y te prepararán el baño.

Macarena accedió con desgana, porque no deseaba separarse de la puerta de aquella habitación, pero sabía que debían aguardar.

En el interior de la estancia, Valentín y Mercedes se esforzaban por mantener con vida al paciente. El impacto de la bala se encontraba en el pecho, y el proyectil se había quedado alojado muy cerca del corazón, después de romper una de las costillas, lo cual paró en gran parte la trayectoria de la bala, salvándole la vida. Pero la hemorragia era copiosa, el enfermo había perdido demasiada sangre.

—No tenemos mucho más tiempo. Hay que limpiar la herida, sacar la bala, asegurarnos de que no hay ningún otro daño interno y

arreglar esa costilla antes de suturar. Y debemos hacerlo a contrarreloj.

La extracción del proyectil no resultó demasiado complicada. Después de limpiar la herida intentaron frenar la hemorragia como fueron capaces y más tarde pasaron a recolocar la costilla fracturada.

—Si sobrevive, no tendrá una recuperación fácil, y con toda seguridad sufrirá molestias de por vida… Vamos a suturar.

Comenzaron cerrando los extremos de la carne hasta que la herida quedó completamente pegada. Después lo vendaron con cuidado, inmovilizándole el brazo izquierdo para ayudar a sanar la costilla. Mientras la enfermera terminaba de prepararlo, Valentín se dirigió al exterior. Macarena y Federico aguardaban en el patio, él fumando un cigarro y ella paseándose de arriba abajo retorciéndose las manos. Al verlo salir, se abalanzaron hacia él. Federico fue el primero en hablar.

—¿Cómo se encuentra?

—Estable, dentro de la gravedad. Ha perdido demasiada sangre, aunque creo que hemos sido capaces de contener la hemorragia. Si logramos controlar la infección y no hay más contratiempos, puede que sobreviva.

A pesar del pesimismo de las palabras del galeno, las recibieron con alivio, y Macarena se dirigió a la habitación donde Guillermo descansaba, y no consintió separarse de él en ningún momento.

Las sombras de la noche cubrían las callejas de La Habana cuando Federico regresó al cuarto donde Guillermo continuaba tendido bajo el vigilante cuidado de Macarena. Con el rostro impregnado de inquietud la joven estudió al recién llegado y le dedicó una sonrisa diluida por la angustia que amenazaba con romper la poca serenidad que albergaba en esos instantes. Desde que el doctor se había marchado, Guillermo estaba sumido en un profundo sueño del que parecía imposibilitado de despertar. Las manos de Macarena temblaban cuando acariciaba su piel encendida y observaba su rostro lívido, buscando una señal de mejoría. Un olor a sudor y sangre escalaba las paredes lamidas por el calor reconcentrado de la estancia hasta tornarse en un ambiente angustioso, casi irrespirable. Federico la miró en silencio; sus ojos cansados reflejaban la misma preocupación.

—Deberías descansar, Macarena.

Ella hizo una negación con la cabeza.

—Tengo miedo de que si me marcho…

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se llevó una mano a los labios para acallar un sollozo. Federico se acercó a ella y la sujetó por los hombros, intentando calmarla.

—Valentín ha dicho que esta noche es crucial, que si la supera, mejorará. Así que recemos por que así sea.

Ella asintió, tratando de aferrarse a esas palabras. Federico se sentó

a su lado y aguardó. Las horas transcurrían sin piedad, y Guillermo no mostraba ninguna mejoría. La esperanza de verlo despertar se extinguía frente a sus ojos, confrontando una vez más la cruel realidad de aquella contienda. La brisa nocturna refrescó la estancia, llevándose consigo el hedor a muerte que había calado en las paredes. Un campanario solitario marcó las tantas de la madrugada, que se escurrieron por el empedrado de las callejas circundantes. A medida que las horas avanzaban, el cansancio los iba aturdiendo, y cerca del alba el sueño terminó por vencer a Federico. Cuando el sol rasgaba la mañana, la fatiga rindió a Macarena, que había resistido vigilante cualquier cambio en el convaleciente. Sus párpados se doblegaron al sueño y su cabeza se inclinó sobre el lecho donde dormitaba Guillermo. Fue poco después, cuando la mañana despuntaba por las ventanas, que Guillermo abrió los ojos y la halló dormida a su lado y sonrió con levedad. Después volvió a caer en la inconsciencia.

Cuando ella despertó, el sol ya estaba alto en el cielo. Lo primero que hizo fue mirar a Guillermo; percibió que estaba más tranquilo y que su respiración parecía más fuerte. Se acercó a él con la intención de comprobar si la fiebre había bajado, y con aquel leve gesto Guillermo abrió los ojos. Sus miradas se encontraron, y en esa quietud Macarena tomó su mano, y permanecieron así, inmóviles.

Con el paso de los días él comenzó a mostrar señales de mejoría, y Macarena se descubrió sorprendida cuanto más lo conocía, y aguardaba con ilusión a que llegara la hora de volver a visitarlo. La joven notaba cómo su presencia despertaba unos sentimientos que se incrementaban cuando se reencontraban, y por las noches se admiraba recreando los momentos vividos con Guillermo. Existía algo en la vulnerabilidad de él que le resultaba atrayente, y a cada instante transcurrido con él se le revelaban a Macarena nuevos aspectos de una persona que parecía muy diferente de la que dejara La Habana muchos meses atrás. Ella empezaba a sospechar que su dedicación no estaba empujada solo por la situación en la que se hallaba, sino por un sentimiento más intenso, aletargado por la distancia, que despertaba en ella con su presencia.

En su convalecencia, a Guillermo no le costó percatarse del cambio que iba operándose en Macarena en esas últimas semanas, y comenzó a albergar la esperanza de que, tras la guerra, pudiera confesarle sus sentimientos. Los largos meses en el frente no habían podido arrancar el recuerdo de sus entrañas, y se tuvo que resignar a quererla en la intimidad. Durante su larga recuperación vivió para verla en cada una de sus visitas, alimentándose con la creencia de que ella pudiera corresponder su afecto. Sin embargo, su deber para con la insurgencia lo obligaba a postergar esas ideas y esforzarse por recuperar la salud y poder retornar al frente.

Fue un día a finales del mes de abril cuando los ecos del amanecer los despertaron cargados con un rumor que se propagaba por las calles de la ciudad. Estados Unidos había declarado la guerra a España. El aire se llenó con el revuelo de las gentes que, expectantes, se preguntaban qué sucedería a partir de ese instante. Macarena no perdió un segundo en pedir a Damián que preparara el carruaje para acudir junto a Guillermo. Cuando el quitrín inició el recorrido por la ciudad, una vorágine de personas desconcertadas ocupaba las calles en busca de una explicación que parecía no llegar. Los pensamientos de Macarena transitaban entre el temor y la inquietud, pero en esa incertidumbre albergaba la certeza de saber que cuando se reencontrara con Guillermo, él tendría la solución.

Damián azuzaba a la montura, sorteando a las gentes que ocupaban la calzada, esforzándose por no detener su camino para ir hasta la casa de Federico. Los siseos de las personas llenaban el ambiente de desconcierto, y por primera vez en mucho tiempo la ciudad era como si estuviera estancada en un abismo de confusión del que le costaría salir. El carruaje se detuvo y Macarena descendió con impaciencia. Entró en la casa y atravesó el zaguán. El mayordomo la acompañó al despacho de la planta baja. Allí halló a Federico y Guillermo visiblemente consternados. Ella buscó la mirada de Guillermo en un intento por encontrar la serenidad que se desmoronaba a su alrededor, pero él la rehuyó. Solo entonces se percató de la presencia de Juancho, el joven soldado que lo había llevado herido semanas atrás.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó ella.

Fue Federico quien evitó mirarla esa vez. Se formó un silencio espeso entre los presentes. Ella aguardó a que alguno le diera una explicación.

—Regresamos al frente.

Las palabras de Guillermo quedaron suspendidas en el aire de la estancia. Macarena lo miró confundida, intentando procesar lo que estaba ocurriendo. Percibió que la muda esperanza que había enraizado en ella se desvanecía ante su inminente partida.

—No puedes hablar en serio… —Buscó la mirada de Federico y su apoyo—. Has estado a punto de morir…

—Lo sé, pero me es imposible ignorar que Cuba me necesita.

La joven enmudeció, luchando por contener el torrente de emociones que la embargaba en aquellos instantes. Salió de la estancia y aguardó en el patio, intentando encarar el desaliento que sentía en esos instantes. Percibió que la puerta se abría y que Guillermo se acercaba a ella. Pudo percibir que se esforzaba por andar erguido, pero sabía que el dolor de la herida y la costilla a medio curar todavía le molestaban.

—Regresa con vida —musitó ella.

Él extendió la mano para tocar la piel de su rostro aniñado.

—Lo haré.

Macarena se alejó, con la incertidumbre esbozando la amenaza de la guerra en el horizonte.

35

CÁDIZ, ABRIL DE 1898

El almirante Pascual Cervera era consciente de que se encontraba envuelto en un tejemaneje de politicuchos que se hallaban lejos de comprender el arte de la guerra y estaban a punto de condenar a España a una flagrante derrota. Tal vez la peor de su historia. Se vio imposibilitado a rechazar la ejecución de tal desempeño, y se negaron a sustituirlo cuando así lo pidió. Nadie quería verse en aquella tesitura, y, sin embargo, él debía afrontarla con honor.

Se hallaba reposando sus pensamientos mientras releía el cable que le habían llevado unos momentos atrás hasta su camarote en el Infanta María Teresa —el buque insignia de la maltrecha Armada española—. Las instrucciones eran claras, pero no por ello las hacían más acertadas: Bermejo, el ministro de Marina, le ordenaba partir en dirección a África, a la isla de San Vicente, en Cabo Verde, donde debería aprovisionarse de carbón y agua, y desde allí poner rumbo a Cuba. Cervera suspiró con aspereza y pensó que tal vez resultaría más fácil asumir el riesgo y amotinarse, que lo juzgaran por traidor o desertor mejor que entregar la armada a los americanos. Negó con la cabeza, consciente de que su honor le impedía hacer algo así. Después salió del camarote, se dirigió al puente de mando y comenzó a dar órdenes con voz autoritaria, aunque cansada, al segundo oficial, Víctor Concas.

—Partiremos con la marea. Ponga rumbo sudeste a San Vicente de Cabo Verde. Comuníquese con el Colón, el Vizcaya y el Oquendo; también deberán unirse a nosotros.

—¿Señor?

El oficial pareció dudar durante unos instantes al no esperar aquellas órdenes. Sabía que el almirante era contrario a marchar en dirección a las Américas y que, de ser por él, aguardaría a los estadounidenses en las costas del Atlántico. Así les dificultaría la logística a esos yanquis y serían capaces de darles batalla.

—Ya me ha oído, Víctor.

El segundo oficial asintió acatando las órdenes, consciente de que ninguno de los dos podría cambiar el destino al que los condenaban

desde Madrid.

Partieron con siete buques de guerra, los últimos que quedaban de la que antaño había sido la armada más grandiosa y temida en la faz de la tierra conocida. Lo que empezó como un mal augurio durante el trayecto fue tornándose en una racha de infortunios. El primero, cuando desde Madrid cambiaron de opinión y les enviaron un cable pidiéndoles que regresaran a las Canarias. El mensaje no llegó a tiempo, y ya estaban rumbo a las Antillas. Cervera, convencido de que el almirante Sampson intentaría interceptarlo en Puerto Rico, decidió ir hacia la Martinica para carbonear. No obstante, las autoridades le negaron aprovisionamiento, por lo que la escuadra se vio obligada a dirigirse a Curaçao, donde también fueron rechazados. Llegaron a Santiago de Cuba a finales de mayo sin apenas provisiones y con los barcos averiados.

A pesar de que en esos momentos el puerto de la ciudad estaba libre de cualquier bloqueo por parte de los americanos, Cervera no tardó en percatarse de que se convertiría en una ratonera debido a la geografía del lugar: el puerto se situaba pasado un estrecho cuello que impedía maniobrar con facilidad, y los buques se verían obligados a salir de uno a uno, dejándolos a merced del enemigo en el caso de un enfrentamiento. Sin embargo, Santiago permanecía cercado por tierra, y Cervera confiaba en que su mejor baza pasaba por ayudar a romper el bloqueo de los estadounidenses y cubanos poniendo a disposición de la ciudad sus cañones y sus marineros.

Y así lo hizo.

WASHINGTON, MAYO DE 1898

Teddy Roosevelt abandonaba el despacho con paso decidido. Todavía le escocían en el orgullo las palabras del secretario Long advirtiéndole del disparate que estaba a punto de cometer tras espetarle que había perdido la cabeza. Pero a medida que se alejaba de La Casa Blanca, la sensación se iba disipando. Percibía el cosquilleo de la aventura urgiéndole en el estómago, y se reafirmó en que había hecho lo correcto al dimitir de su cargo como subsecretario de la Armada para encargarse de formar el primer regimiento voluntario de caballería que se dirigiría a Cuba. Sin lugar a dudas, estarían abocados a convertirse en jinetes más famosos que el séptimo de caballería.

Unas noches más tarde, con su amigo William Hearst, el magnate de los medios de comunicación, y vaciando una botella de *scotch,* tendrían la idea de bautizarlos como los *Rough Riders*. Hearst alzó su vaso con forzada solemnidad y una sonrisa socarrona.

—Por los jinetes más aguerridos.

Teddy lo imitó, intentando contener la emoción que sentía en esos instantes. Durante años defendió que los Estados Unidos debían liberar a Cuba y a Puerto Rico de las garras de los españoles, bogando por una acción militar durante meses. Incluso llegó a movilizar a la armada en Hong Kong sin permiso del presidente, mandándolos en dirección a las islas Filipinas. Ahora que la contienda se aproximaba, no pensaba zafarse de su responsabilidad para con su país. Albergaba la firme convicción de ser el protagonista de ese momento tan especial en la historia, y estaba convencido de que la reescribiría junto al resto de valientes americanos que creían luchar por la libertad.

No transcurrió mucho tiempo hasta que los primeros voluntarios se le unieron formando un grupo de lo más dispar, pues en el regimiento se congregaron hombres de las familias más importantes de la costa este del país, intelectuales que habían estudiado en Harvard, Yale o Princeton y que, al igual que Teddy, se embarcaban en esa guerra en busca de aventura y honor. A su vez, se alistaron hombres curtidos en el oeste del país, que se endurecieron en un territorio todavía salvaje donde se enfrentaban a los peligros de luchar contra los indios y los mexicanos. Vaqueros, mineros y asaltadores de diligencias, incluso nativos americanos decidieron unirse para luchar contra los españoles al mando del teniente coronel Roosevelt.

Después de una instrucción que apenas duró un par de meses, se encontraban preparados para partir, y solo quedaba conseguir el permiso del presidente. En la espera, Theodore se reunió con algunas viejas amistades que podrían interferir en su favor y acelerar su partida hacia la isla, pero aún tenía un inconveniente que solventar antes.

Aquella mañana, en una pequeña ciudad llamada San Antonio, a medio camino entre Austin y Monterrey, Theodore aguardaba con impaciencia a un invitado que se resistía a acudir, en el bar del hotel Menger. Miró el reloj de su bolsillo por enésima vez y después dirigió la vista al periódico, paseando sus ojos azulados por las letras entintadas sin prestar atención a lo que leía, pendiente de las palabras que iba a pronunciar, ignorando que su convidado entraba en el salón.

—Buenos días, Teddy.

Roosevelt levantó sorprendido la mirada y sonrió. Se mantuvo en silencio analizando con sus pequeños ojos inquisitivos la silueta todavía atlética del recién llegado. Habían pasado varios años desde la última vez que se vieron, pero la fraternidad existente entre los dos podía percibirse. James, al fin y al cabo, había sido uno de sus amigos más cercanos durante sus años en Harvard. Vanderbilt tomó asiento en la silla frente a él y aguardó a que el camarero lo atendiera antes de comenzar a indagar sobre las intenciones del viejo zorro de

Roosevelt.

—Te ha costado venir a verme —le espetó Theodore con una sonrisa torcida.

James conocía demasiado bien aquella mueca acusadora, y decidió ignorarla.

—¿Qué puedo hacer por ti, Teddy?

Su expresión, esta vez, fue más sincera. Estudió las mesas que los rodeaban y a los comensales sentados en la sala medio vacía. Las voces se tamizaban en la distancia entre el chocar de los cubiertos y el murmullo que se colaba desde la calle. Teddy empezó a hablar, dando un rodeo antes de exponerle sus verdaderas intenciones.

—¿Nunca has pensado en alistarte? Nos vendría bien alguien con el conocimiento de la isla que tú tienes.

—Ya sabes que yo no soy hombre de guerra, solo de negocios. Además, mi tiempo en Cuba ha tocado a su fin, al menos por una buena temporada.

Su amigo lo contempló intrigado. A pesar de no verse, habían mantenido el contacto por correo a lo largo de los años, y a Roosevelt no le era desconocido el apego de James a la ínsula. Theodore intuyó que debía de haber sucedido algo, tal vez relacionado con la gatita española que lo tuvo enloquecido meses atrás.

—No me digas que tienes mal de amores… —inquirió Theodore sin ocultar la sorna.

James se sintió molesto, y evitó contestar. El camarero le sirvió un vaso de whisky y bebió con cierta amargura al recordar a Macarena.

—Es mejor así. ¿Qué diría tu mujer si se enterara de lo que te traías entre manos en La Habana? —dijo Teddy.

Teddy se rio ante el evidente malestar de su amigo, y decidió parar de mortificarlo.

—¿Qué necesitas, Theodore?

—Logística. El presidente nos ha permitido unirnos a la guerra como un regimiento voluntario.

James asintió con un golpe de la cabeza, y no pudo evitar esgrimir una sonrisilla burlona.

—Eso he oído… Los *Rough Riders*…

Fue entonces Teddy quien se sintió mortificado por unos instantes. Después dejó de lado aquella sensación y continuó hablando.

—Tenemos que llegar a Tampa para embarcar antes que el regimiento 61, que ahora mismo nos aventaja en el camino.

—Siempre puedes esperar a otro buque.

—Imposible: pasarán semanas hasta que suceda. Y para entonces tal vez la guerra ya se haya acabado.

—Eres muy optimista…

Roosevelt negó con la cabeza.

—Al contrario, soy realista. ¿Acaso no has leído en la prensa que Puerto Rico se ha rendido sin presentar batalla alguna? No les quedaron ganas después del ataque de Sampson… —Su espeso bigote se movió para mostrar una sonrisa ladina—. ¿Cuánto crees que nos tomará hacernos con el control de la isla contando con el apoyo de los cubanos?

—¿Quién te dice que os ayudarán?

Roosevelt volvió a sonreír, y su rostro redondo se iluminó ligeramente. Después se echó la mano al bolsillo de la americana y sacó una pitillera de donde tomó un cigarro. Tras prenderlo, aspiró su humo con lentitud.

—¿Por qué no habrían de aceptar nuestra ayuda? —quiso saber Teddy con cierta arrogancia.

—¿Es ese vuestro verdadero objetivo?

—Todo puede cambiar. Dependerá del precio que tengamos que pagar para librarlos de la carga de los españoles —afirmó Roosevelt encogiéndose de hombros.

James asintió. Como todo lo demás, su país se tomaba la guerra como un negocio más, y sabía que podría sacar una buena tajada también. Decidió retomar el hilo inicial de la conversación.

—¿Y necesitas logística? —quiso saber Vanderbilt.

—Uno de tus trenes…

Vanderbilt se llevó de nuevo el vaso de whisky a los labios y paladeó la quemazón del licor antes de tragarlo. La luz se filtraba en el interior de la sala, cargando el ambiente con una temperatura que resultaba demasiado intensa para ser primavera. James recordó por qué detestaba Texas, y se prometió no regresar a ese lugar después de aquello.

—¿Y qué pasa con la Armada española? Según tengo entendido, zarparon hace días de Cádiz. Se rumorea que van a atacar la costa este en cualquier momento.

Theodore, que se había encargado personalmente de hacer de la Armada americana el orgullo del ejército de su país, no pudo resistirse a carcajearse al escuchar esas palabras.

—Créeme que eso no sucederá. Tenemos un espía en el palacio del gobernador de la isla, un telegrafista, y España cuenta con media docena de barcos obsoletos para hacer frente a nuestra armada, que dispone de casi un centenar de cruceros de guerra y torpederos, que los están buscando en estos precisos instantes. Ten por seguro que cuando los encontremos, no durarán ni un asalto —se jactó, y tras ello despachurró el cigarro contra el cenicero—. Lo mejor que podrían hacer es rendirse antes de que los pierdan…

—Pareces muy seguro de que los españoles no son rivales para nosotros.

—Ha sido mi trabajo asegurarme de ello.

—Creo que no debes subestimarlos, Theodore. Son los mismos que acabaron con un imperio mucho más grande que el de los Estados Unidos con novecientos hombres al mando de Hernán Cortés. Puede que su situación parezca precaria en comparación con la vuestra, pero nunca has de cometer el error de subestimar el orgullo y el honor de los españoles.

Roosevelt observó a su amigo durante unos instantes, analizando las palabras que acababa de pronunciar, y casi habría podido jurar que James sentía cierta simpatía por su enemigo, tal vez incluso admiración. Resultaba normal después de haber pasado tantos años con ellos, pero en eso James se equivocaba, porque Theodore sabía que los españoles no eran comparables a los americanos, y en esa guerra se demostraría.

Theodore cogió el vaso de whisky y lo apuró. Miró a través de las ventanas del salón y supo que era hora de marcharse. Debía regresar con sus hombres, pero todavía no había obtenido lo que necesitaba de Vanderbilt, y comenzó a impacientarse. James percibió el gesto de su amigo, y supo que su conversación estaba llegando a su fin. Teddy no era famoso por su paciencia, y se exponía a que acabara perdiendo la compostura. James ponderó la información durante unos instantes más y accedió a ayudarlo.

—Cuenta con lo que necesites.

Su amigo, presa de la emoción, dio un manotazo en la mesa que retumbó en la sala y despertó ciertas miradas recriminatorias de los comensales más cercanos.

—Sabía que no me fallarías, James. —Hizo una seña con la mano a uno de los camareros—. Esto hay que celebrarlo. Trae una botella de tu mejor *scotch* —le dijo al mozo, que se marchó raudo y obediente.

—No te alegres tanto, amigo mío. Espera a ver la factura…

Teddy rio, y sellaron el acuerdo con la botella recién traída.

Tal y como Vanderbilt le prometió, al día siguiente un tren de su compañía se encargó de transportar a los *Rough Riders* hasta Tampa, adelantando al regimiento número 61 y haciéndose con su lugar en el buque que los llevaría a una playa solitaria de las costas de Cuba llamada Daiquiri. A pesar del intenso calor y las lluvias, no tardaron en prepararse para plantar cara ante los españoles y enseñarles de qué estaban hechos los americanos, incluso si tenían que hacerlo sin sus caballos, pues los animales no habían abandonado Florida.

Transcurrieron pocos días desde su llegada hasta que tuvieron su primera refriega con los españoles cerca de Las Guásimas, que se encontraba a escasas leguas de Santiago. A pesar de que la escaramuza

se saldó sin un vencedor claro y con varias bajas en ambos bandos, les sirvió para constatar que los españoles no se rendirían con tanta facilidad. Roosevelt se prometió que la próxima vez que se enfrentara a ellos la victoria caería de su lado. Tendrían que pasar dos días más para que ambos bandos volvieran a enfrentarse en lo que más tarde se consideró la batalla más sangrienta de la guerra y donde se forjaría su leyenda.

La noche caía y el día empezaba a romper cerca de las colinas de San Juan. El ejército español, liderado por el general Linares, estaba parapetado en las fortificaciones situadas en El Caney y la colina de San Juan. Los americanos, encabezados por Shafter —aunque siguiendo las estrategias ideadas por Calixto García—, pretendían tomar Santiago sin más demora, y para ello habría que romper la línea defensiva de los españoles en esos dos puntos. Mientras el general Lawton recibió las órdenes de atacar el puesto de El Caney, con casi siete mil hombres, el grueso del ejército invasor se dirigió contra San Juan con unos quince mil soldados y doce cañones. Se convencieron de que tomar la colina no les llevaría demasiado esfuerzo, más cuando la inteligencia cubana les había confirmado que los españoles contaban con poco más de ochocientos efectivos entre los dos puntos y un par de cañones para defender las posiciones.

Los ecos de los primeros disparos retumbaron en la distancia. Lawton había comenzado el ataque contra El Caney y Shafter dio órdenes para que se tomara la loma de San Juan. Los americanos abrieron fuego de cañón contra las posiciones españolas, y Linares —el general a cargo de la defensa— desplegó las tropas. El ataque español, más certero que el americano, pronto silenció las descargas enemigas, y los estadounidenses elevaron un globo en el aire para dirigir a sus tropas por la manigua y situar mejor el ataque. Sin embargo, aquella estrategia dejó al descubierto su posición, y el error no fue desperdiciado por los españoles, que dispararon sus cañones en la zona, lo que causó numerosas bajas. Tuvieron que pasar varias horas para que los invasores volvieran a cargar, pero su ataque fue repelido. Linares dio órdenes de derribar el aerostático y atacar la posición.

—Ordóñez —le dijo a su coronel—, ya está reventando ese puñetero globo, y, de paso, cárguese a alguno de esos gringos.

Unos instantes después, se precipitaba al vacío por la pericia del soldado que le arreó con una bala de cañón, y los americanos, enervados por tal acción, salieron al ataque contra el enemigo de nuevo. Los hombres de Linares, que resistían a duras penas los embates invasores, cada vez vieron más reducidos sus números. De poco más de trescientos hombres, a lo largo de la mañana perdieron a la mitad, y en cada ataque un par de decenas caían heridos o muertos.

Eso no detuvo a Linares y sus comandantes para continuar defendiendo bravamente las posiciones, incluso sabiendo que las cuentas no salían y que, a pesar de que los cuerpos del enemigo regaban los campos, tarde o temprano los acabarían arrollando como hiciera Jerjes con los espartanos.

En las filas enemigas llegaba el momento de un nuevo ataque. Intentarían tomar la colina Kettle desde los flancos y la carga estaría liderada por los *Buffalo Soldiers*. Un regimiento formado por soldados negros que habían allanado su fama durante la guerra de Secesión fueron los encargados de tomar la loma de Kettle por uno de los flancos. John Bigelow, capitán del regimiento, sabía que se trataba de una misión casi imposible de realizar y que muchos de ellos acabarían muertos antes de tomar la colina, pero arengó a sus hombres instándolos a demostrar el valor y la fuerza que solamente un *Buffalo Soldier* poseía, y con pocos miramientos y muchas agallas se lanzaron contra el enemigo. Arañaban los metros con sangre y pólvora. El ascenso se presentaba tortuoso, y muchos de los soldados se quedaron en el camino, heridos o muertos, pero aquel regimiento se había granjeado una fama bien merecida, y lograron hacerse con su objetivo. No fue hasta que el camino estuvo despejado que Roosevelt se permitió participar comandando a los *Rough Riders*. Según contaría la prensa —que se encargó de agrandar su fama y sus hitos—, haría la toma a lomos del único caballo del que el regimiento disponía. El resto de soldados se prepararon para hacerlo a pie. Roosevelt soltó las arengas propias de una batalla, levantando los ánimos, y comenzaron el ascenso. Espoleó a su montura adelantándose al resto de sus compañeros en la escalada de la loma. No lo seguía muy de lejos su regimiento, a los que las piernas les quemaban del esfuerzo de la carrera por miedo a ser alcanzados por el fuego enemigo que todavía silbaba sobre sus cabezas.

Los españoles, que no parecían errar el tiro, habían dejado un reguero de muertos y heridos entre sus compañeros. Sin embargo, no les hizo falta alcanzar al que llegaría a convertirse en presidente del país invasor, puesto que su caballo tropezó con una de las alambradas, y tuvo que deshacerse de él. A medida que ascendían, pudo divisar a sus compañeros caídos en la toma, y al fin cruzó las primeras trincheras españolas, donde reposaban los cuerpos de los muertos. Esgrimió una sonrisa y dirigió unas palabras a sus soldados que resonaron como un augurio de lo que estaba por suceder.

—Mirad a esos malditos españoles muertos.

La tarde empezaba cuando Linares hacía recuento en sus filas. Casi toda la guarnición había sido aniquilada. Si fuera la loma asemejaba un cementerio, dentro de esos muros parecía una masacre. Los miembros amputados estaban desperdigados por doquier, trozos de

carnaza deforme manchaban el suelo y el olor a sangre, sudor y miasmas hacía del aire un éter irrespirable. Se acercó a uno de los soldados que continuaba pegado a su máuser y disparaba al enemigo de vez en cuando para mantenerlo a raya.

—¿Dónde está el coronel Vaquero?

El joven levantó los ojos de la mirilla como saliendo de una especie de trance y observó al general unos segundos antes de señalar con la barbilla hacia un rincón. Después, sin pronunciar una palabra, regresó a su faena. Linares dio unos pasos en dirección a una lona que cubría un bulto ensangrentado y la retiró con cuidado. El horror que vieron sus ojos le hizo apartarlos de inmediato y contener una profunda arcada que se atascó en su garganta. Dejó caer la lona consternado y retrocedió unos pasos.

—Señor, ya no queda munición —murmuró uno de los soldados.

Linares desvió la vista hacia él y asintió.

—Calen las bayonetas. Marchamos en retirada.

36

Santiago de Cuba, 2 de julio de 1898

Aquel domingo negro, rozando las nueve de la mañana, partía la escuadra del almirante Cervera por el canal de Santiago, cuya angostura imponía el orden de fila de a uno. Todos sabían que al otro lado del atolladero los aguardaban, cerrando el paso, los americanos. Las horas anteriores a la partida habían sido amargas, y el almirante aún sentía el escozor de la injusticia de las órdenes recibidas escoriando su piel.

Con su armada bloqueada en el puerto de Santiago y la plaza tomada, la lógica lo había conminado a creer que la única posibilidad de victoria que tenían —por muy efímera que se presentara— pasaba por desmontar los cañones de los buques y hacer uso de todos sus hombres en la defensa de la ciudad, tal y como habían hecho durante los últimos días. Sin embargo, como muchas otras decisiones malquistas que se tomaron en toda la guerra, el capitán general Blanco le ordenó que saliera del puerto para forzar así el desbloqueo estadounidense. El almirante se negó, porque el mandato le resultó un despropósito, e informó a su superior de que sus hombres luchaban en la defensa de la ciudad y que podría dar uso a los cañones de todos los buques para evitar que los soldados de Shafter y los mambises de Calixto García la tomaran. Se hallaba convencido de que la situación podría encauzarse con la llegada de los refuerzos que ya estaban de camino, y no les costaría dar batalla a un enemigo inexperto y debilitado por las fiebres y la manigua.

—Antes preferiría hundir los barcos —murmuró a sus hombres, que lo observaban consternados tras escuchar la orden que había dado el capitán general.

—Disculpe mi franqueza, señor, pero es una propuesta descabellada —afirmó Concas, el segundo oficial, pensando en los cientos de vidas que se perderían de tener que llevar la orden a cabo.

El resto de los presentes sentados a la mesa pareció secundar sus palabras.

—Deberíamos permanecer en Santiago, señor —comentó el capitán Bustamante.

—Habrá que esperar por la respuesta de Blanco. Rezo por que alguien le meta algo de cordura en la cabeza o estaremos todos perdidos.

Las horas se escurrían lentas alrededor de la mesa del camarote. El humo denso de los cigarros se agolpaba contra las paredes y el tiempo comenzaba a pesar en los ánimos. Miradas esquivas y desesperanzadas se entrecruzaban durante unos instantes, luego pasaban al siguiente rostro. Todos coincidían en qué se debía hacer, pero no dependía de ellos el decidirlo, y se verían obligados a obedecer a Blanco o exponerse a un consejo de guerra.

A medida que la tarde caía en la sala la preocupación de los hombres del almirante iba en aumento. La ausencia de noticias por parte del capitán general no era signo de buen agüero. Y continuaron aguardando. Cuando por fin llamaron a la puerta, Cervera se acercó a abrir y recibió un sobre sellado. Por la expresión en el rostro del joven telegrafista, todo indicaba que no sería algo bueno. El almirante leyó el mensaje; su gesto no expresaba nada, y tuvieron que aguardar a que se pronunciara.

—Caballeros, prepárense para partir.

Blanco hacía valer su papel como máxima autoridad de la isla —incluso Cervera quedaba subordinado al capitán general—, y sus órdenes eran contundentes.

«En vista del estado apurado y grave de esa plaza, embarque V. E. con la mayor premura tropas desembarcadas de la escuadra y salga con esta inmediatamente».

A Cervera no le quedó más remedio que acatar las órdenes, abandonando a su suerte Santiago para enfrentarse al funesto destino que les aguardaba a ellos y a sus dotaciones.

Las instrucciones siguientes de Cervera, sin embargo, fueron precisas, y si bien se veía obligado a obedecer al gobernador, su intención era clara: salvar las vidas de sus hombres. Saldrían de a uno, con órdenes de evitar el enfrentamiento y huir, pero siempre bordeando la costa, pues en el caso de que el barco se hundiera, los marineros podrían llegar a nado a la orilla.

Las dotaciones se hallaban sumidas en un silencio glacial, pues a ninguna le era desconocido el sino que les deparaba esa fatídica orden. Habían luchado durante días en la defensa del sitio de la ciudad, y en esos momentos, sin descanso alguno y con el honor por abrigo, debían sacrificarse por la gloria del país que los condenaba a esa guerra por no poderse pagar la libertad que costaba dos mil pesetas.

Víctor Concas se encontraba al mando del Infanta María Teresa,

buque insignia de la Armada que estaba a punto de sacrificarse. Observaba con temor el panorama que se extendía frente a ellos, y no pudo evitar echar una mirada de soslayo a Cervera antes de dar las órdenes. El almirante asintió con un movimiento de la cabeza.

—Buena suerte, Víctor —se despidió de él Cervera con un saludo marcial, y se alejó en dirección a la torre de mando para contemplar el desarrollo de la batalla que estaba por comenzar.

Concas se negó a acompañarlo, porque quería dar ejemplo a sus hombres, y aguardó junto a ellos.

—Pobre España —murmuró para sus adentros, consciente de que la guerra la tendrían perdida desde el instante en que salieran del atolladero.

A medida que el buque se dirigía a mar abierto, el barco fue incrementando la velocidad. Las máquinas eran alimentadas para arañar terreno antes de que los hundieran. Cuando Concas consideró que se hallaban a una distancia prudente, dio orden de que hicieran sonar la corneta para avisar a las dotaciones de que debían de abrir fuego, y se lanzaron contra el Brooklyn mientras eran bombardeados desde todas las posiciones por el enemigo. La lucha desigual no desalentó a los soldados, que, a pesar de la lluvia de proyectiles, continuaron en sus lugares, dispuestos a sacrificarse por los demás compañeros. No transcurrió mucho hasta que el fuego se extendió por el buque, y al tiempo que Cervera veía cómo sus hombres se lanzaban desesperados a las aguas huyendo del fuego, pudo constatar que el Colón y el Vizcaya escapaban del cerco con la perspectiva de poder llegar a puerto seguro.

No corrió tanta suerte el resto del contingente, y los acorazados pronto se vieron heridos de muerte, embarrancados en las costas cercanas o hundidos. La tripulación que logró sobrevivir al feroz ataque americano se echó al agua, donde los escualos, atraídos por el olor de la sangre fresca, comenzaron a darse un festín con los que no nadaban con la suficiente maña. Los que tuvieron la suerte de alcanzar la orilla pronto se percataron de que los cubanos los recibían a balazos y cayeron heridos o muertos. El resto, incluido Cervera, fueron hechos prisioneros. Cuando el almirante español pisó la borda del Iowa y saludó al comandante, los americanos rompieron en vítores de alegría, porque también quedaba claro para ellos que la guerra estaba a punto de ganarse.

En el horizonte se alejaban el Vizcaya y el Colón, perseguidos cada vez más de cerca por los americanos. Debido a que el carbón era de baja calidad, los barcos fueron perdiendo fuelle hasta ser alcanzados, y se vieron forzados a embarrancar los buques y hundirlos antes que rendirlos al enemigo.

Cuando el fin de la mañana se adivinaba en el cielo, preludiando lo

que acabaría por suceder, la batalla ya estaba perdida, porque la desaparición de la escuadra y el bloqueo enemigo acabó por hundir la moral de los españoles, que, asediados por mambises y americanos, rendirían la ciudad de Santiago al general Shafter pocos días después.

Unas semanas más tarde, España se vería obligada a aceptar su derrota en la contienda, reconociendo con esa acción la muerte de un imperio que habían sido incapaces de defender.

37

Santiago de Cuba, 17 de julio de 1898

El campamento mambí estaba posicionado en las inmediaciones de la ciudad asediada. Cubanos y americanos estuvieron atacándola durante dos semanas, y Calixto García confiaba en que las noticias de que Santiago había caído llegaran de un momento a otro. Esperaba con impaciencia el regreso de Guillermo, pues los rumores hablaban de que la plaza estaba rendida a Shafter, y nadie de su Estado Mayor se lo había hecho saber. Se paseó de arriba abajo por el espacio angosto de la tienda, con las manos anudadas a la espalda y la cabeza gacha, meditando las opciones que tenía tras la caída de la ciudad. Como comandante en jefe del Oriente, Calixto recibió órdenes de asistir en todo lo necesario a los recién llegados por parte de Máximo Gómez, y no solo luchó mano a mano con los gringos, sino que fue el estratega que forzó la supuesta rendición de la ciudad.

Se acercó a la mesa y tomó una lata olvidada al azar sobre uno de los mapas que cubrían su superficie y de su interior sacó un puro que comenzó a prender sin mucho miramiento, paladeando con ansia la primera descarga del vaho brumoso que expelió el veguero. Permaneció bajo la lona, cobijándose de una fina lluvia vespertina que anubarraba el día y cargaba de humedad el aire hasta hacerlo irrespirable. El lento sonido de las gotas se pegaba al murmullo de sus hombres, amortiguándolo en la lejanía. Percibió unos pasos que se aproximaban y no tardó en ver el rostro de Guillermo con expresión reservada. Este se cuadró al ver a su comandante y aguardó a que le diera permiso para hablar.

—¿Y bien?

Guillermo clavó la mirada en él y se quedó en silencio durante unos instantes. A pesar de haber estado escogiendo las palabras que quería decir, estas se le atascaron. Calixto presintió que aquello no era buena señal.

—Los rumores son ciertos. Santiago se rindió ayer a Shafter.

—Malditos gringos, traidores…

Guillermo aguardó unos segundos para dejarle digerir las noticias.

—Hay más, señor. —Calixto lo estudió expectante—. Han

prohibido la entrada a cualquier cubano por miedo a que tomemos represalias contra los españoles.

—¡Sandeces!

Se retorció en su asiento, levantándose de él como accionado por un resorte, incapaz de controlar su coraje un segundo más. Luego se paseó bajo la lona, imposibilitado de contener la rabia. Tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con la punta de su bota desgastada, y después se giró hacia Guillermo, quien lo analizaba en silencio.

—Son igual de traidores que los españoles. Le dije a Máximo que no podíamos fiarnos de ellos…

—Han decidido poner al mando de la ciudad a quienes designaron la reina y Sagasta.

Al escuchar esas últimas palabras, Calixto observó a su interlocutor y se obligó a calmarse expeliendo el aire de sus pulmones con rabia. Después se acercó a una mesilla destartalada, tomó una botella de ron, sirvió dos vasos y ofreció uno de ellos a Guillermo.

—Escribiré a Shafter. Si lo que me cuentas es cierto, si nos han traicionado de manera tan vil…, entonces le presentaré mi renuncia y nos marcharemos de aquí.

—Señor, las órdenes de Gómez…

—¡Al carajo con Gómez! —interrumpió Calixto—. Me niego a seguir colaborando con esas serpientes. Todavía nos quedan muchas batallas por librar antes de que se acabe esta guerra, y voy a demostrar a esos gringos de qué pasta estamos hechos los cubanos.

Guillermo tomó el vaso y lo apuró de un trago. A diferencia de Calixto, presentía que el final de la contienda se hallaba demasiado cerca y que, por mucho que no les gustase la idea, los Estados Unidos tenían la intención de extender sus garras por la isla, y no sería tarea fácil echarlos de allí.

La Habana, finales de julio de 1898

Cuando Guillermo llegó al palacete de la calle Egido, nadie pareció reconocer al hombre harapiento que llamó a la puerta. Habían transcurrido varios años desde la última vez que estuvo en ese lugar, y su nombre resonaba en los pasillos de la casa como los de un espectro arrinconado en el recuerdo. Su cuerpo se sentía achacoso por los estragos de los últimos meses de guerra en la manigua luchando las postreras batallas contra los españoles junto a Calixto García, hasta que, finalmente, España decidió capitular. No tomó por sorpresa a los mambises, y los americanos se desentendieron del apoyo de sus socios una vez que España se rindió, usurpando la gloria de la victoria de

una guerra que libraron a golpe de machete y sangre durante los tres últimos años. Para más deshonra, tanto americanos como españoles los excluyeron de las negociaciones de paz, y eran muchos los que rumoreaban que pronto se firmaría el armisticio en algún lugar de Europa. Y que España, por despecho, cedería el control de la isla a los americanos antes que concederles la libertad a los cubanos.

Guillermo cruzó el zaguán bajo la mirada recelosa de una de las doncellas que no reconocía al señorito. Solo cuando Mariana se asomó al patio y vio su inconfundible silueta, se acercó corriendo para darle la bienvenida y arrullarlo entre sus brazos.

—Dios mío, Guillermo. ¡Qué pintas trae! Quítese esa ropa y vaya a darse un buen baño.

Él no dijo nada. Solo observó al ama de llaves, impaciente por saber dónde se encontraba Macarena.

—¿Ya ha oído las nuevas? —prosiguió Mariana—. La señorita Teresa y don Federico se casan…

Él asintió.

—¿Dónde está Macarena?

Mariana lo escrutó en silencio, paseando sus ojos por su rostro sucio y demacrado. Y no pronunció palabra.

—¿Qué ha pasado, Mariana?

—La señora marchó a España hace tres semanas, señor —dijo con un hilillo de voz, porque temía su reacción.

Al escuchar aquello, Guillermo tuvo la certeza de que llegaba demasiado tarde. Sin decir nada más se precipitó a la puerta y se esfumó como si se hubiera tratado de una aparición.

38

Sevilla, septiembre de 1898

El día amaneció frío, pero la mañana se fue templando a medida que el sol se situaba en su lugar. Todavía tenía el cuerpo entumecido del sueño de la noche anterior y se sentía triste. El aire de azahar del patio portaba en sus notas el último recuerdo de la anciana de frágil estampa y carácter férreo que fue su tía. Si se esforzaba, Macarena creía escuchar su voz llamándola en el interior del palacete, pero sabía que solamente se trataba de su imaginación. En los cuatro años que habían transcurrido desde que la joven marchara al Nuevo Mundo, mucho había cambiado la casa, que se veía consumida por el tiempo y el abandono. La tristeza lamía las paredes aquellos días, y daba la impresión de que esa pesada melancolía contagiaba las callejas hasta infectar el barrio y se extendía por toda la ciudad como el cólera. Podía palparse en el ambiente, leerse en las caras de las gentes, sentirse en el tono apagado de las voces que antes sonaban alegres cuando recorrían la plaza de San Francisco ataviadas con sus trajes de domingo de camino a la catedral o a La Campana para tomar un chocolate con churros y unos bizcochos marroquíes. La guerra se había perdido varias semanas atrás, pero su eco continuaba asolando el país. El desastre no concluyó con la derrota, ya que España se vio forzada a entregar sus últimas posesiones a los americanos, por lo que también fue despojada de su honra.

Aquel ambiente mortecino fue el que Macarena se encontró a su regreso a Sevilla unas semanas atrás. Las familias resistían empobrecidas por causa de los impuestos para sustentar la deuda de la guerra. Los pocos afortunados que comenzaban a retornar lo hicieron enfermos, hacinados y con el abandono del Estado, que no les pagó lo debido. A Macarena le costaba creer que se tratara del mismo país del que se alejó la mañana que Sebastián, el mayordomo, la montó en un bergantín con destino a La Habana. Se distrajo unos instantes recordando la ciudad que había sido su hogar durante los últimos años. Una sensación desconocida la invadía cuando esos días pensaba en Cuba, y se sorprendía añorando la isla más de lo que se permitía admitir.

El cantar de un jilguero en un árbol cercano la obligó a regresar al presente y pensar en su tía Milagros. Su recuerdo se iría consumiendo como lo hacía la antigua gloria de España, y llegaría un momento en el que ambos fueran olvidados. En la distancia se percibieron unos cascos de caballo repiqueteando contra el empedrado reseco y el rumor de unas campanas anunciando el mediodía. Un carruaje se detuvo en las inmediaciones. Macarena suspiró con pesadez, consciente de que tenía que regresar al interior, pero no podía evitar dejarse llevar por el abandono colgado en el ambiente, deseando solazarse en la silla al calor del sol, y se permitió quedarse unos instantes más.

Entonces percibió unos pasos crujiendo en la gravilla que se acercaban a ella, pero se negó a darse la vuelta y abandonar su sosiego. Hallaba cierto alivio a su pena en la paz de ese lugar y se resistía a marcharse, a pesar de la presencia ajena. Los pasos se detuvieron a su espalda y aguardó a que las palabras de Sebastián anunciaran una nueva visita.

—Macarena.

El jilguero interrumpió su canto y ella percibió que sus ojos se abrían espantados; creía imposible que esa voz hubiera sonado tan cerca. Se levantó de la silla sin el coraje necesario para enfrentarse al recién llegado. Después se forzó a tenerlo, pero con el corazón encogido por si descubría que había imaginado esa voz, que en realidad estaba sola en el jardín. El jilguero retomó su canto en el punto en que la joven se volvía hacia esa dirección, y observaba el rostro del visitante y confirmaba que era real.

—¿Qué haces aquí?

A Guillermo le hubiera gustado decir que estaba allí por ella, pero calló.

—Me dijeron que regresaste a España…

Macarena se mantuvo en silencio, calmando la inquietud que la ahogaba.

—Tía Milagros enfermó… Vine a verla antes de que muriera.

—Entonces, ¿no has venido para quedarte?

Ella sopesó su respuesta. A pesar de que esa fue su intención durante la mayor parte del tiempo que vivió en la isla, con la claridad que solo acecha cuando uno se encuentra alejado de aquello que aún no sabe que ama, lograba percibir los ecos de La Habana en sus entrañas, repitiendo con constancia el sentimiento que había enraizado en su espíritu hasta el punto de verse desarraigada en cualquier otro lugar que no fuera esa ciudad centenaria que atesoraba los resquicios de la grandeza de España.

—Creo que no podría hacerlo aunque quisiera…

Macarena esbozó una sonrisa al escuchar su propia respuesta, y sin

darse tiempo a recapacitar en lo que estaba a punto de hacer, se acercó a él, enmarcó su rostro entre las manos y lo besó. Macarena sintió una suavidad cálida contra sus labios y una extraña sensación de felicidad recorriendo su cuerpo. Al separarse, se percataron de que se les había ido la noción del tiempo, y aguardaron bajo el sol de finales de verano cruzando sonrisas y miradas. Habían tenido que esperar ese momento durante lo que ahora se les antojaba una eternidad. Guillermo tomó su mano.

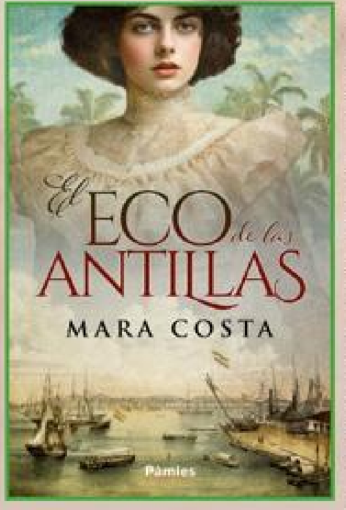
—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Volvamos a casa.

El eco de las Antillas

Sinopsis



1893.

La vida de Macarena da un giro inesperado cuando la casan por poderes con un terrateniente cubano y tiene que partir de su Sevilla natal hacia La Habana.

Tras la repentina muerte de su marido, se asocia con James Vanderbilt, un estadounidense sin escrúpulos que busca apropiarse de la plantación azucarera que ha heredado, al tiempo que Guillermo, el sobrino del difunto, regresa de París e intenta defender el legado familiar.

A medida que los ecos de sedición crecen en Cuba, Macarena descubre el amor, la traición y el olvido en los salones y fiestas de la capital antillana. Guillermo, por su parte, decide unirse a la insurgencia y abandonar el país en busca de apoyos para acabar de encender la mecha de la revolución.

Según se va desarrollando la trama, se entrelazan las vidas de personajes emblemáticos como Cánovas, Sagasta y la reina regente, quienes luchan desesperadamente por mantener el control de un imperio que se descompone, además de Theodore Roosevelt y un joven Winston Churchill, ansioso por enfrentarse a su bautismo de fuego.

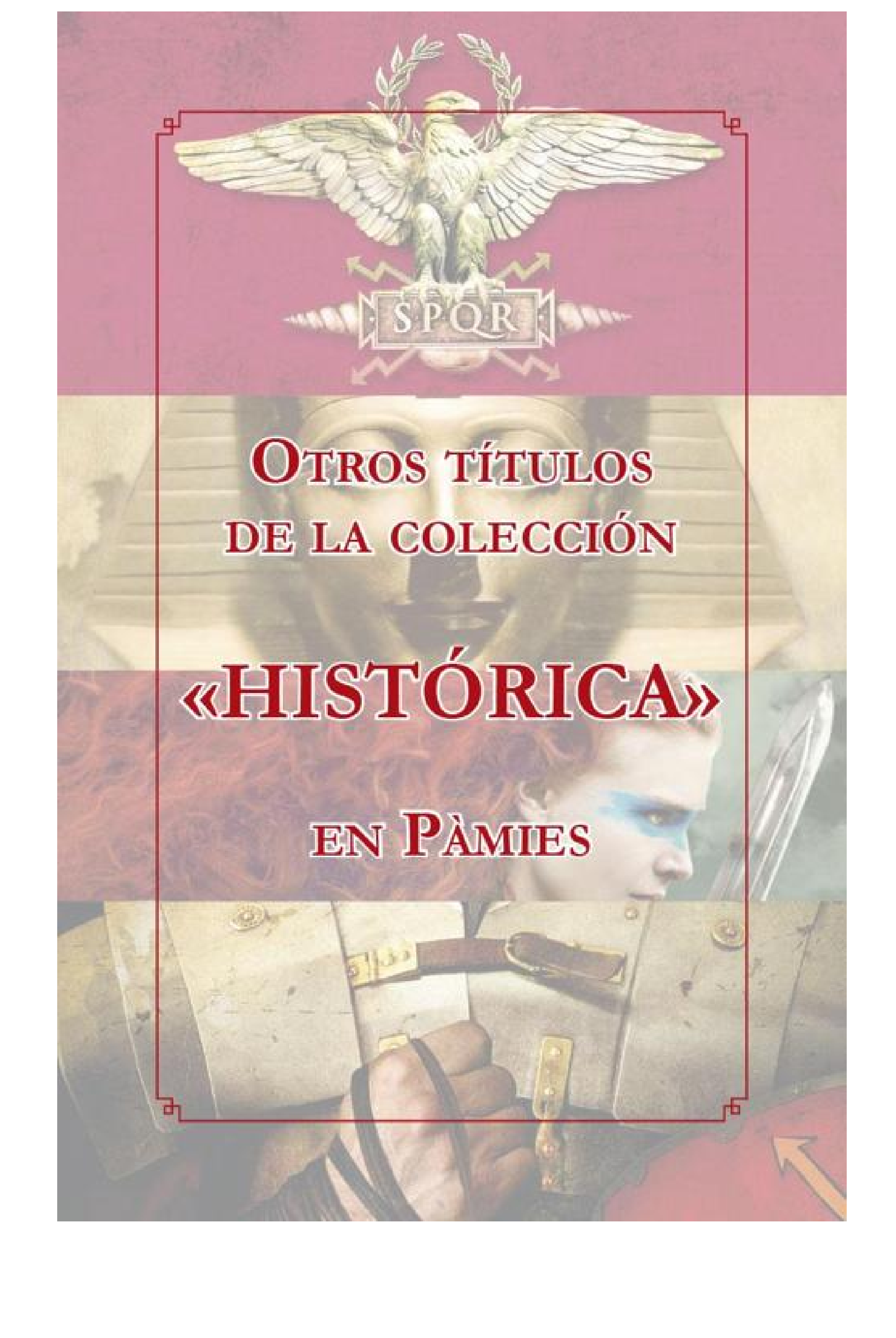
Poco a poco se van tejiendo las batallas que libra Macarena, en un momento crucial para el destino de España y América.

Biografía de la autora



Mara Costa, nacida en Madrid, es diseñadora de moda. Su carrera se ha desarrollado principalmente en Barcelona y París, aunque también ha vivido en ciudades como Melbourne, Edimburgo y Düsseldorf, que han enriquecido su perspectiva y su trabajo.
Apasionada por la lectura y la historia, su capacidad para crear tramas cautivadoras y su talento en el diseño se entrelazan para ofrecer a los lectores una experiencia rica y evocadora. Con esta obra, Mara emerge como una escritora preparada para explorar nuevos horizontes literarios.

IG, X, Threads y TikTok: @mara_bookanera


SPQR
Otros títulos
de la colección
«HISTÓRICA»
en Pàmies

Los muertos de río Grande

Santiago Mazarro

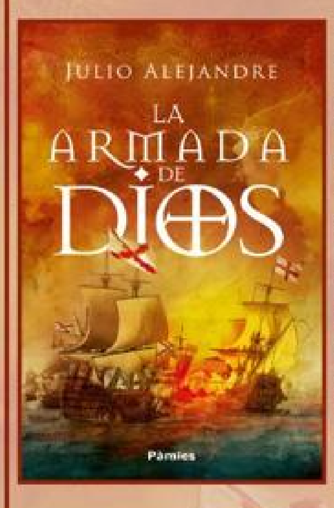


Año 1820. Nuevo México.
En la frontera más remota de la América Septentrional, a orillas del Río Grande, un misterioso asesinato aterroriza a la población de la comarca y pone en jaque a las autoridades españolas de Santa Fe de Nuevo México. Incapaz de resolver el entuerto, y ocupado en su lucha contra el movimiento independentista mexicano, el gobernador recurre a los servicios de Leandro Cuervo, un soldado veterano de las guerras comanches que oculta más de un secreto, y su ayudante, el bachiller Juan Orviz, recién llegado de España. Juntos colaborarán en la investigación de un misterioso enigma que los obligará a viajar de los ranchos de Atrisco a las montañas de la Sangre de Cristo, pasando por el peligroso cañón del Muerto.
Tras el éxito de sus dos anteriores novelas el escritor y cineasta Santiago Mazarro regresa a la Norteamérica hispana con un *thriller* histórico, visceral y repleto de misterios. Una historia vertiginosa que dibuja, con el rigor que caracteriza al autor, una frontera hipnótica en la que nada es lo que parece.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Los muertos de Río Grande



La armada de Dios
Julio Alejandre



En el año 1585 Inglaterra y España entran en guerra abierta.

Los ataques de los corsarios ingleses en el Caribe y el apoyo de su reina a los rebeldes holandeses colman la paciencia de Felipe II, que decide destronar a su enemiga y restaurar allí el catolicismo levantando la flota más formidable que jamás haya navegado el Atlántico: la Armada Invencible, protagonista de una de las batallas más fascinantes y deformadas de la Historia.

Pero la guerra cambia y entrelaza los destinos de los protagonistas. Gabriel del Puerto, un mercader de oscuro pasado, busca por los puertos de media Europa el rastro de su hermana, perdida en un ataque pirata; un sargento de Flandes recibe la extraña orden de enrolarse en la Invencible y filtrar información reservada; una exiliada portuguesa en Londres se ve atrapada en una red de espionaje que pone a prueba sus lealtades; y un oficial inglés participa en la fundación de la primera colonia inglesa en el Nuevo Mundo.

La armada de Dios nos sumerge en un mundo donde la política, la guerra y la religión tejen una trepidante historia de aventuras, intrigas, amores y ambiciones desmedidos con personajes tan carismáticos como el audaz corsario Francis Drake, el victorioso general Alejandro de Farnesio o Álvaro de Bazán, el curtido almirante a quien Felipe II encomienda dirigir su Grande y Felicísima Armada.

Captura en el código
los primeros capitulos de
La armada de Dios

